



EN EL PUNTO DE MIRA

Arantxa Rufo



EN EL PUNTO DE MIRA
Arantxa Rufo

ÍNDICE

EN EL PUNTO DE MIRA

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO
EPÍLOGO
EPÍLOGO 2,
AGRADECIMIENTOS:

PRÓLOGO

Viernes, 20 de mayo – 16:14 h.

TYD Square. Londres

Tu vida no puede ser más perfecta. Lo sabes. Te lo repites todas las mañanas cuando te levantas, pero no dejas de maravillarte ante la evidencia cada vez que un proyecto llega a término, cada vez que una idea se convierte en una genialidad. Como acaba de ocurrir ahora mismo.

Cuelgas el teléfono y te recuestas sobre tu confortable silla de cuero negro. El único problema que oscurecía tu futuro se resolverá dentro de unos días, te lo acaban de confirmar, así que la vida se abre ante tus ojos sencilla a partir de ahora.

Giras la silla sobre su eje y observas el ventanal que se alza a tu espalda. Desde tu despacho, en la planta treinta de tu propio rascacielos, la ciudad de Londres se te ofrece como si dijera «Tómame, soy tuya». Es casi erótico. El Támesis serpentea a tu izquierda, en el horizonte puedes ver la noria del Golden Eye y, si el día estuviera claro, podrías divisar tras ella el Parlamento e, incluso, el Big Ben. Pero el día no está claro. ¿Cuándo lo está en Londres?

Le das la espalda a las vistas y te concentras de nuevo en el trabajo. Tienes que llamar a tus socios para decirles que el asunto está arreglado. Empezarás por Davies y dejarás a Yates para el final. Te da pereza llamar a Yates. A veces puede ser tan cobarde, tan débil, que te saca de tus casillas. Aunque lo quieres, claro, lo conoces desde hace...

¿Cuántos años, mil? Desde la Universidad. Resoplas al calcular que han pasado ya casi cuatro décadas. Madre mía, no lo quieres ni pensar.

Por suerte, el característico timbrazo del intercomunicador interrumpe ese recuerdo. Aprietas el botón para contestar.

—Dime, Maggie.

—Lo llama su mujer, señor Thompson.

—¿No le has dicho que estoy a punto de marcharme?

—Sí, señor. Pero dice que es urgente.

Te planteas no contestar. Lo que tu mujer considera urgente suele estar a años luz de lo que tú consideras urgente, pero estás teniendo un buen día, así que le dices a tu secretaria que te pase la llamada. Un segundo después, escuchas la suave voz de Beatrice al otro lado de la línea.

Como te temías, lo que tanto le preocupaba es una estupidez sobre la próxima reunión social a la que pretende llevarte este fin de semana. No tardas en desconectar de la conversación y abstraerte en su voz, una bonita voz, por suerte para ti, porque no para de hablar en todo el día. Es una mujer dócil, y eso te gusta, aunque a veces preferirías que tuviera algo de sangre en el cuerpo. No pasa nada, para cuerpos tienes el de Maggie y, cuando te aburras de ella, buscarás otra secretaria y se acabó. A un hombre de tu posición no le cuesta encontrar mujeres, aunque hayas pasado ya de los sesenta. ¡Qué demonios!, te conservas bastante bien, ¿no?

Murmuras algo que lleva a tu mujer a la conclusión de que le has dado la razón. Con una alegre despedida cuelga el teléfono, y tú te preguntas, preocupado, qué habrás dicho.

Alguien golpea con los nudillos en la puerta del despacho. Gritas «Adelante».

La puerta se abre y entra Maggie.

Tu secretaria va vestida como te gusta, con esa minifalda negra que te vuelve loco y una camisa azul celeste

que te ofrece el inicio de sus pechos. Le prestas toda tu atención de inmediato. Ella te mira seductora desde la puerta y sonrío.

—Señor, son casi las cuatro y media —dice.

Miras el reloj y asientes, tienes que marcharte ya o llegarás tarde a la reunión.

Maggie se aparta a un lado para que entren tus guardaespaldas. Ilya y Jack ya la conocen y ni le prestan atención, pero el nuevo, Aleksandr, todavía no se ha acostumbrado a tus normas. Sus ojos se deleitan en sus curvas cuando pasa junto a ella. Tendrás que hablar con él. Como le ponga una mano encima le arruinarás la vida sin inmutarte. Puedes hacerlo.

—Señor Thompson. —Ilya te saluda. Se ha colocado frente a tu mesa, con las manos cruzadas ante el cuerpo, las piernas entreabiertas, la mirada fría. Es un profesional.

Te levantas y echas un vistazo a la mesa para comprobar que no olvidas nada. Mierda, tenías que llamar a Davies y a Yates. Necesitas que den el visto bueno a la solución de ese problemilla que teníais. Decides que los llamarás desde el coche.

Pasas junto a Maggie, que te sonrío complaciente. Tú la ignoras. No te importa que todo el mundo en la empresa sospeche que te acuestas con ella, pero no puedes permitir que tengan ninguna prueba, así que pasas de largo y tus guardaespaldas te siguen.

A tu paso tus empleados se apartan con admiración. Eres el amo y señor de todo esto, incluidas sus vidas. Saludas a algunos de ellos y entras en el ascensor. Tus guardaespaldas se colocan entre tú y la puerta, de modo que todo lo que ves son tres espaldas anchas, tres cabezas con el mismo corte de pelo a cepillo, milimétrico.

«Estos exmilitares nunca se sacan el ejército de las venas».

La puerta del ascensor se abre. Estás en medio del

vestíbulo cuando suena el teléfono móvil en el bolsillo de tu chaqueta. Miras la pantalla. Tu hijo, Jefferson, sonrío desde una fotografía tomada las últimas navidades.

—Jeffrey, ¿qué ocurre?

—Hola papá, he ido a tu despacho y Margaret me ha dicho que acababas de salir.

—Sí. ¿Necesitas algo?

—No, es que mamá me acaba de llamar. —Te detienes a mitad de un paso y resoplas con disgusto por la nariz. ¿Es que esa mujer no te va a dejar hoy en paz?—. Dice que ha hablado contigo, pero que cree que no te has enterado de nada de lo que te ha dicho.

Una carcajada escapa entre tus dientes. Al fin y al cabo, la muy zorra te conoce bien. Al otro lado de la línea Jeffrey también se ríe.

—Oye, hijo, es un mal momento, voy camino de una reunión importante. Llámala y dile que hablaré con ella en cuanto acabe, ¿de acuerdo?

Jeffrey accede y cortas la conversación. Con un gesto a tus guardaespaldas, reemprendéis el camino. Iliá y Aleksandr van delante de ti, Jack te cubre la espalda.

El sol te ciega durante un instante cuando salís del edificio. Hace frío, demasiado para estar a finales de mayo, aunque, por lo menos, ha aparecido un rayo de sol. Las nubes lo acechan con las peores intenciones, pero el cielo se resiste a ocultarse tras ellas. No hay un presagio mejor. Tomas una bocanada de aire y sigues a tus hombres. Al otro lado de la plaza te espera la limusina que te llevará a la reunión. Maksim aguarda junto a ella con la puerta abierta.

Pasáis junto a un turista que se está sacando una foto con el móvil junto a la fuente. Al fondo corre una mujer con el teléfono pegado a la oreja. Algo más allá, un grupo de directivos de tu empresa atraviesa la plaza y te hace un saludo rápido antes de continuar su camino hacia la oficina. Esperas que vengan de hacer algo útil y no de tomarse una

pinta en el...

Algo te golpea y te hace caer de espaldas al suelo. Te desplomas con tanta fuerza que tu cabeza choca contra el pavimento. Un fogonazo blanco te ciega. Gritas. No sabes lo que ha sido, pero te duele la pierna si intentas levantarte. ¿Qué está pasando?

Ilia y Aleksandr se inclinan sobre ti. A tu espalda ves a Jack. Ha sacado el arma y la apunta hacia todos lados, pero no dispara.

No entiendes nada. Un frío ártico te envuelve. ¿Qué ocurre? ¿Por qué hace tanto frío?

Ilia te habla a gritos, pero no entiendes lo que dice. Te presiona en el muslo. Tratas de apartarte, sorprendido por su atrevimiento, pero no eres capaz de moverte. Te fijas en sus manos y observas horrorizado que están manchadas de sangre. Tú también lo estás. Un dolor sordo que parte de la pierna te aplasta contra el suelo.

—¿Qué está pasando? —intentas preguntar, pero apenas te sale un desagradable balbuceo.

Esto no puede ser real. Tienes frío. Ilia sigue presionándote en el muslo mientras Aleksandr te grita algo que ni siquiera escuchas. Estás agotado. Cierras los ojos. Notas que alguien te zarandea con violencia y los vuelves a abrir para mirar a tu guardaespaldas. Decides que como no se esté quieto lo vas a despedir.

—¡Déjame en paz! —De nuevo, intentas gritar. De tu boca, seca y rasposa, no sale nada.

Por encima de la cabeza de Ilia, las nubes han vuelto a cerrarse. Tu guardaespaldas te zarandea otra vez, pero ya no tienes fuerzas para protestar, se te cierran los ojos. El frío va remitiendo, por fin. Ya no sientes nada y el mundo se vuelve negro. Te repites, una última vez, que esto no puede ser verdad.

1,
Viernes, 20 de mayo – 16:32 h.
Canary Wharf. Londres.

Inspira... espira... inspira... espira...

La mujer desarmó el fusil AX-308 lo más rápido que pudo: el bípode, la mira telescópica, el silenciador y el cañón. Guardó las piezas en el falso fondo de una bolsa de deporte junto con el casquillo, que había caído al suelo. Recogió la tela que había impedido la transferencia de pólvora sobre la mesa y la manta que había extendido en el suelo a fin de no dejar pruebas. Dobló ambas cosas con rapidez y las guardó en la bolsa. Colocó el falso fondo, distribuyó un montón de ropa de deporte encima y la cerró. Sin perder un segundo, devolvió los muebles a su sitio: la butaca en la que había estado sentada, la mesilla sobre la que había apoyado el fusil y la lamparita que había retirado para tener mayor amplitud de movimiento.

Inspira... espira... inspira... espira...

Actuaba con la agilidad de quien ha repetido los mismos movimientos centenares de veces, con la respiración controlada. El pulso no reflejaba la adrenalina que le corría por las venas. Su vida dependía de que mantuviera la calma y actuase con tranquilidad, de que ejecutara uno por uno los pasos que le faltaban para salir de allí sin errores. Como había hecho siempre.

Echó un último vistazo a la habitación para confirmar que no dejaba ninguna señal de su estancia. El pequeño

despacho, de apenas diez metros cuadrados, era la oficina de un asesor fiscal de poca monta. El mobiliario ofrecía un aspecto descuidado bajo miles de motas de polvo que danzaban en el rayo de luz que entraba desde el exterior. El constante retumbar de una obra de acondicionamiento de la vía pública, quince pisos más abajo, se metía por la ventana y hacía temblar todo el edificio. Era esa, y no otra, la razón por la que había elegido aquella oficina. Si sus cálculos eran correctos, el estruendo debería haber camuflado la detonación. La ausencia de reacción en el exterior del despacho parecía confirmarlo.

Inspira... espira... inspira... espira...

Apenas había pasado un minuto.

Se colgó la pesada bolsa de deporte en un hombro y un elegante maletín de cuero negro en el otro. Con ambas cosas bien equilibradas, se dirigió a la puerta. Pegó el oído a la madera y comprobó que no se escuchaba nada al otro lado. Se arregló un poco el pelo, tomó aire una vez más y salió. El pasillo estaba vacío. Cerró, se quitó los guantes, los volvió del revés y los metió en el maletín.

Una moqueta en tonos grises silenció sus pasos. A ambos lados del corredor se alineaban media docena de puertas de caoba, y, tras cada una que dejaba atrás, escuchaba el ajetreo propio de una tarde de trabajo: teléfonos, conversaciones... Nada que hiciera sospechar que alguien hubiera oído lo ocurrido a escasos metros de su rutina.

Llamó al ascensor y ocupó un hueco junto a otros seis hombres y mujeres que se apartaron para dejar espacio a la voluminosa maleta que llevaba. Algunos hablaban entre ellos, otros trasteaban en silencio con sus *smartphones*. Ella sacó el suyo del maletín y desactivó el modo Silencio que había activado al llegar. La pantalla no mostraba ningún mensaje, así que lo volvió a guardar con alivio. Todo iba bien.

Se fijó en la imagen que le devolvía el espejo de la

pared. Su aspecto no llamaba la atención sobre las demás mujeres del ascensor. Se pasó la mano por el pelo para arreglar la media melena rubia que le caía sobre los hombros. Uno de los ocupantes del cubículo levantó la vista de su teléfono y la miró, sonrió. Ella le devolvió una sonrisa más seca y distante que la suya. El hombre devolvió la mirada al dispositivo y nadie más le prestó atención.

Llevaba más de quince años dedicándose a eso, pero la experiencia no había logrado rebajar la tensión de los primeros minutos después de un disparo. Notaba cada centímetro de su cuerpo, cada poro, cada músculo. Los tacones hacían demasiado ruido, el maletín le golpeaba la cadera a cada paso, la bolsa de deporte pesaba una tonelada... Sentía como si llevara un cartel de neón en la frente anunciando lo que acababa de hacer, y le parecía increíble que nadie se fijara en ella, pero así era.

Inspira... espira... inspira... espira...

Unos segundos después se encontró, por fin, en la calle. Las nubes se habían cerrado sobre la ciudad en las horas que había pasado recluida en la oficina. Dentro de poco ya no quedaría ni rastro de los jirones de cielo que todavía se apreciaban. Aun así, se detuvo para ponerse las gafas de sol y, de paso, echar un vistazo a su alrededor.

A la izquierda los obreros continuaban con su trabajo ensordecedor. Quinientos metros más allá se intuía una plaza en la que había comenzado a armarse gran revuelo. Había visto esa misma imagen decenas de veces: gente histérica que gritaba, que pedía una ambulancia, que llamaba por el móvil o, incluso, sacaba fotos sin entender aún lo ocurrido. Algunos echarían a correr, temerosos de un atentado terrorista; otros se quedarían esperando su minuto de gloria cuando llegaran las cámaras.

Desde su posición no veía la causa del alboroto, pero tampoco lo necesitaba. Lo sabía demasiado bien. En medio del gentío había un hombre muerto con una pierna

reventada por un disparo. Las ambulancias serían inútiles, pero, en diez o quince minutos, según el tráfico, el lugar estaría lleno de ellas, además de coches de policía y furgonetas de todas las cadenas de televisión. No tenía tiempo para quedarse a ver el espectáculo. Se cerró la chaqueta y continuó su camino.

Giró a la izquierda por Upper Bank St. hasta el Jubilee Park, donde se encontraba la estación de metro. Se había cuidado mucho de mimetizar su aspecto con el de la fauna autóctona: el traje gris oscuro de Armani, el pelo rubio en media melena, los zapatos Louboutin de tacón alto, el maletín y la bolsa de gimnasio al hombro. Nadie que la viera sería capaz de distinguirla entre las decenas de mujeres con el mismo aspecto que circulaban a su alrededor, y era de eso, precisamente, de lo que se trataba.

Inspira... espira... inspira... espira...

Entró en la estación de metro. Apenas tuvo que esperar unos minutos antes de que el tren hiciera su aparición. Los seis kilos del AX-308 la atenazaban como una soga al cuello que no le permitía pensar en nada más. Cualquier error y la descubrirían. Pero ella no cometía errores.

Las puertas del tren se abrieron y ella entró.

Todo iba bien, por supuesto.

Bajó en su estación, lejos del centro y salió a la calle. Cuanta más distancia interponía con su último objetivo, más tranquila se sentía, de modo que apuró el paso hasta el gran edificio de aparcamientos en el que había dejado el coche. Abrió el maletero de su Toyota híbrido —igual a los otros cientos que colapsaban las calles de la ciudad— y echó un vistazo alrededor. Un jeep negro pasaba en ese momento por delante. Se ocultó hasta que siguió de largo. Aquel viejo aparcamiento no disponía de cámaras de seguridad, así que, tras comprobar que nadie podría verla, se quitó la peluca y la guardó. Se rascó con fuerza la cabeza para que el cabello, cobrizo, cayera libre sobre la espalda. Se quitó también la

chaqueta y la metió en el maletero junto con todo lo demás. Subió al coche, conectó el móvil a la radio y seleccionó entre su colección de música online un disco de Rammstein, algo cañero que la ayudara a liberar la tensión. Entonces, por fin, arrancó el motor y salió del edificio.

2,
Viernes, 20 de mayo – 17:48 h.
TYD Square. Londres.

Al acercarse a la escena del crimen, el inspector Daniel Ryman no pudo evitar proferir una maldición. No importaba lo rápido que intentara responder a un aviso, de un modo u otro, los periodistas se las arreglaban para llegar antes que él. Aunque era cierto que el lugar no podía considerarse discreto, pues la Plaza TYD se encontraba en pleno centro del Canary Wharf, una de las áreas financieras más importantes de la ciudad; y el crimen, producido a plena luz del día, había sido presenciado por decenas de personas.

Los curiosos y periodistas, amontonados contra la cinta de plástico azul y blanco que delimitaba la zona, se hicieron a un lado al escuchar el claxon. El agente que vigilaba el acceso se acercó al coche, comprobó su placa y levantó el cordón. El inspector aceleró y se internó en el área protegida hasta encontrar un hueco vacío en el que aparcar sin molestar a nadie.

Al bajar del coche lo recibieron los gritos de los periodistas que, tras el cordón policial, trataban de obtener una declaración sin saber que, aunque hubiese querido dársela, todavía no tenía nada para ellos.

—¡Vamos, Daniel, cariño, cuéntanos algo!

Kelly Knight siempre era la primera en llegar a todas partes. Cada vez que lo veía, intentaba coquetear con él para sonsacarle información. El inspector negó con la cabeza

desde la distancia y reanudó su camino. Era una mujer atractiva, desde luego, rubia y esbelta, pero no se fiaba de ella. Ni su interés hacia él era real ni se habría privado de publicar hasta la última palabra que le dijera. Cuanto más lejos se mantuviera de ella, mucho mejor.

El sargento Saunders, que se encontraba junto al cadáver, se volvió al oír sus pasos. Su compañero era todo lo que habría hecho perder los nervios a cualquier agente: joven, enérgico, incapaz de mantener la atención en algo más de diez segundos, o menos de cinco, si era una mujer la que pasaba a su lado. Además, fumaba de manera compulsiva, lo que resultaba desesperante para Daniel, que contaba ocho meses sin fumar y nunca dejaría de anhelar un cigarro. Pero el inspector Ryman llevaba casi cuatro años trabajando con él y no lo habría cambiado por nada.

Lo saludó con una palmada en el hombro, que el sargento no le devolvió. Llevaba puestos los guantes violetas reglamentarios y ya lucía algunas manchas de sangre que mostraban que no había resistido la tentación de curiosear en la herida.

—Siento llegar tan tarde —se disculpó el inspector—. Estaba en el juicio del caso Fallon.

—No te preocupes, está todo organizado —respondió su compañero. Luego, con un gesto vago hacia la víctima, añadió—. Aquí tienes a tu hombre.

Daniel se giró hacia el cadáver. Había quedado tendido en el suelo, boca arriba, cubierto de sangre coagulada desde la cintura hasta los pies, y también el pecho y la cara, salpicados de grandes manchas. Un enorme charco negruzco se había formado bajo el cuerpo. De él partía un espeso reguero que llegaba hasta la calle y se alejaba, aún, un metro más.

—Por Dios, ¿cuánta sangre ha perdido este tío?

—Toda —resumió Saunders—. Fue un francotirador. Le reventó la femoral y se desangró casi de inmediato.

—¿La femoral?

El inspector miró a su compañero, que le devolvió la mirada con gesto grave. Una de las cejas, arqueada, esperaba una reacción por parte de su superior, pero este se limitó a negar con la cabeza.

—No nos adelantemos a los hechos.

Buscó a su alrededor a alguno de los agentes de la unidad forense y le pidió unos guantes al primero que encontró. Se los puso, se cubrió los pies con unas bolsas cobertoras y se agachó junto al cadáver, con cuidado de no pisar la sangre.

La víctima era un hombre de unos sesenta y pocos años, pelo canoso, metro setenta y algo de altura y unos noventa kilos de peso. Aún tenía los ojos abiertos y las pupilas vidriosas se perdían en las nubes con una expresión de sorpresa, casi incredulidad.

La herida en la pierna presentaba un aspecto repugnante. Le faltaba un trozo de muslo de casi un palmo y, lo que quedaba, permanecía unido al cuerpo de forma precaria por los restos de lo que debían de haber sido músculos antes de convertirse en... Bueno, resultaba imposible definir lo que eran ahora. A través de la herida asomaba el hueso seccionado. Este, el músculo, la piel, las venas... Todo estaba cubierto de sangre coagulada y pegajosa. Era imposible apreciar con detalle el orificio de entrada y el de salida, pero lo que sí quedaba claro era que la bala ya no estaba allí.

—¿Sabemos quién es?

No obtuvo respuesta.

Alzó la mirada hacia su compañero y lo descubrió devorando con los ojos a una joven agente enfundada en un mono blanco de la unidad forense. Se incorporó con una maldición en los labios.

—Saunders, aquí. —Chasqueó los dedos ante sus ojos hasta que el sargento se volvió con una sonrisa traviesa que

no se molestó en ocultar—. ¿Sabemos quién es? —repitió, señalando el cadáver.

—Sí, desde luego. —Saunders repasó su libreta de notas. Iba dejando manchas de sangre reseca aquí y allá, pero no parecía muy preocupado por ello—. El chavalote es Arthur Reginald Thompson. Era uno de los socios de Thompson, Yates y Davies, ¿te suena? Son los peces gordos dueños de todo esto.

Trazó un arco con el brazo para abarcar el edificio a su espalda, y el inspector miró a su alrededor por primera vez.

La Thompson, Yates & Davies Square —TYD Sq. como la llamaban los londinenses para acortar— era una coqueta plaza situada en pleno centro neurálgico de los negocios de la ciudad, que había sido construida al mismo tiempo que la sede de la compañía a la que debía el nombre, una de las principales empresas financieras del país. El perímetro estaba rodeado de arbustos y algunos árboles en puntos estratégicos, bajo los cuales se distribuían unos bancos de madera blanca que debían de estar llenos de gente en el momento del crimen, pero que ahora lucían tristes en su soledad. En el centro, a escasos metros del cadáver, una fuente redonda de piedra ponía sonido a la escena con un débil chorro de agua que manaba de su interior.

El edificio Thompson, Yates & Davies dominaba la plaza con aire dictatorial. Estaba formado por cuatro torres de distintas alturas con miles de ventanas de cristal oscuro que impedían la visión hacia el interior. No sabía con exactitud a qué se dedicaban allí dentro: bolsa, inversiones o lo que fuera. Lo que el inspector sí sabía era que un asesinato como aquel iba a acarrearle muchísimos problemas.

—¿Qué pasa con los otros socios, Yates y Davies, están aquí?

—Davies está de viaje, Yates bajó en cuanto ocurrió todo, prestó declaración y se largó otra vez. Apenas estuvo unos minutos. Por supuesto, alegó que no sabía nada.

—¿Parecía afectado?

Saunders negó con indiferencia.

—Yo más bien diría que estaba nervioso. Dijo que avisará a Davies para que regrese del viaje lo antes posible, pero no parecía tener muchas ganas de colaborar. Ya te digo que se largó tan rápido como...

—Inspector.

El inspector Ryman se volvió hacia la voz que los había interrumpido y se encontró con el rostro experimentado del juez de instrucción y el impresionado de su ayudante, que permanecía varios pasos por detrás de su jefe. Tras los obligatorios apretones de manos, los detectives se alejaron para dejarlos trabajar.

La plaza bullía de actividad como una fiesta universitaria. Los miembros de la policía forense, con los característicos monos blancos, tomaban muestras por toda la zona. Algunos policías uniformados protegían el perímetro de los curiosos mientras, en una esquina, otros interrogaban a un grupo de unas doce personas que habían presenciado lo ocurrido.

—¿Testigos? —Los señaló con un gesto de la barbilla

—Sí —confirmó su compañero—. Muchos. Los sanitarios han tenido que atender a varios por ataques de pánico o de ansiedad, pero, por ahora, todos coinciden en las declaraciones: la víctima salía del edificio junto a tres tipos más cuando, de repente, le estalló la pierna, se revolvió por el suelo unos segundos, sangrando a borbotones, y murió.

—¿Iba con tres personas más? ¿Quiénes eran? Quiero hablar con ellos.

Saunders señaló las tres ambulancias que habían invadido una esquina del perímetro. Un grupo de once personas se arremolinaban junto a la más alejada. Se fijó en tres. Sus ropas estaban teñidas de sangre, pero ellos permanecían impertérritos pese a lo que acababan de vivir. Su aspecto era similar, casi uniformado: altos, de

constitución grande, porte militar, con el pelo cortado a cepillo. Los otros ocho miembros del grupo vestían de manera elegante: traje caro, zapatos brillantes, peinado perfecto, maletín de marca, uniformados a su elitista manera. Daniel reconoció la especie sin titubear.

—Abogados —murmuró con aversión, sin que en realidad fuera una pregunta.

Saunders levantó el labio en un gesto de desdén.

—Todo un batallón. Ya estaban aquí cuando llegamos. Apenas les han dejado responder un par de preguntas, pero, por supuesto, ya los he citado en la central. Una de las abogadas no está nada mal...

Le guiñó un ojo, pero el inspector lo ignoró.

—¿Quiénes son los tres gigantones?

—Sí, eso es interesante, eran los guardaespaldas del muerto.

El inspector gruñó un asentimiento.

—Tienen esa pinta. ¿Sabemos para qué necesitaba tres guardaespaldas?

—No dan ninguna explicación: era un hombre muy poderoso, esos hombres siempre tienen enemigos, blablabla... —El sargento puso los ojos en blanco y dibujó una sonrisa burlona— Pero no dan ningún nombre en concreto.

El inspector no se extrañó. No era el primer ejecutivo que, con motivo o sin él, gustaba de hacerse acompañar por un par de gorilas.

—¿Qué más? —preguntó—. ¿Habéis encontrado la bala?

—Oh, sí. —Saunders se arrodilló junto a un maletín de pruebas, rebuscó en él unos segundos y se levantó con una pequeña bolsa transparente, sellada y etiquetada por algún miembro de la unidad forense.

El inspector la cogió y observó lo que había en su interior. No dudaba de que, alguna vez, aquello hubiera sido una bala, pero, en ese momento, apenas era una masa

informe de plomo retorcido.

—Es enorme —murmuró—. ¿Es un .308? ¿Dónde estaba?

—Un .308, sí, eso parece. Confirmarán el calibre en balística, pero ha dejado un buen agujero. Ven.

Saunders se alejó unos metros del cadáver y señaló un punto en el suelo. El inspector no pudo evitar un silbido de admiración al agacharse junto a él. El impacto había abierto un hoyo del tamaño de un puño en el pavimento, y se distinguía con claridad el ángulo por el que había penetrado el proyectil hasta quedar encajado a unos centímetros de profundidad.

—Muestra la posición del tirador sin ninguna duda —comentó su compañero, al tiempo que señalaba hacia una de las avenidas que desembocaban en la plaza.

Daniel siguió la trayectoria de aquel dedo para ir a encontrarse con ventanas, centenares, miles de ventanas que lo acechaban desde todos los ángulos. La avenida se alejaba en línea recta en dirección a tres moles de hormigón y cristal que se alzaban orgullosas no muy lejos de allí. Antes de llegar a ellas, pasaba junto a un centro comercial, una estación de tren y decenas de edificios. Llenos de ventanas.

Volvió a observar el proyectil que sostenía entre las manos.

—¿Y las demás?

Saunders lo miró sin comprender.

—¿Las demás qué?

—Las demás balas.

Ante la cara de desconcierto de su compañero, Daniel sintió que algo se le revolvía en el estómago. Un segundo después, lo escuchó corroborar sus temores.

—No hay más. Han revisado la plaza y no hay marcas de más disparos, al menos, por ahora. Ningún testigo ha visto ni oído nada, tampoco, aparte de... eso.

Señaló al cadáver en el suelo.

—Un solo tiro, a un blanco en movimiento y directo a la femoral —suspiró el inspector.

—Exacto.

—Joder.

Miró de nuevo la bolsita con la bala y se giró en la dirección de su supuesta procedencia.

—¿Has mandado a alguien a investigar la zona?

—Sí, justo antes de que llegaras han salido dos equipos a preguntar en los alrededores.

—Bien. La unidad forense nos dará más datos de la altura y la distancia exactas del tiro, pero, hasta entonces, nos apañaremos con eso.

Tomó aire y trató de concentrarse en lo que tenía delante. Sus peores temores se iban confirmando punto por punto. Aun así, debía ceñirse a las pruebas antes de perderse en especulaciones.

—¿Cámaras de seguridad?

—Por supuesto. —Saunders volvió a revisar los datos del cuadernillo negro—. El propio edificio tiene cuatro en esta zona, aunque todas apuntan a la puerta, así que no sé si nos serán de utilidad, pero he mandado a algunos agentes a pedir grabaciones en doscientos metros a la redonda. Esto es Londres, tenemos cámaras por todas partes.

—Pediremos también las de tráfico, pero que amplíen el radio de búsqueda. Un francotirador puede haber estado mucho más lejos de doscientos metros. —El mal presentimiento que había tenido al ver el cadáver por primera vez regresó con más fuerza. Apenas con un hilo de voz añadió—: Mucho más.

Saunders tomó nota de la orden en el cuaderno. El juez de instrucción se acercó a ellos.

—Cuando quiera, inspector —dijo—. He terminado.

—Gracias, Juez.

Este y su ayudante se retiraron, y el inspector se agachó junto al cadáver por última vez. Le habían cerrado

los ojos, pero Daniel aún recordaba su expresión perpleja.

—¿No te podías creer que te estuviera pasando esto a ti, eh, gran hombre?

Nadie contestó, por supuesto.

El inspector se alejó del cuerpo e hizo un gesto a los técnicos de la morgue para que comenzaran su labor. Con rutinaria eficiencia, aislaron pies y manos dentro de fundas cobertoras e introdujeron el cadáver en una bolsa de plástico negra, lo subieron a una camilla y lo trasladaron a la furgoneta. En unos segundos, ya solo el charco de sangre recordaba lo que había ocurrido allí.

Daniel se alejó de su compañero para echar un vistazo alrededor. Comenzaba a chispear. Las nubes negras que habían ido y venido durante todo el día habían cubierto el cielo definitivamente.

Daniel observó los edificios que lo rodeaban. Cualquiera de ellos podría haber sido el punto de origen del disparo, pues miles de ventanas se abrían sobre la plaza, pero el inspector no lo creyó. Para causar tanto daño, la bala tendría que haber llegado desde mucho más lejos. Esperó tener suerte con las cámaras de seguridad porque, si no, encontrar la aguja en el pajar iba a ser una tarea casi imposible.

Le habían reventado la femoral. Iba rodeado de guardaespaldas y un francotirador había logrado evitarlos a los tres, al resto de transeúntes y acertar en el blanco con precisión quirúrgica. Volvió a experimentar aquel mal presentimiento y solo pudo rezar para estar equivocado.

—Otra vez no —susurró—. Por favor, otra vez no.

3,
Sábado, 21 de mayo – 09:32 h.
RascarHealth Inc. Londres.

El sábado había amanecido brillante como si la ciudad hubiera querido, al fin, olvidar el invierno y dar la bienvenida a una primavera que, a esas alturas de mayo, llegaba con retraso. Era un día para pasar en el parque con los perros, con los amigos, con la familia, tomando un picnic e ignorando el frío solo por reconfortarse con la luz del sol. Pero ella no estaba en el parque, se encontraba dentro de un despacho pequeño, abarrotado de estanterías llenas de archivadores, con un ventanuco estrecho que apenas dejaba pasar la luz y una lámpara que debía permanecer encendida pese a que ya eran las nueve y media de la mañana.

La reunión en la que se encontraba debería de haber sido sencilla y haber terminado hacía un buen rato, pero no. Estaba resultando aburrida, como todas las demás que se veía obligada a mantener por su trabajo. Todo estaba bien y todo eran sonrisas hasta que explicaba cómo realizaban su labor. Una cosa era entender la necesidad de contratar a una empresa de seguridad informática, y, otra muy distinta, permitir que un hacker se infiltrara en su sistema.

—Nuestra función es proteger la infraestructura informática de su empresa, señor Masterson, sobre todo la información que almacena en sus servidores y equipos, la que intercambia entre su gente o con los clientes... Todo.

—Lo entiendo, señorita Addams, pero le aseguro que

nuestro sistema está perfectamente protegido. Solo necesito que revisen la red y lo confirmen.

Ella reprimió una carcajada. No era eso lo que había dicho Jason Cole, su socio, su mejor amigo, su amante, sino todo lo contrario. El mejor hacker de Inglaterra no había tardado ni quince minutos en acceder a los archivos de RascarHealth y pasearse entre ellos como un gato en un mercadillo.

—Todos nuestros clientes piensan eso antes de hablar con nosotros —dijo.

William Masterson gruñó. Era un hombre de sesenta y tres años que estaba a punto de jubilarse, pero la edad no había saciado su ambición. Lejos de eso, acababa de firmar un contrato con el sistema público de salud de Gran Bretaña y ahora se veía obligado a reforzar todo el sistema de seguridad. Miraba a la joven pelirroja que se sentaba ante él con una evidente desconfianza. No sabía nada de informática y le costaba aceptar que una mujer tan joven supiera más que él sobre algo. Se irguió en la silla y el cuero del asiento crujió como una ventosidad. Carraspeó.

—Lo que no termino de entender es eso de permitir que un pirata entre en nuestro sistema.

Ella ignoró el término despectivo que habría sacado de sus casillas a su socio y rió con condescendencia.

—No se trata de permitirselo, señor Masterson, se trata de que, tal y como se encuentra su sistema en estos momentos, no puede evitarlo. Mi gente... —Su gente no era más que una persona, su socio, pero había descubierto hacía tiempo que si hablaba en plural, los clientes tomaban a su empresa mucho más en serio— intentará acceder al sistema y, al hacerlo, descubrirá todos los fallos de seguridad de los que adolece.

—¿Pero eso no es abrir las puertas al enemigo?

Ella suspiró. La misma discusión con todos y cada uno de los nuevos clientes que acudían a ella.

—¿Quién mejor que un ladrón para enseñarle cómo defenderse de los ladrones? ¿Quién mejor que alguien que conoce y domina las herramientas que usan aquellos que podrían querer colarse en su red?

William Masterson inhaló con fuerza por la nariz y sus ventanas nasales se redujeron a dos orificios diminutos. Kathleen pudo oír el sonido áspero de los dedos contra el vello de la barba cuando el hombre se la rascó, intranquilo.

—Entiendo lo que usted dice... —insistió él, al cabo—, pero no sé...

Ella se resignó. Ese era, igual que la defensa de su sistema, otro de los momentos inevitables en toda reunión inicial con un cliente. Había llegado la hora de plantarse.

—Escuche, señor Masterson, lo entiendo. Su empresa va a comenzar a tratar datos de una delicadeza extrema, datos personales de clientes, información confidencial sanitaria y económica. Ha buscado en internet, ha preguntado por ahí y le han dicho que Cole & Addams somos los mejores. —Cogió su maletín del asiento contiguo, lo abrió y sacó una carpeta de cubiertas rígidas con el logotipo de Cole & Addams en la portada. Luego se levantó y dirigió una última mirada a su futuro cliente, que la observaba con expresión confundida—. Lo somos. Eche un vistazo a esto y lo comprobará. Cuando lo haga, puede llamarme y volveremos a reunirnos.

Con un sencillo gesto de cabeza, se despidió y abandonó el despacho. Antes de que llegara al ascensor, William Masterson habría abierto el dossier y habría encontrado en él una muestra de toda esa información que creía tener bajo control: nombres, números de seguridad social, datos confidenciales de clientes... Todo tachado bajo un rotulador negro que ocultaba el ochenta por ciento de los datos, pero que dejaba a la vista el veinte por ciento suficiente para que Masterson consultara el sistema y confirmara que era información real. Si todo salía como esperaba, para cuando

hubiera llegado al coche, o a casa a más tardar, RascarHealth ya se contaría entre su cartera de clientes.

Salió a la calle y aspiró el aire contaminado de la ciudad. El cielo de color azul intenso la obligó a ponerse las gafas de sol. Había llovido toda la noche y el suelo brillaba bajo una pátina de humedad que le devolvió su reflejo distorsionado. Se cerró la chaqueta y se dirigió al aparcamiento en el que había dejado el coche.

Al doblar una esquina, un tumulto ante un quiosco llamó su atención. Seis hombres de traje y corbata comentaban la noticia de portada de los periódicos, consultándolos todos como si en alguno de ellos la información fuera a variar. Sus voces sonaban agudas, casi histéricas.

—Dios mío, no puede ser verdad...

—Qué horror...

Ella apresuró el paso. No necesitaba ver el periódico para saber lo que había asustado tanto a esos hombres, no necesitaba verla para saber el aspecto de la fotografía que ocupaba la primera plana: el prestigioso Arthur R. Thompson muerto en el suelo, la sangre, el rostro desfigurado en una expresión de sorpresa, la postura retorcida... Aceleró más. Los tacones disparaban miles de gotas a su alrededor al pisar los charcos.

La melodía del teléfono móvil la devolvió al mundo real. Su primer pensamiento fue que se trataba de Masterson, que se rendía a la evidencia, pero entonces reconoció la canción que sonaba: *Walking on sunshine*. Sacó el dispositivo del bolso y contestó con una sonrisa, sin molestarse siquiera en mirar la foto que iluminaba la pantalla.

—Sí, me acuerdo de tu fiesta.

Al otro lado del teléfono, su mejor amiga estalló en una carcajada.

—¡Más te vale! ¿Nos vemos esta tarde y me ayudas a comprar todas las chorraditas? Casi no queda nada.

Se tomó un momento antes de contestar. Le iría bien un rato libre, salir con Deb, charlar de algo insustancial, recorrer la ciudad de compras para la fiesta del día siguiente... Pero, por mucho que lo deseara, el trabajo no había concluido y quizá tuviera la tarde ocupada.

—He de ver como tengo la agenda. Te llamo al mediodía y te confirmo, ¿vale?

—Bueno, pero mañana no me falles, que te conozco. En ese trabajo tuyo siempre estás hasta arriba y nunca tienes tiempo de nada. Ni siquiera viniste ayer a yoga.

Ella rió. Una punzada de culpabilidad le retorció el estómago, pero la apartó con la costumbre de los años. Mentía a todo el mundo, excepto a Jason. Aunque le doliese, su mejor amiga solo era una más. ¿Qué ocurriría si le dijese la verdad? Sonrió con tristeza.

—Que no, tranquila. Pero reconoce que hacer la fiesta un domingo es una putada.

—Ya lo sé —admitió Deborah—. Pero hoy vamos a ver a mi suegro a la residencia, y sabes que la cosa suele ponerse complicada.

Lo cierto era que no recordaba muchos detalles sobre el motivo por el que el suegro de su mejor amiga estaba en una residencia de ancianos, ni por qué era una situación complicada.

—Tranquila, lo entiendo. Mañana nos vemos y esta tarde te llamo si puedo quedar.

Le apetecía ir a esa fiesta. Era agotador tener que disimular y mentir a todo el mundo, pero ya se había acostumbrado. Por otra parte, también resultaba un alivio fingir que era una persona normal, en vez de lo que era en realidad. Además, con Deborah siempre se reía, no conocía a nadie tan alegre ni tan optimista como ella, como si no tuviera una sola preocupación en la vida. Quizá fuera así. Trabajaba para la mayor inmobiliaria del país, estaba casada con el hombre de sus sueños, que se desvivía por ella, y

tenía una niña preciosa. ¿Por qué no iba a ser feliz? En su mundo, las cosas horribles que Kathleen conocía no existían.

La llamada que esperaba, la de Masterson, llegó cuando ya se encontraba en el coche de camino a casa. Por encima del ronroneo casi inaudible del Toyota, el presidente de RascarHealth en persona accedió a todas las condiciones del contrato.

Jason estaría encantado de saberlo. No le había costado nada acceder a los supuestos sistemas seguros de la empresa, tras lo que había definido el trabajo como «pan comido: poco esfuerzo y mucho dinero». Claro que, para alguien con sus habilidades y su experiencia, todo era pan comido.

Recorrió la avenida bordeada de árboles que llevaba hasta su casa. A ambos lados, decenas de mansiones se protegían de miradas indiscretas tras vallas y muros cubiertos de vegetación, entre la que destacaban, sin ninguna intención de ocultarse, incontables cámaras de vigilancia. La seguridad era tema de especial interés para los vecinos de aquel barrio, por lo que una empresa privada rondaba las calles día y noche. La patrulla de las once pasó puntual. Los saludó con un gesto de la mano, que ellos devolvieron con amabilidad rutinaria.

Sus dos perros, Puck y Sabriel, dos Ridgeback de pelo dorado, la esperaban ansiosos al otro lado de la compuerta que daba acceso a la propiedad. Siguieron al coche por todo el sendero empedrado sin dejar de saltar a su alrededor hasta que, al fin, lo aparcó en el garaje.

—Hola, hola... —Les acarició las cabezas al bajar. El pelo se oscurecía o aclaraba como el terciopelo según lo movía a un lado o a otro.

Entraron en la casa y la atravesaron hasta la biblioteca. Por el camino, los morros húmedos de los animales le olisqueaban las manos.

Aquella estancia era la más oscura de la vivienda, pues

las espesas cortinas siempre estaban cerradas. Las paredes se ocultaban tras estanterías de roble llenas de libros desde el suelo hasta el techo, rodeadas por una pasarela a la altura de una segunda planta, a la que se accedía mediante una escalera de caracol en una esquina. Aparte de eso, los únicos muebles eran una *chaise longue* y un escritorio vacío a excepción de un ordenador que apenas se utilizaba para la economía doméstica.

Se dirigió a una de las estanterías y empujó hacia dentro, sin dudar, uno de los libros. La cubierta era verde oscura con una filigrana dorada, similar a los otros cientos que copaban la habitación, pero, al presionarlo, se deslizó unos milímetros hacia detrás. El mueble pivotó hacia dentro y, bajo la parpadeante luz de un fluorescente, dejó a la vista una escalera metálica de caracol que descendía a las profundidades de la tierra.

Atravesó el hueco y pulsó un interruptor a la izquierda. Mientras bajaba por la escalera, escuchó cómo la estantería ocupaba de nuevo su lugar y dejaba a los perros tras ella. Allí seguirían cuando regresara, como siempre, acostumbrados a verla desaparecer tras una pared.

Descendió los dieciséis peldaños hasta el fondo y se internó en el angosto pasillo de cemento gris a lo largo del cual las luces fluorescentes se iluminaban con violentos parpadeos. Acarició la rugosa superficie de los muros con las yemas de los dedos, fascinada, pese a la costumbre, por lo que ocultaban. Podía parecer el pasillo de un hospital: frío, hosco, amenazador, pero aquellas paredes eran mucho más que eso. Tras ellas, un muro de hormigón de dos metros de grosor, con placas intercaladas de acero, hierro y níquel, imposibilitaba que alguna señal entrara o saliera del corazón de la casa, protegiéndola así de intromisiones externas como si se tratara de una jaula de Faraday gigante.

El túnel se alargaba durante veinte metros hasta morir en una puerta de metal de aspecto macizo. Kathleen situó el

pulgar sobre el lector de huellas dactilares y vio la habitual línea verde subir y bajar por su piel. La puerta se abrió con un sonido amortiguado de succión. Había llegado.

La estancia que Jason y ella llamaban La Base se le ofreció en su fría majestuosidad. Una sala circular de cuarenta metros cuadrados recubierta de armarios y racks de equipamiento informático que, junto al aire acondicionado que mantenía una temperatura estable en veintiún grados, provocaban un zumbido constante. Tres mesas formaban una U en el centro, cada una con otras tantas pantallas de ordenador que listaban interminables procesos que ella nunca había llegado a entender.

Jason ya estaba allí, como siempre, inclinado en una incómoda postura ante el ordenador, con los ojos a escasos centímetros de la pantalla y el pie brincando al ritmo de la canción de Killswitch Engage que sonaba por los altavoces. Su amigo, socio y amante ocasional vivía en la casa vecina, que comunicaba con la Base por un pasillo idéntico al que ella acababa de atravesar.

Si no hubiera sido por Jason Cole, aquello nunca habría funcionado. El hacker que, durante la adolescencia, había vuelto loca a la policía le había pedido un favor y se lo había devuelto con creces durante los siguientes quince años de trabajo en común. Sus habilidades la habían mantenido a salvo: se infiltraba en los ordenadores de la policía, en los de sus objetivos y en los de quienes contrataban sus servicios; obtenía información; se comunicaba con sus colaboradores y realizaba los trámites para cobrar los pagos, blanqueados a través de la empresa de seguridad informática, que había resultado ser una tapadera sorprendentemente rentable. De un modo que ella no comprendía, él había conseguido que todo funcionase a la perfección.

Sin embargo, no podía negar lo extraño de la relación que mantenían. Por supuesto que era agradable dejarse llevar por sus instintos y acabar entre sus brazos de vez en

cuando, sobre todo después de un trabajo, cuando más necesitaba liberar adrenalina y olvidar lo que acababa de hacer. Pero al día siguiente llegaba el momento de fingir que solo eran compañeros, y entonces la sensación era de verdad incómoda. Más aún porque sabía que él estaba enamorado de ella. Había visto la expresión en sus ojos cuando la miraba, creyendo que no se daría cuenta. Por mucho que lo deseara, ella no sentía lo mismo. Y no porque no le gustara. Era un hombre atractivo; lucía barba de dos días para disimular unos rasgos juveniles que no encajaban con sus treinta y cuatro años, sus ojos castaños observaban el mundo brillantes como los de un niño y su sonrisa era capaz de contagiarse a cualquiera que lo observara. Siempre llevaba el pelo revuelto, como si no hubiera tenido tiempo de peinarse, aunque ella sabía que se esforzaba mucho para lograr aquel efecto. Esa mañana en concreto parecía que acabara de salir de la ducha. Algunos mechones mojados le caían a ambos lados del rostro y formaban una constelación de gotas oscuras sobre los hombros de su camiseta verde.

—Kat, hola, no te había oído llegar.

La voz de Jason la arrancó de su ensueño. Se acercó a él con la sensación de haber sido pillada *in fraganti*.

Él bajó el volumen de los altavoces y el ronroneo de los ordenadores y el aire acondicionado recuperó el protagonismo habitual. Ella arrastró una silla hasta la mesa, se puso la chaquetilla que colgaba en el respaldo y se sentó a su lado.

—¿Qué tal todo? —preguntó.

Con una sonrisa, él se inclinó hacia ella y la besó. Un beso suave, dulce. Un beso cálido. Sus labios se posaron sobre los de ella con una ternura opuesta a la pasión que le habían demostrado la noche anterior.

—Te habías ido esta mañana cuando me desperté —susurró él, y su aliento le acarició la boca.

—Ya. Tenía la reunión con Masterson.

—¿Y?

—Es nuestro. Puedes empezar a hacer tu magia cuando quieras.

Él rió. Al igual que todos aquellos muy buenos en algo, tenía un ego altamente sensible para los halagos y también para las críticas.

—¿Qué tal lo otro? —Ella cambió al tema que, en realidad, le interesaba.

—Como siempre. —Jason encendió la pantalla que tenía a la izquierda. El navegador Chrome estaba abierto en decenas de pestañas. En la primera, una foto a gran tamaño de Arthur Thompson, ensangrentado y en el suelo, ocupaba la mitad de la portada de la web de la BBC bajo un titular en grandes caracteres: «**Arthur R. Thompson, asesinado**»—. Está en todas las portadas.

Le mostró las primeras páginas de todos los periódicos digitales. La misma fotografía, con ligeras variaciones, se repetía en cada una de ellas.

—¿Qué hay de la policía?

—Aún nada, claro. El detective al cargo es un tal Ryman.

—¿Me tengo que preocupar?

El informático sonrió con seguridad.

—En absoluto. Nadie vio nada ni oyó nada. Ha convocado a declarar a los testigos, y el laboratorio forense se ha dado prisa y presentará hoy el informe preliminar, pero no tendrá nada sorprendente. Ya te iré informando.

Ella sonrió complacida. A tan escasa distancia, notaba el reconfortante olor a jabón en la piel de su socio. Jason tenía algo que la relajaba, su seguridad, su confianza. Se enfrentaba al mundo como se enfrentaba a su trabajo, con la serenidad del que sabe lo que hace.

—¿Quieres empezar con el siguiente?

Ella asintió.

Él cerró el navegador y accedió a una carpeta llena de

archivos. Uno a uno, abrió fotografías, hojas de cálculo y documentos que ocuparon las tres pantallas de la mesa. Como siempre, había buscado y filtrado la información que ahora le ofrecía: biografía del objetivo, cuentas bancarias, posesiones, familia, mapas, itinerarios, horarios y rutinas, personas implicadas en el trabajo... Aquel era su punto fuerte; juntos podían llegar a conocer a un objetivo mejor que él mismo y, de esa manera, ella podía elegir el mejor momento, el mejor arma, la mejor escenografía... Por supuesto que el trabajo podría hacerse más rápido y, sin ninguna duda, podría hacerse más barato, pero ella garantizaba un resultado seguro sin dejar rastro de la relación una vez finalizado el encargo. Esa seguridad se pagaba, y sus clientes eran, en la mayoría de los casos, de la clase de personas que no tenían problemas para apreciar un trabajo bien hecho.

—Vamos allá —dijo—. Davies, el segundo socio.

Jason pinchó en una imagen que se amplió hasta ocupar la pantalla completa.

Era una fotografía oficial de la compañía, profesional, un primer plano contra un fondo blanco. Mostraba a un hombre de pelo oscuro, ojos negros y mentón ancho. Algo mayor que ella, pero no mucho, treinta y nueve o cuarenta. La sonrisa exhibía una desbordante confianza en sí mismo, pero la hilera de dientes, perfectos como los de una modelo, revelaban al depredador que llevaba dentro. Kathleen lo reconoció sin titubear, de depredador a depredador. El socio más joven de TYD. Multimillonario, respetado, un hombre de éxito. El mundo a sus pies.

—Anthony Davies —recitó el informático, de memoria—. Cuarenta y tres años, economista y Director del Departamento de Cuentas de Thompson, Yates & Davies. Casado desde hace once años con Laurel Mills y padre de una hija de nueve años llamada Davinia.

Guardó silencio durante un instante en el que la miró

con el rabillo del ojo. Ella permanecía absorta en la fotografía de la pantalla, con la vista detenida en los ojos confiados de su objetivo. Le gustaba conocer los detalles de la persona a la que iba a matar. No quería verlo como un objetivo, como un punto en una diana. Era una persona y, aunque doliera, necesitaba recordarlo.

Al ver que guardaba silencio, Jason prosiguió:

—Se unió a la empresa nada más salir de la universidad, como asistente de cuentas. En diez años consiguió que lo nombraran socio igualitario con los dos fundadores, Thompson y Yates.

—Al grano —cortó ella—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ahora mismo está de viaje de negocios en Moscú. No hay fecha definida para su vuelta. Dice que no lo hará hasta que consiga cerrar el trato que tiene entre manos, pero, según las conversaciones que he interceptado con Yates, parece que será pronto.

—¿Volverá? Quiero decir, después de lo de Thompson... ¿No le entrará miedo?

Él rechazó esa posibilidad sin vacilar.

—En absoluto. Se niega a creer que esto vaya con ellos y achaca el asesinato a algún asunto privado de su socio. Ya sabes, se cree intocable.

—Niñato engreído.

Jason esbozó una sonrisa burlona.

—Sí. Asegura que, en cuanto haya terminado en Moscú, regresará y todo se solucionará. Trata a Yates como si fuera gilipollas, aunque la verdad es que en ocasiones lo parece. ¿Por qué no quieres ir a por ese?

—¿A por Yates? No, tú lo has dicho, es un imbécil, será el objetivo más fácil. Pero si Davies sospecha que vamos a por él se blindará. —Volvió a mirar la fotografía en la pantalla—. No me has contestado. No está en el país, bien, cuando vuelva, ¿dónde lo encuentro?

El informático pinchó en un icono con la forma de un

plano. Un mapa se abrió y ocultó la fotografía del objetivo. No se distinguían más que árboles por todas partes: verde oscuro, verde más claro, verde... Incapaz de identificar el lugar, Kathleen buscó la respuesta en su socio. Él golpeó la pantalla con una uña.

—En Queenwood.

4,
Sábado, 21 de mayo – 18:03 h.
Residencia Thompson. Hertfordshire.

—¿Qué tal la reunión de esta mañana?

Daniel miró a su compañero, sorprendido por la repentina pregunta que había roto el silencio dentro del coche. Detrás de ellos, Londres era un horizonte de postal bajo las nubes.

Sabía que Saunders estaba desesperado por llegar a su destino y encenderse un cigarro. La ansiedad del sargento era tan manifiesta que al inspector le sorprendió que hubiera tardado tanto en decir algo. Lo único que lamentó fue que eligiese esa pregunta, pues la reunión mantenida aquella mañana en el despacho del jefe no era el asunto que más le apetecía tratar.

—Mal, como puedes imaginar —contestó, con un suspiro de resignación—. Estaban el jefe, el alcalde y hasta un enviado del primer ministro. Todo el mundo quiere solucionar este tema cuanto antes, y ya supondrás la cabeza de quién está en juego.

Saunders respondió con un bufido, al que Daniel asintió.

—Exacto —confirmó—, la mía. Putos peces gordos... Lo único bueno es que han dado prioridad absoluta al caso. El forense ya está con el cuerpo y en balística trabajan a toda velocidad.

—¿Sigues sin querer pensar que haya sido...?

—¡Ni lo nombres! —El sargento rió al oír el tono casi

supersticioso con el que su compañero lo había interrumpido. Daniel continuó—. Claro que ha sido él, no hay más que ver el cuerpo, pero hasta que no tenga el informe forense no quiero ponerlo por escrito.

Saunders devolvió la atención a la carretera que los alejaba de la ciudad.

Poco a poco el paisaje urbano se había tornado rústico. El frío aún mantenía al verano a raya, pero parecía que la primavera se había dignado a presentarse. El aire brillaba y los pájaros sobrevolaban la campiña. Los árboles, como columnas a cada lado de la carretera, guiaban su camino. El tráfico había disminuido hasta un punto casi anecdótico a medida que pasaban los kilómetros.

—En 200 metros, gire a la derecha —ordenó la metálica voz del GPS —, 50 metros después llegará a su destino.

Daniel se removió en el asiento al tiempo que obedecía las instrucciones que acababa de recibir. Aunque no era él el encargado de dar la mala noticia a los familiares de las víctimas, sí debía hablar con ellos cuando el dolor aún era reciente. Y no resultaba tarea agradable. De hecho, era lo que más odiaba de su trabajo. El dolor, la frustración, la impotencia de esas personas que no entendían lo que había ocurrido, que no creían que les hubiera pasado a ellos de verdad, que se aferraban a la esperanza de que todo fuera una pesadilla de la que despertarían más tarde o más temprano, con una sonrisa autosuficiente que dijera que no se lo habían llegado a creer, pero una inconfesable sensación de alivio en la boca del estómago.

La esposa de Thompson había sufrido un ataque de ansiedad la tarde anterior. Su hijo y su médico habían tenido que pasar la noche en la casa, con ella. El doctor Patterson había hecho todo lo posible por evitar la reunión a la que se dirigían en ese momento, pero el inspector había insistido en su importancia para el caso, y, al final, el médico había accedido a regañadientes.

Nada más tomar la curva que le había anticipado el GPS, el inspector Ryman vio lo que menos quería ver: decenas de furgonetas de todos los medios de comunicación imaginables bloqueaban el camino, dejando apenas el hueco suficiente para que pasara un vehículo. Según se acercaba a la casa, los periodistas aparecieron por todas partes: de dentro de las furgonetas, detrás de los árboles..., brotaban como champiñones bajo la lluvia en medio del camino. Alguno identificó su coche, y esa fue la señal para que todos se abalanzaran sobre ellos, micrófonos en mano. Daniel resopló, iracundo. Avanzó hasta una puerta enrejada con un complejo entramado metálico, a la derecha de la cual se erguía un poste coronado por un cajetín a la altura de la ventanilla. Albergaba en su interior una cámara de vigilancia, un altavoz y un botón rojo etiquetado como Timbre. Bajó el cristal y decenas de micrófonos y cámaras se colaron en el interior del coche.

—Quitadme eso de encima ahora mismo —ordenó, cegado por los flashes que centellaban ante sus ojos.

—Inspector, ¿saben ya lo que le ocurrió al señor Thompson?

—¿Viene a hablar con la viuda?

—¿Tienen algún sospechoso?

Las preguntas y los gritos se entremezclaban. Kelly Knight, la omnipresente periodista, no estaba entre el grupo acosador, pero estaría por allí, en alguna parte. Ella siempre estaba en todas partes.

Daniel apartó uno de los micrófonos de un manotazo. Quería decir un millón de cosas, todas malsonantes, pero tuvo que contenerse.

—No voy a hacer declaraciones todavía. Apartaos, por favor.

No dejaron de preguntar, pero se alejaron lo suficiente para que pudiera sacar la mano por la ventanilla y apretar el timbre. Tras unos segundos, el altavoz cobró vida con un

desagradable crujido.

—¿Quién es?

La voz, masculina, no parecía amigable. No debían de tener muchas ganas de visita, aunque los estuvieran esperando, así que trató de sonar lo más cordial posible.

—Soy el detective inspector Daniel Ryman, del Departamento de Homicidios y Delitos Graves de Scotland Yard. Tenemos una cita con la señora Thompson.

—Muestre su placa a la cámara.

Con un gruñido de fastidio, que esperó que no se hubiera oído a través del intercomunicador, Daniel hizo lo que le habían pedido. Saunders se inclinó sobre el asiento para mostrar también la suya.

—Pasen.

La puerta pivotó hacia dentro con un chirrido áspero. Mientras aguardaba a que se abriera del todo, el inspector Ryman se encaró con los periodistas.

—El que dé un solo paso dentro de la propiedad está detenido. Que quede claro.

Ninguno entró. Los policías que montaban guardia al otro lado de la puerta contribuyeron en buena medida a impedirlo, pues alguno de los reporteros pareció plantearse los pros y contras de pasar una noche en los calabozos a cambio de una exclusiva. Daniel aceleró para evitar la tentación de salir del coche y meterse en un problema que no necesitaba.

—Odio a los periodistas.

El camino empedrado avanzaba entre una hilera de árboles que lo cubrían bajo un túnel, y el sol, que por algún milagro había decidido aparecer aquella mañana después de la lluvia de la noche anterior, desapareció durante unos metros. Cuando la espesura se aclaró de nuevo y la casa apareció al fondo del camino, Daniel levantó el pie del acelerador hasta detener el vehículo por completo.

Saunders emitió un silbido de admiración con el que el

inspector no pudo menos que estar de acuerdo. Aquello no era una casa, ni una mansión, era más que eso. Parecía un castillo. Con cuatro plantas de altura, las paredes, de color terroso, se ocultaban tras espesas hiedras trepadoras que se abrían tan solo en los rectángulos de las ventanas. A cada lado de la fachada principal se levantaba una torre, dos pisos más alta que el resto, coronada por un tejado cónico que apuntaba al cielo con autoridad. A los pies del edificio, una rotonda envolvía una fuente ornamentada con las figuras de dos caballos entrelazados que escupían agua por las bocas.

Tras intercambiar una mirada de asombro con su copiloto, el inspector aceleró de nuevo hasta la rotonda y, allí, aparcó detrás de dos vehículos policiales que habían pasado la noche de guardia. La furgoneta del departamento, que los había seguido todo el camino, se detuvo a continuación. El grupo de agentes descendió, pero solo el inspector y el sargento se dirigieron al edificio. Antes de que llegaran a la puerta, esta se abrió y un hombre y una mujer hicieron su aparición. Se detuvieron en el umbral y se cubrieron la cara con las manos a modo de visera, como si llevaran horas recluidos en la oscuridad y la luz de la mañana los molestara.

Daniel ignoró el gruñido de fastidio de su compañero al tener que retrasar aún más el cigarro. Había percibido la angustia en los ojos de sus anfitriones y algo más, miedo a lo que ocurriría a partir de entonces. No era la primera vez que lo veía y no se sorprendió.

Subió las escaleras con la mano extendida en un gesto cortés.

—Soy el detective inspector Ryman, señora Thompson. Este es mi compañero, el detective sargento Saunders. Lamentamos mucho su pérdida.

El inspector sintió como si le estrechara la mano a un cadáver. La mujer estaba devastada. Iba sin maquillaje, el pelo castaño recogido en un moño mal hecho sobre el que

revoloteaban algunos mechones escapados. Sus ojos, hinchados, mostraban las huellas de una noche de llanto y a sus piernas les costaba mantenerla en pie, por lo que su hijo la rodeaba con el brazo por la cintura para sujetarla. Daniel había leído en el expediente que tenía cincuenta y ocho años. Aparentaba menos gracias a los costosos tratamientos de belleza que, sin duda, la habían liberado de arrugas y manchas, pero, aquella tarde, ni un milagro habría servido para impedir que aparentase mucho mayor de la edad que tanto se había esforzado en ocultar.

Su hijo, en cambio, aguantaba bien el tipo. Aunque las ojeras también delataran una mala noche, su aspecto era aseado: bien afeitado, peinado y vestido de manera impecable, con un traje de tweed en tonos marrones. Según el informe, tenía treinta y cinco años y trabajaba en la empresa de su padre, en el departamento financiero, igual que aquel.

—Le agradezco que nos reciba tan pronto —dijo el inspector tras librarse del incómodo apretón de manos.

Ella no pareció escucharlo, de modo que fue su hijo quien respondió.

—Inspector Ryman, mi madre no se encuentra bien, como usted comprenderá, así que le agradeceré que la molesten lo menos posible.

—Por supuesto.

Los anfitriones se adentraron en la vivienda. Algo retrasados, en la oscuridad, Daniel descubrió a dos policías de uniforme. Les hizo un gesto y se acercaron a él.

—¿Qué tal la guardia? ¿Ha habido algo?

Ambos negaron con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal. Centenares de periodistas estuvieron tocando al timbre, pero insistimos en que no habría declaraciones y que se detendría a cualquiera que lo hiciera otra vez. También hubo varias llamadas de teléfono, pero nada raro, amigos y familia.

—Muy bien. Quiero el informe cuando lo tengáis.

Le hizo un gesto a su compañero y ambos entraron en la vivienda. Tuvieron que aguardar unos segundos hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Las cortinas estaban cerradas y, si bien había algunas lámparas encendidas, la luz que ofrecían era mortecina. Aunque no era solo la oscuridad, la casa en sí misma resultaba sobrecogedora, con tal profusión de elementos decorativos que cualquiera habría creído estar en un museo. Daniel sintió la tentación de guardar las manos en los bolsillos, como hacía cuando era pequeño y su madre le ordenaba que no tocara nada en casa de algún familiar.

—Lamento no poder atenderlos mejor —susurró la mujer, con voz temblorosa, mientras los esperaba unos pasos por delante—. Le di el día libre al servicio y...

—No te preocupes, madre. —Su hijo la interrumpió estrechándola por los hombros contra su cuerpo. Ella se refugió en él y ahogó un sollozo en su pecho.

Con lentitud, los guiaron hacia el interior. Las mullidas alfombras de aspecto oriental absorbían sus pasos mientras atravesaban el pasillo. Los cuadros clásicos de marcos repujados y la infinidad de muebles de dudosa utilidad les salían al encuentro amenazadores: candelabros, espejos, figuras de porcelana, jarrones... Resultaba intimidante. Daniel se preguntó cómo habría sido para el hijo de Thompson crecer en un lugar como aquel.

El salón era tan oscuro y recargado como el resto. Los cuatro ocuparon unos sillones de brazos rígidos, retorcidos en volutas, y asientos demasiado finos para resultar acogedores.

—Bueno, inspector —comenzó el hijo—, usted dirá.

—La primera pregunta es evidente, señor Thompson: ¿conoce usted a alguien que quisiera hacer daño a su padre? Thompson hijo negó sin dudar y su madre lo imitó.

—No me entienda mal —respondió el primero—, el

trabajo de mi padre no era fácil y tenía decenas de competidores, pero nunca mencionó a nadie en particular que lo odiara especialmente.

—¿No recibió amenazas ni...?

—No, nunca que yo sepa.

La mujer negó de nuevo, en silencio. Su mirada había escapado a algún lugar muy lejos de aquella habitación, tanto que Daniel se preguntó si los estaría oyendo, siquiera.

—Sin embargo iba con tres guardaespaldas —prosiguió.

—Sí, lo sé, los tres socios llevan guardaespaldas, pero le repito que nunca fui conocedor de ninguna amenaza.

El inspector tomaba notas en su libreta, pero, por el momento, no había oído nada que no esperase escuchar.

—¿Podría contarme, por encima, en qué consistía el trabajo de su padre?

El hijo tomó aire, arqueando las cejas como si no supiera por dónde empezar.

—Verá... En realidad, mi padre se dedicaba a conseguir que la empresa funcionara. Somos una agencia de inversión, buscamos clientes que quieran invertir, les recomendamos dónde hacerlo y gestionamos esa inversión, pero él ya no se encargaba de eso. Para eso hay varios departamentos especializados en cada paso del proceso. Él los coordinaba, a veces daba el visto bueno a una operación o algo así, pero, en general, se limitaba a ser el jefe y a relacionarse con los clientes.

—Esos clientes... Supongo que, a veces, perderían dinero, ¿no?

—Sí, claro, a veces ocurre.

—¿Hubo alguno que perdiera lo suficiente como para querer vengarse?

La mujer lo miró, aterrada, y luego se volvió hacia su hijo, pero este negó con la cabeza al tiempo que estrechaba las manos de su madre entre las suyas.

—No. Quiero decir, sí, pero, como le he dicho, mi padre

no se involucra en las operaciones. Ese es el trabajo de mi departamento, en realidad. Si un cliente perdiera tanto dinero como para querer matar a alguien, no iría a por mi padre, ¿me entiende? Iría a por mí o a por quien fuera el agente que hubiera gestionado su cuenta.

La señora Thompson emitió un sollozo de pánico. Acababa de perder a su marido y, por primera vez, consideraba la idea de que alguien quisiera matar, también, a su hijo. Este se percató de lo inconveniente del comentario y le estrechó de nuevo las manos.

—Tranquila, mamá, era un decir. Nadie va a hacerme daño.

—Pero...

—Tranquila.

La mirada de la mujer se perdió en algún punto interesantísimo de la alfombra persa que se tragaba sus zapatos.

Daniel asintió. La teoría del hijo sonaba convincente

—En cualquier modo —continuó—, por el momento debemos suponer que lo ocurrido está relacionado con su trabajo, así que nos sería de gran ayuda que nos permitieran llevarnos su ordenador para analizarlo.

El hijo ahogó una risa amarga a la que la mujer contribuyó con un estallido de sollozos contra las manos temblorosas. El joven Thompson la rodeó con los brazos y miró al inspector por encima de ella.

—No hay ningún ordenador aquí, inspector Ryman. Mi padre siempre trabajaba en la oficina, mañana, tarde y noche. Nunca trabajaba desde casa.

—Siempre estaba allí —sollozó la mujer—. Yo me enfadaba tanto con él...

—Tranquila, mamá...

Los detectives se miraron entre sí, habían llevado un equipo de la policía forense dispuesto a confiscar todo el material informático que hubiera en la casa, pero, por lo

visto, habían hecho el viaje en balde.

—¿Hay algo más? —preguntó el hijo, por encima del hombro de su madre.

La mujer se balanceaba adelante y atrás, con la cabeza hundida, y el inspector decidió que no sería él quien la hundiera más.

—No, señor Thompson. Muchas gracias. —Le entregó una tarjeta que se sacó del bolsillo, al tiempo que se ponía en pie—. Si recordaran algo más que pudiera resultar de utilidad...

Thompson hijo tomó la tarjeta y les hizo un gesto para que lo siguieran lejos de su sollozante madre. En cuanto consideró que la distancia era suficiente, los reunió a su alrededor en gesto confidencial.

—Verá, inspector, no creo que tenga importancia, pero he pensado que debería saber que yo fui el último en hablar con mi padre. —Daniel arqueó las cejas con interés. El hombre asintió con tristeza—. Hablamos por teléfono apenas unos minutos antes de que... ocurriera.

El joven Thompson se estaba viniendo abajo ante los detectives. Se le habían humedecido los ojos y parecía haber encogido unos centímetros.

—Siento tener que pedirle esto, señor Thompson —murmuró el inspector—, pero necesitaría que recordase esa conversación. ¿De qué hablaron?

La mirada de Thompson se desvaneció en el aire mientras recordaba.

—Mis padres iban a ir a una fiesta benéfica en el club de golf este fin de semana. Mi madre lo había llamado para preguntarle la cantidad que pensaba donar, pero él parecía distraído, así que ella me pidió que se lo preguntase en persona. Fui a buscarlo al despacho, pero él se acababa de marchar a una reunión, de modo que lo llamé al móvil.

—¿Distraído en qué sentido? ¿Lo notó preocupado o...?

El joven negó, e incluso dibujó una sutil sonrisa que, no

obstante, desfalleció tan pronto había aparecido.

—Al contrario, parecía contento. Nos reímos y me dijo que le dijera a mi madre que la llamaría al salir de la reunión.

—¿Esa reunión era algo de trabajo?

—Sí. Con un cliente, por lo que me dijo la señorita Scott. —Daniel alzó una ceja—. Margaret Scott, la secretaria de mi padre. Me dijo que iba a una reunión con el director de Pearman Associated.

—Y ese cliente en cuestión... ¿qué tal relación tenía con su padre?

Thompson negó con una sonrisa triste.

—No. No piense en él. Anthony Pearman, mi padre y Frederick Yates, el otro socio, eran amigos desde la universidad. Su empresa lleva años trabajando con nosotros y nunca ha habido ningún problema. El señor Pearman fue el primero en llamarme en cuanto se supo la noticia. Estaba destrozado.

El inspector lo apuntó en el cuaderno. Dijera lo que dijese el hijo de la víctima, habría que investigar aquel nombre.

—Mi padre se pasaba el día en la oficina, ¿sabe? —continuó el joven Thompson, con la mirada perdida—. Toda su vida era el trabajo.

Daniel no contestó. ¿Qué podría decir? Arthur R. Thompson había acumulado más dinero del que él sería capaz de soñar, pero lo único que había logrado era morir desangrado en medio de una plaza, mientras su hijo definía su vida como su trabajo. No creía que le hubiera valido la pena.

—Señor Thompson, permíteme una pregunta que me ronda la cabeza desde ayer. ¿Por qué lo esperaba un coche en la calle? ¿Por qué no lo recogieron en el garaje?

La voz del joven se quebró al contestar.

—Mi padre siempre quería ir a las reuniones en

limusina. —Una lágrima le rodó por la mejilla. Se la limpió con rabia mientras continuaba con voz temblorosa—. Decía que eso impresionaba a los clientes y daba buena imagen. Pero la limusina no podía moverse con facilidad por el garaje, así que siempre lo recogía en la plaza. Creo que eso también le gustaba, que todo el mundo lo viera subirse a ella.

—¿Siempre?

Thompson lo confirmó y Daniel tomó nota de aquella información. Siempre. Los *siempre* eran importantes en ese tipo de casos. Cualquiera que lo hubiera vigilado habría sabido que *siempre* atravesaba la plaza a pie hasta la limusina.

—Muchas gracias, señor Thompson y, como le he dicho, cualquier otra cosa que recuerde...

Reemprendieron el camino a la ciudad. Si la tensión a la ida había sido incómoda, la de la vuelta resultaba incluso peor. Por eso, cuando el teléfono comenzó a sonar, ambos agentes dieron un respingo.

El inspector sacó el dispositivo de su chaqueta y se lo tendió al sargento para que contestara por él. Había reconocido el tono asignado a la central.

Daniel se detuvo antes de cruzar la puerta de la morgue. Por mucho que lo hicieran a menudo, no creía que hubiera un solo policía que no detestara bajar allí. De hecho, casi todos lo evitaban a no ser que fuera necesario por algún motivo en concreto. Solían conformarse con recibir por escrito el informe del forense y leer en él los detalles macabros, pero Daniel insistía en bajar, en ver. No quería olvidar que el nombre que manejaban bajo la etiqueta de víctima correspondía con una persona a la que alguien había asesinado. Era difícil olvidarlo después de ver las heridas y oler su muerte.

A lo largo del pasillo de azulejos blancos que atravesaba

el edificio, se alineaban una docena de puertas tras la que se realizaban los exámenes forenses. Buscó en el tablón de la entrada el nombre del médico asignado al caso. Le gustó comprobar que se trataba del doctor Burakgazi. Había trabajado en varias ocasiones con él y le gustaba su manera de actuar, directa, sin ganas de extenderse en detalles ni de obligarlo a permanecer allí más tiempo del necesario. Movi6 el dedo hasta la columna en la que se indicaba el número de sala y cruzó el pasillo en su dirección.

Por encima del sofisticado sistema de ventilación, el fuerte olor de los productos químicos lo impregnaba todo. Los patólogos y asistentes estaban acostumbrados, pero los visitantes ocasionales, como él, lo sufrían en lo más profundo de la pituitaria. En una mesilla cercana, había una cajita de crema mentolada que los más sensibles podían untarse bajo las fosas nasales para aplacar el hedor, pero Daniel no la usó, tenía una reputación que mantener. Lo que sí se puso fueron la bata y los guantes que estaban preparados para las visitas junto a la puerta.

El doctor Burakgazi también llevaba los guantes — limpios, gracias a Dios—, así que lo saludó con un gesto de cabeza y las rutinarias frases cordiales de bienvenida. Era un hombre pequeño, de ascendencia turca y piel morena, rondaba los sesenta años y su abundante pelo negro ya mostraba numerosos hilos blancos sobre las sienes.

—¿Empezamos?

El doctor retiró con delicadeza la sábana que cubría el cadáver, casi como si se tratara de un ritual religioso.

El cuerpo estaba desnudo y había sido lavado minuciosamente. Ya no quedaba ni rastro de la sangre que lo cubría la tarde anterior, lo que permitía apreciar la lividez en la piel.

El doctor acercó el brazo de la lámpara que pendía del techo y la encendió para enfocar una luz directa sobre el cuerpo. Si bien la herida en el muslo era incuestionable, el

cuerpo había sido abierto para extraer los órganos y vuelto a cerrar, lo que había dejado una enorme costura en forma de **Y** desde el cuello hasta el pubis. Daniel agradeció verlo cerrado, y no abierto, como en otras ocasiones.

El doctor describió los aspectos generales: nombre, edad, estatura, peso, cicatrices, marcas y cualquier otro elemento identificativo. Daniel aguardó con impaciencia a que llegara a la parte que le interesaba.

—La causa del fallecimiento es obvia —dijo, por fin, el patólogo, al tiempo que señalaba la herida del muslo—. Recibió el impacto de una bala de gran calibre disparada por un arma de fuego larga, que provocó el desgarramiento interno de los músculos aductor largo, recto interno, vasto intermedio y sartorio. También el hueso del fémur resultó en fractura completa. El fallecimiento vino por la rotura de las arterias femoral y femoral profunda, que causó la exanguinación masiva del sujeto en unos dos minutos, y provocó un choque hipovolémico que derivó en fallo multiorgánico. Debido a la característica del disparo a larga distancia, no se observan restos de pólvora, piel quemada ni ninguna otra señal de resistencia.

El doctor se apartó para que el detective observara la herida de cerca. Limpia de sangre, se podían distinguir con precisión los bordes donde la piel se había desgarrado al paso de la bala. El proyectil había penetrado hasta el interior del muslo y había arrancado en su camino un trozo de carne de un palmo, poco más o menos. Daniel ignoró el asco que sentía y apartó con delicadeza los restos de piel para observar el interior del agujero. Distinguió los músculos desgarrados, las venas, las arterias. Incluso pudo ver un extremo de hueso que asomaba entre la carne. La puntería, si buscaban la femoral como debía suponer, había sido excepcional.

—De acuerdo, esto es no es ninguna sorpresa. ¿Ha encontrado algo más?

—No hay marcas ni cicatrices recientes, ni padecía ninguna enfermedad según los análisis preliminares. Parecía tener buena salud, si bien he encontrado indicios de colesterol alto. He encargado un informe completo, pero es evidente que eso no lo mató.

—No, creo que podemos descartar un ataque al corazón. —Quiso que sonara como una broma, pero no lo consiguió. Con un suspiro, se dispuso a preguntar aquello cuya respuesta tanto temía—. Doctor, ¿ve usted parecido entre este caso y los de...?

—¿Los del Fantasma? —La sola mención del nombre hizo que el pulso del inspector se acelerase. Se percató de que aguantaba la respiración mientras esperaba una respuesta—. Sin duda.

Sintió que se desinflaba como el globo de un niño al que un matón había clavado un alfiler. Allí estaba, ya no tenía remedio.

—¿Seguro?

—Bueno: mismo tipo de arma, misma herida, misma puntería. No puedo afirmarlo al 100%, claro, pero si tuviera que apostar...

Daniel retrocedió un paso para observar el cadáver. El Fantasma era conocido por su precisión e infalibilidad, lo que hacía de él un asesino caro. Alguien debía de odiar mucho a aquel hombre para asegurarse su muerte con tanta garantía y de una manera tan notoria, a las puertas de su propio edificio, delante de todo el mundo.

—¿Qué hiciste, Arthur? —susurró—. ¿A quién jodiste tanto como para que te hicieran esto?

5,
Domingo, 22 de mayo – 10:03 h.
Queenwood. Surrey.

Kathleen abrió la puerta del maletero y los perros bajaron del vehículo. Sus figuras se reflejaron en los charcos de agua que la lluvia de la noche anterior había dejado sobre el asfalto, pero ninguno se preocupó de evitarlos. Estiraron las patas, arañando el pavimento con las uñas, y echaron a correr.

Se encontraban en el aparcamiento de un popular centro deportivo a las afueras de la ciudad. Decenas de coches ocupaban las plazas dibujadas en el suelo, desperdigados como piezas tras una partida de ajedrez, aunque más de la mitad permanecía vacía a esas horas tan tempranas de un domingo y no había ni una sola persona a la vista aparte de ella. El lugar en el que Jason le había asegurado que localizaría a su siguiente objetivo, cuando este regresara de su viaje por Rusia, se encontraba cerca de allí. Abrió el Google Maps en el teléfono móvil para descubrir el punto exacto. Una fotografía aérea de la zona ocupó la pantalla y, tras unos segundos, un icono rojo marcó su posición. Unos centímetros hacia el sur —novecientos metros en el mundo real—, otro icono señalaba la localización de Queenwood, el prestigioso club de golf del que Anthony Davies era socio y visitante asiduo.

Kathleen miró en aquella dirección y, otra vez, al móvil. Los árboles que la separaban de su destino se extendían,

según la fotografía, casi medio kilómetro hasta cruzar la carretera por la que había llegado. Tras ella encontraría otra franja de árboles y, por fin, el club.

—¡Puck! ¡Sabriel! ¡Aquí!

Los perros regresaron y el grupo emprendió la marcha hacia el bosque.

El suelo resbalaba por efecto del barro, pero Kathleen había tenido la precaución de calzarse unas botas de senderismo que le permitían caminar con seguridad sobre las hojas caídas y la tierra húmeda, cuyo olor impregnaba el aire. Los perros corrían desbocados a su alrededor, olfateando y orinando sobre cada tronco que encontraban.

Se permitió cerrar los ojos y respirar. No se oían coches ni voces, tan solo unos pájaros, ocultos entre las ramas, mantenían una animada conversación de un árbol a otro. Era un lugar idílico, por completo opuesto a la ciudad que había abandonado poco rato antes. A través de las gafas de sol veía los rayos que atravesaban el follaje y llegaban al suelo, como gruesas líneas de luz que bendijeran el lugar sobre el que caían. Continuó adelante con una sonrisa.

Volvió a consultar el mapa del teléfono unos minutos después. Según los iconos, se encontraba a medio centenar de metros del club de golf, pero era imposible ver nada a través de la arboleda. Que Queenwood fuera la mejor opción no lo convertía en una opción sencilla. Anthony Davies no iba al gimnasio, no llevaba a su hija al colegio, no entraba ni salía del trabajo a una hora fija, no visitaba con regularidad a ningún familiar ni amigo ni conocido... Tan solo el golf era su rutina, casi a diario. Pero el club era un lugar incómodo, arriesgado, fácil para ocultarse pero difícil para escapar...

—Mierda —maldijo, chasqueando la lengua. No le gustaba aquel encargo.

Reanudó el camino como una vecina cualquiera que sacaba a los perros de paseo por el bosque. Este no era demasiado tupido, pero sí lo suficiente como para no

permitirle ver a más de diez o quince metros por delante de su posición. Se preguntó a qué distancia iba a tener que situarse para gozar de una cierta visibilidad.

Apenas había recorrido una docena de metros más cuando encontró una carretera que atravesaba el bosque. Tenía un carril en cada dirección y un estrecho arcén de tierra que no llegaba al metro de ancho a cada lado. Las ramas de los árboles, que se entrelazaban sobre ella, la cubrían bajo una penumbra a través de la cual costaba ver el cielo. Se ocultó entre la maleza y estudió la vista que tenía desde allí.

Según el mapa, el bosquecillo al otro lado no medía más de cuarenta o cincuenta metros antes de abrirse al club de golf. Comprobó que no se acercaba ningún coche y atravesó la carretera a paso rápido, seguida por los perros.

Unos metros más adelante una reja metálica la hizo detenerse de nuevo. Por fin había llegado al club. Podía distinguir una de las calles y un búnker de arena más allá, junto a un charco de agua que reflejaba el sol del mediodía con intensidad cegadora. Se ocultó tras un árbol y observó.

El tiro no tendría ninguna dificultad, pero el lugar no era adecuado, los jugadores pasaban demasiado cerca. Rodeó el campo siguiendo la valla. No quería alejarse demasiado de la carretera para poder escapar lo más rápido posible llegado el momento, pero sí lo bastante como para que no oyeran el disparo si alguien pasaba por allí. Siguió su recorrido en el Google Maps, comprobando los puntos en los que esa distancia era mayor y buscando el difícil término medio.

Se detuvo al llegar a una zona que le pareció apropiada. La vista sobre el campo seguía siendo perfecta, quizá demasiado, pues la calle por la que circulaban los golfistas quedaba muy cerca para su gusto, pero estaba lejos de la carretera. Sacó los prismáticos de la mochila y los dirigió hacia el campo.

Un grupo de tres jugadores con sus respectivos caddies

se aproximaban por la izquierda, a unos cincuenta metros de distancia. Venían en otros tantos carritos de golf blancos, abiertos por los cuatro costados y cubiertos por un techo del mismo color, y se hablaban a gritos de uno a otro.

Puck y Sabriel se agitaron. Ella les hizo un gesto con la mano, temerosa de que se pusieran a ladrar, y los animales se sentaron en silencio, aunque sus ojos seguían con interés la trayectoria de los vehículos.

—Quietos —susurró.

Durante varios minutos, ella también siguió con la mirada el recorrido de los carritos. Al pasar frente a su posición, tomaron una curva a la izquierda que los alejó de allí y luego giraron de nuevo, a la derecha, dibujando una especie de letra S. Entonces se detuvieron. Uno de los hombres y su caddie descendieron del coche. Discutieron sobre qué palo elegir hasta que el jugador se decidió por uno y golpeó la bola. El golpe provocó las alabanzas de sus compañeros de juego. Luego volvieron a subir al coche para continuar el camino y detenerse, otra vez, cincuenta metros más allá. Todos los jugadores descendieron en esa ocasión. Golpearon sus bolas, que se perdieron en el horizonte, y regresaron a los carritos. Kathleen los siguió con la vista hasta perderlos unos cuarenta metros más adelante, al tomar una curva que los ocultó tras un grupo de árboles. Devolvió la atención al punto en el que se habían detenido por última vez. Era su única opción. Apuntó hacia allí con el medidor de distancias. Los números negros en la pantalla se movieron a toda velocidad hasta detenerse en trescientos cincuenta y tres metros. Chasqueó la lengua. Nunca había disparado desde tan cerca. Maldijo por lo bajo y volvió a revisar el lugar con los prismáticos, y luego el mapa en el móvil, y llegó a la conclusión de que no tenía más alternativas, tendría que ser allí. Si elegía el punto de disparo entre los árboles, el tiro sería limpio, sin obstáculos y, pese a la cercanía, aún estaría lo bastante lejos como para

que los guardaespaldas del objetivo tardaran en encontrar el rastro. Tan solo esperaba que ese *suficiente* bastara.

Se sentó en el suelo. Durante horas estudió a los grupos de jugadores que seguían el recorrido que habían realizado los primeros. Llegaban, bajaban de los carritos, golpeaban y se iban. Unos más adelante y otros más atrás, pero todos por la misma zona. Al final, tuvo que darse por satisfecha. Aquel punto que había elegido era una zona habitual de detención en el juego. Cogió el teléfono móvil y abrió el mapa una última vez. Con un toque en la pantalla, creó una marca en el punto exacto en el que se encontraba.

—Vamos.

No tardó más de treinta minutos en regresar a casa. Bañó a los perros con una manguera en el jardín, sorprendida por la cantidad de barro que desprendían. Después se duchó, se vistió con ropa cómoda y bajó a la Base.

Jason estaba allí, por supuesto. Tecleaba a toda velocidad con la mano derecha mientras, con la izquierda, sostenía un sándwich a medio comer. Kathleen se echó a reír.

—Eh, Jay, ¿ves esa puerta de allí? —Señaló la puerta que se encontraba en el lado opuesto a la que acaba de cruzar—. Al otro lado hay un pasillo y al final hay una casa, ¡y esa casa tiene una cocina! Y un salón y un comedor... Seguro que hay algún sitio donde puedas comer más cómodo que aquí.

Él miró el sándwich como si se hubiera olvidado de él y rió también. Le hizo a su socia un gesto de burla y le indicó que se sentara a su lado.

Ella le entregó el teléfono móvil y el informático lo conectó al ordenador.

—Tenemos demasiado trabajo —se disculpó él—. Además, apuesto a que tú ni siquiera has comido.

Kathleen aceptó la acusación con una sonrisa culpable. Jason la conocía demasiado bien como para intentar

engañarlo. Ya pasaba largo rato del mediodía y no había probado bocado desde el desayuno. Él le guiñó el ojo y le ofreció su sándwich. Ella le dio un mordisco, saboreó con deleite el pollo crujiente y la ensalada que lo acompañaba, dio un segundo mordisco y se lo devolvió a su propietario.

—Bueno —dijo él—. ¿Qué tal por el campo de golf?

—He encontrado un buen sitio. Está oculto entre los árboles, pero tendré que buscar una manera de salir de allí lo más rápido posible.

—Enséñamelo.

—Espera, tú primero, ¿has sabido algo de Davies? ¿Aún no vuelve?

—Todavía no, pero le ha repetido a Yates, el tercer socio, que lo hará en seguida. No te preocupes, tengo intervenido su teléfono y he sincronizado el calendario en el ordenador. En cuanto decida regresar, lo sabré.

Ella asintió. No le gustaba trabajar con prisas ni tener que estar pendiente de horarios y agendas que no podía controlar, pero aquel trabajo era más urgente de lo normal. La vida de su cliente dependía de su velocidad, por lo que debía adaptarse a esa circunstancia.

—Está bien, tendrá que bastar así. Abre el mapa, te enseñaré lo que he visto.

Jason hizo doble clic en un icono de la pantalla, que se cubrió con los tonos verdes y marrones del mapa aéreo del club. Un localizador negro señalaba el punto donde ella y los perros habían estado apenas una hora atrás.

—¿Ves? —Kathleen señaló el mapa con cuidado de no tocar la pantalla con el dedo, que acababa de descubrir pringado de mayonesa. Se lo limpió con la lengua mientras continuaba—. Este es el campo y la calle va en esta dirección, los jugadores venían por la izquierda, por aquí, luego giraban y volvían a girar hacia el sur, como una S.

—Vale, lo veo.

Ella señaló el icono negro.

—Si me pongo aquí, tengo una línea de tiro libre cuando estén en esta zona y luego...

—Espera. —Jason la cortó y ella supo lo que iba a decir—. ¿Aquí? Es demasiado cerca.

—Trescientos cincuenta y tres metros —admitió.

Él negó con efusividad.

—No, ni de broma, es demasiado. Cualquiera podría verte.

Ella no le quitó la razón, pero alzó las manos en un gesto de impotencia.

—No hay más opciones, esta zona de árboles me los tapa cuando vienen por la izquierda y, cuando continúan adelante, se pierden tras estos de aquí. Además, fíjate, estoy lo bastante cerca de la carretera para poder largarme echando leches. Lo malo es que el aparcamiento en el que dejé el coche es demasiado abierto y me arriesgo a que cualquiera me vea con el rifle. Hay que buscar otra forma de salir de allí.

Jason resopló. Ella tenía razón y no la convencería de lo contrario, así que se concentró en resolver el segundo problema: la huida. Siguió el recorrido con el ratón y comprobó que, como ella había dicho, alrededor del club no había más que bosque a excepción de la carretera que lo cruzaba.

—¿Cómo es la carretera? —Tiró a la basura el papel del sándwich, que ya había terminado—. ¿Viste mucho tráfico?

—Apenas nada.

Él permaneció en silencio mientras observaba la imagen.

—¿Hay un arcén?

Ella trató de hacer memoria.

—Sí. Bueno, un poco de tierra, no muy ancho, un metro, como mucho.

—Podrías dejar el coche ahí.

—Llamaría demasiado la atención, ¿no crees?

Demasiado fácil de recordar.

Él encogió un hombro.

—Sí, pero quizá no importe. Podemos pedirle a Quint que busque una furgoneta del servicio de bosques o de carreteras, algo así.

—No es mala idea.

Quint se encargaría de ello, como siempre que necesitaban conseguir un coche, camuflarlo, deshacerse de él... Para el transporte, Quint era el hombre.

—Puedo ponerme en...

Kathleen dio un brinco cuando el teléfono móvil rompió a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón.

Un reloj parpadeaba en la pantalla como recordatorio de una cita que había olvidado. Qué mal le venía, con todo el trabajo pendiente por hacer, pero había dado su palabra de que iría y no podía escaquearse. A toda velocidad, se despidió de su compañero y salió corriendo.

6,
Domingo, 22 de mayo – 09:12 h.
New Scotland Yard. Londres.

Desde el lado oculto del espejo unidireccional, el inspector Ryman sentía la tensión que se respiraba en la sala de interrogatorios. Podría haber realizado aquella entrevista de rutina en su propia mesa, pero los guardaespaldas de Thompson se habían presentado con dos abogados y no le había quedado más remedio que convertirlo en una declaración oficial. Y grabada, por si acaso.

Los dos abogados y el primero de los guardaespaldas a los que interrogaría esa mañana permanecían en silencio en la habitación de paredes grises y escaso mobiliario.

Recordaba haber visto a los abogados en la escena del crimen. El hombre no parecía haber cumplido aún los cuarenta años, pero ya mostraba una incipiente calvicie y un entramado de arrugas que se le había asentado alrededor de los ojos. Escribía algo en el móvil con dedos ágiles. La mujer, de mediana edad, era el arquetipo de abogada de éxito de la ciudad. Pelo rubio a media melena, menos arrugas de las que le corresponderían, traje de falda y chaqueta azules. Ella leía algo en una tableta electrónica. Ambos parecían aburridos y no se prestaban atención el uno al otro ni a su cliente. Este, alto, de espalda ancha, brazos fuertes y pelo rubio casi blanco cortado a cepillo, recordaba más a un gorila de discoteca que a un guardaespaldas, y tampoco estaba muy interesado en sus acompañantes. El inspector rezó para que

aquella indiferencia que proyectaban le facilitara el trabajo.

—Vamos allá —dijo.

Salió, recorrió tres metros por el pasillo y entró en la habitación contigua, donde la única bienvenida se la dio el silencio. Los abogados guardaron sus dispositivos y lo observaron con desgana mientras se sentaba y colocaba los papeles sobre la mesa. El guardaespaldas se dignó a mostrar una ligera curiosidad que, sin embargo, no se reflejó más allá de un destello en el fondo de sus ojos, azules como el cielo semioculto tras las nubes que cubrían la ciudad. El inspector se aclaró la voz con un leve carraspeo y comenzó la entrevista.

—Mi nombre es Daniel Ryman y soy el detective inspector del Departamento de Homicidios y Delitos Graves al cargo de la investigación del caso número 15-586-M. Me dispongo a realizar la entrevista a uno de los testigos presenciales del caso. Por favor, diga su nombre completo y la relación que lo unía con el señor Arthur R. Thompson.

—Me llamo Ilya Bushkov. —El testigo pronunciaba con fuerte acento ruso, pero su voz era clara y hablaba inclinado hacia el micrófono que se encontraba en el centro de la mesa—. Yo era guardaespaldas de señor Thompson.

Pronunció *guarrrrdiaespaldas*.

—Muy bien. Antes que nada le agradezco que haya venido, señor Bushkov. Esta entrevista es una mera formalidad de carácter voluntario para corroborar la declaración que hizo la tarde del crimen. Quizás haya podido recordar algo más que nos sea de utilidad. ¿Podría, por favor, contarme de nuevo lo que ocurrió?

—Pues fue como yo dije ya. —Comenzó su relato tranquilo, inmóvil en el asiento, con los ojos clavados en el inspector—. Salíamos del edificio y cayó a suelo sangrando. Intentamos ayudar, pero no pudimos.

El recuerdo de las ropas de Thompson y sus guardaespaldas llenas de sangre se dibujó con nitidez en la

mente del inspector.

—De acuerdo —continuó—. ¿No oyó nada? ¿El disparo o algo que pudiera identificar como una detonación?

El interrogado negó con la cabeza una sola vez.

—No. Nada.

—¿Cuándo entró usted a trabajar a las órdenes del señor Thompson?

—Hace dos años, igual que mi compañero Aleksandr. Jack empezó hace un año y poco.

—¿A qué se debió que contratara a un tercer guardaespaldas? ¿Hubo algún incidente que lo provocara?

El testigo negó con desinterés.

—No. Jack era antiguo compañero de trabajo mío, me preguntó si señor Thompson contrataría y él aceptó.

—¿A qué se dedicaba usted antes de ser el guardaespaldas del señor Thompson?

La abogada se irguió en el asiento y alzó la mano hacia su cliente.

—No veo la relevancia de ese dato, inspector.

—Es solo a nivel informativo, señora.

La mujer lo observó en silencio, como si evaluara sus fuerzas. Al final, asintió para permitir que el guardaespaldas contestara.

—Trabajaba para Northbridge Services Group —dijo aquel.

Daniel logró reprimir el silbido de asombro que acudió a su garganta y continuó con las preguntas, fingiendo una indiferencia que ya no sentía.

—¿De ahí conocía al señor... —Rebuscó en los papeles hasta encontrar el nombre—... Pirozhkov?

—Jack. Sí. Y a Aleksandr también.

—¿Por qué dejaron la empresa para entrar al servicio del señor Thompson?

—Él ofreció más dinero. —Pronunció *dinierrro* al contestar con una sonrisa franca que no tardó en

desaparecer.

—He de suponer que son ustedes expertos en el manejo de armas, señor Bushkov, ¿es así?

—¿A qué vienen estas preguntas, inspector Ryman? — La abogada lo interrumpió de nuevo. El testigo, que ya había comenzado a afirmar con la cabeza, se paralizó de inmediato, aunque no sin traslucir un gesto de disgusto en la mirada—. ¿Acaso es sospechoso nuestro cliente?

—Desde luego que no, señora, pero Northbridge es una de las compañías militares privadas más importantes del mundo. ¿Para qué necesitaba el señor Thompson un guardaespaldas de su nivel, señor Bushkov, por no decir tres?

—No respondas a eso. —El abogado más joven se removió en la silla como si temiera que su compañera le robara el protagonismo. El guardaespaldas lo miró con un brillo de desprecio en los ojos, que el letrado no percibió—. El señor Thompson era un hombre rico e influyente. Se encontraba más seguro con la protección de sus guardaespaldas. Su dinero le permitía contratar a los mejores.

—Durante el tiempo que trabajó para el señor Thompson, ¿vio o notó algo que justificara tanta seguridad?

—Como ha dicho mi compañero —cortó la abogada—, esa fue una decisión personal del señor Thompson.

El inspector ya notaba en la boca del estómago el familiar regusto amargo que sentía cada vez que se enfrentaba a aquel tipo de abogados poco colaboradores.

—Lo sé, señora, pero le pregunto al señor Bushkov por su opinión profesional. ¿Hizo falta su intervención como guardaespaldas en algún momento? ¿Tuvo que defender al señor Thompson? ¿Le consta que sufriera alguna amenaza?

El testigo buscó el permiso de la abogada.

—No, nunca —contestó, cuando ella se lo otorgó—, y si señor Thompson sufrió amenaza, yo nunca me enteré.

—¿Sabe si tenía algún enemigo?

Ilia Bushkov negó y asintió al mismo tiempo con la cabeza.

—Supongo que tendría...

—Lo que mi cliente quiere decir... —El abogado interrumpió una vez más. El guardaespaldas le dirigió una mirada exasperada, pero aquel tenía los ojos fijos en el inspector— es que una persona poderosa como el señor Thompson siempre...

—Sé lo que quiere decir —lo cortó Daniel, a su vez, esforzándose para ocultar una sonrisa de satisfactoria venganza. El abogado se calló de inmediato y él devolvió su atención al testigo, que lo miraba con un atisbo de complicidad en los ojos—. Señor Bushkov, la tarde del asesinato o los días antes, ¿notó usted algo raro en el señor Thompson? ¿Lo notó nervioso o asustado o... algo distinto a lo habitual?

—No. Nada raro. Esa tarde parecía contento.

—¿Sabe por qué?

—No. Ni idea.

Daniel tomó nota de aquello. El hijo de Thompson también había dicho que su padre parecía contento. Poco le había durado la alegría, desde luego, pero sería algo a investigar.

—Dígame, como hombre entrenado en armamento y seguridad, ¿tiene alguna opinión profesional sobre lo ocurrido?

—Bueno... —El guardaespaldas dudó durante unos segundos en los que el silencio volvió a extenderse por la habitación. Finalmente, se inclinó sobre la mesa para contestar—. Quien fuera tuvo puntería magnífica. Además, debía de estar muy lejos, porque fusiles de francotirador hacen mucho ruido y no se oyó nada.

—¿Está seguro de eso? ¿No oyeron nada?

—Nada.

—Una última cosa, ¿el señor Thompson dijo algo antes de fallecer?

—No. Balbuceaba. Pero dijo nada.

—Bien. —El inspector cerró el informe sobre el que había tomado notas y se levantó—. Eso es todo, señor Bushkov. Si hace el favor de esperar unos minutos, le traerán la transcripción de esta entrevista para que la firme y podrá marcharse. Lo volveremos a llamar si tenemos alguna otra pregunta, muchas gracias por su colaboración.

Seis horas después de aquella primera entrevista, el inspector Ryman sentía la cabeza como si Hulk se la estuviera apretando con sus propias manos. El día había sido horrible y no parecía que fuera a mejorar.

Las entrevistas a los guardaespaldas habían resultado agotadoras, pues había tenido que lidiar una y otra vez con los abogados, que se habían vuelto más impertinentes a medida que pasaban las horas. Al acabar, lo único que tenía claro era el hecho anecdótico de que a Thompson le gustaba contratar guardaespaldas rusos. Tres de tres.

Abrió el archivo de las declaraciones tomadas en la escena del crimen. Volvió a cerrarlo cuando iba por la mitad. No había nada que no hubiera leído ya decenas de veces. A la espera de las copias de los interrogatorios de aquella mañana, revisó las notas que él mismo había tomado. No había esperado ninguna gran revelación, pero le molestaba que lo único que hiciera todo el mundo fuera alabar al tirador. Ninguno había oído nada, ninguno tenía conocimiento de amenazas, chantajes ni enemigos. Pero no dudaban en elogiar la puntería del disparo. No es que les faltaran motivos, desde luego: el asesino debía de ser un profesional del más alto nivel y todos lo sabían. Se había arriesgado a realizar un tiro inconcebible, un único disparo a una distancia suficiente para que no se oyera la detonación, en un espacio abierto lleno de gente y con el objetivo rodeado por tres guardaespaldas. Con todo en contra, había obtenido un

impacto limpio y, por el momento, sin cabos sueltos.

Sus peores temores se habían confirmado y ya no podía negar la evidencia: todas las pruebas apuntaban al Fantasma. Por más que le molestara, rellenó la solicitud de información relativa a los casos que se le habían atribuido anteriormente. Todos ellos, casos abiertos.

El teléfono móvil comenzó a sonar cuando pulsaba el botón para enviar el formulario.

—Ryman —contestó con desgana.

—¡Dan! Soy yo. ¿Dónde estás, tío?

Cerró los ojos y maldijo en silencio. La fiesta del quinto cumpleaños de su sobrina había empezado hacía horas. De hecho, ¿qué hora era? Ni siquiera había almorzado y el estómago le rugía con indignación. Sentía que podría comerse cualquier cosa, empezando por el móvil que sostenía en la mano.

—Aaron, joder, lo siento, ni me había dado cuenta de la hora.

—Pues ven para acá ahora mismo, estoy rodeado de mujeres y niños, necesito tu apoyo. Ya.

Pese al agotamiento, no pudo evitar sonreír. Por desgracia, el martilleo en las sienes era cada vez peor, estaba hambriento y no tenía ganas de fiestas de ningún tipo.

—Tío, lo siento, estoy hecho polvo, no te imaginas la cantidad de trabajo que tengo y...

—¡No quiero excusas! —lo cortó su hermano—. Además... hay cierta mujer aquí que te va a gustar ver...

Daniel puso los ojos en blanco con una sonrisa de resignación, su hermano pequeño llevaba demasiado tiempo tratando de emparejarlo con casi cualquiera de las amigas solteras de su mujer. Aunque había logrado escabullirse de la mayoría de emboscadas, sería difícil hacerlo en la fiesta.

—De verdad, hoy no estoy para conocer a nadie.

—Cierra la boca. Además, a esta ya la conoces y me dijiste una vez que si no hubieras estado casado no te habría

importado conocerla más a fondo. —Daniel rió al escuchar el doble sentido implícito en la entonación de aquellas palabras—. Pues ya no estás con Evelyn y no has salido con nadie desde el divorcio. Y ella está aquí.

No tuvo duda de cuál era la mujer a la que se refería, su imagen acababa de conjurarse ante él como si hubiera estado sentada a la mesa. Sin embargo, la mención de Evelyn había bastado para amargarle la conversación.

—Por Dios, no me nombres a mi ex con el día que llevo. Y sí he salido con mujeres.

Se apartó el móvil de la oreja demasiado tarde; la carcajada de Aaron le perforó el tímpano a través del auricular.

—Echar un polvo de vez en cuando no es salir con mujeres —corrigió su hermano—. Deja el trabajo por un rato, que no va a pasar nada, y ven para acá. Es una orden.

El inspector se rindió ante la insistencia.

—Está bien —dijo—. Ya salgo, llegaré lo antes que pueda.

—Como si tienes que poner la sirena del coche. Te quiero aquí en media hora.

—Mi coche no tiene sirena —rió—. Voy para allá, ¿de acuerdo?

Pulsó en la pantalla el icono para colgar y resopló con resignación mientras estiraba el cuello hacia atrás. Así que ella estaba allí. Debía admitir que ahora le apetecía ir a esa fiesta más que antes. Mucho más.

Centenares de globos de colores danzaban entre las ramas de los árboles que delimitaban el jardín delantero de la casa. Daniel se alegró de que así fuera porque, cada vez que iba por el barrio, debía hacer un verdadero esfuerzo para reconocer el edificio entre todas las viviendas unifamiliares que se alineaban a lo largo de la calle. Dos plantas,

buhardilla, fachada idéntica de ladrillo visto, balcón cubierto, maderas blancas, techos a dos aguas... ¿Cómo iba a distinguirlas?

Aparcó su Vauxhall entre dos monovolúmenes y cogió el regalo que había llevado en el maletero durante más de una semana. Nada más cruzar la puerta entornada de la casa, una algarabía de voces lo envolvió. Ocho niños de corta edad pasaron corriendo a su lado y desaparecieron por la puerta de la cocina entre gritos y risas. Su sobrina iba con ellos, pero ni siquiera reparó en su presencia. Desde el salón, las voces de los adultos le trajeron retazos de charlas animadas y un agradable olor a comida que le hizo rugir el estómago.

Dejó la chaqueta en el atestado perchero que colgaba junto a la entrada. La pared estaba llena de fotografías familiares en las que el rostro de la pequeña Carlee acaparaba absoluto protagonismo.

Aaron había creado una buena familia, así que no era de extrañar que estuviera tan empeñado en que Daniel hiciera lo mismo, pero él no se imaginaba ya con la clase de vida hogareña que su hermano había elegido. De hecho, lo que veía le confirmaba que no podían ser más distintos. Aquella casa era cálida, acogedora y llena de recuerdos. En cambio, él vivía en un pequeño piso en pleno centro de la ciudad y, en el año y medio transcurrido desde el divorcio, aún no había encontrado el momento para comprar más muebles que los que había rescatado de la separación. El trabajo se había convertido en un refugio y la decoración de interiores había sido relegada al último lugar de su lista de prioridades.

Siguió el sonido de las voces hasta el salón donde estaban los adultos, no menos de veinte. De un vistazo rápido comprobó que no conocía a casi nadie, por lo que supuso que eran padres del batallón de niños que corría arriba y abajo por la casa, compañeros de colegio de su sobrina. Su hermano y el resto de hombres ocupaban una

esquina al fondo de la sala, cerca de la mesa de las bebidas. Su cuñada y las mujeres se habían adueñado de los sillones del centro.

Al percatarse de su presencia, Aaron fue a su encuentro. Lo abrazó y se propinaron las habituales y dolorosas palmadas en la espalda.

—Ya era hora —lo regañó.

—Lo siento, tío. Tengo una liada que ni te imaginas.

—¿El caso Thompson? —Daniel asintió y Aaron no hizo preguntas—. Me hubiera gustado que pudieras venir ayer. Papá preguntó por ti.

—¿Cómo estaba?

Su padre tenía demencia y se habían visto obligados a ingresarlo en una residencia varios meses atrás. Por lo general estaba bien, pero, a veces, sufría ataques que lo hacían peligroso para sí mismo y para los demás.

—Muy bien, tenía uno de los buenos. Ver a la niña lo ayuda.

—¿No nombró a mamá?

—Ni una vez.

Sonrió con alivio. La muerte de su madre, cinco años antes, había sido el comienzo del declive de su padre. La enfermedad se había colado por las grietas de un corazón roto y lo aferraba con desesperación al recuerdo de su mujer. Cada vez que la nombraba, o incluso preguntaba por ella como si no pudiera —o no quisiera— recordar que estaba muerta, era el indicio de una nueva crisis.

Aaron esbozó una sonrisa triste y agitó la cabeza.

—¿Eso es para Carlee? —preguntó, señalando la llamativa bolsa del Hamleys que su hermano llevaba consigo—. Pues no tengo ni idea de donde está.

Daniel rió.

—La he visto ir a la cocina con otros críos.

Aaron fue a buscarla mientras Daniel iba a saludar a su cuñada. Estaba sentada en uno de los sofás y se levantó al

verlo venir. Era una mujer encantadora, divertida, alegre. Aaron y ella llevaban juntos casi diez años y su hermano seguía enamorado como el primer día. Por el modo en que ella lo miraba, saltaba a la vista que era recíproco.

Se saludaron con un abrazo y un beso en la mejilla, pero antes de poder comenzar ningún tipo de conversación, Carlee apareció chillando y se abalanzó sobre las piernas de su tío. Él rió, se agachó y la niña se le colgó del cuello.

Adoraba a su sobrina, creía con total convencimiento que era lo más bonito del mundo, con el pelo moreno de su madre y los ojos grises de su padre —y de su tío. Pero su experiencia con niños era escasa, así que nunca sabía bien cómo comportarse con ella en brazos. Le hizo una carantoña que provocó sus carcajadas y, en cuanto tuvo la oportunidad, la dejó en el suelo con la excusa de entregarle el regalo. Ella rasgó el colorido papel y chilló al ver el muñeco azul que envolvía. Daniel no tenía ni idea de qué representaba. En realidad, esa especie de gato deforme con la boca gigantesca y algo parecido a unos vaqueros le parecía feo a más no poder, pero la dependienta le había asegurado que era la última moda en los dibujos animados orientados a la franja de edad de su sobrina. Vista la reacción de la pequeña, era verdad, así que se incorporó satisfecho mientras ella corría a enseñarle el muñeco a su madre.

Fue entonces cuando descubrió a la mujer a la que su hermano quería que viera de nuevo: Kathleen. Era la mejor amiga de su cuñada y se habían encontrado en las fiestas familiares en numerosas ocasiones. Cada una de esas veces había sentido que podría pasar la vida entera hablando con ella. Había algo, una química, que no lograba entender. Con el lío del divorcio: peleas, abogados, trabajo, llevaba casi dos años sin coincidir con ella y la encontró aún más hermosa de lo que la recordaba. Si era sincero, debía admitir que ella había sido la primera mujer en la que pensó cuando terminó de aceptar que su matrimonio se había roto.

Estaba sentada en el brazo del sillón con Carlee, que le enseñaba el nuevo regalo, y el sonido de su risa llegaba hasta él por encima de la algarabía de voces de la fiesta. Su rostro pecoso, el color rojizo de su cabello y los ojos verdes le recordaron que procedía del norte de las islas. Recordó, también, su acento, con aquel lejano ritmillo escocés que sonaba como música y en el que se entremezclaban cadencias y pronunciaciones americanas. Se lo había preguntado una vez, pero a ella pareció inquietarle que él lo hubiera notado y cambió de tema en seguida tras admitir que, en efecto, se había criado en Estados Unidos.

Aaron lo arrastró hacia el grupo de los hombres, le plantó una cerveza en la mano y lo integró en la conversación sobre fútbol que habían interrumpido con su llegada. Daniel se preguntó, casi con rencor, qué tanto interés tenía su hermano en que la viera si no le daba la oportunidad de saludarla.

Cuando ella se dirigió a la mesa de la comida, unos minutos más tarde, Daniel sintió que el estomago le recordaba, muy oportuno, que no había tomado nada en todo el día. Fue hacia allí. Ella había cogido una lata de cerveza London Pride de una nevera con hielo y se la servía en un vaso.

—Hola —la saludó.

Ella levantó la mirada.

—Eh, hola. ¿Cómo estás?

Se saludaron con un beso en la mejilla. Él aspiró su perfume cuando un mechón de cabello le acarició la nariz. Notó que algo se retorció en su interior y se apartó.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien. ¿Quieres una? —Ella le mostró la cerveza que acababa de servirse.

Él se tragó la sonrisa que le había provocado imaginar lo que querría de ella, en realidad, y negó.

—No, gracias, estoy servido. —Alzó su propia lata y

señaló una bandeja de sándwiches—. Venía a por uno de esos. Hoy no he tenido tiempo ni de almorzar.

Ella arqueó las cejas y consultó el reloj. Eran más de las siete de la tarde.

—¿Y eso? —preguntó— ¿Trabajo?

Él asintió con un gruñido de hastío y terminó de masticar el trozo de sándwich que se acababa de meter en la boca.

—Sí. Ni te imaginas los días que llevo.

Ella bufó como gesto de solidaridad.

—Sé lo que se siente. Demasiadas veces yo también me olvido de comer.

Él rió. Le gustaba, sí, no podía negarlo. Podría decir que era hermosa, aunque eso sería quedarse corto. Lo que aquella mujer poseía iba más allá de la belleza de su rostro, su cabello, sus ojos o el cuerpo que se adivinaba bajo el vestido violeta, que se le ceñía a las curvas con una mezcla de elegancia y sensualidad. Había algo más que lo hacía sentir como un adolescente. Le temblaba el pulso y los ojos no lograban apartarse de sus labios. Bebió un trago de cerveza mientras intentaba organizar en su mente todo lo que sabía de ella, pero descubrió que no era demasiado. Sí logró recordar algo.

—Eras informática, ¿verdad?

Ella sonrió y él se alegró de haberlo provocado, porque su boca era una obra de arte.

—Más o menos, sí. Tengo una empresa de seguridad informática, aunque de los ordenadores se encarga mi socio.

—Guiñó los ojos, como si tratara de recordar algo. Él imaginó que pasaba el dedo por aquella arruguita encantadora que se le había formado en el entrecejo—. Perdóname, pero no recuerdo a qué te dedicas tú, no sé si me lo has llegado a decir...

Él estalló en una carcajada

—Seguro que sí. Aaron dice que solo sé hablar de

trabajo. —Podría apostar a que se lo había dicho alguna vez, pero recordaba haber pensado que con ella no quería hablar de eso: de muertes, de sangre, de asesinos hijos de puta que disparaban a la femoral.

Un golpe en la pierna lo sobresaltó. Miró hacia abajo y descubrió a Carlee agarrada a sus rodillas. Llevaba el muñeco horrible en la mano y lo sacudía hacia él. Daniel se agachó con una sonrisa.

—Eh, enana. ¿Qué pasa?

—Tío Dan, juega conmigo.

Agitó el muñeco ante su cara y uno de los brazos larguiruchos de aquel bicho feo se le metió en el ojo. No le molestó, estaba demasiado preocupado pensando que tendría que dejar la conversación para ponerse a jugar.

—Esto... cariño, yo...

Deborah apareció al rescate como si la hubiera llamado a gritos. Agarró a su hija por la cintura y la levantó en el aire con asombrosa facilidad.

—Perdón, perdón —se disculpó con una sonrisa cómplice—. Ya me la llevo. Seguid hablando, seguid.

Y como había llegado se fue.

Daniel apartó la mirada y tomó un trago de cerveza. Su cuñada era una tía simpática, pero no demasiado sutil. Por lo menos, no se había quedado a contarle a su amiga las miles de virtudes de su cuñado, como había hecho con alguna otra. Se preguntó si Aaron habría compartido con su mujer lo que él le había confesado sobre Kathleen y no tuvo ninguna duda de que sí. Eran el tipo de pareja que se lo contaban todo.

—Carlee está encantada con tu regalo —dijo ella—. Aunque, si te digo la verdad, no tengo ni idea de lo que es.

—¿No es evidente? —preguntó él con una sonrisa—. Un bicho azul más feo que el demonio.

Ambos rompieron a reír, aliviados de dejar atrás el momento incómodo.

Desde los sillones, Deborah calmaba el enfado de la

niña por no haberla permitido ir a jugar con su tío, pero no les quitaba el ojo de encima, al mismo tiempo que intercambiaba guiños con su marido, quien también los observaba desde la otra esquina de la habitación. Eran la comidilla de la fiesta.

—Creo que alguien nos vigila —dijo Kathleen.

Daniel maldijo para sus adentros, ella también se había dado cuenta.

—Sí, lo siento. Desde que me divorcié, mi hermano y su mujer han emprendido una cruzada para encontrarme novia.

La miró. ¿Parecía interesada? Se aferró a aquella esperanza.

—Sí, Deb me lo contó. Lo siento.

—No hay nada que sentir. Fue lo mejor para todos. Ojalá lo hubiéramos hecho antes.

—La recuerdo de la última vez que nos vimos.

Daniel sintió que se moría de vergüenza, igual que aquella tarde que no quería recordar por nada del mundo. Los ataques de furia de Evelyn habían llegado a niveles de película de terror en la última época.

—Sí. No me extraña.

Ella bajó la vista hacia la cerveza, como si pudiera ver las imágenes de aquella tarde en el líquido ambarino.

—Creo que no le gustó mucho que hablaras conmigo.

—Eres muy sutil. —Ella lo miró, al fin, y él sonrió—. Me echó una bronca de cojones delante de todo el mundo y montó un espectáculo digno del Circo del Sol. —Ella rió. Era tan hermosa. Sus ojos brillaban en mil destellos verdes y las ondas del cabello le caían una y otra vez sobre las mejillas. No podían mantenerse alejadas de ella. Él se sentía igual—. Evelyn te odiaba.

—¿A mí? ¿Por qué?

«Porque yo te quiero», pensó, y ese pensamiento lo sobresaltó.

—Bueno, ya sabes, las pelirrojas sois unas brujas

adoradoras del diablo que vais por ahí en busca de almas de hombres inocentes.

Ella se echó a reír.

—Ah, eso. —Hizo un gesto lánguido con la mano y puso los ojos en blanco—. Sí, por supuesto, es lo que hacemos.

—Claro que sí. Seguro que tienes un séquito de hombres que se arrastran babeando detrás de tus tacones.

—Por supuesto, los tengo en el coche. —Él se echó a reír y ella alargó la broma—. En realidad no he venido sola, es que los encierro en el maletero para que no me molesten.

Él dejó de reír, pero mantuvo una sonrisa esperanzada.

—¿Has venido sola?

Sus ojos no se separaron de los de él cuando contestó.

—Aunque no te lo creas, no todas las brujas pelirrojas tenemos con quien ir a las fiestas infantiles. —Daniel no respondió. No tenía pareja y eso era perfecto. Tras unos segundos, ella volvió a sonreír con aquel gesto condescendiente—. Excepto por el séquito, claro.

Él rió.

—Claro. Los del maletero.

—Ya sabes. Siempre ando detrás de un alma nueva que llevarme.

—Yo me iría contigo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo había dicho en voz alta y, cuando lo hizo, rezó para no haberla jodido definitivamente. ¿Cómo había dicho algo así? ¿Se había vuelto gilipollas? Había condenado al novato del instituto a recibir collejas hasta el final de la película. Por estúpido.

Estaba a punto de ofrecer cualquier disculpa absurda cuando las luces se apagaron a su alrededor. Su primer impulso fue gritar «¡Al suelo!» y abalanzarse sobre ella, pero, por suerte, se dio cuenta a tiempo de que las luces se habían apagado porque llegaba la tarta.

Niños y adultos se congregaron alrededor de la mesa

del comedor. Daniel y Kathleen se unieron a ellos y fueron empujados a un lado y a otro mientras todos buscaban un lugar privilegiado desde el que grabar la escena con el teléfono móvil. Comenzaron a cantar el Cumpleaños Feliz y Aaron apareció en la penumbra con un pastel de chocolate en las manos. Las velas le iluminaban el rostro con una luz anaranjada y temblorosa. Daniel se volvió hacia el foco de atención, como todos, y al moverse notó, sin esperarlo, que su mano rozaba la de ella. Fue como una descarga, como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se concentraran en esa minúscula zona de piel. Sobrecogido, giró el rostro hacia ella y descubrió que ella lo miraba también. El Cumpleaños Feliz era una extraña canción para un primer beso, pero por Dios que pensó que iba a ser la suya. Bajo la tenue luz de las velas la miró a los ojos. Le sacaba media cabeza, por lo que ella debía alzar la cara para mirarlo a él. Él parpadeó. ¿La iba a besar? ¿Allí, en ese momento, delante de su hermano y su cuñada y dos decenas de extraños? ¿Un par de horas después de encontrarse tras dos años sin verse? ¿Casi sin conocerse, en realidad?

Sí.

No. Alguien encendió las luces y ambos parpadearon sorprendidos por la claridad repentina. Un coro de aplausos rompió el silencio y ellos se unieron, sin dejar de mirarse.

Quería decir algo, era su oportunidad. Podría invitarla a tomar una copa en alguna parte, donde ella quisiera, cualquier cosa con tal de no romper el momento.

Pero el momento se rompió.

—¡Kathleen! ¡Ven, ven, que quiero enseñarte eso del móvil que te comenté antes!

Daniel y Kathleen se giraron al mismo tiempo, en busca del origen de la voz. Perteneía a una de las mujeres a las que él no conocía, una señora algo mayor que las demás, con un peinado ya antiguo allá por los setenta. Venía hacia ellos con un teléfono en la mano y cara de consternación.

—Ven —repitió, agarrando a la joven por el brazo sin ningún miramiento—. Mira, me sale este cartel cada vez que quiero mandar un mensaje, y no sé qué hacer...

Kathleen le dirigió una mirada resignada y se marchó con la molesta causa de la interrupción. Daniel la vio alejarse, un cuerpo perfecto contorneándose bajo un vestido violeta.

Bebió un trago de cerveza. Se había calentado, pero ya no le apetecía otra, ahora lo que quería era un cigarro. En vez de eso, fue un plato de tarta lo que apareció en su mano. Él dio las gracias, sin fijarse siquiera en quién se lo había dado. Daba igual, no quería tarta, quería a Kathleen.

A regañadientes, regresó a la esquina de la habitación para reincorporarse al grupo de hombres que charlaban sobre fútbol, como llevaban haciendo las últimas horas.

Ella se había sentado en uno de los sillones y trasteaba con el móvil de la mujer mayor, que la atosigaba con su constante parloteo.

En la esquina opuesta, Daniel se sorprendió desviando la mirada en su dirección una y otra vez, con excusas tan absurdas como rascarse la cabeza o masajearse el cuello. Se perdía en el movimiento de sus dedos sobre la pantalla del móvil, en la curva de sus piernas cruzadas, el balanceo rítmico de su pie en el aire...

Como si hubiese sentido la caricia de sus ojos en la piel, ella levantó la vista y dibujó una sonrisa cómplice. Él notó que se sonrojaba hasta las orejas. Apartó la mirada como el adolescente cazado in fraganti, pero sus ojos regresaron a ella, incapaces de evitarlo. Kathleen aún lo miraba con esa sonrisa y él sonrió también. Vale, lo había cazado. Esperó que no se diera cuenta y metió la barriga y enderezó la espalda. Qué estúpido se sentía, pero no lo podía evitar.

La mujer mayor reclamó de nuevo su atención y Kathleen se vio obligada a desviar la mirada hacia ella. Daniel la observó unos segundos más antes de apartarla

también. Cada minuto que pasaba le encogía el estómago. No sabía qué haría si ella se marchaba, si se despedía de él. Darle la mano sería demasiado poco, un beso en la mejilla incluso peor...

Una hora después ella seguía allí. Él también, pero nadie más. El último de los amigos de Aaron se acababa de marchar dejando a los dos hermanos a solas en la esquina. En la puerta, en aquel mismo instante, Deborah se despedía de Kathleen.

Daniel se volvió hacia su hermano, que lo miraba a su vez con una ceja arqueada a la espera de una reacción, y no se hizo de rogar. Se despidió a toda prisa, lo hizo también de su cuñada y salió corriendo.

Kathleen se encontraba a medio camino de un Toyota híbrido que, bajo la luz de la luna, parecía plateado. Se había puesto un abrigo y se envolvía en él para escapar del frío de la noche.

—¡Espera!

Ella se giró. Él frenó en seco al llegar a su altura. Bajo la luz anaranjada de las farolas supo que haría cualquier cosa para que no se marchara.

—Iba a despedirme, pero estabas con Aaron —se disculpó ella.

Él agitó la mano en el aire como si aquello no importara. No lo hacía.

—Vas a pensar que estoy loco, pero ¿te gustaría tomar algo conmigo?

Supo, antes incluso de acabar la frase, que era una estupidez. Al día siguiente tenían que trabajar, estaban a las afueras, él vivía en pleno SOHO, ella apenas lo conocía... Cuando estaba convencido de que rechazaría la invitación, ella sonrió.

—De acuerdo, la última.

Daniel pensó que se iba a poner a gritar. La última o la penúltima, ya se vería. Propuso el nombre de un pub cercano

a su casa. Las cervezas que había bebido tan solo parpadearon un instante en su cerebro. No podía permitirse dar positivo en un control de alcoholemia, pero llevaba un buen rato sin tomar nada y se había hinchado a tarta y a sándwiches. Tampoco podía permitirse esperar.

El pub era un local oscuro pero acogedor. No quedaban muchos clientes a esa hora así que pudieron elegir una mesa pequeña en una esquina alejada del bullicio. Se sentaron uno junto al otro en el banco en forma de L que la rodeaba. Daniel fue a la barra y regresó con dos pintas de Old Speckled Hen Ale de las que ambos bebieron con ansiedad. Algo había cambiado. Se esforzaban por mantener una conversación trivial, pero las palabras se iban espaciando y los silencios ocupaban su lugar. Silencios intensos, envueltos en miradas furtivas y sonrisas cómplices entre dos personas que pensaban lo mismo, pero no lo decían.

Daniel no entendía lo que le estaba ocurriendo, nunca se había sentido así, ni siquiera en los primeros tiempos con Evelyn. El nudo que le retorcía el estómago no le permitía pensar. Quería preguntarle si ella lo sentía también: el nudo, la sensación de irrealidad que envolvía la noche, el pub, la ciudad, pero no se atrevía a hacerlo.

Ella se recogió un mechón de pelo tras la oreja, y el brillo de la lámpara arrancó un destello plateado de su pendiente. Nunca podría decir si ese destello fue el detonante, pero, incapaz de controlarse más, Daniel alargó la mano hacia ella, hacia su rostro, y la acarició. Ella no se apartó.

Era el momento, no habría otro y no pensaba desperdiciar aquel. Se acercó, despacio. Le acarició la mejilla, el cuello, colocó la mano en su nuca y la atrajo hacia sí. Sus labios estaban fríos y sabían a cerveza, pero eran los más suaves que había besado nunca. Al notar que le correspondía, la besó con más fuerza hasta que sintió que ella lo rodeaba con los brazos y se estrechaba contra su

cuerpo. Cuando aspiró su perfume, Daniel supo que estaba perdido.

No tardaron ni quince minutos en llegar a su casa y ni siquiera encendieron las luces al entrar. No sabía cuántas veces había visto escenas como aquella en las películas, y jamás había creído que pudiera ocurrir de verdad, pero sí: la ansiedad, la desesperación por poseerla allí mismo, en ese instante, eran reales.

Le arrancó el abrigo y lo lanzó sobre uno de los sillones. Ella hizo lo mismo con su chaqueta. Sus dedos le acariciaron el costado, se introdujeron bajo la camisa y se clavaron en su cintura. Él deslizó las manos sobre su cuerpo, su cadera, sus piernas, recogió la tela del vestido entre los dedos y tiró de él hasta sacárselo por la cabeza. Ella levantó los brazos para permitirle y entonces, por fin, la tuvo desnuda entre sus manos. Perfecta.

Ella aprovechó la distancia para quitarle la camiseta, casi arrancársela de un tirón. Él le sonrió a los ojos. Bajo la débil luz que entraba por la ventana, sus miradas se encontraron. No pudo verla mucho, un instante después volvía a estar contra su boca. No se quejó.

Atravesaron el salón sin separarse, a tientas por la oscuridad. Ella forcejeó con su cinturón y él notó la libertad cuando este cedió. Detrás fueron los botones del vaquero. Ayudado por sus manos, él se quitó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo. Estuvo a punto de caerse, no se había quitado los zapatos. Lo hizo restregando los pies, luego se quitó los calcetines... Las prendas de uno y otro caían al suelo cual reguero de pruebas delatorias.

La cama los recibió como si los hubiera esperado toda la vida.

Era el momento. Se puso un preservativo mientras ella recorría su espalda con los labios. En cuanto estuvo preparado, regresó a su lado. Se moría de ganas de encender la luz para ver sus ojos y el cabello desparramado sobre la

almohada, pero ya no había tiempo. La claridad que se colaba por la ventana reflejaba su piel y eso tendría que bastar. Recorrió su cuerpo con los labios, de arriba abajo, oyéndola gemir a su paso. Ascendió cuando notó que ella ya no podía más. La penetró y el mundo desapareció y, por primera vez en la vida, supo que aquel era el lugar en el que tenía que estar.

Ella se aferró a su espalda sin separar los ojos de los de él. Lo rodeó con las piernas y lo apretó en su interior. Él jadeó. Quería que aquello durase para siempre, pero no podría aguantar mucho más. Ella lo agarró del pelo y él se lanzó a por su boca. Cuando oyó que gritaba se movió con más fuerza. Ella tensó todo su cuerpo. Él la siguió en el orgasmo y el mundo cobró sentido y nada fuera de aquella habitación tuvo importancia: ni los asesinos, ni las víctimas, ni los sospechosos, ni las pruebas... Solo... ella.

7,
Lunes, 23 de mayo – 06:11 h.
Casa del inspector Ryman. Londres.

Había algo raro, lo notó aun medio dormida, como si la cama estuviera en una posición equivocada. Abrió los ojos y buscó los números verdes del despertador, pero no los encontró. La confusión se apoderó de ella un instante. Entonces recordó dónde estaba y con quién, y tuvo que controlarse para no estallar en una carcajada tanto de alivio como de sorpresa. Nunca había hecho algo así.

Su nombre era Daniel y era el hermano mayor de Aaron. Hacía mucho tiempo que se conocían, habían coincidido en varios cumpleaños y fiestas familiares y siempre le había gustado. No solo era guapo: con aquellos ojos que la miraban como si nunca hubieran visto nada más hermoso y esa sonrisa que se debatía entre la timidez y la seguridad; también era encantador. Cada una de aquellas veces en que se habían encontrado había sentido que las horas se esfumaban hablando con él. Para alguien como ella, que no se abría a los demás, algo así era todo un milagro, pero Daniel tenía algo que la incitaba a acercarse.

Su aparición en la fiesta la había cogido por sorpresa. No había acudido a las del año anterior, a los cumpleaños de Carlee o Deb, ni siquiera al de su hermano, así que había dado por hecho que no iría a aquella tampoco. Pero lo había hecho y... ¿Y qué? Intentó buscar una palabra que describiera lo que había sentido al verlo cruzar la puerta del

salón, pero no fue capaz. No habría creído algo así si lo hubiera leído en una novela: el mundo se había detenido, encogido hasta reducirse a él, a sus ojos, a su enorme sonrisa mientras le entregaba el regalo a su sobrina, a su cuerpo intuido a través de los vaqueros y la camiseta al incorporarse. Estaba más guapo que la última vez y parecía estar más en forma. Tampoco lo había visto fumar. Quizás hubiera comenzado a cuidarse tras el divorcio. Deborah le había contado lo de su separación y ella se había alegrado en secreto. Su mujer era una imbécil que siempre tenía cara de malas pulgas y a la que, alguna vez, había fantaseado con matar. Las mariposas que revolotearon en su estómago cuando él se le acercó junto a la mesa de los aperitivos la avisaron de que algo raro ocurría, pero las ignoró, concentrándose en la técnica de respiración que utilizaba para disparar. No fue esa la única vez que tuvo que recurrir al mismo truco, pues pasaron mucho rato juntos, hablando y bebiendo y riendo, y las mariposas se convirtieron en un enjambre histérico que la retorció por dentro y al que debía controlar respirando: inspirando, espirando...

Con una sonrisa, dejó que sus ojos vagaran por el cuarto. Llevaba un buen rato despierta. A medida que aumentaba la claridad, había ido distinguiendo algunos detalles de la habitación o, para ser más exactos, una habitación sin detalles. Un único armario se alzaba contra una pared, como una sombra amenazadora, pero no había mesillas, ni cómoda, ni ningún otro mueble que pudiera apreciar.

Se volvió hacia el hombre que reposaba a su derecha. Dormía boca abajo, de espaldas a ella, con la mano bajo la almohada y la sábana enrollada en la cintura desnuda. Sintió ganas de acariciarlo y hasta llegó a alargar los dedos hacia él antes de detenerlos en el aire, temerosa de romper aquel instante perfecto y regresar a una realidad mucho más oscura. No necesitaba tocarlo, esa noche había sentido cada

centímetro de su cuerpo y aún podía notar el tacto, el sabor, el olor.

No disponía de ningún espejo en el que mirarse, pero podría apostar a que mostraba una sonrisa bobalicona e imbécil. Una sonrisa que no recordaba haber lucido nunca.

Se incorporó con cuidado para no despertarlo y buscó su ropa por el suelo. El reguero la llevó fuera de la habitación y hacia el salón, donde él le había quitado el vestido. Se cubrió pieza a pieza, paso a paso, con la sonrisa aún en los labios y el calor en las mejillas.

La luz madrugadora se colaba por la ventana, filtrándose entre las hileras de pequeñas edificaciones de aquel céntrico barrio londinense de precios prohibitivos para el sueldo de cualquiera.

«¿Cómo puede permitirse vivir aquí?», se preguntó.

No importaba, allí vivía y allí estaba ella. Por la ventana llegaban, tenues pero inconfundibles, los sonidos de la calle: el pitido de una alarma que se desconectaba, el motor de un coche que pasaba de largo hasta desvanecerse en la distancia, el estruendo de la puerta metálica de un comercio que abría dispuesto a empezar la jornada. A varias calles de distancia, algunas de las principales avenidas de la ciudad continuaban su ritmo frenético sin importar la hora del día o de la noche: Oxford, Shaftesbury, Charing Cross... Pero, en aquella callejuela del SOHO, la mañana arrancaba con pequeños detalles.

De pie, con los ojos cerrados ante la puerta del dormitorio, se concedió el lujo de imaginar que aquella era su vida. Cuando su cuerpo reclamó agua para aplacar la resaca, decidió dejarse de fantasías y ponerse en movimiento.

La noche anterior ni siquiera habían encendido las luces al entrar, así que era la primera vez que veía la casa. Se sorprendió al advertir lo pequeña que era y lo vacía que estaba: un sofá, una mesita, un televisor de cuarenta y

tantas pulgadas colgado de la pared, dos cajas de cartón por cuyas aberturas asomaban montones de discos revueltos, como si alguien hubiera buscado uno concreto y hubiera arrastrado a los demás en su camino. Una estantería de madera negra se alzaba en una esquina. Todas las baldas estaban vacías menos una, en la que se apelotonaban una decena de fotografías familiares como borrachos en la cola del baño. Identificó a Daniel de pequeño, casi siempre acompañado de su hermano. En otra salía una pareja mayor que debían de ser los padres. No había mujeres aparte de una foto de grupo que incluía a Deb, ni se veían más niños que la hija de esta, que aparecía con una pelota en una imagen y abrazada a su padre y a su tío en otra. Iba a seguir adelante cuando sus ojos cayeron sobre una fotografía relegada a la parte de atrás de la balda. Sintió que se le cortaba la respiración.

«No. No, no, no, no, no...»

Extendió la mano hacia el retrato. Temblaba. Tomó aire antes de cogerlo. La imagen mostraba a cuatro personas. El del centro era Daniel, no había duda, pese a que la foto era antigua y él no aparentaba más de veintipocos años. Su hermano lo abrazaba por la derecha y sus padres por la izquierda. Los cuatro sonreían con entusiasmo, pero no era su sonrisa lo que le había detenido el pulso, era su ropa. Daniel llevaba un uniforme de policía: la chaqueta azul oscuro, la camisa blanca, la corbata... Hasta el característico casco *Bobby* con el escudo en el centro. ¿Qué demonios significaba aquello?

El corazón comenzó a martillearle con fuerza en el pecho y Kathleen cerró los ojos.

Inspira... espira...

Miró hacia la puerta del dormitorio, pero esta seguía entornada. Necesitaba confirmar lo que parecía indicar la imagen. No era más que una foto, un simple retrato que podría tener un millón de significados y no solo el más

evidente. A veces las cosas no eran lo que aparentaban. Por favor, que no lo fuera.

Revisó el resto de fotografías, pero ninguna le dijo nada sobre su profesión. Tampoco encontró diplomas ni medallas, aunque, con las pocas cosas que había a la vista, eso no significaba nada.

No podía ser verdad, lo habría sabido, Deborah se lo habría comentado en alguna ocasión, o él lo habría dicho la primera vez que se conocieron, o en la fiesta... ¿Lo había hecho? Solía tener tantas cosas en la cabeza que, a veces, no escuchaba a su interlocutor, pero se habría enterado si le hubiera dicho algo como eso, se habría enterado y habría salido corriendo a toda velocidad.

Su placa. Tenía que tener una placa. Y la placa estaría en la cartera y la cartera en... ¿la chaqueta?

La chaqueta. Dejó la fotografía en su sitio, cruzó el salón y recogió la prenda que, unas horas antes, ella misma le había quitado en el recibidor y había tirado al suelo. Al levantarla notó el peso de un objeto en el interior. Rebuscó sin ningún miramiento hasta que los dedos localizaron el bulto duro en uno de los bolsillos. El pulso se le detuvo. Con el temor de saber lo que iba a encontrar, la sacó. La abrió. Una placa y un carnet identificaban a Daniel Ryman, cuarenta y tres años, detective inspector del Departamento de Homicidios y Delito mayor de la Policía Metropolitana de Londres.

«No. No, él no...»

Retrocedió en busca de apoyo contra la pared que se alzaba a su espalda. Dejó caer la cartera al suelo sobre la chaqueta que también había soltado sin darse cuenta. ¿Iba tras ella? ¿Habría sido una trampa todo lo ocurrido la noche anterior? ¿Cómo se había dejado engañar? ¿La habían encontrado? Las preguntas se agolpaban en su cerebro y notó que el corazón se le desbocaba de miedo por primera vez en mucho tiempo. Le fallaba la respiración.

Inspira... espira... inspira... espira...

Huiría. Tenía un plan de escape que no tardaría más de dos horas en llevar a cabo. Pero antes se lo iba a hacer pagar. El miedo había desaparecido y había dejado espacio libre para la ira. La ira, el odio, el sufrimiento y hasta el lado oscuro que Yoda vaticinaba. Estaba furiosa, se sentía traicionada y le iba a dar una lección.

Con sigilo, abrió la puerta del dormitorio. Él seguía en la misma posición en la que lo había dejado: boca abajo, con la espalda descubierta y la sábana enroscada en la cintura. Sería fácil, no tenía sus armas, pero podría encontrar algo. Por vacía que estuviera la casa seguro que había un cuchillo. Nunca había utilizado un arma blanca, pero él dormía y ella sabía dónde clavarla.

Inspira... espira... inspira... espira...

Se dirigió a la cocina. Por el camino, sin saber por qué, se desvió hacia la entrada y recogió la cartera del suelo. Analizó una vez más cada grabado del escudo, cada detalle del carnet. Quería creer que era falso, pero sabía que no lo era. ¿Cómo había podido hacer algo así? Engañarla, utilizarla de esa manera, llevarla a la cama, a su casa para... A su casa. Parpadeó sorprendida cuando ese pensamiento cruzó por su mente. ¿Qué clase de maniobra era esa? Algo no marchaba bien. ¿Si le hubiera tendido una trampa la habría llevado a su casa, donde estaban la placa y la fotografía de graduación en el cuerpo? Desde luego que no. Se detuvo con la mirada fija en el carnet, sin saber qué hacer. No podía pensar, tenía que salir de allí y ya pensaría después. Regresó al salón, se calzó y cogió el bolso que yacía abandonado sobre el sillón. Se lo colgó del hombro y se dirigió de nuevo a la estantería. Necesitaba verla por última vez para confirmar que no lo había soñado. La foto continuaba en su sitio, como una burla, como un castigo. La miró y luego a la placa que aún sostenía en la mano, tan brillante y tan culpable.

—Buenos días.

Se giró sobresaltada. Él estaba en la puerta del dormitorio, vestido tan solo con unos calzoncillos. La luz dibujaba un juego de sombras sobre su torso desnudo. Por un segundo, Kathleen olvidó su profesión, su placa, su intención de matarlo, y no fue capaz de pensar en nada que no fuera llevarlo de nuevo a la cama.

Él se acercó a ella y la besó en los labios. Estaba tan fuera de sitio que se quedó paralizada mientras lo hacía.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, al darse cuenta.

Ella dejó la placa sobre el estante.

—No lo sabía. Que fueras policía.

—¿No te lo dije? No me acuerdo. ¿Es algo malo?

—¿Qué? No, no, claro que no.

Él sonreía sin tapujos y ella pensó que había estado a punto de matarlo. Se fijó en sus hermosos ojos grises, que la observaban confusos pero inocentes. Se alegraba de no haberlo hecho, pero una vocecilla interior se desgañitaba gritando que todavía estaba a tiempo.

Él apoyó las manos en sus mejillas, la atrajo hacia sí y la besó de nuevo. Sus labios eran suaves, cálidos, dulces. Por inercia, ella posó los dedos en su costado. La calidez de su piel desnuda la llevó de vuelta a las sensaciones de la noche anterior.

—Tengo que irme —dijo, al tiempo que se alejaba de su caricia.

—Es temprano, ¿no quieres desayunar? Yo también tengo que irme en seguida.

—No, tengo que pasar por casa a ducharme antes de ir al trabajo —mintió—. Adiós.

Se alejó hacia la entrada. Él la observaba desconcertado, pero ella no podía seguir hablando. Abrió la puerta y salió, cerró y bajó las escaleras a la carrera.

Cuando llegó a la calle había comenzado a llover. Aun así, permaneció unos instantes bajo la lluvia mientras trataba de recuperar el pulso. Un torbellino de pensamientos

y sensaciones bullían en su cabeza, y cada una de ellas la dirigía en direcciones opuestas. La magia de la noche anterior y el miedo de la mañana, la necesidad de matarlo y el ansia de regresar con él y envolverse otra vez entre sus brazos, el placer y el miedo, el deseo y el odio.

Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas. Estaba mareada. Un corredor que pasó ante ella la miró de reojo sin detenerse. Sus zancadas cayeron en los charcos que la lluvia estaba formando en la acera y Kathleen sintió que algunas gotas le salpicaban las piernas, pero no se apartó. Tampoco importaba, el agua ya la había calado y todo su cuerpo chorreaba, inmóvil como la escultura de un soldado caído en batalla.

Inspira... espira... inspira... espira...

No se oía nada en el interior del edificio. Cerró los ojos y deseó que él bajara a por ella. No, que *no* bajara, deseó que *no* bajara. Se incorporó, con una profunda bocanada de aire. Necesitaba alejarse de allí, tenía que averiguar qué había ocurrido y en qué situación se encontraba. Le costó algunos segundos recordar dónde había dejado el coche y, cuando lo logró, se dirigió a por él lo más rápido que sus piernas le permitieron.

En cuanto arrancó, conectó el manos libres del móvil y llamó a Jason. Su socio contestó al cabo de dos timbrazos, con el tono de voz de quien aún está medio dormido.

—¿Mmmm?

—Soy yo. Puede que tengamos un problema muy gordo.

—¿Qué ocurre?

—Creo que me han hackeado.

—Voy ahora mismo. —Ya estaba despierto. Despierto del todo.

Kathleen colgó.

Hackeado. Según el código que utilizaban para comunicarse, y que se valía de la empresa de seguridad informática como tapadera, significaba el peor supuesto de

todos, significaba que la habían descubierto.

Aceleró el motor a la máxima potencia aprovechando que a aquella hora nadie salía de Londres. Al encender la radio sonaron los Ramones. Subió el volumen.

Hey Ho, Let's go.

Diluviaba cuando metió el coche en el garaje. Jason ya estaba en la Base y tenía tan mala cara como la que debía de tener ella misma. No se había peinado, aún llevaba puestos la camiseta de dormir y un pantalón de deporte, y ni siquiera parecía haberse lavado la cara. Trabajaba en tres ordenadores a la vez y se movía de un lado a otro de la habitación sobre su silla rodante.

—¿Qué ha ocurrido? —Corrió hacia ella en cuanto la vio entrar.

Ella lo esquivó, se dejó caer en una silla, lejos de él, pero volvió a incorporarse. Se pasó la mano por el pelo mojado y respiró. Su socio la miraba, inquieto pero en silencio, y ella agradeció esos instantes de reposo.

—Ayer conocí a alguien —dijo, al fin. Jason gruñó y cruzó los brazos. Ella rehuyó su mirada celosa y prosiguió—. En la fiesta de mi amiga Deborah, era el cumpleaños de su hija, creo que te lo dije, que hacía una fiesta y me había invitado, aunque la verdad es que no me...

—Al grano, Kat.

Divagaba, era cierto, pero era porque no sabía cómo continuar. Asintió, avergonzada, y fue al grano.

—Se llama Daniel. Daniel... —Cerró los ojos un instante mientras recordaba el apellido de Aaron. Los volvió a abrir cuando lo logró—. Ryman. Es el hermano de Aaron, el marido de Deborah...

—Kat...

—Ya voy, ya voy. El caso es que me... me fui con él, a su casa, me... acosté con él.

Jason tomó aire y regresó a su asiento, en el que se dejó caer con inquina. Kathleen aguardó a que su amigo y amante le reprochara su actitud con una acusación, un grito, una lágrima. Cualquier cosa mejor que el silencio afligido que le devolvía. Al no recibir nada más, bajó la cabeza dispuesta a continuar con la peor parte. Tenía frío, notaba la humedad de la ropa contra la piel y el pelo empapado.

—Esta mañana me desperté en su casa. —Hablaba apenas en un balbuceo. Deambulaba por la habitación envuelta en sus propios brazos, tiritando de frío, o de lo que fuera, mientras rememoraba lo ocurrido, segundo a segundo, y se maldecía por imbécil—. Él dormía y... Bueno, me puse a cotillear y encontré algunas fotos... En una él estaba... era... o sea iba vestido...

—¡Kat, por Dios!

—¡Ya! Lo siento... —Él la miraba irritado. Ella inhaló con fuerza y lo dijo—. Encontré su placa.

—¿Cómo que su placa?

Jason se irguió en el asiento y sus pupilas dilatadas escrutaron a su socia, presas del pánico.

—Una placa de Scotland Yard —aclaró ella—. De... inspector.

El informático no dijo nada, ni una palabra, en vez de eso, giró la silla hacia el ordenador.

—Repíteme el nombre.

—Daniel Ryman. —Sintió cada sílaba acariciar su boca, como las alas de una mariposa escapada del estómago.

Se dejó caer sobre una silla, enterró la cabeza entre las manos y suspiró. Qué idiota, qué idiota tan grande había sido, qué estúpida.

—He estado a punto de matarlo, Jay, te lo juro, iba a coger un cuchillo y... Estaba dormido y podría haberlo matado. Dios mío, debería haberlo hecho.

—Sí —murmuró él entre dientes—, deberías.

Kathleen levantó la vista hacia él. Seguía en el

ordenador. Los dedos volaban sobre el teclado.

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees que...?

—Déjame trabajar. Estoy investigando esta mierda.

Ella se levantó. Deambuló por la habitación durante minutos que se alargaron como horas en aquella sala cuyas paredes la acorralaban, la asfixiaban bajo el ronroneo constante de los ordenadores y el sistema de ventilación. Se quitó la camiseta mojada de espaldas a Jason. De repente, ya no parecía bien que él la viera desnuda. Él no miró. Se puso la chaqueta que solía utilizar en la Base, pero hasta esta se sentía fría contra la piel húmeda.

Tras lo que pareció una eternidad, Jason levantó la cabeza.

—Vale —dijo—. Hay buenas noticias y malas noticias.

Kathleen, que se encontraba en ese momento en la otra punta de la habitación, corrió hacia él y ocupó la silla más próxima. La expresión con que él la miraba no ofrecía ningún tipo de compasión.

—Primero las buenas: he revisado los informes que recibo de los servidores de la policía, ya sabes, si sale algún término de interés para nosotros, como tu nombre o el mío. Y, por supuesto, cada vez que nombran al Fantasma.

—Sí, el dichoso nombrecito.

—Sí, ese. Me han estado llegando notificaciones desde el trabajo de Thompson. Ya se lo han achacado al Fantasma, contábamos con ello, pero en todo el material que he recibido no hay nada que te involucre en esto personalmente.

—¿Seguro?

—Seguro. Ahora las malas. —El informático señaló la pantalla del ordenador.

Temerosa de lo que iba a ver, Kathleen se adelantó y sintió en el preciso instante en que sus ojos se posaban sobre ella, que su corazón dejaba de latir. Jason había entrado en YouTube y había obtenido un listado de vídeos relativos al

asesinato de Thompson. Pulsó el botón del *play* en el que ocupaba la parte central de la página. La grabación pertenecía a una cadena de informativos y, en ella, una reportera llamada Kelly Knight hablaba, micrófono en mano, desde la escena del crimen. En un momento dado, la cámara hizo un *zoom* hacia el centro de la plaza y ella lo vio. Estaba agachado en el suelo, junto al cadáver. Se volvía de vez en cuando para hablar con un hombre joven de color que se erguía junto a él. Al cabo de unos minutos, se levantó y habló un rato más con su compañero. Poco después, se movieron unos metros y se volvieron a agachar para ver algo en el suelo. Por la posición, Kathleen intuyó que era el agujero de la bala en el pavimento. De su bala.

Jason detuvo el vídeo y ella se percató de que había estado aguantando la respiración. Soltó el aire que había retenido en los pulmones y se esforzó por respirar con normalidad.

—Kat... —Su socio reclamaba atención, pero ella no podía separar la mirada de la pantalla. El fotograma en el que se había detenido el vídeo mostraba un primer plano pixelado de su rostro. Se alegró de estar sentada cuando las piernas amenazaron con fallarle—. Es detective inspector de la Unidad de Homicidios y Delitos Graves. Está a cargo del asesinato de Thompson. Vi el otro día su nombre en los informes, pero no lo recordaba. Hay un montón de vídeos más, ¿quieres verlos?

Ella negó con la cabeza, despacio. Apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre las manos.

—Tendría que haberle disparado en la casa...

—Espera, no lo mates aún. —Jason la disuadió, a regañadientes. Ella sintió algo de esperanza. Por fin escuchaba lo que necesitaba oír: que no tendría que matarlo, que podría haber otra solución, la que fuera. Él prosiguió—. He accedido a su ordenador en Scotland Yard. Por supuesto que hay alusiones al Fantasma, por todas partes, pero no

tiene nada que lo relacione contigo.

—¿Pero entonces...?

—Entonces. —Jason se recostó en la silla y cruzó los brazos contra el pecho—. Creo que ese gilipollas no tiene ni idea de a quién se acaba de follar...

8,
Lunes, 23 de mayo – 07:27 h.
Base. Surrey.

Jason la vio salir de la Base y contó hasta veinte en cuanto la puerta se cerró tras ella. Al alcanzar la cifra, sin embargo, no le pareció suficiente, así que empezó a contar de nuevo. Necesitaba estar seguro de que no lo oiría. Uno... Dos...

La segunda vez que pronunció veinte en su cabeza ya no pudo esperar más. Se levantó de la silla con tanto ímpetu que esta rodó hasta chocar con uno de los racks de servidores que cubrían la pared más alejada.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Me cago en la puta, Kat! ¡Joder! ¡Joder!

Se llevó las manos a la cabeza y enterró los puños entre el cabello. Cerró los ojos y gritó. Kathleen lo había enseñado a respirar como hacía ella: aguantar el aire cinco segundos antes de soltarlo, otros cinco antes de inspirar de nuevo. Era un método de relajación infalible, pero él no quería relajarse, estaba furioso y necesitaba descargar su furia.

—¡Joder! —repitió—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Jodeeeeer!

Abrió los ojos y bajó las manos hasta la cadera. Cada ordenador, cada servidor, cada *gadget* de los que poblaban la Base era un testigo sorprendido de su rabia. Él era un tío tranquilo. Había que serlo para dedicarse a lo que él hacía, pero... Joder.

Le gustaba su vida. Se levantaba, se duchaba,

desayunaba y bajaba a la Base. Pasaba horas ante el ordenador, recababa datos para ella, desarrollaba herramientas y fórmulas para acceder a sitios a los que se suponía que no debería acceder. Por la tarde, trabajaba en Cole & Addams Seguridad Informática. Buscaba fallos de seguridad que pudieran permitir a otros como él conseguir información de sus clientes y los arreglaba para que eso no ocurriera. No era tan emocionante como el lado oscuro, pero, a veces, también era divertido y le daba dinero, mucho y limpio, no desde el punto de vista contable, pues ya se encargaba él de que el otro también estuviera limpio al llegar a sus cuentas corrientes, sino desde el punto de vista moral.

Kathleen creía que él se sentía culpable por lo que hacían. En cierto modo era así, pero no la culpaba a ella. Nunca lo había hecho y nunca lo haría. Ella y su destreza le habían salvado la vida. No solo literalmente, sino también de otras mil maneras: había salvado su cabeza, su alma y su corazón. De ser un genio adolescente atormentado, solitario y con todas las papeletas para pudrirse en la cárcel, lo había convertido en lo que era ahora: un profesional respetado, con un trabajo que era, al mismo tiempo, una misión, una pasión y un vicio. Con una Base creada por y para él, para jugar y para trabajar. Con una casa con la que no se habría atrevido a soñar años atrás. Con una socia de la que estaba enamorado y con la que mantenía algo parecido a una relación.

Hasta ahora.

—Joder.

¿Quién era ese cabrón? A él le había costado años romper el muro defensivo de Kat, ¿cómo coño lo había logrado él en una sola noche? Un maldito policía...

Además, ¿qué demonios? Ella lo había salvado a él, pero él también la había salvado a ella. La había ayudado a conseguir las armas a través de internet sin dejar rastro, había creado todo un sistema para conseguir clientes y

colaboradores que desconocían su identidad. Si no hubiera sido por sus habilidades, la habrían atrapado hacía años. Pero él la protegía de la misma policía con la que ella ahora se acostaba. Bonita forma de pagárselo, sí señor.

Miró hacia la puerta por la que ella había salido. La superficie gris metalizada le devolvió el reflejo de las luces fluorescentes del techo y una sombra difusa de sí mismo, solo, en medio de la habitación. Se planteó ir a buscarla. Estaría al final de las escaleras, al otro lado de la puerta oculta, en la biblioteca. Se habría sentado en el sillón, con los perros a sus pies, y se habría refugiado en uno de sus libros. Era lo que hacía, desvanecerse en historias ficticias: otros personajes, otras vidas, otros problemas que la ayudaran a no pensar en los suyos. Él entendía esa necesidad de huida demasiado bien. En su caso era la informática lo que utilizaba para escapar, pero el principio era el mismo. Lo había hecho desde la infancia, huir a un mundo idílico en el que todo tenía una solución matemática, en el que no había golpes ni gritos. No había tardado en descubrir, por las malas, que los monstruos no permanecían al otro lado de la puerta por mucho que subiera el volumen de la música o por muy deprisa que tecleara en el ordenador. Los monstruos entraban y arrasaban con lo que hubiera a su paso.

Ella también lo sabía. Su vida no había sido más fácil que la de él. No le gustaba hablar de ello, pero él había intuido detalles, capítulos, palabras sueltas durante conversaciones o suspiradas en sueños, cuando ella volcaba la culpabilidad entre sus brazos y él sentía que, por una vez, era el que la protegía a ella y no al revés. Se preguntó si aquellas noches volverían a repetirse y supo que sí, el policía no había sido más que una aventura pasajera. No era algo propio de Kathleen, pero lo olvidaría y volvería a su lado. No estaba tan loca como para encapricharse del detective que investigaba su caso.

Aunque la noche en que la conoció sí que pensó que estaba loca.

Se había acercado a ella en busca de un rollo de una noche, como los que le servían de excusa para no regresar a casa, para no volver a caer en la tentación de proteger a su madre y acabar recibiendo su rabia en lugar de su agradecimiento. Con tres veces había sido suficiente. Debería haber aprendido a la primera, pero tenía dieciocho años, ¿cómo resistirse a protegerla? No lo hacía, no lo podía evitar, se metía en medio y recibía no solo los mismos golpes de parte de su padre, sino el odio de ella por entrometerse, por atreverse a amenazarlo, por levantarle la mano... «¿Cómo te atreves? Lo hace por nuestro bien. Me lo merezco. La culpa es mía. No lo enfurezcas. Tú no lo entiendes, él nos quiere. No te metas. No, no, no..». No. Mejor pasar las noches fuera. Y aquella pelirroja de ojos verdes y mirada oscura, tan similar a la de él, le había parecido una buena opción entre las muchas que la discoteca le ofrecía.

Se acercó con alguna de las frases trilladas que no solían fallarle, pero ella lo miró como si dudara entre echarse a reír o darle un abrazo compasivo. Él fue el que se rompió en una carcajada. Aquella expresión lo había pillado desprevenido y la risa, desacostumbrada a asomar a sus labios, no supo contenerse. Ella se le unió. Tenía veintiún años, él, dieciocho. Era un reto, pero siempre le habían gustado los retos. ¿Quién se lo iba a decir? Ella había aceptado la copa y una conversación cada vez más personal. Estalló una química entre ambos que jamás habría imaginado. «Estalló» era una forma perfecta de definirlo. Estalló, lo hizo añicos. Ya no era capaz de oír la música ni a la gente alrededor, no veía nada que no fuera ella, no sentía nada más que aquel calor que no se debía a la cerveza y que lo instaba a mostrarle a aquella desconocida lo más profundo de su alma, lo que no había compartido con nadie. «Ojalá pudiera cargármelo», le dijo. «Si supiera manejar un arma,

lo haría con mis propias manos. Luego manipularía los datos de mi tarjeta y la red de algún hotel, fingiría que estaba en cualquier otro sitio y nadie me cogería». Ella lo miró boquiabierta, sin saber si hablaba en serio o usaba el método más friki del mundo para ligar. Tras unos segundos, tan solo preguntó «¿De verdad puedes hacer esas cosas?».

Él creyó que pasarían la noche juntos, pero ella lo despidió en la puerta de la discoteca. Tardó casi un año en llegar a besarla, a amarla, pero cuando lo hizo, la primera de muchas veces que vendrían después, sintió una conexión que jamás había sentido con ninguna de sus anteriores amantes. Se aferraba a él como si lo necesitara, como si suplicara que alguien la cuidase y, al mismo tiempo, como si lo previniera contra ella misma.

No pasaron juntos aquella primera noche, pero se vieron al día siguiente y al otro y al otro y, por fin, él volvió a sacar el tema de su padre y ella le preguntó por sus habilidades informáticas. Como solía decirse, el resto era historia: una pistola, un falso atraco, una serie de manipulaciones sencillas que los ubicaban a ambos en la otra punta de la ciudad y listo. Misión cumplida.

Fue la primera y única vez que Kathleen usó una pistola corta y lo hizo por él, para que nadie sospechara de la historia. Así se lo dijo y él se lo agradeció de la mejor manera que pudo: uniéndose a su misión. Poco tiempo después leyó en la *dark web* que había gente dispuesta a pagar mucho por la clase de cosas que su socia podía hacer. «Una sola vez», pensaron, «alguien que lo merezca». Pero luego vino otra y otra, y decidieron que necesitaban una manera de blanquear lo que ingresaban. Allí nació Cole & Addams Seguridad informática. Qué mejor tapadera para un hacker y una socia que comenzaban a embolsarse mucho dinero.

Todo había sido perfecto desde entonces.

Quince años de trabajo limpio sin un problema ni un

riesgo innecesario, porque ella era cuidadosa hasta el extremo y ambos formaban un equipo seguro.

Ahora todo podría irse a la mierda por un polvo.

—Joder.

No. Si ella fallaba, él tendría que estar allí para cubrirla, era su trabajo. Algo tenía que haber hecho ese tal Daniel Ryman para llegar hasta ella con tanta facilidad, y debía averiguar qué había sido. Descubrir cosas era lo que hacía y volvería a hacerlo en esa ocasión.

Sonrió, por primera vez en lo que llevaba de mañana, mientras atravesaba la Base hasta el ordenador. Sí, eso era lo que él hacía.

9,
Lunes, 23 de mayo – 11:47 h.
New Scotland Yard. Londres.

Las cristaleras que rodeaban el Departamento de Homicidios y Delito mayor del Nuevo Scotland Yard retumbaban con la lluvia que el viento empujaba contra ellas. Las nubes negras habían cubierto la ciudad una vez más y las lámparas fluorescentes del interior bañaban la sala con una luz fría que convertía los ventanales en espejos.

El inspector Ryman acababa de recibir por correo electrónico el informe de balística. El dedo en el ratón adelantaba las páginas, pero sus ojos apenas prestaban atención a lo que veían. Al fin y al cabo, sabía lo que iba a encontrar. Avanzó hasta las conclusiones finales, donde confirmó que la bala era una Hornady A-MAX, calibre .308, con una distancia efectiva de precisión certificada en torno a los 800 metros. El estado del proyectil no permitía saber si el arma había estado implicada en algún caso anterior, por lo que se adjuntaba una lista de rifles de larga distancia que cargaban el mismo tipo de munición. La lista incluía rifles de caza y fusiles utilizados por la mayoría de los ejércitos, fuerzas especiales y francotiradores militares, policiales y, por supuesto, criminales. Un anexo enumeraba los casos abiertos que incluían una bala similar. Algunos de los del Fantasma estaban allí, pero otros no. Ni siquiera se podía decir que aquel hijo de puta usara siempre la misma munición.

Los cálculos sobre los restos de la bala y el agujero del impacto en el suelo indicaban que el tirador había estado a una distancia aproximada de entre cuatrocientos y quinientos metros. Por ello, se adjuntaba también un mapa con un triángulo traslúcido que abarcaba todos los posibles puntos de origen del disparo. El inspector se esforzó en analizarlos con detenimiento, pero su mente, que había luchado por mantenerse concentrada, se rindió: ¿Qué había ocurrido esa mañana? ¿Qué había ido mal?

La cama estaba vacía cuando él despertó, aunque la almohada todavía olía a su perfume. Creyó que se había ido, pero escuchó un ruido en el salón y supo que seguía allí. La encontró junto a la estantería, de espaldas a él. La cintura bajo el vestido violeta que llevaba la tarde anterior lo atrajo como un atrapamoscas y hacia allá fue, dispuesto a pegarse y no separarse nunca más, pero apenas llegó a tocarla. La expresión en su rostro cuando se volvió lo dejó helado. Vio odio en sus ojos, luego enfado, miedo, una serie de sentimientos que no eran los que había esperado encontrar. ¿Por qué demonios iba a estar asustada? Aun así la besó, porque ni quiso creerlo ni pudo controlarse, pero su beso fue frío y supo que no volvería a tenerla entre los brazos. ¿Por qué? La noche había sido fantástica: la fiesta, el pub, la conversación, el sexo... Dios, el sexo había sido insuperable. ¿Se habría arrepentido de irse a la cama con él? Se había corrido, estaba seguro, no podía ser tan buena actriz. Se había entregado a él y ambos habían terminado más que satisfechos. Y sabía lo que hacía, no la había forzado. Por el amor de Dios, ahora se sentía un violador, pero ella no estaba borracha. Era cierto que habían bebido en la fiesta y en el pub, pero no tanto como para no saber lo que hacía. Hasta se había quedado a dormir. No, no podía ser eso, pero algo la había hecho largarse con una excusa cutre y aquella expresión de miedo en los ojos, sin dejarle ni un número de teléfono. Por si salir corriendo no resultara suficiente

declaración de intenciones.

En un arranque de determinación, minimizó los programas que tenía abiertos en la pantalla, arrancó el Firefox y cargó la página del Facebook. Saltaron más de veinte notificaciones, pero no les hizo caso. Pinchó en el buscador y escribió su nombre: Kathleen Addams. El recuadro desplegó un listado de usuarias con el mismo alias o similar, pero, tras revisar sus perfiles, concluyó que ninguna era la que buscaba. Probó varias combinaciones con el nombre y diversos diminutivos, pero ninguno funcionó. Cerró el Facebook y abrió el Twitter. Tampoco allí la encontró entre el listado de usuarios que la web le ofreció tras la búsqueda. Al final, resopló ante la frustrante derrota.

Su teléfono avisó con un pitido al recibir un nuevo correo electrónico. Venía de la cuenta de Saunders e informaba de que acababa de recoger no sabía qué informe y que todo estaba limpio. Lo cerró sin prestarle demasiada atención. Luego lo llamaría para ver de qué estaba hablando.

¿Qué clase de persona no tenía Facebook ni Twitter? Hasta él tenía cuenta en ambos sitios. No los usaba mucho, pero las tenía. ¿Y ella no? ¿En ninguna? ¿Trabajaba en seguridad informática y no estaba en las redes sociales? Bueno, quizás eso sí tuviera sentido después de todo. A lo mejor podría encontrar su empresa. El problema era que no sabía el nombre. Tecleó «Seguridad informática» en el buscador, pero le salieron un montón de grupos de discusión y ninguna empresa. Ella le había dicho que era la dueña, así que probó a añadir su apellido a la búsqueda. ¡Bingo! Allí estaba: Cole & Addams Seguridad Informática. Supuso que el tal Cole era su socio, pero no se detuvo en él, lo que quería era saber algo más sobre ella. No lo logró. Publicaciones y más publicaciones profesionales sobre novedades del sector, nuevo software, servicios de la empresa... Ni un dato personal, ni una fotografía, nada. Ni siquiera disponían de una dirección física, la única forma de contactar con ellos era

un formulario o una dirección de correo electrónico.

Cerró el navegador de internet. El mapa de balística continuaba allí, esperándolo. Sobre una vista aérea de la plaza TYD, un triángulo gris partía del punto exacto en el que había caído Thompson. Era algo provisional, pues el equipo forense aún estudiaba los datos para calcular el ángulo exacto, la altura a la que se encontraba el tirador, la distancia... ¿Por qué se había ido tan lejos para disparar? ¿Por qué se había marchado ella de esa manera? ¿Qué demonios había ocurrido?

—Joder, Daniel, concéntrate —susurró.

No entendía lo que le estaba pasando, él no era así. Evelyn le había reprochado miles de veces que no dejaba de pensar en el trabajo. En cualquier sitio, sin importar lo que estuvieran haciendo: hablar, comer —incluso follar, le había dicho una vez—, ella sentía que él tenía la mente en un caso. Su exmujer había encontrado en el trabajo la mejor excusa para autojustificarse, pero eso no le quitaba parte de razón. Casi todos los detectives que conocía compartían esa dedicación enfermiza al trabajo. Sin embargo, ahora que lo único que quería era trabajar, no podía dejar de pensar en Kathleen. Kathleen y sus ojos, Kathleen y su pelo, Kathleen y su cuerpo...

Exasperado, abrió una carpeta con las fotografías de la tarde del crimen. Buscó una de la víctima en el suelo. La sangre coagulada teñía de negro la parte inferior de la imagen: la acera, las piernas retorcidas con los pantalones empapados, la camisa y la chaqueta llenas de salpicaduras. La siguiente fotografía era un primer plano de la herida en el que se veía la carne reventada y el hueso, los músculos y los tendones desgarrados como en una explosión.

Ya había visto heridas como esa con anterioridad. El almacén del departamento tenía varias cajas llenas de fotografías iguales. Exactamente iguales.

—Joder —murmuró por lo bajo—. El Fantasma no, por

favor.

Nunca había estado al cargo de una investigación del Fantasma, pero todos los compañeros que lo habían hecho antes que él habían terminado con las manos vacías.

Recordaba la primera vez que había oído hablar de aquel tipo. Todavía era sargento cuando un famoso marchante de arte, Cyril Pierce —nunca olvidaría su nombre—, apareció muerto en su casa con un disparo en la femoral. La autopsia demostró que el disparo se había producido desde una larga distancia, pero, sin cristales rotos ni ventanas abiertas, la única opción era la puerta de la terraza del piso, que estaba entornada apenas un palmo. La investigación concluyó que el único origen posible del disparo era un rascacielos situado a casi novecientos metros de distancia. Aquello fue todo. El cuerpo de policía se volcó en resolver el caso, pero no descubrieron nada. El edificio desde el que se suponía que había disparado se revisó de arriba abajo, cada ventana, cada oficina, en vano. Por supuesto que hubo sospechosos, y todos sabían que alguno de ellos había contratado a un profesional para ejecutar el trabajo, pero fue imposible averiguar cuál. En cambio, sí se descubrió otra cosa, algo mucho peor: miles de discos compactos en una caja fuerte, que mostraban al marchante de arte protagonizando otros tantos vídeos de contenido pederasta, algunos de los cuales se remontaban a quince años atrás. La investigación había desenmascarado, de casualidad, una de las mayores redes de pederastia del país: secuestros de menores, violación, grabación y comercialización de vídeos. Más de medio centenar de personas fueron detenidas como consecuencia de la muerte de Cyril Pierce.

No fue la única vez que ocurrió algo así. Casi todas las ocasiones en que un asesinato había sido atribuido al Fantasma se habían encontrado pruebas de la implicación de la víctima en algún asunto turbio, pero por más que la investigación se orientara hacia ese lado, nunca se había

conseguido nada.

En aquel entonces, todo un ejército de psicólogos forenses y analistas del comportamiento realizaron informes para reducir el círculo de sospechosos. Lo malo fue que ofrecían elementos contradictorios: definían a un hombre joven y soltero con amplia experiencia en el manejo de armas largas, perteneciente a algún cuerpo de élite del ejército, pero con suficiente tiempo libre como para poder gastarlo en horas de espera al tiro perfecto, apuntando a través de una puerta entreabierta. Los informes eran tan contradictorios que uno de ellos, incluso, llegó a sugerir que el asesino fuera una mujer. Por supuesto, aquello se descartó de inmediato. Ni el *modus operandi* ni el arma utilizada ni la experiencia necesaria en unidades de élite de cualquier ejército encajaban con el perfil de asesina femenina

A nivel interno, lo llamaron el *Fantasma*. Porque era invisible.

Desde entonces, el Fantasma había aparecido en varias ocasiones, había hecho lo suyo y había vuelto a desaparecer.

El inspector apagó la pantalla del ordenador, se guardó el móvil en el bolsillo y fue en busca de su compañero.

La lluvia seguía cayendo con fuerza en la plaza que unos días antes había abierto las noticias en todas las cadenas de televisión. Los edificios se difuminaban entre la bruma húmeda y las aceras se hundían bajo los charcos.

El inspector Ryman dirigió un rápido vistazo al lugar mientras atravesaba la plaza a la carrera. Ya no quedaba ni rastro de la sangre que había teñido el suelo. Tan solo el agujero en el pavimento, como un pequeño lago rebosante, se empeñaba en recordar que allí había muerto un hombre.

El vestíbulo del rascacielos TYD recibió a los detectives con una luminosidad inesperada en aquel día oscuro. La fachada de cristal estaba diseñada para permitir el paso libre

de la luz, pero eran las decenas de lámparas de diseño que pendían de un techo de inspiración industrial, a más de diez metros de altura, las que habían tomado el relevo al sol e inundaban de claridad hasta la última superficie del lugar. Todo era blanco: las paredes, el suelo, el techo, las columnas, los sillones que formaban una zona de espera en un rincón y la alfombra que la delimitaba. En la pared opuesta a la entrada, una recepción tan blanca como el resto era el punto de acceso al interior.

Los agentes se dirigieron hacia allí, dejando tras ellos sendas hileras de pisadas húmedas, como las huellas de un dibujo animado. Se identificaron ante uno de los recepcionistas y pidieron ver a Frederick Yates, con quien tenían una cita. El joven confirmó el dato en el ordenador y los dirigió al piso dieciocho.

Se encontraron allí con una segunda recepción de aspecto idéntico a la primera. Repitieron las identificaciones y la petición y aguardaron hasta que, tras unos minutos, una mujer morena, algo pasada de peso, pero alta y atractiva, apareció por un pasillo y les pidió, por favor, que la siguieran.

Saunders fue delante. Devoraba con los ojos las caderas de la mujer, que se bamboleaban sinuosas a cada paso que daba. Daniel se abstuvo de corregirlo, ¿para qué? Su compañero tenía algún tipo de fijación con las mujeres rellenitas y, mientras esa en concreto fuera delante de ellos, no habría manera de hacer que mirara a otro sitio. Se limitó a seguirlos a través de un laberinto de pequeños cubículos, en cada uno de los cuales, una persona hablaba por teléfono o tecleaba en el ordenador. Llegaron a una puerta abierta al fondo de la planta. Cuando la mujer la cruzó sin llamar, entraron tras ella.

El despacho medía al menos cien metros cuadrados. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Delante de estos, un millón de estatuillas, premios y fotografías familiares ocupaban hasta el último centímetro

disponible. La pared del fondo se abría al exterior con un ventanal panorámico que la recorría de lado a lado. Las gotas de lluvia sobre los cristales desdibujaban las líneas de los edificios a sus pies, pero, ni aunque hubiera hecho un buen día, las vistas habrían sido dignas de mención. El despacho no estaba orientado al oeste, donde se habría apreciado el *skyline* característico de la ciudad, sino al este, donde lo único reseñable era el O2 Arena, con la cúpula blanca apenas insinuada entre la lluvia al otro lado de una estación de tren, entre un par de rascacielos y muchas grúas en plena actividad. Daniel dibujó el mapa en su cabeza y calculó que, si se asomaba hacia abajo, tendría la plaza TYD justo a sus pies. Se preguntó si el inquilino del despacho habría estado mirando en el momento de la muerte de su socio. Se preguntó si habría estado esperando ese momento. Delante del ventanal, tras una mesa de roble repleta de papeles, se encontraba el abogado y socio de Thompson, Yates & Davies: Frederick Yates.

Se dirigió hacia ellos con una sonrisa en los labios. Su aspecto parecía sacado del manual del buen millonario: con su traje caro, su pelo bien peinado alrededor de la calva y sus gafas de montura de oro. Pero algo fallaba, y era la persona dentro del papel. Daniel había conocido a hombres de éxito y aquel no se parecía a ninguno de ellos. Carecía de la fuerza, de la seguridad, de la dignidad, por decirlo de alguna manera. Frederick Yates tenía la mirada de quien no sabe bien dónde está ni cómo ha llegado ahí, y teme que los demás lo descubran de un momento a otro.

Se estrecharon las manos entre las rutinarias muestras de pésame. Luego, el abogado sugirió que ocupasen unos sillones de color crema que delimitaban una zona de reunión informal en una esquina del despacho. Les ofreció una taza de té, que Daniel rechazó y Saunders aceptó tan solo —o eso estaba dispuesto a apostar su compañero— para ver a la secretaria pasearse por el despacho un poco más.

—¿Le gustaría que hubiera alguien presente? —Ya que su especialidad era el derecho financiero, Daniel se preguntó si Frederick Yates pediría la asistencia de alguno de sus compañeros para la declaración—. ¿Algún abogado?

—No, prefiero que no.

La secretaria regresó con una bandeja con dos tazas de té, una azucarera, una jarra de leche y un plato con pastas. La depositó sobre la mesita y se marchó, seguida de cerca por los ojos del sargento.

Yates ignoró su taza, no así Saunders, que tomó la suya y se sirvió leche y tres cucharadas de azúcar. El inspector lo miró de reojo, molesto, pero no dijo nada. Colocó los papeles y la grabadora sobre la mesita y pulsó el botón rojo que destacaba en un lateral. Con un lejano ronroneo, el aparato comenzó a registrar sus voces.

—Mi nombre es Daniel Ryman —dijo hacia la grabadora— y soy detective inspector del Departamento de Homicidios y Delitos Graves al cargo de la investigación del caso número 15-586-M. Se encuentra conmigo el detective sargento Martin Saunders y procedemos a realizar la entrevista. Por favor diga su nombre completo y la relación que lo unía con el señor Arthur Reginald Thompson.

Frederick Yates carraspeó para aclararse la voz y se inclinó hacia delante.

—Mi nombre es Frederick Harold Yates. Soy socio fundador de la compañía Thompson, Yates & Davies.

Le temblaba la voz, pero el inspector no se extrañó. La muerte de alguien tan cercano, sobre todo en aquellas circunstancias, debía de haberlo afectado notablemente.

—Gracias, señor Yates. Dígame, no solo era usted socio del señor Thompson, sino también su amigo, ¿verdad?

El hombre dejó caer la mirada.

—Sí. —Sus labios se torcieron en una sonrisa nostálgica que desapareció cuando levantó de nuevo la vista hacia el inspector—. Éramos amigos desde la universidad. Trabajamos

juntos más de treinta años.

—¿Siempre como socios en Thompson, Yates & Davies?

—Sí. Al principio era solo Thompson & Yates, pero sí, siempre en esta empresa. La formamos cuando acabamos los estudios.

La voz del abogado se desvaneció en el aire, y el inspector guardó silencio. El hilo de pensamientos de un hombre en aquella situación era algo que no debía interrumpirse.

—Ha sido horrible —continuó el testigo, con la mirada perdida de nuevo—, no se merecía algo así... Toda esa sangre...

—¿Estaba usted aquí en el momento del crimen?

Yates alzó la vista.

—Aquí, en mi despacho, claro. Mi secretaria se lo puede confirmar, igual que todos los trabajadores de la planta. Tengo que atravesarla si quiero salir de aquí.

Daniel no creía que aquel hombre hubiera realizado el disparo, por supuesto, la pregunta no había sido más que protocolo, pero le sorprendió que el abogado se pusiera a la defensiva de esa manera

—Bien. ¿Qué puede contarme del señor Thompson? Cualquier cosa que se le ocurra.

—Bueno, Arthur es... —Carraspeó—. Quiero decir, él, Anthony y yo somos, o sea, éramos, los tres socios de la empresa. Yo soy el director del departamento legal, Arthur es... —Chasqueó la lengua con exasperación y se corrigió una vez más— *Era* el director del departamento financiero y Anthony es el director de cuentas.

—Se refiere a Anthony Davies, ¿verdad?

—Sí. Exacto.

—Tengo entendido que está en un viaje de negocios en Rusia. ¿Sabe cuándo pretende regresar? Nos interesaría hablar con él.

Yates les dirigió un gesto desvalido.

—No lo sé. Anthony es un poco... No sé, él se rige por sus propias reglas.

Los detectives se miraron.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Yates?

El abogado pareció sorprenderse por la pregunta. Se echó a reír, nervioso, casi asustado.

—Oh, no. No, no, no crean que lo estoy acusando de nada. No, por Dios. Me refería a que él... Bueno, quiero decir que no da explicaciones a nadie, él entra y sale y hace lo mejor por la empresa, pero un poco a su modo. —Se inclinó hacia delante para coger la taza, sopló y bebió un trago. Su expresión delató que debería haber soplado un poco más—. Si desean saber cuándo va a volver, será mejor que se lo pregunten a él directamente. A mí me dijo que regresaría en cuanto cerrara la operación que tiene entre manos.

Daniel observó que Saunders había dejado a un lado la taza y tomaba nota en el cuaderno. Con su letra desbaratada, había escrito las palabras del abogado y había subrayado varias veces la frase «sus propias reglas»

—Señor Yates, ¿se le ocurre cualquier motivo por el que alguien quisiera acabar con su socio?

El abogado sacudió la cabeza.

—No. No.

—Pero un hombre tan poderoso, ¿no tenía ningún enemigo?

—Bueno, sí... —Dio otro trago al té y depositó la taza sobre la mesa, ignorando el platillo que reposaba a un lado—. Pero no para matarlo.

—¿Se le ocurre algún nombre? Nos sería de gran utilidad. ¿Había recibido alguna amenaza? ¿Había algún competidor?

—¿Algún nombre? No, la verdad... No, no sé, tenemos muchos competidores, los negocios son una jungla, ¿no? Quiero decir que eso es lo que se dice, ¿verdad?

Balbuceaba. Su mirada había descendido hasta las

manos, que reposaban entrelazadas sobre el regazo.

—Señor Yates, tengo entendido que el señor Thompson pasaba muchas horas en la oficina, que nunca trabajaba desde casa. De hecho, ni siquiera hemos encontrado un ordenador en su domicilio. ¿Es así?

Yates susurró algo que podría interpretarse como una afirmación. Daniel continuó.

—Quisiéramos acceder al ordenador de su socio.

El abogado se irguió en el asiento.

—Desde luego que no. Hay información confidencial en ese ordenador.

—También puede haber material de interés para la investigación. Puede haber pistas...

—¡Qué tontería! No es más que trabajo. No encontrarían nada.

—Quizás el señor Thom...

—¡No hay nada!

Daniel calló. Desde luego que había algo en el ordenador, algo que ese hombre no quería que vieran bajo ningún concepto y que había logrado sacar la fuerza que no había visto en él al entrar. Si quería saber lo que era, tendría que pedir una orden al fiscal. Tardaría un poco más, pero lo conseguiría.

De cualquier modo, el devenir de la conversación lo inquietaba. Al entrar en el despacho contaba con que el socio de la víctima podría ser el inductor de su asesinato, era algo demasiado habitual como para no tenerlo en cuenta, pero no había esperado encontrar esa actitud en él. Sus nervios no eran propios de alguien culpable, sino de alguien asustado. Lo que había dicho sobre Davies sonó en su cabeza: «se rige por sus propias reglas». Si Davies era culpable y Yates lo sabía, era normal que tuviera miedo.

Buscó en su compañero algún indicio de que pensara igual que él. Saunders estaba bebiendo un trago del té, pero sus ojos negros lo observaban por encima de la taza, y

Daniel supo que ambos estaban en sintonía.

—Señor Yates, lo que me preocupa es el método utilizado para el asesinato.

El abogado parpadeó al escuchar la palabra que el inspector había escogido con premeditación.

—¿Por qué?

—Pues verá, quien lo hiciera no se molestó en hacerlo pasar por un accidente, al contrario. Se trata de un asesinato incuestionable, premeditado, elaborado y ejecutado con profesionalidad. ¿Se ha dado cuenta de los detalles?

El abogado asintió y negó con la cabeza, inseguro de qué era eso en lo que debería haberse fijado.

—Los tres guardaespaldas del señor Thompson han alabado la puntería del tirador —continuó el agente—. Su socio iba acompañado de tres hombres que estaban allí para protegerlo, y, sin embargo, la bala se dirigió al objetivo sin rozar a nadie más, e impactó en el punto exacto para que se desangrase en unos segundos, sin tiempo para decir nada. ¿Ve por donde voy?

Yates inclinó la cabeza. Su rostro había perdido el color y las manos, entrelazadas sobre las piernas, temblaban incontenibles. El inspector pensó que iba se echaría a llorar de un momento a otro, pero no lo hizo, de modo que insistió en su teoría.

—No hubo ninguna intención de disimular el asesinato, señor Yates, y eso solo puede significar una cosa. —El abogado esperó—. Esto es un aviso.

—¿Un aviso?

—Sin ninguna duda. El asesino quería que alguien supiera que había matado al señor Thompson, y sabía que ese alguien sabría quién y por qué lo había hecho. ¿Usted sabe por qué, señor Yates? ¿Sabe quién lo hizo?

Algo en la expresión del hombre cambió, una determinación inesperada en la que Daniel leyó que conocía la identidad del culpable, pero que no conseguiría sacársela

ese día.

—Eso es absurdo. —El abogado pronunció cada sílaba con los ojos fijos en los del inspector—. No voy a permitir que haga insinuaciones sobre mí como si yo fuera sospechoso de lo ocurrido. Tengo decenas de testigos que confirmarán que estaba en mi despacho a la hora del crimen, así que, si quiere acusarme de algo, piénselo dos veces.

—No lo estoy acusando de nada, señor Yates. Tranquilícese.

—No, inspector. Arthur era mi amigo. Mi mejor amigo. Y he tenido que verlo muerto entre mis manos. Usted no sabe lo que es eso. Me he prestado a colaborar con ustedes y he aguantado todas estas preguntas con la intención de ayudar, pero creo que ya no hay nada más que le pueda decir. Así que exijo dar por terminada esta conversación ahora mismo.

Daniel no protestó, la entrevista era voluntaria y, si el testigo quería acabar con ella, no podía hacer nada. Saunders y él recogieron sus cosas y, tras una seca despedida, se dirigieron hacia la puerta. No habían abandonado el despacho cuando oyeron la voz de Yates reclamar de nuevo su atención.

—Detectives. Soy el primer interesado en averiguar quién mató a mi socio. Me encargaré de que tengan acceso al despacho y al ordenador de Arthur.

Dicho esto, se levantó para regresar a su mesa y los detectives se marcharon. Cuando se metieron en el ascensor, el sargento se volvió hacia su compañero.

—Has estado un poco...

Daniel gruñó. Fatal, lo había hecho fatal, había puesto nervioso al entrevistado, le había enseñado sus cartas, lo había forzado a retroceder hasta encerrarse y negarse a hablar. Podría buscar un millón de excusas para explicar su comportamiento, pero sabía que tan solo había una y que su pelo era rojizo y sus ojos verdes. Se abstuvo de mentir a su compañero. Se limitó a compartir con él esa conocida

sensación que notaba en la boca del estómago.

—Sabe algo.

Saunders coincidió.

—Sí, eso me ha parecido a mí también. ¿Piensas que sabe quién lo hizo? No creo que haya sido él. ¿Y tú?

—No, tampoco —dijo—, pero eran amigos de toda la vida y supongo que sabría si estaba metido en algún asunto turbio o si tenía enemigos.

—Pero ¿por qué no decírnoslo?

El inspector negó sin una respuesta clara. Solo había dos motivos para que el abogado les escondiera el nombre del asesino. Uno era que saliera ganando con su muerte.

—Hay que hablar con el departamento financiero. Que averigüen quién se beneficia de la muerte de Thompson. Es un porcentaje muy alto a repartirse entre dos socios.

Saunders ahogó una sonrisa de reconocimiento.

—El motivo más viejo del mundo, el dinero.

El segundo motivo para ocultar información era el miedo.

—No hay duda de que ese tipo sabe mucho más de lo que nos ha dicho. Tenemos que hablar con el tercer socio.

Pensó en ello mientras el ascensor descendía. Anthony Davies, el único que le faltaba por entrevistar, seguía de viaje de negocios por Rusia y aún no se sabía cuándo iba a regresar. No le gustaba que estuviera tan lejos, y menos cuando empezaba a considerarlo el principal sospechoso del asesinato. Tendría que esperar. No solo a que volviera, sino esperar que, en efecto, volviera.

10,
Martes, 24 de mayo – 11:30 h.
The Life Centre, Londres.

La sala principal del gimnasio olía a sudor. La voz del monitor de yoga, aunque suave, reverberaba en las paredes de espejo y transmitía su tono relajado a los últimos minutos de la sesión.

Kathleen tomó aire antes de levantarse del suelo. Una hora antes había entrado en la clase con los músculos agarrotados por una noche sin dormir y con la cabeza llena de problemas que golpeaban entre sí como bolas de billar: los encargos pendientes de Davies y Yates, lo ocurrido con Daniel, el enfado de Jason y su expresión dolida... Ahora que la clase había terminado surgía otro asunto: Deborah. Había conseguido esquivarla llegando tarde al gimnasio, pero ahora su amiga la esperaba en la puerta del aula, sudando, con el tatami enrollado en una mano y la toalla en la otra. No tenía escapatoria. Había visualizado el encuentro de decenas de maneras distintas durante la sesión. Antes de hacerlo realidad se preguntó, por enésima vez, si Daniel les habría contado lo ocurrido.

Se levantó y fue hacia ella. Deborah lucía una sonrisa en la cara que respondió a su pregunta: no sabía nada.

—Te voy a matar —le dijo en cuanto estuvo lo bastante cerca para hablar sin que las demás alumnas que salían de la clase las oyeran.

—¿Qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? ¡No dar señales de vida! Llevo dos días esperando que me llames, ¡y nada! Ni una llamada, ni un mensaje. ¡Me estaba comiendo las uñas!

Kathleen sonrió a regañadientes. Esa era su mejor amiga, ella la había elegido, ahora tendría que cargar con las consecuencias.

—Perdona, Deb, he estado liadísima.

—Ya. Como siempre. Ni siquiera contestaste a mi llamada. —Se llevó el dorso de la mano a la frente y alzó el rostro con una actitud de dolor propia de la mejor actriz del West End. Kathleen rió y su amiga la cogió por el brazo—. Pues ahora vamos a tomarnos un zumo y me lo cuentas todo.

Quiso buscar una excusa, una forma de escapar, pero Deborah no se lo permitió, la arrastró hasta la cafetería del gimnasio y la sentó en una de las mesas junto a la ventana antes de ir a la barra a pedir.

Llovía. El exterior se desdibujaba al otro lado de los cristales: la calle, el tráfico, la gente, serpenteaban por efecto de las gotas que resbalaban hacia el suelo.

Deborah regresó con dos batidos de vitaminas y se sentó ante ella. Sonreía esperanzada, convencida de que iba a escuchar una preciosa historia de amor que incluiría a su cuñado y su mejor amiga, pero no sería así. Kathleen se metió la pajita en la boca y tomó un sorbo de zumo. Buscó fuerzas antes de empezar.

—Deb, tienes que jurarme que no hablarás de esto con Aaron.

Deborah torció el gesto.

—¡Por supuesto que no!

Kathleen le dirigió una mirada suspicaz. Bien sabía ella que su mejor amiga y su marido se lo contaban todo.

—Te lo digo en serio, esto es sobre su hermano, no es cualquier cotilleo.

—¡Que no! Me ofendes, claro que no se lo contaré. Dime

qué tal fue. ¿Tan mal estuvo?

Kathleen suspiró. Ojalá hubiera estado mal, ojalá pudiera decirle que él era un imbécil, que el sexo había sido horrible, que había pasado algo espantoso y no quería volver a verlo. Ojalá pudiera confesar que lo único en lo que pensaba era en él.

Pero como no podía decir nada de eso, le dijo lo único que sí podía.

—No me lo dijiste, Deb.

—¿El qué?

—Que es policía

Deborah la miró con ojos desorbitados y ya no hizo falta decir más. Al conocerse, casi diez años atrás, Kathleen preparaba su primer trabajo en la ciudad y tanto ella como Jason tenían los nervios a flor de piel. Londres estaba lleno de policía. Por todas partes: cámaras de vigilancia, sirenas, coches, agentes uniformados, guardias de seguridad... Deborah no había tardado en darse cuenta de que su nueva amiga se ponía nerviosa cada vez que había un agente cerca, así que le había preguntado por qué. Kathleen recordó entonces algo que había leído: que las mejores mentiras debían tener algo de verdad, de modo que le había contado su mentira dentro de una verdad y, desde entonces, Deborah sabía que a Kathleen no le gustaban las fuerzas del orden.

—Pensé que él te lo había dicho... Siempre está hablando de su trabajo y lo conoces desde hace un montón. Pensé que lo sabías.

Kathleen negó. Ojalá hubiera sido así. Se habría ahorrado ese nudo en el pecho que ahora le impedía respirar.

—Nunca me lo dijo. No me habría acercado a él si lo hubiera sabido.

—Tía... —Deborah se llevó las manos a la cara y se secó los últimos restos de sudor que le humedecían la piel—. ¿No puedes intentarlo?

Kathleen se sintió culpable. Era culpable, en realidad.

Culpable de mentir a su mejor amiga y de arruinar lo que podría haber sido una relación con un hombre increíble.

—No, cielo. Ya conoces la historia.

—Ya, pero... Joder, Dan es un tío genial, ya lo has visto. Y es muy guapo. A veces pienso que me equivoqué de hermano.

Kathleen estalló en una carcajada.

—Ya. Estoy segura de que sí —rió. Ni el hombre más guapo del mundo podría separar a Deborah de Aaron.

Deb le guiñó un ojo y se refugió en su batido. Kathleen la imitó.

—¿Él no le contó nada a Aaron? —preguntó.

Su amiga negó.

—No han hablado. Aaron lo llamó ayer, pero Dan estaba en algo del trabajo y no contestó. ¿Qué pasó?

Kathleen bajó la mirada.

—Encontré su placa por la mañana y...

—¡O sea que llegaste a acostarte con él!

Una sonrisa ilusionada había encendido los ojos de Deborah como si le hubiera tocado la lotería. Kathleen no quería recordar, pero...

—Sí, pasamos la noche en su casa y, por la mañana, vi una foto de su graduación, con el uniforme y todo eso.

—Ah, la foto con los padres y Aaron, ¿no? —Kathleen asintió—. Menudo susto debiste de llevarte.

—No te lo imaginas. Me fui corriendo de allí.

—¿En serio? —Deborah alargó la mano por encima de la mesa y cogió la de su amiga—. Dale una oportunidad, Kat, no es tan grave. Él no es tu...

Kathleen retiró la mano.

—No —dijo, con firmeza—. Sabes que no puedo.

Bebió otro trago de zumo para zanjar la conversación, harta de tantas mentiras y rodeos. Ojalá hubiera podido decir la verdad. Ojalá no hubiera habido una verdad que decir.

Ojalá.

Dos horas después de aquella conversación estaba a punto de enfrentarse a otra igual de desagradable. En cuanto reuniera el valor, por supuesto, para abrir la puerta de la Base. Pero llevaba allí delante diez minutos y no había sido capaz de colocar el pulgar en el lector de huellas.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta.

Inspira... espira...

El día anterior había sido complicado. Pese a descartar que lo ocurrido con Daniel hubiera sido una trampa, el humor de Jason no había mejorado. De hecho, había empeorado con las horas. A media tarde, Kathleen se había marchado a casa en busca de algo de paz, pero ni siquiera allí la había encontrado.

No conseguía quitarse al detective de la cabeza. Sentía una extraña intimidad al pensar que era ella la que ocupaba su pensamiento la mayor parte del día, aunque él no lo supiera. Tras varias horas de frustrante autoflagelación se había quedado dormida y había soñado con él, despertándose a intervalos con la sensación de que estaba a su lado, pensando en dónde estaría, qué estaría haciendo, qué pensaría de ella.

—Venga ya —se recriminó.

Sin permitirse un paso atrás, puso el pulgar en el lector. La raya verde subió y bajó y la puerta de la Base se abrió.

Le sorprendió el silencio. Jason siempre trabajaba con música por lo que, lo primero que pensó al no escucharla, fue que no estaba allí, que se había marchado y la había abandonado para siempre.

Pero se equivocaba. Detrás del ordenador, el informático la saludó con un gesto frío de cabeza. Ella trató de sonreír, fue hacia él y se sentó.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Tu novio ya tiene el informe forense y el de balística, ha interrogado a los guardaespaldas y a Yates y está esperando que Davies vuelva de Moscú, igual que

nosotros.

Kathleen no entró a la provocación que su socio le había tendido. Si quería llamar a Daniel «su novio», adelante, se lo merecía.

—¿Y ha averiguado algo?

—No. Siguen bloqueados, no te preocupes.

Era fácil decirlo, aunque Kathleen sabía que él estaba tan asustado como ella. Y con razón. Si llegaban hasta uno, no tardarían en coger al otro. Sintió que se le erizaba el vello con solo pensarlo. Siempre había querido creer que era ella la que corría el riesgo mientras él permanecía a salvo en la sombra. Era ingenuo, pero la línea que separaba al asesino del cómplice estaba muy clara en su cabeza, mucho más que en la vida real.

—¿Vas a seguir adelante con Davies? —preguntó él, con el tono de voz de quien teme tanto una negativa como todo lo contrario.

Se tomó un segundo para contestar. Quizás había llegado el momento de plantearse la jubilación. Tenía dinero suficiente para vivir el resto de su vida con tranquilidad, al igual que su socio. También disponían de la empresa de seguridad informática que, no solo era legal, sino que además iba muy bien. Tenía treinta y siete años, podría buscarse una nueva vida. A lo mejor, incluso, formar una familia. Llevaba tanto tiempo metida en aquello que nunca se había planteado otra forma de vivir. Lo único de lo que no estaba segura era de si podría acostumbrarse a una vida... normal.

Por otro lado estaban Davies y Yates, y todos los demás que habían caído antes que ellos. Esa gente se merecía lo que les había ocurrido. Aunque nunca llegara a saberse, ella y las personas que la contrataban sí sabían que aquella gente merecía morir, que el mundo era mejor sin ellos. No estaba tan loca como para creerse Dios ni un justiciero ni la mano de la venganza divina, no, solo era una persona que trataba

de utilizar su habilidad lo mejor posible. Por supuesto, además, ganaba un montón de dinero. Justicia, venganza, daba igual, no había nada de malo en ello.

—Sí —respondió—. Seguimos adelante.

Jason no dijo nada. Desbloqueó la pantalla del ordenador y abrió una ventana.

—Tengo tu vía de escape de Queenwood.

La imagen que apareció en primer plano mostraba una furgoneta blanca como tantas otras que recorrían las calles de cualquier ciudad.

—Quint nos la ha conseguido. Tiene matrículas limpias y solo necesita tu visto bueno para rotularla con los logotipos de la Comisión Forestal. Es el mismo modelo que utilizan ellos. No llamará la atención en el arcén de la carretera, por mucho tiempo que esté ahí.

Kathleen no supo qué decir. Las últimas veinticuatro horas había desconectado por completo de la misión, entre el susto y aquel dolor que se le había afianzado en el pecho y que no parecía dispuesto a dejarla olvidar. Pero su compañero, lejos de mantenerse a la espera, había resuelto el problema.

—Dile a Quint que adelante —respondió—. Que la pinte. ¿Para cuándo la tendrá?

Jason pinchó un icono en la pantalla. La fotografía dejó paso al programa de correo electrónico que él mismo había creado y de cuya imposibilidad de rastreo se vanagloriaba a la menor oportunidad.

—Si le damos el visto bueno hoy —leyó en el mensaje enviado por su colaborador—, un par de horas para pintar y un día para el secado. Estaría pasado mañana.

Ella se mostró conforme.

—De acuerdo. Pues abre un canal con Veyron, necesitaré un equipo nuevo.

—¿Nuevo? ¿Por qué? Tienes una docena de fusiles.

—Nunca he disparado desde tan cerca.

—Ya, pero si uno funciona a un kilómetro también funciona a trescientos metros, ¿no?

«Por supuesto», pensó ella, y eso habría zanjado el asunto, pero el caso era que probar armas nuevas era parte del encanto de lo que hacía: descubrirlas, aprender sus trucos y sus secretos, hacerse parte de ellas y hacerlas a ellas parte de sí misma. En cierto modo, eso la hacía sentir como una psicópata y por eso, precisamente, no pensaba decirlo en voz alta.

—Es más seguro usar uno diseñado para esa distancia. Conecta con Veyron.

Jason se giró con una mueca de disgusto y pinchó sobre otro icono en el ordenador. Cuando la pantalla se volvió negra, escribió varias líneas de código en brillantes letras blancas. Luego se trasladó a otro de los ordenadores de la sala y le hizo un gesto a ella para que ocupara el suyo.

—Cuando quieras.

Kathleen arrastró la silla hacia allí. Un guión parpadeaba en la parte superior de la pantalla negra, a la espera de que comenzara a escribir.

—V, soy K. Necesito hablar contigo.

Durante unos minutos no ocurrió nada.

Veyron era un caso distinto al resto de colaboradores. Era un traficante de armas, si es que se le podía aplicar una definición tan vulgar a alguien como él, y era el mejor en lo suyo. Hacía muchos años que trabajaban juntos. Al principio, la relación se había basado en las condiciones estándares de seguridad: un punto de entrega en el que dejar el encargo y una cuenta segura en la que recibir el pago; todo de un modo discreto y anónimo. Pero Jason nunca se había fiado de él y había insistido en hacerle llegar un fichero con algunos datos que había sido capaz de descubrir: su nombre real, su dirección... La respuesta del traficante fue la que menos esperaban: lejos de acobardarse, enfureció.

«Exijo un encuentro en persona si desea que sigamos

trabajando juntos», demandó en un correo electrónico cargado de ira.

Jason nunca se había perdonado aquel error de novato, pero ella aún recordaba con una sonrisa la cara que el traficante había puesto al verla. Convencido de que era una broma, le había costado varias reuniones dejar de dudar de que, en efecto, aquella joven de menos de treinta años era el tirador que le compraba material y que, además, se había atrevido a amenazarlo.

Después de tanto tiempo de colaboración y una sorprendente afinidad que ninguno había sido capaz de prever, se podía decir que Veyron y ella se habían convertido en amigos con cautela.

—Hola K, perdona la tardanza, estaba reunido.

Kathleen se irguió en la silla, arrancando al eje un chillido de protesta, y colocó las manos sobre el teclado.

—Necesito un equipo completo.

—Vaya, y yo que pensaba que me echabas de menos.

Sonrió. Veyron la trataba con profesionalidad, pero también se le insinuaba a la menor oportunidad. Era un tío narcisista y encantador que debía de tratar así a todas las mujeres que conocía, pero eso no lo hacía menos divertido.

—Eso también, V, por supuesto.

—:-) ¿Un equipo completo? ¿Por qué?

Ella le describió la situación: la distancia del objetivo, el espacio abierto, las condiciones acústicas. En definitiva, las necesidades específicas del trabajo.

—Eso es mucho más cerca de lo que estás acostumbrada a tirar —observó él.

—Es una localización complicada. No tengo otra opción.

—Ten cuidado.

No supo qué contestar a eso. Él jamás había mostrado preocupación por ella.

—Sí, mamá —ironizó.

—Jajajajaja. —La pantalla permaneció estática durante

unos segundos hasta que su interlocutor escribió de nuevo—. Está bien, te mandaré un listado con lo que tengo disponible para tus condiciones: rifles, silenciadores y munición. ¿Para cuándo lo necesitas?

—¿Puedes tenerlo mañana? Necesitaré ir a practicar.

—Sin problema. En cuanto me digas con cuál te quedas te lo preparo.

—Genial. Gracias.

La pantalla negra desapareció y el área de trabajo del ordenador de Jason recuperó su aspecto normal, lleno de ventanas y programas abiertos. Veyron había cortado la conexión. Unos minutos después, la bandeja de entrada del correo electrónico recibía el listado prometido.

11,
Martes, 24 de mayo – 10:22 h.
New Scotland Yard. Londres.

El inspector Ryman colgó el teléfono, satisfecho, al terminar de hablar con el sargento Saunders. Frederick Yates había cumplido su promesa y los agentes habían recogido el ordenador de Thompson, así como numeroso material de su despacho, hacía unos minutos. Daniel no tenía dudas de que, si alguna vez había habido cualquier tipo de prueba o información en aquel ordenador, Yates se había asegurado de que fuera eliminada. Pero tampoco dudaba de que los agentes de la unidad forense la encontrarían, así que, al menos, era un sitio por el que empezar.

Un icono en la esquina inferior de la pantalla lo avisó de la llegada de un nuevo correo electrónico. Lo abrió con un atisbo de esperanza, la falta de resultados hasta el momento lo tenía aburrido de esperar. Venía del departamento forense y llevaba un archivo adjunto. Pinchó sobre el icono del clip y esperó a que se descargara.

—¡Por fin! —exclamó al descubrir que se trataba del informe de la trayectoria de la bala.

Pasó las páginas con el ratón a toda prisa. Diagramas, dibujos, cálculos matemáticos... Todo aquello le daba igual, lo revisó sin prestar atención hasta llegar a la parte que le interesaba: una fotografía aérea de la zona que rodeaba la plaza TYD. Un punto negro señalaba el lugar exacto en el que había caído Thompson, y de él partía un triángulo que se

alejaba hacia los edificios al este. La parte más cercana y la más alejada de la plaza estaban trazadas con líneas grises intermitentes y su interior estaba pintado del mismo tono. Eran zonas cuya distancia no se ajustaba a los efectos producidos por el disparo. El área central, en cambio, aparecía coloreada de verde semitransparente. En medio del triángulo truncado, una raya roja partía de la localización de la víctima y se alejaba hasta atravesar un edificio en plena zona verde, el punto más probable de origen del disparo. El inspector chasqueó la lengua cuando localizó el cálculo de la distancia: entre quinientos cincuenta y seiscientos metros. Demasiado poco. El Fantasma trabajaba siempre desde más lejos, pero esa era la estimación oficial. Al revisar el mapa comprendió que tampoco había más alternativas. Detrás del edificio elegido no quedaban construcciones altas, tan solo los muelles y el río. Para compensar la facilidad de la distancia, el Fantasma había elegido una línea de tiro complicada, una que sobrevolaba una calle, pasaba entre medio de edificios y por encima de una estación de tren y un centro comercial. Ese hijo de puta no podía hacer nada fácil.

Bajo la foto, unas líneas de texto resumían el contenido de todo el informe: una dirección, un rango de plantas, unas oficinas, unas ventanas.

Pinchó el botón de imprimir. Por fin tenía algo. Arrancó la hoja de la impresora tan pronto salió el dibujo, y se dirigió a toda prisa al despacho del jefe. Por primera vez desde hacía dos días, iba sonriendo.

Llamó a la puerta, pero, entre el alboroto que se escuchaba al otro lado, no distinguió ninguna palabra con claridad, así que abrió. Sintió que se ahogaba en una cacofonía insoportable. Por un lado, la voz áspera del jefe al teléfono; por otro, la música del móvil insistente sobre la mesa a la espera de que alguien le hiciera caso; en una esquina, un televisor desgranaba por enésima vez los detalles del asesinato en las noticias del mediodía. En medio

del jaleo, el inspector jefe Sullivan le hizo un gesto fatigado para que se sentara.

El detective obedeció y se dedicó a contemplar a su superior. Aunque tenía sesenta y dos años, en aquel momento aparentaba mucho más. Era un hombre de color que siempre había presumido de su cabello, pero en poco tiempo se le había empezado a caer y a teñirse de blanco, a la vez que unas profundas ojeras se convertían en punto de apoyo de las gafas, tras las que los ojos parecían hundirse en un túnel. Reparó en que estaba más delgado y no tuvo ninguna duda de que era consecuencia del caso Thompson. Lamentó verlo así. Llevaba a sus órdenes desde su traslado a aquella unidad y ambos habían forjado una amistad basada en el respeto y la confianza.

—Sí, señor —repitió el jefe a quien estuviera al otro lado del teléfono—. Ya le he dicho a su gente que trabajamos lo más deprisa que podemos... Sí, varios equipos, no puedo hacer más... Créame que estamos... No creo que deba hacerlo aún. Han pasado menos de... Aún no tengo... No pued... Sí, señor. Adiós, señor. Por supuesto.

Colgó el auricular y se llevó las manos a la cara. Aprovechó que el móvil había callado para quitarle el sonido. Ya que estaba, apagó también el televisor con el mando a distancia. El silencio se extendió por el despacho y los ruidos propios del departamento, ahogados al otro lado de la puerta, ejercieron un efecto relajante.

—Dime que tienes algo —rogó al agente, casi en una súplica—, llevo así cuatro días sin parar.

El inspector Ryman se inclinó sobre la mesa para colocar ante su superior la hoja con el mapa impreso. Aquel la apartó a un lado.

—Vete más despacio —dijo—. Hazme un resumen de lo que hay hasta ahora.

Daniel resopló y se acomodó de nuevo en la silla. Detalló, uno a uno, los pocos avances que tenían, tratando

de no dejarse nada por el camino.

—El viernes pasado Arthur R. Thompson, socio fundador de Thompson, Yates & Davies, fue abatido por un disparo de francotirador al salir a la calle para dirigirse a la limusina que lo esperaba en la plaza, como siempre. —Arqueó las cejas hacia el jefe y este asintió; había entendido la insinuación—. La bala es un calibre .308 que le reventó la arteria femoral y le provocó la muerte desangrado en pocos minutos, durante los cuales no dijo nada de utilidad. El proyectil quedó demasiado destrozado para poder compararlo con otros casos, y el calibre es demasiado común para limitar la búsqueda del rifle, pero su rango de efectividad nos orienta en que el tirador estaba a menos de ochocientos metros de distancia. —El jefe Sullivan no dijo nada, así que el inspector continuó—. Davies, uno de los socios, está en Moscú, asegura que va a volver, pero aún no ha dicho cuándo. Saunders y yo tomamos declaración al tercero, Frederick H. Yates. Resultó interesante, por decirlo de alguna manera. Nos pareció que estaba bastante asustado y que sabía más de lo que contaba. Le apreté un poco las tuercas, pero, por el momento, no he conseguido nada aparte de que accediera a proporcionarnos el ordenador de Thompson, que ya está en el departamento forense.

Iba a continuar con el resumen, pero calló al ver la alarma en los ojos del jefe.

—¿Cómo que has presionado a Yates? ¿Qué has hecho?

El inspector parpadeó sin entender.

—No he hecho nada, señor, sabe algo.

—De acuerdo, puede ser, pero estos hombres son muy poderosos, no podemos convertirlos en enemigos hasta que tengamos pruebas concluyentes. No te imaginas las presiones que estoy teniendo con este caso y las personas involucradas. Investígalo, pero no lo molestes. Si la idea es que el asesino fue un profesional...

—Sin duda.

El jefe cogió una taza de café que reposaba sobre la esquina de la mesa. Era una taza sencilla que sus hijos le habían regalado por el treinta aniversario en el cuerpo. Era blanca y lucía la frase «Mejor policía del mundo». Las letras estaban descoloridas y el borde se había descascarillado en algunos puntos, pero no se había separado de ella en todo aquel tiempo.

—¿Fue el Fantasma? —Por encima de la taza, unos ojos expectantes se clavaron en su subordinado.

—Eso me temo.

Con un suspiro, el jefe tomó un trago del café. Sobre la marcha escupió el líquido de vuelta al interior de la taza y se limpió la boca con un gesto de repulsión.

—Joder, esta mierda esta fría, ¿desde cuándo está esto aquí? —Soltó la taza sobre el platillo y algunas gotas de café salpicaron la mesa. Una de ellas mojó una esquina de la hoja que el inspector había llevado. El jefe la cogió y la puso ante él.

—Vale, ¿qué estoy viendo?

Daniel se inclinó sobre la mesa para tener mejor visión del mapa.

—Este es el plano de la trayectoria del disparo. Me acaba de llegar de los forenses. Esta es la plaza TYD y este cono representa la dirección de... —Señaló con un dedo sobre el dibujo, pero se dio cuenta de que su superior lo miraba con una ceja levantada. Le estaba hablando como si fuera un novato. Se calló. El jefe estudió el mapa durante unos minutos.

—Es un tiro difícil —resumió tras ese tiempo—. La bala tuvo que pasar entre el rascacielos y este otro edificio de aquí. El centro comercial, la estación... ¿Por qué demonios se fue tan lejos?

—Porque puede.

El jefe levantó la vista del plano. Sí. El Fantasma podía irse tan lejos y más, mucho más, ya lo habían visto antes.

Cuanto más lejos, mayor seguridad para escapar. Quizá lo raro era que lo hubiera hecho tan cerca.

—¿Y por qué tan abajo?

Daniel se inclinó de nuevo hacia el mapa, sin entender la pregunta. El jefe señaló el rango de plantas que marcaba el informe. Según los forenses, el tirador había disparado desde una planta entre la doce y la quince, pero el edificio era un rascacielos de más de treinta, así que ¿por qué tan abajo?

Sin una respuesta, el inspector aprovechó el momento para hacer su solicitud.

—Necesito un equipo para visitar el edificio.

El jefe asintió con la cabeza.

—Manda a Saunders, que organice un equipo con algunos de la forense y que vayan para allá.

—¿Saunders? —replicó, a un tiempo extrañado y molesto—. ¿Por qué Saunders? Deje que vaya yo.

—Olvídate. —Un gesto seco de la mano cortó su protesta de raíz—. Esta tarde tenemos una reunión con los jefazos.

—¿Qué? ¿Para qué demonios organizan otra reunión? Aún no hay nada que...

—¡Lo sé! Lo sé de sobra, pero son órdenes de arriba. Quieren estar al día de cada paso que damos y exigen que los mantenga informados.

—Pero señor, eso puede hacerlo...

—¡He dicho que no, inspector! —El jefe Sullivan nunca los llamaba por los cargos, pero, cuando lo hacía, los detectives sabían que se había terminado la discusión, como una madre que los llamara por el nombre completo. Sabían que habían hecho algo malo y que los habían pillado. El jefe levantó los dedos de la mano para enumerar—: He hablado tres veces con el despacho del alcalde, dos con el ministro del interior, e incluso se han interesado desde la casa real. Por si fuera poco, aún no podemos entregar el cadáver a la

familia y amenazan con denunciarnos y con ir a la prensa. Este Thompson era un pez gordo, joder, era una puta ballena jorobada. Todo el mundo pide un culpable ya y necesito que vean que mis mejores hombres están en esto. Manda a quien quieras a ver el edificio, a revisarlo de arriba abajo si te da la gana, pero te necesito aquí esta tarde.

—Estaré aquí, se lo prometo. Déjeme ir para allá, echar un vistazo y vendré a la hora que usted diga.

El jefe suspiró cansado, pero sus ojos se desviaron al reloj que colgaba sobre la puerta. Era temprano, faltaban varias horas para la reunión. El inspector tendría tiempo de revisar algunas oficinas, hacerse una idea de las posibilidades que ofrecía el lugar, las vías de escape, cámaras de seguridad...

—De acuerdo —accedió, al fin—. Te quiero aquí a las seis.

Daniel se levantó de un salto. La silla que había ocupado hasta entonces cayó al suelo víctima de su ansiedad.

—¡Gracias! Aquí estaré, no lo dude —exclamó mientras la levantaba. A continuación añadió, a punto ya de salir por la puerta—: Por cierto... las ballenas no son peces.

El jefe entornó los ojos sin entender a qué se refería. Cuando lo hizo, fingió enfurecerse y lanzó un bolígrafo que Daniel esquivó cerrando la puerta.

—¡Largo de aquí! —Lo oyó gritar desde el otro lado—. ¡Y más te vale que encuentres algo!

Bellmouth Promenade East era una calle oscura a quinientos setenta metros del lugar donde había caído el cuerpo sin vida de Arthur R. Thompson, rodeada de rascacielos amenazadores que parecían vigilar a quienes la recorrían, que se sentían intimidados por la majestuosidad de las moles de cristal y acero que se desdibujaban entre la lluvia.

Antes de bajar del coche, Daniel dirigió la vista hacia arriba, pero las gotas en el cristal no le permitieron ver lo que necesitaba. Bajó la ventanilla, ignorando el agua que le salpicó el rostro y las piernas, y, entonces sí, contó las plantas hasta llegar a la doce. Doce, trece, catorce y quince eran las que los forenses habían señalado como más probables. El jefe se había preguntado por qué el Fantasma había elegido aquellas en vez de decantarse por otras más altas, y ahora él también sentía la necesidad de entenderlo. El dibujo propuesto formaba una cuadrícula de ocho ventanas en cada una de las plantas. Una de ellas era su objetivo, en una de ellas esperaba encontrar la respuesta.

Devolvió la mirada a la calle y lo que vio lo hizo sonreír sin reparo. Descendió del coche. La lluvia lo golpeó en la cara con una bienvenida fría y lo obligó a subirse el cuello de la chaqueta.

Saunders lo siguió. Del vehículo que los había acompañado, y que aguardaba estacionado tras ellos, salieron cuatro agentes más, dos uniformados y dos de civil. El sargento siguió la mirada de su compañero y sonrió igual que aquel había hecho.

A escasos metros de su posición, al pie del edificio, un cordón amarillo de seguridad delimitaba una zona de unos treinta metros cuadrados que ocupaba la acera y parte de la calle. En el interior se reunía una buena colección de maquinaria de obra: martillos hidráulicos, compactadoras y otros engendros mecánicos cuya utilidad los agentes desconocían. Las máquinas permanecían en silencio, en medio de un descanso. Unos metros más allá, cinco obreros se refugiaban de la lluvia sentados en el suelo bajo la cubierta de la entrada del edificio.

Los detectives se acercaron con las placas en las manos. Las miradas curiosas de los trabajadores se volvieron en su dirección. Uno de ellos, un grandullón con una espalda el doble de ancha que la de cualquiera de los agentes, se

levantó, tiró un cigarrillo al suelo y se limpió las manos en el pantalón.

—Soy Mario Hernández —se presentó—, el encargado de la obra. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Señor Hernández, soy el inspector Ryman y este es el sargento Saunders, de la policía metropolitana. ¿Cuánto tiempo lleva esta obra en marcha?

—Algo más de tres semanas —respondió, sin molestarse en disimular el tono hastiado de su voz—. ¿Es por el ruido? Varios compañeros suyos han venido ya. Tenemos todos los permisos en regla.

—¿Hacen mucho ruido?

Hernández puso los ojos en blanco al tiempo que asentía con la cabeza, en un balanceo que al inspector le recordó a esos perros de plástico que la gente colocaba en el coche.

—Un horror, pero no puede hacerse de otra forma, hemos tenido que agujerear el suelo para acceder a las tuberías que...

—Señor Hernández, perdone que lo interrumpa. ¿Estaban trabajando el día veinte sobre las cuatro y media de la tarde?

—El veinte... —El encargado se quitó el casco para rascarse la cabeza, calva, mientras trataba de recordar la fecha—. Sí, el viernes, ¿verdad? Solo paramos los domingos. ¿Es por el asesinato? Ese que ha salido en las noticias.

Hernández señaló hacia la plaza TYD. Desde allí apenas se intuía el hueco vacío al final de North Colonnade st., casi seiscientos metros más abajo.

—¿Estaba usted aquí ese día? ¿Vio u oyó algo?

—No, nada fuera de lo normal. Miles de pijos dando vueltas, lo de siempre.

—¿Nada que se pareciera a una detonación o un disparo?

—Mucho me temo que, con el ruido que arman estas

máquinas, podrían haber disparado un cañón y no lo habríamos oído. Además, todos llevamos auriculares de protección. —Para demostrarlo, señaló los auriculares que había dejado en el suelo, junto a los restos de su bocadillo.

Daniel le agradeció la ayuda. Había esperado una respuesta como esa. De hecho, esa respuesta en apariencia vacía le había dado toda la información que necesitaba.

Hizo un gesto al equipo y se dirigieron a la entrada. Saunders miró con envidia a los grupos de fumadores que se apiñaban junto a la puerta, pero Daniel no quiso ni oír hablar de una pausa para un cigarro, sobre todo porque él también se moría por uno. El cuerpo le suplicaba que lo dejara entregarse a uno de esos palitos de relajación artificial que su cabeza tanto necesitaba en ese momento. Pero no iba a caer. No. Iba. A caer.

La recepción era moderna y llena de cristales. La luz entraba desde la calle sin encontrar obstáculos y lo inundaba todo. En cierta medida, recordaba al edificio de la TYD, por lo que Daniel se preguntó si ahora todos los rascacielos se construían igual.

Un mostrador se extendía a lo largo del vestíbulo. Dos mujeres ocupaban sendos asientos tras él, pero nadie se dirigía a ellas. Charlaban la una con la otra.

Los detectives les enseñaron las placas. Ellas las observaron con curiosidad antes de levantarse de las sillas.

—¿Estaban ustedes aquí el día veinte sobre las cuatro y media de la tarde? —preguntó el inspector.

Ambas asintieron al unísono.

—Sí, señor, las dos tenemos el turno de tarde. Salimos a las ocho.

La que había hablado, guapa, de pelo moreno y poco más de treinta años, lo miró a los ojos al insinuar la hora de salida. Él ahogó una sonrisa amarga, la chica no tenía nada que hacer al lado de Kathleen. Vaya, había aguantado un par de horas sin pensar en ella. Era un nuevo récord.

—¿Recuerdan haber visto algo extraño? ¿Algo que les llamara la atención? Cualquier cosa.

Las dos negaron con la cabeza.

—Para acceder al edificio, ¿hay que pasar por aquí? — prosiguió—. Quiero decir, ¿hay que presentarse ante vosotras?

—No, que va —respondió la otra, una rubia algo rellenita con aspecto nórdico a la que Saunders miraba con evidente interés, que además parecía recíproco—. Nosotras solo estamos por si alguien no sabe dónde está una oficina o necesita algo, pero la gente entra y sale cuando quiere.

El inspector levantó la vista hacia el techo. Tal y como esperaba, localizó varias cámaras de seguridad instaladas en las esquinas.

—¿Funcionan las cámaras?

—Sí, desde luego —respondió la morena.

—Necesitamos las imágenes.

La joven rubia cogió el teléfono del mostrador. Tras intercambiar unas palabras con alguien al otro lado de la línea, colgó para dirigirse de nuevo a los agentes.

—Alguien de seguridad las traerá en seguida.

—Bien.

El inspector se alegró de que no le hubieran pedido una orden judicial para entregárselas. Al fin, alguien que no se creía el protagonista de una serie policíaca de televisión.

—Vendré a buscarlas cuando acabemos —se ofreció el sargento.

Daniel no dijo nada, si su compañero quería volver a ver a la rubia, por él estaba bien. Que aprovechara él que podía, que no tenía una mujer metida en la cabeza arañándole cada neurona

—Vamos a subir.

Organizó a las seis personas que lo acompañaban en dos equipos, uno liderado por Saunders y otro por él mismo. Cada uno lo formaría un agente y un miembro del equipo

forense, que se encargaría de tomar muestras y buscar pruebas en las oficinas sospechosas. Asignó dos plantas a cada grupo y se dirigieron a los ascensores.

Su equipo lo constituían un joven agente de origen árabe cuya placa rezaba L. Nejem y la agente del equipo forense, una mujer de color llamada Berenice que se había mantenido algo alejada del resto, sin decir una sola palabra, en todo el rato que llevaban allí.

Les correspondían los pisos catorce y quince. Lo lógico era comenzar por el catorce, ya que el superior era el último de la lista y, por lo tanto, el menos probable dada la dificultad del ángulo de tiro, pero, justo por eso, Daniel decidió empezar por él. Si había algo que le gustaba al Fantasma era hacer las cosas difíciles, de modo que se dejó guiar por su instinto y llevó el ascensor hasta aquella planta.

Las puertas se abrieron a un pasillo de paredes blancas, enmoquetado con una alfombra gris que absorbía sus pasos. A cada lado, una hilera de puertas de madera oscura custodiaban las empresas, en su mayoría financieras según los rótulos que adornaban la entrada de cada una. No habían dado ni tres pasos cuando la obra de la calle retomó su actividad. Incluso allí dentro el ruido de la maquinaria era apreciable. Daniel volvió a sonreír.

El agente Nejem y él se dividieron el pasillo. El inspector llamaría a las puertas cuyas ventanas formaban parte de la cuadrícula sospechosa. El agente se encargaría del resto, tras las que alguien podría haber visto u oído algo extraño. La silenciosa agente Berenice permanecería en el pasillo a la espera de que alguno de los dos necesitara sus servicios para la recolección de pruebas.

Uno por uno, el inspector Ryman fue preguntando a los inquilinos de las oficinas si estas se encontraban ocupadas el día y a la hora del asesinato. Casi todas mantenían jornadas laborales continuas, algunas, hasta bien entrada la noche, por lo que no habían quedado vacías en ningún momento. En

aquellos casos, preguntaba si alguien había visto algo extraño o si habían oído algo similar a una detonación, pero la respuesta siempre era la misma.

—Con este ruido —contestaban al tiempo que señalaban hacia las ventanas— es imposible oír nada.

Era cierto, si en el pasillo el ruido de la obra era notable, dentro de las oficinas resultaba atronador. El detective se preguntó cómo lo aguantarían los que trabajaban en las primeras plantas, y entonces entendió por qué el Fantasma no se había ido más arriba. El ruido había encubierto la detonación, pero en las plantas superiores no habría funcionado igual de bien. Qué cabrón más listo.

Encontró tres oficinas que estaban vacías el día del crimen. En los tres casos, Berenice las revisó en busca de pruebas: recogió muestras de pelo, polvo, pisadas y cualquier otra cosa que encontró. También sacó fotos del lugar y de las vistas que habría tenido un hipotético tirador hacia la plaza.

Mientras ella trabajaba, el inspector retiraba al ocupante de la oficina a un lado para hacerle sus preguntas: si había notado algo extraño al día siguiente al crimen, si creía que alguien podría haber entrado en la oficina...

Nadie había notado nada raro, nadie había visto nada, nadie había oído nada.

—No, inspector, le aseguro que aquí no ha entrado nadie. Todo está como siempre, no se ha movido nada...

El inquilino al que entrevistaba en ese momento era un hombre de mediana edad mal afeitado, con la camisa arrugada, que olía a sudor y tabaco, y que trataba de ocultar las clareas de la cabeza peinándose el pelo grasiento hacia un lado. Era un asesor financiero que se encontraba en una reunión con un cliente en la tarde del crimen. Como no tenía empleados, había cerrado el despacho al salir.

Tras comprobar que Berenice había terminado con la ventana, Daniel la abrió en un vano intento de limpiar la estancia del olor agrio del hombre. La lluvia lo obligó a

mantenerla más cerrada de lo que le hubiera gustado.

El cielo se había venido abajo sobre la ciudad, casi negro en el horizonte. La lluvia caía sin cesar y difuminaba cualquier cosa a más de cien metros de distancia, pero las vistas hacia la plaza eran las mejores que había encontrado. El corredor que formaba la calle ofrecía visibilidad directa sobre ella. Además, al encontrarse en un piso quince, pasaba por encima de cualquier obstáculo como carteles, semáforos y señales; y evitaba la posibilidad de aparecer en las cámaras de seguridad o las de tráfico.

Pese a la distancia que lo separaba de la calle, el ruido que provocaba la obra todavía tenía fuerza suficiente para disimular cualquier otro. Quizás un disparo habría sonado más alto, pero se habría enmascarado a la perfección en el estruendo constante. Más aún, si el tirador había utilizado un silenciador, lo que era muy probable.

Se arrodilló a fin de observar la ventana.

—¿Has encontrado algo aquí? —preguntó a su compañera.

Berenice le entregó un paquetito con cuatro o cinco tarjetas de captura de huellas digitales. Estaban unidas por un elástico y una etiqueta que las identificaba como «Huellas ventana piso 15 oficina 48». El inspector asintió complacido, había huellas en la ventana, eso estaba bien, aunque lo más probable era que pertenecieran al asesor. El resto de la zona, en cambio, parecía limpia.

—Demasiado limpia —murmuró al fijarse en el suelo.

Al igual que el inquilino de la oficina, todo a su alrededor lucía una pátina de dejadez. La ventana estaba sucia y los muebles necesitaban una limpieza urgente. Incluso el suelo tenía una fina capa de polvo acumulado. Todo, menos el recuadro bajo la ventana. Ahí el parqué estaba limpio. Las gotas de lluvia que se habían colado al abrir brillaban sobre una superficie inmaculada.

Daniel miró a su alrededor. Sobre una butaca de cuero

se veían restos blanquecinos del polvo para huellas que su compañera había utilizado. Tras confirmar con ella que había terminado allí también, arrastró el asiento hasta la ventana. Le dio unas palmadas para limpiarlo, se sentó y confirmó que el ángulo de tiro era perfecto, aunque aún habría necesitado un mueble sobre el que apoyar el fusil, pues el marco resultaba demasiado expuesto hacia la calle. Sus ojos se posaron en una mesita redonda de madera. No era muy grande, pero sí lo suficiente para apoyar el bípode de un arma. Retiró la lámpara que había sobre ella y reorganizó la disposición de los muebles, situándola entre la butaca y la ventana. El asesor lo miraba intrigado pero mudo.

Daniel imitó la posición que habría adoptado el tirador. La altura y el ángulo parecían perfectos. Se giró hacia Berenice. Ella negó con la cabeza, una vez más sin palabras; no había encontrado nada en la mesa. Tampoco polvo ni suciedad, por lo que el inspector pudo observar. Aquella mesa y el cuadrado de suelo a sus pies eran lo único limpio en el despacho.

—¿Ha limpiado esto últimamente? —preguntó.

El asesor negó sin molestarse en justificar la suciedad. Daniel se alegró. Si él no había sido, otro lo había hecho.

Mientras Berenice buscaba más huellas, él terminó con el interrogatorio de rutina. Escuchó las respuestas y tomó nota de todo, pero su mente ya estaba en otro sitio. Era aquel despacho. Lo sabía. Solo esperó que, por una vez, el Fantasma hubiera cometido algún error.

12,
Miércoles, 25 de mayo – 16:41 h.
Regent Street. Londres

Kathleen ignoró las concurridas mesas de la terraza y accedió al local. A pesar de que el reloj ni siquiera marcaba las cinco, su localización en pleno centro de la ciudad garantizaba que el elegante pub victoriano en el que solía encontrarse con Veyron estuviera lleno de gente todos los días y a cualquier hora. Por eso tuvo que aguardar varios minutos en la barra hasta conseguir que uno de los camareros, vestido de negro riguroso, la atendiera. Mientras daba el primer trago a su pinta de cerveza Landlord, recorrió el lugar con la mirada en busca de una mesa libre. No había ninguna a la vista, así que se quedó de pie.

Era un lugar precioso, no se podía negar, aunque también demasiado recargado para su gusto. Cientos de espejos grabados recubrían las paredes por encima de un friso de caoba a media altura, que se repetía a lo largo del techo y bajo la barra. La cálida luz de las lámparas victorianas, encendidas sin importar la hora y reflejada en todos los espejos, poco podía hacer para reducir la oscuridad de las maderas, que convertía el pub en un sitio lóbrego aunque acogedor.

Una pareja de turistas, cargados de bolsas de *souvenirs* con la bandera británica multiplicada en cada centímetro, desalojaron una mesa alta en una esquina. Kathleen se dirigió hacia allí y ocupó uno de los taburetes que habían

dejado libres. Era una mesa perfecta para sus necesidades. La esquina la protegía por la espalda, la puerta se abría a la calle a pocos metros de distancia y los espejos de las paredes le permitían controlar cada recoveco del lugar de un simple vistazo.

Los clientes habituales y los turistas, clones de los que acababan de marcharse, entraban y salían en busca de mesas libres, tanto en el interior como en la agradable terraza exterior, tan disputada por los fumadores y por cualquiera en los días sin lluvia, como aquel. El bullicio de tanto movimiento proporcionaba al local un ambiente festivo. Le gustaba aquel sitio. Quedar allí la hacía sentirse como una persona normal.

Pero no lo era, de modo que, mientras esperaba, aprovechó para revisar con disimulo el inhibidor de frecuencias que llevaba en el bolso. El parpadeo rítmico del led verde le confirmó que estaba encendido. Durante el rato que estuviera allí, los clientes del bar tendrían que pasar sin móvil. Con una sonrisa juguetona, volvió a ocultar el pequeño aparato negro en el fondo del bolso.

Aquella era la única protección que tomaba cuando quedaba con su proveedor de armas. Ambos habían estado de acuerdo desde el principio en que aquel pub era el lugar ideal para sus encuentros: se situaba en el centro de la ciudad y la afluencia de público les garantizaba que ningún cuerpo de seguridad se atrevería a un ataque frontal. De modo que quedaban, se tomaban unas cervezas, charlaban un rato y, cuando se separaban, intercambiaban sus mochilas. Todo muy inocente.

Cuando lo que compraba era demasiado grande, como iba a ocurrir ese día, acompañaba a su distribuidor hasta un garaje cercano donde ambos poseían sendas plazas de aparcamiento. Allí hacían el traspaso de un vehículo al otro, pero ni siquiera entonces prescindían de la reunión en el pub. Si era sincera, debía admitir que le gustaba verse con él

de vez en cuando, aunque solo fueran unos minutos. Y sabía que a él también le gustaba. Le había confesado tiempo atrás que ella era la única a la que servía los pedidos en persona.

Un movimiento junto a la puerta le hizo girar la cabeza a tiempo para verlo entrar, con su sonrisa arrolladora atrayendo la mirada de todas las clientas. Como siempre, sonrió al pensar en lo poco que encajaba aquel hombre con la idea preconcebida de un traficante de armas.

Veyron, que había adoptado el nombre en honor al coche que conducía y que era la niña de sus ojos, tenía esa edad indeterminada entre los cuarenta y los cincuenta en la que ya no era un chico, pero aún aparentaba demasiado joven para que lo llamaran señor. Era vanidoso y potenciaba su atractivo mediante el cuidado de su vestimenta hasta el último detalle, como en aquel momento, con unos vaqueros de diseño y una chaqueta de cuero negra que debía de costar más de mil libras.

Se quitó las gafas de sol y se pasó la mano por el pelo. El corte impecable a la última moda se deshizo entre sus dedos para regresar a su sitio en cuanto estos se lo permitieron.

Pidió una Shankar IPA en la barra, como siempre, y escudriñó el local en busca de su cita mientras esperaba a que se la sirvieran. Una sonrisa traviesa le iluminó la cara cuando la localizó.

Se saludaron con un beso en la mejilla. El recién llegado se quitó la chaqueta y la colgó con cuidado de un gancho de la pared. Llevaba una camisa negra de mangas largas, que recogió hasta los codos.

—Cuanto tiempo sin verte —dijo—, estás guapísima.

Kathleen trató de apartar la mirada de su sonrisa.

—¿Has podido conseguir lo que te pedí? —preguntó, directa al grano.

Él miró a su alrededor mientras tomaba un trago, ella lo imitó. Nadie parecía prestarles atención y el bullicio

dificultaba cualquier escucha.

—¿Te he fallado alguna vez? —respondió él con un guiño embaucador—. Soy un profesional.

—Lo sé.

—No hubo problema, tranquila. —Sonrió—. Escucha...

Kathleen se reclinó sobre la mesa para oírlo con claridad. Durante unos segundos, él clavó la mirada en ella, a pocos centímetros de distancia, con aquellos ojos azules casi blancos y la media sonrisa cautivadora que era capaz de poner.

—Escucha —repitió—, no sueles trabajar a tan corta distancia, te he incluido un silenciador, como pediste, pero sabes que no ocultará la detonación por completo.

Ella se sorprendió.

—Claro que lo sé, ¿quién te crees que...?

—Ya, ya —replicó él con un gesto pacificador—. Ya sé que eres una profesional, pero no quiero que te creas más segura de lo que vas a estar.

Kathleen esbozó una sonrisa en un intento de tranquilizarlo. Él se echó a reír.

—Lo sé, sabes lo que haces —se disculpó—, pero mis contactos en Scotland Yard me han dicho que el Fantasma actuó hace unos días.

Ella bebió un trago de cerveza y desvió la mirada. Nunca le había confesado que ella fuera el Fantasma, pero era evidente que lo había deducido por sí mismo. No era la primera vez que hacía referencia a su personaje.

—Parece que la cosa está revuelta en la central —continuó él—. Tienen a todos los equipos en el caso y un nuevo trabajo suyo, tan seguido, podría llamar demasiado la atención.

Ella bebió otro trago. Se estaba terminando la cerveza a un ritmo vertiginoso, pero la conversación empezaba a inquietarla y quería acabar cuanto antes. Su alarma interior, que sonaba sospechosamente parecida a la voz de Jason,

insinuó la posibilidad de que Veyron la hubiera traicionado. Resultaba inconcebible, él tenía tanto que perder como ella, o incluso más, pero nunca antes se había mostrado tan serio ni tan preguntón.

—No sé de qué me estás hablando.

Él desdibujó la sonrisa que curvaba sus labios.

—Solo quiero que tengas cuidado, ¿de acuerdo? No me trates como a un imbécil. Tú lo sabes todo de mí y sabes que yo, al menos, sé quién eres. Espero que no desconfíes a estas alturas. Lo único que te digo es que tengas cuidado, que en Scotland Yard tienen a varios equipos investigando tu trabajo. *Tu* trabajo.

Ella apartó la mirada. El vaso de cerveza estaba casi vacío. Unas líneas paralelas en el cristal mostraban las trazas que la espuma había dibujado a medida que el líquido descendía. Kathleen siguió el trazado de aquellas huellas con la uña, cualquier cosa para no mirar a su interlocutor.

—No te preocupes por mí. Lo tengo controlado.

—¿Tienes a alguien dentro?

Nunca le había hablado de Jason, así que se limitó a sonreír.

—Algo parecido. —Bebió el último trago y se levantó—. ¿Vamos?

Veyron asintió y, los dos juntos, abandonaron el local.

La lluvia había decidido darle un respiro a la ciudad. Había salido el sol y el contraste con el interior los obligó a detenerse junto a la puerta, mientras sus ojos se acostumbraban a la claridad y ambos se ocultaban tras gafas oscuras.

Centenares de personas recorrían la calle Argyll, a un paso de Oxford Circus, punto neurálgico de la zona comercial y exponente del bullicio londinense por excelencia. Sin embargo, no era diversión ni relax lo que se veía en ellas, sino puro nerviosismo. Apuntaban con sus teléfonos móviles y tabletas hacia el cielo, en busca de una cobertura que no

encontrarían hasta que ella anulara el inhibidor de frecuencias. Metió la mano en el bolso para fingir que comprobaba su propio teléfono y desactivó el dispositivo. El led verde se apagó. El siglo XXI recuperaba su autoridad y los adictos a las nuevas tecnologías podían respirar de nuevo.

Emprendieron la marcha.

Kathleen observó de reojo a su colaborador de camino al aparcamiento. Veyron caminaba como si el mundo le perteneciera: relajado, consciente de que atraía las miradas de casi todas las mujeres con las que se cruzaba. En cierto modo, esa notoriedad lo hacía parecer menos sospechoso. No pudo evitar compararlo con Daniel. Ambos eran atractivos, pero no se parecían en nada. La seguridad, el desparpajo y la prepotencia de Veyron contrastaban con la seriedad y la resolución de Daniel, que aun cuando reía parecía tener la cabeza llena de problemas a resolver. Daniel. No podía dejar de pensar en él. Le bastaba con cerrar los ojos para ver su rostro suspendido encima del de ella, los ojos semicerrados, la sonrisa cuando se vertió en su interior. Aún sentía el peso de su cuerpo desnudo. No podía calcular cuántas veces había imaginado que llamaba a Deborah para preguntarle por él, para pedirle su teléfono. En su mente se disculpaba por haber huido de aquella manera y se besaban y se abrazaban... ¿Se habría enamorado de él? La idea era tan ridícula que le daba ganas de reír, a pesar de lo cual lo buscó en cada rostro de la calle. Él vivía a poca distancia de allí, no era descabellado que se encontraran. ¿O sí? Sí, estaría trabajando. Se preguntó qué haría en ese momento. Buscarla, claro, aunque no en el sentido en que a ella le hubiera gustado. No lo vio. Ninguno de aquellos transeúntes era él. Lo que sí vio fue la entrada al aparcamiento.

Había un gran revuelo montado en la rampa de acceso: las barreras de seguridad estaban levantadas y dos vigilantes privados regulaban el tráfico con escasa habilidad. En el

interior de la garita, cuatro personas discutían a gritos alrededor de un ordenador que golpeaban de vez en cuando, a ver si había suerte y la violencia solucionaba el error que parpadeaba en la pantalla.

Veyron miró a su acompañante con un gesto divertido.

—Qué curioso —murmuró—. Siempre que venimos a este aparcamiento hay algún problema con los ordenadores.

Kathleen reprimió una sonrisa reveladora. Ya se encargaba ella de que hubiera un problema con los ordenadores, de que no quedara constancia de los coches que entraban o salían y de que tampoco funcionaran las cámaras de seguridad. Bueno, ella no, ya se encargaba Jason de eso.

—Sí que es curioso.

Sin ninguna diplomacia, Veyron estalló en una carcajada que, sin embargo, cortó de raíz unos segundos después.

—Deberías saber que compré esta plaza concreta en este aparcamiento porque tiene una cámara de vigilancia que enfoca a mi coche.

Fue Kathleen la que rió.

—Eh, que yo no tengo nada que ver. —Veyron la miró como quien se ahorra la respuesta que acude a sus labios—. Además, cada vez que fallan las cámaras envían a un vigilante a tu coche, no vaya a ser que alguien roce el Veyron.

Fingió una vocecilla despectiva y canturreante, pero la expresión de su colaborador indicó que no le hacía ninguna gracia aquella posibilidad.

—Más les vale.

Apretó el paso y Kathleen lo siguió hasta la zona restringida para las plazas en propiedad. Unos puestos a la derecha del Toyota, el morro imponente del Bugatti reflejaba sobre la carrocería negra las luces fluorescentes del techo. Ante él había tres personas que lo admiraban y le sacaban

fotografías con el móvil, restallando destellos del flash por toda la planta. Justo detrás de ellos se erguía, con cara de tipo duro, el agente de seguridad que vigilaba el bólido. Kathleen reprimió un gruñido de protesta. Era lo que menos apreciaba de su socio: todo aquello de lo que gustaba rodearse era un permanente cartel publicitario que atraía la atención sobre sí mismo.

—Odio tu coche, V —lo sermoneó ella.

Él se rió.

—No es verdad, te pone cachonda.

Ella lo miró con el rostro desencajado, pero no pudo responder. Quizá tuviera un poco de razón, pero no lo iba a admitir. Le dio la espalda para dirigirse a su discreto Toyota.

El maletero se abrió con el característico sonido hidráulico. En la penumbra interior descubrió el perfil rectilíneo de un maletín negro, plano y alargado, y una mochila. Miró a su alrededor. No había nadie en toda la planta excepto los tres admiradores, que ya se alejaban del coche de su amigo, y el guardia de seguridad, que se alejaba en dirección contraria, feliz con el fajo de billetes que Veyron le había dado en agradecimiento. Los tres pitidos de la alarma del Bugatti reverberaron en el silencio. Abrió el maletín. Dentro estaba el rifle que había pedido, separado por piezas: la mira, el bípode y el silenciador. Encajadas como un puzzle infantil en los huecos recortados en la espuma gris. Kathleen cerró el maletín y abrió la mochila. Dentro se amontonaban cinco cajas de munición.

—¿Todo bien?

Veyron había regresado a su lado. Ella asintió. Nunca había averiguado de qué manera se las arreglaba para hacer el intercambio mientras estaban en el pub. Suponía que algún colaborador abría ambos vehículos y traspasaba el arma y el dinero de uno a otro, pero jamás había visto señal de que le hubieran forzado el maletero, y aún le extrañaba más que su distribuidor permitiese que alguien le tocara el

coche. En cualquier caso, daba igual, el trueque estaba hecho y todo era correcto.

Él la miró a los ojos.

—Ten mucho cuidado —repitió.

Ella no respondió. Se limitó a esbozar una sonrisa despreocupada que estaba lejos de reflejar lo que sentía en realidad.

—Lo tendré.

Le guiñó un ojo y se metió en el coche. No supo por qué había hecho eso último y se sintió algo avergonzada, pero no tenía tiempo para preocuparse; llevaba un rifle, un silenciador y cinco cajas de munición en el maletero. Debía salir de allí lo más rápido posible.

Arrancó el vehículo y, tras mostrar la tarjeta de propietaria a uno de los vigilantes que controlaban la salida, se incorporó al tráfico.

No necesitó ver a Jason de cerca para saber que algo había ocurrido. Su socio tampoco esperó a que le preguntara. En cuanto ella cruzó la Base hasta llegar a su lado, giró la pantalla del ordenador y señaló algo con artificiosidad. Se trataba de un calendario blanco, manchado aquí y allá por recuadros de colores. Kathleen supo lo que veía antes de que el informático se lo explicara.

—Davies regresa mañana —resumió él—. Ha organizado una partida de golf para el viernes por la tarde.

Kathleen asintió. El viernes, su objetivo estaría muerto.

13,
Miércoles, 25 de mayo – 17:32 h.
New Scotland Yard. Londres.

La sala 13 del departamento Multimedia de Scotland Yard tenía las luces apagadas, pero las pantallas de televisión que recubrían la pared iluminaban los rostros de los tres agentes con un resplandor blanquecino y parpadeante que los hacía parecer fantasmas en la penumbra.

Las pantallas no emitían sonido alguno. Lo único que se escuchaba en la estancia era el repiqueteo de dedos en los teclados y el lejano murmullo del aire acondicionado.

El inspector Ryman se detuvo junto a la puerta. Un cartel prohibía el uso de teléfonos móviles en la sala, así que apagó el suyo mientras observaba el interior. Contó una docena de pantallas, divididas en tres bloques de cuatro a lo largo de la pared. Entre las grabaciones que reproducían identificó imágenes de la plaza TYD y los edificios cercanos a la escena del crimen de Arthur R. Thompson, pero también otras calles aledañas y primeros planos de ventanas y puertas. Ante cada bloque de pantallas, un agente permanecía atento a la reproducción y tomaba notas en un ordenador. Cada una revelaba la existencia de algo sospechoso: una persona que podría ocultar un rifle o que actuaba de manera inusual. Eran cientos de anotaciones.

Daniel luchó contra la sensación de que aquello no serviría de nada y buscó el edificio sospechoso entre las grabaciones. Lo encontró en el bloque de la derecha.

La pantalla reproducía la grabación de una cámara de tráfico. Habían realizado un *zoom* sobre la ventana en la que suponían que había estado el tirador, pero se encontraba demasiado lejos y el resultado era deficiente. Pese a los filtros y efectos aplicados, la imagen apenas se distinguía la ventana cerrada del despacho del asesor al que había interrogado el día antes. En la parte baja de la pantalla, el código de tiempo corría a toda velocidad.

—Buenos días.

El agente que revisaba aquel bloque detuvo la reproducción y se volvió. La grabación se reflejaba en los cristales de sus gafas.

—¡Ah, inspector! Iba a llamarlo dentro de un momento.

Los reflejos y la oscuridad no le habían permitido distinguir su rostro, pero identificó la voz del agente Joseph Hilles, a quien ya conocía de otros casos. El agente le ofreció la mano y Daniel se la estrechó. Estaba fría.

—¿Qué ocurre? ¿Ha encontrado algo?

Tuvo la esperanza de que hubieran grabado al Fantasma, pero Hilles negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, se trata de las grabaciones del edificio desde el que creen que se realizó el disparo, las del circuito cerrado de seguridad.

El tono del agente no auguraba nada bueno. Daniel se apoyó contra la pared a la espera de la mala noticia.

—¿Qué ocurre con ellas?

—No tienen nada grabado.

Para demostrárselo, el agente pulsó un botón en el reproductor. En uno de los televisores del mural, los dos rectángulos verticales de *pause* se convirtieron en el triángulo del *play* y el ruido blanco se apropió de la pantalla. Daniel esperó a que apareciera algo, pero la nieve continuó cayendo infinita sobre el fondo negro.

—¿Qué es esto?

—Es lo que hay en los archivos. Desde las 00:00:00

horas hasta las 23:59:59. Nada. Bueno, en realidad sí hay material grabado: esto. Veinticuatro horas de ruido blanco en todos los canales.

—¿Y eso qué significa?

El agente trató de buscar una explicación plausible que satisficiera a su superior.

—Bueno, lo más lógico es pensar que las cámaras no funcionaban, pero sería demasiado evidente, los vigilantes lo habrían visto en los monitores y habrían detenido la grabación. Como no lo hicieron, supongo que ellos sí veían las imágenes, pero estas no llegaban al ordenador. Lo único que puedo imaginar es que se configuró la grabación para un canal equivocado.

El inspector asintió mientras asimilaba lo que acababa de oír. Era imposible que un error de aquel calibre ocurriera por casualidad, pero, si tenía razón, significaba que el Fantasma contaba con ayuda interna.

—¿Cree que eso puede pasar de forma accidental, o el asesino tenía un cómplice dentro?

El agente Hilles negó con rotundidad.

—Accidental no puede ser. Yo diría que lo hizo alguien de dentro. O, a lo mejor, alguien que se infiltrara en el servidor desde fuera.

Daniel sintió un nudo en la garganta. No había tenido en cuenta esa posibilidad.

—¿Un hacker?

—Por ejemplo, sí. No es difícil acceder a circuitos de vigilancia como estos.

—¿Quedaría algún rastro?

—No lo creo, aunque los informáticos se lo dirán mejor que yo.

El inspector suspiró con resignación.

—Y las imágenes que recogían las cámaras se perdían para siempre sin que nadie se diese cuenta.

Hilles movió la cabeza de arriba abajo .

—Nadie se habría dado cuenta si no hubiésemos pedido las grabaciones.

Daniel ocultó la cara entre las manos y ahogó en ellas un bufido de frustración. Aquello ya era demasiado. Por si no le bastaba con ser un asesino de élite, el Fantasma también resultaba ser un hacker. El lado bueno era que aquello confirmaba el edificio como punto de origen del disparo.

—He supuesto que, aunque no tengamos las imágenes, es una buena señal —prosiguió el agente, poniendo voz a los pensamientos del inspector—. Así que estoy revisando las grabaciones de las cámaras que enfocaban al edificio. Por desgracia, la única que cubre las plantas que nos interesan es esta que estaba revisando ahora mismo, y está demasiado lejos.

—¿No hay ninguna que enfoque la puerta?

—Sí, esta de aquí.

El agente se dirigió a otra pantalla y pidió al compañero que se encontraba ante ella que le permitiera ver la base de datos de anotaciones. El listado estaba estructurado en cuatro columnas: en la primera, el número de la anotación; en la segunda, un código de ocho dígitos que indicaba el tiempo y el fotograma en el que aparecía la persona sospechosa; en la tercera, una breve descripción de la misma: hombre o mujer, joven o viejo, rubio o moreno...; en la cuarta columna se detallaba el motivo por el que resultaba sospechosa. En general, se debía a que llevaba una maleta grande en la que podría ocultar un rifle o que caminaba demasiado deprisa o demasiado despacio... Todas las anotaciones eran parecidas y sumaban más de trescientas.

—¿Cuánto tiempo cubre esta lista?

—Desde las cero horas hasta las quince treinta y cinco —respondió el agente, tras consultar el código de la última anotación.

—Está bien. —Eran demasiadas personas, demasiadas anotaciones, demasiadas horas—. Trate de identificar a los

que estaban allí en el momento del crimen. Los que entraron y se fueron antes nos dan igual. Verifique que todos los que entran, salen. Si encontramos a alguien que no salió o que no haya constancia de su entrada, podría ser que usara un disfraz o se cambiara de ropa para despistar. ¿Me sigue?

El agente asintió con la expresión de quien escucha a otro decirle cómo debe hacer su trabajo.

—Desde luego, señor. Ahora mismo.

Daniel regresó junto al agente Hilles y ocupó una silla libre a su lado. La pantalla se mantenía inmóvil en la ventana cerrada, tanto que, si no fuera porque el código de tiempo no cesaba de avanzar, el inspector habría pensado que la imagen estaba detenida. Pero, entonces, el panel de cristal se levantó.

Los dos policías se incorporaron sobre sus asientos como uno solo. El agente Hilles detuvo la imagen. Con una pequeña rueda horizontal, retrocedió la grabación fotograma a fotograma y la volvió a reproducir. Pese a la mala calidad de la misma no había lugar a dudas, la ventana se abría.

—¿A qué hora es esto? —preguntó Daniel.

—A las 13:18:47. —El agente señaló el código, que se había detenido en el segundo exacto.

El inspector se dirigió a la salida a toda velocidad, pero, una vez en el pasillo, frenó en seco y retrocedió hasta asomarse de nuevo al interior de la sala.

—Avíseme de a qué hora se cierra. E intente enfocar el interior, a ver si conseguimos distinguir quién hay ahí.

—Sí, señor.

Ya corría en dirección al ascensor cuando se acordó de darle las gracias a gritos.

Regresó a su mesa y repasó el testimonio del asesor que ocupaba el despacho de la ventana. Pasó las hojas de la transcripción hacia delante y atrás en el ordenador hasta encontrar lo que buscaba. El testigo declaraba haber salido de la oficina alrededor del mediodía, pero en ningún

momento mencionaba la ventana.

Buscó el número de teléfono en el informe y lo llamó. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa mientras el timbre se repetía al otro lado de la línea. Al cuarto toque, el asesor contestó.

—Conrad Branneth ¿Diga?

—Soy el inspector Ryman, de Scotland Yard —se identificó—. Hablé ayer con usted en su oficina. Necesito hacerle una pregunta más.

—Por supuesto, inspector. Dígame.

Parecía encantado de atenderlo. Daniel supuso que no tenía mucho trabajo.

—Solo una cosa. Se lo pregunté ayer, pero necesito que me conteste con exactitud. El día veinte, ¿a qué hora abandonó usted la oficina?

Al otro lado del auricular se hizo el silencio. Daniel pudo escuchar el ruido de papeles junto al teléfono.

—La reunión a la que fui era a la una y media —contestó, al fin—. Así que debí de salir sobre las doce y media. Recuerdo que fui a comer y luego a la cita con mi cliente.

—¿Está usted absolutamente seguro de eso?

—Pues no, absolutamente no...

—¿Puede ser que se fuera más tarde, pasada la una?

—No, no, tan tarde seguro que no, ya le digo que fui a comer antes de la reunión.

—¿Recuerda a qué hora volvió?

—Ya no volví por el despacho. La reunión se alargó bastante y, al terminar, me fui a casa.

El inspector cerró los ojos e hizo un gesto victorioso con el puño. Si el Fantasma había cerrado la ventana antes de irse, tendrían el detalle de sus horarios.

—Una última cosa, ¿recuerda si dejó la ventana abierta?

—¿La ventana? —Una vez más, la línea quedó en silencio mientras el asesor hacía memoria. Cuando volvió a

hablar, su voz sonaba satisfecha de haberlo logrado—. Ahora que lo dice, al día siguiente... Juraría que fue ese día... Sí, yo diría que sí... Al llegar a la oficina vi que estaba abierta y que había entrado la lluvia por la noche. Gracias a Dios no había hecho ningún destrozo, aunque tuve que fregar el suelo. Pensé que la había dejado así, pero me extrañó, la verdad, no suelo dejarla abierta cuando me voy. Por la lluvia, precisamente. Esto es Londres, ¿no?

—¿Limpió usted la zona de la ventana? —La alegría que el inspector había sentido se transformó en unas ganas irreprimibles de golpear aquella cabeza grasienta con el teléfono que tenía entre las manos—. Me dijo que no había limpiado recientemente.

—Supongo que lo olvidé, lo lamento. Lo he recordado al nombrar la ventana. ¿Es importante?

—No. Muchas gracias por su colaboración. Si recuerda algo más, no dude en llamarnos.

Colgó el teléfono con un fuerte golpe y una maldición. El compañero de la mesa más cercana lo miró sorprendido, pero Daniel lo ignoró. Lo había limpiado él. Se había cargado todas las pruebas si es que había llegado a quedar alguna. ¡Qué suerte tenía el puto Fantasma! Porque ahora estaba seguro de que el asesino había disparado desde aquella misma oficina. Se preguntó si dejar la ventana abierta había sido un error o un acto premeditado con la esperanza de que ocurriese precisamente aquello.

Llamó al agente Hilles.

—La ventana no se cierra —contestó este, antes de que Daniel llegara siquiera a preguntar—, y ya voy por las siete de la tarde.

El inspector asintió, aunque su interlocutor no pudiera verlo.

—Sí, lo sé, no se preocupe. El dueño del despacho me ha confirmado que encontró la ventana abierta al día siguiente. —El agente no contestó. Daniel aguardó mientras

se recuperaba de la decepción y organizaba sus ideas—. Dedíquese al interior de la oficina, a ver si puede limpiar un poco la imagen.

—Sí, señor, pero... Verá, he revisado a cámara lenta el momento del disparo, con unos minutos de margen, por si acaso y... No hay fogonazo.

Daniel cerró los ojos. Un arma de fuego emitía un fogonazo al disparar, un reflejo de la explosión que se producía en su interior. Algunos silenciadores podían ocultarlo, y daba por hecho que el Fantasma había utilizado uno, pero también podía ser que estuviera equivocado y no hubiera disparado desde allí.

—Intente ver si se puede distinguir algo en el interior, movimiento o lo que sea.

—Sí, señor.

—Y que sus compañeros reduzcan la búsqueda a las horas previas a que se abriera la ventana y justo después del crimen.

—Sí, señor. Están en ello.

Daniel colgó el teléfono y se llevó las manos a la nuca, dejó caer la cabeza hacia atrás y resopló con frustración. Se acercaba, pero el Fantasma continuaba esquivándolo.

El teléfono de la mesa del inspector volvió a sonar dos horas después. Como había hecho las veces anteriores, este contestó con la esperanza de que fueran noticias de Hilles. En cambio, fue una voz femenina la que lo saludó.

—Inspector Ryman, soy la agente Williams, de Delitos Económicos.

Daniel trató de identificar el nombre en su memoria, pero no lo consiguió. Revisó sus notas a toda prisa hasta localizar un dato: Anthony Pearmann. Era el hombre con el que Thompson iba a reunirse el día del crimen, un cliente de la TYD y, según el hijo de Thompson, un amigo.

—¿Se trata del informe sobre la empresa del señor Pearmann?

—No, señor, ese informe fue entregado hace dos días si no me equivoco. —La agente Williams sonaba confusa. El traqueteo de las teclas de un ordenador reveló que estaba comprobando el dato. Daniel se preguntó a quién le habrían entregado ese informe y por qué él no había tenido noticias. Tras unos segundos, la agente Williams volvió a hablar—. Sí, exacto, el propio señor Pearmann nos ofreció toda su colaboración y nos permitió el acceso a las bases de datos, pero está limpio. Las últimas declaraciones de la empresa daban unos amplios beneficios y no encontramos ningún apunte sospechoso en la contabilidad.

—¿A quién le entregaron ese informe?.

De nuevo el sonido de un teclado precedió a la respuesta.

—El sargento Martin Saunders lo recogió en persona.

Daniel sintió que una profunda arruga se le dibujaba en el entrecejo. ¿Saunders? ¿Por qué no le había dicho nada? En cualquier caso, si el informe Pearmann no era el motivo de la llamada, ¿cuál era?

—¿Entonces? ¿En qué puedo ayudarla?

—Es posible que sea yo la que puede ayudarlo, señor. Es sobre los archivos recuperados del ordenador de Arthur Thompson.

Daniel se irguió en la silla, con toda su atención volcada, ahora sí, en el teléfono.

—¿Qué archivos?

La agente Williams titubeó.

—¿Qué...? Inspector, esta mañana nos remitieron unos archivos que alguien había intentado borrar del ordenador de la víctima y que habían sido recuperados por los informáticos.

—¿Esta mañana? —Nadie le había dicho nada sobre eso. Empezaba a tener la sensación de que el caso se movía a sus

espaldas—. ¿Quién se los envió?

—Pues... —Por tercera vez, el sonido de unas teclas llenó el silencio mientras la agente buscaba la respuesta—. La agente Jennifer Crewe, de la Unidad de Delitos Informáticos. Por orden del sargento Saunders.

¿Saunders? Otra vez él. Daniel tomó aire para intentar acallar la vocecilla incómoda de su cabeza, para concentrarse en lo que aquella mujer intentaba decirle.

—Está bien, discúlpeme, agente Williams. Les enviaron unos archivos, ¿por qué a ustedes?

Ella sonó más relajada cuando volvió a hablar.

—Porque se trata de documentos contables e información financiera. Nos los enviaron por si podíamos sacar algo de interés.

Daniel cogió un bolígrafo y abrió el cuadernillo negro, con la esperanza de que la conversación le proporcionara algo útil.

—De acuerdo. ¿Y había algo relevante?

—Bueno, como sabrá, la empresa de Thompson es una de las agencias de inversión más importantes del país, pero, por supuesto, no es la única. Una de sus competidoras es Chapman Trust ¿Le suena?

—Pues...

No le sonaba de nada en absoluto, pero realizó una búsqueda en el ordenador por si el nombre había aparecido durante la investigación. La agente continuó hablando.

—No se preocupe, ya no es lo que era. Fue una compañía muy grande, pero desde hace unos años se ha venido abajo. Aunque todavía tiene algunos clientes importantes que la mantienen a flote y, sobre todo, una muy buena reputación.

—Vale, siga.

La búsqueda no devolvió ningún resultado. Daniel no tenía ni idea de adónde quería ir a parar la agente Williams con aquella historia, pero se preparó para cualquier cosa.

—Hemos encontrado pruebas entre esos archivos que apuntan a que Thompson, Yates y Davies llevaban tiempo intentando comprar Chapman Trust a un precio muy por debajo de su valor.

—¿Y?

—Verá, Chapman Trust es una empresa familiar creada a mediados del siglo diecinueve. Hoy la lleva Peter Chapman, el tataranieto de su fundador, junto a un consejo de accionistas. Y no están dispuestos a venderla a ningún precio, por muy mal que les vayan las cosas en este momento.

—¿Insinúa que mataron a Thompson para no vender la empresa? Si no querían venderla, ¿dónde estaba el problema?

Había visto motivos peores, mucho peores, pero aquel no le terminaba de encajar.

—No, no me refiero a eso. Además de toda la información económica, encontramos unos correos intercambiados durante meses entre Thompson y sus socios, y también con Peter Chapman. Estos mensajes habían sido eliminados del programa de correo, pero los técnicos consiguieron recuperarlos.

—Bien, vale, y ¿qué ponen?

Daniel repiqueteó con los dedos contra la mesa. ¿Por qué se iba por las ramas? Le daba igual de dónde hubieran salido los mensajes: el programa de correo, el disco duro, el buzón de su casa o el sombrero de un mago. Lo mismo daba mientras contuvieran algo significativo.

—Dan a entender que los medios que utilizaban para presionar a Chapman no eran del todo... ¿cómo decir? Limpios.

—Explíquese.

Recuperó el bolígrafo que había dejado a un lado y comenzó a tomar notas a toda prisa: Chapman Trust, Peter Chapman, venta, negativa, métodos sucios... Escribía tan

rápido que su letra era casi incomprensible. Se dijo que tendría que pasarlo a limpio en el ordenador antes de que se le olvidara cualquier detalle.

Al otro lado del teléfono, la agente Williams tomó aire ruidosamente.

—Verá, hace tres semanas uno de los principales accionistas de Chapman Trust, Leonard Jenkins, fue asaltado en plena calle. Le robaron el maletín, el móvil... bueno, todo. Los asaltantes fueron bastante violentos y lleva desde entonces ingresado en el hospital. —Sin dejar de escribir, el inspector negaba con la cabeza. Aquel no era su departamento, no recordaba haber oído la noticia, aunque, claro, bastante tenía con lo suyo. Ella siguió—: El caso es que, dos días después del ataque, Peter Chapman envió un correo a Thompson. Estaba furioso y lo amenazaba varias veces «por lo que has hecho», «esto no quedará así», «te vas a arrepentir»...

—¿Chapman creía que el ataque a su socio había sido cosa de Thompson?

—Parece bastante seguro de ello, sí, y está muy...

—Cabreado.

—Eso me pareció. En cuanto termine con todo el material le haré llegar el informe definitivo. Estoy redactando también un resumen de la situación económica de las dos empresas para que se haga una idea de la magnitud de la operación. Lo que TYD ofrecía por Chapman Trust era ridículo y...

—Envíeme los correos ya, por favor.

—Sí, señor.

Daniel colgó el teléfono y repasó las notas en la libreta. Peter Chapman, Chapman Trust. Tendría que hablar con él, averiguar si lo que se leía entre líneas en aquellos mensajes era verdad. Pero antes debía enterarse de qué había pasado en realidad con su socio. Abrió la intranet en el ordenador y buscó el nombre, Leonard Jenkins, bajo el epígrafe de robos

y asaltos con violencia. El informe de la denuncia apareció en la pantalla, pero el inspector no encontró nada de interés en él, aparte de lo que ya le había dicho la agente Williams. Todo apuntaba a un asalto como tantos otros: un grupo de cuatro hombres había abordado a la pareja a la salida del teatro, les habían robado todo lo que llevaban encima y, de paso, le habían dado una paliza al pobre Leonard. Demasiado fuerte, quizá, para lo que era habitual. Le habían roto tres costillas, un brazo y la mandíbula. Según la esposa, ya les habían entregado todo y la paliza no venía a cuento. También decía que sus gritos habían hecho huir a los asaltantes, si bien eso el inspector lo dudaba. En cualquier caso, el señor Jenkins no había nombrado a Arthur Thompson ni a ninguno de sus socios en la declaración posterior. ¿Por qué demonios Peter Chapman sí los culpaba? Tendría que preguntárselo a él.

Llamó a la centralita y solicitó que lo pasaran con la oficina de Peter Chapman, de Chapman Trust. Unos minutos después, el teléfono sonó y el inspector levantó el auricular antes de que finalizase el primer timbrado.

—¿Inspector Ryman? —Era el mismo agente de la centralita con el que había hablado un instante antes—. Tengo en la línea a la secretaria del señor Chapman, pero parece ser que este lleva fuera de la ciudad unos días.

Daniel chasqueó la lengua, suspicaz. Estar fuera de la ciudad era una coartada innecesaria pero oportuna.

—Gracias, pásame con ella de todos modos. —Un crujido al otro lado del teléfono le avisó de que se había establecido la conexión—. Soy el detective inspector Daniel Ryman, de Scotland Yard —se identificó.

—Buenos días, inspector Ryman. Lamento informarlo de que el señor Chapman se encuentra fuera de la ciudad.

—Necesito hablar en persona con él lo antes posible. Su declaración es requerida para una investigación en curso.

—Sí, señor, lo único que puedo hacer es comentárselo al

señor Chapman para que trate de regresar en cuanto pueda.

—¿Dónde se encuentra, exactamente?

—Está en París, señor.

París. Eso no estaba lejos. Si la investigación terminaba acusándolo, Francia colaboraría en la extradición. Algo era algo.

—Está bien —dijo—, apunte mi teléfono y dígame que se ponga en contacto conmigo tan rápido como sea posible.

Tras dictarle el número a la chica, que lo repitió concienzuda para confirmar que lo había tomado bien, colgó y revisó las notas que había garabateado a toda prisa. Aún no habían encontrado un motivo para el asesinato de Thompson, y aquel parecía un buen comienzo. Algo exagerado, desde luego. Matar a un hombre para evitar tener que vender una empresa era llegar demasiado lejos, y además no respondía a otras preguntas, como la forma en que Yates había hablado de Davies. Desde el primer momento había sospechado del socio más joven de la TYD y la irrupción de un nuevo jugador en el tablero le descuadraba la partida. Aunque quizá Davies estuviera compinchado con Chapman y matar a Thompson fuera beneficioso para todos. Quizá también para Yates. Quizá todos estaban unidos contra el gran hombre

Odiaba el mundo de los negocios. La delincuencia común siempre había sido más sencilla.

Por si fuera poco, otro nombre acudió a su mente: Saunders. No lo había avisado de lo del informe Pearmann ni de que se hubiesen localizado aquellos archivos en el ordenador de Thompson. Cogió el móvil y descubrió que lo tenía apagado. Lo había desconectado en la sala de multimedia y no se había acordado de encenderlo de nuevo. Llamó a su compañero desde el teléfono fijo mientras el móvil se encendía. La llamada sonó tres veces antes de que aquel contestara. Su voz sonaba exultante cuando lo hizo.

—¡Dan! —gritó—. Estaba a punto de llamarte. Acabo de

hablar con la secretaria de Davies. Vuelve a la ciudad mañana por la tarde.

Daniel reprimió un grito de satisfacción. Por fin las cosas empezaban a moverse. Sin embargo, la misma voz recelosa de antes lo mantuvo con los pies en la tierra un instante más.

—¿Por qué has hablado tú con ella?

—¿Qué? Pues... En centralita intentaron pasarte la llamada, pero comunicabas y tenías el móvil desconectado, así que me la pasaron a mí. —Saunders sonaba confuso—. ¿Por qué?

El móvil, que acababa de encenderse, empezó a pitar con los tonos de llamadas perdidas y mensajes en el contestador. El inspector negó con vergüenza.

—Por nada.

—Ya he quedado con Davies para que venga en cuanto llegue a la ciudad. —Daniel no contestó. Se sentía como un imbécil, pero no conseguía alegrarse tanto como debía. Su compañero se lo notó en la voz— ¿Estás bien?

—Sí. Genial. Mañana hablaremos con él. A ver si parece tan asustado como Yates.

14,
Jueves, 26 de mayo – 11:14 h.
Bedfordshire.

Inspira... espira... inspira... espira...

La hierba sobre la que se encontraba tumbada estaba mojada después de horas de lluvia constante, fría y dolorosa. Las gotas emitían un golpeteo apagado al caer sobre sus ropas. Una piedra que sobresalía entre un montoncillo de tierra se le clavaba bajo las costillas y una hoja que había volado desde alguna parte había acabado enredada entre su pelo.

Inspira... espira...

Si Kathleen no hubiera estado tan concentrada, la habría notado. Habría notado la hoja en el pelo, la piedra bajo las costillas, la lluvia constante y la hierba mojada. Pero no sentía nada. Tenía los codos apoyados en el suelo y las piernas extendidas, entreabiertas. La mano izquierda sujetaba el cuerpo del rifle, la derecha descansaba en el gatillo y el ojo en la mira telescópica.

Inspira...

Acomodó el dedo. El guante de kevlar evitaba que resbalara por efecto del agua. Otra ventaja.

Espira...

Por décima vez en lo que iba de día, disparó. El silenciador amortiguó gran parte del sonido, pero, aun así, el estampido hizo volar a un grupo de pájaros que la habían estado observando, refugiados de la lluvia bajo las ramas de

un árbol cercano. Kathleen buscó el punto de impacto con la mira telescópica. El tocón de madera reseca que había elegido como objetivo tenía cinco ramas retorcidas un minuto antes, ahora solo tenía cuatro.

Exhaló una larga bocanada de aire. Se sentía ridícula disparando a un objetivo tan cercano. Comprobó el medidor de distancia y los números volvieron a señalar los trescientos cincuenta y tres metros que habían marcado las dos veces anteriores. Estaba bien.

Giró el cerrojo del fusil para cargar una nueva bala. Buscó la segunda rama del tocón. Esta tenía a su vez otro brote, muy fino, que mediría unos diez centímetros de largo. Lo situó en el centro de la retícula.

Inspira... espira...

El brote desapareció en el aire.

Volvió a cargar y apuntó a la rama.

Inspira... espira...

Adiós rama.

Un instante después que el suyo, el estallido de un segundo disparo sonó a cierta distancia. Kathleen levantó la cabeza. No era raro que se oyeran tiros en aquel lugar, pues era una zona habitual para la caza del ciervo, aunque la veda no estuviera abierta todavía. Podría tratarse de furtivos o de aficionados que practicaban el tiro al blanco. No le apetecía encontrarse con ninguno de los dos. Querrían acercarse, entablar conversación sobre los rifles, las piezas, lo que fuera. No. No quería ningún tipo de contacto.

Cargó el rifle, apuntó de nuevo al tocón y disparó con la esperanza de que el cazador que estuviera por allí oyera el tiro y buscara otra zona.

Ya solo le quedaban dos ramas.

Realizó dos disparos seguidos, sin tiempo para respirar, y ambas desaparecieron.

Suspiró, con una irritante sensación de apatía. Trescientos cincuenta y tres metros. Qué asco.

Desplazó el cañón en busca de un nuevo objetivo que se encontrara a la misma distancia, pero un movimiento entre los árboles la hizo detener el barrido.

—¿Qué demonios...?

Era un ciervo. Oculto entre el follaje, rumiaba algo en la boca con la cabeza girada hacia ella, mirándola fijamente, como si supiera que estaba allí a pesar de la bruma y la distancia que los separaba.

Lo observó a través de la mira. Era un macho adulto de pelo parduzco, aunque ya había perdido las astas a esas alturas del año y parecía desnudo sin ellas. Los músculos se le marcaban majestuosos bajo el pelaje y los ojos, negros y brillantes, parecían poder atravesarla.

Un nuevo disparo resonó en la profundidad del bosque. El ciervo se giró sobresaltado, pero no se movió. ¿Qué demonios estaba haciendo? Kathleen cargó el fusil y disparó.

El ciervo desapareció.

Movió el cañón a un lado y a otro hasta encontrar, en el rastro de unas ramas en movimiento, el lugar por donde el animal había huido. Entonces respiró con alivio.

El anochecer había hecho arreciar la lluvia aún más. Entre cada pasada del limpiaparabrisas veía las luces de los faros reflejadas en la superficie mojada de la carretera.

«¿Es que no va a dejar de llover nunca?», pensó. El día anterior había salido el sol, un mero espejismo antes de que empezara a diluviar de nuevo. La primavera estaba resultando insoportable. Sobre todo, después de un día frío y perdido como el que había pasado. No estaba de humor para lluvia ni para nada.

Aparcó el jeep en el garaje y sacó del maletero el equipo que había llevado consigo. Se moría de ganas de darse una ducha, cenar algo e irse a dormir. Estaba cansada, aterida y hambrienta, pero las cosas debían llevar un orden.

Se bañó con agua caliente, tanto como pudo soportar, tanto tiempo como las responsabilidades pendientes le permitieron. Después, se envolvió el pelo en una toalla y se vistió en un baño difuminado bajo una densa niebla de vapor de agua. Salió. Recuperó el rifle que había dejado en el dormitorio y, acompañada por Puck y Sabriel, que saltaban ansiosos a su alrededor después de no haberla visto en todo el día, se dirigió a la biblioteca y accionó la puerta secreta de acceso a la Base.

—Ahora vengo —les prometió. Luego cerró y desapareció por la escalera que descendía a las profundidades de la casa.

Jason estaba ante el ordenador, pero parecía aburrido. Con los brazos cruzados contra el pecho y el cuerpo recostado sobre el respaldo, giraba el asiento a un lado y a otro al ritmo de la música de Alter Bridge que atronaba por los altavoces.

Al percatarse de su presencia, el informático apagó la música y se incorporó en la silla. Kathleen se adentró en la sala con una sonrisa algo forzada. Las cosas parecían haberse calmado, pero ella seguía sintiéndose obligada a medir sus palabras y tratarlo con más atención que hasta entonces. Depositó el maletín del arma sobre la gran mesa circular que ocupaba un lateral de la habitación.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó él.

Kathleen se dispuso a desmontar el arma, con rutinaria eficiencia.

—Aburrido, trescientos cincuenta y tres metros, imagínate. —Resopló, como había hecho mil veces ese día, pero, al recordar lo que había visto, se volvió hacia él con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Vi un ciervo! Un macho precioso, tenías que haberlo visto.

Jason sonrió, pero su mirada se oscureció de improviso.

—¿No lo habrás...? —No se atrevió a decirlo. Desvió la mirada hacia el arma que ella desmontaba.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo me preguntas eso? —Kathleen se levanto, furiosa, y atravesó la habitación hasta un armario cercano. De él sacó un equipo de limpieza que llevó de vuelta a la mesa—. Joder, sabes que jamás mataría a un ciervo. Yo no disparo a animales. No me puedo creer que hayas pensado eso.

—Lo sé, tienes razón, lo siento.

Ella no contestó. Lo oyó maldecir en voz baja su metedura de pata, pero no lo disculpó. Se había enfadado. Quizá su socio no conociera su historia, quizás ella no le hubiera hablado del día que juró que no volvería a matar a un animal, igual que no le había hablado de casi nada que se remontara a su infancia, pero él sabía que esa era una de sus normas. ¡No tenía ningún motivo para preguntar algo así!

Cuando terminó de limpiar el arma se animó a romper el silencio que los había envuelto.

—¿Ya terminó Quint con la furgoneta?

Jason levantó la mirada del ordenador en el que, probablemente, no estaba haciendo nada.

—Sí. Me ha mandado la dirección del aparcamiento donde puedes recogerla mañana. Y también una foto, ¿quieres verla?

A regañadientes, Kathleen fue hasta el ordenador. La furgoneta blanca y anónima que había visto el primer día se había convertido en un vehículo oficial de color verde oscuro, con la parte trasera sin ventanas y una franja amarillenta que la atravesaba de lado a lado y sobre la que destacaba, en color blanco, el logotipo de la comisión forestal y su dirección de internet.

—Perfecta —resumió.

Ella tuvo la sensación de que él quería decir algo, pero no se atrevía.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Se trata de tu... Del inspector.

Kathleen torció el gesto, consciente de que el informático había estado a punto de llamarlo «su novio». Daniel... Qué poco le apetecía hablar de él en ese momento. Bastante duro era que sus ojos fueran lo último que recordaba antes de dormirse y su sonrisa, lo primero al despertar. Que su nombre acudiera a su cabeza cada pocos minutos, cada vez que tenía un segundo libre, cada vez que no tenía el arma entre las manos.

—¿Qué pasa con él?

—Ha estado toda la tarde interrogando a Davies en Scotland Yard.

15,
Jueves, 26 de mayo – 21:08 h.
New Scotland Yard. Londres.

En el Departamento de Homicidios y Delito mayor de Scotland Yard, la lluvia tamborileaba hipnótica en los cristales y convertía las luces de los edificios y los coches en lágrimas sinuosas amarillas y rojas. De vez en cuando, el deslumbrante fulgor de un rayo iluminaba la noche.

El inspector Ryman observaba su propia figura reflejada en las cristaleras salpicadas de gotas. El constante golpeteo de la lluvia acompañaba sus pensamientos, igual de distorsionados y lúgubres que la noche misma.

No se encontraba bien. Llevaba días sin sentirse normal, como si un desconocido se hubiera adueñado de su personalidad. Estaba furioso, no le quedaba ni un ápice de paciencia y perdía los papeles a la primera de cambio. Le había ocurrido ese mismo día. Pero, joder, no todo había sido culpa suya. Había quedado con Anthony Davies a primera hora de la mañana y llevaba más de dos horas esperándolo.

Se había puesto furioso. Lo admitía. Había gritado a Saunders, a la agente que debía pasarlo con el despacho de Davies y también a su secretaria cuando esta le dijo, con su vocecilla condescendiente, que «el Señor Davies había tenido la mañana ocupada». Si el Señor Davies no se presentaba en Scotland Yard en menos de una hora —la había amenazado— iría a buscarlo él mismo con un destacamento policial armado.

Bueno, había funcionado. Anthony Davies y sus dos guardaespaldas llegaban a Nuevo Scotland Yard una hora después, al mediodía.

Desde el mismo momento en que lo vio aparecer, escoltado por sus dos guardaespaldas, con sus trajes negros y su actitud de tipos duros, supo que odiaba a aquel gilipollas.

Su actitud mientras se acercaba a la mesa era segura y dominante. La de un hombre que conoce su poder desde el día que nace. Se prodigaba en sonrisas y guiños a cada mujer que encontraba y, para sorpresa del inspector, algunas respondían como si se tratara de una estrella del rock.

Pese a que no le gustaba admitirlo, comprendía que un hombre como aquel resultara atractivo. Si bien apenas llegaba al metro setenta, no tenía un gramo de grasa. El pelo era negro, igual que los ojos, y lo peinaba hacia atrás bajo una capa de fijador tan espesa que reflejaba las luces fluorescentes del techo. El rostro cuadrado y la media sonrisa de confianza absoluta lo hacían parecer un *latin lover* de película barata, aunque nada en él era barato. Llevaba una manicura impecable y complementaba el carísimo traje hecho a medida con unos zapatos de marca y un reloj Patek Philippe de oro que bien podría sustituir al Big Ben.

Resultaba detestable.

Daniel estaba tranquilo. El socio de la TYD sería un gilipollas prepotente, pero él conocía bien a aquel tipo de personas, en general, y a Anthony Davies en particular. Había estudiado su expediente durante los días de espera, de modo que se había hecho una idea bastante clara del rumbo que tomaría la conversación.

Pese a ser hijo de un magnate del acero y de la heredera de una antiquísima fortuna, Davies había sido educado en la cultura del esfuerzo y el trabajo duro. Se había graduado *summa cum laude* en Ciencias Económicas por la Universidad de Oxford. Nada más acabar, había

recibido la oferta de lo que entonces era Thompson & Yates para unirse a ellos y, menos de diez años después, añadía su nombre al de los dos socios fundadores. Desde entonces, la compañía había aumentado sus ingresos en un trescientos por cien gracias a una política despiadada contra la competencia, liderada por el recién llegado.

A Daniel no le costaba imaginar que, ahora que el pez gordo había desaparecido, Davies se apropiaría del control de la empresa sin ninguna dificultad. Aquel era un buen motivo para matar, mejor que muchos otros de los que había visto. Si bien aún debía encontrar relación con el asunto de Peter Chapman, los mensajes amenazadores y el supuesto ataque a Leonard Jenkins.

El inspector entró en la sala con la intención de hallar la respuesta a todas esas preguntas.

Se identificó ante el micrófono, solicitó al interrogado que lo hiciera también y le preguntó si quería que estuviera presente su abogado. Davies rechazó la idea con un gesto de autosuficiencia. Daniel asintió aliviado. Mucho mejor así.

—Muy bien, señor Davies —comenzó—, ha tardado usted bastante en venir a vernos tras el fallecimiento del señor Thompson. Algunos dirían que no le ha afectado mucho.

Davies se irguió en la silla para intentar elevarse por encima de la cabeza de su interlocutor. Secretamente, este se alegró de que la diferencia de altura entre ambos se lo impidiera. A un hombre como aquel había que atacarlo desde todos los frentes, y esa era una pequeña victoria para él.

—Desde luego que me ha afectado. —La voz de Davies sonó tranquila. Quería parecer relajado, pero algo en sus ojos hacía que el inspector no se lo tragara—. Me encontraba en un viaje de trabajo gracias al cual he conseguido una cuenta que nos reportará ciento ochenta millones de libras en los próximos dos años.

Daniel parpadeó, lento, una vez, esforzándose por no

transmitir las ganas de vomitar que aquel derroche de prepotencia le había provocado. Anthony Davies se revolvió en la silla, sin duda decepcionado al no obtener la admiración esperada, y continuó.

—Créame, Arthur habría preferido que cerrase el trato a que viniese corriendo. No había nada que yo pudiese hacer, de todos modos, así que, ya que no soy sospechoso porque estaba en Moscú, ¿en qué puedo ayudarlo?

Volvió a recostarse en la silla con una sonrisa confiada. Sin embargo, cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva, y el inspector se sintió más seguro. Quizá no estaba tan cómodo como quería aparentar.

—Yo seré quien decida quién es o no sospechoso, señor Davies, así que, ¿por qué no empieza por contarme lo ocurrido con el señor Chapman?

Davies encogió el rostro.

—¿Chapman?

—Peter Chapman. El dueño de Chapman Trust. Debe usted conocerlo, ¿no? Es la competencia.

—¡Por supuesto! Peter Chapman, ¿qué ocurre con él?

—Cuéntemelo usted.

Davies negó con la cabeza, como si no entendiera el sentido de la pregunta o no le diera la menor relevancia.

—Le ofrecimos comprar su empresa y él rechazó la oferta.

—¿Eso es todo?

—Supongo, ¿qué más quiere?

Daniel hizo acopio de fuerzas para no lanzarse sobre la mesa y partirle esa boquita arrogante con la que hablaba. Con toda la parsimonia que pudo simular, abrió la carpeta que había llevado y esparció sobre la mesa los correos intercambiados entre Chapman y Thompson, así como los que este había remitido a sus socios.

—Explíqueme esto, entonces —dijo—. Tengo decenas de mensajes entre Thompson y Chapman y todos ustedes donde

queda claro que no se tomaron muy bien su negativa a vender la empresa.

—Es que es una estupidez —exclamó el interrogado—. El muy imbécil enarbola la bandera de sus antepasados para forzarnos a subir el precio. ¡Venga ya! Se niega por principios y esto son negocios, no una ONG. Si la decisión no hubiera dependido de él, esa empresa sería nuestra hace meses.

El inspector recordó el ataque a Leonard Jenkins, el socio de Chapman que aún estaba en el hospital. Se inclinó hacia delante para acercarse a Davies por encima de la mesa.

—¿Sabe? Lo entiendo. Mi padre también era un hombre de negocios —mintió— y sé lo importante que es todo esto. Usted tiene razón, esto no es una ONG. Sus empresas manejan millones de libras, cientos de compañías dependen de ustedes y el progreso no puede detenerse por tonterías sentimentales, ¿verdad?

Davies asintió complacido.

—Exacto. A eso me refiero.

—Claro. Chapman alega que es la empresa de un... — fingió que no lo recordaba. Al decirlo, tras un segundo, puso cara de asco—. ¿Un tatarabuelo? Venga ya, ese viejo está pudriéndose bajo tierra desde hace siglos. ¿Qué coño le va a importar ahora?

Davies rió.

—Exacto, sí. Eso es lo que digo yo. Le ofrecimos una buena cantidad, habría podido retirarse con todas las comodidades.

—Pero el muy imbécil se negó. Seguro que lo único que pretende es que le ofrezcan más dinero.

—¡Pues claro!

—Entiendo que ustedes insistieran. Ante gente así, a veces, hay que ser un poco más duros de lo normal, ¿verdad? Presionar un poco.

—¡Ja! Si yo le contara...

Daniel sonrió.

—Cuénteme.

Davies abrió la boca para dar una respuesta que no llegó a pronunciar. La volvió a cerrar con una sonrisa satisfecha.

—Es usted un granuja. —Apuntó con el dedo al inspector y se echó a reír—. Sí señor, un granuja. Apuesto a que sé en lo que está pensando. Chapman le ha venido con esa historia del ataque a Leonard, ¿verdad? Y espera que yo le diga que lo hicimos nosotros.

—¿Lo hicieron?

Los dos hombres se miraron. La sonrisa de Davies era afilada como la hoja de una navaja.

—Lamento decirle que no. Nosotros no hicimos nada. El señor Jenkins fue asaltado en la calle por unos ladrones. Eso está a la orden del día en esta ciudad, como usted sabrá mejor que nadie, y a ese imbécil se le metió en la cabeza que habíamos tenido algo que ver con ello.

—¿Y no fue así?

—¡Por supuesto que no!

Daniel alzó las manos en un gesto defensivo.

—Oiga, no se enfade conmigo, yo lo entiendo. Tienen todo el derecho a comprar esa empresa y el viejo chalado se niega. ¿Qué iban a hacer? ¿Aceptar la negativa de Chapman a vender? Para eso podían irse a Camdem a trenzar pulseras.

Contra su voluntad, incluso Davies sonrió al imaginarse a sí mismo en un mercadillo de hippies y punkies.

—Por supuesto que no. —Se retiró hacia detrás, cruzó los brazos y se humedeció los labios—. Seguiremos intentándolo. Es nuestro trabajo.

Daniel recogió los papeles de la mesa.

—¿Cree usted que Chapman estaba tan furioso como para querer matar al señor Thompson?

Davies agitó la cabeza con fervor, pero luego negó.

—¿Sabe? No. La verdad es que no lo creo. Es cierto que está muy cabreado, pero le faltan cojones para hacer algo así. No. No creo que haya sido él. No.

El ejecutivo se humedeció los labios con una sonrisa que ya no parecía tan segura como había sido unos minutos atrás.

—¿Se le ocurre alguna otra persona que lo estuviera?

—No. Ninguna.

Daniel tomó nota. Aquel hombre, que hasta hacía poco había sido un modelo de confianza, se había convertido en una estatua inmóvil. Resultaba extraño que se cerrara en banda al sospechoso que el inspector le ofrecía. Casi parecía que lo estaba defendiendo. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué hay de la empresa, Thompson, Yates & Davies, qué ocurrirá ahora?

Davies elevó la comisura izquierda de la boca en una sonrisa despectiva.

—Sé lo que piensa —respondió—, pero ni Frederick ni yo salimos beneficiados con la muerte de Arthur. Nos repartiremos su parte de la sociedad, por supuesto, pero él era el estandarte. Muchos clientes nos abandonarán. No sé si se ha enterado, pero nuestras acciones han caído en picado desde su... fallecimiento. No. Esto no es bueno para nosotros.

El inspector asintió. El departamento económico le había dado un gráfico con la cotización de las acciones desde la tarde del crimen y la línea se desplomaba como un paracaidista en caída libre. Pero si todo les iba tan bien antes... ¿A qué se debía aquel empeño por la empresa de Chapman? No quería volver al tema, pero algo en su cabeza le decía que allí estaba la clave.

—¿Por qué tanto interés en Chapman Trust? —preguntó—. Según nuestros expertos, es mucho más pequeña que la suya, no representa apenas competencia.

Davies estalló en una carcajada que hizo que Daniel se

clavara las uñas contra la palma de la mano. Maldito prepotente.

—Nunca se es demasiado grande —respondió el interrogado sin dejar de reír—. Ni demasiado rico, ¿no cree? Cualquier competencia es peor que ninguna competencia.

Poco después, Davies abandonaba la sala, mientras el inspector reprimía las ganas de estrellar su cabeza contra la mesa hasta borrarle la sonrisa de una vez por todas. No había obtenido nada del interrogatorio, pero Davies apestaba a culpable por cada uno de sus poros.

Por eso, mientras observaba la noche a través de los ventanales, pensaba que si el muerto sobre la acera hubiese sido Chapman, le habría puesto las esposas al *latin lover* de pacotilla y se habría ido a dormir con una sonrisa en los labios. Pero no había sido Chapman, sino Thompson, y aún no entendía cómo encajaba toda aquella historia. Tenía la sensación de que Davies había intentado proteger a Chapman, y eso solo podía significar que estaban compinchados. ¿Explicaba eso los nervios del otro socio, Yates? ¿Se creería el siguiente? ¿Y si tenía razón?

—¡Dan!

El inspector cerró los ojos sin volverse. La voz del sargento había sonado alegre a su espalda, pero no se encontraba con ánimos para enfrentarse a él en aquel momento. Aunque hubiera sido él mismo quien lo había llamado. Lo ocurrido los últimos días revoloteaba en su cabeza: los informes que aparecían de manos de su compañero sin que él se enterara, primero el informe Pearmann, luego los archivos del ordenador de Thompson... Tenía demasiados problemas como para empezar a desconfiar del hombre junto al que llevaba cuatro años trabajando.

—¡Dan! —Un sofocante olor a tabaco precedió la llegada del sargento—. ¿Querías hablar conmigo?

Daniel se volvió. Lo primero que vio fue una mancha de café en la camisa arrugada de su compañero. Una mancha

grande, oscura, seca. Una mancha que atrajo su mirada como un cadáver encima de la mesa.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué pintas son esas? Hueles que apestan y estás hecho un asco, límpiate.

Alargó la mano para sacudirle el traje, pero Saunders se apartó, dolido.

—¿Qué coño te pasa? ¿A qué viene esto?

El inspector notó que se enfurecía aún más.

—¿Que a qué viene? Viene a que no sé si puedo confiar en ti. Has estado haciendo cosas a mis espaldas y ya no estoy seguro. ¿Qué pasa con el informe Pearmann? Ni siquiera me dijiste que lo habías recogido. Ni me informaste de que se habían recuperado los archivos del ordenador de Thompson. ¿Qué coño pasa contigo?

Saunders lo escudriñó con una mirada furiosa.

—Pero ¿de qué estás hablando?

El departamento se quedó en silencio tras su grito. Los agentes que permanecían en las mesas a aquella hora los miraron con curiosidad.

Saunders miró a uno y otro lado, luego volvió a dirigirse al que había sido compañero y amigo los últimos cuatro años.

—Ven conmigo.

—No me des órdenes.

—¡Te he dicho que vengas!

Sin esperar una respuesta, el sargento atravesó la sala hasta llegar al office. Daniel lo siguió a regañadientes. Quizá fuera cierto que llevaba unos días de mal humor, pero él también se merecía una explicación sobre lo que su compañero había estado haciendo. Era uno de los casos más importantes que habían llevado nunca y sentía que no tenía ni idea de los pasos que se estaban dando para resolverlo.

Saunders mantuvo la puerta abierta hasta que el inspector la atravesó. A continuación la cerró de un portazo.

—¿Qué es eso de Pearmann y los archivos?

—El informe de Pearmann que hicieron los de Delitos

Económicos. Lo recogiste hace tres días y no me dijiste nada. Ayer me llamó la agente Williams para hablarme de este tal Chapman que aparecía en los archivos de Thompson que tú habías ordenado que le mandaran. ¡Sin informarme! ¡No tenía ni puta idea de lo que me estaba hablando!

Saunders negó con expresión incrédula. Luego, ante la sorpresa del inspector, se echó a reír.

—Estás peor de lo que pensaba —murmuró—. Llevas unos días muy raro, pero no pensé que estuvieras tan mal.

Daniel sintió que una ira pegajosa se le acumulaba en el estómago. Con gran esfuerzo para no responder, aguardó a que su compañero se explicara.

—Dame el móvil —se limitó a decir aquel, al tiempo que alargaba la mano con la palma hacia arriba—. ¡Dámelo!

El inspector sacó el teléfono de su bolsillo y lo depositó de un golpe sobre la mano de su colega.

Este comenzó a tocar la pantalla. Daniel, que no podía ver lo que hacía, aguardó. La ira se había convertido en impaciencia y en una voz que le decía que acababa de meter la pata, y que amenazaba con tener razón.

Tras unos segundos, Saunders le mostró la pantalla del teléfono a escasos centímetros de la cara.

—¿Qué pone ahí? —preguntó.

Daniel enfocó la vista en lo que tenía delante. Era el programa de correo del departamento y mostraba un mensaje recibido tres días atrás.

«De: M_Saunders@met.police.uk

Para: D_Ryman@met.police.uk

Asunto: Informe Pearmann

Archivo adjunto:Informe_Pearmann.pdf

Mensaje:

Dan,

He pasado por delitos Económicos para recoger el informe Pearmann. Te envió una copia para que lo revises si

quieres, pero, como te dije esta mañana, no hay nada sospechoso. Dicen que la empresa lleva años dando beneficios y no han podido encontrar ningún movimiento en las cuentas que les resulte llamativo.

También dicen que Pearmann ha hecho todo lo posible por ayudar, que está muy afectado por la muerte de Thompson. Habrá que descartar esta línea por el momento.

Martin.»

Daniel sintió que el rojo furia de su cara tornaba a rojo vergüenza.

—Yo no...

—Cállate.

Saunders volvió a manipular el móvil durante unos segundos, en los que el inspector temió saber lo que hacía. El caso era que no recordaba haber recibido aquel correo ni haber mantenido la conversación a la que hacía referencia. ¿Cómo lo había olvidado? Tres días atrás. Tres días atrás era la mañana siguiente a conocer a Kathleen. ¿Había estado tan obsesionado con ella que ni siquiera recordaba haber hablado con su compañero?

Saunders volvió a mostrarle el móvil. Daniel lo observó con un mal presentimiento que se confirmó en un mail enviado desde la Unidad de Delitos Informáticos. Tenía fecha de dos días atrás, a última hora de la tarde, e iba remitido a su dirección y a la del sargento.

«De:J_Crewe@met.police.uk

Para:D_Ryman@met.police.uk,
M_Saunders@met.police.uk

Asunto: Archivos recuperados en ordenador de Arthur R. Thompson

Archivo adjunto: Archivos_Thompson.rar

Mensaje:

Detective inspector Ryman y detective sargento

Saunders:

Les remito adjunta una carpeta con unos archivos recuperados del ordenador de Arthur R. Thompson. Seguimos trabajando en él, pero hemos pensado que quizás estos archivos les sean de utilidad porque fueron eliminados del disco duro antes de entregar el equipo.

Un saludo.

Agente Jennifer Crewe

Unidad de Delitos Informáticos.»

—Martin...

—Que te calles.

Vaya por Dios, su humillación no había terminado, ¿qué más le iba a enseñar?

Saunders devolvió la atención al teléfono. Ya no parecía enfadado, sus labios se habían curvado en una sonrisa de divertida venganza que estaba consiguiendo que el inspector se sintiera aún peor. Cinco segundos después, le mostró un nuevo correo enviado el día anterior a primera hora de la mañana.

«De: M_Saunders@met.police.uk

Para: D_Ryman@met.police.uk

Asunto: Archivos recuperados en ordenador de Arthur R. Thompson

Mensaje:

Dan, he ido a tu mesa, pero me han dicho que estás en multimedia.

No sé si has visto los archivos que han recuperado los informáticos del ordenador de Thompson. Les he echado un vistazo, pero no entiendo nada, es toda información económica de la empresa, pero algo tiene que haber para que Yates quisiera borrarlo antes de dárnoslo. Los voy a enviar a Delitos Económicos para que los revisen y daré la orden a los informáticos para que se lo envíen todo si

encuentran algo más.

Martin.»

El inspector volvió a mirar a su compañero. Este, por fin, le devolvió el móvil. Esperaba una disculpa y una explicación, en ese orden. Daniel tomó aire antes de ofrecerle, al menos, la primera.

—Lo siento. No recuerdo haber visto nada de todo esto. —Se rascó la cabeza mientras trataba de entender cómo había estado tan ausente.

—Por supuesto que no lo recuerdas. No estás aquí. No tengo ni idea de dónde te has ido, pero te estás perdiendo la investigación y te estás jugando el cargo.

Daniel suspiró. Tenía razón.

—Tienes razón.

Saunders estalló en una carcajada, seca y corta.

—No me digas. Ya sé que tengo razón. Ahora dime por qué te estás comportando así.

Quiso decirle que no lo sabía. Mentir, fingir que se le pasaría de un momento a otro, pero no serviría de nada. Sabía por qué estaba así, sabía cuándo había empezado y sabía, también, que su compañero lo comprendería.

Se dejó caer en una silla y se lo contó. Le habló de Kathleen, de lo que había sentido la noche en que la conoció, de su reacción a la mañana siguiente, de su huida y el odio en la mirada, y del vacío que sentía desde entonces. Del nudo permanente en la garganta y la rabia y la ira y la frustración que lo acompañaban a cada paso.

Cuando terminó de desahogarse, Saunders permaneció unos segundos en silencio, luego sonrió comprensivo.

—Joder, no se me había ocurrido que tuviera que ver con una mujer. Ni siquiera estuviste así cuando te divorciaste.

Daniel negó. No, ni siquiera entonces se había sentido así. El divorcio había sido duro y Evelyn lo había hecho más

duro aún con su odio incomprensible hacia él, su obsesión por arrebatarse todo lo que tenía, sus insultos, su rabia. El divorcio había sido duro, pero también había sido un alivio, y nunca había sentido el vacío que ahora le atenazaba el pecho.

—¿Qué vas a hacer?

El inspector negó con extrañeza.

—Nada. ¿Qué quieres que haga?

Saunders se echó a reír.

—¿Nada? Estupendo, pues ya me voy buscando a otro compañero, porque si sigues así unos días más, cuando le digas al jefe que no vas a hacer nada para remediar esta situación, te mandará a los archivos.

Daniel sonrió. Sí, aquella era una posibilidad.

—¿Y qué quieres que haga? —repitió.

—Pues que hables con ella —respondió Saunders, como se le responde a un niño pequeño que acaba de hacer una pregunta ridícula—. Dices que es amiga de tu hermano...

—De mi cuñada.

—Lo que sea, ellos tendrán su teléfono. La llamas, la invitas a tomar algo, le preguntas qué demonios le pasó, lo que sea, y te quedas tranquilo de una vez antes de que, entre ella y el Fantasma, acaben contigo.

Daniel se rió, de verdad, por primera vez en no sabía cuánto tiempo. Miró a su amigo con una cálida sensación de agradecimiento en el estómago.

—Supongo que debería hacerlo, ¿no? Llamarla.

—Y hazlo ya. Porque todavía tenemos que interrogar a Chapman y, la verdad, me da miedo cómo vayas a reaccionar.

El inspector coincidió. A él también le daba miedo. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a su hermano.

16,
Viernes, 27 de mayo – 15:00 h.
Queenwood. Surrey.

Un viernes de finales de mayo, a las cuatro y media de la tarde, Arthur R. Thompson, magnate de las finanzas de Londres, moría desangrado por el disparo de un francotirador a las puertas de su propio edificio. El siguiente viernes, a las tres en punto, su asesina estaba tumbada en el suelo en medio de un bosque con un rifle entre las manos. La brisa mecía las ramas de los árboles, los rayos de sol que atravesaban el follaje calentaban su cuerpo de forma intermitente. Había llegado el momento.

Por un sorprendente milagro, no había llovido desde la noche anterior, el sol brillaba y la temperatura había aumentado al menos cinco grados, aunque no lo suficiente como para terminar de secar el suelo que, resguardado bajo los árboles, permanecía frío y húmedo. La manta reposaba sobre un lecho de hojas que habían crujido al recoger su peso unas horas antes, pero que ya no lo hacían, porque nada se movía sobre ellas desde entonces.

Tenía, igual que el día anterior, los codos apoyados en el suelo, la mano izquierda en el guardamanos, la derecha en el gatillo, el ojo ante la mira telescópica, las piernas extendidas. La diferencia era que hoy tenía calor. El jersey verde, como el del uniforme del servicio forestal, la hacía sudar. Una gota aislada nació bajo la gorra que le recogía el pelo, resbaló por su mejilla y permaneció en la mandíbula

unos instantes, temblorosa, hasta que una suave brisa la hizo caer al suelo.

Kathleen no la sintió.

Un pájaro cantó sobre su cabeza. Unos metros más allá, otro respondió. Eran las cuatro y veinte de la tarde, llegaba el buen tiempo y había que celebrarlo. Pero ella no los oyó.

Un movimiento al otro lado de la mira telescópica llamó su atención. Por el lado izquierdo del campo de golf se aproximaban dos carritos, ocupados por ocho hombres en total. Su mirada entrenada reconoció a Davies al instante.

Inspira... espira...

Vestía de blanco, igual que los demás, tonos pastel dentro de un coche, como una caja de merengues. Hablaban y reían sintiéndose seguros, relajados, felices. El mundo era suyo y hacían lo que más les gustaba.

El rifle los siguió durante el recorrido hasta que se detuvieron a unas decenas de metros de su posición. Un hombre joven de pelo rubio descendió del carrito, seguido de su caddie. Había fallado el tiro anterior, la bola había caído demasiado cerca, por lo que sus compañeros se mofaban de él y él se reía de las pullas. Era una tarde estupenda.

El dedo se acomodó en el gatillo.

Davies permanecía en el coche, a la sombra del insignificante techo que lo cubría. La visibilidad sobre el torso y la cabeza era perfecta, pero no eran esos los objetivos, así que Kathleen relajó el dedo. Por otra parte, le convenía que se alejaran para que les resultara más difícil identificar la procedencia del disparo y, por tanto, tener más tiempo para huir.

Inspira... espira...

El jugador golpeó la bola y esta voló hasta salir del campo visual de la mira telescópica, al otro lado de la cual a nadie le importaba. Fue un buen tiro que sus compañeros elogiaron. Los vehículos reemprendieron el camino, continuaron hacia la derecha y tomaron la curva a la

izquierda que los alejaba de ella.

Giraron a la derecha de nuevo.

Kathleen tensó el dedo una vez más.

Pero el coche, que debía detenerse en unos metros, se alejaba sin intención de frenar.

—Joder —susurró.

Rotó en el suelo para mantener el vehículo dentro del enfoque de la mira.

Se alejaron una docena de metros antes de detenerse, por fin. Los jugadores y los caddies descendieron y caminaron hacia la bola, a unos cinco metros de distancia, pero Davies y sus guardaespaldas continuaron en el vehículo. El objetivo hablaba por el móvil.

Uno de los jugadores golpeó su bola, que salió disparada hacia delante. El hombre intercambió algunas bromas con el tercer compañero, que se rió de algo que debía de ser muy divertido. Mientras, Davies seguía al teléfono, gesticulando con los brazos.

Kathleen observó a su caddie. Aguardaba, apartado del resto del grupo, con un palo en la mano y la bolsa a un lado. Allí estaba la bola de Davies, pero este no se movía.

—No canceles el juego —susurró ella—. Esto es lo que te gusta, sigue jugando, que le den al trabajo.

Como si la hubiera oído, Davies lanzó el teléfono sobre el asiento y descendió. El cañón del rifle lo siguió, esquivando el entramado metálico de la valla que los separaba.

Inspira... espira... inspira... espira...

Davies rechazó de malas maneras el palo que su caddie le tendía. Desde su escondite, a más de trescientos cincuenta metros de distancia, Kathleen oyó la voz malhumorada de su objetivo.

—¡Te he dicho que no! ¡Dame un puto hierro cuatro!

El caddie sacó el hierro cuatro de la bolsa y se lo tendió al jugador. Davies se lo arrancó de las manos. Los

guardaespaldas se mantenían a escasa distancia, fuera de lugar con sus trajes negros y los brazos cruzados ante el torso, pero no interrumpían su visibilidad. Davies amagó el golpe una vez, dos.

Kathleen sentía los latidos del corazón dentro del pecho, en las sienes, en el dedo del gatillo, cada vez más espaciados.

Inspira... espira... inspira... espira...

Su objetivo estaba de lado, no le ofrecía visibilidad sobre la femoral, pero cuando golpeará la bola se daría la vuelta. Ella esperó.

Inspira...

Golpeó.

Espira...

Anthony Davies, el socio más joven de Thompson, Yates & Davies, tiró el palo al suelo y se giró, cagándose en su puta madre. Fue lo último que dijo.

En el bosque, un fuerte estampido provocó que una bandada de pájaros emprendiera el vuelo entre ruidosos graznidos.

Desarmó el fusil, el bípode y la mira telescópica. Lo lanzó todo al interior de la mochila. Hizo un ovillo con la manta y la introdujo también.

De repente, una fuerte explosión atronó por encima del eco de su disparo. El instinto la hizo lanzarse cuerpo a tierra. A través de las plantas, buscó en el campo de golf el origen de ese segundo tiro, porque no había duda de que eso era lo que acababa de oír.

Identificó el cuerpo de Davies caído en el suelo. Dos hombres se habían abalanzado hacia él. Algo apartados, un tercero vomitaba sobre el césped mientras otros dos miraban el cadáver, perplejos, incapaces de reaccionar. Ninguno de ellos había disparado. Entonces los vio.

—¡Joder!

Los dos guardaespaldas corrían hacia ella con las pistolas en las manos. Y corrían a toda velocidad.

Se precipitó entre la maleza tan rápido como pudo. Un nuevo disparo la obligó a encogerse sin parar de correr. Oía gritos a su espalda, pero no entendía lo que decían, quizá porque hablaban en algún idioma extranjero, o quizás era por los nervios. En cualquier caso, no se volvió.

Se abrió paso a manotazos entre las ramas de los árboles, por encima de las raíces que se extendían como tentáculos. La gorra se le enganchó en algo. La recuperó de un tirón. Se la volvió a poner sin dejar de correr. No debían verla, no debían identificarla, no debían recordarla. Aumentó la velocidad, a trompicones por encima de las ramas y las piedras, hasta que una raíz que no había visto le atenazó el tobillo y la hizo caer.

Sintió un dolor agudo en las rodillas. Quiso gritar, pero no tenía tiempo. Echó a correr de nuevo. La mochila le golpeaba los riñones con cada zancada, el ruido metálico de las piezas del fusil acompañaba sus jadeos. Se esforzó en respirar, como cuando disparaba, como en el yoga, pero nunca antes la habían perseguido dos hombres armados. No le gustaba el cambio de roles.

El color verde de la furgoneta que Quint le había preparado se integraba tan bien en el paisaje que no la vio hasta casi chocar contra ella. La esperaba detenida en el arcén con las luces de emergencia parpadeando. En el fondo de su mente, Kathleen admiró una vez más el buen trabajo que su colaborador había realizado con tan poco tiempo.

No había ningún otro coche a la vista, la carretera estaba desierta. Salió de la protección de los árboles a toda velocidad, arrojó la mochila sobre el asiento del copiloto y se lanzó al interior del vehículo. Arrancó y lo sacó del arcén disparando una nube de tierra y piedras a su espalda.

Miró por el espejo retrovisor. No había nadie. Supuso

que la valla de seguridad del club había detenido a los dos guardaespaldas, pero no podía confiar en que no la escalasen, así que aceleró a la máxima potencia hasta que el rugido del motor la obligó a levantar el pie por miedo a reventarlo.

Llegó al final de la carretera en escasos segundos y frenó para girar en la primera rotonda e incorporarse al tráfico de la zona.

Inspira... espira... inspira... espira...

Su cuerpo actuaba sin pensar. El pulso había recuperado su ritmo. Cualquiera que la viera pensaría que estaba calmada, o incluso aburrída, aunque nada más lejos de la realidad. Revisó su aspecto en el espejo retrovisor. Se le habían escapado algunos mechones de pelo al volver a colocarse la gorra. Los ocultó lo mejor que pudo. Tanto aquella como las gafas de sol dificultarían la identificación de sus rasgos si la grababa alguna cámara de tráfico.

Poco a poco, sin sobrepasar los límites de velocidad, se alejó de la escena del crimen, del campo de golf y del bosque donde habían estado a punto de matarla.

Se adentró en el pueblo y giró por la primera calle a la izquierda. No dejaba de mirar por el retrovisor. Su imaginación dibujaba a sus perseguidores de las maneras más extrañas, incluso agarrados al coche como en una película de terror de bajo presupuesto. Pero no estaban allí, y acababa devolviendo la atención a la carretera durante algunos metros antes de encontrarse mirando otra vez hacia atrás.

Inspira... espira... inspira... espira...

Se había aprendido el recorrido de memoria gracias al Google Earth. No le había costado encontrar el edificio de aparcamientos al llegar unas horas antes y tampoco le costó encontrarlo ahora. No tenía vigilantes de seguridad y Jason se había encargado de que las cámaras no funcionasen.

La barrera se abrió unos segundos antes de que el

vehículo llegara ante ella. Kathleen sonrió al reconocer la mano omnipotente de su amigo. Condujo hasta la segunda planta y aparcó. El Toyota se hallaba estacionado a tres plazas de distancia. Comprobó que no había nadie a la vista y se quitó la gorra y las gafas de sol, las guardó en la mochila, junto al arma y todo lo demás, y bajó de la furgoneta.

Pulsó el botón del mando a distancia mientras corría hacia su coche. El maletero se abrió antes de que llegara hasta él, de modo que pudo resguardarse tras el portón. Era el primer instante de tranquilidad de que disponía y una sensación casi desconocida invadió su mente: incredulidad. No podía creer lo que había ocurrido. Sabía que la localización elegida era más arriesgada de lo habitual, pero no entendía cómo, pese a la distorsión auditiva que provocaba el silenciador, aquellos hombres habían sido capaces de identificar su ubicación con tanta rapidez.

De repente, una idea aterradora la paralizó. ¿Lo había recogido todo? Había salido corriendo de allí, ¿y si se había dejado algo atrás? Era una locura, pero no podía esperar a comprobarlo en casa. Abrió la mochila y revisó su contenido. El arma estaba completa, dividida pero completa: el silenciador encajado en el cañón, la mira telescópica, el bípode, el cuerpo...

«¿Y el casquillo? ¡Joder!..»

Removió el contenido de la mochila, pero no lo encontró. ¿Dónde estaba? A punto de tener un ataque de pánico, sacó la manta con un fuerte tirón y la agitó en el aire. Algo tintineó a sus pies, un ruido metálico que le hizo sentir cómo la sangre volvía a correr por sus venas. Ahí estaba. Devolvió la manta a la mochila y se agachó para buscarlo en el suelo. Lo localizó oculto bajo la rueda. Lo recogió, con una sensación de alivio infinito. Aquella maldita cosa tan pequeña, tan brillante. Lo lanzó dentro de la mochila. Se quitó los guantes y la sudadera, lo lanzó todo al interior del maletero y lo cerró.

Inspira... espira... inspira... espira...

Todo iba bien.

Entró en el coche y cerró los ojos. Tomó aire varias veces antes de abrirlos de nuevo. Sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y desactivó el programa de Jason que bloqueaba cualquier llamada entrante menos las suyas. No sonó ningún mensaje, así que lo colocó en el soporte del manos libres y arrancó.

La barrera de seguridad se abrió unos segundos antes de que llegara a ella, como había ocurrido al entrar.

—Gracias, Jay —murmuró.

Se alejó del edificio mientras la barrera regresaba a su posición.

Aprovechó el primer semáforo para encender la radio y abrir el programa de música del móvil. Estaba buscando algo que le apeteciera oír cuando, por los altavoces, comenzó a sonar la melodía del teléfono. No era el tono que tenía asignado a Jason, sino el genérico del dispositivo, y no reconoció el número de móvil que aparecía en la pantalla. Se planteó no contestar, pero, sin saber por qué, su dedo apretó el botón en el mando del volante y la melodía se interrumpió.

—¿Diga?

—¿Kathleen? —Una voz de hombre—. Soy Daniel Ryman.

Sintió que el corazón se detenía y un nudo le retorció el estómago de una manera que no había sentido antes, ni siquiera durante la persecución. Las manos temblaban sobre el volante. Y sonreía. Una sonrisa imbécil que no fue capaz de borrar y que la hizo enfadarse consigo misma.

Había tratado de olvidarlo. Demonios, tenía mil cosas en qué pensar que eran mucho más importantes que él. Por el día, si lograba ignorar a Jason y sus bromas malintencionadas, no le resultaba tan difícil. Pero de noche, al quedarse sola y a oscuras en la cama, aquel hombre se

empeñaba en regresar a su mente sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

El silencio se adueñó del teléfono como si él dudase de que ella lo recordara, pero lo hacía. Por eso no supo qué decir.

17,
Viernes, 27 de mayo – 15:53 h.
A317. Surrey.

Al otro lado del teléfono, el silencio era absoluto, asfixiante. Su primer pensamiento fue claro: «No tiene ni idea de quién soy».

En las mesas que lo rodeaban, cada agente y oficial estaba a sus propios asuntos. Escuchaba conversaciones telefónicas, discusiones, el ruido de las teclas en los ordenadores y gente caminando de un lado a otro. Nadie sabía con quién estaba hablando y a nadie le importaba. Sin embargo, él miró a su alrededor, avergonzado como si un cartel sobre la cabeza anunciara el ridículo que estaba a punto de hacer.

Abrió la boca para ofrecer una explicación, pero, antes de que lo hiciera, ella, por fin, respondió.

—Daniel, hola... —Su respiración sonaba agitada como si hubiera estado corriendo.

—Hola —contestó él, esperando que la suya no delatara el alivio que acababa de sentir—. No sabía si me recordarías.

Ella se echó a reír, pero no parecía feliz de oírlo, sonaba nerviosa.

—Vaya, ¿qué opinión tienes de mí?

Una broma, eso estaba bien. Daniel volvió a mirar a su alrededor. No entendía qué le pasaba. No era lógico que un hombre de su edad, que no era un novato con las mujeres, sintiera aquellos nervios de principiante.

—¿Daniel? —preguntó ella—. ¿Sigues ahí?

Tras su voz se adivinaba un ruido sordo que el inspector identificó como un motor. Estaba conduciendo.

—Sí, sí. ¿Te pillo en mal momento?

—Bueno, eh... Estoy en el coche, pero llevo el manos libres, no pasa nada. Dime.

—Bien. Espero que no te importe que le haya pedido tu teléfono a mi hermano.

No pensaba contarle la verdad, por supuesto. La conversación con Saunders y los problemas que había tenido en el trabajo los últimos días. Tampoco la forma en la que había evitado hablar con Aaron hasta el día anterior, ignorando sus llamadas perdidas y sus mensajes. No porque no quisiera hablar con él, sino, sencillamente, porque no sabía cómo contestar a sus preguntas. Todo marchaba bien y, en un segundo, se había ido a la mierda. ¿Por qué? No tenía ni idea.

Pero después de la bronca que le había echado su compañero, se había armado de valor y se había rendido. Había invitado a Aaron a tomar algo en casa y, entre cerveza y cerveza, y acompañados por los mejores momentos deportivos de la semana en la BBC, le había hecho un resumen.

Había supuesto que se mostraría tan confundido como él cuando le contara cómo ella se había marchado corriendo, pero su reacción resultó ser la opuesta.

—Mierda —murmuró por lo bajo, mientras tomaba un trago de cerveza y devolvía la atención al resumen del partido de Roland Garros.

Daniel se alarmó. Esa expresión no auguraba nada bueno.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Debería habértelo dicho, no se me ocurrió.

El mayor de los Ryman tomó aire, dejó la cerveza sobre la mesita, ocupada ya por media docena de botellines vacíos,

y se giró en el sillón para mirar de cara a su hermano pequeño. Aaron evitó su mirada, pero, al final, se giró también. Ambos quedaron frente a frente.

—El padre de Kat era policía en Estados Unidos —dijo—. Murió en un tiroteo cuando ella era pequeña. Su madre se volvió loca, estuvo ingresada varias veces hasta que regresaron a Escocia con sus abuelos, que fueron los que la criaron. No le gusta mucho... ya sabes, la policía.

Daniel sintió ganas de estrangular a su hermano. No era la primera vez que las sentía, pero, quizá sí, una de las más fuertes.

—¿Y me lo dices ahora? —exclamó, furioso.

—Lo siento, tío, ni se me ocurrió. Di por hecho que le habías hablado de tu trabajo. Joder, siempre estás hablando de tu trabajo.

Aaron parecía afectado de verdad y Daniel no fue capaz de odiarlo. Al fin y al cabo, tenía razón. Él mismo se había extrañado de que ella no supiera a qué se dedicaba, pues su hermano no era el primero en acusarlo de hablar solo de eso. La propia Evelyn lo había utilizado como un arma en cada discusión. En vez de estrangularlo, bebió un trago y se volvió a recostar sobre el sillón. En la tele, Andy Murray acababa de ganar el partido. No era que el tenis le importara un carajo, lo único que podía pensar era que el tenista era escocés, como ella.

La nueva información lo cambiaba todo.

—Pues no —dijo, mientras el escocés saludaba a sus entregados seguidores—. A mí también me extraña, pero parece ser que no se lo dije y ella lo descubrió de golpe al ver la foto.

Señaló hacia la estantería donde descansaba el retrato de su graduación, igual que la fatídica mañana en que ella la había encontrado. Aaron siguió el gesto con la mirada.

Ninguno dijo más. Ahora comprendía que hubiese huido de esa manera. En parte se alegraba de saber que no era

culpa suya, que no había hecho nada mal, no la había asustado ni le había echado el peor polvo de su vida, cosa que había llegado a temer. Por otra parte, habría preferido que fuera así, porque alguien que había pasado por lo que ella no querría juntarse con un policía nunca más. Lo había visto decenas de veces, las familias de los compañeros caídos culpaban al cuerpo, no sin razón en cierto modo, y huían de la policía como auténticos delincuentes.

—Tienes que llamarla —sugirió Aaron.

—¿Para qué? —preguntó, derrotado—. No. Mira lo que pasó con Evelyn y ella no tenía nada en contra de los policías, imagínate si ya me odia antes de empezar.

Aaron se rió.

—Evelyn era una hija de puta —sentenció con una sonrisa—. Siempre lo fue y todos lo sabíamos menos tú, que te empeñabas en defenderla. Pero a mí no me parece que Kat te odie. Al menos, yo no me voy a la cama con alguien a quien odio. —Daniel lo miró con resignación, sin seguir la broma. Su hermano decidió ponerse serio—. Escucha, no tienes nada que perder, dices que llevas unos días fatal en el trabajo, que hasta tu compañero te ha dicho que la llames. Joder, pues hazlo. Y si te dice que no, pues no, ya está. Pero si te dice que sí... Ahora ya sabes por qué se marchó, ojalá te lo hubiera dicho antes y lo siento, pero ahora ya lo sabes. Pues habla con ella e inténtalo.

Daniel se negó.

Pero una hora y media después, cuando Aaron se marchó, encontró el número escrito en un papel sobre la mesa. Tras mucho pensarlo, lo arrugó y lo tiró a la basura, convencido de que no la llamaría.

Ahora lo tenía en la mano mientras escuchaba su voz al otro lado del teléfono y el corazón se le aceleraba cada vez más.

—Yo quería... pedirte disculpas por lo ocurrido el otro día.

—¿Disculpas? ¿Por qué? —Sonaba exaltada. Daniel sintió una punzada de esperanza al preguntarse si sería él el que la ponía tan nerviosa.

—Debí habértelo dicho, que era policía, bueno, detective, inspector... Lo que sea. Yo pensé que lo sabías y...

—No, Daniel, por favor... —No, yo... —Soy yo la que... —No... —No debí...

Sus voces se solapaban sin que ninguno llegara a entender lo que el otro decía. Daniel calló. Ella lo hizo también y quedaron en silencio. Él se echó a reír y oyó que ella reía al mismo tiempo. Aquella era la risa que recordaba: abierta, sincera.

Tomó aire para serenarse antes de hablar.

—Me preguntaba si querrías cenar conmigo.

Sobre el escritorio, el teléfono fijo comenzó a sonar. El inspector lo miró con furia. «Ahora no»

—¿Cenar?

—No sé, pensé que era una pena que acabáramos así y...

—Es que...

—Venga, ya sabes a lo que me dedico, no tengo más sorpresas.

Ella volvió a reír. Oculto tras la pantalla de su ordenador, él se deshizo en una sonrisa bobalicona.

—Vamos, di que sí —insistió.

—De acuerdo, vale.

Tuvo ganas de echarse a reír, a saltar, a lo que fuera. Pero respondió con la mayor tranquilidad que fue capaz de fingir.

—Genial. ¿Esta noche?

¿Esa noche? ¿Es que se había vuelto loco? No había ninguna manera de sonar más desesperado, pero ya era tarde para echarse atrás. Aguantó la respiración.

—¿Esta noche? —El teléfono en la mesa continuaba insistente. Daniel le dio la espalda. Ella titubeó unos

segundos más hasta que, por fin, contestó—. Bueno, sí, esta noche, de acuerdo.

Daniel volvió a respirar, consciente de que sonreía como un imbécil. Esperó que nadie se diera cuenta. Esa noche la vería de nuevo. Esa misma noche.

Dispusieron un lugar y una hora y colgaron con un prometedor «Hasta luego». Después de tantas dudas y tantos días perdidos habían quedado para cenar. Su corazón comenzó a recuperar el ritmo habitual, pero la sonrisa de su cara se hacía cada vez más grande. Ahora estaba convencido de que cualquiera que lo viera sabría que se había vuelto loco. No le importó, estaba bien, bienvenida la locura.

El teléfono de la mesa llevaba lo que parecían un centenar de timbrazos y no parecía dispuesto a callarse, así que extendió la mano y descolgó el auricular.

Tardaron casi una hora en llegar al club de golf Queenwood, pero cuando Saunders y él atravesaron las enormes puertas de hierro labrado, fue como si hubieran viajado al otro extremo del mundo. Habían abandonado un Londres ruidoso, abarrotado de gente y contaminación, para llegar a la vasta campiña verde de la burguesía más adinerada. Incluso hacía más calor allí que en la ciudad, tanto que ambos detectives se quitaron las chaquetas en cuanto bajaron del coche.

Un empleado del club salió a recibirlos. Vestía de blanco, con pantalones de pinzas y un polo con el logotipo de Queenwood bordado en color oro sobre el pecho. No aparentaba más de cuarenta años, pero, como llevaba bigote y el pelo rubio peinado hacia atrás al estilo de las estrellas de Hollywood de los años treinta, parecía mayor. Atravesó el revoltijo de coches de policía que copaban la rotonda ante la puerta, se presentó como Albert Brady, encargado para las visitas, y se ofreció a llevarlos hasta el lugar del crimen, en

mitad del hoyo doce, donde el director del club los esperaba.

El edificio principal, de donde el tal Brady había salido a toda prisa, se alzaba como un solitario pisapapeles en medio de un campo verde e interminable. Su fachada representaba la imagen de la elegancia clásica europea: dos plantas de piedra blanca, con las esquinas y las ventanas de piedra más oscura y el tejado de pizarra gris. Una escalinata de mármol accedía a un pórtico de cuatro columnas que daba paso al interior. Daniel creyó que entrarían por allí, pero Brady los guió, bordeando el edificio, por debajo de una terraza en la que los socios del club comentaban la última noticia, acompañando sus palabras de cócteles de champán y gestos de artificiosa preocupación. Atravesaron un jardín hasta un camino empedrado en el que los aguardaba un carrito eléctrico. El inspector sintió que su guía los había ocultado de la vista de los socios, como se oculta el servicio o las entregas de mercancías. No lo culpó. El lugar vendía a precio de oro una atmósfera idílica en la que nada malo podría suceder. No era de extrañar que los encargados del club hicieran cualquier cosa para despachar lo ocurrido de la manera más discreta posible.

Así que, a escondidas, como si llevara a bordo a los asesinos, el encargado Brady condujo el carrito eléctrico a través de las suaves ondulaciones del campo. La luz del sol se reflejaba en los charcos de agua con una intensidad cruel que atravesaba las gafas oscuras y forzaba a los agentes a entrecerrar los ojos. Daniel escuchó el canto de los pájaros en un bosque cercano y sintió la suave brisa que le alborotaba el pelo. El aire olía a limpio y a césped recién cortado.

Los grupos de golfistas detenían el juego a su paso y los observaban con gesto irritado al verse interrumpidos en su plácida tarde de ocio. Daniel se preguntó si lo ocurrido no les importaba en absoluto o si estaban tan absortos en el juego que ni siquiera se habían enterado de que un compañero,

quizás un amigo, yacía a pocos metros de distancia con un muslo reventado. Porque aún no lo había visto, pero desde que había recibido el aviso y le habían informado de quién era la víctima, no albergaba ninguna duda sobre lo que iba a encontrar.

Apenas tardaron cinco minutos en llegar a su destino: un área de unos cien metros cuadrados delimitada por un cordón policial en medio de una calle de juego. Algunos jugadores se habían acercado a echar un vistazo y cuchicheaban en una esquina, apoltonados como si buscaran la protección de los suyos ante un suceso tan ajeno a su realidad diaria. Unos metros por detrás, los caddies que esperaban a que se reanudara el juego se estiraban como suricatos para intentar ver lo que ocurría al otro lado de las espaldas color pastel de los jugadores. Para gran alegría del inspector, no había ni rastro de periodistas en la zona.

Abert Brady detuvo el carrito ante el área acordonada y los detectives descendieron. Un hombre mayor, de pelo blanco, vestido con pantalón beige y una camisa azul marino, se acercó a ellos con cara de pocos amigos. Daniel y Saunders se miraron. Ese era el director.

—Soy Alfred Hughes, director de Queenwood. Quiero que acaben con todo esto ahora mismo.

Saunders le dirigió una sonrisa cínica antes de atravesar el cordón y alejarse sin una palabra, como si aquello no fuera con él. Daniel deseó poder imitarlo.

—Soy el detective inspector Ryman, señor Hughes —se presentó—. Y me temo que vamos a tardar mucho en acabar con esto.

—¡Eso es inadmisibile! Este un club importante, los socios vienen a jugar al golf y no a ver... ver... esto.

Señaló el jaleo que se había montado a su espalda como si se tratara de un circo. En parte, así era, pero el número principal no había hecho más que empezar.

—Créame que lamento que la muerte de un hombre

importune a sus socios, señor Hughes, pero mi gente tiene que barrer la zona en busca de pistas y huellas. Si usted nos deja trabajar, acabaremos antes, si nos pone impedimentos y anda molestando a nuestro alrededor, tardaremos más.

—¡Júreme que cuidarán el césped! ¿Sabe el dinero que me cuesta mantenerlo así?

—Yo no le juro nada. Usted déjeme trabajar y punto.

—¡Están fumando! ¡Y tiran las colillas al suelo! — Hughes parecía a punto de tener un infarto, su cara había enrojecido, sudaba y le temblaba el labio inferior. Daniel llegó a preocuparse por su salud, pero no tanto como para hacerle caso.

—Seguro que sus socios también fuman.

—Pero ellos...

—Buenas tardes, señor Hughes, acabaremos lo antes posible, se lo aseguro.

El detective dejó al enfurecido director con la palabra en la boca, atravesó el cordón y se detuvo para observar el escenario a cierta distancia.

En la esquina sur, dos agentes interrogaban a tres hombres ataviados con el típico atuendo de jugador de golf: pantalón y polo de colores suaves y gorra de visera. Uno de ellos era atendido por un paramédico que le sostenía una máscara de oxígeno contra la boca.

A unos pasos de distancia, los dos guardaespaldas de Davies, aquellos a los que el inspector había visto el día anterior en el departamento, prestaban declaración, impasibles y en pie, con sus trajes manchados de sangre. La escena recordaba tanto al asesinato de Thompson que Daniel sintió que se le erizaba la piel de los brazos. No quería volver a ver una imagen como la de aquel día, pero sabía que era inevitable.

Un corro de agentes ocupaba el centro de la calle. Uno tomaba fotografías con una aparatosa cámara que parecía estallar cada vez que disparaba sus tres flashes, otros dos

permanecían en cuclillas junto al primero. Era en el centro de ese grupo donde el inspector encontraría a Davies o lo que quedara de él.

Saunders ya estaba allí, de espaldas, en medio de los agentes. Se giró hacia él y, cuando sus ojos se encontraron, negó con un gesto de abatimiento. Daniel hizo acopio de fuerzas antes de acercarse.

Lo primero que observó fue que no había charco de sangre debajo del cuerpo y que el olor metálico característico se mezclaba con el de la tierra mojada y algo más, un hedor de fondo, mucho más desagradable, que no logró identificar. La hierba aparecía teñida de marrón oscuro. El suelo había absorbido la sangre y los fluidos desprendidos por el cadáver y se había convertido en un barrizal.

Davies yacía tendido boca arriba, con los brazos en cruz y, por suerte, los ojos cerrados. La pierna derecha descansaba extendida a lo largo, pero la izquierda, entreabierta, mostraba el enorme agujero ensangrentado que señalaba el punto de entrada del proyectil.

El pantalón beige estaba empapado de sangre ennegrecida. Los jirones de tela se pegaban a la piel alrededor del orificio de entrada de la bala.

—Le reventó la femoral —dijo Saunders—. Ha sido el Fantasma.

—¿Tenías alguna duda?

Era ridículo preguntárselo siquiera. Primero había matado a Thompson y ahora a Davies. Dos de tres.

—Manda un grupo de agentes a buscar a Yates. Lo quiero bajo protección inmediatamente.

Saunders sacó el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y se alejó.

Daniel se acuclilló junto al cadáver. Había hablado con él el día anterior y ahora estaba muerto a sus pies. Por su culpa. No había previsto que el Fantasma iría a por él. De hecho, había llegado a creer que lo había contratado él

mismo, aliado con el tal Chapman o no. Su única teoría acababa de desangrarse en un campo de golf. Un hombre, por muy gilipollas que fuera, había muerto por su incompetencia. Se preguntó si el propio Davies lo habría sospechado, si imaginaría que iba a morir horas después y, de ser así, por qué no había dicho nada durante el interrogatorio.

—Mierda —susurró. Tendría que haberlo previsto.

Observó el cuerpo con detenimiento. El rostro ya no mostraba aquel rictus tan detestable de superioridad y la piel lucía pálida, perdido el atractivo tono bronceado. En aquella posición, la línea de la mandíbula ya no era tan dura ni estaba tan bien definida, las arrugas de los ojos parecían más profundas y el volumen del cabello había desaparecido, dejándolo caer mustio sobre la tierra.

—Señor.

Un agente forense, con las perneras del mono manchadas de verde hasta las rodillas, le tendió un par de guantes violetas, Daniel se los puso sin rechistar. Ya había hecho bastante daño, mejor no estropear las pruebas. Antes de que el agente se alejara de nuevo, lo llamó.

—¿Han encontrado la bala?

—No señor, aún no.

Ya aparecería, aunque tampoco era importante. Las balas del Fantasma nunca habían servido de gran cosa, calibres comunes, balas comunes obtenidas en el mercado negro, sin rastro.

Con infinito cuidado, dobló la pierna de la víctima y analizó la herida. Era como observar de nuevo el cadáver de Thompson. Por el trozo de muslo desaparecido se veía la grasa, los músculos y las venas, desgarrados y retorcidos. Esquirlas de hueso flotaban teñidas de rojo entre la sangre coagulada.

—Yates está en camino —lo interrumpió Saunders—. Uno de los compañeros de juego de la víctima lo avisó. Viene

para acá.

—No, que lo detengan, no lo quiero aquí.

El sargento miró a su alrededor, suspicaz.

—¿Crees que el Fantasma sigue en la zona?

Daniel contempló el espacio que los rodeaba. El campo era un lugar demasiado expuesto en el que todo el mundo se conocía; el asesino habría llamado la atención. A cierta distancia, sin embargo, un bosquecillo parecía el lugar ideal para ocultarse. Por otra parte...

—No —respondió—, no lo creo, no necesita exponerse. Pero ¿quién sabe? No me voy a arriesgar a que se cargue a Yates delante de mis narices. Que lo lleven a la central.

Saunders se alejó de nuevo con el móvil pegado a la oreja.

La jueza de instrucción y su ayudante se cruzaron con él y lo saludaron antes de continuar hasta el inspector y el cadáver que tenía a sus pies. Saunders se giró para mirarle el culo a la mujer, sin ningún pudor. Daniel los saludó, luchando por contener una sonrisa resignada, y se alejó para dejarlos trabajar.

Se dirigió hacia el grupo de testigos que acababan de prestar declaración. El sargento que estaba al mando, en cuya placa se leía el nombre H. Carr, era un hombre pelirrojo de ojos verdes y nariz pecosa que le hizo recordar el cabello y los ojos de Kathleen. Iba a verla un rato después. Sonrió. El sargento Carr lo miró extrañado, pero cuando el inspector posó sus ojos en él, le devolvió la sonrisa. Parecía orgulloso.

—Señor —dijo, sin dejar de sonreír—, creo que le interesará hablar con esos dos hombres.

Señaló a los guardaespaldas, que permanecían apoyados contra el lateral de la ambulancia a unos metros de allí. Fumaban sendos cigarrillos bajo la mirada incómoda de uno de los encargados del club, que parecía no querer alejarse de ellos demasiado, y de dos policías en posición de custodia.

—¿Por qué? —preguntó. Por supuesto que pensaba hablar con ellos, pero quiso saber a qué se debía el interés del sargento.

—Porque persiguieron al asesino.

Daniel parpadeó, desconcertado, convencido de que lo había oído mal.

—¿Cómo dice? —Se dirigió a los dos hombres sin esperar respuesta.

Se cuadraron al verlo aproximarse y tiraron los cigarrillos al césped, donde la humedad los apagó. El encargado del club los miró como si hubieran amenazado a su madre, pero no se atrevió a decir nada y se limitó a recoger las colillas, con gesto de asco, y a meterlas en una bolsita de plástico transparente en la que parecía haber juntado ya varias de la misma procedencia.

—¿Persiguieron al asesino?

—Sí, señor —respondió uno de ellos.

Guardaban un asombroso parecido entre sí, aunque uno era rubio y el otro moreno. Llevaban el mismo peinado a cepillo y eran altos y fuertes. Era como ver a los mismos guardaespaldas que había llevado Thompson, tanto que incluso dudó de que no lo fueran.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó al rubio, el que había respondido.

—Me llamo Andrey Tikhvinsky, señor. —Daniel se tuvo que esforzar para comprender sus palabras por encima del fuerte acento—. Soy guardaespaldas de señor Davies. Este es compañero, Feliks Pimenov.

Por lo que parecía, los socios de la TYD tenían fijación por los guardaespaldas del este. Por su dificultad para pronunciar, Tikhvinsky no llevaba en el país más de unos meses.

—Cuénteme qué ocurrió.

—Señor, oímos disparo y a mí pareció identificar la proce... proc... procedencia de detonación.

—¿Dónde?

El guardaespaldas señaló un punto concreto entre los árboles en el que ya trabajaban varios agentes. Daniel calculó unos cuatrocientos metros como mucho. No necesitó preguntar si estaba seguro, había señalado sin el menor titubeo.

—¿Y qué hicieron?

—Compañero y yo salimos corriendo a allí.

—El señor Tikh... eh... —El sargento Carr tartamudeó, incapaz de pronunciar el apellido, y se sonrojó hasta que consiguió recuperar la compostura—. Ellos dispararon al tirador, pero no le dieron.

Daniel observó a los guardaespaldas desde una nueva perspectiva.

—¿Iban armados? —Asintieron con seriedad—. ¿Tienen algún tipo de permiso para eso?

Negaron al unísono con la cabeza. El inspector se giró hacia el agente Carr, que se cuadró con una sonrisa orgullosa.

—Hemos requisado las armas y nos los llevaremos detenidos cuando terminen de prestar declaración.

Daniel asintió. Los agentes de seguridad privada no estaban autorizados a portar armas, mucho menos a dispararlas, pero lo único que lamentaba era que no hubieran acertado. Una parte oscura de su alma se alegró, en cambio, de que así hubiera sido. Esa parte quería al Fantasma para él.

—Entonces no le dieron —dijo, de vuelta al tema que le interesaba.

Tikhvinsky negó.

—Disparé dos veces, pero no conseguí dar.

—¿Pudo verlo?

—Sí, señor, más o menos. Corría entre árboles y juraría que vestía de verde, camuflaje a lo mejor, aunque no vi con claridad. También pareció que lleva gorra, pero no vi más.

Corrimos a él hasta que chocamos con valla de club. Saltamos, pero cuando llegamos a carretera a otro lado, ya no había nadie.

—¿Era alto, bajo, delgado...?

—No sabría decir, yo corría y él también. Apenas veía la figura entre árboles.

—¿Vieron algún coche en la carretera?

—A mí me pareció ver sombra verde oscura que se alejaba, señor, pero no podría asegurar —habló el moreno, por primera vez. Su acento era idéntico al de su compañero, si bien este pronunciaba mucho mejor.

El inspector se sintió decepcionado. Era lo más cerca que había estado nadie del Fantasma y no había sido suficiente.

—¿Hay algo más que consideren importante?

—Señor, si permite, asesino usó silenciador.

Daniel no le preguntó cómo lo sabía. Si los juzgaba por el mismo rasero que a los guardaespaldas de Thompson, debía asumir que habían sido entrenados en cuerpos de seguridad militar privada y que, por lo tanto, tenían el oído acostumbrado a todo tipo de detonaciones. Eso explicaba también cómo habían identificado la procedencia del disparo con tanta facilidad.

Les dio las gracias y organizó con el sargento Carr el traslado de los detenidos a Scotland Yard para prestar declaración. Luego regresó con su compañero, que lo aguardaba junto al cadáver. Daniel se colocó de espaldas a aquel. El extraño olor que había notado al llegar era cada vez más fuerte.

—¿Qué demonios es ese olor? —preguntó, arrugando la nariz.

Saunders rió y señaló un punto en el suelo a pocos metros de distancia.

—Uno de los testigos vomitó —dijo—. Este calor lo empeora.

Varios charcos de vómito se secaban al sol bajo una maraña de moscas que zumbaban en medio de una orgía de comida.

—Qué asco.

—¿Es cierto? —Saunders cambió de tema— ¿Vieron al Fantasma?

Daniel le explicó lo ocurrido. Al igual que había hecho el inspector, el sargento maldijo decepcionado al oír cómo se les había escapado.

—Han llamado a la unidad canina —dijo—. Van a revisar el bosque por si encuentran algo.

—Bien. También hay que preguntar por los alrededores si alguien vio algún vehículo sospechoso detenido en el arcén, posiblemente de color verde oscuro. Debía de estar muy cerca si consiguió desaparecer antes de que esos dos lo alcanzaran.

—Casi lo consiguen...

Daniel le dio una palmada en la espalda. Sabía, por experiencia, cómo se sentía.

Miró hacia los árboles bajo los que se suponía que el Fantasma había disparado. La zona de seguridad acordonada llegaba hasta allí. Un agente de la unidad forense se distinguía con el uniforme blanco entre tanto verde como un huevo en una ensalada César. Daniel se acercó. El agente forense resultó ser una mujer, pero, vestida con el mono completo, la capucha sobre la cabeza, la mascarilla, las gafas de protección y los guantes violetas, el inspector no lo supo hasta que habló.

—Cuidado, por favor —dijo—, aún no he terminado aquí.

Estaba arrodillada en el suelo. Recogía piedrecitas con unas pinzas y las metía en bolsas transparentes. A su lado descansaba una cámara de fotos.

—¿Encuentra algo?

—Creo que puedo asegurar que el asesino estuvo aquí

—dijo.

—¿Por qué?

La agente se quitó las gafas y la mascarilla y se secó el sudor de la frente con la manga del traje.

—La zona está aplastada, hay hojas rotas y algunas ramas. Creo que estuvo tumbado aquí.

Daniel se lamentó. Había estado allí, en el suelo que él pisaba, bajo los mismos árboles que lo cubrían del sol. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto había esperado para conseguir su tiro perfecto? Era un hombre con paciencia, lo había demostrado con creces. Pero él no.

—Estoy recogiendo muestras —continuó la agente—, a ver si tienen restos de ADN: sudor o algo así.

Daniel sintió un atisbo de esperanza. Hacía calor, ¿cómo no iba a sudar con esa temperatura?

—Gracias.

Ella volvió a ponerse la mascarilla y las gafas y retornó a su mundo de tierra y piedras.

Él regresó junto al cadáver. El cuerpo había sido introducido en una bolsa de plástico negro, aunque todavía no la habían cerrado. El rostro de la víctima, entrevisto por la abertura, lo miraba con expresión acusadora. «Yo lo tenía todo», parecía decir, «y lo perdí por tu culpa». Daniel asintió.

El personal de la morgue cerró la bolsa y procedió a trasladarla hasta la furgoneta. Daniel echó una nueva ojeada alrededor. Primero había caído Thompson, ahora Davies. Después vendría Yates, sin ninguna duda, a no ser que hiciera algo para evitarlo. Y la única pista de la que disponía a esas alturas era Peter Chapman.

Regresó junto a Saunders y le preguntó por el último socio con vida de la TYD. Su compañero confirmó que había sido interceptado en la entrada del club. Lo estaban trasladando, entre airadas protestas y amenazas, a un hotel del centro, donde lo hospedarían junto a su familia. Habría dos policías en la misma habitación y un equipo que

patrullaría los pasillos y el exterior. El jefe había dado el visto bueno por teléfono. Por el momento no se podía hacer más. Esa noche, por otra parte, Daniel tenía planes, aunque debía admitir que no estaba del mejor humor posible para enfrentarse a una primera cita, si es que se podía considerar así a cenar con una mujer con la que ya se había acostado.

—Me voy —le dijo a Saunders—, tengo una cita.

Su compañero alzó una ceja interrogante.

—¿La pelirroja?

Daniel se sorprendió al notarse sonreír.

—Te veo mañana.

18,
Viernes, 27 de mayo – 19:33 h.
Shephard's Arms. Londres

Kathleen tomó aire antes de entrar al restaurante. Tenía el pulso acelerado y un nudo en el estómago que la hacía dudar de si sería capaz de comer algo.

El día había ido tomando matices surrealistas a medida que pasaban las horas: el trabajo de Davies, los disparos de los guardaespaldas, la huida, la llamada de Daniel y, sobre todo, que aceptara aquella cita insensata. Había que estar loco para hacer algo así, pero en su favor debía decir que estaba demasiado nerviosa como para pensar con claridad. Acababa de escapar de una persecución y, de repente, sonaba el teléfono y era él. Él. Había insistido en quedar con ella y sonaba tan encantador que, al escucharlo, había podido ver su sonrisa como si lo hubiera tenido sentado a su lado, en el coche, huyendo después de... Bueno, algo en su interior la había traicionado y se había descubierto aceptando la invitación, cualquier cosa con tal de acabar con esa llamada. El resto del trayecto a casa lo había realizado maldiciéndose por estúpida, pero también con el familiar revoloteo de las mariposas en el estómago y esa sonrisa que él le dibujaba en los labios sin que ella pudiera hacer nada para borrarla.

Habían pasado tres horas desde entonces y, en ese momento, ante la puerta del local y los fumadores que se arracimaban a su alrededor, se planteó escapar de allí. Era lo

más sensato, pero no fue capaz de hacerlo; como no había sido capaz de faltar a la cita ni de darse la vuelta ninguna de las veinte veces que pasó junto a un desvío con el coche y se dijo que lo tomaría pero no lo tomó.

Miró el reloj. Llegaba con dos minutos de retraso. Se preguntó si él estaría ya en el interior del local. La puntualidad era algo que había llegado a apreciar; la gente que cumplía sus horarios lo hacía todo más sencillo. Si no era el caso, aprovecharía para tranquilizarse y repasar la conversación tal y como la tenía prevista: se disculparía por lo ocurrido, buscaría alguna manera de rechazarlo, con educación, y se despediría de él para siempre. Adiós, ha sido un placer.

Entró.

El Shephard's Arms era un local elegante de paredes beige adornadas con fotografías en blanco y negro de escritores antiguos, actores clásicos y músicos de jazz. Una docena de mesas de madera oscura se dispersaban en un cierto desorden, cada una iluminada por una lámpara de techo que limitaba su claridad al círculo de luz debajo de la misma y hundía el resto de la sala en una penumbra íntima.

Daniel la miraba desde una de las mesas centrales. Kathleen avanzó hacia él, esforzándose por ignorar el nudo que le retorció el estómago. Lo consiguió, en cierta medida, hasta que volvió a tener delante sus ojos. En ese momento, el nudo se retorció más y ella sintió que se ahogaba sin aire y sin remedio. Y que sonreía, de nuevo, como una idiota.

—Hola. —Daniel se levantó para saludarla con un beso en la mejilla. El corazón se le desbocó cuando él le posó la mano en la cintura en un gesto casual—. Me alegro de verte.

—Yo a ti también.

Se sentaron. Un camarero con pajarita y chaleco negro acudió a la mesa. Daniel tenía una botella de Adnams Bitter ante su plato y ella pidió una Ghost Ship de la misma marca.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, acabo de llegar.

Estaba más atractivo que nunca, con el pelo encrespado y una sombra de barba que le resaltaba las facciones y los ojos, plateados bajo la tenue luz del restaurante. Una camisa negra, con las mangas recogidas a la altura del codo, le marcaba la línea de los brazos de una manera que la obligaba a esforzarse para escuchar sus palabras. «Si tan solo tuviera otra profesión», pensó por enésima vez, «cualquier otra, da igual, cualquiera menos esa.»

El camarero le llevó la bebida y dejó las cartas antes de desaparecer de nuevo. Ella abrió la suya.

—Bueno, ¿qué me recomiendas?

—En realidad, nunca he comido aquí. —Kathleen levantó la mirada, sorprendida. Él había propuesto el restaurante, por lo que ella había imaginado que lo conocía. Él rió al darse cuenta de su perplejidad—. Lo he visto muchas veces al pasar por delante y siempre había querido venir. Como vivo aquí al lado...

Ella asintió con una sonrisa. Era muy consciente de que había elegido un restaurante a menos de doscientos metros de su casa. Aquella en la que habían pasado su primera y única noche juntos, mágica y catastrófica al mismo tiempo.

—Tienes una bonita casa —comentó, con la sensación de estar diciendo una tontería.

—No es gran cosa. —Él alzó un hombro con gesto humilde—. Demasiado pequeña y la tengo hecha un desastre, pero siempre quise vivir en este barrio.

—No debe de ser barato.

Él negó con una elocuente carcajada.

—No, desde luego que no. Se me va el sueldo en el alquiler, pero bueno, no tengo muchos más gastos aparte de ese. Me paso la vida trabajando, ya no fumo, salgo poco, voy al gimnasio en la central...

Kathleen bebió un trago de cerveza y se ocultó tras el menú para no responder a la mención a su trabajo. Se

preguntó, una vez más, qué demonios hacía allí. No importaba lo mucho que le gustara ni lo bien que lo hubiera pasado la otra tarde ni, desde luego, lo bien que lo había pasado por la noche. Él era policía, el inspector que llevaba la investigación de sus trabajos, y no se le ocurría un motivo mejor para cortar por lo sano con aquella locura.

—Creo que te debo una disculpa por lo ocurrido el otro día.

La voz de él interrumpió sus divagaciones.

—¿Qué? No, por favor. —Ella negó, gesticulando con las manos—. No tienes por qué.

—Sí. Pensé que sabías a qué me dedico. Además, no conocía la historia de tu padre, me la contó Aaron el otro día y yo... Entiendo que te cogiera por sorpresa y que... Bueno, no sé, que no quieras saber nada de la policía. Es lógico tras lo que le pasó a tu familia.

Ella exhaló un suspiro. La historia de la muerte de su padre le había resultado de gran utilidad en varias ocasiones. Ahora lo sería de nuevo.

—No es que no quiera saber nada de la policía —mintió—. Pero es un tema doloroso, no me gusta hablar de ello.

Se aseguró de cortar cualquier tentación que él tuviera de preguntarle por lo ocurrido. Si había algo de verdad en esa historia era que no le gustaba hablar de ella. Pero él respondió justo lo que esperaba oír.

—Por supuesto que no, lo comprendo. Poca gente lo entenderá mejor que yo. —Sus ojos se nublaron en el recuerdo de los amigos caídos. Ella permaneció en silencio hasta que regresó con una sonrisa tímida, algo avergonzada, incluso—. En cualquier caso, siento que tengo que disculparme por no habértelo dicho con antelación. Lamento que lo descubrieras así.

Ella sonrió. Imaginó que se abalanzaba sobre él por encima de la mesa, que se arruinaba la vida en su boca, entre sus labios, sin importar lo que tuviera que pagar por

ello. La llegada del camarero para tomar nota del pedido interrumpió esa peligrosa línea de pensamiento.

—No —respondió, cuando el chico se marchó de nuevo—. No tienes que disculparte de nada, de verdad. Es un problema mío y tú no tenías por qué saberlo.

—Gracias. —Él sonrió con alivio—. ¿Entonces? ¿Nos olvidamos de mi trabajo y fingimos que soy vendedor de seguros?

Ella estalló en una carcajada.

—No, por Dios —rió. Luego se puso seria de nuevo— No, esta es una buena oportunidad para quitarme ese peso de encima, ¿no crees? Háblame de ello, ¿por qué te metiste a policía?

Daniel esbozó una sonrisa nostálgica.

—Mi padre era policía —dijo, como si eso lo explicara todo—. Creo que va en los genes, ¿no crees? Seguro que sabes a lo que me refiero. Cada noche, cuando llegaba a casa, nos contaba a Aaron y a mí lo que había hecho durante el día. Supongo que lo adornaba mucho. Desde luego se saltaba las peores partes, que en aquellos tiempos no serían pocas, pero para los oídos de un niño sonaba fascinante. Perseguir a los malos y todo eso.

Sus ojos brillaban mientras hablaba y Kathleen pudo leer en ellos la pasión que sentía por su trabajo, una pasión que debería bastar para que se decidiera a levantarse de la mesa y salir corriendo, pero que, en cambio, de un modo complicado y retorcido, la ayudaba a sentirse más cerca de él. Trató de convencerse de que ambos se dedicaban a lo mismo: a castigar a los malos. A los malos de verdad.

¿Verdad?

—Tu padre estará contento, ¿no? Tú eres policía y Aaron, abogado.

Daniel se echó a reír.

—Oh, lo de mi hermano es otra historia. Cuando le dijo a mi padre que iba a estudiar derecho casi lo mata del

disgusto. —Kathleen arqueó las cejas—. Los policías y los abogados siempre nos estamos peleando, nosotros cogemos a los malos y ellos los sueltan. Es lo peor.

Ella sonrió y él volvió a bajar la mirada.

—Yo siempre supe que quería ser policía, como mi padre, pero él me alentó a que fuera más allá y me hiciera detective. —Tras un segundo de silencio añadió—: Aunque a veces es duro.

Un silencio, como una penumbra, se extendió sobre la mesa. Kathleen conocía el motivo de esa oscuridad. Se debía a ella y a su trabajo de unas horas antes. Quiso decirle que lamentaba lo que había hecho, pero, por supuesto, no pudo.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Él volvió a centrarse en ella, al tiempo que negaba con una sonrisa comprometida.

—Nada, perdóname. Cosas de trabajo. No pienso arruinar esta cena hablándote de algo que odias. Ya lo haré cuando llevemos años juntos y estés harta de mí.

Ella rió. Su estómago se había retorcido un poquito más, aunque pareciera imposible, y su mente gritaba «¡sí, sí!» a aquel futuro imaginario.

—No, venga, es importante para ti. ¿Qué ocurre?

Él negó. Guardó silencio unos segundos, pero luego suspiró con resignación.

—Hoy ha muerto un hombre y no supe ver que iba a ocurrir.

Ella luchó por arrinconar la culpabilidad en lo más hondo de su mente.

—¿Por qué deberías haberlo visto?

El camarero apareció con los platos. Cuando volvieron a quedarse solos, Daniel respondió a la pregunta.

—Mataron a su socio hace unos días —dijo—. Yo llegué a creer que había sido él, lo interrogué y estaba convencido de que era culpable de algo, pero ahora está muerto y siento que es culpa mía. Me equivoqué por completo.

—No eres culpable.

No fue una pregunta, pero él afirmó.

—Lo soy —dijo—. Quizá no directamente, pero si lo hubiera previsto él estaría vivo. Mañana tengo el funeral de la primera víctima. Estarán allí su familia y los amigos, gente que también conocía a la segunda, y querrán saber por qué demonios no he cogido al asesino y por qué no evité que sucediera.

Inspira... espira...

Ella era la culpable. Ella, no él. Deseó poder decírselo, explicarle el quién y el cómo y el porqué. Decirle que él no podría haberlo evitado aunque lo hubiera sabido. Como no podría evitar...

—Piénsalo un momento —susurró, con el alma atenazada en un puño de culpa—. ¿Lo habría sabido cualquiera? ¿Alguien habría imaginado que eso iba a ocurrir?

Con una sonrisa triste, él levantó la vista hacia ella. Bebió un trago de cerveza y Kathleen notó que se relajaba.

—Supongo que no.

Ella sonrió triunfal y bebió como había hecho él. Culpa. Qué gusto tan extraño en la boca, que hasta distorsionaba el sabor de la cena. Qué sensación tan desconocida después de años relegándola hasta hacerla desaparecer. Tras su primer asesinato había pasado tres días llorando, tan angustiada por lo que había hecho que rezaba por ver llegar a la policía ante la puerta de su casa. Deseaba confesar y gritar que había sido ella, que la detuvieran y le arrancaran aquel dolor que sentía y que no la dejaba respirar; pero nunca lo hicieron. Poco a poco, la culpa se había desvanecido como el rocío a lo largo de la mañana. Hasta ahora. Ahora volvía a sentirla, pero no por los hombres a los que había matado ni por los que mataría después, sino por el daño que le hacía a aquel que tenía delante.

—Bueno, basta ya —exclamó él, con un ímpetu que la sobresaltó—. No me puedo creer que estemos hablando de

estas cosas. Aaron siempre me reprocha que no hablo más que de trabajo y me niego a que tenga razón.

Ella rió.

—¿No lo hacemos todos?

—Tú no —negó él—. Háblame de tu empresa.

Ella bebió un nuevo trago. Más mentiras, justo lo que no quería.

—Apenas puedo contar nada —dijo—. No te imaginas la cantidad de acuerdos de confidencialidad que tengo que firmar cada vez que alguien me contrata.

Quiso creer que aquello podría considerarse una verdad a medias.

—Ya supongo. Lo sabes todo de ellos, ¿no? —Ella alzó una ceja en un gesto afirmativo—. ¿Cómo funciona? ¿Eres hacker o algo así?

—Todo lo hace mi socio, Jason, él es el informático. Yo me encargo de... —Buscó la manera de evitar una nueva mentira—. Solucionar los problemas de mis clientes.

Daniel asintió.

—El trabajo sucio —resumió con una sonrisa.

Ella se llevó un trozo de comida a la boca para no responder. Su acompañante no se imaginaba hasta qué punto era apropiada esa definición.

—¿Eso te absorbe tanto? —preguntó él mientras ella masticaba—. El otro día dijiste que viajas mucho.

—Sí. Parecen asuntos a vida o muerte. Cuando tengo un trabajo no existe nada más.

Daniel sonrió y ella lo imitó sin entender por qué hacía eso: dobles sentidos, jugar a un juego del que solo ella conocía las reglas.

—Mi trabajo domina mi vida, supongo —continuó—. Igual que el tuyo.

Como una bombilla en un dibujo animado, se dio cuenta de que acababa de encontrar la solución: asustarlo, que sintiera que ella nunca le daría lo que necesitaba, que nunca

lo pondría en el primer lugar de las prioridades de su vida. Quizás así fuera él quien se alejara de ella y le evitara tener que reunir fuerzas para alejarlo por sí misma. Era una buena idea.

—Por eso no tengo demasiado éxito en las relaciones — concluyó.

—Qué me vas a contar —dijo él—. Mi exmujer siempre me echó en cara que anteponeía mi trabajo a cualquier cosa.

Le dirigió una mirada seria, dispuesto a entrar en temas personales. Ella reprimió un suspiro y se lanzó al vacío.

—¿Cuánto llevabais juntos?

—Once años.

Ella silbó con admiración. Once años sonaban a una vida entera.

—¿Os separasteis por el trabajo?

—No. Bueno, no lo sé. Nos separamos porque descubrí que ella llevaba casi un año con un amante y que no era el primero que tenía. Dijo que lo había hecho por mi trabajo, que me absorbía y que se sentía sola. Que no le prestaba atención... —Bebió un trago de cerveza, y, de repente, se echó a reír—. Vaya, quizá no debería haberte dicho eso...

Kathleen rió también. ¿Un hombre que no le prestaba demasiada atención? No se imaginaba lo bien que le vendría algo así.

El camarero apareció para retirarles los platos y ofrecerles el listado de postres. Cuando se retiró, ninguno tenía ganas de retomar la misma conversación, así que se desviaron hacia otros temas más triviales, que continuaron durante el postre y después.

Hablaron de gustos que compartían, de música, de cine, de literatura, de viajes. Pero Kathleen se sentía cada vez más incómoda. Lo ocurrido la primera noche se había debido a un arrebató de pasión, pero allí estaba de nuevo, a punto de tropezar con la misma piedra. Pese a que todavía tenía en mente su brillante plan de disculparse, buscar una excusa y

no volver a verlo, no se sentía capaz de llevarlo a cabo. Le gustaba ese hombre, el modo en que brillaban sus ojos y los hoyuelos que se le marcaban junto a la boca al sonreír. Le gustaban sus manos, grandes, apoyadas con descuido sobre la mesa, jugueteando con los dedos sobre el cristal de la copa, y el recuerdo que guardaba de ellos sobre su cuerpo.

—Disculpen. —El camarero se acercó por última vez—. Estamos a punto de cerrar. ¿Desean algo más?

Kathleen y Daniel miraron sus relojes al unísono para descubrir, con la misma sorpresa, que eran más de las once de la noche. Las horas se habían esfumado en algún momento sin que se percataran de su ausencia.

Solicitaron la cuenta. Él quiso pagar, ella se negó, él insistió y, al final, ella se lo permitió. Pero volvió a sentir aquella culpabilidad, consciente de que tenía mucho más dinero que él, consciente, casi por primera vez, de lo sucio que era ese dinero. Manchaba y olía mal, tanto como para no querer gastarlo en una cena con él, como si al hacerlo se arriesgase a estropearla, a mancharla, también, de sangre.

La noche era fresca, pero no tanto como habían sido las anteriores. La primavera había decidido hacer acto de presencia un mes antes de que llegara el verano. No había nubes, la luna se escondía tras los edificios, las estrellas sucumbían a la luminosidad de la ciudad y la polución, y el cielo no era más que un reflejo anaranjado sobre sus cabezas. Era una noche preciosa.

Se detuvieron en la puerta del restaurante. Ella lo observó sin saber qué decir ni qué hacer. Su corazón deseaba que propusiera una última copa en su casa, tan cercana, su cabeza le exigía a gritos que saliera de allí a toda velocidad con un *gracias* y un *hasta nunca*.

—Oye yo... —Daniel se rascó la cabeza en un gesto infantil que la hizo sonreír, aunque vio en sus ojos que se aproximaba un momento incómodo, lo vio acercarse como si estuviera en medio de un túnel y oyera el silbato del tren

que la arrollaría sin remedio—. El otro día no terminó como habría querido, pero... Bueno, me gustas desde que te conocí, siempre esperaba que estuvieras en los cumpleaños y las fiestas... Aunque estaba casado y nunca habría... Bueno, da igual, el otro día me lo pasé muy bien, esta noche también y...

—Yo también.

No. Eso no era lo que tenía que decir. ¿Por qué no era capaz de ceñirse al guión que había escrito en su mente mientras se dirigía hacia allí?

—Me alegro. —Él rió—. El caso es que... Bueno, ya sabes lo que soy, lo que hago y mis antecedentes con mi ex, pero...

Ella tragó saliva, lo iba a decir. No quería que lo dijera, pero se moría de ganas de que lo dijera. Aguardó con el pulso desbocado, deseosa de poder utilizar su técnica de respiración sin que él se diera cuenta.

—Me gustaría llamarte algún día, que volviéramos a vernos y salir juntos. ¿Se dice así todavía? Suena un poco ridículo, pero no sé cómo...

Ella se rió. Sí, sonaba ridículo, pero tampoco sabía de qué otra manera expresarlo. Él esperaba una respuesta que ella no era capaz de dar. El caos de voces opuestas en su cabeza no la dejaba pensar: «Sí» y «no», «llévame a tu casa» y «no puedo volver a verte», «me gustas más de lo que me ha gustado nadie nunca» y «yo soy el asesino al que buscas»

—A mí también me gustas —dijo—. Mucho, la verdad, pero... Ya te lo he dicho, siempre estoy ocupada con el trabajo y...

Se le estaba rompiendo el corazón, lo oía, se le rompía con cada palabra que pronunciaba, viendo sus ojos decepcionados y notando la tristeza en su propia voz. ¿Por qué no podía decirle que sí?

—Lo sé —dijo él—. Yo también. Quizá no sea fácil, pero

creo que vale la pena intentarlo. Hace tanto que no me sentía así, ¿sabes?

Ella afirmó. Lo sabía, le pasaba lo mismo, sentía lo mismo que él. ¿Por qué no podía decirle que sí?

—¿Me acompañas al coche?

Él la miró. Su pregunta había sonado a despedida y así lo había entendido, pero no era una despedida, no era un sí ni un no. Kathleen no podía darle una respuesta porque ni ella misma la sabía. Por eso quería ir a por su coche, porque el movimiento le daría tiempo para pensar, porque, en el peor de los casos, podría meterse dentro y escapar.

No sirvió de nada. Cuando se detuvieron junto al Toyota volvieron a estar como antes, mirándose en silencio. Él aguardó a que ella dijera adiós. Ella alzó la cabeza para mirar los ojos grises que había visto cada noche en sus sueños y, poseída por algo que no supo identificar ni impedir, se alzó de puntillas y lo besó.

Sus labios la acogieron con calidez. Él la estrechó contra su cuerpo y fue fantástico volver a estar ahí, donde llevaba días soñando con regresar.

—¿Eso es un sí? —preguntó él cuando se separaron.

Ella asintió con una risa nerviosa. Él no dijo más, posó ambas manos en sus mejillas y la atrajo para besarla de nuevo.

Aunque su cerebro se desgañitó dentro de la cabeza, ella ya no lo oyó, porque todo lo que no fuera aquel beso dejó de significar nada.

—¡No me llamaste!

Jason estaba histérico. Su cara se había puesto roja y la vena del cuello palpitaba enfurecida bajo los mechones de pelo que la acariciaban con cada sacudida.

—¿Sabes la noche que he pasado?

La cocina había encogido bajo la ira del informático. En

la mesa de desayuno Kathleen también se sintió encoger. Jason se había presentado hecho una furia y su enfado se había impuesto a todo lo demás. Incluso la mañana se había sometido a él: las nubes habían cubierto el cielo, los pájaros del jardín no cantaban, Puck y Sabriel presenciaban la bronca descomunal que se estaba llevando su dueña, atentos por si en algún momento tenían que intervenir. El desayuno que había preparado con una sonrisa en los labios, canturreando feliz, se enfriaba en la mesa. Los recuerdos que la habían hecho sonreír: las palabras, los besos, la promesa de otras noches juntos... La rabia de Jason lo había borrado todo de un plumazo. Lo peor era que no podía enfadarse con él, porque tenía razón. Y la cosa se pondría mucho peor cuando le contara que el motivo por el que no había llamado la tarde anterior, después de lo de Davies, era porque no sabía cómo contarle que iba a cenar con Daniel. Eso tendría que ser otro día, cuando estuviera más calmado.

—¿Dónde coño estabas? —continuó él, ajeno a sus preocupaciones—. Te llamé en cuanto lo vi en las noticias. Esos cabrones te dispararon... ¡Joder, y no vienes por la base ni se te ocurre llamarme para decir que estás bien!

—Jay, lo sien... —Era la tercera vez que intentaba disculparse. Al igual que las anteriores, su socio la interrumpió con un grito.

—¡No me digas que lo sientes! Tenías el móvil apagado. No tenía noticias tuyas desde que saliste para Queenwood y lo primero que oigo es que te han disparado...

Se sentó de nuevo. Llevaba todo el rato así, arriba y abajo, inquieto. Dando vueltas por la habitación y volviéndose a sentar.

—Vine a buscarte, pero no estabas en casa... No conozco tus armas, no podía saber si habías devuelto el rifle, pero tu coche no estaba en el garaje. Sabía que no te habían cogido, pero te imaginé desangrada en cualquier cuneta... Hasta llamé a Quint para ver si habías devuelto la furgoneta

al parking. Me dijo que ya la tenía y le pregunté si había sangre dentro. —Se echó a reír. Kathleen se preguntó, con un atisbo de preocupación, si estaría perdiendo la cabeza—. Se asustó tanto, tendrías que haberlo oído, me preguntó qué demonios había pasado y por qué tendría que haber sangre... Pero dijo que no, que estaba limpia.

—Lo siento.

Al fin consiguió decir la frase entera. Quiso aplaudir cuando él se limitó a mirarla en lugar de gritar otra vez.

—¿Dónde estabas?

—Dando vueltas con el coche. —Más mentiras, llevaba días mintiendo a todo el mundo—. Tú no estabas cuando traje el arma. No sabía qué hacer, estaba histérica, así que cogí el coche y me fui a dar una vuelta.

—¿Por qué no me llamaste cuando volviste?

—Necesitaba estar sola, Jay. Tenía que recuperarme del susto y me metí en la cama sin pensar. No creí que te hubieras enterado de lo ocurrido.

—Salió en todas las noticias.

—Lo siento.

—¿Por qué demonios tenías el móvil apagado?

—Con los nervios me olvidé de cargarlo —mintió otra vez y volvió a saborear el amargor de la culpabilidad en la lengua. No podía recordar la última vez que había mentado a su socio, pero ya llevaba tres en tres frases—. Se me quedó sin batería, lo vi esta mañana, lo siento.

Jason se levantó para acercarse a la silla que ella ocupaba. Algo en su mirada la hizo levantarse también.

—¿Estás bien? —preguntó él, casi en un susurro.

Era la cuarta vez que se lo preguntaba. Ella, de nuevo, contestó que sí, que no había pasado nada. Jason la abrazó. Ella le devolvió el abrazo y cerró los ojos.

Daniel.

Los abrió de nuevo.

Menuda noche. Había acudido a la cena con el plan bien

preparado, convencida de que la primera tarde que habían pasado juntos no había sido tan buena como la recordaba. Pero, en cuanto posó los ojos sobre él, todo regresó: su mirada, su sonrisa... ¿Cuánto tiempo habían estado hablando? Las horas pasaban tan rápidas con él... Hablaron de todo, de sus gustos, de sus vidas, incluso de trabajo. No había querido entrar en detalles, pero le había hablado de la muerte de Thompson y de la de Davies y de la culpabilidad que sentía por no haber podido evitar la segunda ni coger al culpable de la primera.

La sonrisa se le borró de la cara al recordarlo. Se separó de su socio, que la miró con una expresión dolida.

—Anoche... te eché de menos. Aparte del miedo a que te hubiera pasado algo, me refiero a...

Ella se alejó. Sabía a lo que se refería.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—. Estaba demasiado nerviosa. No tenía cuerpo para...

—Bueno —rechazó él con un movimiento de la mano—. Lo importante es que no te pasó nada y que el trabajo salió bien.

Ella cambió de tema.

—¿Qué dicen las noticias?

Él se dejó caer en una de las sillas, alargó la mano sobre la mesa y cogió el vaso de zumo de naranja que ella aún no había tocado.

—Se ha armado un buen revuelo —dijo, tras dar un trago—: dos socios de TYD asesinados, la bolsa está cayendo en picado.

—Qué barbaridad.

No se le había ocurrido que fuera a afectar a la bolsa, pero supuso que tenía sentido; la TYD era una de las mayores empresas de Londres, así que la muerte de dos de sus socios tenía que verse reflejada en su cotización y, por ende, en la de las demás, como una de esas figuras hechas con piezas de dominó.

—Está en todos los periódicos —prosiguió Jason—. Los guardaespaldas son los héroes del día y tu novio sale muy guapo en las imágenes del club.

Kathleen giró la cara hacia otro lado para evitar la mirada de su socio, pero después se echó a reír. No era la primera broma que sufría a costa del encuentro inicial con el detective. Cada una había obtenido una risa o un comentario enfadado, de modo que supuso que era la reacción que esperaba de ella. La sonrisa cómplice de Jason le dijo que había acertado. Aunque no podría rehuir el asunto eternamente, tendría que decírselo tarde o temprano y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

—Hoy va al funeral de Thompson —continuó él.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Había bajado la mirada al recordar la conversación, pero de un golpe la volvió a levantar. Acababa de meter la pata.

—Sí. Lo oí en las noticias por la radio del coche.

Jason la observó con extrañeza. Ella nunca oía la radio, menos aún en el coche, donde siempre llevaba la música a todo volumen. Kathleen cambió de tema antes de que le exigiera más explicaciones.

—¿Qué hay de Yates?

—El último socio —dijo él, como si ella no lo supiera ya—. Se lo han llevado a un hotel del centro. Tiene varios policías en la habitación y una patrulla recorriendo el lugar todo el día.

—Bueno, eso no me preocupa.

Trató de aparentar tranquilidad. Hasta logró dibujar una sonrisa confiada que su socio no le devolvió.

—Te preocupará cuando veas la disposición del hotel y la habitación que le han dado. Va a ser difícil acceder a él.

Ella bebió el zumo de naranja que quedaba en el vaso. El resto del desayuno se enfriaba a la espera de que se decidiera a tomarlo. Cogió los cubiertos, con desgana. Debía

comer, pero no tenía hambre.

—Además, debes saber que tu inspector se acerca — prosiguió él—. Ya ha llegado a Chapman.

—¿Qué? —Ella se detuvo con el tenedor a medio camino de la boca. Daniel no había mencionado a Chapman durante la cena, ni siquiera que tuviera un sospechoso. Eso sí la preocupó. Un trozo de huevo revuelto cayó al plato y salpicó yema amarilla sobre la mesa, pero nadie le prestó atención—. ¿Cómo?

—Encontró los correos que se intercambiaron él y Thompson, ¿te acuerdas? Chapman lo amenazaba. Eran bastante explícitos.

Los recordaba, pero *explícitos* no era la palabra que ella habría utilizado. En su lugar habría elegido *inculpatorios*.

—Irás esta tarde a Scotland Yard —concluyó él—. A prestar declaración.

—¿Puede hacernos daño?

—No.

19,
Sábado, 28 de mayo – 14:47 h.
New Scotland Yard. Londres

Desde la oscuridad tras el cristal unidireccional de la sala de interrogatorios, el inspector Ryman observó al hombre que, en aquel momento, ostentaba el título de sospechoso número uno de las muertes de Thompson y Davies. De estatura media, grueso, pelo ralo y bigote canoso, Peter Chapman mantenía la compostura. Sus ojos oscuros miraban alrededor con una curiosidad no exenta de cierto aburrimiento.

La puerta de la sala de observación se abrió y el cristal reflejó a Saunders al entrar en ella.

—No parece muy preocupado —constató.

—En absoluto —confirmó el inspector.

—¿Qué tal el entierro esta mañana?

Daniel gruñó. Había ido todo lo mal que cabía esperar.

—Imagínate —resumió—. La viuda de Thompson estaba destrozada, parecía totalmente ida, y la hija de Davies me miraba como si yo hubiera apretado el gatillo. Además, varios amigos suyos no dudaron en preguntarme por qué no había hecho nada para evitar su muerte.

—Joder.

—Sí. Una mierda. Encima estaban el alcalde, algunos ministros, todos los jefes... Ya sabes, sin presión.

Saunders dejó escapar un bufido que bien podía ser una risa o una maldición. Daniel decidió cambiar de tema.

—¿Qué tal tú, abajo?

El sargento había visitado la morgue mientras su superior hacía acto de presencia en el entierro. Sacudió la cabeza.

—Nada que no esperásemos. La herida en la femoral lo desangró en pocos minutos. Mismo calibre de bala, pero, según los efectos en la pierna, Burakgazi asegura que estaba mucho más cerca, e incluso que usó un arma distinta a la de Thompson. Lo confirmarán en balística.

Daniel asintió. Como había dicho su compañero, nada que no esperasen.

El crujido de una silla en la sala contigua llamó la atención de los agentes sobre Peter Chapman.

Daniel activó el sistema de grabación antes de cambiar de lado del espejo y ocupar el asiento frente al sospechoso.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector Ryman? —interrogó este cuando terminaron con el protocolo de identificaciones.

Daniel no se sorprendió de que hablara. Llevaba más de una hora solo en aquella habitación y el aislamiento provocaba ganas de hablar. Lo que le sorprendió fue la pregunta. Cada vez que seguía aquel protocolo lo primero que escuchaba era una protesta.

—Antes que nada, le agradezco que haya venido con tanta premura, sé que regresó de París anoche a última hora.

—Sí, es cierto. Pero quería acabar con esto cuanto antes. No resulta un trago agradable.

—No, desde luego que no. Como sabe, investigamos los asesinatos de Arthur Thompson y Anthony Davies, ¿los conocía?

—Sí, claro.

Ratificó la afirmación con un gesto de la cabeza, pero su rostro no mostró ningún reconocimiento fuera de lo ordinario.

—¿De qué?

—Trabajamos en el mismo ramo, inspector, nos

conocemos todos. Aunque eso usted ya lo sabe.

Daniel sonrió. Aquel hombre generaba una buena primera impresión, todo lo contrario que Davies. Era educado, iba directo al grano y parecía dispuesto a colaborar. No se correspondía con las sospechas que manejaba, pero algo en su actitud, quizá, precisamente, la ausencia de nerviosismo, le hizo temer que aquellas fueran correctas.

—También sé que no se llevaban muy bien.

Chapman ni siquiera pestañeó.

—Eran unos hijos de puta de los peores, si me permite la expresión.

Por segunda vez, Daniel se sorprendió. Tal honestidad no era habitual en un sospechoso, pero, además, el exabrupto no encajaba con la imagen que aquel proyectaba. Supuso que algo gordo habría sucedido entre ellos para que rompiera su buena educación con una grosería de tal calibre.

—Sospecho que no ha lamentado su muerte.

—En absoluto. Quienquiera que lo haya hecho tendrá mi eterno agradecimiento.

—¿Lo hizo usted?

—¿Yo?

El inspector buscó en los ojos de su interlocutor cualquier indicio de culpabilidad, victoria, implicación... Pero no vio nada de eso, ni de ninguna otra cosa. Era una cara de póquer perfecta.

—¿Me cree capaz de realizar esos disparos? —preguntó Chapman con una sonrisa.

—Por supuesto que no, pero el dinero puede comprar gente muy hábil para casi cualquier cosa.

Chapman asintió con la cabeza.

—Cree que contraté a alguien para matar a Thompson y a Davies. Ojalá se me hubiera ocurrido, pero ¿por qué yo? Debían de tener un millón de enemigos.

—Dígame usted. —Daniel abrió la carpeta que se encontraba sobre la mesa. Sacó de ella unos papeles que

colocó ante el entrevistado, al tiempo que recitaba las pruebas que contenían—. Este es un correo electrónico que le envió al señor Thompson tres semanas antes de su muerte. En él parece estar usted muy enfadado. Leo textualmente: «Has ido demasiado lejos», «os enseñaré a manteneros alejados de mí, de mi empresa y, sobre todo, de mi familia»

—Sí, sí, no hace falta que siga, lo recuerdo. —Chapman lo interrumpió con un gesto aburrido de la mano.

—¿Qué le habían hecho el señor Thompson y el señor Davies para que estuviera usted tan enfadado?

—El señor Thompson, como usted lo llama, y el señor Davies y el señor Yates, que no se nos olvide, estaban empeñados en robar mi empresa. —Se incorporó en la silla e inclinó el cuerpo hacia delante—. Durante bastante tiempo insistieron de manera hartó desagradable en que querían quedarse con ella. Me ofrecieron algún dinero, mucho menos de lo que vale, desde luego...

—Pero usted se negó a vender.

—¡Por supuesto! —Ratificó la afirmación con un golpe seco sobre la mesa, luego continuó sin despegar la mirada de los ojos del inspector, que había tomado nota mental del ataque de rabia—. Esta empresa la fundó mi tatarabuelo. Sería una deshonra.

—Y eso no les gustó.

—Oh, no. —Tras recuperar la compostura, volvió a recostarse en la silla, con gesto sarcástico—. No estaban acostumbrados a perder en ninguna situación, así que... bueno... Supongo que ha oído lo que le ocurrió a mi socio, Leonard Jenkins.

—Cuéntemelo usted.

Chapman inclinó la cabeza, solícito.

—Mi socio salía de su casa un viernes por la noche, acompañado de su mujer, y dos... «ladrones»... —Pronunció aquel término con una entonación que distaba mucho de

mostrar conformidad con él— ...los atracaron en plena calle. Les robaron todo lo que llevaban y le dieron una paliza de muerte. Si no hubiera sido por los gritos de Martha..., Martha es su mujer, si no hubiera sido por ella, él habría muerto en la acera.

—Usted cree que fue cosa de los socios de TYD.

—No es que lo crea. Aquellos tipos le dijeron que si no vendíamos, la próxima vez sería peor.

Daniel se irguió en la silla.

—¿Tiene alguna prueba de eso?

—Por supuesto que no. Solo sé lo que me ha dicho él en el hospital las pocas veces que lo he encontrado consciente.

—Bebió un trago del vaso de agua que tenía sobre la mesa. Por más que el inspector trató de hallar un atisbo de debilidad en su rostro no lo consiguió. Peter Chapman permanecía sereno—. Ese es el tipo de cosas que hacen los hombres como Thompson, Yates y Davies.

—Usted se enfadó, claro.

—¡Y me asusté! Si estaban dispuestos a eso, ¿cuál sería el siguiente paso?

—¿Por qué no lo denunció?

—Usted mismo me lo ha preguntado antes y ya le he respondido, no tengo ninguna prueba. La declaración de Leonard en la situación en la que nos encontramos, con el intento de compra de nuestra empresa, habría sido subestimada por cualquier juez en un abrir y cerrar de ojos.

Daniel pensó en ello. Chapman tenía razón, desde luego, y cada cosa que decía lo llevaba más y más cerca de obtener una confesión.

—Así que decidió vengarse.

—¿Y contratar a alguien para matarlos? No, ojalá se me hubiera ocurrido, pero ni siquiera habría sabido dónde buscar. ¿En las páginas amarillas? —sugirió con una carcajada—. No. Seguro que, igual que me hicieron eso a mí, se lo habrán hecho a mucha más gente. Como le dije, no

creo que le faltaran enemigos a esos hijos de puta.

La voz de Kathleen al otro lado del teléfono fue lo único que logró que dejara de pensar en el interrogatorio que había tenido con Chapman tres horas antes. Había repasado cada palabra, cada frase, cada segundo de la grabación en busca de algo que no logró encontrar, pero cuando ella lo saludó con una sonrisa adivinada en la voz, todo lo demás se le olvidó. Ella rió y él volvió a sentir aquel cosquilleo en el estómago que lo torturaba desde que había decidido coger el teléfono para llamarla. Por suerte, no tenía que preocuparse por que alguien viera su sonrisa atontada, se había anticipado y llamaba desde la soledad del office. Al otro lado de la puerta cerrada se escuchaban las voces, los teléfonos, los pasos de sus compañeros de un lado a otro. A este lado, el mundo se reducía a su voz y al olor del café que alguien había preparado unos minutos antes.

—Sí, exacto, con el trabajo sucio —respondió ella a su última broma—. ¿Y tú?

—Bah, trabajando. Este rompecabezas es cada vez más absurdo. El principal sospechoso es buena gente y las víctimas eran una panda de cabrones.

Ella guardó silencio un instante, antes de responder.

—Bueno, pues se ha hecho justicia. Cierra el caso y que se olvide todo.

Él asintió con un bufido de impotencia.

—Ojalá pudiera. Algunas veces me dan ganas de hacerlo, te lo aseguro, pero no puedo.

Quiso decirle que le quedaba una vida por salvar, que aquello no había terminado, pero sus sospechas eran información confidencial. Debía mantenerlas en secreto, incluso para ella.

—Bueno. —Su voz sonó desencantada y él lo lamentó.

Estar con él no iba a ser fácil para alguien con su

pasado. No solo tendría que dejar atrás la reticencia ante su profesión, los recuerdos de su padre y el más que probable miedo a que él corriera la misma suerte; también tendría que acostumbrarse a que las investigaciones se alargaran en el tiempo, a su frustración si no cogía al asesino, a que pasara horas dándole vueltas a los detalles de cada caso. No, no iba a ser fácil, pero él intentaría que lo fuera lo más posible.

—¿Haces algo esta noche? ¿Salimos?

A través del auricular oyó su respiración al sonreír. Eso estaba mejor.

—Claro, me encantará.

—Genial. ¿Dónde vives? Puedo recogerte.

—No. Vivo en las afueras, mejor nos vemos en el centro.

—¡Dan!

Daniel se giró con disgusto. Saunders acababa de entrar en la habitación y se dirigía hacia él con mirada exultante y un fajo de hojas de papel que agitaba en el aire.

—No te vas a creer lo que tengo —exclamó, sin dejarle ver lo que eran.

El inspector le hizo un gesto, al tiempo que se alejaba hacia el ventanal para acabar la conversación.

—Tengo que colgar.

—Sí, ya he oído los gritos.

Él sonrió.

—Es Saunders, no sé qué habrá encontrado. ¿Te llamo cuando sepa a qué hora salgo?

—Perfecto.

Se despidieron y colgó. Cuando volvió a girarse hacia su compañero, este lo miraba con una sonrisa burlona.

—¿No me lo vas a contar?

—No.

—Desde luego que sí. He tenido que tragarme tu mala hostia durante una semana, ahora me merezco saber el final

feliz. ¿Era tu pelirroja?

—Sí. Y se llama Kathleen. —Contestó a la pregunta, pese a que sabía que tras esa vendrían más.

—¿Y? ¿Estáis juntos? ¿Qué?

—Estamos juntos. Y se acabó el cotilleo. —Señaló las hojas.—. ¿Qué me traes?

Saunders torció el gesto al comprender que no sacaría más información, pero volvió a empaparse del entusiasmo previo y golpeó con una mano los papeles que llevaba en la otra.

—No te lo vas a creer —repitió.

Por lo poco que se veía entre el movimiento, parecían fotografías impresas a tamaño completo, pero era imposible descifrarlas y a Daniel ya le picaba la curiosidad. Se sirvió una taza de café mientras esperaba a que el sargento se explicara.

—Venga ya, hazme caso de una vez —exclamó aquel.

—Puedo escucharte mientras me tomo un café. ¿Qué demonios has encontrado?

—No pienso decírtelo hasta que me prestes atención.

El inspector resopló con una sonrisa. De acuerdo. Se sirvió el café, se echó dos cucharadas de azúcar y aspiró su olor. No dejaba de sonreír. Llevaba haciéndolo toda la mañana. No era ajeno al modo en que Saunders se reía de él tras su cambio de actitud, pero no pensaba volver atrás, le gustaba el nuevo Daniel.

Con la taza de café humeante en la mano, por fin, regresó a su mesa. Saunders ocupó la silla ante él y ocultó las fotografías boca abajo contra los muslos.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Daniel, carcomido por la curiosidad.

—Tras el asesinato de Davies obtuvimos la orden para confiscar su ordenador inmediatamente.

Lo sabía.

—Lo sé.

—Con el de Thompson tardamos más y, para cuando nos lo entregaron, habían borrado cantidad de información que los informáticos siguen recuperando.

También lo sabía.

—También lo sé. —Pero ya veía por dónde iba la cosa. Se irguió en la silla para acercarse a su compañero—. Pero en el de Davies, no.

—No. —Saunders sonrió victorioso—. Nadie lo ha tocado. Está tal y como lo dejó.

La curiosidad ya había clavado las garras en él. Se removió sobre el borde de la silla hasta que esta se tambaleó por el peso mal distribuido y tuvo que retroceder unos centímetros.

—¿Y? —preguntó con ansiedad.

Por fin, Saunders colocó las fotografías sobre la mesa y las giró para que las viera de frente.

La primera de ellas mostraba a un hombre joven, de no más de veinte años. Vestía de manera informal, con vaqueros, zapatillas y una chaqueta deportiva, como todos los chicos de su edad. Estaba en la calle ante el escaparate de una tienda de ropa y hablaba por un teléfono móvil. Sonreía. Daniel pasó a la segunda. El mismo joven, rodeado de amigos a la salida de la universidad. Por el aspecto de los edificios, estaba dispuesto a jurar que se trataba de Oxford. El chico vestía de una manera mucho más formal, con pantalones de pinzas color crema y una americana azul oscuro. Llevaba unos libros en la mano y una mochila al hombro, pero su actitud despreocupada era la misma que en la fotografía anterior. Parecía enfrascado en una conversación con sus acompañantes y reía abiertamente.

Daniel miró a Saunders antes de pasar a la tercera foto. El mismo joven, sentado con una chica en un parque. En la cuarta, a la entrada de un edificio. En la quinta, dentro del edificio, la fotografía estaba sacada con *zoom* desde la calle y lo mostraba a través de una gran ventana abierta, sentado a

una mesa, estudiando, quizá. Una lámpara de escritorio le iluminaba la cara y dibujaba un entramado de sombras sobre sus mejillas.

El inspector alzó la mirada hacia su compañero.

—¿Me vas a decir quién demonios es?

Era demasiado joven para ser el Fantasma y, si no era eso, no entendía la exaltación del sargento.

—Es Peter Chapman —respondió aquel.

Daniel devolvió la mirada a las fotografías. Parecían imágenes actuales, era imposible que aquel fuera Peter Chapman de joven. Entonces lo entendió.

—Hijo —murmuró.

—Exacto.

—¿Y por qué estoy mirando unas fotografías del hijo de Peter Chapman?

Algunas veces a su compañero le gustaba andarse por las ramas, dramatizar y convertirlo todo en un espectáculo. Algunas de esas veces tenía gracia, pero otras, como aquella, el inspector se desesperaba con tanto rodeo. Saunders ensanchó la sonrisa cuatro dientes más.

—Eso mismo debió de preguntarse Peter Chapman cuando las recibió en el correo.

Daniel sintió que se quedaba sin habla.

—¿Qué quieres decir? ¿De dónde las has...?

—Del ordenador de Davies. Estaban en un correo recibido una semana antes del asesinato de Thompson. ¿No lo entiendes? Mandaron seguir al hijo de Chapman. Tal vez lo hicieron los mismos que le dieron la paliza a Leonard Jenkins.

—¿Quién le manda las fotos?

—Remitente desconocido. Quien fuera utilizó un programa de encriptación, pero están trabajando en ello los de informática.

—¿Le mandaron las fotografías a Chapman?

—No han encontrado ese correo, aún, pero doy por

hecho que sí.

El inspector chasqueó la lengua.

—¿Das por hecho? Eso no nos sirve. Tenemos que demostrarlo.

—Sí, lo sé. ¿Pero no te parece bastante interesante?

—Primero tu socio, pero después puede ser tu hijo... Sí. He visto móviles de asesinato mucho menos comprensibles que ese.

Había visto muertos por dinero, por celos, por peleas de borrachos, por la custodia de un gato tras una separación. Desde que se habían puesto de moda las redes sociales, el nivel de estupidez había aumentado de manera exponencial, y habían pasado a engrosar los archivos de la policía móviles tan absurdos como haber mentido en un perfil de Facebook, una publicación que el asesino había considerado ofensiva o una interrupción mientras jugaba a uno de esos puzzles a los que él no veía la gracia. Entre esa lista, la amenaza a un hijo podía considerarse mucho más razonable.

—Hay que investigar a Chapman.

Daniel se levantó de la mesa.

—Le diré al jefe que lo hable con la fiscal. Hay que investigarlo cuanto antes.

20,
Lunes, 30 de mayo – 07:16 h.
Hill St. Londres

Aprovechó que no venía nadie y cruzó a la carrera la calle Chesterfield para continuar su camino por Hill. No tenía por qué correr, ya que apenas se había cruzado con dos coches en los diez minutos que llevaba vagando por el barrio, pero la costumbre la obligó a darse prisa. En cuanto llegó a la otra acera ralentizó de nuevo el paso.

Amanecía. La niebla húmeda del Támesis se derramaba entre las calles. Los colores de un cielo sin nubes se desenfocaban bajo una sábana traslúcida. A su espalda, el azul tomaba forma cada vez más brillante. Frente a ella, la última franja negra se aferraba a la existencia antes de disolverse en rojo. Era esa la dirección que ella llevaba, a contracorriente, como si, igual que las estrellas, también quisiera huir de la luz del sol.

La ciudad estaba en silencio. Mayfair era uno de los barrios residenciales más exclusivos de la ciudad, pero sus vecinos no habían despertado aún. Los que lo habían hecho apuraban los últimos momentos de tranquilidad en la comodidad de sus casas antes de enfrentarse a un nuevo lunes.

En ese instante, como si quisieran estropearle la teoría, una pareja apareció por su espalda y la adelantó corriendo en su misma dirección. Vestían ropa de deporte y, aunque iban juntos, se aislaban el uno del otro mediante auriculares

en las orejas que los confinaban a una carrera solitaria. Pasaron de largo sin prestarle atención. No tenían por qué, nada en ella resultaba llamativo.

Kathleen también apretó el paso.

Dejó atrás hileras de edificios de reminiscencia clásica, ladrillo visto y grandes ventanales, columnatas de color crema, balcones de hierro forjado con plantas enredadas en los barrotes y hiedras que desafiaban a la gravedad de las fachadas, que las teñían de un verde que brillaba en mil matices bajo la luz de la mañana.

La calle Hill atravesó Waverton antes de girar a la derecha. Fue entonces cuando lo vio. La niebla abrazaba el edificio y su silueta se dibujaba fantasmagórica entre la bruma. Avanzó hacia él en la dirección de su propia sombra, que el amanecer derramaba sobre la acera como si le indicara el camino.

Una puerta se abrió a su derecha y una mujer salió a la calle. Maldijo, en un idioma que Kathleen no reconoció, a los cuatro yorkshire que tiraban de las correas que llevaba en la mano, se abrochó el abrigo, cerró la puerta y continuó hacia Hyde Park. Al mismo tiempo, un elegante jaguar apareció al final de la calle y se dirigió hacia ellas.

El barrio despertaba.

Kathleen llegó hasta el último cruce que la separaba de su destino y aguardó, junto a la mujer y los yorkshires, a que el semáforo se pusiera en verde. Cuando lo hizo, atravesó la calle a paso rápido. Ya estaba allí.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta, se lo llevó a la oreja y se apoyó contra una valla, sin apartar la vista del lugar que le interesaba.

Ya se lo había temido al estudiar los planos con Jason, pero sus sospechas se confirmaron al verlo en persona, el Hotel Dorchester era una opción terrible para el último trabajo.

Tenía forma de letra **E**. Yates se alojaba en uno de los

recovecos interiores, en la parte trasera del edificio. Una brillante idea de Daniel, estaba segura. El abogado habría preferido una de las suites que se abrían a Hyde Park en la fachada principal —el palo largo de la **E**—, en lugar de las traseras que daban al centro de la ciudad. Por si eso fuera poco, lo habían alojado en el segundo piso para que los edificios circundantes impidieran la visión desde lejos. El inspector Ryman era eficaz en su trabajo, sin ninguna duda, y se había propuesto dificultar el de ella tanto como fuera posible.

En el teléfono que sostenía contra la oreja, la suya era la última llamada. Habían salido a cenar el sábado y habían pasado una velada maravillosa plagada de mentiras, como lo había sido la tarde del domingo en la que también habían quedado, como lo serían todas a partir de entonces. Como lo sería con Jason cuando regresara a casa.

Era buena disparando, era buena ocultándose y era buena mintiendo. Pero no haciéndolo todo a la vez.

—Maldita sea —le susurró a su interlocutor imaginario.

Se volvió para observar el edificio que se alzaba tras el hotel, el único sitio desde el que tenía visibilidad hacia la suite de Yates. Era un inmueble residencial de aspecto clásico, en cemento blanco y ladrillo visto, como todos los demás en la zona. En ese barrio tan exclusivo, estaba segura de que habría cámaras de vigilancia en cada piso, así como mayordomos y personal de servicio en las viviendas, lo que significaba que estas nunca quedarían vacías. Aunque consiguiera una que lo estuviera y pudiera evitar la seguridad para llegar a ella, la puerta del edificio estaba a menos de cinco metros de la entrada lateral del hotel. Sería como entregarse sin resistencia.

Guardó el móvil en la chaqueta y rodeó el hotel hasta una plazoleta ajardinada a la que se abría la entrada principal. Decenas de flores rojas destacaban como gotas de sangre sobre los arbustos que decoraban el lugar. Pequeños

arbolillos de copas redondeadas circundaban el perímetro y abrazaban una fuente de piedra que se alzaba en el centro y que emitía un continuo borboteo cuando el agua del interior desbordaba al pilón.

Park Lane discurría en paralelo a la plazoleta. Al otro lado, se alzaba la masa verde de Hyde Park, casi desierta a esa hora tan temprana. Kathleen atravesó los ocho carriles de la avenida y la rambla arbolada que la dividía en dos, y cruzó la valla que rodeaba el parque por el primer acceso que encontró. Ya dentro de los jardines volvió atrás, de vuelta a la entrada del hotel, localizó un banco que le ofrecía una buena visibilidad del mismo y se sentó.

Aquello era otra cosa. Los últimos jirones de niebla habían desaparecido a medida que el sol se elevaba en el cielo, y el edificio, de suaves tonos beige, se veía con total claridad. La fachada se alzaba diez plantas de altura y las ventanas se alineaban sin nada que interrumpiera la línea visual. Si hubieran alojado a Yates en ese lado, habría podido realizar el trabajo desde kilómetros de distancia, pero Daniel lo sabía tan bien como ella, por eso lo había instalado en la parte de atrás. Se preguntó si Jason podría hacer algo para provocar un cambio de habitación, pero supo que el inspector lo trasladaría de hotel antes que exponerlo a la vista desde el parque. Aunque si consiguiera sacarlo a la calle...

Un grupo de ejecutivos pasó ante ella al otro lado de la verja. Uno le dirigió una mirada furtiva. A su espalda unos corredores entrenaban por el sendero que circundaba el parque. El sonido de sus respiraciones aceleradas y sus pasos rítmicos contra el suelo subió y bajó de intensidad según se acercaron y se alejaron de nuevo.

Ella no prestó atención.

Miró a la derecha. Al final de Park Lane, la carretera realizaba una curva y, en ella, había un edificio desde el que se disfrutaba de una vista privilegiada sobre la entrada del hotel y la plazoleta.

Abrió el navegador de internet en el móvil y tuvo que contener una carcajada de satisfacción al descubrir que el edificio albergaba otro hotel, el Four Seasons. Bueno, Jason tendría que hacer su magia, pero no era imposible. De hecho, nada era más fácil que colarse en un hotel.

El estruendo de una sirena rompió el silencio del barrio. Kathleen la oyó acercarse por la avenida hasta que el camión de bomberos que la producía pasó atronando ante ella. Frunció el gesto, molesta por el escándalo, y aguardó a que el ruido se diluyera en la distancia.

¿De qué modo podría sacar a Yates del hotel?

Allí tenía todo lo que necesitaba. Algunos de los mejores restaurantes de la ciudad se encontraban en el edificio, había salas de reuniones a su disposición para que continuara con el trabajo e incluso podía disfrutar de un spa. Además, no podía engañarse, los hombres de Daniel jamás lo dejarían salir de allí mientras ella estuviera tras él.

Pero tenía que haber alguna manera.

Un segundo camión de bomberos interrumpió sus pensamientos. Kathleen lo siguió con la mirada, molesta. La sirena le taladró los tímpanos al pasar ante ella y reverberó contra los edificios mientras se alejaba tras el primero. Algo gordo debía de haber pasado para que acudieran dos camiones de bomberos.

Algo muy gordo.

Dos camiones. De bomberos.

Se levantó del banco de un salto.

Jason alzó la vista del ordenador, sorprendido de verla entrar en la Base. El reloj de la pantalla marcaba las diez menos cuarto de la mañana.

—Qué temprano vienes —dijo. Al descubrir su expresión, alzó una ceja con curiosidad—. Y qué sonriente...

—Lo tengo —resumió ella, de camino al puesto de

trabajo de su socio—. Abre el mapa.

El Google Earth ocupó la pantalla central de la mesa.

—Tenías razón —dijo—. Es imposible disparar a la habitación de Yates. El propio Dorchester la oculta y los edificios de alrededor bloquean el tiro desde más lejos, así que eso lo descartamos. Pero... —Se inclinó sobre el equipo, cogió el ratón, hizo un *zoom* a la imagen y situó el puntero sobre el edificio que se encontraba al final de Park Lane—. ¿Ves esto? Tiene una visibilidad perfecta sobre la puerta del hotel.

Jason trazó con el medidor de distancias una línea entre los dos puntos que su socia le indicaba. Nada se interponía en los trescientos cuarenta metros que separaban ambos edificios.

—¿Y qué es? Un hotel, ¿no?

Kathleen alzó las cejas con gesto divertido.

—El Four Seasons.

Él se rió. No había nada más fácil que colarse en un hotel; los sistemas informáticos eran sencillos de manipular y la presencia de caras nuevas que entraban y salían a diario les aseguraban total invisibilidad.

—Perfecto —admitió—. Pero para disparar desde ahí necesitarás sacar a Yates de su refugio. ¿Cómo pretendes hacerlo?

Ella se volvió hacia él. Había dado por hecho que podría hacer lo que le iba a pedir. Lo había visto hacer muchas cosas, la mayoría más difíciles que aquella que tenía en mente, por lo que en ningún momento se había planteado la posibilidad de una negativa.

—Verás, estaba allí delante, pensando cómo sacarlo a la calle, cuando pasaron varios camiones de bomberos por Park Lane. —Observó que al informático se le iluminaban los ojos y supo que había entendido lo que le proponía. Ensanchó la sonrisa cuando él le mostró la suya.

—Quieres que haga saltar las alarmas de incendio del

hotel para obligarlos a sacarlo. —Analizó el plan en silencio durante unos minutos—. ¿Y si lo sacan por una puerta lateral?

Kat sonrió. El cerebro informático de su socio siempre estaba analizando variables, pero aquella en concreto ya la había previsto ella.

—Las puertas laterales de emergencia se abren al parque, pero si lo sacan por ahí sería exponerlo mucho más de lo que lo harían por la principal. También hay una salida de emergencia por la parte trasera, por el garaje, pero ¿qué pasaría si, supuestamente, el incendio estuviera en esa zona?

Jason asintió y ella prosiguió.

—Además, en una situación así, tienen que tomar decisiones a toda prisa. Si el plan de evacuación dice que se salga por la puerta principal, no creo que los agentes se paren a buscar otro sitio.

—Puede funcionar —admitió él—. Al menos, hay que intentarlo. Quiero acabar con este encargo de una vez.

Kathleen se recostó sobre la silla. Su socio no imaginaba las ganas que tenía ella misma de zanjarse el tema para poder dedicarse a otro asunto, fuera de la ciudad, quizá, lejos de Scotland Yard y del inspector Daniel Ryman. Algo que él no tuviera que investigar.

Jason comenzó a trabajar. Kathleen lo observó, fascinada por la agilidad de los dedos en el teclado, el rictus de concentración en la mirada, la seguridad con la que saltaba de una pantalla a otra, de un programa a otro, la sonrisa que se le dibujaba en los labios cada vez que algo hacía lo que se suponía que debía hacer. Vivía para eso, para los retos. Se volcaba en solucionar cada desafío como el héroe de uno de esos videojuegos que tanto le gustaban.

Pensó que ojalá pudiera resolver todos los problemas con la misma facilidad con la que resolvía los informáticos. Ojalá pudiera ayudarla a encontrar una manera de confesar

que había visto a Daniel dos veces después de aquel primer encuentro y que no quería dejar de verlo. Suspiró, pero Jason no la oyó, estaba concentrado. Ella dio las gracias porque así fuera. No quería mentir de nuevo. Estaba harta, aunque sabía que no había hecho más que empezar.

Dos horas después, Jason se volvió hacia ella con una sonrisa triunfal. Había accedido al sistema de vigilancia antiincendios del Dorchester y al de reservas del Four Seasons. Manipulados los dos, su último regalo había sido conseguirle un coche de alquiler para moverse por la zona.

Una hora más tarde, ella se encontraba a bordo de ese coche, frente el Four Seasons Hotel.

Aceleró y el motor rugió. Disminuyó la presión sobre el pedal con una maldición. Jason había insistido en que cogiera un modelo de lujo que se ajustase a la coartada de mujer de negocios, pero, acostumbrada al Toyota, los más de doscientos caballos de potencia que llevaba aquel Mercedes bajo el capó resultaban una yeguada difícil de controlar. Con el rugido convertido en suave ronroneo, bordeó el edificio en busca de la entrada al garaje privado del hotel. Lo localizó y abrió la barra de acceso situando una tarjeta magnética contra el lector. El trabajo del informático, una vez más, había sido impecable. La barra se levantó para permitirle el paso.

Buscó la plaza que su socio le había asignado y aparcó con cuidado de no rayar el coche, cuyas dimensiones aún no controlaba.

Todo iba bien.

Bajó, sacó del maletero una mochila negra que pesaba una tonelada —o eso parecía—, se la cargó al hombro y se dirigió al ascensor. Las puertas se abrieron. Dentro había un hombre vestido de portero, con una levita marrón con el nombre del hotel bordado en negro sobre el pecho. Le dio los buenos días con una inclinación de cabeza. Ella le devolvió el saludo y pulsó el botón del noveno piso.

El portero bajó en el vestíbulo tras desearle de nuevo un buen día. Una pareja de ancianos subió y la mujer pulsó el botón de la séptima planta. Se repitieron los saludos de cortesía. La actitud lo era todo, y la suya era la de una mujer de negocios que llevaba tres noches alojada en el hotel, que acababa de salir de una reunión y que estaba cansada y deseosa de regresar a casa, con su marido, sus niños y su amante.

Al salir del ascensor, advirtió que este tenía una cámara de seguridad sobre la puerta. Sonrió con confianza. Había visto en el ordenador de Jason las imágenes que registraba y sabía que no debía preocuparse. Aunque su socio había querido innovar y, en lugar de eliminar las grabaciones como había hecho hasta el momento, había decidido sustituir aquellas en las que apareciera ella por otras en las que no se la viera. Lo hacía por no aburrirse y Kathleen no tuvo problema en aceptar. Confiaba en él lo bastante como para estar tranquila. Se permitió el lujo de saludar a las cámaras distribuidas a lo largo del pasillo que conducía hasta la habitación.

—Hola Jay.

Estaba de buen humor. Por fin iba a acabar con ese encargo que se le estaba haciendo eterno.

Localizó la puerta con el número novecientos catorce e introdujo en el lector la tarjeta que Jason había creado. Una luz verde precedió a un sutil chasquido y la puerta se abrió.

Había visto la suite en los planos a los que Jason había accedido, por lo que ahora sentía como si hubiera estado allí con anterioridad. Reconoció la distribución en forma de L: un pasillo que llevaba al salón comedor, una puerta a la derecha que se abría a un dormitorio, un vestidor y el cuarto de baño. Estaba decorada con elegancia, en tonos crema y maderas oscuras, pero no prestó atención a esos detalles. Sus ojos se alejaron hacia el fondo del salón, donde una mesa, colocada contra una ventana, improvisaba algo

parecido a un despacho. Al otro lado de esa ventana se veía el parque, la avenida Park Lane y, al fondo, a más de trescientos metros de distancia, el Hotel Dorchester y Yates, ahí dentro, en alguna parte.

Estaba en el lugar adecuado. Lo había conseguido. Encima de su suite no había más habitaciones, el ático del hotel lo ocupaban un restaurante, un gimnasio y un spa. Eso aseguraba un aislamiento acústico perfecto de arriba abajo y, por supuesto, de abajo arriba. La habitación del piso inferior estaba vacía, al igual que la de su derecha. La izquierda, en cambio, sí tenía un inquilino. Aunque habían barajado la posibilidad de forzar su traslado, lo descartaron para evitar llamar la atención sobre la zona. Se conformarían con esperar a que el huésped saliera. Si no lo hacía, buscarían una manera discreta de echarlo. Jason había comentado, con una sonrisa traviesa, que se le ocurrían varias, pero no quiso dar detalles ni Kathleen se los pidió.

Cerró las cortinas y se dirigió al dormitorio. Una cama, un sofá, una ventana, una puerta que se abría al baño y otra que llevaba al vestidor.

Cerró las cortinas, como había hecho en el salón, y dejó el maletín sobre la cama, pero no vació su contenido. No lo haría hasta el último momento, por si acaso.

El estómago le rugió; era casi la una.

Regresó al salón. El menú del servicio de habitaciones estaba sobre la mesa del despacho, eligió lo que pediría para almorzar y descolgó el teléfono. Mientras la recepcionista tomaba nota del pedido, volvió a abrir la cortina. Incluso sin la mira telescópica, distinguió la plazoleta y la gente que entraba y salía del hotel. Dibujó con el dedo sobre el cristal de la ventana la forma de la puerta del establecimiento. Yates saldría por ahí. Sería lo último que haría.

Solo quedaba esperar.

21,
Lunes, 30 de mayo – 13:03 h.
New Scotland Yard. Londres.

A Daniel le rugió el estómago. El reloj que llevaba en la muñeca marcaba ya la una. Debería haber parado a comer algo antes de la reunión, pero la agente Crewe sonaba ansiosa por teléfono y la curiosidad por lo que pudiera contarle había vencido al hambre.

Al abrirse la puerta del ascensor, Daniel sintió, como le pasaba siempre que visitaba la Unidad de Delitos Informáticos, que se adentraba en el mundo de Oz. Allí todo eran luces, colores y cacharros de última tecnología, y la edad media de los agentes no llegaba a los treinta y cinco. Sin embargo, el lugar era mucho más tranquilo que su propio departamento. Apenas se escuchaban teléfonos ni conversaciones, los agentes se concentraban en silencio tras las pantallas que ocupaban sus cubículos y lo único que sonaba, incesante, era el tecleo de los dedos en los ordenadores y un débil zumbido procedente de los auriculares que casi todos llevaban en las orejas.

Se aproximó al agente más cercano. Llamó su atención y, cuando se quitó los cascos, le preguntó por la agente Crewe. El chico lo dirigió a un cubículo a seis puestos de distancia.

La joven que lo ocupaba no se inmutó cuando él llegó a su altura y pronunció su nombre. Estaba de espaldas, así que lo único que el inspector veía era su pelo, largo y castaño,

recogido en una coleta de esas que llamaban de caballo. Mantenía la vista fija en una pantalla, llevaba unos diminutos auriculares metidos en las orejas y tecleaba a toda velocidad líneas de código que Daniel era incapaz de descifrar. Él la tocó en el hombro.

La joven dio un respingo. Llevaba unas gafas de pasta negra tras las que ocultaba unos bonitos ojos color miel. Sonrió con timidez.

—¿Sí?

—¿Agente Crewe? Soy el inspector Ryman.

—¡Inspector! —Su edad encajaba en la media de sus compañeros, cerca de la treintena pero sin alcanzarla aún—. Claro, discúlpeme... esto... un segundo.

Se levantó y corrió hacia la otra punta de la sala, allí cogió una silla de plástico de una pila y la cargó de vuelta hasta su puesto. Daniel hizo un amago de ayudarla, pero ella negó con la cabeza y la depositó junto a la suya, mucho más grande y ergonómica.

—Siéntese, por favor.

Mientras ocupaba la silla, la agente devolvió la atención al ordenador, cerró varios programas y abrió otro nuevo. Daniel observó la mesa con un gesto divertido. Había media docena de muñequitos alrededor de la pantalla, algunos que parecían japoneses y que no le sonaban de nada, y una figura del ojo de Sauron, del Señor de los anillos, que sí reconoció. Un vistazo rápido a su alrededor le mostró que casi todos los puestos estaban decorados con gustos similares. «Informáticos», se dijo, ocultando la sonrisa.

—¿Fue usted la que encontró las fotografías del hijo de Peter Chapman, agente Crewe?

—Sí, señor. Le entregué una copia a su compañero, pero habría preferido esperar a terminar la revisión del ordenador para poder ofrecerles un informe completo.

—No se preocupe por eso. ¿Ha encontrado algo más? ¿Hay alguna prueba de que se enviaran esas fotografías a

Peter Chapman?

Ella sonrió de oreja a oreja y Daniel se contagió. No se la podía considerar guapa, pero tenía algo que le gustaba. La joven se subió las gafas sobre el puente de la nariz con el dedo anular, en un gesto inconsciente, y se giró de nuevo al ordenador.

—Esto le va a encantar.

Abrió un grupo de archivos que se solaparon unos a otros en la pantalla.

—Las fotografías que recibió Davies también fueron enviadas a Yates y venían remitidas desde la cuenta de correo de Thompson. Utilizó un programa de encriptación, pero no era más que una demo bajada de internet, así que no ha sido difícil desencriptarlo.

Daniel no se molestó en pedir una explicación a aquellas palabras. Le daba igual el modo en que hubiera accedido a las pruebas.

—¿Quién se las envió a él?

—Nadie. No llegaron por correo. De donde quiera que salieran, las obtuvo a partir de un medio físico: un pendrive o un disco o la propia cámara.

—¿Sabemos si se las enviaron a Chapman?

—Ellos no, pero este... —Al pinchar en un archivo, un mensaje de correo electrónico apareció en la pantalla—. Este es un correo de Thompson a Davies en el que lo informan de que las imágenes han sido enviadas a Peter Chapman, aunque, como digo, Thompson no las envió desde su ordenador. De todas formas, puede ver que el lenguaje es un poco... soez.

Daniel lo leyó y se echó a reír. ¿Soez? Bueno, sí, desde luego, pero eso era quedarse un poco corto. En apenas tres líneas de texto, Arthur Thompson insultaba a Peter Chapman de seis variadas y originales maneras. Pero bueno, lo tenía, las imágenes habían sido enviadas. La amenaza estaba hecha.

—Perfecto.

—Hay más. —La agente abrió otro mensaje— Voy a ir hacia atrás para que vea la cronología completa, ¿de acuerdo?

El inspector asintió y ella volvió a colocarse las gafas. Parecía un tic nervioso, pero resultaba simpático.

—El 26 de abril, casi un mes antes de que muriera nadie, hay un correo de Thompson a sus socios: «El muy cabrón se ha negado. Dice que no trabaja accidentes. Menudo hijo de puta hipócrita de mierda. Vamos a tener que recurrir a ellos, aunque no nos guste. Hay que acabar con esto de una vez».

—¿Ellos? —El inspector se acercó a la pantalla para releer el mensaje—. ¿Hay alguna otra referencia a ese *ellos*?

—Sí, muchas —La agente volvió a colocarse las gafas—. Tras este correo hay toda una conversación al respecto. Davies dice que adelante, que los llame. Yates se niega una y otra vez, dice que no quiere deberles nada. Thompson le da la razón, pero asegura que no hay otra forma de hacerlo ahora que el otro cabrón se ha negado. No especifica a quién se refiere, pero dice que ellos son su única posibilidad. Están así durante varios mensajes hasta que Yates accede.

—¿Entonces?

—Casi una semana después, el 2 de mayo, Thompson manda otro correo. —Lo abrió en la pantalla—: «Han accedido. Empezarán poco a poco, pero están dispuestos a llegar hasta el final. Ya lo tenemos». Esa es la última referencia —concluyó—, no hay nada más sobre ellos ni antes ni después de lo que le he enseñado.

—Una semana más tarde... —El inspector tomó el testigo de la cronología—, el día 10, Leonard Jenkins, el socio de Chapman, es víctima de un robo con violencia y le dan una paliza que lo manda al hospital.

Ella continuó:

—Cuatro días después, el 14, Davies recibe el correo

con las fotos del hijo de Peter Chapman. Según el mensaje de Thompson, alguien se las ha enviado también a su padre.

—Y por fin, el 20 de mayo, Arthur Thompson, es asesinado.

—Exacto.

Daniel se recostó en la silla y reflexionó unos instantes. Si se dejaba llevar por lo que leía entre líneas en los correos, podría suponer que Thompson había intentado contratar a alguien para que matara a Chapman, haciéndolo parecer un accidente. Ese alguien se había negado porque no trabajaba accidentes, así que había recurrido a otras personas, unos *ellos* a los que no quería deber nada, pero que estaban dispuestos a llegar hasta el final, aunque empezaran poco a poco. ¿Tal vez con palizas y amenazas? Era una buena suposición, pero había más preguntas: ¿Quiénes eran ellos? ¿Quién era el otro alguien? Un nombre brillaba ante sus ojos como el anuncio de cerveza de un pub, pero no quería hacerse ilusiones. Tenía un millón de preguntas y tendría que hacérselas al único socio de TYD que quedaba con vida.

Frederic H. Yates estaba de un humor de perros, a pesar de que aquella habitación de hotel era casi tan grande como el piso del inspector y, desde luego, mucho más lujosa. Daniel entendía que la situación no resultara cómoda para la familia del abogado; había dos policías de guardia en el pasillo y otros dos dentro de la suite, además de los dos guardaespaldas —rusos, por supuesto— que también daban vueltas dentro y fuera de la habitación. Por si fuera poco, aquella se encontraba en penumbra pues, dado el *modus operandi* del Fantasma, las ventanas permanecían con las gruesas cortinas opacas cerradas a cal y canto.

El detective no se preocupó por nada de eso cuando, acompañado por el sargento Saunders, entró en la suite como un torbellino.

—¡Yates! —gritó.

El abogado apareció tras una puerta y se dirigió hacia él con mala cara, exclamando reproches contra la situación, el trato, el tamaño de la habitación, las condiciones... Daniel aguardó ante la mesa redonda que ocupaba el centro de la suite mientras el sargento montaba en el centro de la misma una cámara de vídeo.

—Siéntese. —Separó una de las sillas de una patada. El abogado abrió la boca para protestar, pero Daniel no se lo permitió—. ¡Que se siente!

Yates obedeció. El inspector ordenó a uno de los policías que se llevara de allí a la familia del abogado y a los guardaespaldas. A continuación miró a Saunders. Cuando este hizo un gesto de asentimiento, comenzó.

—Ordenaron el asesinato de Chapman.

Lanzó sobre la mesa una carpeta llena de papeles que se desperdigaron por la superficie de madera pulida. Apartó otra silla de una patada para sentarse. Quería intimidar a Yates, presionarlo hasta obtener las respuestas que necesitaba.

—¿Qué dice? Peter Chapman está vivo.

Parecía sereno, más que la primera vez. Daniel supo que se había preparado para ese momento.

—No me tome por imbécil —exclamó—. Tengo pruebas de que intentaron contratar a un asesino a sueldo.

—Eso no es cierto.

—Muy bien. Pues explíqueme esto.

Recuperó los papeles que habían volado sobre la mesa y los lanzó hacia Yates, que se apartó sobresaltado como si le hubiera lanzado una bomba. Nadie lo había tratado nunca con tanta rudeza y no le gustaba la situación en absoluto. Aquella intimidación sería la baza del inspector, ya que los hombres como el abogado no estaban acostumbrados a sentir miedo. Miedo real.

Frederick Yates cogió los papeles. Contenían las

transcripciones de los mensajes que había obtenido la agente Crewe. Según pasaba las páginas, su rostro tomaba el mismo color blanquecino de los folios.

—Esto... Esto es... Es falso...

—¿Falso? ¿En serio? ¿Me está diciendo que nuestros informáticos no han encontrado estos correos en el ordenador de Davies? ¿Que no van a encontrarlos también en el suyo que, por cierto, están revisando ahora mismo? Esos chicos son increíbles, ¿sabe? Uno puede borrar un archivo y, aun así, ellos lo encuentran. No sé cómo lo hacen, pero nada desaparece en un ordenador. Y menos ahora que saben lo que están buscando.

Yates se removió en la silla. Tenía la frente salpicada de gruesas gotas de sudor. Daniel temió que pidiera un abogado, pero en seguida lo descartó; los hombres como los socios de la TYD eran orgullosos. No pediría la ayuda de otro si pensaba que podría ayudarse a sí mismo.

—¡No! —exclamó—. No, es imposible.

—¡Basta ya de tonterías, señor Yates! —Daniel se levantó con brusquedad. Yates se encogió hacia atrás como si temiera que el inspector lo fuera a golpear. Daniel contuvo las ganas de hacerlo. En lugar de eso, aprovechó el efecto conseguido y se inclinó más sobre el interrogado—. Basta ya. Esto se ha terminado, los hemos cogido, tenemos pruebas. Ayúdese a sí mismo y cuénteme cómo ocurrió. La fiscal sabrá apreciar su colaboración.

El abogado no volvió a levantar la vista de los papeles. Después de haberlos releído decenas de veces, Daniel reconoció a primera vista el que miraba con más insistencia; era el último que había mandado, el que daba su consentimiento para la contratación de los misteriosos asesinos a los que se referían como *ellos*. Era la prueba de su culpabilidad. Las manos le temblaban. Bajo la línea del pelo, la capa de sudor era cada vez más brillante.

—¿No quiere colaborar? Muy bien. —Le hizo una seña a

su compañero—. Vámonos, llama a Scotland Yard, que cancelen el dispositivo de protección.

Yates lo miró con una expresión de pánico que no dejó lugar a dudas.

—¿Qué? ¡No! Ese... Ese loco va a venir a por mí. Me matará. O a mi familia.

El inspector se sentó de nuevo y volvió a colocar los papeles ante el abogado.

—Pues colabore. —Yates estaba en estado de shock, en silencio y temblando. Daniel fingió que se relajaba—. Escuche, no está todo perdido. Esos papeles demuestran que la idea fue de Thompson. Él ya ha pagado por ello, también Davies, pero piense en sí mismo, señor Yates, piense en su familia. La fiscal rebajará la pena si yo le digo que ha colaborado con nosotros. Si me ayuda a coger a...

—Ellos me presionaron...

Su voz fue casi un gemido. Daniel temió que el micrófono de la cámara no recogiera sus palabras, así que le hizo repetirlas.

—¿Cómo ha dicho?

—Ellos me presionaron —repitió, esta vez más alto—. Me dijeron que era la única opción que teníamos. Que necesitábamos absorber la empresa de Chapman. Teníamos que hacerlo...

—Y Thompson propuso el asesinato.

—Dijo que conocía a alguien que sabía cómo. Que era de total confianza, que nadie se enteraría nunca... Pero luego ese tipo lo rechazó.

—¿Qué ocurrió?

Yates negó con la cabeza, despacio, al compás de las palabras con las que intentaba encontrar el momento en el que todo había empezado a tambalearse.

—No lo sé. Arthur nos reunió un día en su despacho, estaba furioso, tanto como para hablar allí. Nunca quería que habláramos de eso en la oficina, temía que alguien nos

oyera. Él era así, tan precavido. Total, para acabar...

—¿Qué les dijo en la reunión?

—¿Eh? Ah, sí. Nos dijo que aquel matón hijo de puta, así lo llamó, ¿sabe? Dijo que había rechazado el contrato, que se había negado a hacerlo y que ya no podía ponerse en contacto con él. Que le habría pagado lo que hubiese pedido... Dijo que no sabía dónde encontrar a otro. Que teníamos que recurrir a...

Se mordió los labios y la palabra que venía a continuación quedó en el aire.

—¿Ellos? —Yates lo miró, asustado, pero no contestó—. ¿Quiénes son ellos?

—No puedo... —balbuceó—. No puedo... Me matarán.

—Hay una larga lista de gente esperando matarlo, ¿eh? Si no nos dice quiénes son, no podremos protegerlo.

—Yo... —Yates parpadeó y en sus ojos comenzaron a brotar las primeras lágrimas—. Yo no los conozco, era Arthur el que hablaba con ellos... Davies, él también quiso... alguna vez... Pero yo no...

—¿Quiénes son?

Yates miró a su alrededor. Estaban a solas, él y los dos policías. Su familia, los guardaespaldas y el resto de agentes esperaban en el exterior de la habitación.

—Se llama Malyshev...

—¡Luka Malyshev!

Yates ocultó el rostro entre las manos y asintió. El inspector lo oyó llorar a través de los dedos, pero apenas escuchaba ya. Luka Malyshev. Saunders lo miró con la boca abierta y Daniel hizo un gesto de negación. Aquello se complicaba por momentos.

—¿Qué relación tenía Thompson con el líder de una de las familias más importantes de la mafia rusa?

—Ellos... Ellos me matarán...

—¡Señor Yates! —El abogado dio un respingo—. ¿Qué relación tenía con los Malyshev?

—Hace cinco años, Arthur nos dijo que había conocido a alguien que nos iba a hacer mucho más ricos... —Las lágrimas corrían por sus mejillas. Trataba de vocalizar a duras penas, al tiempo que se sorbía los mocos—. Empezamos a... Él nos da...

—Dios santo. Blanquean el dinero de Malyshev.

Yates volvió a ocultarse tras las manos, sin dejar de asentir compulsivamente.

El inspector sintió que, por fin, entendía una de las curiosidades del caso.

—De ahí que todos sus guardaespaldas sean rusos.

Yates sacudió la cabeza sin apartar las manos del rostro.

—Son gente de Malyshev. Él insistió...

Daniel se acercó a su compañero.

—Llama a Crimen Organizado —le susurró—. Esto les va a gustar.

Saunders se alejó hasta la otra esquina del salón para realizar la llamada, y Daniel regresó junto al abogado. Su cuerpo se sacudía al ritmo de los sollozos entrecortados.

—Está bien, señor Yates. —Bajó el tono de voz—. Hay muchas cosas que va a tener que explicar, pero ahora mismo yo no estoy aquí para eso, así que regresemos a lo que estábamos, ¿de acuerdo? Solucionemos esto para que su familia pueda volver a casa.

El abogado asintió, agradecido. Daniel buscó a su alrededor algo que pudiera ofrecerle a modo de pañuelo, pero no lo encontró, así que se resignó a la desagradable imagen de un Yates empapado de lágrimas y mocos.

—¿Fueron ellos los que le dieron la paliza a Leonard Jenkins?

Yates bajó la vista hasta las manos, que reposaban sobre los muslos, y las observó como si en ellas fuera a encontrar la absolución.

—Sí.

—¿Enviaron las fotografías del hijo de Peter Chapman a

su padre? ¿Lo amenazaron con lo que ocurriría si no les vendía la empresa?

De nuevo, un movimiento afirmativo con la cabeza y más ruido de mocos.

—¿Iban a matar a Chapman?

—Sí. —Su voz se rompió al confesar, pero el abogado logró proseguir—. Thompson dijo que no llegarían tan lejos si no era necesario, que Peter se asustaría con las palizas y, después, con la amenaza a su hijo.

—¿Tienen la orden de matar a Chapman? ¿Van a hacerlo?

—No, no lo creo... No les habíamos pagado aún por eso... Solo por... por lo otro... lo de Leonard. Con las fotos del chico... Esperábamos que no hiciera falta...

—Está bien.

Daniel se alejó. Aquel hombre, si sobrevivía al Fantasma, iba a pasar muchos años en la cárcel. Quizá prefiriera la muerte, después de todo.

—Está bien, señor Yates —repitió—. ¿Qué hay del otro asesino? ¿Qué sabe de él? ¿Cómo lo encontró Thompson?

—No tengo ni idea. Era algo a través de internet, dijo algo de... ¿internet negra? ¿puede ser?

Daniel miró a su compañero con una mueca desvalida. Ese término no le decía nada, pero a Saunders sí.

—¿*Dark web*?

—No lo sé —respondió el abogado—. Puede ser, no sé. No sé más. Yo nunca supe su nombre ni de dónde había salido. Ni cómo contactó con él. —Levantó la mirada y la fijó en el inspector—. Fue el mismo, ¿verdad? El mismo que quería contratar Thompson fue el que los mató...

—¿Me está diciendo la verdad?

—Sí, sí, se lo juro... Yo no sé nada de él... Por favor, no deje que me mate. Por favor...

El detective se levantó de la silla y le hizo un gesto a Saunders, que apagó la cámara y procedió a desmontarla.

Yates lloraba desconsolado. Había vuelto a ocultarse tras las manos. Se agitaba convulso y los sollozos desgarrados resonaban entre sus dedos.

Daniel se dirigió a su compañero en voz baja.

—Que los de crimen organizado se lleven a los guardaespaldas, que realicen la detención, pero que no se lo lleven de aquí, el Fantasma sigue tras él. —Echó un último vistazo al abogado y continuó hacia la puerta, pero se volvió antes de salir—. Que lo vigilen de cerca, no vaya a hacer una locura.

22,
Martes, 31 de mayo – 15:06 h.
Four Seasons Hotel. Londres.

Inspira... espira... inspira... espira...

Cortó la llamada y dejó el móvil sobre el escritorio, junto al rifle, montado y cargado.

Eran las tres y seis minutos de la tarde. Durante ocho interminables horas de espera había temido que tendría que retrasar la operación un día más. Pero el huésped de la habitación contigua acababa de largarse. Kathleen había oído la puerta abrirse y cerrarse y unos pasos que se alejaban hacia el ascensor. Sin embargo, no había querido ponerse en marcha hasta recibir la confirmación telefónica de Jason. Ahora la tenía. La alarma de incendios del hotel Dorchester saltaría de un momento a otro.

Empezaba el espectáculo.

Lo había preparado todo por la mañana: tenía el rifle sobre el escritorio, ante la ventana, y había apilado varios cojines en la silla hasta lograr una posición que le asegurara el ángulo de tiro perfecto. Por eso, en ese momento, lo único que tuvo que hacer fue correr la cortina, lo justo para asomar el cañón, abrir la ventana y acercar el ojo a la mira telescópica.

Situó la retícula sobre la entrada del Dorchester y se acomodó en la postura que mantendría hasta que el trabajo estuviese terminado.

Inspira... espira... inspira... espira...

El cielo de Londres tenía el color angustioso de la tez de un cadáver. Una masa de nubes abarcaba el horizonte como si quisiera aplastar la ciudad. Las flores que teñían de color la plazoleta ante el hotel parecían más oscuras que nunca y los tonos verdes de los arbustos semejaban un uniforme de camuflaje. No soplaban ni una ligera brisa y las hojas se aburrían en efímera quietud.

El día anterior había visto a Daniel cruzar esa misma plazoleta y entrar en el hotel, seguido de un hombre de color que cargaba al hombro lo que parecía la funda de una cámara de vídeo. Esa visita la había obligado a posponer el trabajo. No sabía cuál habría sido el motivo de la misma y Jason había asegurado no saberlo tampoco. Ella no había insistido. No quería hablar de Daniel con su socio, no quería que estuvieran juntos, ni siquiera en la misma conversación. Solo quería acabar con ese encargo de una puñetera vez.

Esperó que todo funcionara, que la alarma fuera suficiente para que los policías sacaran a Yates y que lo hicieran por la puerta principal.

Estaba tan cerca de su objetivo que veía aquellas ventanas como si las tuviera al alcance de la mano. Era la segunda vez que tenía que trabajar desde tan poca distancia y la primera no había salido nada bien; la habían oído, la habían perseguido y le habían disparado. Esta sería diferente: no estaba en campo abierto, el piso superior estaba insonorizado, las habitaciones inferiores, vacías. Nadie podría oírla.

Aun así, por más que se repetía las diferencias entre ambas circunstancias, continuaba nerviosa. Lo ocurrido en Queenwood la torturaba. Era el primer error que cometía en quince años de trabajo, y todo por subestimar la situación. Conocía a los guardaespaldas de Davies, había leído sus informes decenas de veces. Conocía sus currículos, a sus mujeres, sus hijos, sus amantes, sus aficiones y enfermedades. Lo sabía todo, pero no había imaginado que

reconocerían la procedencia del disparo con tanta facilidad. Un error de novata que había estado a punto de costarle la vida.

Inspira... espira... inspira... espira...

Sin apartar la cara del fusil, cogió el móvil y lo desbloqueó.

—Jason —le dijo al micrófono.

La voz de Jason contestó al primer timbrado.

—¿Kat? ¿Qué ocurre? Acabo de activar la alarma.

Comprobó la dirección y la velocidad del viento. 0,2. Nada.

—Ya, sí. Oye, ¿seguro que lo tienes todo controlado?

—¿Controlado? —Su tono sonó confundido, y no lo culpó. Era la primera vez que ella cuestionaba su trabajo—. Sí, claro. ¿Qué pasa?

—¿No habrá ningún problema?

A menos de cuatrocientos metros de distancia, tres personas salieron del hotel Dorchester a la carrera. Había empezado.

—¿Problema con qué? ¿Qué pasa, Kat? Me estás asustando.

—Nada, joder, es que no quiero que me vuelva a pasar lo del otro día. ¿Te has asegurado de que las habitaciones a mi alrededor están vacías? ¿Nadie va a oírme?

Cuatro personas más se unieron a las tres primeras que habían abandonado el hotel. Escuchó un suspiro a través del auricular.

—El restaurante del piso de arriba está cerrado a esta hora, el spa está vacío, el gimnasio tiene la música a todo volumen, hay una clase de spinning, pero solo están el monitor y una mujer. La habitación de tu derecha no tiene a nadie registrado. Tampoco las de debajo. La de tu izquierda acaba de vaciarse. No hay nadie en el pasillo. El ascensor te espera en la planta para llevarte al garaje sin paradas. —Un segundo de silencio—. Todo está listo, Kat. Confía en mí.

La plazoleta se estaba llenando de gente. Kathleen analizó los rostros en busca de su objetivo, aunque sabía que sería imposible no verlo cuando apareciera, pues lo haría rodeado de policías. Por el momento, ni el uno ni los otros daban señales de vida.

—Están saliendo. Te llamo cuando acabe.

Cortó la llamada y soltó el teléfono. La pantalla tardó unos segundos en apagarse, pero ella ya no lo vio; en su estado de concentración, el mundo se había reducido al Hotel Dorchester.

Inspira... espira... inspira... espira...

Tenía que funcionar. Todas las alarmas antiincendios del ala izquierda habían saltado al mismo tiempo, no podían dejar a Yates dentro del edificio. Sería una locura.

La aglomeración de gente en la calle iba en aumento. Decenas de turistas y clientes salían aterrizados de uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad. La mayoría lo hacía en traje y corbata, pero algunos iban en ropa interior, otros en bata y pantuflas. Si no hubiera estado tan concentrada, se habría reído de la imagen, pero no era el momento.

Inspira... espira... inspira... espira...

Un aullido al fondo de Park Lane atrajo el cañón del arma en esa dirección. Llegaban los bomberos: dos camiones con las luces encendidas y las sirenas atronando por encima de la alarma del hotel. Uno se detuvo en la avenida y el otro rodeó la plazoleta y lo hizo al otro lado, para cubrir ambas fachadas. Impasible, Kathleen se alegró de que ninguno le tapara la visibilidad. Era un detalle que no había tenido en cuenta. Los bomberos descendieron de los vehículos. Algunos permanecieron en el exterior para desplegar las mangueras y organizar la operación, y otros entraron en el hotel. No encontrarían nada.

El goteo de huéspedes se había reducido y cada vez eran menos los que cruzaban las puertas acristaladas. Dos bomberos dirigieron a la multitud hacia la zona del parque

frente al hotel, que comenzó a llenarse de gente. Apenas quedaba nadie en la plazoleta de la entrada, pero Yates no había salido. Era imposible que se le hubiera escapado.

A no ser que lo hubieran sacado por otra puerta.

Giró el fusil hacia los laterales del edificio. No vió a ningún agente. No había más movimiento que el de los transeúntes que se acercaban con curiosidad para investigar lo que ocurría.

Revisó la masa de gente del parque. A todos los había visto salir, su cerebro los reconoció. Yates tampoco estaba entre ellos.

Una nueva sirena, más aguda que las otras, llamó su atención. Una motocicleta de la policía se acercaba a toda velocidad con la sirena y las luces de emergencia encendidas. La moto realizó un giro cerrado para detenerse ante la puerta del hotel. Llevaba a dos personas a bordo. El pasajero se bajó antes de que el vehículo se detuviera por completo y corrió hacia el interior del edificio, al mismo tiempo que se quitaba el casco.

23,
Martes, 31 de mayo – 15:26 h.
Dorchester Hotel. Londres.

La moto no se había detenido por completo y el inspector Ryman ya tenía los pies en el suelo. Habían llegado en un tiempo récord y albergaba la sospecha de que el conductor había aprovechado para divertirse por las calles a velocidad máxima. Pero no lo podía culpar, él mismo le había exigido que se diera toda la prisa posible, de modo que, si ahora tenía ganas de vomitar, era culpa suya.

Miró hacia el edificio. No había rastro de fuego ni humo ni un mísero olor a quemado. Nada. Aunque el berrido estridente de la alarma de incendios atronaba a toda su potencia.

Se quitó el casco sin dejar de correr hacia la puerta. Unos bomberos trataron de impedirselo, pero les mostró la placa y lo dejaron en paz. Pasó de largo el vestíbulo, se dirigió a las escaleras y subió los peldaños de dos en dos, agradecido de haber ubicado a Yates en el segundo piso y no en el ático, como aquel había exigido.

El pánico espoleaba su corazón y recordó que, menos de dos horas antes, se encontraba en la sala de prensa de Scotland Yard, convencido de que nada podría ser peor que la reunión con los periodistas que estaba a punto de comenzar.

Aunque tenía a su derecha al jefe Sullivan, se sentía desnudo frente a las decenas de fotógrafos que se agolpaban ante la mesa. Repartían los disparos de las cámaras entre los

cinco oradores, pero las principales víctimas eran él mismo, el jefe y el alcalde. Les pedían a voz en grito que miraran a uno u otro lado, «¡Aquí!, ¡Aquí, por favor!, ¡Jefe Sullivan!, ¡Inspector, aquí detrás!...» Ellos atendían a cada llamada, pero llevaban así un buen rato y se había cansado de tanto girar el cuello, de modo que había decidido permanecer inmóvil y dejar que lo fotografiasen como quisieran.

No era su primera rueda de prensa y, muy a su pesar, tampoco sería la última. Las odiaba. Ese no era su trabajo. Su trabajo era la calle y tenía mil cosas que hacer. Los informes del asesinato de Davies se acumulaban sobre la mesa. El forense había detectado restos recientes de cocaína en la nariz de la víctima, tan recientes que apuntaban a que la había esnifado antes de salir a jugar al golf. ¿Tenía alguna relevancia para el caso? Probablemente no, podría apostar el culo a que no había muerto por sobredosis, pero debía investigar si guardaba relación. Por otro lado, el equipo forense no había encontrado la bala perdida, aunque seguían rastreando el campo; los guardaespaldas continuaban detenidos a la espera de prestar declaración; y Saunders recopilaba imágenes de las cámaras de seguridad y de tráfico. Y él allí, perdiendo el tiempo con burocracias.

—¡Inspector, aquí, por favor!

Daniel no se movió. Jugeteaba con el bolígrafo sobre la hoja en la que tenía esquematizada su declaración, garabateaba figuras azules sin sentido e imaginaba que estaba muy lejos de allí, con un cigarro en la mano, Kathleen en la otra y el sol en el cielo.

El único que se veía cómodo era el alcalde, sentado a la derecha del jefe, en el centro de la larga mesa. Sonreía, estrechaba manos y bromeaba con cada uno de los periodistas de la sala. El concejal de seguridad y la jefa de relaciones públicas de la policía metropolitana completaban el elenco de la rueda de prensa. «¿Rueda de prensa para qué?», había preguntado Daniel al ser convocado, pero nadie

le había sabido responder. La idea era ofrecer información sobre las muertes de Arthur R. Thompson y Anthony Davies, y sobre el desarrollo del caso. ¿Qué información? Ni el jefe lo sabía. No había nada que contar, al menos nada que se pudiera contar sin poner en peligro la investigación. Pero allí estaban.

Al fin, el alcalde se cansó de salir en todas las fotos. Indicó con un gesto a uno de sus asistentes que diera por finalizado el turno de los reporteros gráficos, y los fotógrafos fueron desplazados hacia el fondo de la sala, donde los equipos de grabación de vídeo se alzaban como un pelotón de fusilamiento.

En cuanto desaparecieron de la primera fila, Daniel pudo ver a los demás, las decenas de periodistas que aguardaban en las sillas a que comenzaran las declaraciones. Llevaban tabletas electrónicas u ordenadores portátiles en los que transcribirían sus palabras, aunque alguno, más conservador, aún utilizaba libreta de papel y bolígrafo.

Kelly Knight ocupaba uno de los asientos en primera fila. No le extrañó verla allí. Llevaba una minifalda vaquera y cruzaba las piernas en un nudo imposible que parecía ideado para atraer las miradas. Sus ojos recorrieron aquella piel desnuda hasta llegar a la conclusión de que prefería las piernas de Kathleen. Kelly Knight ya no parecía tan atractiva como otras veces.

La rueda de prensa comenzó. El alcalde hizo su introducción, se declaró profundamente afectado por los hechos y comprometido hasta el fondo en la persecución del asesino desalmado que había perpetrado los horrendos crímenes. Hablaba con calma, pero sus palabras transmitían determinación. Unos minutos antes, el inspector lo había visto tontear con una de las periodistas. Nadie tenía que explicarle que la única determinación del alcalde era que aquel desastre no afectase a su puesto. Cada una de las frases pronunciadas iba en esa dirección. No podrían

acusarlo, se leía entre líneas, de no haber hecho todo lo posible por atrapar al asesino si al final este conseguía huir y rodaban cabezas. Las cabezas que rodarían serían las del jefe Sullivan y sus hombres, por supuesto, empezando por el inspector al cargo de la investigación.

El jefe fue el siguiente en hablar. Tampoco él estaba a gusto. Tenía más experiencia que el inspector, pero solía dejar la exposición mediática en manos de la portavoz del departamento, que, en esa ocasión, permanecía en silencio en una esquina de la mesa con cara de preguntarse qué demonios pintaba allí. Órdenes del alcalde. En un caso como aquel debía ser el jefe el que hablase. Así lo hizo. Expuso los hechos y resumió en grandes trazos tanto el asesinato de Thompson como el de Davies. Contó que la investigación estaba avanzada y que tenían varios sospechosos. Mintió. Detalló algunas pruebas que los periodistas habían expuesto ya en sus fotografías de los crímenes y evitó decir nada que no fuera de dominio público.

Casi una hora después, el alcalde pronunció su alegato final, tan vacuo como el primero, y dio paso al turno de preguntas. Daniel se preparó para la batalla, ahí era donde empezaba su papel.

—Inspector Ryman... —La primera no se hizo esperar: Owen Clemens, de la BBC—. ¿Tienen alguna teoría sobre el motivo por el que alguien querría eliminar a los tres socios de Thompson, Yates & Davies? ¿Competencia, tal vez o...?

—No descartamos ningún móvil por el momento.

—Inspector... —Alison Murdock, del Independent—... ¿Qué hay del señor Yates? ¿Lo tienen bajo vigilancia?

—Sí. El señor Yates está ahora mismo bajo nuestra protección.

—¿Cómo se encuentra?

—Pues ya se puede imaginar.

—Steve Chan, del Evening Standard. ¿Sabe el señor Yates quién puede estar detrás de los asesinatos?

—Para The Guardian. ¿Sabe el motivo que puede...?

—¿Investigan si la TYD tenía algún negocio sucio que pueda haber...?

Las preguntas se solapaban como la ropa de un mendigo: periódicos, cadenas de televisión, radio, internet, blogs... Todos estaban allí. Daniel hacía malabarismos para no revelar datos concretos o pruebas que no se conocieran. Aunque ¿qué pruebas? Tenía la impresión de que estaba tan perdido como los periodistas.

—¿Tienen estos asesinatos alguna relación con la muerte de Tian Zhou, Darina Vasylychenko o...?

Kelly Knight disparó a matar. Ahí estaban. Las anteriores víctimas del Fantasma. Siempre había sabido que alguien llegaría hasta él y empezarían a salir a la luz todos sus crímenes sin resolver. Tendría que haber imaginado que ese alguien sería la señorita Knight.

—No tenemos motivos para creer que pueda haber relación.

—Pero el *modus operandi* es...

—Investigamos este caso en su contexto, no podemos desviarnos hacia casos antiguos.

—Pero esos casos no se resolvieron.

Como si él no lo supiera ya.

—¿Creen que sea un asesino en serie que...?

—¿O un asesino a sueldo...?

El jefe Sullivan se levantó de la silla y los periodistas callaron.

—Eso es todo por ahora —dijo. Su voz, que solía ser suave, llenó la sala sin necesidad de micrófonos—. Informaremos de nuestros avances, pero, por ahora, tenemos que seguir trabajando. Muchas gracias a todos.

Los periodistas, obedientes, se dispusieron a recoger los equipos. El ruido de sillas y murmullos decepcionados invadió la sala mientras los participantes en la rueda de prensa salían del escenario por una puerta lateral.

—¡Sullivan! —El alcalde parecía furioso. La vena que había provocado miles de chistes en prensa, televisión e internet, le palpitaba ostensible en medio de la frente—. ¿Qué es eso de un asesino en serie? ¿Cómo no se me ha informado? ¿De qué coño estaban hablando?

El jefe respondió con una mezcla de paciencia y condescendencia.

—Señor, no es un asesino en serie, es un asesino a sueldo. Está en el informe que le remitimos esta mañana. Estamos investigando la posibilidad...

—¿La posibilidad? Quiero saberlo todo de ese asesino. ¿Qué...?

El teléfono de Daniel sonó en el interior de su chaqueta. Los dos hombres lo miraron. Ante la expresión de duda del inspector, el jefe le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Contesta —ordenó.

Daniel se alejó dos pasos y sacó el teléfono. La pantalla brillaba con un número de móvil que no reconoció.

—Ryman.

Un ruido estridente lo obligó a separarse el aparato de la oreja con un gesto de dolor.

—¡Señor! —Alguien trataba de hacerse oír a gritos por encima del escándalo—. ¡Señor, soy el agente Weyman! ¡En el Dorchester!

Era uno de los agentes encargados de la vigilancia de Yates.

—Weyman, ¿qué ocurre? ¿Qué es ese ruido?

—Señor, se ha declarado un incendio en el hotel. Vamos a bajar a Yates a la calle.

—¡Ni se le ocurra!

—Pero señor...

—¿Ha visto usted el fuego? ¿El humo? ¿Algo?

—No, señor, pero todas las alarmas están sonando.

—¡Agente Weyman, si saca a Yates a la calle más le vale que tenga el culo en llamas o me encargará de que su

carrera haya acabado! ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Devuelva al detenido y a su familia a la habitación ¡Inmediatamente! ¡Aléjelo de las ventanas y aumente la vigilancia!

Colgó y buscó al jefe con la mirada. Todas las personas en cuatro metros a la redonda lo observaban con inquietud. Al igual que el agente Weyman, él también había gritado para hacerse oír, y hasta el último de los presentes había escuchado sus palabras. El jefe Sullivan mostraba una expresión de pánico en la cara.

—¡Lárgate! —gritó.

Daniel obedeció a toda prisa.

Y ahí estaba, llegando al segundo piso del hotel Dorchester, con los oídos taladrados por la alarma que no cesaba de retumbar. Los dos agentes uniformados que mantenían la guardia ante la puerta de Yates eran las únicas personas en el elegante pasillo. Daniel se dirigió hacia ellos con la respiración entrecortada por la carrera.

—¿Está ahí dentro? —gritó, por encima de la alarma, al tiempo que les mostraba su placa.

—¡Sí, señor! —contestó uno de ellos.

El inspector golpeó la puerta con el puño. Unos segundos después, esta se abrió.

Ignoró al agente al otro lado, entró y revisó la suite de un vistazo. El abogado y su mujer estaban sentados en el suelo, contra la pared, lejos del ángulo de visión desde las ventanas. Ambos lo miraban aterrorizados, sin un ápice de la indignación mostrada cuando se había decretado su encierro en el hotel. El inspector respiró con alivio. Aunque hubiera dado orden de no sacarlo de la habitación, se había temido lo peor durante el trayecto.

—¿Quién es Weyman? —preguntó.

El policía que había abierto la puerta dio un paso al frente. Daniel lo palmeó en el hombro.

—¡Bien hecho! —lo felicitó—. Bueno ¿alguien ha visto el fuego, el humo o cualquier cosa?

Los agentes negaron con la cabeza. Yates permanecía en el suelo, lívido y empapado en sudor. No pudo evitar sentir algo de lástima por él, pero no dijo nada, se merecía todo lo que le estaba pasando.

—¡Está bien! —insistió—. ¡Quédense aquí!. ¡Yo voy a hablar con Seguridad a ver si alguien me explica lo que ha ocurrido, aunque mucho me temo que lo sé!. ¡Agente Weyman! —Se volvió hacia el policía, que se cuadró—. ¡Que no entre nadie bajo ninguna circunstancia! ¡Y mantenga a Yates ahí hasta que yo de la orden!

—¡Sí, señor!

Salió al pasillo y repitió la orden a los agentes que allí permanecían. Estaba a mitad de camino hacia la planta baja cuando la alarma dejó de sonar. El silencio fue tan inesperado que sintió como si se tambalease un segundo antes de acostumbrarse de nuevo a él.

El vestíbulo se encontraba casi desierto. El día que había llevado a Yates, tras el asesinato de Davies, el lugar era un remolino de clientes que entraban y salían, ruido de maletas, teléfonos y conversaciones en veinte idiomas diferentes. Ese día, la enormidad del espacio vacío resultaba escalofriante, con las columnas de mármol rosa, los sillones de cuero, las lámparas Tiffany y los suelos brillantes por los que nadie caminaba. Sin embargo, al contrario de lo que pudiera parecer, el lugar tampoco estaba en silencio. Un murmullo de voces airadas lo guió hasta una esquina entre la recepción y la puerta, donde un grupo de bomberos discutía con la directora del hotel. La mujer de mediana edad, vestida con elegancia, lo encaró furiosa al verlo acercarse.

—¿Esto tiene algo que ver con usted? —preguntó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, a su vez.

—No lo sabemos —respondió ella—. La alarma ha empezado a sonar. Nuestros sistemas de seguridad avisaban de incendios en todas las plantas, pero no encuentran ningún fuego.

El inspector se giró hacia los bomberos.

—¿Lo han comprobado? —preguntó al jefe del grupo.

—Sí. No hay nada, pero creo precipitado dejar que la gente regrese sin saber qué ha provocado...

—Él lo ha provocado. —La mujer señaló al inspector con un dedo—. Ese detenido que tienen arriba, ¿no es cierto? Exigí que no afectara a mis clientes.

La directora había manifestado con virulencia su negativa a acoger al detenido. Ahora que las circunstancias le daban la razón, estaba furiosa por haberse dejado convencer. Él sabía que tenía razón, pero no lo podía admitir. En teoría, nadie aparte del equipo, sabía dónde se encontraba Yates. Eso solo dejaba dos posibilidades y ninguna buena: o tenían un topo en el departamento o el Fantasma se había infiltrado en el sistema.

—Señora Lyons —dijo, con su mejor tono pacificador—, lamento mucho lo que ha pasado, pero no puedo asegurar que tenga relación con el detenido.

—Por supuesto que sí. Exijo que lo saquen de mi hotel inmediatamente.

—Eso va a ser imposible, pero lo haremos tan pronto como podamos, se lo aseguro. —Le hizo un gesto al bombero para que lo siguiera a una esquina donde pudieran hablar en privado—. ¿Están seguros de que no ha habido ningún motivo físico que hiciera saltar las alarmas?

El bombero se quitó el casco. Fue como si admitiera que, en efecto, no había fuego por ninguna parte.

—No hay nada. Han saltado todas al mismo tiempo en el ala izquierda del edificio. Hemos revisado los detectores, pero no encontramos ningún fallo. Pensamos que podría haber fuego oculto en los conductos de ventilación o de

cableado, pero nada. La verdad, no entendemos...

—¿Cree que esas alarmas podrían haberse hecho saltar informáticamente?

El bombero se tomó unos segundos antes de contestar, luego asintió con una mirada insegura.

—Supongo que sí. El sistema de seguridad del hotel se controla desde un ordenador. Supongo que se puede manipular.

Daniel le agradeció su colaboración y ambos estuvieron de acuerdo en que ya podían permitir el regreso de los huéspedes a sus estancias.

No era la primera vez durante la investigación que oía una referencia a manipulación informática. Las cámaras de seguridad en el asesinato de Thompson habían sido amañadas para que no grabaran el interior del edificio desde el que el Fantasma había disparado, y Yates había mencionado que Thompson se comunicaba con el asesino a través de internet. Ahora, no solo sabía dónde habían escondido a su objetivo, sino que hacía saltar las alarmas para sacarlo a la calle. ¿Significaba eso que no solo era un asesino, sino también un hacker?

La situación se complicaba cada vez más. Tendría que hablar de nuevo con la agente Crewe, de Delitos Informáticos, por si podía ayudarlo. Y con Chapman, por supuesto.

Salió al exterior y cerró los ojos al recibir el aire en la cara. El día era deprimente, las nubes no le permitían sentir el calor del sol. Los abrió. Un grupo de bomberos había dado permiso a los huéspedes para que regresaran a sus habitaciones, y decenas de personas en los atuendos más inesperados cruzaban la avenida con una calma insólita, como si correr fuera a arrebatárles el último ápice de dignidad que les quedaba.

Park Lane se alejaba a izquierda y derecha. Ante él se abría Hyde Park, pero a los lados se alzaban manzanas llenas

de edificios desde los que miles de ventanas lo observaban. El Fantasma estaba allí, en alguna de ellas. Sentía su mirada sobre él. ¿Sabría quién era? Algo le decía que sí. Un escalofrío recorrió su sistema nervioso. Retrocedió un paso, a punto de ocultarse de nuevo en el interior del vestíbulo, pero se detuvo. El Fantasma nunca había disparado a otro que no fuera su objetivo. No le dispararía a no ser que se acercara demasiado y, por desgracia, aún no lo había hecho.

—Pero te cogeré —susurró—. Cuenta con ello, cabrón, te cogeré.

24,
Miércoles, 01 de junio – 06:42 h.
Casa del inspector Ryman. Londres

Fingió que su caricia en la espalda la despertaba, pero no era cierto. No había dormido en toda la noche, excepto por algunos momentos aislados, plagados de pesadillas de las que había despertado envuelta en sudor y con el pulso acelerado. Había visto los contornos de la habitación dibujarse a medida que el sol se colaba por la ventana del piso del SOHO en el que el inspector Daniel Ryman la había hecho sentir como en casa una vez más.

Pero no estaba en su casa, y eso era lo que había estado pensando toda la noche: «Esta no es tu casa y nunca lo será». Aquella frase se reflejaba en su pecho con un dolor que la atenazaba.

Él posó los labios sobre su hombro desnudo, lo besó y le apartó el pelo para continuar hacia la nuca. Era delicioso. El aire caliente de su respiración le erizaba la piel y la caricia de los dedos por las costillas acrecentaba el placer que debería haber sentido. Pero no lo sentía. Lo que sentía era culpa.

Lo había visto la tarde anterior en el hotel. Lo había visto llegar en la moto y, un rato después, salir del edificio, estudiar la zona, volver a entrar, volver a salir, hablar con los agentes, despedirse de los bomberos... Lo había visto observar la calle y buscarla a ella, sospechando quizá que, a trescientos metros, ella lo observaba a él.

Lo peor era que todos aquellos movimientos los había realizado con una cruz dibujada sobre su cuerpo, la de la retícula de la mira telescópica con la que ella lo seguía. Aquella percepción de Daniel como objetivo, en el punto de mira del rifle, era lo que la había perseguido en sus pesadillas, junto con otros recuerdos aún más atroces en los que llevaba años sin pensar y que no echaba de menos.

—¿Estás bien?

Tomó aire y se giró. Daniel la miraba de costado, apoyado en el codo. Ella no supo si reír o llorar ante la perspectiva de que ya fuera capaz de saber cuándo le ocurría algo.

—He dormido fatal —dijo. Al menos eso era verdad.

Él sonrió y la besó en la boca. Ella le devolvió ambas cosas: la sonrisa y el beso.

—Yo he dormido como un bebé —dijo él a continuación—. Después de lo de ayer y la noche contigo, hoy puedo comerme el mundo.

Ella le acarició el torso con los dedos.

—Ojalá pudieras contarme qué fue eso tan genial que hiciste... —Su expresión era tranquila, con la vista perdida en el trazado que dibujaba sobre su piel, pero el corazón bombeaba a toda velocidad mientras esperaba una respuesta.

Él sonrió con entusiasmo.

—Le salvé la vida a un hombre —dijo.

Era más de lo que le había dicho hasta el momento. La tarde anterior estaba eufórico, pero no le contó por qué. Información confidencial y todo ese rollo. Ella no había insistido, al fin y al cabo, lo sabía, pero le resultaba poco creíble que una novia no preguntara.

—¿En serio? —Fingió sorprenderse.

El brillo en los ojos le iluminó el rostro cuando asintió.

—Desbaraté los planes del puto asesino que me está volviendo loco. Y tengo algunas ideas sobre cómo seguir

buscándolo a partir de ahora.

Kathleen parpadeó. Se esforzó en parpadear.

—¿Cómo?

Él la besó en los labios. Abrió la boca para decir algo, pero el despertador rompió a sonar en la mesilla. Ambos se sobresaltaron.

—Mierda —rió él.

Se levantó de la cama, se alejó un paso, pero se arrepintió, se inclinó sobre ella y la besó una vez más.

—¿Nos vemos esta noche?

Kathleen rió una afirmación. Al instante lamentó haberlo hecho. ¿Cuántas veces se había repetido que debía acabar con aquello? No era capaz. Cada vez que tenía una oportunidad la dejaba escapar, como acababa de suceder.

Él se alejó hacia el armario.

—Podemos ir a tu casa si quieres. —Buscaba la ropa de espaldas a ella, por lo que no vio la expresión alarmada en sus ojos—. Esto es un cuchitril. Seguro que tú vives en una mansión.

Kathleen rió y se levantó. Su ropa estaba en el suelo, la recogió.

—No tanto. —Buscó un pretexto para rechazar la sugerencia. Recordó las prisas el día anterior: devolver el coche de alquiler, coger el suyo en un aparcamiento cercano, regresar a casa a dejar el rifle y luego, tras recibir la llamada de Daniel, de nuevo a la ciudad para quedar con él. Era una excusa tan buena como cualquier otra y la única que tenía a mano—. Además, vivo a las afueras, ya te lo he dicho. Es un coñazo tener que entrar y salir de la ciudad cuando esto está tan céntrico.

Él asintió sin darle más importancia y desapareció tras la puerta del baño. Cuando oyó el sonido de la ducha, ella se dejó caer en la cama con un gruñido. Un nuevo frente de batalla. Claro que podría llevarlo a su casa, enseñársela y hacer el amor en todas las habitaciones, pero su pulso se

pararía cada vez que él pasase ante la biblioteca, cada vez que lo dejara solo, cada vez que oyera un ruido y pensara que era Jason entrando sin llamar, como hacía siempre.

Jason. Tenía que hablar con él.

Se quitó los auriculares y se detuvo en el camino de piedra a recuperar el aliento. El chapoteo de los perros bebiendo agua en los cuencos que había dispuesto junto a la puerta la acompañó durante los minutos que tardó en decidirse. No era el cansancio tras la carrera matutina lo que la retenía en el jardín, era la perspectiva de enfrentarse a su socio.

De un tirón, sin pensar, sin dudar, introdujo la llave en la cerradura de la puerta, abrió, entró y cerró. La casa estaba vacía. Subió al segundo piso, pero la imagen de la cama sin deshacer la detuvo a la puerta del dormitorio. La única persona a la que quería meter bajo esas sábanas, la única con la que quería pasear por esa casa, trataba de encerrarla en la cárcel.

—Joder —susurró.

Se desnudó, se metió en la ducha y dejó que el agua gélida le lamiera las heridas. Cerró los ojos. El frío se clavaba en su piel como millones de cuchillas, pero eso estaba bien, era mejor que la que tenía clavada en el alma. Daniel, Jason, Yates... Cada uno requería algo de ella y no podía dárselo a ninguno: no podía contarle la verdad a Daniel ni volver a estar con Jason como antes ni perdonar la vida de Yates. No podía.

El temblor en la mandíbula la sorprendió. Pensó que iba a llorar, pero lo descartó y lo achacó al agua fría. No había llorado desde hacía una eternidad. En realidad, había llorado tanto durante una época que le gustaba pensar que ya había gastado su reserva de lágrimas.

Así que se trataba del frío. Abrió el grifo del agua

caliente y decidió dejar de pensar y concentrarse en la rutina: ducharse, desayunar y bajar a la Base.

—Maldita sea, Jay.

No. No conseguiría dejar de pensar.

Su socio estaba en la Base, pero ni siquiera la miró mientras se acercaba a él. Parecía ocupado con algo que revisaba en el ordenador.

—Siento lo de ayer —dijo, sin despegar la vista de la pantalla—. Parece que tu novio es más listo de lo que esperábamos. Se lo olió, el muy cabrón, ¿eh?

Kathleen no respondió. El día anterior no habían hablado de lo ocurrido: de la intervención de Daniel y el fracaso del plan. Pero su broma dejaba claro que no era de eso de lo que tenían que discutir. Tras unos segundos en los que el silencio se extendió por la sala, Jason apartó la mirada del ordenador.

—¿Kat? —Su rostro se torció—. ¿Qué ocurre?

Kathleen dejó caer todo su peso en la silla. No sabía por dónde empezar ni lo que iba a decir.

—Se trata de Daniel...

El rostro del informático perdió todo color. La había entendido mal. Ella agitó las manos en el aire, nerviosa, tratando de calmarlo con gestos de negación.

—¡No! ¡No, no es eso, no te asustes! No ha pasado nada.

Jason se desinfló contra el respaldo del asiento.

—¿Entonces, qué pasa con él?

Kathleen bajó la vista. Necesitaba tiempo para pensar en la forma de decirlo. El informático le apartó el pelo que había caído a ambos lados de su rostro.

—¿Kat? ¿Qué pasa?

—Lo he estado viendo —confesó.

Él la miró desconcertado. Poco a poco, su mente comprendió lo que acababa de oír. Se levantó de la silla, despacio, y se alejó.

—Es una broma, ¿no?

—Jay...

—Dime que es una broma.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Se giró hacia ella desde el otro lado de la habitación. Kathleen advirtió la ira en sus ojos—. ¿Es que no entiendes a lo que estás jugando? Después del susto que nos llevamos cuando lo conociste... ¿Acaso te has vuelto loca?

—Es que... me gusta.

Él no la miró, se había girado de espaldas y tenía la vista fija en uno de los servidores de la pared. Las hileras de leds rojos parpadeaban como de costumbre, ajenos a la tormenta que se estaba desatando.

—No sospecha nada —continuó ella—. Y me cuenta cosas del caso. Le estoy sacando información sobre...

—¿Información? Eso es lo que menos le estás sacando.

—¡No seas vulgar! —Su reproche sonó a súplica y, enfadada consigo misma, trató de defenderse—. No tengo que darte explicaciones de con quién me acuesto.

—¡Sí! —exclamó él, escupiendo la afirmación—. Cuando pone en peligro nuestras vidas, sí. Debes hacerlo.

Tenía razón, no pudo negarlo, pero tampoco se sentía con fuerzas para admitirlo. Él prosiguió:

—No sabes nada de él. ¿Sabes que estaba casado? ¿Que su mujer pidió el divorcio porque su trabajo lo absorbía? ¿Que volvieron a juntarse y separarse varias veces? ¿Que no quiso tener hijos con ella porque no tenía tiempo? ¿Sabes que...?

Kathleen escuchaba la retahíla, incapaz de responder. Como una bombilla oscilante en un sótano desordenado, una idea brilló en su cabeza creando nuevas sombras sobre los viejos objetos conocidos.

—Sí, lo sé —lo interrumpió—, pero ¿cómo lo sabes tú?

Jason calló. La culpabilidad parpadeó en sus ojos

durante un instante hasta que la determinación la sustituyó.

—Alguien tiene que mantener los pies en el suelo.

—¿Lo has hackeado?

—Por supuesto que lo he hackeado. Necesitaba saber quién coño es y por qué un policía ha aparecido en tu vida de repente. No me digas que no es sospechoso.

—No me lo puedo creer...

Kathleen apoyó los codos en las rodillas y se dejó caer hacia delante. Las fuerzas la abandonaban. Había investigado a Daniel a sus espaldas, igual que ella había salido con el inspector a espaldas de él. La amistad de más de dieciséis años se hundía entre mentiras y secretos. Se preguntó qué quedaba de ella. Se preguntó, también, qué más habría averiguado. La respuesta era fácil: nada. Si hubiese hallado algo turbio en Daniel, se lo habría dicho y, si no lo había encontrado, era porque no existía. Nada se le escapaba al informático.

Aquella bombilla oscilante volvió a parpadear.

—Sabías lo nuestro —susurró en una afirmación que no necesitaba respuesta.

Aun así, la obtuvo.

—Sí, lo sabía, claro que lo sabía. Pero me preguntaba cuándo me lo dirías tú.

Kathleen se levantó de la silla.

—No me puedo creer que hayas jugado conmigo de esta manera.

—¿Yo he jugado contigo? —replicó él—. ¿Cómo llamas a lo que has hecho tú?

—Es mi vida privada. No tenías derecho.

—¿No tengo derecho a investigar al detective que nos persigue, pero tú sí lo tienes a acostarte con él? ¿Tú te estás oyendo? ¿Qué pasará si empieza a sospechar, Kathleen? —Avanzó hacia ella y, por un segundo, ella pensó que la iba a abofetear. No lo hizo. Se detuvo a medio metro de distancia, con los ojos inyectados en rabia—. ¿Entonces, qué? ¿Huimos

del país? Si llega hasta nosotros, ¿serás capaz de eliminarlo?

Ella deseó que la hubiera golpeado en vez de decir eso. Nadie había estado nunca cerca de cogerlos, no tendría por qué hacerlo él, precisamente.

—Si tanto te gusta —insistió su socio—, ¿cuánto tiempo podrás ocultarle tu verdadera ocupación? ¿Vas a mentir para siempre? ¿Llevarás una doble vida? ¿Hasta cuándo?

—¡Basta ya! —Sus ojos se habían humedecido. Se maravilló de estar tan cerca del llanto por segunda vez en un día, después de tantos años sin una sola lágrima—. No voy a casarme con él, ¿vale? Y tampoco voy a dedicarme a esto para siempre.

Jason no respondió, Kathleen nunca había hablado de dejarlo. Hasta entonces.

El informático regresó al ordenador.

—Tengo cosas que hacer —dijo—. Te avisaré en cuanto tenga algo nuevo sobre Yates o lo que sea. Márchate.

Kathleen retrocedió dos pasos como si aquella bofetada que había temido se hubiera convertido en un puñetazo. Él nunca le había hablado de esa manera.

Con paso lento se dirigió a la salida, abrió la enorme puerta y la atravesó. Al cerrarse sonó igual que el sello de una tumba.

**25,
Miércoles, 01 de junio – 09:57 h.
New Scotland Yard. Londres.**

Daniel releyó el correo electrónico que acababa de recibir. No quería equivocarse. Los últimos días había estado de buen humor y todo le parecía mejor de lo que era en realidad.

Tres días atrás, la fiscal les había dado permiso para investigar las cuentas de Peter Chapman. Casi lo había olvidado. Ese correo se lo acababa de recordar.

«De: L_Endo@met.police.uk

Para: D_Ryman@met.police.uk

Asunto: Investigación Peter Chapman

Mensaje:

Inspector Ryman:

Soy el sargento Daisuke Endo, al cargo de la investigación sobre las cuentas bancarias de Peter Chapman. Le ruego que se reúna conmigo en mi despacho lo antes posible».

Corto, directo y prometedor. Daniel levantó el auricular del teléfono y llamó al número que se incluía en la firma al final del mensaje. El sargento contestó al segundo timbrazo. Pese a la insistencia del inspector, se negó a dar ningún detalle por teléfono y se limitó a repetirle que se reuniera con él en su despacho. A falta de motivos para negarse, Daniel accedió.

Comparada con la Unidad de Delitos Informáticos, la de Delitos Económicos parecía el colmo de la madurez. Sin

colores ni muñecos, eran las estanterías llenas de carpetas y archivadores las que se llevaban el protagonismo. Las mesas desaparecían bajo montañas de papeles y los teléfonos y las voces libraban una lucha sin cuartel.

El inspector atravesó la planta hasta localizar la puerta que buscaba, que una pequeña chapa de metal identificaba como el despacho del sargento Endo. Golpeó con los nudillos. Una voz desde el interior le permitió el acceso.

Lo primero que llamó su atención al entrar fue el enorme televisor que colgaba de una pared y que mostraba las constantes fluctuaciones de la Bolsa, así como una barra de titulares que desfilaban por la parte inferior de la imagen. Ante él se alzaba una mesa sepultada bajo toneladas de papeles, repartidos en montones bien alineados, y una pantalla de ordenador de gran tamaño.

—¿Inspector Ryman? Pase, por favor, siéntese. Ahora mismo estoy con usted.

La voz del sargento brotó de detrás de la pantalla. Daniel se sentó y esperó. Daisuke Endo era de origen asiático, como ya había supuesto, y de unos cincuenta y tantos años. Unos hilos plateados le surcaban el cabello y parecían alargarse hasta convertirse en las arrugas que le atravesaban la frente. Detrás de unas gafas de montura al aire, las mismas arrugas dibujaron un enrevesado ideograma cuando el sargento, al fin, apartó la vista de la pantalla.

—Un placer conocerlo, inspector —saludó, al tiempo que le tendía la mano por encima de la mesa. Daniel tuvo que incorporarse unos centímetros para llegar a estrechársela—. Si no le importa, vamos a esperar a otra persona antes de empezar.

—¿A quién?

—La agente Crewe, de la Unidad de Delitos Informáticos.

—¿Crewe? ¿Qué tiene esto que ver con ella?

El sargento sonrió con una picardía que lo rejuveneció

diez años.

—Ahora lo verá.

El inspector improvisó una disculpa y abandonó la habitación. Había algo que quería hablar con la agente Crewe, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo, así que ese sería el momento perfecto. Aguardó ante el despacho hasta que la vio aparecer al fondo de la planta.

Caminaba con rapidez, algo encogida, como si le cohibiera salir de sus dominios. Estaba igual que como la recordaba: con el pelo recogido en una coleta y aquellas gafas de pasta que se colocaba sobre la nariz cada pocos segundos.

Se reunió con ella a medio camino y la apartó a un lado. La joven se dejó arrastrar, con gesto sorprendido que se tornó en confuso cuando él se inclinó para hablarle en voz baja.

—Buenos días, agente Crewe. Disculpe que la asalte de esta manera, pero hay algo que necesito preguntarle. —Ella sonrió y se colocó las gafas con un dedo, como siempre—. Sospecho que puede haber alguien infiltrado en mi ordenador.

Los ojos de la informática se dilataron ante la perspectiva de una infiltración en el sistema. Dos arruguitas se le dibujaron en la frente.

—¿Por qué lo cree?

—El asesino que busco parece conocer todos mis movimientos —resumió—. Si no, tiene un topo entre mi gente, y eso sería incluso peor. Además, tengo motivos para creer que es un hacker o algo parecido: manipuló unas cámaras de seguridad y ayer hizo saltar la alarma antiincendios del hotel Dorchester.

—Esas no son cosas muy difíciles. —La joven las despreció con un gesto de la mano—. Pero explicaría...

No terminó la frase.

—¿El qué?

Ella sonrió con aire misterioso, y aquella sonrisa le recordó el gesto pícaro del sargento Endo unos minutos atrás. Aún más cuando ella respondió con la misma frase:

—Ahora lo verá. Pero dígame ¿ha notado algo raro en su ordenador, va más lento, hace cosas extrañas...?

—No —negó él—, nada.

—Está bien, pero eso deberían mirarlo los de mantenimiento.

Daniel se dio cuenta de lo inapropiado de la petición. Pedirle a una agente de la Unidad de Delitos Informáticos que le revisara el ordenador era como pedirle a Sherlock Holmes que le buscara las llaves, pero confiaba en ella y suponía que encontraría cosas que nadie más podría encontrar.

—Por favor —suplicó—. Usted sabe más que ellos.

Ella se colocó las gafas con una sonrisa ruborizada.

—De acuerdo —dijo—. Me pasaré esta tarde y lo revisaré por si encuentro algo.

Daniel le dio las gracias y regresaron al despacho.

—Empecemos. —El sargento Endo giró el monitor de modo que Daniel y la agente Crewe pudieran ver su contenido: una tabla con decenas de cifras en filas y columnas de diferentes colores—. Ha tenido suerte, inspector. El señor Chapman es un chapuza.

—¿Perdón?

El sargento señaló los datos de la pantalla.

—Como puede ver aquí, es un hombre de gastos rutinarios: casas, teatro, cenas... Nada fuera de lo normal para alguien de su situación. Por eso fue fácil descubrir que, hace poco más de quince días, transfirió una gran cantidad de dinero a una cuenta que ha resultado ser muy interesante.

—¿Interesante, por qué?

—Porque no existe.

Daniel dudó, sin entender lo que acababa de oír. La

agente Crewe sonreía; ella sí sabía de qué iba el asunto. Él se acercó a la pantalla en un intento infructuoso de comprenderlo.

—¿Qué demonios significa que no existe?

—Pues eso mismo —reiteró el sargento—. En el informe de movimientos de la cuenta de Chapman, aparece una transferencia a una cuenta corriente, pero el número de la cuenta está vacío. De manera oficial, esa cuenta no existe.

—¿Cómo puede ser?

—¿Agente Crewe? —El sargento Endo instó a hablar a la informática.

—No puede ser —respondió ella—. Es imposible.

Daniel se giró para mirarla. Con una sonrisa tímida, ella se colocó las gafas sobre el puente de la nariz antes de continuar:

—Debe entender que esto es una obra de arte. Ha tenido que ser un hacker de primer nivel para entrar ahí sin ser detectado. —La joven arqueó mucho las cejas en dirección a él. Él lo entendió. Ella había dicho que la presencia de un hacker en su ordenador explicaría algo. No explicaba nada, en realidad, pero cerraba un círculo—. Creó la cuenta, le dio funcionalidad total y, cuando retiró el dinero, eliminó cualquier registro de ella. Como si no hubiera existido. Si el dinero hubiese sido ingresado en efectivo, jamás habríamos sabido que esa cuenta existió. Apuesto a que le dijeron que lo hiciera así, y que la transferencia fue un error de Chapman.

—¿Podemos sacar algún tipo de información de ella? ¿Dónde fue el dinero o cualquier cosa?

—Créame, lo estamos intentando, es el reto de moda en el departamento, pero no hay nada por ahora. Nos lleva a callejones sin salida una y otra vez.

Daniel se recostó contra el respaldo de la silla. La agente Crewe se colocó las gafas con mirada avergonzada.

—El que haya hecho esto es un genio —trató de

disculparse—. Esa cuenta, la información necesaria para abrirla y cerrarla, los movimientos asociados a ella; todo eso no existe. No hay manera de saber dónde fue el dinero que se ingresó allí. Nada, ni siquiera en el banco central. Lo siento muchísimo, pero seguimos intentándolo.

—Lo sé, agente. No se preocupe.

Ella asintió, pero el inspector ya no prestaba atención a las palabras que la joven intercambiaba con el sargento. Tenía que hablar con una persona y no iba a dejar pasar un minuto más. Se despidió de sus compañeros, se levantó de la silla y abandonó el despacho.

El número 18 de Culross St., en pleno centro de Londres, a pocos pasos del hotel Dorchester en el que Frederick Yates había estado a punto de morir la tarde anterior, era un edificio magnífico, ocupado por completo por la vivienda de Peter Chapman.

Su estructura de cinco pisos de ladrillo visto color rojizo estaba tachonada de otras tantas hileras de ventanas con marcos blancos y frisos ribeteados. Una escalera de mármol ascendía hasta la imponente puerta de casi dos metros de ancho, también de madera blanca, en la que destacaba un aldabón dorado en forma de puño, justo en el centro.

Daniel se preguntó qué se sentiría al vivir en un lugar tan impresionante. Fue una pregunta vacía. Su única utilidad era la de retrasar lo que debía hacer. No podía evitarlo, Peter Chapman le había caído bien desde el primer momento. Era un hombre serio, tranquilo, nada fanfarrón ni engreído. Todo lo contrario a Davies o al propio Yates. Sin embargo, poco podía hacer para negar su culpabilidad. Había llegado el momento de terminar con ese asunto.

Miró a Saunders. El sargento fumaba la última calada de un cigarro del que apenas quedaba el filtro. Lo tiró al suelo y lo aplastó con el zapato. El inspector nunca había

lamentado tanto que su amigo terminara de fumar. Resopló con resignación y subió los escalones hasta la puerta.

Esperó un retumbar dramático dentro de la mansión cuando golpeó con la aldaba, pero no escuchó más que el decepcionante sonido de metal contra metal. Unos segundos después, un suave crujido encima de la puerta llamó su atención. El inspector alzó la vista para descubrir una cámara de seguridad que lo enfocaba desde una esquina. Sorprendido por el contraste, sacó la cartera con la placa y la mostró al objetivo.

Un equipo de cuatro hombres uniformados aguardaban una orden para derribar la puerta, pero Daniel esperó no tener que llegar a ese extremo. En una calle como aquella, en uno de los barrios más ricos de Londres, dos vehículos policiales, cuatro agentes uniformados y dos detectives a la puerta de una de las mansiones era un escándalo que provocaría la ira de los vecinos. Estaba seguro de que, en ese mismo momento, descargaban su indignación en llamadas telefónicas al departamento o, lo que sería mucho peor, a sus amigos políticos. La bola de mierda rodaría y rodaría cada vez más grande hasta acabar a sus pies y encharcarle los zapatos.

Por suerte, la puerta se abrió. Un mayordomo de uniforme negro y ojos igual de oscuros los recibió con mala cara y se apartó para dejar entrar al equipo completo. Lo siguieron a lo largo de un pasillo que absorbía sus pasos bajo una mullida alfombra de dibujos orientales. El hombre se detuvo junto a una puerta, la abrió y les indicó con un gesto que la cruzaran. No había pronunciado una sola palabra.

Peter Chapman se encontraba en el centro de la biblioteca. Parecía marchito, como una planta a la que alguien hubiera olvidado regar. Las estanterías rebosantes de libros desde el suelo hasta el techo amenazaban con caerle encima. El retrato de un hombre colgaba sobre una chimenea apagada. Vestía un elegante traje oscuro con chaleco y

pajarita, abundante pelo negro y una barba tupida que le cubría la mitad del rostro. Su aspecto lo remontaba al siglo XIX. El inspector no dudó de que aquel era el famoso tatarabuelo que había creado la empresa Chapman Trust.

El heredero actual de la misma se acercó a ellos, estrechó las manos del inspector y del sargento, e invitó a ambos a sentarse en uno de los sillones Chesterfield de cuero marrón que se enfrentaban en medio de la sala. Daniel rechazó el ofrecimiento.

—¿Sabe a lo que hemos venido, señor Chapman? —Le mostró la orden de arresto que sostenía en la mano, pero el aludido no la miró.

—Veo que ha traído a la caballería. —Señaló a los agentes uniformados que esperaban junto a la puerta—. Supongo que pretenden detenerme.

Daniel no respondió y Chapman asintió con la cabeza. Dos policías lo escoltaron hacia el exterior, al tiempo que lo informaban de su derecho a guardar silencio. El hombre los siguió con gesto resignado.

La segunda vez que Peter Chapman ocupó la sala de interrogatorios no se mostró más preocupado de lo que había estado la primera.

Llevaba horas aislado allí dentro, una vieja táctica policial que buscaba provocar en el detenido las ganas de hablar. Pero Daniel lo había observado durante los últimos minutos desde el otro lado del cristal y temía que el plan no funcionaría. El detenido mantenía la vista fija en él como si supiera, no solo que estaba allí, sino lo que estaba pensando. No tan difícil imaginarlo. El inspector Ryman pensaba que el hombre ante él era culpable de encargar el asesinato de Thompson y de Davies, y también el de Yates, que vendría después. La conversación que estaba a punto de mantener era la única oportunidad para evitar que ese último

ocurriera.

Con su aire de dignidad intacto, Peter Chapman lo observó entrar en la habitación y le dio las buenas tardes.

Saunders ya le había leído sus derechos por segunda vez, de modo que Daniel se sentó ante él y fue directo al grano. Se identificó ante el micrófono y extendió sobre la mesa las pruebas de que disponía.

—Señor Chapman, tiene usted un problema —dijo.

—Lo imagino.

Había rechazado la presencia de su abogado y se lo veía desvalido en medio de la sala, pero también tranquilo.

—Tenemos numerosas pruebas que lo señalan como inductor de los asesinatos de Arthur Thompson y Anthony Davies. Tenemos los correos en los que usted amenaza de muerte a las víctimas, tenemos el ataque a su socio, Leonard Jenkins, y su declaración respecto a los culpables. Además, tenemos esto.

Desplegó las fotografías que habían encontrado en el ordenador de Davies. Chapman las observó en silencio. Sus ojos acariciaron la imagen de su hijo con infinita ternura.

—Así que las han encontrado —murmuró.

—¿Por qué no lo denunció cuando las recibió?

—¿Cómo iba a demostrar que las enviaban ellos? Llegaron sin remitente, sin mensaje... Supongo que hablaban por sí solas. Pero no entiendo dónde quiere ir a parar, esto solo demuestra lo que le había dicho, que los TYD usaban todo tipo de artimañas para conseguir mi empresa.

—¿Por qué no me habla también de esto?

Daniel rebuscó entre los papeles hasta encontrar la transferencia de dinero a la cuenta bancaria inexistente. Chapman la observó con interés. Tan pronto comprendió lo que era, su rostro enrojeció de vergüenza y Daniel sonrió. La teoría de la agente Jennifer Crewe se confirmaba. La transferencia había sido un error.

Aun así, el detenido depositó el papel sobre la mesa,

con indiferencia.

—¿Qué quiere que le diga? Es una transferencia bancaria.

—¿En pago a qué? ¿A quién?

—Hago cientos de transferencias al día, inspector, no pretenderá que recuerde una en concreto. Además, esta es mi cuenta privada así que sería algo personal.

Daniel sonrió una negativa.

—Verá, lo que ocurre es que ha transferido una gran suma de dinero a una cuenta que resulta bastante sospechosa en sí misma. Así que no se equivoque, señor Chapman, esto en ningún caso puede considerarse algo personal. Dígame a quién le transfirió ese dinero y por qué.

Peter Chapman permaneció en silencio con gesto avergonzado. Daniel cerró los puños debajo de la mesa. ¿Es que no se daba cuenta de que lo tenían? Ya lo sabían todo, solo necesitaban una confesión. Decidió intentar un último truco.

—El señor Yates nos contó algo muy interesante cuando lo interrogamos —dijo—. Confesó que ellos mismos habían contratado a alguien para que fuera a por usted.

Por fin, Chapman lo miró a los ojos. Pareció sorprenderse al principio, pero luego se mostró aliviado. Su cuerpo se relajó e incluso dejó escapar un suspiro.

—Así que era cierto. —Sus palabras se posaron con pesadez entre los dos. En lo más hondo de su mente, Daniel lo lamentó, allá iba—. Me lo creí, desde luego, pero algo dentro de mí esperaba que fuera mentira.

—¿Por qué no me lo cuenta?

Peter Chapman negó con la cabeza, abandonado, perdido. Una lágrima descendió desde su ojo izquierdo y se la limpió con desinterés con el canto de la mano, como si fuera una mosca que le hiciera cosquillas. Tenía la expresión inerte de quien sabe que toda esperanza ha desaparecido.

—Esto es lo que yo creo, señor Chapman. —sugirió el

detective—. ¿Recuerda cuando hablamos la primera vez? Me dijo que no habría sabido cómo encontrar un asesino. ¿Lo recuerda? Creo que lo dijo en serio, creo que el asesino lo encontró a usted. —El detenido parpadeó y Daniel supo que tenía razón—. Creo que se puso en contacto con usted para avisarlo de que Thompson, Yates y Davies querían contratarlo, y creo que usted decidió contraatacar.

Chapman inhaló ruidosamente.

—Me dijo que le habían pedido que acabase conmigo, pero que no había aceptado el encargo, así que otro lo haría. Al principio no me lo creí, pero cuando ocurrió lo de Leonard... Luego recibí las fotos y supe que tendría que adelantarme, que no iban a detenerse ante nada.

Sus ojos ya no podían parar de llorar, pero él aún mantenía la calma.

—Así que lo contraté. Le dije que le pagaría lo mismo que le habían ofrecido ellos y que quería a Thompson muerto.

—¿Solo a Thompson?

—Sí, Thompson era el gallo del gallinero. Apuesto lo que sea a que la decisión de liquidarme fue suya.

—Sin embargo, Davies fue asesinado unos días después.

—Lo sé, yo... Pensé que mi familia no estaría segura con Davies por ahí. Él era igual que Thompson o peor... Yo...

—¿Qué pasa con Yates?

Era el único que quedaba con vida. Si, al menos, podía salvarlo a él, habría llegado a tiempo. Chapman alzó los hombros. Ya que estaban, pareció decir, ¿por qué dejar un cabo suelto? Daniel sintió ganas de gritar. ¿Qué le pasaba a aquella gente?

—¿Cómo contactó con el asesino?

—La primera vez que contactó conmigo me dio una dirección de correo electrónico y me dijo que me la aprendiera de memoria. Por suerte lo hice, porque en cuanto cerré el mensaje, desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

Chapman insistió con varios asentimientos de cabeza.

—Sí, como si nunca hubiera existido, tanto su correo como mi respuesta.

Daniel inspiró con calma. Podía paladear el sabor de la frustración, el sabor que bien conoce un niño al que arrebatan el chupete.

—¿Recuerda esa dirección de correo?

Chapman señaló el bolígrafo que el inspector había dejado junto a los papeles. Daniel se lo tendió y el detenido escribió una serie de letras y números de apariencia aleatoria.

—Esto no es una dirección —rechazó el inspector. No sabía demasiado de informática, pero, al menos, eso sí—. Faltan la arroba y el punto algo.

Peter Chapman soltó el bolígrafo y alzó las palmas de las manos.

—Esto es lo que me dio y esto es lo que yo escribí en la casilla del destinatario. Pero solo funcionó al principio. Intenté comunicarme después y me dio error al enviarlo.

—¿Para qué quiso hablar con él?

—Para decirle que ya había hecho el pago.

El inspector sintió el peso de la decepción. Había esperado una respuesta de arrepentimiento y en su lugar había recibido una de confirmación. Así eran las cosas.

Guardó el papel con la supuesta dirección de correo. Al detener a Chapman habían requisado algunas cosas de su casa, incluidos varios ordenadores. Rezó para que la agente Crewe y los suyos pudieran sacar algo en claro de todo aquello, aunque lo dudaba.

Chapman permanecía en silencio. Contemplaba la aséptica mesa gris como el fondo de un abismo, un futuro arruinado por una mala decisión que lo habían obligado a tomar.

—Escuche. —El inspector le acercó unos papeles por

encima de la mesa—. Nos interesa coger al asesino, ¿me comprende? Aún estamos a tiempo de evitar la muerte de Yates. La fiscal ha accedido a ofrecerle un trato a cambio de que nos ayude a atraparlo. ¿Por qué no lo lee? Lo encontrará interesante.

El detenido levantó la mirada. Sonreía.

—¿No lo entiende, inspector? Ese hombre me salvó la vida. Quizá también la de algún miembro de mi familia. No les diría nada sobre él aunque pudiera, pero es que no puedo. Lo contraté, sí, pero una vez efectué el pago no volví a saber de él.

—Señor Chapman, estamos hablando de dos asesinatos por el momento. No volverá a salir de la cárcel, ¿lo entiende? —Tenía que haber algo que les pudiera decir. ¿Cómo podía anteponer a un asesino antes que su propia libertad? Entonces creyó que lo había entendido—. ¿Lo amenazó? ¿Lo amenazó ese hombre si usted decía algo?

—Oh, sí, por supuesto que lo hizo. —Chapman rió a carcajadas—. Lo hizo, pero no hacía falta. Aunque sea en la cárcel, cada minuto que viva, yo o mi familia, se lo debemos a él.

—Ellos pasarán por la vergüenza del juicio.

Estaba jugando las últimas cartas. Solo le quedaba apelar a su arraigado sentimiento del honor, que era lo único que había funcionado hasta el momento.

—Ellos me apoyan.

El inspector retrocedió desconcertado. Aquella confesión no la esperaba.

—¿Lo saben?

—Se lo conté todo antes de que ustedes llegaran, era evidente que me atraparían. Pero no se moleste en interrogarlos, ellos saben tanto del asesino como usted. Bueno, supongo que menos. No se preocupe por nosotros. Tráigame un papel y le escribiré mi confesión.

26,
Jueves, 02 de junio – 09:32 h.
Base. Surrey.

Kathleen tomó aire varias veces ante la puerta cerrada de la Base. Jason estaba al otro lado del frío metal y sería la primera vez que lo viera después de la discusión. Se preguntó cómo la recibiría, qué mirada le ofrecerían sus hermosos ojos castaños. Sería diferente a la que le habían dirigido hasta el momento, estaba segura, pero rezó para que no fuera la de odio que había visto al salir por aquella misma puerta el día anterior.

—Joder —susurró.

Todo había cambiado. Durante años ese había sido su refugio. Había hallado en él complicidad, amistad, deseo e intimidad. Allí se decidía la muerte, sí, pero se trabajaba en paz. Ya no quedaba nada de aquello. Atravesar esa puerta ya no era divertido.

Cerró los ojos, tomó aire, como hacía antes de disparar, y lo soltó. Posó el dedo sobre el lector de huellas dactilares y aguardó hasta oír el chasquido de apertura de la puerta.

—Tienen a Chapman.

Se detuvo de golpe como si hubiera chocado contra un muro invisible.

Jason se encontraba en la mesa. Sus ojos no mostraban el odio que había temido, aunque tampoco la preocupación que aquellas palabras deberían haber provocado en él. Después de la discusión del día anterior, había esperado

cualquier recibimiento, pero no aquel. Esa noticia era nefasta.

La puerta se cerró, silenciosa, mientras ella recorría los metros que la separaban de su compañero.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Lo han detenido? —preguntó tras sentarse a su lado.

—Sí. Ha confesado. ¿Quieres leerlo? Lo he sacado del ordenador de tu novio.

—Ahora no, Jay, esto es serio. —Que bromeara con ese tema era una buena señal, pero no había elegido un buen momento—. ¿Qué ha dicho de nosotros?

—Nada. No tiene nada que decir. Les ha contado que nos pusimos en contacto con él y que los mensajes de correo se borraban, nada más.

Kathleen respiró algo más aliviada, pero su alivio se borró al imaginar a aquel hombre encerrado en una celda. Ella lo había metido en ese embrollo al avisarlo de los planes de Thompson, Yates y Davies. La otra opción habría significado dejar que lo mataran y no había sido capaz de hacerlo. Al investigar el encargo original, habían descubierto lo que se escondía tras la TYD y algo en su interior se había negado a permitir que ganaran. Había roto todas las reglas al ofrecerse a la víctima, pero no se arrepentía. Chapman seguía vivo; Thompson y Davies, no. Y a Yates no le quedaba mucho. Estaba a punto de hacerse justicia, aunque no fuera la justicia de los hombres.

—¿Y en su ordenador? ¿Hay algún material que los pueda llevar hasta nosotros?

Jason levantó una ceja. Ella comprendió que lo había ofendido con la pregunta, pero no rectificó, el tema era lo bastante grave como para pasar por encima del orgullo del informático.

—¿Te burlas de mí? —preguntó él.

—No, lo digo en serio. Nuestros correos con Chapman o con Thompson...

—Por supuesto que no, no aparecemos por ninguna parte. ¿Te crees que no he revisado esos ordenadores cientos de veces? Ni siquiera queda rastro de mis troyanos en ninguno de ellos.

—¿Seguro? ¿Ni siquiera en el de Yates?

—Seguro. Los eliminé en cuanto lo cogieron. Tranquilízate.

—No me tranquilizo, tienen a Chapman. Y lo van a presionar.

—Ya hemos pasado antes por esto. Siempre ha salido bien. ¿Cuál es la diferencia ahora?

Sí, siempre había salido bien hasta entonces, pero aquel era el momento más peligroso, el eslabón más débil de la cadena.

—Chapman no sabe nada de nosotros. —Jason se inclinó en la silla hacia ella. Con las cejas arqueadas clavó la mirada en la suya—. Aunque lo interroguen mil veces no puede decirles nada. Lo único que tienen es su error en la transferencia bancaria, pero también me he asegurado de que ese camino no los lleve a ninguna parte.

Kathleen quiso preguntar si estaba seguro, pero no lo hizo por miedo a ofenderlo de nuevo. Tan solo podía fiarse de él y nunca le había dado motivos para no hacerlo. Si decía que todos los caminos estaban cerrados, era que lo estaban.

—¿Puedo leer la declaración?

Jason abrió dos archivos en el ordenador: la transcripción del interrogatorio y la confesión. Leer las palabras de Daniel en su papel de inspector le provocó una sensación extraña, pero Kathleen se esforzó por dejarla a un lado y centrarse en lo que decía Peter Chapman, ahora de manera oficial «el detenido».

Contaba la historia que ella bien conocía: las amenazas de Thompson, Yates y Davies para hacerse con su empresa, el correo que un supuesto asesino le había mandado para informarlo de que querían matarlo, sus dudas sobre la

veracidad de ese dato, lo ocurrido a su socio, Leonard Jenkins, y el pánico al recibir las fotografías de su hijo. Explicaba que había comprendido entonces la autenticidad de la amenaza y había decidido aceptar la proposición del asesino.

No daba ningún dato sobre ella, si bien era cierto que no tenía ninguno. No conocía su nombre, por supuesto, ni sabía cómo localizarla o contactar con ella. De hecho, se refería al asesino como alguien de género masculino.

Así que Daniel había conseguido atrapar al inductor del crimen, pero no al ejecutor.

No tenía tiempo que perder. Debía terminar el trabajo y debía hacerlo cuanto antes.

Esa determinación se había desvanecido tres horas después. Había quedado con Daniel para comer, pero la cita discurría silenciosa e incómoda. El bullicio que zumbaba en el restaurante de comida rápida esquivaba su mesa como a una piedra en medio de la corriente. La gente hablaba, los turistas y los trabajadores de la zona entraban, compraban unos sándwiches para llevar y salían. La vida transcurría ajetreada, pero, en su pequeño rincón, el mundo se había detenido.

Kathleen observó a su compañero. Había arrestado a Peter Chapman, pero no mostraba ningún indicio de ganas de celebrarlo. Su mirada se perdía ausente en los detalles banales de las neveras de sándwiches y su boca masticaba con un rictus serio de concentración. Deseaba averiguar por qué, pero no sabía cómo preguntar, se suponía que ella no sabía nada. Pensó en cómo lo haría una novia normal y concluyó que lo más probable era que se limitara a preguntar, así que lo hizo.

—¿Qué te ocurre? Estás muy callado.

Él la miró como si se hubiera olvidado de que estaba

allí. Luego sonrió.

—Ya, perdona, es solo... Bah, cosas de policías. No me hagas caso, lo siento. Encima que te hago venir a comer aquí.

—No me importa comer aquí. Me encantan estos sándwiches. —Le dio un bocado al suyo para demostrarlo.

—Aun así. Siento no tener tiempo para ir a algún sitio un poco mejor. Te lo compensaré.

Ella rió.

—Lo tendré en cuenta —bromeó—. Pero anda, dime qué te pasa.

Se enzarzaron en un intercambio de noes y síes, cada uno con sus propios motivos, pero ella insistió, no le importaba que él no quisiera hablar, necesitaba que lo hiciera. Necesitaba saber qué ocurría en la investigación.

Al final, él dejó su sándwich en el plato y se limpió las manos con una servilleta. Luego se recostó sobre la silla y buscó fuerzas para abrirse a ella.

—He detenido al culpable de los asesinatos de Thompson y Davies.

No se molestó en ocultar sus nombres, ni ella en fingir que no los conocía. Lo que sí fingió fue sorpresa. Lo miró con una enorme sonrisa, que a punto estuvo de atragantársele en la boca.

—¡Es fantástico! —exclamó.

Él negó con la cabeza en gesto abatido.

—No es el tirador. Solo el que lo contrató.

—Bueno, pero es algo, ¿no? Además, él te llevará al otro.

Culpable, se sentía tan culpable que apenas podía respirar, pero no era capaz de callarse. Su cerebro actuaba como pensaba que debía hacerlo, pero su corazón estaba podrido. Olía a pescado rancio y viejo y tóxico.

—Eso esperaba, pero no. Se niega a hablar, alega que no sabe nada. —Daniel resopló de nuevo. Sus labios

dibujaron una sonrisa trémula que se desvaneció antes de consolidarse—. Y lo creo. Ese tío es un profesional, nunca esperé que Chapman tuviera información sobre él.

Kathleen disimuló su alivio. Acababa de confirmar lo que Jason le había asegurado en la Base. Chapman no había hablado. No sabía nada.

—¿Chapman es el hombre que has detenido?

Daniel asintió, con la vista perdida en algún punto de un expositor de bocadillos preparados. Kathleen alargó la mano hacia él y estrechó la suya con suavidad.

—Al menos tienes a ese —dijo.

Daniel negó de nuevo.

—Ya, pero odio haber tenido que detenerlo —respondió en un murmullo distante, con la mirada aún muy lejos de allí—. Es un buen hombre que se vio obligado a actuar para defenderse. Hizo mal, por supuesto, debería haber acudido a nosotros en lugar de tomarse la justicia por su mano, pero, joder, creo que yo habría hecho lo mismo. Para colmo, su detención ni siquiera sirve de nada, Thompson y Davies están muertos y no sé cómo evitar que Yates caiga también. Y ese asesino...

—¿Qué?

Daniel, por fin, la miró.

—¿Crees que un asesino puede ser una buena persona?

—¿Qué quieres decir? —Se horrorizó un poco ante la calma que reflejó su voz, cuando todo su ser acababa de estremecerse.

—Me refiero a que... Lo contrataron para matar a Chapman ¿sabes? Pero se negó, decidió que no merecía morir, que Thompson y Davies sí. Y Yates. Pero Chapman no. Y le ofreció su ayuda.

—¿Tenía razón? ¿Crees que esos tres lo merecían y el otro no?

Daniel bajó la vista antes de responder. Cuando lo hizo, fue en un susurro.

—Sí, lo creo. La forma en la que... —Se calló, de repente, y se echó a reír—. Joder, no puedo contarte los detalles. Ni siquiera debería hablar de esto contigo. Y menos aquí.

Miraron a su alrededor. Media docena de personas hacían cola ante la caja, una pareja comparaba los ingredientes de dos sándwiches junto a una de las neveras, tres mesas estaban ocupadas por ejecutivos que comían a solas con la vista clavada en sus tabletas, otra la ocupaban dos estudiantes que jugaban con los móviles como si estuvieran solos en el mundo. Nadie les hacía caso.

—Nadie nos oye —dijo ella—. Y por mí no te preocupes. Solo se lo contaré a la prensa.

Él se echó a reír.

—Ah, bueno, entonces sí. —Hasta su risa sonaba cansada—. Sí, creo que hay personas que merecen morir. Podría hacerte un listado interminable de las que he conocido desde que soy policía que deberían desaparecer del mundo y no se perdería nada. No sé si esos tres lo merecían, pero sé que Chapman no, y si no hubiera sido por el asesino, ahora estaría muerto. Pero tengo que atraparlo de todas formas. No puede cargarse a quien le dé la gana como si fuera un superhéroe de cómic. La justicia no es cosa suya, es cosa nuestra. Aunque no funcione como debería y sea lenta y, a veces, una mierda total, sigue siendo asunto nuestro. Tengo que acabar con él y salvar a Yates para que pase el resto de sus días en la cárcel. Suena absurdo, pero es así, y para ello tengo que coger al Fantasma, porque por mucho que elija bien a sus objetivos, es un maldito cabrón que se cree con derecho a impartir justicia a su gusto.

Kathleen apartó la vista. Él no la miraba, pero ella sentía que su rostro brillaba con la palabra «Culpable» escrita en la frente. Se concentró en acariciar la mano de Daniel, con suavidad, como había estado haciendo hasta el momento.

Él consultó su reloj de pulsera.

—Tengo que irme —dijo—. He quedado con Saunders y el jefe. A ver si descubrimos cómo pillar a ese tío.

—Lo atraparás —dijo ella.

«No. No me atraparás. Mataré a Yates. Y lo siento de veras», pensó.

Él sonrió agradecido. Ella tuvo que contener las ganas de gritar.

27,
Jueves, 02 de junio – 14:21 h.
New Scotland Yard. Londres

La voz de la agente Jennifer Crewe sonaba más grave al teléfono que en persona. Más seca. Por lo poco que la había tratado, al detective le sorprendió que se sintiera incómoda con ese medio de comunicación. Era una joven retraída. ¿Preferiría hablar cara a cara? No, seguro que prefería hacerlo por correo electrónico. La informática era su medio natural, como lo era para el puto hacker del Fantasma. Era de él de quien hablaba en ese momento, y le confirmaba lo que no quería saber.

—Lo siento —dijo ella.

—No es culpa suya —respondió él. Sus palabras habían sonado como una disculpa.

—Ya lo sé, pero soy la transmisora de las malas noticias.

En su mente, la vio colocarse las gafas sobre el puente de la nariz. Eran malas noticias, desde luego. Se apoyó en la pared, junto a la puerta cerrada de la sala de reuniones en la que el jefe Sullivan y Saunders lo esperaban. ¿Qué les iba a decir?

—¿Y es muy grave? Quiero decir... Bueno, no sé cómo funciona esto. ¿Hay niveles de infiltración? ¿Se ha metido hasta el fondo?

La agente Crewe rió y él dudó entre ofenderse o avergonzarse de su ignorancia.

—Creo que se ha metido lo bastante al fondo como para

tener acceso a todos los archivos. Espero que no tuviera nada personal...

Daniel sonrió. Lo más personal eran las fotos de chicas en toples que circulaban entre las cuentas de correo del departamento. El departamento.

—¿Cree que puede haber accedido a la red a través de mi ordenador?

—O a su ordenador a través de la red —dijo ella—. Es difícil saber por dónde entró.

—Joder. —Daniel se llevó la mano a los ojos y se apretó los párpados. ¿Y si aquel cabrón había accedido a todo el sistema de Scotland Yard por culpa suya? ¿Qué era antes, el huevo o la gallina? ¿Lo había buscado o lo había encontrado?

—Inspector, no es culpa suya —dijo ella, como si hubiera leído su silencio.

Él no confesó que era justo así como se sentía. Miró el reloj, llegaba cinco minutos tarde a la reunión, pero no podía cortar aquella conversación. Todavía no. Tomó aire y se enfrentó a los hechos. El hacker estaba en su ordenador.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos? ¿Cómo lo echamos?

Fue ella la que guardó silencio ante aquellas preguntas. Un silencio que se alargó hasta que él creyó que se había cortado la conexión.

—¿Agente Crewe?

—Sigo aquí —dijo—. Es que... No sé si debemos echarlo todavía.

—Explíquese.

—Estoy convencida de que si intento acceder al código, formateará todo el ordenador para borrar sus huellas y sabrá que lo hemos encontrado. Sería ponerlo sobre aviso.

Daniel se irguió contra la pared. La conversación lo había ido derrumbando.

—¿Sugiere que lo dejemos donde está?

—Sí. Bueno... no sé. Es que...

No era extraño que ella titubeara. Lo que había dicho

era verdad, eliminarlo del ordenador, en caso de que eso fuera posible, significaría avisarlo de que conocían su presencia.

El ruido de unos pasos que se aproximaban lo contuvo de balbucear una respuesta sin sentido. Era Saunders. Llegaba aún más tarde que él. Le preguntó con un gesto con quién hablaba, pero Daniel no respondió. Se despidió de la agente Crewe y entraron juntos en la sala. No le recriminó la tardanza, aunque la mirada del jefe, que los esperaba sentado a la enorme mesa ovalada, fue bastante recriminación para ambos.

Se disculparon y distribuyeron entre la mesa y un tablón vertical de corcho toda la documentación del caso: los informes forenses de las dos víctimas, que eran casi idénticos entre sí; el informe balístico de Thompson, ya que la bala que había matado a Davies aún no se había localizado; las declaraciones de los testigos, inútiles todas ellas; los informes sobre las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio de Upper Bank St., que tampoco habían ofrecido ninguna pista; la declaración de Davies, antes de que lo mataran; la confesión de Yates; y todo lo relativo a Peter Chapman: los correos electrónicos, las fotos, la confesión...

Nada de aquello les serviría para atrapar al tirador.

—Tenemos que enfocar esto de otra manera —concluyó el inspector, tras repasar el material con sus compañeros—. Las pruebas que hemos recopilado hasta ahora no nos van a servir de nada, igual que no sirvieron a los que investigaron los casos anteriores.

Durante todo el día, se había dedicado a reunir los casos atribuidos al Fantasma y había sido mucho más complicado de lo que imaginaba al principio.

Londres había resultado lo más sencillo. Tras una búsqueda de los casos de asesinato por francotirador, se había encontrado con ocho trabajos similares a los que investigaba, aunque no podía estar seguro de que todos

fueran del Fantasma. También había decidido probar suerte en los condados de alrededor.

El programa HOLMES, que recogía información sobre delitos graves en todo el Reino Unido, había encontrado un caso ocurrido en Plymouth, uno a las afueras de Leeds y un tercero en Dublín, el único fuera de Inglaterra.

Los había reunido y estudiado todos, y tenía en la cabeza más preguntas que respuestas.

Había filtrado los casos parecidos a los de Thompson y Davies y se había arriesgado a eliminar de la lista definitiva aquellos que no mostraban una semejanza clara. Era una aproximación burda, pero lo más que podía hacer con el poco tiempo de que disponía.

A continuación, había rellenado una tabla con cada uno de los casos y los había ordenado cronológicamente. Toda esa información estaba en ese momento a su espalda, distribuida a lo largo y ancho del tablón de corcho lleno de fotografías, informes, post-it y anotaciones. Saunders y el jefe Sullivan esperaban una explicación.

Daniel se levantó.

—Si estoy en lo cierto, el Fantasma lleva matando catorce años a un ritmo desigual. —Señaló la primera fotografía, en el extremo superior izquierdo del panel. Mostraba un hombre que yacía en el suelo con un disparo en el corazón—. Tenemos a Samuel Boone, de 48 años, muerto de un disparo en el pecho en Camden Town en agosto del 2000. Había sido acusado de violación a una alumna menor de edad en el gimnasio que regentaba, pero la denuncia no prosperó por un defecto de forma. No se encontraron huellas ni pruebas, ni hubo detenidos.

Sus oyentes escuchaban con atención mientras él señalaba en el corcho el material del caso: las fotografías del cadáver y del escenario, los informes forenses y la denuncia de la alumna. Cuando terminó, pasaron la vista al siguiente caso del tablón. Daniel continuó con la historia.

—octubre de 2002, Blake Palmer, de 29 años, delincuente habitual, un camello, viejo conocido de la policía. Le dispararon en la frente, le reventaron media cabeza y murió en un callejón de mala muerte de Brixton. Tenía tantos enemigos que la policía ni siquiera supo por dónde empezar. Ni huellas ni pistas ni detenidos. El caso se dejó pasar por dejadez.

Ni Saunders ni el jefe protestaron ante el comentario. Ambos sabían que no todas las víctimas eran iguales ni todos los casos se investigaban con el mismo afán. Era feo, pero era así. La muerte de un conocido camello no habría representado una gran molestia en aquella época.

—El siguiente caso ocurre en septiembre de 2003, casi un año después. La víctima es Jefferson O'reilly, quien había asesinado a una familia entera de origen paquistaní que regentaba un supermercado en Leeds. A la hija de 17 años la violó antes de matarla. El abogado alegó desórdenes mentales para que lo metieran en un centro psiquiátrico, y fue allí donde murió de un disparo en la femoral mientras paseaba por el patio. Adivinad: ni pruebas ni huellas ni detenidos.

—¿Es la primera vez que hace el tiro a la femoral? —preguntó Saunders.

Daniel asintió.

—Que yo sepa, sí. No he encontrado ninguno antes.

—Pero crees que los otros, el camello y el del gimnasio, también son suyos —apuntó el jefe.

Con un encogimiento de hombros, el inspector trasladó su propia inseguridad al respecto.

—Lo supongo, nada más. Un francotirador con excelente puntería, tan cuidadoso que no deja huellas ni testigos... No lo sé, puede que no, pero...

El jefe lo aplacó con un gesto.

—Está bien, tenemos que filtrar de algún modo. Sigue.

—Dos años después lo bautizan como el Fantasma. Creo

que ya podemos estar seguros de que, a partir de aquí, siempre es él. julio de 2005, Cyril Pierce, un marchante de arte del Soho de 52 años, es encontrado en su casa con un disparo en la femoral. Como siempre, un tiro a larga distancia sin que nadie oyera ni viera nada. La bala fue disparada desde una azotea a novecientos metros de distancia y penetró en la habitación a través de la puerta entreabierta de la terraza.

—Dios, recuerdo ese caso. Fue un infierno...

El jefe gruñó al evocarlo. Todos los casos que el inspector había detallado pertenecían a sus años de policía, pero aquel era el primero en el que ya era Inspector Jefe. El recuerdo de los periodistas, la presión mediática y política, los callejones sin salida... Se estremeció, como si tuviera la piel de gallina, y le hizo un gesto a Daniel para que continuara.

—La víctima era un hombre conocido, rico y de buena reputación —explicó este a Saunders—, y generó un enorme revuelo mediático. La policía se volcó en resolverlo, pero, cuando comenzaron a investigar, descubrieron cientos de CDs y archivos con contenido pornográfico pederasta, algunos de ellos protagonizados por el propio Pierce. El muy hijo de puta formaba parte de una red internacional. Hubo 108 detenciones en todo el mundo, pero no se cogió al asesino. No se puede decir que nadie lo lamentara.

Saunders dibujó una expresión que dejaba claro que él no lo hacía.

—Tras eso, el Fantasma se toma unas vacaciones. Pasan tres años sin noticias tuyas hasta que reaparece en abril de 2008, en Plymouth. La víctima es Orson Guzmán, de 39 años, que maltrataba de manera habitual a su mujer y a sus dos hijos. Un día ella huyó con los críos, pero él los persiguió y la mandó directa al hospital de una paliza. Ella no lo denunció, así que él siguió libre lo suficiente para matarlos a los tres en su casa y tratar de suicidarse. No lo consiguió,

pero el Fantasma se encargó de subsanar ese error. Lo mató de un disparo en la femoral mientras paseaba por el patio de la prisión en la que estaba a la espera de juicio.

»Fue la primera vez que se detuvo a alguien: Dennis Neale, el padre y abuelo de los fallecidos. Confesó haber contratado al asesino y fue juzgado y encerrado, pero nunca ha dicho nada del Fantasma pese a las continuas ofertas para rebajarle la condena.

—Igual que Chapman, le está agradecido al asesino —apuntó Saunders.

—Y lo protege —añadió el jefe.

Daniel siguió adelante en el tablón.

—En agosto de 2009, 16 meses después, el Fantasma sale por primera vez del país para actuar en Irlanda. Su víctima se llama Elliot Bevan y tiene 67 años. Es encontrado en el salón de su casa con la pierna reventada, y se llega a la conclusión de que la bala ha entrado por una ventana abierta de la habitación.

—Igual que en el caso del marchante de arte.

—Sí, parecido. El disparo se realizó desde un edificio situado a un kilómetro y medio de distancia. No se encontraron pruebas, sospechosos ni motivos durante meses. Hasta que los investigadores descubrieron que Elliot Bevan no era el nombre real de la víctima, sino que se llamaba Federico Romero Sosa y había sido un destacado militar de la dictadura argentina de Videla entre finales de los setenta y principios de los ochenta. Estaba en busca y captura desde entonces y se le atribuían la muerte y desaparición de cientos de presos políticos.

»Estaba escondido en Dublín bajo la apariencia de un hombre corriente, pero, como era de esperar, alguien lo encontró y el Fantasma se encargó de él. Pese a las presiones internacionales, nunca se descubrió quién había dado la orden.

—Llegamos a sospechar que hubiera sido el propio

gobierno argentino —dijo el jefe—. Pero no teníamos ninguna prueba, y a ver quién acusa a un estado de haber contratado a un asesino a sueldo.

—En noviembre de 2010, el Fantasma regresa a casa y mata a la primera mujer de la lista: Darina Vasylchenko, de 43 años. Un disparo en la femoral en la puerta de llegadas del aeropuerto de Luton. La policía la encontró rodeada de media docena de chicas ucranianas en estado de pánico, que aseguraron que venían al país a trabajar, pero la investigación confirmó que el prometido contrato de trabajo era, en realidad, una red de prostitución que las había traído engañadas desde su país.

»No se descubrió ninguna prueba contra el Fantasma, pero sí se desarticuló la red de tráfico de mujeres a la que había pertenecido Vasylchenko. Una vez más, el caso se cerró por falta de pruebas.

Daniel avanzó hasta el último caso del tablón. La fotografía que encabezaba la columna mostraba un hombre de rasgos asiáticos desangrado en el suelo. Al contrario de los demás casos, el cuerpo manifestaba signos de descomposición. Estaba hinchado y su rostro presentaba un desagradable tono verdoso azulado. La lengua asomaba entre los labios, cubiertos por una sustancia sanguinolenta que fluía también de la nariz.

—Tian Zhou, un turista chino de 31 años, en febrero de 2012. Su cuerpo fue encontrado en la habitación de su hotel cuatro días después del asesinato. La herida en la femoral y el calibre de la bala, que apuntaba a una distancia de tiro de más de un kilómetro, hizo que todo el mundo lo achacara de inmediato al Fantasma, pero durante días el motivo del crimen fue un auténtico misterio. Un turista no parecía el típico objetivo del francotirador, por eso la investigación hizo especial hincapié en descubrir todo lo posible sobre la víctima, más allá de las apariencias.

—Y vaya si descubrimos —murmuró el jefe.

—Sí, ese lo recuerdo —dijo Saunders—. Fue mi primer año como sargento.

—Es verdad, nuestro primer año juntos —corroboró el inspector—. Pero déjame que lo repase aunque todos lo conozcamos. —El sargento y el jefe mostraron su conformidad y Daniel lo retomó—. Tian Zhou resultó ser un asesino a sueldo de una de las familias más importantes de la mafia china, con ramificaciones por toda Europa. Entre sus papeles se encontraron los datos de su objetivo, que era el hijo del jefe de una familia rival, que estudiaba en la Universidad de Oxford. Se interrogó a la familia del joven, se movilizó a la Interpol para acceder a su padre, en China, y este fue detenido y acusado de contratar al Fantasma. Pero no había pruebas para demostrarlo y, con la presión que su dinero y su poder ejercieron sobre las autoridades de ambos países, quedó en libertad y el caso acabó inconcluso, como todos los demás.

—Y aquí entran en escena Thompson y Davies —dijo Saunders, con las fotografías de ambos cadáveres en la mano.

—Exacto. Las víctimas novena y décima de la lista.

—Está bien. —El jefe se había inclinado hacia delante para acercarse al tablón. Una vez finalizada la exposición, resopló y estiró la espalda con un gemido de dolor—. ¿Qué conclusiones sacamos de todo esto?

—Pues, de entrada, que ha ascendido de categoría, ¿no os parece? —dijo Saunders—. Empezó con pequeños criminales: un violador, un camello, un pederasta... Pero luego salta a un ex militar de la dictadura argentina, a la mafia rusa de tráfico de mujeres, a un asesino a sueldo de la mafia china...

—Sí, es indudable que sus objetivos están cada vez más arriba —corroboró el jefe.

—Vale —dijo Daniel—, pero ahora mismo eso nos da igual. Ya sabemos quién es su próximo objetivo y quién lo ha

contratado, tenemos que buscar algo sobre el asesino.

—El arma —dijo el sargento—. No es siempre la misma.

—No. El rifle de Thompson fue un .308, podría ser el mismo que el usado con Davies, pero antes hay un .300, un .338, e incluso un .50.

—¿Qué os dice eso? —intervino el jefe.

—Que es un sibarita. —Daniel se aproximó al tablón y señaló uno por uno los informes balísticos—. Fíjate, elige el calibre según cada caso: la distancia y el ruido. Cambia de arma según la necesidad. O sea, que debe de tener una buena colección.

—¿Dónde demonios consigue todas esas armas? En el mercado negro, claro. —Saunders se volvió hacia el jefe—. ¿A quién tenemos ahí?

—Preguntaré en operaciones especiales —respondió aquel, tomando nota en un papel—. Los pondré en contacto con vosotros.

El inspector volvió a mirar los papeles.

—Intentamos filtrar las imágenes del caso de Thompson, pero resultaban infinitos sospechosos. Miles de personas llevan maletas en las que cabría un arma desmontada, así que por ese camino no...

—Pensemos un momento —interrumpió el jefe—. ¿Cuánta gente puede hacer lo que hace este tío? No puede haber tantas posibilidades, ¿no? Es una lista pequeña. ¿No creéis que alguien podría saber quién es capaz de esto?

Los tres policías permanecieron en silencio un instante. Al otro lado de la puerta se escuchaba un lejano murmullo de voces y teléfonos, pero allí dentro todo era quietud.

—¿En quién está pensando? —preguntó el inspector—. ¿El ejército?

—Sí, antiguos miembros de las fuerzas armadas, el MI6, cualquiera. Por preguntar...

Daniel asintió entusiasmado, era una gran idea. La apuntó en su cuaderno.

—Puedo hacer lo mismo con los hackers... —Saunders y el jefe lo miraron sin comprender. Había llegado el momento —. Tengo motivos para pensar que se ha infiltrado en mi ordenador —explicó—, quizás en todo el sistema.

El jefe Sullivan saltó de la silla con los ojos desorbitados.

—¿Qué estás diciendo?

Daniel entendió su miedo y le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara.

—Sabemos que manipuló las cámaras de seguridad del asesinato de Thompson, también descubrió dónde teníamos a Yates e hizo saltar las alarmas del hotel. Yates dijo que Thompson había contactado con el asesino por internet y que se comunicaban por correo electrónico. Chapman también, ¿recordáis? Había una dirección de correo que no era una dirección normal, los mensajes se borraban... Ese tío se mueve por las redes como si fuera su casa.

Sus compañeros asentían con cada afirmación, pero el jefe, que había vuelto a sentarse, se había puesto lívido. Daniel prosiguió.

—Ayer le pedí a la agente Crewe, de Delitos Informáticos, que revisara mi ordenador. Estuvo toda la tarde en mi mesa e incluso se quedó algunas horas por la noche. Hace un rato me ha llamado para confirmarme que hay alguien dentro.

—¡Lo habrá eliminado! —exclamó el jefe—. O borrado o como se diga...

Daniel negó. No sabía cómo iba a explicar algo que ni siquiera él entendía del todo.

—Me ha dicho que si intentaba acceder al código, se formatearía todo el ordenador y el Fantasma sabría que lo hemos encontrado, así que, por el momento, sigue ahí. Nos limitaremos a prescindir de los ordenadores a partir de ahora.

El sargento negó con la cabeza, fascinado.

—Este tío es increíble. Asesino, hacker, ¿qué más?

—El hacker tiene que ser otra persona —negó Daniel.

Saunders y Sullivan intercambiaron una mirada de duda.

—¿Otra persona? —preguntó el segundo—. No es habitual.

—Lo sé, pero piénsalo: un tirador de élite y además un hacker experto. ¿Qué es, Superman?

—Un equipo —resumió el sargento.

—Sí. No es un psicópata, este tío es un profesional y tiene su equipo de profesionales. ¿Qué opináis?

—¿Le has preguntado sobre él a la agente Crewe? —inquirió el jefe—. Quizás en Delitos Informáticos tengan fichado a alguien capaz de hacer esto.

Daniel negó.

—No se me ocurrió. La llamaré en cuanto salgamos de aquí. De todas maneras, esto no nos sirve de nada.

—¿Por qué? —preguntó Saunders—. Al menos tenemos por dónde empezar: las armas, los hackers, los tiradores...

—¿Pero cuánto nos llevará eso? Yates ya estará muerto para cuando tengamos algo, si es que llegamos a tenerlo.

—¿Qué propones?

Daniel no contestó. Su mirada se paseó por los papeles que colgaban del tablón. Allí había algo, algo que se le escapaba, pero ¿qué? Tenían las armas y las ubicaciones desde las que había disparado en casi todos los casos. Sabía que estaba infiltrado en su sistema y sabía cuál sería su próximo objetivo: Yates.

Levantó la vista con una sonrisa y miró a sus compañeros.

—Ya lo tengo —dijo.

28,
Viernes, 03 de junio – 07:14 h.
Casa del inspector Ryman. Londres

Los dedos de Daniel jugueteaban entre los bucles cobrizos. Kathleen reposaba la cabeza sobre su torso desnudo y notaba los latidos de su corazón. Aun con los ojos semicerrados, veía que la piel se le erizaba bajo su aliento cada vez que respiraba.

Los rincones en sombra de la habitación se resistían a sacrificarse a las primeras vetas del amanecer, aunque sabían que era una batalla perdida. La brisa mecía la cortina en un baile sensual y traía con ella el lejano barullo de las céntricas calles del SOHO que los rodeaban.

Había pasado la noche en su casa. Habían hecho el amor antes de dormir y lo habían vuelto a hacer al despertar. Era en momentos como aquel cuando conseguía olvidar lo que estaba ocurriendo entre los dos. Era entonces cuando, sin permiso, su mente fantaseaba con permanecer allí, en la misma postura, hasta el final de los días.

De repente, las guitarras distorsionadas de una canción de Downset acabaron con el plácido silencio del que habían disfrutado hasta entonces. Kathleen cerró los ojos, invadida por la tristeza.

—No contestes —rogó Daniel, estrechándola contra su pecho.

Ella se separó de sus brazos a desgana y se dirigió al salón, en el que había dejado el bolso con todas sus cosas

dentro. Era el tono de llamada de Jason. Si la llamaba a esa hora, sería importante.

—¿Dónde estás? —preguntó él nada más oír su voz.

—En el centro —respondió ella en un susurro—. ¿Qué ocurre?

—¿Estás con él? ¿Puedes hablar?

Kathleen miró a su espalda. Daniel no había salido del cuarto, pero el piso era demasiado pequeño para asegurar que no la oiría desde allí. Fue hasta la cocina y cerró la puerta.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Van a trasladar nuestro ordenador. —Kathleen no supo en un principio de qué le hablaba, pero en seguida lo tradujo: Se llevaban a Yates del hotel.

—¿Qué? ¿Hoy?

—Sí.

—Voy para allá.

Corrió de vuelta a la habitación. Daniel no necesitó preguntar para entender que el lapsus de tranquilidad había terminado.

—Te marchas —afirmó.

Ella asintió mientras recuperaba la ropa del suelo.

—Hay un problema con un cliente.

Se puso la ropa interior, los vaqueros y la camisa a toda velocidad, se calzó y se subió la cremallera de las botas. Daniel la observaba, aún desnudo bajo las sábanas. Ella odió tener que marcharse.

—Lo siento —dijo.

Él negó con resignación.

—Entre tu trabajo y el mío, ya sabíamos que sería así. Además, así me pongo en marcha yo también. Tengo mil cosas que hacer.

Ella gateó sobre la cama hacia él. Lo besó en los labios. Él la estrechó contra su cuerpo, mientras su lengua la acariciaba con lujuria. Ella sonrió. Pensó que, al fin y al cabo,

no se llevarían a Yates a ninguna parte sin que el inspector encargado del caso estuviera presente. Así que, qué demonios, podría retrasar la marcha unos minutos.

Eran las nueve de la mañana de un viernes y el tráfico, como era de esperar, estaba colapsado. Llevaba cuarenta minutos al volante, pero ni siquiera había salido del núcleo urbano. El trayecto amenazaba con alargarse otra hora más y Kathleen tenía ganas de gritar.

El bolso descansaba sobre el asiento del copiloto, con el teléfono móvil asomando por la abertura. Lo había revisado tres veces, a pesar de que lo llevaba sincronizado con la radio del coche, pero no podía evitar hacerlo. De hecho, alargó la mano y lo comprobó por cuarta vez. Nada.

No sabía qué llamada esperaba recibir. Jason aguardaba en la Base y Daniel se había despedido de ella hasta la noche. Nadie tenía que llamarla, pero los nervios se traducían en esa ansiedad que, sin noticias del exterior, se agravaba por momentos.

Iban a trasladar a Yates, de acuerdo, pero ¿adónde? y ¿por qué?

El vehículo de delante desapareció por una salida y ella aceleró. El motor del Toyota rugió desacostumbrado.

Tenía que aceptar que Daniel no se lo contaba todo, era lógico, pero le molestaban los cambios imprevistos. Le había dicho a Jason que estar con el inspector le serviría para sacarle información, pero no había averiguado nada que no supiera con anterioridad, y se sentía frustrada. Una parte de ella deseaba coger a Daniel por el cuello y exigirle que le contara lo que iba a hacer y por qué. Aquello de que él supiera cosas y ella no, pese a comprender su lógica, la sacaba de quicio.

El semáforo estaba en rojo, pero no se dio cuenta hasta el último segundo. Metió un frenazo que la lanzó contra el

volante y le clavó el cinturón de seguridad en el cuello.

Respiró agitada mientras comprobaba por el retrovisor si el coche que la seguía había estado a punto de empotrarla. No era así, el pequeño Renault negro había frenado con tiempo de sobra. Estaba más atento a la carretera que ella.

Inspira... espira... inspira... espira...

Estaba perdiendo los nervios y era una sensación que había olvidado mucho tiempo atrás. Su autocontrol era lo que la hacía tan buena. Le molestó que Jason tuviera razón, entender que todo aquello había empezado con Daniel y que su relación con el policía los ponía en peligro a todos.

El semáforo se puso en verde. Aceleró. El tráfico disminuyó a medida que atravesaba un barrio residencial detrás de otro, aunque las normas la obligaban a mantener una velocidad exasperantemente lenta. Consultó el reloj del salpicadero. Llevaba más de una hora de camino. Aceleró un poco más y, cuando tras decenas de rotondas y cruces y hasta un puente, enfiló su calle vacía, se olvidó del límite de velocidad y la atravesó con el pedal del acelerador pisado a fondo.

Jason la miró con preocupación evidente cuando llegó a la Base. Estaba de pie, como si llevara todo aquel tiempo de espera paseando por el lugar. Nada más verla, corrió a ocupar su sitio y giró la pantalla del ordenador para mostrarle el contenido.

Lo que le enseñó fue un mapa, pero la recién llegada no supo descubrir a qué zona pertenecía, así que se sentó y le apoyó una mano en el brazo.

—Para. —Ella misma se detuvo un segundo para respirar, tras los nervios de la noticia y el tráfico—. Empieza desde el principio.

Jason tomó aire, igual que había hecho ella.

—A primera hora me ha llegado una notificación al móvil, como siempre que algún archivo de la policía hace mención al Fantasma. Era un mensaje sobre la organización

del dispositivo para el traslado de Yates. —Su pie daba golpecitos en el suelo, acompañando sus palabras con un ruido sincopado—. Lo harán mañana. Lo recogerán en el aparcamiento del hotel, lo llevarán en un coche blindado hasta otro sitio y lo meterán por el aparcamiento.

—Vale, nos olvidamos de los trayectos. Háblame de ese otro sitio.

—Eso es lo malo, Kat, no me gusta nada. Está en medio de ninguna parte, no hay nada cerca y no veo manera de que podamos...

Kathleen sintió que le contagiaba la inquietud. Su socio no paraba de gesticular y el repiqueteo del pie en el suelo se le había metido en la cabeza. Le puso la mano en la rodilla para obligarlo a parar y a enfocar los ojos en ella.

—Enséñame.

El informático señaló un punto del mapa en la pantalla del ordenador.

—Este es el edificio —dijo—. Una granja en medio de la nada.

El dedo se había posado sobre un recuadro blanquecino que representaba una pequeña construcción rodeada de verde por todas partes.

—¿Dónde demonios es esto?

Jason resopló.

—Condado de Buckinghamshire, puro campo.

—¿Cómo es que lo llevan a un sitio tan raro?

—Porque no hay manera de que un francotirador ataque ahí. Mira. —Señaló unas manchas blancas dispersas en el verde constante alrededor de la casa—. Estas son las únicas construcciones que hay en los alrededores, cuatro o cinco granjas en un kilómetro a la redonda. Todas estarán vigiladas por la policía. Por otra parte, hacia este lado, bosque; este otro lado, más bosque; y, por todas partes, patrullas de policías con perros.

Kathleen silbó impresionada.

—Dios mío, es como si protegieran a la reina.

—Y tanto. —Jason alzó las cejas para ratificarlo—. ¿Se te ocurre alguna forma de hacerlo?

—Abre el plano —pidió ella, con la esperanza de encontrar alguna solución más allá de los límites de la pantalla.

Con la rueda del ratón, él alejó el mapa hasta ver una superficie mayor de la zona. El edificio al que trasladaban a Yates tenía ahora el tamaño de la uña meñique de un pie y, como había temido, todo alrededor era verde. Verde claro de los cultivos, verde oscuro de los bosques, verde apagado de los caminos. Todo verde excepto un punto solitario en la esquina superior.

—¿Qué es esto de aquí?

Jason volvió a ampliar el mapa y lo centró en el lugar indicado, tan lejos del objetivo que este ni siquiera aparecía en pantalla. El punto que había llamado su atención era un recuadro blanquecino.

—Parece una casa —respondió.

—¿A qué distancia está?

Él alejó el mapa hasta incluir en la imagen tanto la casa como la granja de Yates. Con la regla de medición del programa trazó una línea recta entre ambas.

—1982 metros —dijo—. Demasiado.

—No necesariamente.

Kathleen negó con la cabeza y su socio la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué dices? Es una barbaridad.

—¿Tiene línea de tiro libre? ¿No hay árboles hasta el objetivo?

Jason amplió el mapa para tener mejor visibilidad.

—Sí, en medio solo hay plantaciones bajas. Pero ¿lo dices en serio? Son casi dos mil metros, nunca has hecho un tiro así.

—No, Jay, nunca me has visto hacer un tiro así. No es lo

mismo.

Él no dijo nada. Ella observó la pequeña edificación mientras calculaba el ángulo que necesitaría y las posibles vías de escape.

—Si lo hago desde ahí, ¿cómo me largo? ¿Hay alguna carretera cerca?

El informático señaló una fina línea verde que se encontraba a una alarmante distancia. Midió con la regla y negó.

—Esta es la más cercana y es poco más que un sendero, pero está a medio kilómetro de la casa.

—Los policías estarán a dos kilómetros de distancia, me dará tiempo.

Jason negó con vehemencia, haciendo aspavientos con las manos.

—No, no, nada de eso. Ya te he dicho que va a haber patrullas por los bosques, con perros y tíos armados. No puedes exponerte así. ¿Y si están en el bosque detrás de la casa?

— Por Dios, ¿por qué demonios iban a estar ahí? Estarán patrullando, pero no tan lejos. Si ni siquiera tú crees que pueda hacer un tiro a esa distancia.

Su amigo la miró con gesto preocupado. Ella no se lo reprochó, era la primera a la que no le gustaba el plan, pero necesitaba terminar el trabajo de una vez. Quería eliminar a Yates para que Daniel dejara de perseguirla, que se dedicara a otro caso para poder plantearse, quizás, una vida con él.

Por desgracia, aquellos sueños infantiles no podía confesárselos a su socio, de hecho, le costaba incluso admitirlos ante sí misma.

—Hay que averiguar los horarios, a qué hora está vacía, si es que lo está...

Jason se giró hacia la pantalla.

—Y si no, vaciarla, lo sé. —Tras unos segundos de silencio, la miró— ¿Tu novio no te ha dicho nada de esto?

Ella no le devolvió la mirada. Daniel no le había dicho nada y cada vez lo notaba más cansado. La culpabilidad que la asfixiaba era otro de los motivos para acabar con el trabajo tan rápido como fuera posible.

Se separó del ordenador, miró a Jason con ojos fríos y asintió.

—Averígualo, Jay. Por favor. Yo me voy a practicar.

29,
Sábado, 04 de junio – 17:58 h.
Hotel Dorchester. Londres

Yates tenía cara de estar experimentando un reflujo de veneno. Le habían explicado la situación varias veces y sabía al detalle lo que iba a ocurrir, pero no dejaba de protestar ni de hacer las mismas preguntas.

Daniel consultó el reloj por enésima vez. Un hormigueo le agitó el estómago y sintió que el pulso se le aceleraba. Era la hora. Hizo un gesto a los policías que custodiaban a Yates y estos lo escoltaron al exterior de la habitación. El abogado se calló por fin. Daniel miró a la cámara de seguridad que había en el pasillo, pero apartó la vista de inmediato.

—Espero que me veas bien, cabrón.

Saunders, que caminaba a su lado, suspiró con gesto serio. No le gustaba el plan, no se había contenido a la hora de expresar sus reticencias, pero entendía las posibilidades que ofrecía. Por eso estaban allí.

Descendieron en el ascensor hasta el garaje, en absoluto silencio, y, de la misma manera, salieron de la cabina. Allí ya no había cámaras de seguridad. Le había costado un buen rato convencer a la directora del hotel para que les permitiera desconectarlas por motivos de seguridad. Lo había conseguido, pero, a cambio, había tenido que soportar un fastidioso monólogo sobre las molestias que le estaban causando a ella, a su hotel y a sus clientes. Había valido la pena, a partir de ese punto, estaban solos.

Una unidad de agentes de asalto los esperaba en el centro del garaje ante una hilera de cinco coches. Vestían el uniforme azul oscuro reglamentario, chaleco antibalas, pasamontañas, gafas de protección y la equipación completa de armas y elementos de seguridad: pistolas, porras, *tasers* y esposas. Al verlos llegar, uno de ellos abrió la puerta trasera de un coche. Los cinco vehículos eran iguales, el mismo modelo de Volvo blindado, de color plata y las ventanillas tintadas. Daniel ordenó a Yates que subiera a él, junto a dos policías que lo acompañarían en el trayecto. El inspector, el sargento y dos agentes más lo hicieron en otro. Unos minutos después la comitiva abandonó el garaje para dispersarse hacia esquinas opuestas de la ciudad.

—¿De verdad crees que va a funcionar? —preguntó Saunders.

—Eso espero.

Una hora después entraron en el garaje privado de la granja Dotson.

Daniel se había dedicado a mirar el paisaje durante el recorrido y se había descubierto a sí mismo imaginando una casita en medio de tanto campo, una casita que compartir con Kathleen para vivir en paz, alejados del ruido, del tráfico, la contaminación y la violencia. Seguro que a ella le encantaría olvidar todo lo que representaba su trabajo de policía. Por mucho que tratara de ocultarlo, Daniel se había dado cuenta de cómo le cambiaba la cara cuando él hablaba de la investigación, de los asesinatos del Fantasma o de cualquier cosa relacionada con el tema. Era cada vez más consciente de lo mucho que ella odiaba que fuera detective. Si no hacía nada para evitarlo, la perdería por culpa de su trabajo.

—Dan. —Saunders había abierto la puerta de su lado y esperaba que él hiciera lo mismo—. Hemos llegado.

—Sí, sí.

Bajó del coche. Las nubes sobre la pradera amenazaban

con una lluvia que acabaría por llegar tarde o temprano. El cielo negrozco terminaba de dotar a la granja de un aire siniestro, como de antigua película de miedo, que ya manifestaba la construcción en sí misma: vieja, en medio de ninguna parte, rodeada de cultivos y árboles. Las paredes del garaje eran grandes piedras grises rematadas con pilares de madera que sostenían un techo abuhardillado. Útiles de labranza colgaban de los muros y varias cajas de herramientas se amontonaban apiladas sobre una mesa.

Se giró hacia el vehículo que había llegado tras ellos y vio a los ocupantes salir del interior. Los cuatro agentes llevaban los cascos antibalas atados al cinturón, de tal forma que golpeaban sus caderas a cada paso que daban. Daniel no pudo evitar sentirse desprotegido al compararse con ellos, pero así eran las normas; si había que entrar en combate, los agentes de la unidad armada tomarían la iniciativa mientras el sargento y él se mantenían a distancia. En momentos como ese envidiaba a los americanos. Ojalá él hubiera podido llevar un arma también. Aunque era mejor que no; si se encontraba con el Fantasma, le metería un tiro en la cabeza y se quedaría tan contento.

El interior de la vivienda era humilde pero acogedor, con paredes de piedra y una amplia chimenea. Los pocos muebles que contenía eran de madera oscura y de aspecto hosco, y los dos sillones en el centro de la estancia exhibían un estampado descolorido en tonos marrones que había sido un entramado de flores. En el espacio entre ambos, se alzaba una mesa y, sobre ella, se ofrecían una tetera humeante con ocho tazas desiguales a su alrededor y un platillo con pastas caseras. Daniel sonrió, convencido de que la señora de la casa las había preparado para ellos.

Dicha señora y su esposo observaban desde una esquina a los recién llegados. Los cabellos blancos, los cuerpos fornidos y los rostros sonrosados eran la descripción gráfica de una vida dedicada a la granja. Los había conocido

el día anterior, cuando había visitado la casa para organizar el plan, y le habían parecido el tipo de gente honrada y trabajadora que se echaba de menos en la ciudad. Daniel se les acercó con su mejor sonrisa.

—Señores Dotson, me alegro de verlos de nuevo. — Devolvió lo mejor que pudo el fuerte apretón de manos que le ofreció el hombre y el no menos fuerte de la mujer—. Quiero agradecerles, una vez más, que nos permitan invadir su vivienda de esta forma.

—Nos ha asegurado que no corremos ningún peligro — contestó el anciano—. ¿Es así?

Daniel se esforzó para responder con convicción. Lo cierto era que aquella pareja no debería estar allí. Su intención había sido alejarlos de la casa para no correr riesgos, pero cualquier movimiento podría haber alertado al Fantasma y habría terminado con las posibilidades de éxito del descabellado plan, así que había tenido que adaptarse a la situación.

—Se lo aseguro, Señor Dotson. Su casa será nuestra base hasta que el sospechoso aparezca. En cuanto lo haga, iremos tras él y los dejaremos tranquilos.

—¿Están seguros de que estará en la granja Dane? —La mujer miró por la ventana con la seguridad de quien ha visto el mismo paisaje tantos años que lo conoce de memoria.

—Nos aseguraron que esa granja está abandonada, ¿no es cierto? —Los ancianos asintieron al unísono. Fue innecesario, él ya la había visitado varias veces los últimos días—. Entonces estamos seguros de que estará allí. Ahora, si me permiten, tengo que coordinar la operación.

La pareja se despidió antes de subir las escaleras hacia el segundo piso con una agilidad inesperada. En cuanto desaparecieron de su vista, Daniel miró por la ventana. El cielo había oscurecido un poco más y el sol se limitaba a una bola blanca desdibujada tras el muro de nubes. Rezó para que no empezase a llover. Desde allí se disfrutaba de una

plácida vista sobre la llanura y los espesos bosques que se alzaban a lo lejos, pero no podía ver la casa donde esperaba que estuviera el Fantasma ni a los agentes que se ocultaban entre los bosques y granjas adyacentes. Cogió el *walkie talkie* que llevaba al cinturón y se lo acercó a la boca.

—Aquí Ryman, ¿todo el mundo en posición? ¿Sawyer?

—En posición, todo despejado.

—¿Dixon?

—Despejado.

—¿O'Connor?

—Despejado.

—¿Linn? ¿Ruiz? ¿Ford? ¿Edwards?

Uno a uno, los agentes desplegados informaron de su situación. Al terminar el repaso, el inspector forzó la vista hacia el fondo del paisaje. Apenas la veía, pero sabía que, a menos de trescientos metros, la granja abandonada en la que se escondía el Fantasma estaba allí, frente a él. A dos kilómetros a la izquierda, hacia el sur, se localizaba el señuelo, la casa en la que se suponía que estaba Yates, aunque este nunca llegaría a poner un pie en ella.

Por última vez, se llevó el *walkie* a la boca y pulsó el botón para hablar.

—¿Unidad aérea?

—Esperando órdenes, señor. No se detecta movimiento desde nuestra posición.

—Muy bien, manténganse a la espera, no queremos alertar al objetivo.

—Sí, señor.

Un crujido en el altavoz precedió a una voz distorsionada.

—¿Inspector Ryman? Aquí el sargento Dixon, acabo de instalar la cámara térmica y estoy recibiendo imagen a través de la ventana de la vivienda.

Daniel sintió que su cuerpo se tensaba y dirigió la mirada hacia el edificio que ocupaba el sargento. No lo veía

desde allí, pero era el único, aparte del utilizado como señuelo, que tenía visibilidad sobre la granja desocupada.

—¿Está ahí? —No hizo falta especificar a quién se refería.

—Hay una persona, señor. Está en posición de tiro.

Allí estaba. A menos de trescientos metros de él. Saunders lo miró con una sonrisa exultante, pero Daniel le hizo un gesto para tranquilizarlo. Si bien no lo hizo tanto para su compañero como para tranquilizarse a sí mismo.

—Muy bien. Todas las unidades, comiencen maniobra de aproximación con extremo cuidado, ¿entendido?

—¡Señor! ¡Aquí Dixon! ¡Señor!

La señal del *walkie* sonaba distorsionada, pero la alarma en la voz del sargento Dixon resultó evidente.

—¿Qué ocurre?

—¡Se mueve! ¡El objetivo se mueve!

Daniel se giró de espaldas a la ventana y se llevó una mano a la oreja libre para aislarse del ruido exterior.

—¿Cómo que se mueve?

—Se ha levantado de la posición y está recogien... ¡Sale de la casa! ¡Está saliendo de la casa!

Miró a Saunders ¿Qué había pasado? Todo estaba yendo bien.

—¡Todas las unidades! ¡Tras él! —Se precipitó al exterior de la vivienda. El sargento y los otros seis agentes lo siguieron—. ¡Unidad aérea, adelante, no lo pierda! ¡Todos a por él!

Atravesaron una espesa aunque corta arboleda hasta un estrecho sendero de tierra y, tras este, una explanada verde con un recuadro delimitado para cultivos. Daniel no veía nada más allá de sus pies sobre la tierra. Oía a través del *walkie* las voces distorsionadas de sus compañeros, pero ninguno divisaba aún al tirador.

—¿Helicóptero, lo ve?

—Negativo, señor.

—Aquí Dixon. Lo estamos siguiendo con la térmica, se ha internado en el bosque tras la granja.

Malditos bosques. No había contado con que los árboles ocultarían al Fantasma en su huida, pero es que no tendría que haber huido. ¿Por qué demonios lo había hecho? Algo lo había alertado, pero ¿qué?

Divisó la casa. Una construcción de ladrillo y piedra, de aspecto desvencijado. Los cristales estaban rotos, algunas paredes se habían derrumbado y las plantas empezaban a invadir cada recoveco. La miró de pasada mientras corría hacia ella. El Fantasma había estado allí hacía unos minutos.

—¡Me cago en la puta! —gritó, desesperado—. ¿Alguien lo ve? ¿Dixon?

—¡Voy tras él! ¡Sigue en el bosque!.

—¡Rápido, rápido!

Rodeó la construcción hacia el norte y se internó entre los árboles. Los compañeros de la unidad de asalto lo seguían. Sus trajes y equipamiento no estaban diseñados para moverse por ese tipo de terreno y los oía maldecir las ramas y hojas que se les enganchaban a cada paso, pero Saunders y él seguían corriendo.

—¡Aquí unidad aérea! ¡Veo un coche saliendo de la arboleda! ¡Repito, un coche saliendo de la arboleda! ¡Un utilitario rojo, pequeño, por el lado oeste! ¡Va a toda velocidad!

—¡Tiene que ser él! ¡Todos allí! ¿Hay alguien cerca?

—¡Señor, aquí Ruiz! ¡Lo tengo! ¡Viene hacia mi posición!

—¡Dispare, Ruiz! ¡Deténgalo! ¡Deténgalo!!

30,
Sábado, 04 de junio – 19:07 h.
Camino rural. Buckinghamshire

El coche volaba por el camino, estrecho y lleno de baches, y Kathleen solo podía rezar para que volar fuera suficiente.

Inspira... espira... inspira... espira...

Los había oído tras ella, a metros de distancia, a pasos. Los había tenido realmente cerca y solo el sistema de espionaje de Jason la había salvado.

—¡Es una trampa! —había gritado su socio por el móvil, sin preocuparse de tapaderas ni lenguajes en clave—. ¡Saben dónde estás! ¡Sal de ahí!

Y vaya cómo había salido. Ni siquiera había desmontado el fusil, había guardado todo lo demás y se había lanzado a correr con él en la mano, esquivando árboles y ramas. Al llegar al coche, lo había lanzado al asiento del copiloto al tiempo que entraba de un salto, arrancaba el motor sin cerrar siquiera la puerta y aceleraba a todo lo que le permitía el pequeño utilitario que Quint le había conseguido.

Voló por aquel camino rural lleno de baches que hacía saltar el coche de agujero en agujero. Los árboles se sucedían como monstruos verdes que tendían las ramas hacia ella. Ni siquiera veía por dónde iba. Sus ojos estaban clavados en el dibujo irregular del sendero que le había parecido tan sencillo el día anterior y que ahora, sin embargo, se le antojaba un trazado de *rallye*. Las ruedas dispararon una ráfaga de piedras y tierra al tomar una curva

cerrada a derechas. Una persona en medio de la carretera la hizo frenar en seco. Era un agente con uniforme de asalto y la apuntaba con una escopeta.

—Mierda.

Un ruido en el cielo llamó su atención, las aspas de un helicóptero. Sintió ganas de chillar.

En lugar de eso, aceleró. El agente gritó algo que ella no oyó, luego apuntó a las ruedas y disparó. Kathleen dio un volantazo a la izquierda. El vehículo se salió de la carretera y se internó a saltos por un terreno cultivado. Había conseguido esquivar el tiro, pero ahora el coche traqueteaba por el campo y su velocidad se había reducido de forma drástica.

Inspira... espira... inspira... espira...

Pisó el acelerador tanto como pudo. El agente quedó atrás convertido en una mancha borrosa, aunque, por el retrovisor, ella observó que todavía la apuntaba con la escopeta desde el medio de la carretera.

Se oyó una detonación y el cristal derecho trasero saltó en pedazos. Kathleen se encogió en el asiento con un chillido.

Escuchó un nuevo impacto contra el vehículo. No supo dónde le había acertado, pero no podía seguir así. Dio otro volantazo. Las ruedas se estremecieron cuando se reincorporó al asfalto. Dejó de traquetear sobre la tierra y la velocidad aumentó con rapidez. Perdió de vista al agente, pero el helicóptero seguía tras ella.

Una explosión estalló sobre su cabeza y un rayo de sol, como una cuerda dorada, se coló por el agujero que apareció en el techo. Movié el coche a un lado y otro en un intento de dificultarles la puntería. El pueblo estaba a menos de un kilómetro, ya veía los edificios difuminados en el horizonte. Si conseguía llegar hasta el aparcamiento en el que había planeado dejar el vehículo, estaría a salvo.

Un ruido de sirenas la hizo mirar hacia atrás por el

retrovisor.

—¡Joder, joder! —gritó.

Una hilera de coches plateados se acercaba aullando a toda velocidad y le estaban ganando terreno. Agarró el volante con fuerza y aceleró aún más. El pedal llegó al fondo de su recorrido, pero ella siguió apretando.

Un nuevo disparo desde el helicóptero perforó un segundo agujero en el techo.

Volvió a gritar.

La aguja del cuentarrevoluciones temblaba por encima de las siete mil vueltas. Kathleen desvió la mirada hacia el indicador de temperatura, rezando para que el motor no explotase. Aquel era un pequeño Ford de cinco puertas, rojo, un vehículo elegido para no llamar la atención entre el tráfico; no era un deportivo preparado para esa velocidad ni un jeep que aguantara los saltos por el campo a los que lo había sometido.

Inspira... espira... inspira... espira...

Giró una última curva y se adentró en el pueblo. El coche surcaba las calles entre hileras de casas unifamiliares de dos y tres pisos, convertidas en manchas borrosas al otro lado de los cristales.

Atravesó una rotonda, ignorando todas las señales, y se adentró por la avenida principal. A su espalda, escuchó el coro de pitadas e insultos desde los coches que habían tenido que esquivarla. Rezó para que aquel caos detuviera a sus perseguidores. Había estudiado el recorrido, pero ahora ya no sabía ni dónde estaba, conducía sin rumbo, girando en cada cruce, tratando de deshacerse de los vehículos que la seguían. Ya no oía el helicóptero, pero sabía que estaba allí. Tenía que llegar al aparcamiento.

Dobló a la izquierda y se encontró ante un colegio que recordaba haber visto en el mapa. Supo dónde estaba y adónde tenía que ir. Dio las gracias por que a esa hora no estuvieran los niños en la calle. Giró a la izquierda en la

siguiente esquina. Las alarmas atronaban a su espalda, pero ya estaba cerca de su destino. Siguió adelante y giró una vez más al final de la avenida.

Ahí estaba. El edificio de aparcamientos se alzaba en la acera derecha, a doscientos metros de distancia, y el camino estaba libre. Aceleró y tiró del freno de mano en el último momento para tomar la curva chirriando ruedas y entrar en el edificio. La barrera, que estaba levantada, se bajó en cuanto ella la cruzó.

—Gracias Jay, mantenla así.

Se dirigió a la rampa circular que la llevaría al segundo piso. Los bajos del vehículo chocaban con el suelo en cada desnivel y la velocidad era tal que rozaba los laterales del coche contra las paredes. A través de la ventana rota del copiloto, se colaba la lluvia de chispas que saltaba a su paso, pero no redujo la velocidad. En la segunda planta, metió el coche en un hueco formado por cuatro plazas vacías consecutivas. Oía las sirenas de la policía en la calle. Un estruendo la advirtió de que habían derribado la barrera y entrado en el edificio. No tenía tiempo que perder. Abrió la puerta a toda prisa y sacó la mochila y el fusil. No había nadie a la vista. Corrió los diez metros que la separaban de su coche, abrió el maletero con el mando a distancia y lanzó ambas cosas al interior junto con la gorra, los guantes y la sudadera verde que se quitó en ese momento. El ruido de los vehículos que se acercaban era cada vez mayor.

Inspira... espira... inspira... espira...

Cinco coches se precipitaron desde las rampas de acceso y se detuvieron ante el Ford del que había descendido unos segundos antes. Cerró el maletero.

Una docena de agentes armados, vestidos con uniformes de asalto, salieron de los vehículos. Uno de ellos se percató de su presencia y corrió a su lado.

—¡Señora! —gritó—. ¡Atrás, agáchese!

Se acurrucó entre su coche y el adyacente y el policía

se agazapó junto a ella. No había pensado ni por un instante que fuera la persona a la que perseguían, así que Kathleen interpretó el papel de mujer asustada. Se arrodilló en el suelo y se tapó la cabeza con las manos temblorosas.

No veía nada desde allí, pero escuchó el ruido de los agentes al acercarse al Ford y abrir las cuatro puertas. El tintineo de los cristales rotos se extendió por la planta cuando los restos de la ventana a la que habían disparado cayeron al suelo.

—¡Vacío! —oyó gritar a uno.

—¡Nadie! —corroboró un segundo.

El agente que permanecía a su lado se inclinó hacia ella y la miró a través de las gafas de protección que le ocultaban el rostro. Llevaba también un pasamontañas que amortiguó su voz cuando habló.

—Señorita, ¿lo vio salir? —preguntó—. ¿Vio adónde iba?

Kathleen enmudeció un instante, luego, temblorosa, señaló hacia la puerta de salida para peatones que se abría a pocos metros de distancia. El policía se levantó de un salto.

—¡Allí! —gritó, haciendo gestos a sus compañeros—. ¡Por allí!

Escuchó el retumbar de las botas por el aparcamiento y la patada que abrió la puerta que había señalado. Los agentes echaron a correr escaleras arriba y abajo en busca del hombre al que creían perseguir.

Inspira... espira... inspira... espira...

Lentamente, se levantó.

—¿Kat?

31,
Sábado, 04 de junio – 19:38 h.
Aparcamiento. Beaconsfield

Pensó que era una alucinación, pero no lo era. De un segundo vistazo, comprobó, sorprendido, que aquella mujer que se incorporaba entre dos coches era su novia.

—¿Kat? —la llamó.

Ella se volvió de un salto y él corrió a su encuentro.

—Kat —susurró—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Estabas aquí cuando llegó? ¿Te ha hecho algo? ¿Estás bien?

Ella lo miró asustada, aún en estado de *shock*, y él la abrazó. Tras unos segundos de duda ella le devolvió el abrazo.

—Escucha, tengo que ir con ellos, ¿de acuerdo? Métete en el coche, cierra las puertas y no te muevas. Volveré en seguida, ¿vale?

Se separó de ella a regañadientes. Tenía que continuar la persecución, pero no quería dejarla allí, y menos, sola. Aquel cabrón podría regresar por cualquier motivo y encontrarla indefensa.

—¡Saunders! —El sargento lo esperaba ante la puerta por la que había huido el Fantasma. Se acercó al oír su llamada—. Ella es Kat. Quédate a su lado, ¿de acuerdo? Por si regresa.

La confusión inicial en el rostro de su compañero dio paso al disgusto cuando comprendió que tendría que quedarse fuera de la acción. Aun así, asintió y Daniel echó a

correr escaleras abajo.

Los agentes se habían reagrupado en la planta inferior y se movían agitados como hormigas negras sobre un plato de comida, de un lado a otro. En el suelo habían quedado desperdigados los restos de la barrera de acceso al aparcamiento. El primer coche había tenido que derribarla, pues, por algún motivo, no se había izado al pulsar el botón.

—¿Qué? ¿Nada?

Un agente, de nombre Mallon, se quitó las gafas, se secó el sudor con la manga y negó con la cabeza.

—Aquí no hay nadie, señor.

Daniel se acercó el *walkie* a la boca y pulsó el botón para hablar.

—Pisos superiores, ¿algo por ahí?

—Nada en la tercera por ahora, señor.

—Despejado en la cuarta, estamos revisando los vehículos.

—Despejada la primera, bajamos.

—Despejada la segunda —confirmó Saunders.

—¡Joder! ¿Dónde coño se ha metido? Revisen cada coche, que no salga nadie del aparcamiento sin mi aprobación, ¿entendido?

Los agentes se dispersaron por la planta baja y las siguientes para comenzar con la revisión de los vehículos. Uno de ellos se acercó a él.

—Deberíamos preguntar a la mujer que estaba arriba —sugirió.

—¡A esa le pregunto yo! —exclamó un agente que iluminaba con una linterna el interior de un jeep.

—Una mierda —respondió otro—. Yo la vi primero.

Los hombres rieron y Daniel los miró con rencor. Solo eran bromas, no sabían que era su novia, pero si no se callaban, los iba a mandar a la mierda de la peor forma posible.

—¡Dan!

Saunders se acercaba con un cigarro entre los labios. Kathleen venía tras él. Ella corrió a sus brazos y Daniel la besó. Las risas entre los agentes se detuvieron de un plumazo. Sin separar sus labios de los de ella, él sonrió. No habría encontrado mejor manera de hacerlos callar.

—¿Estás bien? —preguntó, acariciándole las mejillas—. ¿Qué haces aquí?

—Venía de una reunión con un cliente. El que llamó esta mañana. —Daniel la observó. Llevaba unos vaqueros, unas zapatillas deportivas cubiertas de barro y el pelo recogido en una trenza revuelta. Ella siguió su mirada y sonrió—. Sí, ya sé que no son pintas, pero es una granja avícola y el camino es de tierra. Ellos tampoco son de llevar trajes.

La abrazó de nuevo. No se podía creer que hubiera estado tan cerca del Fantasma. Si ese cabrón le hubiera hecho daño, si la hubiera tomado como rehén o algo así... Lo habría matado con sus propias manos.

Saunders los observaba a unos pasos de distancia, con una sonrisa cómplice y el cigarro humeante entre los dedos. Daniel le hizo un gesto para que se acercara.

—Ella es Kathleen —la presentó—. Kat, este es Martin Saunders, mi compañero.

—Nos hemos presentado arriba —dijo el sargento—. Es un placer conocerte por fin.

Se despidió de ambos con una inclinación de cabeza y se retiró para dejarlos a solas. Daniel se volvió hacia ella. Aún temblaba, pero ya parecía más tranquila.

—Escucha, voy a necesitar que prestes declaración. ¿Por qué no subimos y me cuentas lo que viste?

—¿Quién era, Dan? ¿Es ese al que estás persiguiendo, el Fantasma?

Daniel asintió. Sabía que ella esperaba una explicación, pero no encontró las palabras, así que optó por quedarse callado. La tomó de la mano y regresaron a la planta

superior. Revisó cada esquina de la escalera por si el tirador aparecía, pero no vieron a nadie aparte de los policías que seguían comprobando los coches.

En la segunda planta, un grupo de agentes se había concentrado alrededor del Ford e inspeccionaba con linternas cada centímetro de su destrozada carrocería. Uno de ellos, incluso, se había metido debajo del motor.

—¿Hay algo? —preguntó al pasar junto a ellos.

—Nada, señor. No hay indicios de explosivos ni nada sospechoso.

—Bien. Que lo revise la forense en cuanto llegue, a ver si encontramos algo que nos lleve a ese cabrón.

—Sí, señor.

Continuaron hasta el Toyota y se apoyaron contra él. Ella aún temblaba y Daniel lo comprendió, menudo susto se habría llevado.

—Cuéntame qué ocurrió.

—Pues... No sé, nada, en realidad. Iba camino del coche cuando oí al otro que subía por la rampa a toda pastilla. Llegó hasta allí, bajó y se largó por las escaleras. Luego llegasteis vosotros con las ametralladoras y los gritos...

Daniel sonrió. Estaba tan preocupado y, al final, la habían asustado ellos más que el propio asesino. Le acarició el brazo. Su piel estaba húmeda y fría.

—¿Te vio?

—No. No lo creo, vamos, ni me miró.

—¿Cómo era?

Ella se detuvo un instante a pensar, con la cabeza gacha.

—Apenas lo vi. Llevaba una gorra y una sudadera verde.

—¿No le viste la cara?

Ella negó y se pasó la mano por el pelo. Él le acarició el rostro.

—No. Fue tan deprisa... Solo lo vi de espaldas. Lo

siento...

Él lamentó tener que hacerla pasar por aquello.

—¿Cómo era? ¿Alto, bajo, delgado...?

—Pues... no sé...

—Piensa, Kat, por favor, ¿hubo algo que te llamara la atención? ¿Algo que puedas decirme que...?

—¡No, Dan! ¡No tenía nada raro!

La estaba presionando. Apenas lo había visto un segundo en un aparcamiento oscuro, pero, maldita sea, lo había tenido tan cerca.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, tienes razón. Vete a casa y descansa, ¿vale? Yo te llamo esta noche.

Ella accedió con un beso. Él le colocó tras la oreja un mechón de pelo que se había soltado de la trenza y se quedó observándola mientras subía al coche y arrancaba.

—Oye, Kat —la llamó cuando estaba a punto de sacarlo de la plaza. Ella bajó la ventanilla—. ¿Por qué aparcaste aquí? ¿Por qué no fuiste hasta la granja?

Ella sonrió, casi con timidez.

—Porque el camino siempre está lleno de barro y estiércol.

Daniel rió y se despidió de ella. La vio desaparecer por la rampa por la que había subido el Fantasma poco antes.

—Aquí Ryman —dijo por el *walkie*—. La testigo se marcha, dejadla salir.

32,
Sábado, 04 de junio – 20:12 h.
Base. Londres

Jason corrió hacia ella en cuanto la puerta de la Base comenzó a entornarse. La arrastró hacia dentro, la abrazó, la besó, la miró de arriba abajo mientras la giraba entre sus brazos como un muñeco, en busca de heridas, de sangre, de lo que fuera.

—¿Estás bien? Has tardado muchísimo ¿Estás bien? ¿Te han herido? Joder, estaba muerto de miedo. ¿Por qué coño has tardado tanto?

Kathleen sonrió cansada y lo abrazó de nuevo. Era la primera vez que algo la hacía sonreír en toda el día y le gustó que el motivo viniera de él, de su preocupación. Le gustó comprobar que aún la quería lo suficiente como para preocuparse.

—Estoy bien, tranquilo. Pero no te vas a imaginar lo que ha pasado.

El informático se sentó ante la gran mesa del centro de la sala y ella ocupó una silla a su lado, pero se volvió a levantar. Aún estaba nerviosa. Sentía la adrenalina en la sangre, los músculos en tensión, las piernas con ganas de salir corriendo. No, no podría permanecer quieta, así que se dedicó a deambular por la habitación mientras relataba su historia a partir del momento en que había recibido la llamada de alerta. Habló, más para sí misma que para él, como si necesitara repasar cada instante y asegurarse así de

que había sido real. Lo relató sin parar, sin dejarse llevar por las emociones que afloraban a cada curva de la carretera, sin analizar sus palabras, solo dejándolas salir. Cuando acabó, se giró para mirar a su socio, que no había abierto la boca.

—¿Y qué hay del coche? —preguntó él.

Ella maldijo ese cabo suelto que se le atragantaba como una espina de pescado en la garganta.

—Tuve que dejarlo allí, claro.

—Ya, lo daba por hecho. Me refiero a qué pasa con él. Sé que Quint es cuidadoso y no habrá nada que lo implique, pero...

—¿Y las grabaciones de seguridad de ayer? Cuando llevó el coche lo registrarían...

—Ya las he destruido, no te preocupes por él. Lo que me preocupa es si hay algo que pueda llevarlos a ti.

Ella sacudió la cabeza, aunque no se sentía tan segura de su negativa como le hubiera gustado. Lo que había empezado como un movimiento enérgico perdió fuerza hasta desfallecer.

—No lo sé —admitió al final—. No me quité los guantes en ningún momento, ni la gorra. Pero no lo sé...

Los nervios se reflejaron en su voz. Jason se levantó, fue hacia ella y la abrazó. Fue extraño, al principio, esa muestra de ternura tan impropia entre ambos, pero ella se permitió refugiarse en sus brazos. Él apartó el rostro, sus ojos se encontraron y la besó. Fue reconfortante. Su cuerpo, su olor, el familiar beso de unos labios inofensivos que no amenazaban con enviarla a prisión.

Pero ya no era igual, ahora ya solo quería besar a Daniel. Se alejó con una sonrisa con la que esperó no hacerle daño. Él retrocedió con gesto dolido y ella supo que no lo había conseguido.

El informático regresó a la silla y retomó el tema principal para resumir en una frase lo que ambos pensaban.

—Hay que acabar con esto cuanto antes —dijo—. ¿Por

qué no dejas a Yates? Le devolvemos la parte proporcional a Chapman y lo dejamos. Total, lo he visto en el ordenador de tu novio, lo están investigando por lo de la mafia. Acabará jodido de igual manera.

Kathleen se sentó.

—No puedo hacer eso —respondió—. Nunca he dejado un trabajo sin terminar.

Él no se retractó.

—Nunca se habían acercado tanto. Te avisé de que era demasiado peligroso hacer tres objetivos relacionados entre sí y tan seguidos.

—Lo sé, lo hiciste y lo sabíamos. Pero ya estoy aquí y tengo que acabarlo.

Su compañero se llevó las manos a la cabeza con un bufido y se levantó. Ella respetó su momento de reflexión. Él estaba en lo cierto, no había dicho nada que no hubieran hablado antes, que no hubiera pensado ella misma decenas de veces desde que todo se había empezado a torcer, pero, sencillamente, no podía dejar el trabajo a la mitad.

Él llegó al fondo de la habitación y se giró para mirarla.

—¿Cómo piensas hacerlo? Yates sigue en el hotel.

Ella quiso creer que no había oído bien.

—¿En el hotel? ¿Ni siquiera lo llevaron a la granja?

—No. Fue una trampa desde el principio. Después de avisarte, volví a pinchar las cámaras y allí estaba, de vuelta en la habitación.

La voz de Kathleen se crispó en una maldición.

—Qué hijo de puta.

—Eso no es todo, Kat. Significa que saben que estamos en su sistema. Sabían que leeríamos los informes y los correos, y nos cogieron como a niños. Ya he empezado a limpiar los ordenadores, van a poner a todos sus equipos a rastrearme. Tengo que salir de ahí, tengo que...

La voz del informático había subido varias octavas de tono para cuando se le rompió. Ella fue hacia él. Quiso decir

algo que lo tranquilizara, pero no supo el qué.

—Por supuesto.

Él se tomó un segundo para recuperar el aliento.

—Lo último que he podido descubrir no pinta nada bien: tu novio sigue sin saber quién eres, pero se ha propuesto ir a por ti como sea. Ha investigado todos los casos abiertos que puede atribuirte y ha encontrado unos cuantos.

Se dirigió al ordenador y Kathleen lo siguió. Un puño cruel le retorció la garganta y lo único que pudo pensar fue: «Ese no. Si ha encontrado el primero, estoy perdida»

Jason agitó el ratón para encender la pantalla. Cuando el fondo negro se disolvió, vieron un listado de fichas policiales distribuidas en una tabla en orden cronológico.

—Ha pedido información por todo el país y ha reunido un buen muestrario. Luego ha eliminado los que no creía que fueran tuyos.

Kathleen repasó su historial de trabajos en busca de uno en concreto, pero no lo encontró. La repasó de nuevo para asegurarse. No podía preguntar. Se trataba de un trabajo que ni siquiera su socio conocía. Pero no estaba.

—Un buen trabajo —dijo.

—Sí, ha acertado casi por completo. Tenía en la lista a Jonah Lee y lo descartó. Y tiene a un tal Blake Palmer, un camello en Brixton, que no es nuestro.

—No, ese no —corroboró ella con un suspiro.

—Pero, aparte de eso, tiene a Samuel Boone, a Pierce, por supuesto, Elliot Bevan, Daryna, Zhou... Le faltan todos los que han sido fuera del país, pero tiene por dónde empezar.

—Maldita sea...

Era malo, pero no tan malo como podría haber sido. No había encontrado el primero y eso la mantenía a salvo. Aunque estaba agotada. Los ojos le picaban, le dolía el cuello y necesitaba con urgencia una ducha y tiempo a solas para pensar. Jason esperaba una respuesta, pero no se la podía

dar en ese momento.

—Necesito pensar, Jay, mañana hablaremos.

—Kat, no tenemos tiempo.

—¡Lo sé! —Él retrocedió, sorprendido por el ataque, y ella negó con la cabeza. No debía pagarla con él. Él no tenía la culpa, toda la culpa era suya—. Perdóname, estoy cansada y esto ha sido demasiado por hoy. Me voy a acostar. Mañana pensaremos en la mejor manera de acabar esto, ¿vale?

Se despidió de él con un beso en la mejilla. El sutil aroma de su colonia le recordó a tiempos mejores, cuando los trabajos eran sencillos y el hombre con el que se acostaba no intentaba encerrarla de por vida.

Los perros la esperaban inquietos ante la librería cuando cruzó la puerta oculta de la biblioteca. Habían estado solos desde la mañana, su hora de la cena había pasado hacía rato y ya les tocaba el paseo. Aunque no le apetecía en absoluto, Kathleen les puso la comida, se duchó mientras ellos la devoraban y los sacó a la calle.

Había anochecido y el barrio estaba desierto. El silencio que envolvía las calles traía con él el ruido de las sirenas de los coches, las aspas del helicóptero, las detonaciones de las escopetas. El sonido atronador de su corazón.

No se había alejado ni veinte metros de la casa cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo trasero del pantalón. La pantalla le iluminó el rostro como una linterna enfocada desde abajo para ambientar un cuento de terror, pero la fotografía de Daniel que la ocupaba la inquietó más que cualquier relato. Se la había sacado después de hacer el amor y mostraba un primer plano de su rostro sonriente. Él le había sacado otra foto en el mismo momento, medio desnuda —aunque el plano no lo revelara, gracias a Dios—, despeinada y feliz. Esa era la imagen que debía de estar viendo en ese instante en su propio móvil.

Paralizada en medio de la calle, observó el teléfono hasta que la llamada se cortó y la pantalla oscureció. Había

colgado. Lentamente, devolvió el móvil al bolsillo y continuó caminando, sin darse cuenta siquiera de que se había llegado a detener.

—Esto no va a funcionar —susurró.

Sabriel, la mayor de los perros, giró la cabeza al oír su voz, pero, cuando comprendió que no se dirigía a ella, devolvió la atención al árbol que estaba investigando.

—No va a funcionar.

Por supuesto que no. Si había albergado alguna duda, esa tarde la había resuelto. Daniel iba tras ella y no podría engañarlo mucho más tiempo. Era un buen detective que se había tomado la persecución del Fantasma como algo personal. No sabía que, de hecho, se había convertido en personal sin que él se enterase.

Era hora de acabar con aquello, eliminar a Yates y desaparecer del mapa antes de que llegara el momento, como había insinuado Jason, en que tuviera que matar al hombre al que amaba.

33,
Sábado, 04 de junio – 20:42 h.
Base. Londres

A través de una de las cámaras de seguridad que tenían instaladas en el perímetro exterior de la vivienda, Jason vio a Kathleen guardar el teléfono y reemprender la marcha. Estaba seguro de que había sido una llamada del gilipollas del policía, y le reconfortó que ella no contestara. Era una buena señal, aunque no significaba nada. No podía confiar en ella. El sexo, o lo que fuera que le daba aquel tío, había nublado su mente y ya no pensaba con claridad.

Para eso estaba él. Hacía dieciséis años que la conocía y quince que trabajaban juntos, y, en todo ese tiempo, él había cuidado de ella. Era el momento de hacerlo de nuevo, aunque supiera que nunca se lo perdonaría si alguna vez llegaba a enterarse. Se preguntó si sería capaz de matarlo y no logró hallar una respuesta. Quiso pensar que no. En cualquier caso, no tenía opciones, la decisión estaba tomada y era la única posible.

La imagen sucia de Kathleen en la pantalla se agachó para acariciar a Puck en el lomo. El perro le lamió la mano y echó a correr. Ella sonrió con tristeza y lo siguió.

Jason cerró el programa de vigilancia y, sin permitirse un segundo de duda, pinchó en el icono de un sobre. El programa de comunicación encriptada ocupó la pantalla. Escribió dos líneas de código, dos líneas que se sabía de memoria, que había escrito cientos de veces. El programa

devolvió otra solicitud y él se detuvo con las manos a tres centímetros del teclado antes de responder. Si lo hacía, si introducía la dirección, ya no habría marcha atrás. Estaba a punto de pedir ayuda a una de las personas que más odiaba del mundo y era irónico pensar que ese era el mal menor. Tecleó la serie de números que tan bien conocía: la dirección IP de su último recurso. A continuación, una contraseña. La pantalla se volvió negra, y un guión blanco parpadeó en la esquina superior izquierda. El informático suspiró.

—Veyron —escribió.

Se recostó en la silla y aguardó. La espera fue corta, más de lo habitual. El suministrador de armas de Kathleen respondió con el encanto que el informático tanto detestaba.

—¡Hola, K, preciosa! ¿Cómo estás?

—No soy K.

La pantalla permaneció estática, sin respuesta, pero mientras no se borrara lo escrito, Jason sabía que su interlocutor seguía allí.

—No cortes —presionó, sin tiempo que perder—. Soy el socio de K.

—K nunca me ha hablado de un socio.

Jason rió con tristeza.

—Ambos sabemos que K nunca te ha hablado de casi nada que no sea lo que necesita, para cuándo y por cuánto.

El guión volvió a parpadear en silencio. Jason aguardó a que Veyron decidiera si confiaba en él o no.

—¿Qué quieres?

Confió. En cierta medida, el informático lo lamentó. Tendría que continuar con el plan.

—K necesita tu ayuda.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

Leyó la preocupación en sus palabras y ahogó una maldición. Sabía que aquel gilipollas estaba loco por ella, pero la lista de pretendientes parecía cada vez más larga.

—Está bien. Por ahora. Pero hay un inspector de

Scotland Yard que la está persiguiendo.

—No creo que eso sea nada nuevo.

—Este se está acercando demasiado.

—¿Qué quieres de mí?

Jason inhaló aire por la nariz, con fuerza, y, muy despacio, lo dejó salir por la boca.

—Que busques a alguien que lo elimine. Te pagaré lo que pidas.

Silencio de nuevo, más largo. Veyron tardó más de dos minutos en contestar, durante los que Jason permaneció a la espera con el corazón desbocado en la garganta. Por fin, el guión fue sustituido por la respuesta del distribuidor.

—Puedo suponer que ella no sabe que estamos teniendo esta conversación, porque si quisiera a ese tipo muerto, lo haría ella misma.

—Así es.

—¿Por qué no lo quiere muerto?

Jason maldijo en silencio. Era una pregunta lógica y debería haber tenido una respuesta preparada, pero ¡qué coño!, era la primera vez que hacía eso y bastante le estaba costando escribir con el temblor que le sacudía las manos.

—No quiere levantar sospechas. Si elimina al policía que la investiga será demasiado visible. Quiere que parezca un accidente.

Sonrió, era una gran idea, sonaba convincente.

—¿Por qué no me lo pide ella?

Volvió a maldecir, esta vez en voz alta. Veyron no había llegado donde estaba dejando cabos sueltos, pero tanta pregunta lo estaba sacando de quicio. No tenía respuesta para ninguna.

—Te lo pido yo, por su seguridad. Ella no quiere cargarse a un policía, pero no hay otra opción. Si lo dejamos con vida la atraparé. —No supo cómo seguir. Lo primero que le había venido a la mente había sido «y me moriré», pero no podía decirle eso a Veyron. Por suerte, este no esperó a

que continuara.

—Lo investigaré.

—Ya lo he hecho yo. Tengo sus horarios, su agenda, la ruta que sigue desde la casa hasta el trabajo, la cafetería donde se toma un café a media mañana y hasta el tipo de café que le gusta. Te mandaré lo que necesites.

—¿Quién coño eres?

—Ya te lo he dicho, soy su socio.

—¿Y qué haces para ella, exactamente?

—Pues, entre otras cosas, hago que pueda hablar contigo sin que vuestras conversaciones dejen rastro.

—¿Fuiste tú el que me investigó cuando empecé a trabajar con ella? ¿El del mensajito con mis datos personales?

Jason torció el gesto. Lo había pillado por prepotente.

—Sí, fui yo.

—Debería hacer que te mataran a ti.

—Lo hice para ayudar a K. Llevo años manteniéndola con vida, eso es lo que hago. Pero el hijo de puta del policía va a joderlo todo. Si no lo matas tú, lo haré yo, pero me cogerán y ella no podrá seguir haciendo lo que hace. Si lo intenta la cogerán también. ¿Entiendes lo que te digo?

—Tranquilízate. Te entiendo.

Jason aguardó a que siguiera. Vale, lo entendía, ¿ahora qué? ¿Iba a hacerlo? Tras unos minutos, no pudo esperar más.

—Bueno, ¿qué?

El silencio se alargó todavía unos segundos hasta que Veyron contestó.

—Dame el nombre del tipo. Hablaré con alguien.

—Nada puede relacionar a K o a mí con esto.

—Lo sé. Dame su nombre.

Jason dudó. No podía creer que fuera a hacerlo de verdad, que fuera a encargarse del asesinato de una persona. Durante quince años había ayudado a Kathleen a eliminar

objetivos, incluso le había pedido que eliminara a uno en concreto al principio de todo, cuando creía que su ofrecimiento había sido una broma. No lo había sido. Su padre estaba muerto y otros tíos, también. Sabía que era hipócrita, pero se sentía tranquilo al pensar que, al fin y al cabo, él no apretaba el gatillo ni elegía el nombre ni... nada. Tan solo esa vez, la primera. El hijo de la gran puta de verdad merecía morir, e incluso podría achacar su muerte a defensa propia, pero cuando hiciera esto ya nada lo distinguiría de ella.

Descubrió que no le importaba. Volvía a ser defensa propia, el inspector o ella, alguno de los dos tenía que caer. Cuando él desapareciera del mapa, todo volvería a ser como antes, y Kathleen regresaría a su lado, a salvo. Además, había sugerido que quizá dejara aquel trabajo, a lo mejor entonces podrían ser una pareja normal.

Apoyó los dedos en el teclado y escribió.

—Daniel Ryman.

34,
Lunes, 05 de junio – 19:36 h.
New Scotland Yard. Londres

El despacho se había sumido en la penumbra con el atardecer, pero ninguno de los presentes hizo por encender la lámpara que había sobre la mesa ni por levantarse para prender la del techo. La oscuridad incrementaba la sensación que el inspector Ryman había tenido al entrar, la de que el despacho del jefe había encogido. La mesa se le hacía pequeña, la silla era incómoda y el aire resultaba pegajoso, pese a que los muebles eran los mismos de siempre y la temperatura rondaba los veinticuatro grados. El sentimiento de impotencia que lo oprimía era tan grande que estaba a punto de romper a gritar. El jefe no entendía lo que le estaba diciendo. O no lo creía o, lo que sería peor, no le importaba. Nunca se había sentido tan decepcionado como en ese momento. Sullivan había sido su apoyo hasta entonces, pero justo ahora le fallaba. Y él sabía que tenía razón: si se llevaban a Yates, estaría muerto en menos de una semana.

—Escucha, Daniel, entiendo lo que dices, pero no puedo hacer otra cosa. Me exigen que entreguemos a Yates. Te aseguro que tomaremos todas las precauciones: lo llevaremos de aparcamiento a aparcamiento y no saldrá del furgón blindado. No será visible desde el exterior.

—¿Qué pasará después? Cuando esté en prisión.

—Estará vigilado dentro de la celda y lo sacaran al patio en solitario. Ningún preso se le acercará ni...

—¡Ese no es el problema, joder! —Dio un puñetazo en la mesa. Su interlocutor pegó un brinco en la silla y un bolígrafo rodó y cayó al suelo. Daniel volvió a intentarlo con voz más calmada—. El asesino no pagará a otro para que mate a Yates en la cárcel.

—Perfecto. Pues entonces no hay peligro.

—El peligro será cuando lo saquen al patio o...

—Lo sacaran al patio interior.

—O en los traslados por los pasillos...

—No hay pasillos exteriores.

—Da igual. Recuerde a Orson Guzmán.

—¿Quién?

—Una de las víctimas del Fantasma. Lo mató en la cárcel.

El jefe arrugó la frente, pero su rostro se relajó al recordar el caso.

—Ya, pero lo mató en el patio, ¿verdad? Eso dijiste. — Daniel se quedó sin respuesta. Era cierto, Guzmán había muerto en una de las salidas al patio y a Yates lo sacarían al recinto interior. Satisfecho con su mutismo, el jefe insistió—. Oye, entiendo tus dudas, pero el juez ha dado orden de prisión sin fianza hasta el juicio. No podemos permitir que la opinión pública crea que lo tenemos en un hotel de lujo por ser quien es. Se nos caería el pelo.

—Lo va a matar. Si lo sacamos de ahí, Yates está muerto. —Había perdido la pelea y ya solo repetía su predicción en un intento desesperado de hacerlo cambiar de idea.

—Nos aseguraremos de que eso no ocurra. —Daniel se echó a reír. El jefe lo miró, ofendido, y él supo que la había cagado en cuanto aquel cruzó los brazos contra el pecho—. Está bien. Ríete si quieres, pero dentro de dos días Yates entrará en prisión y allí se quedará hasta el juicio. Vivo. No hay más que hablar.

—Jefe...

Sintió asco al oír la súplica implícita en su voz, pero el jefe no se compadeció.

—Puede retirarse, detective Ryman.

Daniel saboreó la amargura de la derrota. Había perdido la batalla, pero aún le quedaba una posibilidad de ganar la guerra: tenía dos días para coger al Fantasma. Si no lo lograba, Yates moriría y el «te lo dije» no sería suficiente compensación.

Atravesó la planta hasta la mesa del sargento Saunders. Se desplomó en la silla libre que se encontraba ante ella y le relató a su compañero lo ocurrido. La furia bullía en su interior con cada palabra. No se podía creer que el puto Fantasma fuera a matar a Yates en la cárcel porque algún burócrata había decidido que no hacía falta protegerlo.

—Quiero a ese cabrón. ¿Está claro? Lo quiero ya.

Saunders asintió. No había nada que decir, su compañero ya lo había dicho todo. En realidad, llevaba más de cinco minutos repitiendo lo mismo una y otra vez.

—Lo hemos tenido al alcance de la mano, joder. Lo teníamos y escapó. Quiero a ese cabrón de una puta vez.

Los compañeros de las mesas contiguas alzaron la mirada. Al darse cuenta de quién gritaba, regresaron a sus asuntos con celeridad. La noticia de lo ocurrido el día anterior se había extendido por el departamento. Que fuera la vez que más cerca habían estado de atrapar al Fantasma no endulzaba el sabor del fracaso.

—Que los de informática se lleven mi ordenador y averigüen dónde coño está, algo, lo que sea.

Saunders sacó una libreta. Algo le decía que el listado de cosas que se le estaban ocurriendo a su superior iba a ser largo. Aquel continuó, ajeno a todo lo demás. Había levantado el dedo pulgar y unió el índice a la enumeración de ideas.

—Hay que investigar el mercado negro, ese tío tiene armamento de élite, tiene sistemas de espionaje informático,

tiene... Joder, tiene de todo. En algún sitio lo conseguirá, ¿no?

Saunders escribía a toda velocidad. Daniel levantó el dedo medio.

—¿Qué pasa con las fuerzas especiales? Tiene que ser uno de ellos o haberlo sido. Le tendimos la trampa con un punto de tiro a dos mil metros. ¡Dos putos kilómetros de distancia! Hay que ser muy bueno para hacerlo y él estaba allí. Nadie se atreve a eso sin entrenamiento militar.

—Eso está en marcha —replicó el sargento—. Estoy hablando con todo el mundo, pero ya sabes cómo es esto. La mitad de las identidades son alto secreto, el ejército no está por la labor, el MI6 ni te cuento... Pero lo estoy intentando, creo que podré reunir a los mejores francotiradores del país el miércoles o el jueves.

—Perfecto. Los psicólogos —continuó.

—Ya hay varios informes psicológicos del Fantasma...

—Pues quiero otro nuevo. Tenemos un listado completo de trabajos, que lo revisen, que se pongan de acuerdo, que limiten la búsqueda.

Daniel enmudeció absorto en sus pensamientos. Al cabo, levantó la mirada, cerró los dedos en un puño y, con un gesto de cabeza, indicó que había terminado. Saunders soltó el bolígrafo.

—De acuerdo, organizaremos todo eso. Sé que estás cabreado, Dan, yo también. Lo tuvimos muy cerca y se escapó, y encima la coincidencia de que tu novia estuviera allí, pero atraparemos a ese hijo de puta.

Daniel suspiró, no quería pensar en lo de Kathleen de nuevo. Había tenido pesadillas esa misma noche. Había soñado que llegaba al aparcamiento y la encontraba muerta. Se había despertado empapado en sudor y había tenido que controlarse para no llamarla en mitad de la madrugada. No, no quería volver a pensar en eso.

—¿Cómo va lo del aparcamiento? —preguntó.

—La forense ya ha mandado las pruebas al laboratorio, incluido el coche. Llamarán en cuanto tengan algo. Hay un equipo interrogando a los vecinos de la zona y la unidad canina rastrea los bosques. —El inspector le dirigió una mirada frustrada—. Tómatelo con calma. Todo está en marcha. Llama a la chica esa de informática para que se ocupe de tu ordenador. Yo intentaré hablar con el ejército a ver si nos echan un cable con los posibles tiradores.

Daniel quiso mostrar agradecimiento por la actitud de su compañero, pero apenas le salió una mueca torcida. Estaba preocupado, irascible, asustado. ¡Ese tío había estado a metro y medio de Kat! Como para no estar asustado. Como para no estar furioso. Una rabia incandescente se le había acumulado en la cabeza con tal intensidad que amenazaba con hacérsela estallar.

Dejó a Saunders y se dirigió a su mesa. En cuanto llegó, levantó el teléfono y marcó el número de Kathleen. Sonaron varios tonos antes de que saltara el buzón de voz. Era la cuarta vez que intentaba contactar con ella, sin éxito, y aquel silencio no le gustaba nada. Aún recordaba su expresión al descubrir que era policía. Joder, no había sido culpa suya que se viera envuelta en una persecución. Había sido una casualidad. Menuda casualidad. Que su novia, que odiaba a la policía, fuera a coincidir en el epicentro de la persecución del Fantasma. Y que lo viera. Él ni siquiera tenía una idea de su aspecto y ella se lo había cruzado sin saberlo. Ojalá se hubiera fijado, ojalá hubiera podido distinguir algún rasgo, lo que fuera, pero tampoco podía pedirle más. Bastante había hecho al indicarles el lugar por el que había escapado, aunque no sirviera para nada.

Levantó el teléfono otra vez y llamó a la agente Crewe. Se sorprendió al oír el tono alegre de su voz, como si hubiera esperado encontrarla tan abatida como se sentía él mismo. Como si el mundo entero tuviera que sentirse una mierda.

—Jennifer Crewe. Delitos Informáticos.

—Agente Crewe, soy el inspector Ryman, de Homicidios y Delitos Graves. Necesito que se lleve mi ordenador.

—Sabe que si me pongo a revisarlo y levanto alguna trampa, lo perderemos.

—Lo sé, pero necesito hacer algo. Esto no puede seguir así.

—Está bien, voy para allá. Le dejaré un portátil para que trabaje, pero olvídense de entrar a su cuenta, le crearé una nueva. Deme diez minutos.

La agente colgó y él contempló el ordenador. Estaba allí, el Fantasma estaba ahí dentro. Podía verlo casi como un ente físico que se burlaba de él, escondido entre los cables y los microchips —si es que ese trasto llevaba microchips, no tenía ni puta idea de ordenadores. Tan cerca y a la vez tan inaccesible.

El dolor repentino en las palmas de las manos le hizo percatarse de que se había clavado las uñas apretando los puños. Respiró y relajó los dedos. Tenía que tranquilizarse, no era personal. Debía repetírselo una y otra vez antes de que acabara creyendo lo contrario. Lo había visto decenas de veces, compañeros que se obsesionaban con un caso hasta que todo lo demás desaparecía y ya no quedaba nada de ellos. No, él tenía a Kat, a su familia y muchas otras cosas que aún valían la pena. El Fantasma era un caso más y no era personal. Lo cogería, tarde o temprano, y la vida seguiría. Y si no lo cogía, también. Pero ¡joder!, tenía que atrapar a ese cabrón.

Descolgó el teléfono por tercera vez.

—Laboratorio. —Una mujer contestó.

Daniel se identificó y solicitó hablar con el equipo asignado al caso.

—Detective Ryman. —La voz de la mujer con la que lo pasaron, que se identificó como agente Crocetti, sonó condescendiente—. Dijimos que lo llamaríamos en cuanto...

—Llevan desde el sábado con el vehículo ahí y con las

pruebas del aparcamiento. Necesito algún tipo de información.

La mujer reflexionó unos instantes. Daniel la oyó suspirar con resignación.

—Escuche, no hay mucho por ahora, pero puedo darle un dato según lo que hemos visto.

Se enderezó en la silla. Por poco que fuera, sería algo.

—¿El qué?

—Su hombre mide 1.71 metros, aproximadamente.

—¿1.71? ¿Está segura?

—Sí. Hemos medido la distancia del asiento a los pedales y el ángulo del retrovisor, y calculamos que esa es su altura. Pero eso es todo por ahora. No hemos encontrado huellas en el volante ni en el vehículo, suponemos que llevaba guantes. Estamos analizando unas muestras recogidas en el asiento para ver si son de sudor, pero aún es pronto. Lo hemos desmontado todo.

—Está bien, agente Crocetti. Muchas gracias.

—Lo llamaremos en cuanto tengamos algo, ¿de acuerdo?

Daniel colgó y se levantó. 1.71 metros no era un hombre alto. Él mismo medía 1.85. Colocó la mano a la altura de la cabeza y la comenzó a bajar. Cuando llegó a la nariz, la detuvo. «Más o menos lo que mide Kat», pensó mientras tomaba asiento de nuevo.

Nunca se había imaginado al Fantasma como un hombre de baja estatura. Resultaba un poco decepcionante. En su mente era un tipo alto y fuerte, el tipo de hombre que pertenecería a un comando de élite, un hombre como el desconocido de color, vestido con el uniforme reglamentario, que se acercaba a la mesa en aquel momento.

—¿Inspector Ryman? —preguntó al llegar.

Tenía el rostro afilado. Sus ojos semejaban dos agujeros negros bajo los pómulos que marcaban unos rasgos de ascendencia latina. Y, desde luego, no medía 1.71. Medía

1.95 como poco.

—Sí, soy yo.

—Soy el agente Ruiz, estuve en la operación del sábado. Me dijeron que quería hablar conmigo.

Daniel le indicó que ocupara la silla frente a él. El día de la persecución, lo había visto con el uniforme de asalto, el pasamontañas y las gafas. No lo había reconocido con el de servicio. El agente retrasó el asiento tanto como pudo para que sus enormes rodillas no golpearan contra la mesa y se sentó con la espalda rígida.

—Le agradezco que haya tenido un momento para venir a verme.

—No hay problema, señor. Ya le he remitido el informe a mi superior, pero contestaré a lo que necesite.

—Gracias. Fue usted el que interceptó el coche en la carretera, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Le importaría contármelo?

El agente entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Yo me encontraba en el punto de vigilancia norte —comenzó—. Eso es por encima de la granja abandonada en la que estaba el sospechoso y al este de la carretera por la que huyó después.

—Sí —corroboró Daniel. Había estudiado los planos en un intento de reproducir la huida del Fantasma. Se los conocía de memoria.

—Cuando dieron la orden de salir a por él, mi compañero y yo nos dirigimos hacia el sur, hacia la granja abandonada.

—En teoría, el sospechoso corría en dirección norte hacia ustedes, ¿no es así?

—Correcto . Él iba en dirección norte hasta que se adentró en el bosque, pero después giró hacia el oeste, hacia la carretera.

—Donde tenía el coche.

—Exacto. Yo iba por delante de mi compañero y oí el ruido del tráfico, así que supuse lo que iba a hacer y traté de adelantarme para interceptarlo en la carretera.

—Muy bien pensado. ¿Qué ocurrió entonces?

—Esperé allí mientras oía las conversaciones por el *walkie*, por si cambiaba de dirección, pero en seguida vi el coche aparecer tras la curva.

Daniel se irguió. Era como revivir una película, podía ver cada segundo de la historia.

—¿Qué hizo él cuando lo vio?

—Frenó. Si hubiera acelerado, me habría llevado por delante, porque iba a toda velocidad, pero frenó. Luego se metió en el campo para esquivarme.

Daniel se recostó de nuevo. El Fantasma no había querido matar al agente. ¿Desde cuándo los asesinos a sueldo se andaban con tantos remilgos?

—¿Pudo usted verlo cuando se detuvo ante usted? ¿Iba solo?

—Iba solo, señor, pero no pude ver mucho. Llevaba el parasol bajado, creo que gafas oscuras y una gorra que le tapaba la cara, así que solo le vi la mandíbula. Apenas tuve unos segundos antes de que girara hacia el campo.

—¿Y su mandíbula, cómo era?

—Más bien fina, señor. Parecía delgado, no creo que fuera muy alto. Era casi...

Dudó antes de continuar. El inspector lo exhortó a hacerlo.

—Casi, ¿qué?

—Casi femenino, señor.

Bajo, delgado y con aspecto femenino, al menos ya tenía tres datos, pero debía admitir que resultaban decepcionantes.

—Bien —prosiguió—. Se metió por el campo y usted disparó.

—Correcto. Realicé un disparo cuando vi que se dirigía

hacia la tierra. Apunté a las ruedas, pero dio un volantazo y fallé. Disparé de nuevo y acerté en la ventanilla trasera, el tercer disparo acertó en el maletero. Con el traqueteo de la tierra y los giros que daba no pude hacerlo mejor.

Parecía avergonzado, pero Daniel negó. Ese hombre era quien más cerca había estado de cazar al Fantasma, no iba a culparlo por fallar el tiro en aquellas condiciones.

—Lo hizo usted bien, agente Ruiz, no se preocupe —lo consoló.

—Gracias, señor.

Tras comprobar que no tenía nada más que contar, lo despidió con un apretón de manos. Mientras lo veía alejarse pensó cuánto le habría gustado ser él el de aquel encuentro, frente a frente con el Fantasma. Aunque hubiera fallado los tiros igualmente. Habría dado cualquier cosa por verlo, por comprobar que no era un fantasma sino una persona de carne y hueso. Y bajo. Y delgado. Y femenino.

Menuda mierda.

El teléfono sonó en la mesa y Daniel contestó.

—Ryman.

—Inspector, soy el agente Hilles, del departamento de Multimedia. Hemos revisado las grabaciones del circuito cerrado del aparcamiento de la operación del sábado, pero no tienen nada grabado, señor.

—¿Igual que las del edificio del asesinato de Thompson?

—Igual. Veinticuatro horas de nieve. Revisaremos las de los alrededores.

Daniel le dio las gracias y colgó. El hacker de nuevo, por supuesto. Le estaba cogiendo más manía a ese que al propio asesino.

35,
Martes, 06 de junio – 09:02 h.
New Scotland Yard. Londres

Era la primera vez que estaba en New Scotland Yard y sentía que avanzaba directa a la tumba. El inmenso bloque de cristal, heredero de esa moda empeñada en arrebatar toda oscuridad de los edificios institucionales, parecía diseñado para atraparla. Como la carpa de colores de una feria que, con su alegre música, la atrajera hasta hacerla caer en las redes del monstruo oculto en su interior.

Se identificó en la recepción. Un agente le tomó los datos, le entregó una tarjeta de visitante y la dirigió al piso en el que se encontraba el detective inspector Ryman. Kathleen entró en el ascensor y pulsó el botón indicado.

Tras cuatro intentos fallidos de contactar con ella, Daniel le había dejado un mensaje en el contestador en el que le pedía que fuera a Scotland Yard a declarar. Ella había buscado una excusa para evitarlo, pero había tenido que admitir, al final, que no tenía escapatoria.

La puerta del ascensor se abrió con un suave timbrado y Kathleen salió de la cabina.

El Departamento de Homicidios y Delito mayor al que pertenecía la unidad de Daniel no tenía nada que ver con lo que había imaginado. No era oscuro ni opresivo, no había cubículos de contrachapado como los de las series de televisión, tras los que un detective sin afeitar soltaría tacos por el teléfono. Tampoco vio al agente de rigor llevando a

rastras a una prostituta con las medias de rejilla rotas y un chicle entre los dientes. No. El lugar era luminoso, casi deslumbrante. La luz blanquecina de aquella tarde sin nubes se colaba por la fachada de cristal y bañaba un espacio diáfano cubierto de mesas bien alineadas. Decenas de hombres y mujeres recorrían la planta, hablaban, la observaban. Sintió, por un segundo, que llevaba un traje carcelario y un cartel en las manos: «Yo soy el Fantasma», como en aquellas fotos de presos de los años treinta.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Tras la mesa más cercana, un agente de uniforme la miraba con amabilidad. Ella fingió una sonrisa, se acercó y le mostró su tarjeta de visitante.

—Busco al inspector Ryman.

El agente señaló un punto concreto en el interior de la sala. Ella miró hacia allí. A unos veinte metros de distancia, sentado ante una mesa, Daniel tecleaba en un pequeño portátil, nada que ver con los potentes ordenadores que manejaban sus compañeros. Kathleen sabía el porqué de aquella diferencia: su ordenador estaba siendo analizado en busca de algún rastro de Jason. No debían encontrarlo, no podía pasar.

Le dio las gracias al agente y se adentró entre la maraña de mesas y policías.

Inspira... espira... inspira... espira...

Daniel levantó la vista al notar que alguien se acercaba. Cuando vio que era ella, se levantó de un salto y fue a su encuentro. Ella sonrió y vio que él se relajaba ante sus ojos.

—¿Cómo estás?

Sonrió de nuevo, con la esperanza de que una sonrisa transmitiera cierta seguridad.

—Estoy bien.

Él hizo un gesto para que lo siguiera.

—Ven.

Atravesaron la planta hasta un pasillo lleno de puertas

y cruzaron la más alejada. Las luces fluorescentes del techo parpadearon crepitantes hasta iluminar una sala de interrogatorios —esa sí— como las de las películas, con paredes de un triste tono gris, la mesa con un micrófono y el gancho para las esposas, y el espejo unidireccional en uno de los laterales. Kathleen miró alarmada a Daniel. Él cerró la puerta y la abrazó. Solo buscaba algo de intimidad. Ella se relajó y se permitió disfrutar del abrazo.

—En serio, ¿cómo estás? —Él se apartó sin dejar de sujetarla por los hombros con gesto protector.

Ella le acarició la cara. Era tan guapo. El familiar nudo culpable en la garganta la obligó a retirar la mano, no sin antes dejar que los dedos se pasearan por su inicio de barba. No había tenido tiempo de afeitarse, ahí se veía lo ocupado que lo tenía.

—Estoy bien, de verdad. Siento no haber contestado tus llamadas. Yo... Fueron demasiados recuerdos de golpe.

—Lo sé. Lo sé y lo siento. Ojalá no te hubieras visto en medio de esa situación. Jamás habría imaginado una casualidad tan horrible.

Ella asintió. Tampoco lo habría imaginado nunca.

—No te preocupes, de verdad, ya estoy bien. ¿Qué necesitas que haga? —Él la miro confundido y ella sonrió—. De mi declaración. Necesitabas que viniera.

Daniel señaló la silla que quedaba de cara al espejo unidireccional. Ella se sentó. Las patas metálicas chirriaron una advertencia. ¿Por qué en esa? Era la más lejana, podría haberla sentado en la otra, ¿por qué en esa?

—No tienes que hacerlo aquí si no quieres, pero estaremos más tranquilos. —Ella levantó las manos para indicar que lo haría como él prefiriera—. Perdóname un segundo que vaya a por la grabadora y la libreta, y ya estoy contigo.

La dejó sola en la sala. La habitación olía a friegasuelos, un leve aroma a menta y a producto químico.

Solo en sus peores pesadillas había imaginado encontrarse en un sitio como aquel. El espejo unidireccional parecía abatirse sobre ella. Sus propios ojos la miraban con reproche desde allí. ¿Se había vuelto loca? El cristal reflejaba la sala con nitidez y se maravilló al comprobar que no se veía nada de lo que había al otro lado. No podía saber si la observaban, si la grababan o escuchaban, pero la sensación era más que desagradable. Daniel la había hecho sentarse en esa silla ¿por qué? ¿Y si de verdad había alguien? ¿Y si aquello era una trampa, si la habían descubierto y la habían hecho ir para obligarla a confesar? ¿Y si...?

Inspira... espira... inspira... espira...

Su cuerpo se relajó, poco a poco, y su mente se quedó en blanco.

Daniel regresó unos minutos después. Se sentó y colocó un cuaderno y una grabadora sobre la mesa. Ella se preguntó por qué no utilizaría el micrófono de la mesa, pero tampoco le dio muchas vueltas. Antes de encenderla, él se incorporó y se inclinó hacia ella. La besó en los labios. Kathleen respiró tranquila, no la besaría si hubiera alguien al otro lado del espejo.

—¿Preparada?

—Adelante.

Él le guiñó un ojo y pulsó el botón rojo que destacaba a un lado de la grabadora. Un lejano zumbido salió de su interior.

—Soy el detective inspector Daniel Ryman, al cargo de la investigación del caso número 15-586-M. Esta es la declaración de la testigo de la fuga del sospechoso tras la persecución del día dos de junio. Por favor, ¿podría decir su nombre completo?

Kathleen carraspeó y se acercó con cautela a la grabadora. A partir del momento en que respondiera a esa pregunta, todo lo demás serían mentiras.

—Me llamo Kathleen Addams.

—¿Podría decirme qué hacía el día dos de junio en el aparcamiento de la calle Brighthurst?

—Venía de una reunión de trabajo y me disponía a coger el coche para volver a casa.

Habló tranquila: tono de voz normal, los ojos fijos en el inspector, el parpadeo justo, ni mucho ni poco, tragando saliva en el momento exacto. La imagen de una persona que no tiene nada que ocultar.

—Gracias, señorita Addams. —Daniel sonrió y ella aguantó las ganas de reír. Era extraño verlo en el papel de detective, pero nunca debía olvidar que lo era. Nunca—. Dígame qué ocurrió.

Inspira... espira...

—Como he dicho, había salido de una reunión e iba de camino a mi coche, en la segunda planta del aparcamiento.

—Perdone que la interrumpa. ¿La barrera de acceso funcionaba bien cuando usted llegó?

—¿La barrera? —Recordó que los coches de la policía se habían visto obligados a derribarla, pues Jason había impedido que se alzara para ellos—. Sí. Funcionaba bien cuando llegué. Se levantó con normalidad y me dio el tique del aparcamiento.

Daniel tomó nota en el cuaderno.

—Gracias. Siga, por favor.

—Bueno, como le decía, iba hacia mi coche y oí el ruido de un vehículo que subía por la rampa a toda velocidad. Iba chirriando ruedas y chocaba con las paredes. Entonces apareció, el conductor bajó y salió corriendo hacia las escaleras.

—¿Puede describirlo?

Ella fingió hacer memoria.

—Era... normal. Alto. Llevaba una gorra y una sudadera verde, pero no pude ver su cara.

—¿Era alto?

Ella asintió. ¿Por qué había dicho eso? Daba igual, era

tarde para retractarse.

—Sí. Eso me pareció, no sé...

Daniel escribió algo en el cuaderno. Kathleen temió que supiera que había mentido, pero cuando dejó el bolígrafo seguía sonriendo, así que lo descartó.

—¿Diría que era grueso o delgado?

Dudó. ¿Qué debería decir? Era... como ella.

—No sé, normal. Más bien delgado.

Daniel apuntó aquello también.

—¿Llevaba guantes?

—No lo sé, puede que sí.

—¿Notó algo de particular en su cuerpo: la forma de correr, algo que llamara su atención, un tatuaje...?

—No, nada. Llevaba manga larga.

—¿Él la vio?

Ella negó con efusividad.

—No. No me miró en ningún momento, no.

—¿Está segura de que se marchó por la escalera?

No. Nadie se había marchado por la escalera, pero era lo que había dicho y debía mantenerlo, así que asintió.

—Sí. Lo vi salir por ahí.

Daniel subrayó la respuesta con dos trazos rápidos. Ella quiso preguntar, pero no lo hizo. Él soltó el bolígrafo y cogió la grabadora.

—¿Algo más que desee decir, señorita Addams?

Kathleen sonrió con alivio.

—No. Nada.

—Muy bien, muchas gracias.

Daniel detuvo la grabación. El runrún del mecanismo que los había acompañado de fondo se apagó como si nunca hubiera existido. Él se levantó de la silla y ella lo imitó. Aunque parecía relajada, hasta el último de sus músculos estaba tenso. En cuanto saliera a la calle iba a pasar un rato crujiéndose los huesos. Él la abrazó y le acarició el cabello con delicadeza. Un tic al que ella ya se había acostumbrado.

—Muchas gracias —susurró—. Ya se ha acabado.

Agachó la cabeza para besarla.

—¿Cuánto mides? —preguntó, de pronto.

Kathleen titubeó, ¿a qué venía eso?

—Pues... 1.70, creo.

Él la miró de la cabeza a los pies.

—Sí, eso me parecía.

—¿Por qué?

—Creemos que el Fantasma mide más o menos eso.

Ella notó que el estómago se le hundía como un cadáver arrojado al mar con una piedra en los tobillos.

—Ah. —No supo qué decir—. ¿Cómo lo sabéis?

Daniel negó con un gesto de la mano como si no fuera importante, pero por Dios que lo era.

—Cosas de forenses, no sé, me lo dijo la del laboratorio.

Al menos es algo.

Kathleen asintió. Sí que era algo, maldita sea, era demasiado. Él la besó para despedirse y ella respondió a su beso, pero seguía tensa y supo que él lo había notado.

—¿Quieres que comamos juntos? —preguntó para evitar cualquier otro comentario.

Él negó.

—Imposible. Tengo una reunión al mediodía y espero que me tenga ocupado un buen rato.

Ella se esforzó para no mostrar demasiado interés cuando preguntó:

—¿Algo del caso? ¿Algo importante?

Él puso los ojos en blanco al tiempo que resoplaba con hastío.

—Palos de ciego —respondió—, como todo lo demás. Pero hay que intentarlo. ¿Nos vemos esta noche?

No quería darle detalles. Ya apenas le hablaba del caso y, desde lo ocurrido en el aparcamiento, la cosa iba a ponerse aún peor. Volvió a preguntarse si desconfiaba de ella, pero lo descartó. No era desconfianza, era el secretismo que rodeaba

todo aquel asunto, pero empezaba a molestarla. ¿Qué eran esa reunión y esos palos de ciego que estaba dando? ¿Qué era eso que habían encontrado los forenses en el coche y que los había llevado a concluir que el Fantasma medía lo mismo que ella? ¿Por qué demonios se llamaba a sí misma el Fantasma, cuando odiaba ese nombre? ¿Y a qué estaba esperando Jason para infiltrarse de nuevo en el sistema de Scotland Yard? No saber lo que hacían amenazaba con volverla loca.

—Sí, claro. Nos vemos en tu casa.

—¿Quieres que vaya a la tuya? Estarás más tranquila en tu propia...

—No. No. Mejor en la tuya.

Lo besó y salió de allí tan rápido como pudo; no tanto como le habría gustado. Si por ella hubiera sido, habría echado a correr y no habría parado hasta el Eurotúnel y, de ahí, hasta Rusia.

36,
Martes, 06 de junio – 13:24 h.
New Scotland Yard. Londres

—Solo se me ocurre un distribuidor al que yo me dirigiría si fuese el Fantasma.

El infiltrado del Departamento de Inteligencia en el mercado negro de armas era un hombre de edad indescifrable entre treinta y cincuenta años que se hacía llamar Graffin. Vestía con cuidada elegancia: traje gris oscuro y corbata a juego, camisa blanca y zapatos negros relucientes; todo de marca. Llevaba el pelo rubio cortado a la moda y unas gafas de pasta que reflejaban las luces de la sala de reuniones en la que se encontraban. Tras ellas, sus ojos oscuros analizaban al inspector con minuciosidad. Este llevaba un rato pensando que el negocio de las armas tenía, sin ninguna duda, más *glamour* que el de la droga o la prostitución.

—¿Quién?

—Lo conocen como Veyron, no hace falta que le explique por qué, supongo.

Daniel alzó las cejas impresionado al tiempo que Saunders corroboraba con un silbido la sorpresa de su compañero. El Bugatti Veyron era un coche que costaba más de un millón de libras.

—¿Un Veyron? No es muy discreto —comentó el sargento.

—No necesita serlo. Lo hemos investigado decenas de

veces y jamás hemos conseguido una prueba en su contra, aunque todos sepamos que es él quien mueve los hilos en media Europa o más.

—¿Por eso cree que el Fantasma acudiría a él?

Graffin tomó un trago del té que le habían servido al llegar. Se arrellanó en la silla antes de responder.

—Veyron trabaja a gran escala. Está especializado en gobiernos, capos de la droga, mafias internacionales... Altas esferas, en resumen. No hemos logrado averiguar dónde las consigue, pero si alguien necesita algo concreto, sobre todo si lo necesita rápido, seguro, sin preguntas y sin limitación presupuestaria, acude a él. Es caro, pero vale la pena.

Tomó otro sorbo del té y observó al inspector como quien ha zanjado una discusión a su favor. Este no dijo nada. Sabía que los estados, incluido el suyo, trabajaban sucio demasiado a menudo, pero no le gustaba la idea de que el suministrador del Fantasma lo fuera también del gobierno británico. Esa información tenía demasiadas complicaciones asociadas en las que no tenía tiempo de detenerse.

—¿Cómo contactamos con él?

Graffin rió de una manera nasal que bien pudo ser una muestra de desdén.

—¿Cree que puede concertar una reunión y hablar del tema mientras se toman un té? —preguntó—. Si tratan de llegar a él, lo más probable es que mande a su amigo el Fantasma a por ustedes.

—Sí, ya, pero si yo fuera un cliente y quisiera un arma y tuviera mucho dinero... ¿Cómo contacto con él?

Tenía que haber una forma y sabía que el tal Graffin la conocía. Este dejó de reír. Le sostuvo la mirada mientras evaluaba la conveniencia de contestar a la pregunta. El inspector no se dejó amedrentar, se mantuvo firme hasta que el infiltrado, con extrema lentitud, abrió la chaqueta y sacó su cartera del bolsillo interior. Extrajo de ella una tarjeta negra que depositó sobre la mesa y, con un solo dedo, la

deslizó por la superficie hasta él. Escrita en sencillas letras blancas, una sola frase destacaba sobre el fondo negro: Logística Veyron. Debajo, un número de móvil. El inspector se la mostró al sargento, incapaz de creer que aquello fuera todo.

—¿Así de fácil? ¿Lo llamo por teléfono y concierdo una cita?

Graffin sonrió.

—¿Qué esperaba?

—Pues no lo sé, es un traficante de armas, ¿no? Esperaba un asalto a su casa, un: «Si no me dices quién es el Fantasma te encierro hasta que se te pudran los huesos, maldito cabrón».

Saunders asentía, pero Graffin rió.

—No, inspector, esto no funciona así. Veyron es un ciudadano limpio y reluciente como la corona de la reina. No tiene ni una multa de tráfico, y créame, si yo tuviera su coche almacenaría multas hasta en la despensa, pero él no, nada. Hemos intentado cogerlo cientos de veces y ha sido imposible. Es inteligente, cuidadoso y tiene amigos muy arriba.

—¿Cómo de arriba?

—Lo más arriba que se le ocurra. MI5, SIS, Downing Street... ¿De dónde cree que salen las armas que nuestros servicios secretos utilizan en las operaciones sucias? No se pueden permitir dejar un rastro hasta casa. —Graffin se inclinó sobre la mesa—. Oiga, no voy a señalar con el dedo, pero los amigos de Veyron están tan arriba que han impedido cualquier acción que hayamos intentado contra él. Debería tener cuidado.

Daniel miró a su compañero. Sus ojos negros mostraban una inquietud que él no podía sino compartir. Quizá no valiera la pena meterse en aquel problema. Bajó la vista hacia la tarjeta que aún sostenía entre los dedos. Logística Veyron. Se le retorcían las tripas solo de leerlo.

—Así que lo llamo por teléfono y ya está.
Graffin retrocedió.

—En realidad, sería mejor que lo hiciera alguien de mi equipo, alguien con más experiencia en esto, no se ofenda.
—El aludido negó con la cabeza, no le ofendía. Ya se había dado cuenta de que no tendría ni la menor idea de cómo hacerlo. Graffin continuó—. No digo que vaya a funcionar, puede que se reúna con usted y puede que no, lo más probable es que no. Pero, aunque lo hiciera, puedo asegurarle que no obtendrá nada.

Daniel supuso que no llegaría a ver al tal Veyron en su vida, pero tenía que intentarlo. Llamar a un puto teléfono. Tan fácil como eso.

—¿También organizan convenciones? —preguntó sin dejar de mirar la tarjeta.

Graffin sonrió.

—No se desanime, inspector —respondió con gesto apaciguador—. Aún quedan algunos macarras que le venderán una buena pipa en el maletero de un coche en un callejón.

—Estupendo, gracias por mantener el romanticismo.

Graffin arqueó las cejas. Esperaba una nueva pregunta y el inspector se la hizo.

—¿Había oído hablar de este tío?

—¿Del que llaman Fantasma? Sí, desde luego. He oído rumores cada vez que un francotirador actúa en el país, pero no sé nada con seguridad.

El taconeo apresurado de unos pasos de mujer atravesó el pasillo exterior a la sala de reuniones. Los que se encontraban en la habitación aguardaron a que pasara de largo antes de seguir hablando.

—¿Qué ha oído?

—Lo habitual: que pertenece a las fuerzas especiales, contraterrorismo, militares... Nadie sabe nada, solo que nadie trabaja como él.

Daniel asintió; eso no hacía falta que se lo dijeran. Le dio las gracias y se levantó. Ya tenía la información que necesitaba, ahora tenía que sacarle provecho.

Les llevó algo menos de una hora organizarlo. Tomaron posesión de un despacho sin dueño que olía a polvo y a cerrado, y lo equiparon con una mesa, varias sillas y un teléfono conectado a un ordenador. Allí convocaron a dos hombres más: un compañero de Graffin en Inteligencia llamado Coburn, nudoso como un árbol en invierno; y un agente de comunicaciones, un joven lleno de pecas apellidado Michaels, que prepararía los equipos para la grabación de la llamada. Mientras este terminaba con la configuración del sistema, Daniel aprovechó para pensar en lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podía aquel submundo tratarse de una manera tan natural? ¿Cómo sería la conversación con un cliente?

«—Hola, buenos días, me pone veinticinco kilos y medio de MP7s.

—Claro, ¿se lo envuelvo de regalo?»

El agente Michaels alzó el dedo gordo hacia el techo para indicar que todo estaba preparado. Los demás ocuparon sus puestos en las sillas. Coburn puso la mano sobre el teléfono, a la espera de la orden del inspector. Poco a poco, el resto de los presentes fijaron en él sus miradas.

—¿Procedemos, señor?

Daniel le dio el visto bueno.

Michaels pulsó una tecla en el ordenador y un círculo rojo se encendió en la esquina de la pantalla. Estaba grabando.

Coburn marcó el número. El timbre de llamada reverberó en la sala a través de un altavoz. Casi de inmediato, una mujer de acento inexistente respondió.

—Ha llamado usted al teléfono de Veyron Enterprises, logística y distribución. —La voz, de tonalidad metálica, pertenecía a un contestador automático. Los agentes se

miraron entre sí. Tan solo Coburn permanecía impasible, escuchando—. Si es usted cliente, por favor, diga su código con claridad cuando oiga la señal. Si no, explique brevemente el motivo de la llamada y deje un número de teléfono donde podamos localizarlo. Nos pondremos en contacto con usted lo antes posible. Muchas gracias.

Un pitido resonó en los altavoces. El agente comenzó a hablar.

—Quería hablar con el señor Veyron —dijo. Su voz temblaba, pero transmitía también un aire defensivo. El papel de cliente primerizo era del todo creíble—. Necesito adquirir un producto y... bueno... me han dicho que él es el... el más indicado para conseguírmelo. Agradecería que se pusiera en contacto conmigo. Lo antes posible. Por favor... Eh... Gracias.

A continuación, recitó el número de teléfono de una línea móvil, dio las gracias dos veces más y colgó. Solo quedaba rezar para que el traficante mordiera el anzuelo.

En el silencio tras la llamada, el móvil del inspector comenzó a sonar en el interior de su chaqueta. Los presentes dieron un brinco.

No era Veyron.

El agente Hilles le había asegurado que no tenía nada significativo, pero sí interesante, de modo que, cinco minutos después de que el timbrado del teléfono lo sorprendiera en la reunión, el inspector Ryman se encontraba con él en la oscuridad de la sala treinta y dos del departamento de multimedia.

En persona, el agente estaba aún más excitado de lo que había dejado entrever por teléfono. Lo llevó casi sin un saludo ante una de las pantallas que ocupaban la habitación. Aquella en concreto mostraba una imagen fija tomada desde la esquina superior izquierda de una puerta de cristal. El

plano picado no permitía ver nada más allá de la puerta y un trozo de acera justo delante, no mostraba la calle ni el resto del edificio.

—Ha sido un gran descubrimiento. —Daniel esperó que precisara de qué estaba hablando, pues la imagen no le decía nada—. Esta grabación pertenece a la puerta de un banco, eso nos da igual, pero ¿ve esto de aquí?

El agente señaló un punto determinado de la pantalla. Daniel se acercó a ella para verlo mejor. Los cristales de la puerta mostraban un reflejo del edificio de la acera de enfrente. El inspector no necesitó más de un par de segundos para identificarlo, era el aparcamiento hasta el que habían perseguido al Fantasma. Miró sorprendido al agente Hilles. En verdad era un gran descubrimiento.

—¿Se ve con suficiente claridad? —preguntó.

—Mírelo usted mismo. Esto es diez minutos antes de su llegada.

El agente pulsó el *play* y la grabación comenzó a reproducirse. El contador situado en la parte inferior de la pantalla avanzaba con rapidez, por lo que Daniel entendió que la imagen estaba acelerada, aunque el reflejo en los cristales permanecía inmóvil. Nadie entraba en el lugar, nadie salía, ni siquiera pasaba nadie por la calle. De repente, como movida por una mano invisible, la barrera de seguridad de la entrada del aparcamiento se elevó. Justo después, un coche rojo llegó a toda velocidad, frenó para tomar la curva de la rampa de acceso y se introdujo en el edificio. La barrera se cerró tras él. Cuatro coches de policía se detuvieron ante ella tras unos segundos. La barrera no se alzó, así que el primer coche retrocedió unos metros, aceleró y se la llevó por delante. El resto de vehículos desaparecieron tras él en el interior del aparcamiento.

Daniel estaba entusiasmado.

—¿Se ve la puerta de acceso para peatones?

El agente Hilles señaló un rectángulo oscuro en el

cristal. Daniel reconoció la puerta por la que él mismo había salido y entrado varias veces aquel día.

—Me he permitido llamar al aparcamiento para preguntar —dijo el agente—. Dicen que no hay más entrada o salida que esta.

Daniel se acercó a la pantalla y observó. El Fantasma tendría que salir por ahí en algún momento, pero los minutos pasaban y no se apreciaba en la imagen ninguna actividad. De repente, un agente con uniforme de asalto apareció por la puerta y miró al exterior, otro se le sumó poco después. Tras observar arriba y abajo la calle vacía, ambos regresaron al interior del aparcamiento.

—No salió por ahí...

La imagen avanzaba. Daniel vio a casi todos sus compañeros asomarse a la calle, mirar a un lado y a otro y volver a entrar, incluso se vio a sí mismo hacerlo. Tras unos minutos, el coche de Kathleen pasó sobre los restos de la barrera y tomó el camino de regreso a la ciudad. Decenas de curiosos se habían agolpado a las puertas del aparcamiento, pero una pareja de agentes los mantenían a cierta distancia y eso permitía que el reflejo en el cristal siguiera mostrando la entrada del edificio. Llegaron las furgonetas de la policía forense y la unidad de asalto se marchó. Una grúa hizo su aparición y salió poco después con el coche rojo a cuestas. Al anochecer, el goteo de vehículos que abandonaban el lugar se intensificaba hasta que solo quedaba una patrulla de vigilancia. Por si acaso.

Las farolas de la calle les permitieron ver el edificio reflejado en tonos naranjas en el cristal del banco después de que anoheciera. Daniel continuaba observando, pero ya no tenía ninguna esperanza de ver salir al Fantasma. El lugar estaba desierto.

—Está bien —susurró a la oscuridad de la sala treinta y dos—, pare la imagen. Hace más de dos horas que nos marchamos y no ha salido. El Fantasma ya no está ahí.

El agente Hilles detuvo la reproducción.

—¿Ha revisado las imágenes hacia atrás? —preguntó el inspector—. Hasta verlo llegar.

—Sí, pero no aparece. Creo que el coche estaba allí desde el día anterior, por lo menos. Ya he solicitado esas grabaciones. Lo que sí tengo es el coche al salir por la mañana.

El agente rebobinó la grabación y las imágenes que habían visto se reprodujeron marcha atrás a toda velocidad. Los coches volvieron a entrar, los agentes cruzaron de espaldas la puerta del edificio, primero hacia fuera y luego hacia dentro. La persecución se reprodujo al revés: los vehículos policiales abandonaron el aparcamiento marcha atrás, seguidos del Ford rojo del Fantasma. La calle recuperó la calma y, durante lo que, según el contador de tiempo, fueron cuatro horas de grabación, apenas un par de personas salieron o entraron del edificio. No eran muchas más las que atravesaban las puertas del banco, así que la imagen apenas se interrumpía en contadas ocasiones. Finalmente, el vehículo del Fantasma apareció de nuevo por el lateral izquierdo y entró hacia atrás en el aparcamiento.

—Párelo —ordenó el inspector. El agente Hilles obedeció y Daniel se pegó a la pantalla. Estaba tan cerca que veía el entramado de píxeles, pero no le servía de nada. Aunque el Fantasma estaba de frente, era imposible distinguir sus rasgos a través del parabrisas de un coche a media docena de metros de distancia reflejado en una puerta de cristal.

—¿Se puede mejorar la imagen? —preguntó—. ¿Acercarla o limpiarla?

—Lo puedo intentar, pero voy a necesitar tiempo.

Daniel se levantó y le tendió la mano. El agente Hilles se la estrechó con firmeza y una sonrisa orgullosa en los labios.

—Hágalo, agente —dijo el inspector—. Buen trabajo.

Daniel abandonó la habitación en silencio. Había algo en

lo que había visto que le resultaba extraño, pero no sabía decir el qué. Repasó las imágenes en su mente una y otra vez, tratando de encontrarlo, pero no lo vio.

Sin dejar de pensar en ello, regresó a su departamento.

37,
Miércoles, 07 de junio – 12:41 h.
Blue Boar Restaurant. Londres

Deborah reía a carcajadas. Habían quedado en un restaurante cerca de Scotland Yard, para que Daniel pudiera salir corriendo según acabaran de comer, y su risa sobresalía por encima del murmullo de fondo. Ella y Aaron parecían alegrarse de la relación entre Daniel y Kathleen más aún que la propia pareja. Los miraban, sonreían, se miraban entre sí y volvían a sonreír. Bromeaban, se burlaban de ellos y los trataban como si llevaran saliendo toda la vida. Estaba bien. Cuando se encontraba a solas con él, sin inspector ni Fantasma ni asesino ni víctimas, ella también sentía que estaban juntos desde siempre. Al menos, que así debería haber sido. Que todo sería diferente si así hubiera sido.

—Imagina su cara cuando la pobre se ve rodeada de veinte agentes de asalto armados hasta los dientes...

—Mmmm... —Deborah se humedeció los labios con expresión lujuriosa y estalló en una carcajada cuando Aaron respondió con un codazo.

—¡Eh!

—Con todos aquellos coches a mi alrededor, las luces, los gritos... —Habían convertido el relato de su aventura en una historia cómica. Daniel lo hacía para que ella olvidara el miedo, la impresión y los recuerdos asociados a su padre; ella lo hacía para fingir que había un miedo, una impresión y unos recuerdos que olvidar. Juntos habían logrado que

Deborah y Aaron se partieran de risa—. Y yo pensando: «pero ¿qué coño he hecho?»

Deborah profirió un grito de regocijo y se limpió las lágrimas que le brotaron de los ojos.

De repente, el móvil de Kathleen se iluminó sobre la mesa y la canción de Downset que tan bien conocía interrumpió la conversación. Ella frunció los labios. Era Jason, tenía que contestar. Lo hizo con la desgana de quien sabe que se han terminado las risas.

—Acabo de recibir un mensaje de Veyron. —El informático soltó la noticia en cuanto ella descolgó—. Necesita hablar contigo. Tu novio ha llegado hasta él.

—¿Qué dices?

Tres cabezas se giraron al unísono sorprendidas por la exclamación. Ella se levantó de la silla y se alejó con un gesto de disculpa. Atravesó el restaurante a paso rápido, esquivando mesas y sillas y camareros y niños, y salió a la calle. Una ráfaga de viento frío la forzó a cubrirse con el brazo libre. Se refugió contra la cristalera de la fachada, a través de la cual los tres miembros de la familia Ryman la observaban.

—Ha recibido una llamada esta mañana —continuó Jason—. La ha rastreado hasta Scotland Yard y uno de sus contactos allí le ha dicho que un inspector llamado Daniel Ryman lo está investigando en relación con el Fantasma.

—¡Mierda! —exclamó ella, alzando la vista al cielo—. ¡Joder!

—Quiere que lo llames. Te tengo preparada una conexión segura desde el móvil, pero tendrás que hablar con cautela.

—Ahora mismo.

—Ok.

—Jason —lo llamó antes de que colgara.

—¿Qué?

—¿Podemos saber si nos ha traicionado?

Un segundo de silencio le dio la respuesta que necesitaba.

—No puedo saberlo, estoy fuera de los servidores de la policía. Seguimos a ciegas.

—Hay que arreglar eso, Jay.

—Estoy en ello.

—Gracias. Luego te llamo.

Cortó la comunicación y dirigió la mirada al interior del restaurante. Habían aprovechado uno de los escasos momentos que el inspector tenía libre para reunirse a comer los cuatro juntos. Se había esforzado en disfrutar de la cita y olvidar todo lo demás, pero era cada vez más difícil. Deborah y Aaron habían retomado la conversación, pero Daniel la miraba de hito en hito, preocupado. Ella se giró de espaldas. Estaba enfadada. Era absurdo, lo sabía, pero sentía que aquella persecución era personal. ¿Por qué no dejaba en paz el tema del Fantasma? Ya había atrapado al inductor de los asesinatos, maldita sea, ¿por qué no dejaba de investigar de una vez?

—¿Ocurre algo? —preguntó él en cuanto ella regresó a la mesa.

—Sí yo... Tengo que irme, ha habido un problema en una de nuestras empresas.

Cogió el bolso y la chaqueta, y se puso esta última.

—¿Hay algo que pueda hacer?

«¡Estate quieto de una puta vez!», deseó responder. En cambio, fingió una sonrisa y se despidió de cada uno con un beso y la promesa de que hablarían tan pronto como pudiera.

Una vez se hubo alejado un par de manzanas, recuperó el móvil del bolso y pinchó en el icono de la conexión segura que le había configurado Jason. El timbre sonó con nitidez al otro lado de la línea. Cuando saltó el contestador, pronunció con cuidado los números de su código de cliente y esperó. Casi al instante escuchó una especie de chasquido al que siguió la voz exaltada de Veyron.

—¡K! Esperaba tu llamada. ¿Has recibido mi mensaje?

—Sí, ¿dónde estás? ¿Podemos vernos?

—Estoy en el centro, ¿quedamos donde siempre?

—Sí, pero dame un rato, estoy por Westminster.

—No te preocupes, te espero allí.

Kathleen colgó y detuvo el primer taxi que encontró.

Llegaron hasta Picadilly y el eterno atasco de Regent. Ahí se detuvieron. Tras más de veinte minutos, aún faltaba medio kilómetro para alcanzar su destino. Ordenó al taxista que parara y realizó la última parte a pie, casi corriendo.

En el centro de la ciudad, el mundo mantenía su ritmo vertiginoso. Coches, gente, turistas y adictos a las compras cargados de bolsas que buscaban algún lugar donde comer algo antes de continuar la jornada. El pub en el que había quedado con Veyron era el mismo en el que se reunían siempre, pero no pudo evitar sentirse más incómoda que de costumbre. Como regla general, llevaba su inhibidor de frecuencias a las reuniones con el distribuidor, pero esa tarde no, de modo que solo le quedaba confiar en él. Eso era algo que no se le daba nada bien.

Pese al aire frío que agitaba el cabello y las ropas de todos los que se atrevían a desafiarlo, la terraza del pub estaba llena de gente. Veyron no era ninguno de ellos, cosa que ella agradeció mientras entraba al local en busca del calor de un refugio.

El elegante pub la recibió con una atmósfera bulliciosa propiciada por los clientes que se agolpaban alrededor de la barra. Kathleen trató de identificar entre ellos a su cita. No lo logró, pero no le hizo falta buscar mucho más, lo encontró en uno de los primeros reservados, en una mesa justo en la esquina desde la que se veía la puerta de la calle. Bien vestido, seguro, confiado, tranquilo. Como era él. Veyron le hizo un gesto y ella se acercó. Debía de llevar un buen rato esperando, pues la pinta de cerveza que tenía sobre la mesa estaba casi vacía. Además, notó el contraste de su piel

caliente contra la de ella, helada, cuando se saludaron con un beso en la mejilla como viejos amigos. Se quitó la chaqueta y se dirigió a la barra para pedir una Landlord Ale. Tenía la boca seca como una tumba. Tras unos minutos, y con el vaso en la mano, regresó a la mesa.

—Cuéntame —dijo, nada más sentarse en el taburete que él le había reservado.

Veyron miró a su alrededor, Kathleen lo imitó. Todas las mesas estaban llenas, pero sus ocupantes no les prestaban atención; hablaban a gritos para hacerse oír por encima del bullicio mientras repasaban lo que habían comprado o consultaban un mapa o, simplemente, charlaban en mil idiomas diferentes. Nadie oiría lo que dijeran. Aun así su voz fue casi un susurro cuando habló.

—El tal Ryman me llamó esta mañana.

Kathleen se acercó para oírlo con claridad y percibió el aroma del perfume que llevaba siempre: un toque de menta con algunas esencias cítricas.

—Ya. Pero ¿hablaste con él?

—No, me dejó un mensaje en el contestador. Lo rastree, como hago con todos los clientes nuevos. Supongo que tú funcionas igual...

Ella desestimó la pregunta con un trago de cerveza. Veyron prosiguió sin esperar respuesta.

—Me extrañó comprobar que el teléfono no se podía rastrear —dijo—. Eso apuntaba a algún profesional y, seamos serios, ya los conozco a todos, así que decidí descartar a la policía antes que nada.

—Claro.

—Pues cuál no sería mi sorpresa cuando mi contacto en Scotland Yard hace algunas preguntas y me dice que, en efecto, un inspector me busca en relación con el Fantasma.

—¿Y qué hiciste?

—Pues mandarte el mensaje de inmediato. ¿Qué está pasando? ¿Quién es ese tal Ryman?

Nunca había confesado ser el Fantasma, pero él solito había llegado a la conclusión acertada mucho tiempo atrás, y ya era demasiado tarde para andarse con excusas. Bebió un nuevo trago de la cerveza.

—Investigó mi último trabajo, pero no se ha conformado con coger a quien me contrató. Se lo ha tomado a pecho y ahora investigan todos mis casos anteriores.

—Entonces no es raro que llegara a mí.

Kathleen comprendió a lo que se refería.

—No. ¿De dónde iba a sacar todas esas armas? Eres un viejo conocido de la policía, te tienen muchas ganas.

—Desde luego que sí —corroboró él, con una sonrisa confiada que no pegaba en absoluto con aquella afirmación—. Pero yo estoy protegido, lo sabes, la que me preocupa eres tú.

—No te preocupes por mí —respondió ella—. Estoy siguiendo la investigación.

Veyron bebió de un trago lo último que quedaba en su vaso.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

Kathleen se encogió de hombros.

—Tú no me conoces, yo no te conozco. Si te preguntan específicamente por mi nombre, puedes decir que llevo la seguridad informática de tu empresa.

Él ladeó la mirada.

—¿La seguridad informática?

Ella apartó la vista. No quería darle datos de su otra vida, de su tapadera, pero no le quedaba opción.

—Sí, es... lo que hago en el mundo real. —Veyron alzó las cejas, pero no dijo nada. Ella continuó—. Aparte de eso, haz lo que creas más seguro para ti.

Él clavó la vista en su copa y la agitó entre los dedos, como si esperara encontrar en los restos de espuma la respuesta a una pregunta que no quería formular.

—¿Por qué no te lo cargas?

Kathleen sintió una fría corriente de aire que se deslizaba por su columna.

—No —respondió con rapidez—. No hace falta.

—¿Estás segura? Ha llegado a mí, ninguno lo había hecho antes, debe de estar muy empeñado en cogerte.

—Lo sé, pero no hace falta, hazme caso. Lo tengo controlado.

Él asintió sin una palabra.

Ella se levantó casi de un salto. Necesitaba terminar con la conversación. Se giró hacia la puerta, dispuesta a marcharse, pero él la agarró de la mano antes de que se alejara.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Avísame si necesitas cualquier cosa. Sabes que tengo amigos.

Kathleen sonrió.

—Gracias V.

Él le soltó la mano y ella atravesó el pub en dirección a la calle. Antes de cruzar la puerta, sin embargo, se giró de nuevo hacia él. Había sacado su teléfono móvil y hablaba con alguien, pero mantenía la mirada fija en ella. Alzó la mano en una despedida que adornó con una sonrisa ausente, a la que ella respondió de igual manera. En ese momento él asintió al teléfono. Kathleen se preguntó con quién hablaba y de qué. Estaba casi segura de que no la delataría, confiaba en él, pero por algún motivo aquella llamada la inquietó.

38,
Miércoles, 07 de junio – 13:54 h.
New Scotland Yard. Londres

El inspector Daniel Ryman llegó a su mesa con una innegable desilusión. Siempre le resultaba difícil encontrar tiempo para quedar con la familia o los amigos, y para ver a Kathleen casi tenía que pedir hora por adelantado. Sabía que no debía enfadarse, pero le molestaba que, para una vez que se organizaban, su trabajo la alejara de él a medio almuerzo. ¿Qué habría pasado? Parecía preocupada al irse, pero no esperaba que le contase nada. Ella nunca hablaba de su trabajo, como si fuera aún más confidencial que el de él. Ella solo contestaba al teléfono y se largaba sin más explicaciones. Hasta entonces le había gustado aquella canción de Downset que le tenía asignada a su socio en el móvil, pero empezaba a detestarla. Cada vez que la oía, ella se marchaba. También le estaba cogiendo manía al tal Jason, para qué negarlo. No era un hombre celoso, pero sentía que aquel disponía de ella mucho más que él.

—Dan, ¿Ya has vuelto?

No contestó a la pregunta cuya respuesta era obvia. Saunders tampoco esperó que lo hiciera. Le tendió un papel: un pedazo de hoja arrancada de un bloc de notas, con varias frases garabateadas en la ilegible letra del sargento, y apoyó el culo en la mesa mientras el inspector lo leía.

—Es del laboratorio —dijo, haciendo innecesaria dicha lectura—. Ya tienen los análisis de las muestras de sudor que

encontraron en el coche. Son de mujer.

Daniel miró a su compañero y, de nuevo, al papel.

—¿De mujer? ¿Están seguros?

—Sí. No hay ninguna duda.

Daniel lanzó la nota sobre la mesa, decepcionado. Revoloteó como una hoja desprendida de un árbol en otoño, hasta posarse sobre el teclado del portátil con el que se veía obligado a trabajar.

—Será de la dueña.

—Sí, supongo. También me han dicho que borraron el número de bastidor y, por supuesto, la matrícula era falsa.

—Por supuesto.

Por supuesto. ¿Cuántos robos de coche se producían en la ciudad? ¿Miles? Tenía un Ford fiesta que, en teoría, era rojo, con matrículas falsas y sin número de bastidor. Fueran los que fuesen, iba a pasar un buen rato revisándolos. Ya no podría quejarse de no tener nada que hacer.

Accedió a la base de datos e introdujo los únicos que tenía: marca y modelo del vehículo y el rango de años a los que calculaba que pertenecía, entre el 2000 y el 2010. El programa le devolvió más de cuatrocientas denuncias solo en los últimos doce meses.

—Madre mía, vamos a pasarnos la vida comprobándolos todos —protestó Saunders.

El inspector no respondió, pero no porque no compartiera la desazón del sargento. La perspectiva de pasar la tarde repasando informes de robos de coches se le antojaba una tortura. Con todo lo que tenía que hacer...

—¿Cómo va el tema de la reunión de francotiradores?

El rostro de su compañero se iluminó.

—Arreglado —dijo—. Todo preparado para mañana por la tarde.

—¿En serio? —Daniel se asombró de oírlo. La reunión que debía atraer a los mejores francotiradores del país le había parecido una misión imposible desde el principio. Las

fuerzas militares no solían mostrarse proclives a prestar a sus hombres para ninguna colaboración—. ¿A quién has conseguido?

Saunders se hinchó de orgullo.

—A todos. Tengo marines, gente de la armada, la RAF, el SAS y de los nuestros. Son casi veinte francotiradores.

Los ojos del inspector se abrieron en un gesto de admiración. Lo que su compañero había logrado era una verdadera proeza. Veinte francotiradores. Alguno tendría que conocer al Fantasma, alguno tendría que saber algo. Quizás incluso...

—¿Te has planteado...? —Dudó. Le dio miedo expresar la idea que acababa de oscurecer su mente.

—¿Si alguno de ellos será el Fantasma? —Saunders finalizó la pregunta con una negativa—. No lo son. Cuando pregunté a los cuerpos por los mejores tiradores, les solicité información de sus hojas de servicio para comprobar si estaban libres y en el país en las fechas de los asesinatos. Ninguno coincide. Al menos, no en todas las fechas. Las coartadas son oficiales.

—No son el Fantasma —concluyó Daniel. A veces su compañero lo sorprendía. Tendía a pensar que era un desastre, descuidado, demasiado obsesionado con las mujeres, informal... Pero entonces hacía algo como lo que acababa de contarle y le demostraba que no había llegado a sargento por casualidad. Quizá su forma de ser fuera diferente a la suya, pero no era en absoluto indigno de confianza. Todo lo contrario. Recordó que, sin él, tampoco habría acabado nunca con Kathleen—. Gracias, tío —dijo—. Te has pegado un trabajo excepcional.

A Saunders se le escapó una risita tímida y su rostro enrojeció. Hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto y anunció que comenzaba con la búsqueda del Ford. Daniel se quedó solo en la mesa y abrió el primer informe. No sabía ni por dónde empezar. Si hacía

caso a los restos de sudor, debería buscar coches que pertenecieran a una mujer, pero la dueña y la conductora no tenían por qué ser la misma persona y el vehículo podría estar a nombre de un varón.

—Qué mierda —susurró.

El timbrado de una llamada lo sobresaltó. Ya que cualquier excusa era buena para retrasar la ardua tarea que tenía por delante, se lanzó a por el auricular. Esperó que fuera alguna noticia sobre los muchos asuntos que tenía pendientes de resolución, pero lo que escuchó lo dejó sin habla.

—¿Qué está diciendo? Repítamelo.

Sin saber si aquella petición iba en serio o no, el agente al otro lado de la línea repitió lo que acababa de decir.

—Un hombre que se identifica como Veyron pregunta por usted en la entrada.

Daniel ya se había levantado de la silla y corría a toda velocidad. Su mente gritaba que tenía que ser una broma, que era impensable que el tal Veyron, el traficante de armas que suministraba al Fantasma —y a media Europa, por lo que había dicho Graffin— tuviera la sangre fría de presentarse en Scotland Yard. Había buscado mil maneras de llegar hasta él: la lista de Bugatti Veyron en el país no podía ser larga y estaba dispuesto a investigarlos todos, pero quizá ya no fuera necesario.

Se coló a la carrera en un ascensor atestado que lo llevó al primer piso con una lentitud exasperante, pegado a la puerta para que nadie estorbara su salida al llegar abajo. Una vez allí, observó a las personas ante el mostrador de la recepción: algunos turistas cuya visita a Londres les había deparado algo que no esperaban —o quizá sí—, dos señoras mayores, una familia con un chico adolescente con pinta de estar muerto de miedo... Su vista se detuvo en un hombre que llamaba la atención entre los demás. Era alto, cuarenta y pocos años, vestido con unos vaqueros negros y una

chaqueta de cuero del mismo color. Parecía ropa cara. Su aspecto, en general, lucía elegido al detalle. El hombre lo miró y, sin dudar, echó a caminar en su dirección. Tenía un rostro fino y duro pese a la amplia sonrisa que le dirigía. Daniel se descubrió, sorprendido, estrechando su mano.

—¿Inspector Ryman? —Su voz era fría como el viento que azotaba los árboles en la calle.

—¿Señor Veyron? Gracias por venir. Sígame por favor.

Le hizo un gesto para que fuera delante. Veyron entró en el ascensor y se situó ante la puerta, con el inspector pegado a la espalda.

Daniel no sabía qué esperar de esa visita. Aunque no fuera un hombre grande, los movimientos precisos del supuesto traficante de armas dejaban intuir algún tipo de adiestramiento en artes marciales o lucha de cualquier otra clase, lo que lo haría peligroso en un cuerpo a cuerpo. La duda que le quedaba por resolver era si estaría lo bastante loco como para atacarlo allí dentro. Por si acaso, se concentró en permanecer alerta.

El ascensor se detuvo para que tres personas bajaran. Cuando las puertas estaban a punto de cerrarse de nuevo, una voz en el exterior gritó que las mantuvieran abiertas. Veyron extendió la mano e impidió que se cerraran. Llevaba un reloj plateado con correa de cuero que parecía costar el sueldo de un año de cualquiera de los que trabajaban allí dentro. Además, se hacía la manicura.

Una mujer apareció a la carrera y entró en el ascensor. Le dirigió al desconocido una mirada de gratitud, pero su rostro se transformó del simple agradecimiento al obvio interés. El traficante sonrió y la mujer le devolvió la sonrisa y se enzarzó en un juego de nudos con un mechón de pelo entre los dedos.

Daniel observó la escena fascinado. Veyron desprendía tal seguridad en sí mismo que se preguntó qué as guardaría en la manga. Graffin le había dicho que estaba protegido

desde arriba, pero, ahora que lo veía en persona, empezaba a entender que aquel arriba era mucho más arriba de lo que, en un principio, había querido creer.

Salieron a la planta de Homicidios y Delito mayor y atravesaron los pasillos en dirección a una de las salas de interrogatorio. El inspector dejó allí al visitante mientras preparaba los equipos de grabación y avisaba a Saunders, que lo había visto salir corriendo sin dar explicaciones.

El traficante lo observó con interés cuando regresó a la sala unos minutos más tarde, pero no se movió. No parecía nervioso ni preocupado sino, quizás, aburrido. El detective ocupó la silla frente a él y lo observó sin obtener por su parte ninguna reacción.

—Soy el detective inspector Daniel Ryman. Al cargo de la investigación del caso número 15-586-M —se presentó, en dirección al micrófono que se alzaba sobre la mesa—. Por favor, ¿podría decir su nombre completo?

—Puede llamarme Veyron.

—No, no puedo. Quiero saber su nombre real.

El traficante apoyó el codo en el respaldo de la silla, doblando el cuerpo hacia un lado, y posó el otro brazo sobre la mesa como si tomara posesión de ella.

—Dejemos eso para más adelante, ¿le parece? Dígame para qué me han llamado.

—Aquí las preguntas las hago yo —respondió el inspector. Sin embargo no insistió—. ¿Cómo sabe que lo llamamos nosotros y por qué ha venido?

Veyron rió.

—En mi negocio hay que conocer a los potenciales clientes —explicó con un gesto desganado—. No fue difícil rastrear su llamada.

—No me diga. ¿Y si sabía quiénes éramos, por qué ha venido?

Con una enorme sonrisa, Veyron alzó las palmas de las manos en el aire, sin mover los brazos de sus respectivos

apoyos.

—No tengo nada que esconder. Si ustedes me llaman yo cumplo con mi deber de buen ciudadano.

Daniel comprendió que aquel hombre se sabía seguro y que no había ninguna manera de amenazarlo para que aquello cambiara. Tendría que intentarlo desde otra perspectiva.

—Está bien, señor Veyron —dijo, tratando de sonar conciliador—. Ambos sabemos que yo sé quién es usted y a qué se dedica. Del mismo modo que sabemos que está usted bien protegido desde arriba, no sé por quién ni quiero saberlo. —Veyron asintió a cada afirmación, sin dejar de sonreír—. Así que voy a serle sincero, ¿de acuerdo? Buscamos al Fantasma.

—¿Quién es ese?

—No me tome el pelo. Usted sabe quién es y tengo motivos para pensar que es cliente suyo.

—No sé quién cree usted que soy, pero, aunque ese... ¿Fantasma? Fantasma fuera mi cliente... —Veyron se enderezó en la silla y se reclinó sobre la mesa, atravesando al detective con sus ojos azules. Pese a que no había dejado de sonreír, aquel sintió lo que sentiría un pez justo antes de convertirse en el almuerzo de un tiburón—. ¿Qué clase de profesional sería yo si revelara datos de mis clientes? En caso, por supuesto, de que tuviera algún dato que pudiera ser de su interés. La confidencialidad es clave en mi negocio.

Daniel reprimió un suspiro. De repente tenía ganas de un cigarro. Solo uno, una catada y al cenicero. Solo uno. Aunque, ¿cuándo era uno? De acuerdo, un paquete. Un cartón. Solo uno.

—Seguro que hay algo que me pueda decir.

—Inspector Ryman, entienda usted que algunos de mis clientes pueden ser... —Buscó la palabra en el techo—. ¿Cómo decirlo? Susceptibles, no sé si me entiende. No me voy a arriesgar a enfadarlos. Para evitarlo, lo mejor es no

saber nada sobre ellos.

—¿Por qué no me explica cómo funciona su negocio? ¿Cómo se ponen en contacto con usted? ¿Cómo le pagan? ¿Cómo es la entrega?

Veyron repitió el mismo gesto aburrido que había hecho antes y, del mismo modo, regresó a su posición apática en la silla.

—Cada cliente es diferente y también varía con el pedido. —Seguía con la mirada los trazos invisibles que sus dedos, afilados como balas, dibujaban sobre la superficie de la mesa. No podría estar menos interesado en aquella conversación—. Por norma general se comunican conmigo igual que usted, por teléfono. Hay otros que lo hacen por correo electrónico.

—El Fantasma maneja muy bien internet. ¿Es él uno de los que utilizan ese método?

—Le repito que no sé quién es ese Fantasma. Solo le digo que unos lo hacen de una manera y otros, de otra. Me piden lo que necesitan, lo consigo y se hace la entrega.

—¿Y qué necesitan?

El traficante —ya no había «supuesto» que valiera, aquel tío era un traficante de armas como Dios mandaba— estalló en una carcajada. Daniel masticó las ganas de asestarle un puñetazo.

—Me dedico a la logística, pueden necesitar cualquier cosa.

—Apuesto a que sí —murmuró—. ¿Y cómo se hacen las entregas?

—Hay para todos los gustos. Alguno lo viene a buscar en persona, otros mandan empleados o piden que sea entregado en tal o cual sitio.

—¿Cuál es el método del Fantasma? Y no me diga que no sabe quién es el Fantasma.

—No sé quién es el Fantasma.

Daniel respiró con calma. Aquella conversación era una

pérdida de tiempo que solo estaba sirviendo para sacarlo de sus casillas.

—¿Cómo se pone usted en contacto con ellos? — preguntó, con un atisbo de frustración en la voz que no pudo evitar—. Ya sabe, para decirles que el pedido está listo.

—Como todo lo demás, depende de cada uno. Algunos prefieren llamarme, yo tengo el teléfono o los correos de otros... Hay mil maneras.

—Dígame una última cosa, señor Veyron. Aunque no sepa quién es el Fantasma... ¿Le ha pedido algo hace poco?

—Algunos de mis clientes, inspector, siempre están haciéndome pedidos. —A continuación añadió, sonriendo, tras un breve silencio—. Pero otros, no.

Daniel se hartó. Dio un manotazo en la mesa, se adelantó hacia el traficante y lo miró a los ojos, furioso.

—Oiga, sé que no le importa una mierda, pero ese tío es un asesino a sueldo. Ha matado a innumerables personas y una nueva víctima va a caer si no lo impido.

Incluso mientras lo decía sabía que sonaba estúpido. Tal y como esperaba, Veyron negó con la cabeza.

—De verdad que lo lamento, pero no hay nada que yo pueda hacer para ayudarlo. No conozco a ningún hombre con el apodo de Fantasma.

Daniel se levantó. No soportaba más esa farsa. Abandonó la sala y se reunió con Saunders en la habitación contigua.

— Arréstalo —exigió—. Enciérralo ahora mismo. Ese hijo de puta es un maldito traficante de armas que sabe exactamente quién es el Fantasma y si prepara algo. Hay que detenerlo de inmediato. Averiguaremos su nombre, dónde vive, de dónde saca las armas. ¡Detenlo ya!

—Pero, Dan, no ha dicho nada incriminatorio. Se ha cuidado mucho de dar ningún detalle que sirva para...

—Me importa un carajo. Detenlo inmediatamente.

El portazo con el que cerró hizo temblar la pared. Se

imaginó la cara de regodeo del tal Veyron al oírlo y tuvo que reprimir las ganas de darle una patada a la puerta y pagar con ella su frustración. Era como Davies, el mismo tipo de hombre: prepotente, confiado, intocable. Pero Davies había caído y, quizá, cuando atrapara al Fantasma, podría intentar ir a por su distribuidor. Esa idea lo hizo sonreír.

Saunders salió al pasillo. El inspector lo miró, algo más relajado que al cruzar esa misma puerta unos segundos atrás.

—Bajo a la cafetería a por un café —le dijo—. ¿Te apuntas?

El sargento asintió.

—Vete bajando tú. Voy a por unas esposas para este tío, hago la detención y nos vemos allí.

El inspector accedió satisfecho, recogió su chaqueta y se marchó.

No había mucha gente en la plazoleta triangular delante de Scotland Yard. Era tarde y la mayoría de negocios de la zona habían cerrado. La mole de cristal ocultaba el sol vespertino y algunas luces habían empezado a encenderse en el interior.

El día continuaba ventoso. Las ramas de los árboles formaban una coreografía amenazante, las hojas caídas revoloteaban sobre la acera e iban a enredarse juguetonas entre sus piernas. Se subió el cuello de la chaqueta y apretó el paso. Con el atardecer, la temperatura había descendido aún más, pero no le importó. El verano ya no tardaría. Quizá Kathleen pudiera tomarse unos días de vacaciones de aquel trabajo suyo tan estresante, y pudieran ir a algún sitio juntos, a España, a alguna playa donde hiciera calor y el maldito frío londinense no fuera más que un recuerdo, como el Fantasma.

Se sentía de buen humor. Imaginar a Veyron encerrado en una celda, con su ropa de marca, su peluquería y su manicura, bastaba para hacerlo sonreír. Aunque sabía que

sus contactos no tardarían en sacarlo, cada minuto que pasara allí era una pequeña victoria, y no había tenido demasiadas desde el comienzo del caso.

Un compañero salió del Starbucks de la acera de enfrente y lo saludó con la mano. Daniel cruzó la calle para ir a hablar con él. El agente Bassey se encendió un cigarro y el inspector esnifó su olor como un perro ante un pedazo de carne. No podría fumar, pero en ningún sitio decía que no pudiera aspirarlo. Intercambiaron una serie de frases rápidas, bromas sobre el último fichaje del Manchester para la próxima temporada. Daniel tuvo que aguantar las puyas ante la diferencia presupuestaria de aquel gran equipo comparado con el West Ham, del que él era seguidor. Por suerte, el agente tenía prisa y, tras unos minutos, anunció que se marchaba. Se alejó en dirección a la central y el inspector continuó su camino hacia la cafetería, un poco más allá, frente a la estación de metro de St. James's Park.

Siempre iba a la misma, a pesar de que no escaseaban los establecimientos de ese tipo en los alrededores de New Scotland Yard, franquicias que ofrecían el mismo café a los mismos precios desorbitados. Entre todas ellas, cada agente tenía una favorita y no solía serle infiel. El, al menos, siempre iba a la misma: un local frío de paredes blancas pero colorines en las sillas, los cuadros, las lámparas. Como si quisieran que, al entrar, uno olvidara el gris que envolvía la ciudad al otro lado de las cristaleras. No había nada que la diferenciara de las demás, pero era la suya. Le gustaba su café, sus bollos, tenía el periódico que solía leer, el camarero también era del West Ham, por lo que podían felicitarse en las victorias y apoyarse en las derrotas. Era su cafetería.

Miró a ambos lados antes de cambiar de acera. No había tráfico, tan solo algunos coches estacionados frente a él y uno ante la central. Pensó que no tardarían en llevarse ese último, pues no se permitía aparcar en esa zona. Pero no era su problema, así que cruzó la calle.

Un grito.

Le pareció oír que alguien gritaba su nombre, pero no tuvo tiempo de volverse. Un golpe por la espalda, como un tren salido de ninguna parte. El sol abajo. La acera arriba. El mundo giró sin sentido. El impacto contra el suelo.

Después, todo se volvió negro.

39,
Jueves, 08 de junio – 09:22 h.
St. Thomas Hospital. Londres

Kathleen lanzó el dinero a través de la ventanilla que la separaba del conductor del taxi. Este protestó en algún idioma que ella no entendió, pero tampoco se quedó a discutir con él. Abrió la puerta y bajó corriendo.

El hospital St. Thomas no era el más lujoso de Londres, ni el más grande ni el más moderno, pero era el más cercano a New Scotland Yard, que se encontraba a un tiro de piedra cruzando el puente de Westminster. De hecho, desde donde la había dejado el taxi podía ver el Big Ben al otro lado del río. Podría haberlo visto si hubiera sido capaz de ver algo, pero no lo era. Desde que había recibido la llamada de Saunders, poco después del amanecer, no podía ver ni oír ni respirar ni pensar. En su cabeza, una serie de palabras entrechocaban como guijarros en un riachuelo: accidente, coche, inconsciente, hospital.

Echó a correr hacia la puerta del edificio.

—¿Kathleen?

Se detuvo de golpe. Un hombre de color sin un solo pelo en la cabeza se dirigía hacia ella. Llevaba un cigarro entre los dedos y lo lanzó al suelo tras una última catada impregnada de ansiedad. Se esforzó en sonreír al extender la mano para saludarla.

—Soy el sargento Martin Saunders —se presentó entre una vaharada de humo que escapó de su boca—. Nos

conocimos el otro día, en el aparcamiento donde...

Ella no lo había reconocido pese a que ya lo había visto varias veces, no solo aquella tarde tras la persecución, sino en los vídeos y las fotos de los escenarios del crimen, siempre al lado de Daniel.

—Por supuesto, sargento Saunders. Discúlpeme.

Le estrechó la mano. Era una mano grande, pero su apretón era débil. Se inquietó al no saber si se debía al cansancio o era su manera habitual de saludar.

Algunos visitantes y pacientes en bata que aplacaban la necesidad de tabaco a cierta distancia de la puerta los observaban con gesto aburrido. Ella no se molestó en ocultar el miedo que reflejaba su voz. Si la oían, que la oyeran; si la miraban, que la mirasen.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Cómo está?

—No te asustes, está bien. Anoche le hicieron las pruebas y todo salió bien. Ahora mismo le están repitiendo el escáner, por si acaso, pero parece que le darán el alta en seguida.

Ella le dirigió una mirada cargada de indignación.

—¿Cómo que anoche? ¿Cuándo ocurrió?

El interés de los curiosos aumentó ante la perspectiva de una pelea que los distrajera de sus propios problemas. Saunders bajó la vista con gesto contrariado.

—Fue ayer, a última hora de la tarde. Siento no haberte llamado antes, pero él me pidió que no lo hiciera para no preocuparte. Ya no se admitían visitas así que no podrías verlo y...

Kathleen resopló. La noche anterior no había podido contactar con él y había dado por hecho que estaba muy ocupado con el caso.

—Por eso no contestaba al teléfono anoche...

—Se le rompió el móvil con el golpe —explicó él con un tono que sonó a disculpa.

Ella deseó tener el rifle y meterle una bala en la frente

a aquel imbécil que la había mantenido en la ignorancia mientras Daniel se debatía entre la vida y la muerte.

Inspira... espira... inspira... espira...

No, no se debatía entre la vida y la muerte. Las pruebas habían salido bien y le iban a dar el alta en seguida. Eso había dicho su compañero. Tan solo era que no había querido preocuparla. Saunders la observaba con una curiosidad que la incomodó.

—Cuéntame —dijo para desviar su atención—. ¿Qué pasó?

Funcionó. El sargento apartó la vista, incapaz de mirarla a la cara.

—En realidad la culpa fue mía —dijo—. Él cruzaba la calle y vi que el coche se le echaba encima, así que me lancé a por él. Caímos mal y le fisuré una costilla.

—Pero le salvaste la vida, ¿no? —Él se sonrojó—. ¿Y la pérdida de conocimiento? Me dijiste por teléfono que...

—Se golpeó contra el suelo al caer, pero se recuperó en pocos minutos. Los médicos están tranquilos, no parece que tenga ninguna secuela.

Ella respiró aliviada. Ni siquiera su técnica de respiración había conseguido acabar con el temblor de las manos, pero, al menos, ahora se sentía mejor.

—¿Subimos?

Se dirigieron a la puerta. Estaban a medio camino cuando el teléfono del sargento comenzó a sonar. Este hizo un gesto para que ella siguiera adelante mientras él contestaba. Kathleen se despidió y entró.

Siguió los carteles en las paredes hasta encontrar la puerta identificada con el número que Saunders le había dado por teléfono. Una vez allí se detuvo, incapaz de entrar. Seguía asustada, no dejaría de estarlo hasta que lo viera, pero temía lo que encontraría cuando cruzara ese umbral. Sacudió la cabeza para alejar las ideas macabras de su mente y abrió.

Se asomó al interior con cautela. La ciudad se colaba a través de una ventana que ofrecía vistas de postal sobre Westminster, el Big Ben y el río. Jirones de nubes se alejaban en bandada hacia poniente. La luz de la mañana resplandecía contra las paredes azules de la habitación y las sábanas blancas de la cama. Daniel la miraba envuelto en ellas. Una venda le cubría la parte superior derecha de la frente y tenía un morado en el pómulo del mismo lado. Sin embargo, sonrió y ella corrió hacia él sin contenerse. Lo abrazó hasta que lo oyó gemir de dolor, entonces se separó de un salto. Él rió.

—No, no. No te quites.

—Lo siento, perdona, no quería hacerte daño.

Él alargó los brazos hacia ella. Kathleen volvió a inclinarse sobre la cama y a abrazarlo, con más cuidado en esa ocasión.

—¿Cómo estás? —preguntó cuando se separaron.

—Bien. Me duele un poco la cabeza, pero el doctor dice que es normal. Todo lo demás está bien.

—Te voy a matar. No me puedo creer que no me llamaras anoche.

—Vaya, así que has visto a Saunders, ¿eh? Maldito chivato —bromeó con una carcajada y ella no pudo evitar sonreír, pese a la indignación que pretendía reflejar en el rostro. Él prosiguió con el tono condescendiente con el que se habría dirigido a una niña caprichosa—. ¿Para qué iba a avisarte anoche? Si ya no admitían visitas, te iba a dar el susto para nada. Además, esto estaba lleno de gente: Saunders, el jefe, compañeros... Todos en el pasillo como idiotas sin hacer nada. Era una tontería llamarte. Ni siquiera hacía falta que vinieras ahora, el médico me está preparando el alta.

—¿En serio? ¿Ya?

—Sí. ¿Ves como estoy bien?

Kathleen iba a discutir, pero la puerta se abrió y el sargento entró en la habitación.

—¿Cómo estás?

—Joder, vaya par estáis hechos los dos —exclamó Daniel con un gesto de burla en la boca—. Estoy igual que la última vez que me viste, hace media hora.

—Lo siento, tío —se defendió el sargento—. Es que me siento culpable.

La sonrisa desapareció de los labios del inspector.

—Ya estamos otra vez. Me salvaste la vida, ¿vale? Si no hubiera sido por ti, el coche me habría matado.

—Ya pero... —Saunders negó sin que su expresión se relajara ni un ápice—. Caí sobre ti, te rompí la costilla, te golpeaste contra el suelo... Casi habría sido mejor lo del coche.

Daniel rió, pero su carcajada se tornó un gemido de dolor que cortó la risa con la que el sargento se le había unido.

Kathleen asistía a la conversación entre los dos compañeros. Sostenía la mano de Daniel entre las suyas, sin parar de acariciarla, esquivando la vía que tenía clavada en el dorso. Sabía que debería encontrarse incómoda con los dos policías, pero, por el momento, el alivio era lo único que podía sentir y eso bastaba.

—Déjate de tonterías, ¿de acuerdo? —repitió el inspector convaleciente—. Si no me hubieras empujado, el coche me habría matado. ¿Habéis localizado al conductor? —Giró la cabeza hacia ella para explicárselo—. El muy cabrón se dio a la fuga.

Saunders la miró, incómodo, y de nuevo a su amigo.

—Sí, bueno, eso... Me gustaría hablarlo a solas contigo.

Kathleen se levantó. No quería irse, le asustaba que hubiera algo que quisieran hablar sin ella delante, pero había pillado la indirecta y no supo cómo evitarlo. Por suerte, Daniel la agarró de la mano.

—No, no te vayas —dijo, luego miró al sargento—. ¿Es algo confidencial de trabajo?

—No. Bueno, no lo sé.

El inspector lo miró sin entender aquella duda. Trató de incorporarse, pero el dolor en las costillas lo obligó a parar con un gemido. Kathleen le colocó la almohada en la espalda para ayudarlo y él se lo agradeció antes de devolver la atención a su compañero.

—Dime lo que sea. ¿Qué ocurre?

—Es que todo este tema me resulta bastante sospechoso —dijo aquel—. Ya desde que vi el coche me llamó la atención: aparcado en una zona prohibida justo en la puerta de la central. Pero, además, el conductor no miraba al edificio ni parecía esperar a nadie. Tío, te miraba a ti.

—¿Qué dices?

—Por eso me anticipé a lo que iba a ocurrir. Seguí su mirada y vi que te estaba siguiendo, y cuando arrancó... Supe lo que iba a hacer. —Su cuerpo se estremeció al recordar—. Hay más. Me acaban de llamar para decir que han encontrado el coche abandonado en Peckham. Era un coche robado, ¿quién demonios aparca un coche robado en la puerta de Scotland Yard?

—¿Dices que fue a propósito? —Kathleen no pudo evitar inmiscuirse en la conversación, incapaz de creer lo que acababa de oír y, pese a ello, con un desagradable regusto en la boca del estómago.

—Creo que sí, sí. —Saunders asintió con gravedad, sin apartar la mirada del inspector—. Y creo que ambos sabemos quién fue.

—El Fantasma —respondió aquel.

Kathleen buscó su mejor cara de póquer. ¿Ella? No, ella no había hecho nada, jamás le haría daño.

—O el tal Veyron.

Volvió a sobresaltarse. ¿Por qué iba Veyron a querer matar a Daniel? No le había dicho que pensara hacerlo y no era algo propio de su colaborador mancharse las manos de aquella manera.

—Veyron está encerrado —rechazó el inspector.

¿Encerrado? Ella alternaba su mirada entre ambos policías, pero cada vez entendía menos. ¿Por qué estaba V encerrado? ¿Por qué habría querido matar a Daniel? Y, si no había sido él, ¿quién? Un nudo en la garganta le impedía respirar.

—Ya no —Saunders lo corrigió—. Lo tuvimos que soltar una hora después de lo ocurrido. Hubo una llamada de arriba, no tengo detalles, me lo dijo el jefe. De todas formas, aunque lo estuviera, podría haber contratado a cualquiera para hacerlo. No creo que le falten asesinos en la agenda.

Daniel se lamentó. Kathleen reprimió las ganas de acariciarle el rostro, de reconfortarlo y pedirle perdón.

—Así que uno de los dos —resumió Daniel.

—O ambos.

—El Fantasma no le habría pedido a nadie que hiciera su trabajo sucio, ya sabes cómo es.

—Si no quería que lo relacionásemos con lo ocurrido...

Kathleen se levantó y ambos hombres callaron. Se sentía mal, estaba mareada y tenía ganas de vomitar. Daniel le acarició la mano que ella aún sostenía sobre la de él.

—Perdona, Kat, no te debe de gustar nada esta conversación.

—Pues no —admitió.

Los dos amigos rieron como si acabara de contar un chiste, pero ella apenas fue capaz de sonreír.

—Tranquila, el doctor va a darme el alta dentro de un momento, ya me lo han dicho. Vete si quieres, tendrás que ir a trabajar, ¿no? Yo te llamo en cuanto esté fuera.

Quiso negarse, pero no tenía fuerzas para permanecer allí. Creían que el Fantasma había intentado matarlo. Ella sabía que no, pero ¿y si no estaban tan desencaminados? ¿Y si lo había hecho alguien cercano?

Tenía tanta prisa que ni siquiera esperó a que la gigantesca puerta de la Base terminara de abrirse. Se coló por el hueco en cuanto tuvo espacio para hacerlo y se dirigió a toda prisa a la mesa desde la que Jason la miraba sobresaltado.

—¿Qué pasa?

Ella golpeó el tablero con las dos manos y se inclinó sobre él.

—¡Dime que no has sido tú! —gritó por encima de la música.

El informático parpadeó. Su boca se transformó en dos finas líneas que apestaban a culpabilidad.

—¿De qué hablas?

—Del intento de asesinato de Daniel. Dime que no has sido tú.

Él apagó la música. El eco de las guitarras distorsionadas rebotó en las paredes antes de extinguirse por completo.

—Yo he estado aquí todo el día —dijo—. Si quieres puedo enseñarte los registros de...

—Jason, no me tomes por imbécil, ¿Has intentado que atropellen a Daniel?

—¡Alguien tenía que hacerlo!

Casi de un salto, Jason se alejó hacia la otra punta de la habitación, como si no hubiera distancia suficiente entre él y su socia.

—¿Alguien tenía que hacerlo? —repitió ella—. ¿Cómo lo hiciste? ¿A quién...?

—A Veyron.

—Dios... —Kathleen se derrumbó sobre una silla y ocultó el rostro entre las manos—. ¿Cómo pudiste? Veyron ni siquiera sabía que tú existías, ¿cómo has podido delatarte de esa manera?

—Me preocupa menos Veyron que tu novio.

—Pero si no lo soportas. —Sabía que se estaba

perdiendo en los detalles, que todo aquello no importaba, en realidad.

—¿Él está bien?

—Sí, está bien. —Bajó las manos para mirarlo—. ¿Cómo has podido? Tú no eres así.

Él se apoyó contra uno de los servidores de la pared y cruzó los brazos. Un instante después, los volvió a separar. Se pasó las manos por el pelo y alzó la vista hacia el techo. Era la viva imagen de la inquietud.

—Te tendió una trampa —dijo, al cabo—. Te persiguieron, te dispararon, te vio en el aparcamiento donde buscaba al Fantasma, ha llegado hasta Veyron... No hay otra opción.

Ella negó.

—Podemos salvarnos, Jay, lo hemos hecho siempre.

Se miraron el uno al otro en silencio. Él, de pie; ella, sentada. En extremos opuestos de la habitación y de la discusión. Miles de palabras, de recriminaciones y negativas se agolpaban en las mentes de ambos, pero ninguno quería abrir la caja de Pandora, pues ya no habría quien volviera a meter dentro todos los males del mundo. Al final, él fue hacia ella y se acuclilló entre sus piernas abiertas. Apoyó las manos en sus rodillas y, desde ahí abajo, la miró a los ojos.

—Quiere salvar a Yates, Kat. Va a hacerlo y será a costa tuya.

Ella volvió a negar.

—No hay que matarlo, no hay que llegar a eso, no hace falta.

—Te dije que pasaras de Yates, que lo dejaras, pero te negaste. Tampoco quieres librarte del inspector. ¿Cómo pretendes solucionar ambos asuntos? Será uno u otro.

—No...

No quería darle la razón, no podía tener razón. Era incapaz de pensar en una forma de arreglarlo, pero tenía que haber alguna. Solo se trataba de encontrarla.

—No puedo matarlo —insistió.

Su socio se levantó.

—No va a parar, Kat —dijo, con un suspiro resignado—. Si no lo matamos, él acabará con nosotros.

Ella negó una vez más.

—Déjame pensar en algo, por favor. Buscaremos a otro que haga lo de Yates, le pediremos a Veyron que busque a alguien, le pagaremos la parte de...

—¿Otro? ¿Cómo el que hizo lo del inspector? Menuda chapuza.

—Bueno, pues nadie, lo dejaremos vivir. Le devolveremos el dinero a Chapman y...

Jason negó.

—Ya es tarde para eso. Puedes dejarlo con vida, pero eso no detendrá a tu novio. Es él o nosotros.

Sin una palabra más, el informático se dirigió a la puerta que comunicaba con su casa, idéntica y opuesta a la que utilizaba Kathleen para llegar a la suya. La pesada pieza metálica se abrió sin un solo ruido.

Antes de cruzarla, Jason se giró por última vez hacia su socia.

—Solo espero que te des cuenta antes de que sea demasiado tarde.

El silencio se desplegó como una onda expansiva cuando la puerta se cerró tras él. Kathleen se levantó de la silla, pero se dejó caer en ella de nuevo, un saco de tristeza, de impotencia, de rabia reprimida. ¿Adónde iba a ir?

—Maldita sea.

Jason tenía razón, ella lo sabía tan bien como él. Debía solucionar el lío en el que se había metido, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tal como había dicho, dejar a Yates con vida ya no arreglaría nada, Daniel seguiría acechándola. Pero no podía imaginar matarlo.

Rodó la silla hasta la mesa de su socio y desbloqueó una de las pantallas. El icono del programa de conversación la

esperaba en una esquina. Pinchó sobre él y escribió una serie de órdenes y la contraseña cuando la pantalla negra se las solicitó. Jason era quien se encargaba de aquello, pero le había enseñado lo que necesitaría saber si un día él no estaba. Además, al verlo trabajar tantos años, algo había aprendido.

—V soy K. Necesito hablar contigo ahora.

El «ahora» fue literal. Menos de un segundo después de escribir la frase, su interlocutor respondió.

—¡Hola K! Me alegro de oírte. ¿Cómo estás?

—Déjate de gilipollices. Cancellalo.

El lapso de tiempo hasta la respuesta fue mayor en esa ocasión. Mucho mayor. La pantalla en negro y el guión blanco parpadeante parecían burlarse de ella, disfrutar de su ansiedad.

—¿Estás segura?

Agradeció que no intentara fingir que no sabía de lo que hablaba.

—Sí. Júrame que estará a salvo.

—Tengo entendido que ese tío representa un peligro para ti.

—No me importa lo que te hayan dicho. Yo me encargo de mis propios asuntos. Tú solo cancellalo.

El guión parpadeó durante los largos segundos que Veyron tardó en responder. Cada uno de esos parpadeos amenazó con que fuera demasiado tarde.

—De acuerdo.

Suspiró. Posó las manos en el teclado, pero se dio cuenta de que no tenía nada más que decir. Las palabras acudían a sus labios, pero no había ninguna que resultara conveniente poner por escrito. No pensaba darle las gracias ni tampoco explicarse. Estaba furiosa con Veyron y con Jason, furiosa consigo misma, furiosa con Daniel. Estaba hasta los cojones de todo el mundo.

Con un clic del ratón cerró el programa.

40,
Jueves, 08 de junio – 17:48 h.
New Scotland Yard. Londres

La sala de reuniones siempre le había parecido amplia, pero aquella tarde se quedaba pequeña para albergar a los hombres que el inspector Ryman tenía ante sí. Se habían sentado alrededor de la imponente mesa ovalada, y las sillas desaparecían bajo los cuerpos vestidos con un muestrario de uniformes de todas las fuerzas de seguridad imaginables. Aguardaban en silencio, con la espalda recta, la mirada firme y las manos sobre la mesa de madera oscura, tan pulida que los trazos sinuosos de las vetas apenas distorsionaban los reflejos sobre la superficie. No se oía en la sala más que el susurro apagado de dieciocho respiraciones, pero aquella quietud no ocultaba la incomodidad de los convocados. No se conocían entre ellos, no sabían por qué estaban allí ni para qué y, aunque trataban de disimular, Daniel se había percatado de que observaban con recelo el apósito que le cubría la herida de la frente.

Aún le dolía. Para poder acudir a esa reunión había tenido que pelearse con Saunders y con el jefe, y ni siquiera había tenido valor para decirle a Kathleen que, en vez de ir a casa como había prometido, había vuelto al trabajo. Pero no tenía opción, Saunders se había pasado días preparando aquel encuentro, y no iba a faltar porque le doliesen las costillas y la cabeza. Aunque vaya si dolían, joder. No se había tomado un analgésico para que no le embotara la

mente, pero sentía el lateral derecho del cuerpo como si le hubiera pasado por encima un camión, y los latidos constantes en la cabeza eran como martillazos en una forja.

Tomó aire, aguantando el dolor que sentía al respirar, y se concentró en la reunión que tenía por delante. Casi nadie del departamento estaba al tanto de lo que iba a suceder en esa sala cerrada. Las cortinas de lamas, que solían estar abiertas, se habían bajado para ocultar los cristales que comunicaban con el pasillo; la puerta estaba resguardada desde fuera por dos agentes armados; mientras que, desde dentro, Saunders se apoyaba en ella con los brazos cruzados, como si se hubiera metido demasiado en el papel de gorila de discoteca. Incluso las persianas de las ventanas exteriores se habían cerrado, cosa que no había constancia de que hubiera sucedido antes en los años de historia del edificio. Nadie debía enterarse de lo que iba a hablarse allí ni de quiénes eran los asistentes a la reunión, pues todos ellos tenían precio puesto a su cabeza. En esa sala, esa tarde, se había concentrado la flor y nata de los francotiradores en activo del Reino Unido: dos miembros de los Royal Marines, cinco de la British Army, tres de la Royal Air Force, cuatro del Special Air Service y dos especialistas en armas de fuego de la policía. Cada uno había sido investigado y descartado como sospechoso antes de ser convocado a la cita, pero Daniel sabía que cualquiera de ellos era capaz de hacer lo que hacía el Fantasma y no dejaba de preguntarse si tendría a su hombre delante de él, en esa misma habitación.

Dispuestas sobre la mesa había diecisiete carpetas azules cerradas, sin ninguna identificación: ni números ni códigos ni logotipos. Ninguno de los hombres la había abierto, a la espera de que el inspector les diera la orden de hacerlo.

Se armó de valor para enfrentarse a la reunión en la que tantas esperanzas había puesto. Respiró. Se arrepintió tan pronto el latigazo de dolor le atravesó el pecho, pero

reprimió el gemido que acudió a su garganta y comenzó a hablar.

—Caballeros, muy buenas tardes. Antes que nada quiero darles las gracias por haber acudido a esta reunión. Sé que no saben aún cuál es el motivo de la misma, pero les aseguro que se trata de un asunto de vital importancia para la seguridad nacional. Todos han firmado un documento de confidencialidad al entrar aquí y las carpetas que tienen ante ustedes son el porqué de esa confidencialidad. Nadie, ni siquiera sus superiores, debe saber lo que están a punto de leer, ¿me entienden? Es alto secreto.

Sin una pregunta ni una señal de desconfianza, los uniformados asintieron al unísono.

—Estos papeles —continuó el inspector, dando un golpecito con los dedos sobre la carpeta que tenía ante sí y que era igual a las de los demás— son informes relativos a un asesino a sueldo que lleva varios años actuando por todo el territorio. Es un francotirador y, como van a leer, es un francotirador excepcional. Por eso necesitamos su colaboración.

Los hombres se miraron entre sí y comprendieron, por primera vez, quién era cada uno de ellos. Daniel decidió confirmarlo.

—Son ustedes los mejores francotiradores de que disponemos, por eso necesitamos su ayuda. El tirador que buscamos ha tenido que recibir entrenamiento de élite, así que necesito que lean estos informes y me digan si conocen a alguien o si han oído hablar de alguien capaz de llevar a cabo estos asesinatos, ¿de acuerdo? —Tras darles un segundo para asimilar la información, añadió—: Procedan, por favor.

Los tiradores abrieron las carpetas. Durante largos minutos, pasaron las hojas, analizaron los datos, observaron los mapas y los gráficos, y volvieron atrás para confirmar alguno de ellos o releer algo o lo que fuera. En silencio absoluto, se mostraron entre compañeros uno u otro punto,

negaron o asintieron con la cabeza, y siguieron pasando las hojas. Daniel supo que la idea de reunir a aquellos expertos había sido acertada y esperó que diera algún resultado.

Tras largo rato de silencio, interrumpido tan solo por el aleteo de los papeles, uno de los soldados levantó la vista hacia él.

—Permiso para hablar, señor. —Uniforme de camisa azul claro y pantalón oscuro, uno de los miembros de la RAF, sargento, a juzgar por su insignia; treinta y pocos años, alto, musculado, sus pómulos destacaban en un rostro anguloso.

—Adelante, sargento. Les pido a todos que hablen con libertad para que esto no se alargue demasiado. Los hemos llamado para que den su opinión, así que tienen libertad para hablar cuando necesiten.

El sargento de la RAF alzó en el aire el papel que había estado leyendo.

—Señor, ¿está seguro de que estos datos son correctos?

Algunos murmullos en la sala indicaron que no era el único que se hacía esa pregunta.

—Estoy seguro. Esos datos fueron tomados en cada uno de los escenarios por los equipos forenses de la policía. Todo ha sido medido y calibrado por profesionales.

—Pero este escenario es absurdo —protestó otro de ellos, SAS, uniforme oscuro y mejillas sonrosadas.

—¿Cuál? —se interesó Daniel.

El soldado mostró las palmas de las manos en actitud impotente.

—Casi cualquiera...

Varios tiradores le dieron la razón.

—Ahora comprenden nuestro problema —afirmó el inspector. Junto a la puerta, Saunders gruñó con gesto resignado. Sus ojos negros reflejaron las luces fluorescentes del techo—. Ustedes saben mejor que yo que un disparo a esa distancia es difícil de confundir con cualquier otra cosa. Tienen las fotos de las víctimas y de los restos de las balas

encontradas. ¿No creen que sea obra de un francotirador?

—Sí, lo son, pero... ¿de esa manera?

Hasta el último de ellos negó con la cabeza antes de devolver la atención a los informes. Durante unos minutos, el silencio volvió a imponerse.

—El problema no son los disparos en sí mismos. —Lo rompió otro miembro de la SAS, algo mayor que el primero y rapado al cero—. Cualquiera de nosotros podría hacerlos. Centenares de tiradores en todo el mundo también, pero...

—¿Pero? —jaleó el inspector, sin querer pensar en el dato de cientos de tiradores capaces de hacer lo que hacía el Fantasma.

—¿Cuánto tiempo habría que esperar para obtener un tiro así de limpio? —preguntó uno de los policías, un hombre con una tupida barba rubia—. El del marchante de arte, por ejemplo. Recuerdo el caso y ya entonces no me lo pude creer. ¿A través de una puerta? ¿En serio?

Daniel detectó la incredulidad en su voz y sintió que la frustración se adueñaba de él. No estaban allí para alabar las habilidades del Fantasma, sino para encontrar un sospechoso.

—Señores, por favor, soy el primero que sabe lo extraños que son estos trabajos, pero necesito un nombre, una idea.

Comenzaba a sospechar que, al final, todo aquel esfuerzo no habría servido para nada.

—Frank Parker. —Se escuchó en la sala.

Buscó con la mirada al que había hablado, pero se detuvo al observar que los hombres reían.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quién es Frank Parker?

—Olvídelo. —Uno de los miembros del SAS desechó el nombre con un gesto de la mano.

—No, ¿quién es?

—Frank Parker es un mito, señor. Era un SEAL americano. Dicen que fue el mejor francotirador de la

historia. Supongo que él lo habría hecho así.

—¿Por qué?

—Porque Frank Parker vivía esto como... —Como una religión... —Sí... —Un arte... —A él le gustaba hacerlo todo... —Difícil... —Bonito... —Era...

Hablaban todos a la vez. El inspector levantó las manos para que se callaran. Lo hicieron de inmediato.

—¿Dónde está Frank Parker ahora?

—Muerto. Cayó en una misión, nadie sabe dónde.

Daniel se recostó en la silla. Un latigazo de dolor le arrancó un gemido al atravesarle el torso de arriba abajo. Los hombres lo miraron con curiosidad, pero ninguno dijo nada.

—Por favor, limítense a sospechosos factibles —regañó Saunders desde la puerta.

—Ese es el problema —respondió uno de los soldados de la armada—. No tenemos ninguno. ¿Seríamos capaces de realizar un tiro así? Desde luego, pero ¿lo haríamos si tuviéramos que matar a alguien? ¿Esperar horas a que se dieran las condiciones adecuadas? Desde luego que no. Hay cientos de momentos más fáciles y más rápidos.

—¿Por qué creen que lo hace así?

—Señor. —Un agente de los Royal Marine habló por primera vez y su voz extendió el silencio hasta el último rincón de la sala. Era el mayor de los presentes, sus ojos eran claros y su expresión resultó categórica mientras se inclinaba hacia delante y entrelazaba las manos sobre la mesa. Por la actitud de sus compañeros, Daniel imaginó que, aun sin haber dado nombres, los tiradores allí reunidos sabían quién era y, fuera quien fuese, merecía su respeto—. Nuestro trabajo es duro, consiste en matar personas y eso no lo podemos olvidar, aunque nos digan que esas personas merecen morir o que deben hacerlo por un bien mayor. — Daniel notó que se le ponían los pelos de punta. El agente continuó—. Pero nuestro trabajo, al menos para nosotros,

también es un reto. Ver a qué distancia somos capaces de llegar, a qué velocidad podemos disparar, qué MOA obtenemos...

—La puntería.

—Exacto. Creo que este tirador se considera un artista. Creo que hay algún motivo por el que intenta hacer las cosas de la manera más difícil posible. Como si quisiera impresionar a alguien.

Daniel asintió. Los psicólogos del departamento ya habían expuesto esa teoría, aunque no les había llevado a nada más. Había esperado un nuevo punto de vista, pero a lo mejor podrían profundizar en ese.

—¿A quién?

—Quién sabe: un mentor, ustedes...

—No, no creo que sea a los investigadores — interrumpió un sargento de la RAF, con la mirada clavada en uno de los informes—. No firma los casos aparte de disparar siempre a la femoral, y eso no es tanto una firma como eficiencia. Yo no creo que piense siquiera en la policía, no le preocupa ser perseguido, no busca notoriedad ni fama.

—Eso es raro para un asesino en serie —dijo Daniel, tal y como había leído en los primeros informes psicológicos.

—Es que no es un asesino en serie —rebató uno de los compañeros del sargento—, es un profesional. Es su trabajo y es muy bueno. Yo apostaría a que no nos quiere impresionar a nosotros, sino más bien a un mentor o un maestro. Ya sabe, en plan: «mira lo que puedo hacer, mira lo que he aprendido»

La teoría resultaba interesante, pero también preocupante. Si quería decir que alguien le había enseñado a hacer lo que hacía, debería suponer que había dos personas con las mismas habilidades. ¿Frank Parker?

—¿Están seguros de que ese Frank Parker murió?

—Con los SEAL no se puede estar seguro de nada — respondió un teniente de la British Army, con una sonrisa

que el resto de colegas compartió como un chiste privado—. Las identidades están protegidas y las actuaciones son alto secreto, pero en el mundillo se dijo que había muerto, y es cierto que nunca se ha vuelto a oír nada sobre él.

—¿Desde cuándo? ¿Cuándo se supone que falleció?

—A finales de los 80 o primeros 90 —concluyó el respetado miembro de los Royal Marine, tras unos segundos de reflexión—. No recuerdo la fecha exacta, pero fue por aquella época.

Daniel se sorprendió.

—Pero hablamos de hace una eternidad. La mayoría de ustedes ni siquiera tenían edad de alistarse en aquel entonces.

—Su leyenda continúa —bromeó un sargento del SAS.

El inspector ignoró el comentario. Más de un psicólogo había expuesto la posibilidad de que el Fantasma estuviera retirado, dada la cantidad de tiempo libre de que disponía para esperar el tiro perfecto. Frank Parker sonaba bien, pero estaba muerto. ¿Cómo podría estar seguro de eso? Debía investigarlo, aunque dudaba mucho de que el gobierno americano estuviese dispuesto a colaborar. Ya lo había dicho el soldado: «con los SEAL no se podía estar seguro de nada».

41,
Viernes, 09 de junio – 14:36 h.
Casa de Kathleen. Londres

Kathleen cerró la puerta y tiró las llaves sobre el cuenco que había en la mesita, destinado a tal efecto. Pero falló, y las llaves cayeron al suelo con un estrépito metálico. Los perros, que habían ido a recibirla, retrocedieron sobresaltados. Ella rió con desgana. No estaba teniendo un buen día. El aburrimiento, que había comenzado con la notificación en la agenda del móvil de una reunión con un cliente, había acabado por extenderse por su ánimo como una enfermedad infecciosa. Los días se sucedían sin que nada avanzase, insulsos días de espera que no merecían ser tenidos en cuenta. Estaba cansada, cansada de los problemas que se le echaban encima sin dejarle un momento para respirar. El único momento bueno era estar con Daniel, e incluso entonces la culpabilidad le atenazaba el corazón.

Se agachó con un resoplido propio de una anciana y recogió las llaves, luego las depositó, despacio y con cuidado, en el cuenco.

La entrada de un mensaje hizo pitar su teléfono móvil dentro del bolso.

«Baja. Tengo noticias.»

Era de Jason. La habría visto llegar a través de las cámaras de seguridad que rodeaban la casa. Tengo noticias. Corto, conciso, tenso. No tuvo duda de que se trataba del asunto de Yates. No habían llegado a definir si lo terminarían

o lo dejarían con vida. En el fondo de su corazón, había esperado con ilusión infantil que el problema se solucionara por sí solo, que el abogado muriera de un ataque al corazón o algo igual de arbitrario. Pero no, por supuesto, y ahora Jason tenía noticias.

Se derrumbó en la silla cuando llegó a la Base.

—Dime.

—Se llevan a Yates a prisión. Esta tarde lo trasladarán a Wandsworth.

—¿Esta tarde? ¿Cómo te has enterado, has vuelto a intervenir los ordenadores de Scotland Yard?

—Mejor que eso. He intervenido el de una periodista, Kelly Knight, no sé si te suena.

Ella puso cara de estar perdida. No solía ver la televisión.

—Una tía buena que sale en las noticias —dijo Jason—. Siempre está en medio de todo el jaleo. Tiene informadores en la policía y me están informando a mí, de paso.

—Eso es genial.

El informático sonrió halagado. Se giró hacia el monitor y le mostró la hoja de ruta que seguiría el convoy, porque por Dios que aquello parecía un convoy de guerra.

—Madre mía, ¿y todos esos coches?

—Esa es la parte mala —respondió él—. Han montado todo un dispositivo de seguridad. Lo sacarán del hotel por el garaje, como se suponía que iban a hacer la otra vez, y harán el trayecto en un furgón blindado rodeado de coches y motos, a través de calles cortadas. Al llegar a prisión, lo meterán también por el garaje.

—Es como si trasladaran a la reina...

—Contábamos con algo así.

Era cierto. Siempre habían sabido que, cuando se hiciera el traslado —pues también habían sabido siempre que acabaría habiendo un traslado— sería lo más seguro posible.

—Estudiaremos los alrededores de la cárcel, a ver qué

opciones hay.

Jason abrió un mapa en el ordenador, como si hubiera esperado esa orden.

—Hay varios rascacielos en un radio de dos kilómetros: Clapham Junctions, Battersea Reach, Sudbury House, Triple Flats Complex y West Wandsworth... Son todos edificios de viviendas.

En el centro del plano, la cárcel de Wandsworth se dibujaba como la mítica estrella de navidad: una mole con seis alas que partían de un centro común. Los edificios que Jason había nombrado, en cambio, pese a que había golpeado sobre ellos con la parte trasera de un bolígrafo, apenas se distinguían. La distancia de la foto era tal que no resultaban más que manchas difusas entre las miles de construcciones grisáceas que formaban los barrios alrededor de la prisión.

—Dependerá del área de la cárcel donde lo recluyan.

—Sí. Ya estoy accediendo al sistema, te avisaré en cuanto tenga algo, pero he visto que todas las celdas tienen una ventana al exterior, así que, por un lado o por otro, dispondrás de una línea limpia de tiro.

Kathleen sonrió de nuevo. El trabajo se encaminaba.

—Hay algo más —continuó él— Han vuelto a solicitar informes sobre ti a los psicólogos de la policía. A esos todavía los tengo bajo vigilancia. Entre los archivos que les han enviado iba la transcripción de una reunión que tu novio ha mantenido con un grupo de francotiradores.

Ella desoyó el apelativo, ya se había acostumbrado al sarcasmo de su socio. Le debía al menos eso.

—¿Para qué?

Jason contrajo un hombro.

—Ya que suponen que perteneces a algún cuerpo militar, imagino que por si a alguno de ellos se le ocurría quién puedes ser. —Kathleen asintió, era una premisa inútil, pero no una mala idea—. Por supuesto, no han llegado a ninguna

conclusión, solo las mismas teorías de siempre, como que intentas impresionar a alguien.

Ella torció la boca, ya había escuchado con anterioridad aquella ocurrencia absurda. Le habría gustado preguntar a alguno de los supuestos expertos a quién intentaba impresionar.

—Y tienen un nombre —dijo Jason—. Un SEAL americano llamado Frank Parker.

Ella parpadeó. Frank Parker. El nombre se llevó con él cualquier otro pensamiento. Como si el mundo se hubiera detenido, como si la visión y el sonido se hubieran fundido en una niebla blanquecina, en dos palabras que habían cubierto cualquier otra cosa. No podía ser. Intentó disimular la conmoción que ese nombre había provocado. No lo logró.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Jason esperaba una explicación, pero ella no dijo nada. El corazón se le había disparado y un intenso temblor se había apoderado de sus extremidades. Nunca le había ocurrido nada parecido. Estaba mareada y sentía calor, una corriente de sudor reptaba por su columna pese al frío que siempre reinaba en la Base.

—Kat. ¿Estás bien?

La voz del informático empezaba a sonar alarmada, pero ella apenas era consciente de que él seguía allí. Su mente estaba demasiado ocupada preguntándose a gritos cómo habían llegado hasta ese nombre y, sobre todo, qué sabían de él.

—¿Qué saben de Frank Parker?

Jason respondió sin necesidad de consultar el ordenador.

—Nada —dijo—. Parece ser que uno de los tiradores lo nombró como a una especie de mito entre ellos. Que le gustaba trabajar como a ti y hacerlo todo difícil, pero dicen que está muerto. El poli va a intentar averiguar algo de él a través de la embajada americana, pero sabemos que no le darán ninguna información sobre un SEAL.

Kathleen asintió lentamente. Era verdad, Frank Parker había muerto hacía años y Daniel jamás podría llegar hasta él. Eso estaba bien, debía relajarse, no iba a pasar nada. Frank Parker bien podría ser solo una leyenda urbana en lo que a él respectaba.

—¿Quién es? —preguntó Jason.

Kathleen no contestó. No se encontraba con fuerzas para hablar de ese tema ni para dar explicaciones. Tampoco para mentir, que habría sido lo más sencillo.

Probó a ponerse en pie. Al comprobar que las piernas eran capaces de sostenerla, se dirigió a la puerta y abandonó la habitación.

Recorrió el largo pasillo de vuelta a la casa, abrió la puerta de seguridad y salió a la biblioteca. Los perros se levantaron del suelo con entusiasmo. La estantería se cerró con un clic cuando la cruzó. Quiso apoyarse en ella, descansar contra su firmeza familiar y recuperar la respiración y el ritmo cardíaco. Pero, o poco lo conocía, o Jason atravesaba en aquel momento el mismo pasillo que ella acababa de dejar atrás. No quiso enfrentarse con él allí, de pie, temblorosa y con un nudo desde la garganta hasta el estómago, un nudo enorme que le impedía respirar.

Salió de la biblioteca. Los perros rozaron los morros contra sus manos, en busca de atención. Ella sintió de lejos la humedad de sus trufas en los dedos. Subió las escaleras hasta la segunda planta y se dirigió al dormitorio. Se sentó en la cama, de espaldas a la puerta, y, sin darse cuenta, se derrumbó en posición fetal con las piernas recogidas contra el pecho y las manos bajo la almohada. Vacía como un muñeco de trapo al que le hubieran arrancado el relleno. Los perros le daban pequeños empujones en las piernas con los hocicos, pero ella cerró los ojos y los ignoró. A los pocos minutos, distinguió unos pasos por la escalera. Puck y Sabriel no reaccionaron, estaban tan acostumbrados a la presencia del informático como a la de ella misma.

No tardó en escucharlo entrar en la habitación y en sentir el peso de su cuerpo en la cama, detrás de ella, a la altura de sus piernas encogidas.

—Nunca me has hablado de él —dijo—. De tu padre.

Kathleen no lo miró.

—¿También tienes hackeados a los SEALS?

—Te tengo hackeada a ti. Llevo muchos años a tu lado como para saber interpretar tus reacciones.

Ella guardó silencio. Podría quedarse en silencio durante horas, cerrar los ojos y esperar a que él se cansara y se fuera sin esas respuestas que había ido a buscar. Pero él no lo haría, maldita fuera su paciencia. Se quedaría allí a cuidar de ella como había hecho siempre, a cambio de nada.

—No hay nada que contar —se rindió, como un jugador de ajedrez que acepta la derrota—. Murió hace años, eso lo sabes.

—Sí —confirmó él—. Eso sí, pero nada más. ¿Era de los SEAL?

—Él me enseñó a disparar.

Jason llevaba años queriendo saber cosas sobre ella, cosas como cuándo y por qué, y solo había recibido silencios.

—No debes preocuparte. —Le acarició el brazo y notó que temblaba—. Nunca conseguirán nada de los americanos. Todo lo relacionado con los SEAL es secreto de estado.

Ella esbozó una sonrisa triste. Al parecer, no la conocía tanto, pues no era eso lo que la preocupaba.

—Lo sé —dijo—. Es solo que hacía muchos años que no oía pronunciar su nombre.

—Háblame, Kat. Cuéntamelo.

Ella no dudó, ya no tenía fuerzas. Estaba agotada de esconderse, de mentir, de vivir entre secretos. Él era quien más cerca estaba de saberlo todo de ella y, aunque había cosas que seguirían ocultas, esa historia no tenía por qué ser una de ellas. Se giró hacia la mesilla y abrió el cajón. Sin mirar, sacó una fotografía y se la entregó. Jason la cogió con

reverencia, como si se tratara de un tesoro, tal y como se la había ofrecido ella.

Kathleen la conocía de memoria, se había sumergido en ella cientos de veces en busca de una realidad desaparecida demasiados años atrás. Si hubiera sabido pintar, habría podido recrear cada milímetro de aquella imagen, pero eso no le impidió mirarla de nuevo en las manos de su compañero, por una vez mucho más firmes que las de ella.

Los colores habían adoptado un tono desvaído y triste, como si se hubieran contagiado de lo que su dueña sentía al observarla. Era el único recuerdo que conservaba de su padre, el único que había logrado salvar de la hoguera a la que su madre lo había arrojado todo: las fotografías, los regalos, la ropa... Solo aquel retrato se había salvado, el retrato y las armas, y solo porque ella las había defendido entre gritos y lágrimas, dispuesta a acabar en el fuego por conservarlas.

Él vestía el uniforme de camuflaje —Kathleen ni siquiera era capaz de recordarlo de otra manera—, llevaba el pelo rubio cortado a cepillo y sonreía mientras sostenía a su hija, de once años, sobre las piernas. Su madre, con el cabello pelirrojo del mismo tono que el de ella, sonreía igual que él, como no había vuelto a hacer desde entonces. La pequeña Kathleen llevaba el pelo recogido en una coleta y un colorido jersey de invierno. Sonreía también, o quizá reía en una carcajada congelada en la memoria.

No se veía más. El resto de la escena se había perdido para siempre, pero ella no necesitaba verla para reconocer el lugar donde se había tomado la foto: el jardín trasero de la casa en la que se había criado. Detrás del fotógrafo, quienquiera que fuese, había un columpio, un pequeño huerto en el que su madre cultivaba hortalizas y verduras, y algún juguete tirado con descuido por las manos infantiles que ahora temblaban al recordar. A continuación, aparecía el bosque, el sitio donde más feliz había sido, donde su padre la

había enseñado a disparar, a manejar un arma casi antes de que aprendiera a caminar. Pistolas, primero, y después, fusiles y rifles que eran más grandes que ella misma. Ese había sido el único modo que se le había ocurrido para pasar con su hija el poco tiempo que permanecía en casa entre misiones, y ella se había entregado al aprendizaje con entusiasmo. Absorbía las lecciones cuando él estaba y, cuando se marchaba —nunca se sabía para cuánto tiempo ni adónde—, se esforzaba en mejorar para sorprenderlo a la vuelta. Durante horas, disparaba a los pájaros en el bosque, demasiado lejos de los vecinos como para que nadie la oyera o viniera a molestarla.

—Un día no regresó —dijo, como si Jason hubiera estado dentro de su cabeza, siguiendo el hilo de sus recuerdos—. Vinieron a casa dos oficiales vestidos con uniformes de gala. Yo estaba en mi habitación y oí a mi madre gritar. Tuvo un ataque de histeria: daba puñetazos al suelo, se arañaba la cara, se tiraba del pelo... Yo no necesité que nadie me lo explicara. Lo supe. Y no quise verlo, no quise estar allí, no quise que me lo dijeran. Agarré uno de los rifles de mi padre y corrí al bosque.

Jason la escuchaba con la vista fija en la fotografía. Los ojos de aquella niña no eran los mismos que él conocía, aquellos eran alegres y despreocupados, dos cosas que Kat no había sido nunca, y ahora empezaba a entender por qué.

—Estuve allí durante horas —continuó ella—, no sé cuántas, sola, disparando a todo lo que veía. Maté a decenas de pájaros y ardillas, algún ciervo... Ellos pagaron mi rabia hasta que se me acabó la munición. —Esperó un momento, y luego decidió seguir—. Me encontraron de noche, dormida bajo un árbol y abrazada al rifle de mi padre. Nunca volví a disparar a un animal.

Jason levantó la vista y miró a su socia. Creyó que estaría llorando, pero no era así, Kat nunca lloraba. Aunque sí temblaba. Le apoyó una mano en la cadera, pero ella no

reaccionó.

—¿Qué pasó después? —se atrevió a preguntar.

—No mucho, al principio. Mi madre... desconectó, no sé decirlo de otra manera. Pasaba los días encerrada en la habitación, metida en la cama. Dejó el trabajo, dejó de limpiar, de cocinar... Yo me encargaba de mantenernos con vida a ambas, pero, siempre que podía, volvía al bosque. Colocaba dianas, latas, globos al viento y cintas amarradas a los árboles que se agitaban con el aire, y disparaba durante horas. Y lloraba y gritaba y lo llamaba y disparaba... —Tragó saliva antes de proseguir—. Mis abuelos maternos acudieron a nuestro rescate poco después, cuando se enteraron de la situación. Nos ofrecieron regresar a Escocia y eso hicimos.

—¿Cómo fue eso para ti?

Kathleen negó. Quería aparentar que nada de todo aquello la había afectado, pero él no iba a creer tal mentira. Ambos lo sabían, aunque siguieran jugando a ese juego.

—No me preocupó demasiado. Mi vida en América ya era una mierda y no iba a empeorar en Escocia. Lo único que me importaba era no dejar de disparar. Era lo que me mantenía unida a él, de alguna extraña manera, como si estuviera a mi lado y me corrigiera o me diera instrucciones, como si nunca se hubiera ido. A veces era capaz de verlo junto a mí. Llegué a creer que me volvería loca, pero sobreviví.

—¿De dónde sacaste las armas? Europa no es Estados Unidos.

Kathleen, por fin, giró la cabeza y lo miró con una sonrisa traviesa. Él sonrió con alivio. Ella seguía allí, en algún sitio.

—Nos dijeron que no podríamos traerlas a no ser que las inutilizáramos, que no podíamos tener aquellas armas militares. Así que las inutilizamos.

—Pero tú sabías arreglarlas.

Ella asintió y la sonrisa traviesa se volvió nostálgica.

Bajó la mirada de nuevo.

—Él me había enseñado todo lo que sabía: a armarlas, desarmarlas, arreglarlas... No me costó demasiado. La casa de mis abuelos estaba en medio de ninguna parte, había kilómetros de planicies y bosques y unos acantilados en los que el mar rugía como si quisiera ocultar cualquier otro ruido. Además, era una zona en la que se practicaba la caza.

—Qué oportuno —bromeó él.

—¿Verdad que sí?

Kat dobló la mano para pedirle la fotografía y él se la devolvió. Ella la miró una última vez antes de retornarla al cajón. Aquello había sido todo, ya no habría más confidencias.

Aunque lamentó quedarse a medias, Jason se sintió un privilegiado por lo que había recibido. Se acostó junto a ella, la abrazó por la espalda y dejó que sus respiraciones se fundieran en una.

42,
Viernes, 09 de junio – 19:06 h.
New Scotland Yard. Londres

El furgón salió del aparcamiento del hotel escoltado por tres coches y dos motos policiales. El sol contra las carrocerías lanzaba destellos a la cámara que, desde un helicóptero a enorme distancia, enfocaba la escena. La voz de la popular periodista Kelly Knight retransmitía en directo el recorrido que seguía el convoy a través de las calles de la ciudad.

En el edificio de Nuevo Scotland Yard, el inspector Daniel Ryman se retorció de rabia ante el televisor del departamento. No había logrado evitar que aquella entrometida siguiera la operación, pero tampoco habría imaginado que la cámara tuviera suficiente *zoom* como para enfocar con tal claridad a pesar de la distancia mínima que los había obligado a mantener.

Al ritmo de las aspas del helicóptero, cuya música intermitente se colaba por encima de la voz de la locutora, sus dedos tamborileaban sobre los brazos, cruzados contra el pecho. Trataba de examinar cada edificio, cada ventana, cada acera junto a la que pasaba la comitiva, en busca de cualquier actividad sospechosa. Pero todo, y al mismo tiempo nada, llamaba su atención.

Era ridículo, él lo sabía mejor que nadie. Si el Fantasma quería disparar a Yates no habría nada que pudiera hacer para evitarlo. Pero también sabía que no sería ese el momento elegido. El detenido iba esposado en el interior de

un furgón blindado sin ventanas, lo habían sacado por el aparcamiento del hotel, lo introducirían en la prisión de Wandsworth también por el aparcamiento, y el recorrido apenas duraría veinte minutos entre calles cortadas y vigiladas. Era como si escoltasen a la reina, había bromeado Saunders, pero a él no le había hecho ninguna gracia.

Esa no era la forma en la que trabajaba el Fantasma. Si algo había aprendido sobre él era que no le gustaban las prisas. Lo haría en la cárcel, con tiempo. Su hacker averiguaría en qué ala del edificio iba a estar la celda y los horarios para el patio, se aprendería los mapas, buscaría la mejor posición y lo mataría. Y él no podría evitarlo.

—¿Dan?

Se giró al oír que la voz de Saunders lo llamaba desde atrás. Media docena de agentes se habían congregado a su alrededor para observar el traslado del gran empresario a la cárcel, así que los detectives hablaron en voz baja.

—Dime.

—Acaban de llegar los informes psicológicos.

—¿Cómo que los informes? Pedí que se pusieran de acuerdo y redactaran uno solo.

—Han enviado dos. Uno de los psicólogos se niega a ratificar el otro y ha realizado uno con sus propias conclusiones.

Daniel suspiró resignado.

—Está bien, dos mejor que diez, como teníamos hasta ahora. Vamos a verlos.

A duras penas lograron atravesar el grupo de agentes y curiosos que veían el despliegue en la televisión. Antes de abandonar la zona, el inspector se giró de nuevo y, entre las cabezas, cuellos y hombros de sus compañeros, miró la televisión por última vez. El furgón se encontraba ya en Walham Green y estaba a punto de llegar al puente Wandsworth. En menos de diez minutos alcanzaría la prisión y Yates estaría desprotegido. Rezó para que, al menos,

llegara allí con vida.

Saunders lo esperaba sentado ante la mesa cuando llegó. Había depositado sobre ella dos carpetas con el logotipo oficial del departamento y sendos números de identificación. Una de ellas abultaba mucho más que la otra.

—El más corto —explicó mientras el recién llegado ocupaba su asiento—. Es el que firman todos los psicólogos menos uno. Vienen a ratificar lo que habían dicho hasta ahora. Tienes las conclusiones al final.

Daniel abrió la carpeta indicada y pasó las hojas con rapidez hasta llegar al apéndice. Una lista detallaba las características que los psicólogos forenses atribuían al Fantasma:

- Asesino Organizado.
 - Raza blanca.
 - Entre 40 y 60 años.
 - Soltero, sin compromisos familiares. Con una vida aparentemente normal, aunque con tendencias antisociales.
 - Alto coeficiente intelectual.
 - Infancia pobre, posibles abusos.
 - Madre distante y/o ausente.
 - Padre ausente.
 - Perteneciente o exmiembro de una unidad de élite.
- Posible prejubilación.
- Meticuloso.
 - Alto nivel de autocontrol.
 - Alta autoconsideración moral.

Cerró el informe. Su compañero ya le tendía por encima de la mesa la segunda carpeta. El inspector la cogió. Lo primero que le llamó la atención no fue lo que decía, sino el formato en el que estaba escrito.

—¿Esto es de una máquina de escribir? —preguntó con incredulidad.

Saunders se rió.

—¡Ah, sí! Parece ser que la doctora que lo escribe le tiene manía a los ordenadores. Pero léelo, te va a sorprender.

—¿Más que una máquina de escribir?

Con una nueva carcajada, el sargento asintió.

—Mira las conclusiones —dijo—. Presenta algunas variaciones interesantes.

Daniel buscó la última página.

- Asesino organizado.
- Raza blanca.
- Mujer.

Arqueó una ceja en dirección a su compañero.

—¿Mujer?

Saunders le indicó con un gesto que continuara leyendo.

- Entre 30 y 50 años.
- Comienzo temprano en la criminalidad.
- Soltera y sin compromisos familiares.
- Alto coeficiente intelectual.
- Problemas en la relación con la madre.
- Padre ausente o desaparecido.
- Alto nivel cultural.
- Empleo no relacionado con las armas.
- Meticulosa.
- Alto nivel de autocontrol.
- Alta autoconsideración moral.

Al terminar releyó el tercer punto: Mujer.

—¿Mujer? —repitió.

—Y más joven que en el otro informe —dijo Saunders—. Sin referencias a tendencias antisociales ni infancia problemática. Y, lo más importante, empleo no relacionado con las armas.

Daniel cerró la carpeta y la lanzó sobre la mesa con desprecio.

—Esto es absurdo, alguien que no trabaje en esto no puede tener esa puntería. Y en serio, claro que hay mujeres

asesinas en serie, pero ¿francotiradoras? ¿Con este nivel?

Su compañero se encogió de hombros y Daniel sucumbió a la tentación de releer la lista. Buscó aquellos puntos que diferían de la versión aceptada por el resto de psicólogos. Era cierto que aquella no había llevado la investigación a ninguna parte, de modo que quizá valdría la pena probar una nueva teoría. Cerró la carpeta y buscó el nombre del psicólogo que la firmaba.

Una placa metálica sobre la puerta rezaba:

Dra. Laura Forman.

Psicóloga.

Tc. Criminalista.

Esp. Psicología Forense.

Mg. Psicología Jurídica.

El inspector Ryman golpeó con los nudillos. Estaba convencido de que la visita iba a ser una pérdida de tiempo y tampoco podía evitar la sospecha de que alguien le estaba tomando el pelo. Aun así, aguardó hasta que una voz femenina desde el otro lado le indicó que pasara.

El despacho estaba decorado con plantas que aportaban un toque de color al lugar. Varias librerías de madera clara se erguían contra las paredes; junto a ellas, dos sillones de color beige formaban una zona de reunión. La mesa de trabajo presentaba un orden casi maniático pese a la ingente cantidad de libros y papeles que se disponían sobre ella, apilados en columnas ordenadas por tamaño. En el centro, se encontraba la famosa máquina de escribir con la que se había elaborado el informe que el inspector tenía en la mano. Tras ella, su silueta recortada contra una ventana, la doctora Forman lo miraba con una sonrisa. Era una mujer de color de unos sesenta y pocos años, con un inquietante parecido con Oprah Winfrey: mismo peinado, mismo aspecto profesional. Incluso el elegante vestido oscuro de manga larga habría

encajado a la perfección en el armario de la presentadora. Transmitía una calma suave. No parecía raro que un policía pudiera abrirse a alguien como ella si necesitaba ayuda psicológica.

—¿Inspector Ryman? —Daniel avanzó hacia ella y estrechó la mano que le tendía—. Siéntese, por favor. Le ruego que me disculpe un segundo en lo que termino esto.

El inspector tomó asiento mientras la doctora pulsaba con asombrosa rapidez las duras teclas de la máquina, cuyo repiqueteo lo devolvió a un pasado dibujado en películas y libros, que no había llegado a vivir.

—Ya estoy con usted —anunció la doctora tras unos minutos—. Disculpe la espera, es que tenía este informe pendiente desde el otro día.

Daniel sabía que había cosas más importantes, pero no pudo evitar preguntar.

—¿De verdad aún trabaja con máquina de escribir?

Ella se echó a reír. Una risa musical y tranquila que sonó a que no le importaba un carajo lo que nadie opinara de ella.

—Sí. Es una antigualla, pero sé que esta vieja no me va a borrar el trabajo y que nadie puede entrar a cotillear lo que hago. No me fío de esos trastos modernos conectados siempre a internet.

Daniel recordó al hacker que colaboraba con el Fantasma y al que tanto odiaba. Quizás él mismo debería regresar al siglo pasado y volver a las máquinas de escribir. Descartó la idea con una sonrisa.

—No crea usted que anda falta de razón.

Laura Forman asintió como si jamás lo hubiera creído.

—Y bien —dijo—. ¿Ha venido a hablar del informe que le envié?

—¿Por qué está tan convencida de que es una mujer?

La doctora se recostó hacia atrás en la silla. La luz que entraba por la ventana a su espalda creó un juego de brillos

blanquecinos sobre su pelo negro.

—Sé que mis colegas no comparten mi opinión, pero es que, por lo que he visto en otros casos, a los varones les suele costar asimilar que una mujer pueda matar igual que un hombre, o mejor.

—Pero ¿por qué cree usted que el Fantasma lo es?

La psicóloga sacó de un cajón una copia impresa de la lista de casos atribuidos al francotirador y la depositó abierta sobre la mesa, de cara al detective.

—Por norma general —comenzó—, las asesinas femeninas son más precisas, más metódicas y más tranquilas que los hombres. También más pacientes. —Buscó una hoja concreta del informe y la señaló con el dedo. Daniel la identificó de un vistazo: el caso del marchante de arte—. Su asesina puede esperar horas hasta encontrar el momento perfecto, estudia la localización adecuada para cada crimen y planea su huida... No deja nada al azar.

Daniel negó.

—Esa no es cualidad específica de una mujer —rebatíó—, sino de un asesino profesional.

—Los hombres son más impulsivos —dijo la doctora— y más violentos. El método escogido por el Fantasma, como usted la llama, puede ser sangriento, desde luego, pero es limpio. Ella no se acerca a la víctima, no toca la sangre, no la huele ni lucha. A los asesinos varones les gusta demostrar su poder sobre la víctima y sobre los testigos: disparan al coche del objetivo en plena calle, torturan o asesinan con arma blanca para poder sentirlo, es casi una droga. Ella no busca eso. Es solo un trabajo y es pura eficiencia.

—No es el primer asesino a sueldo que utiliza este método —rechazó él. Su mano se dirigió al bolsillo de la chaqueta en busca de la caja de cigarros. Se sorprendió de encontrarlo vacío y, aún más, de haber realizado ese gesto que había abandonado hacía meses. Carraspeó y continuó—. Ha habido más francotiradores y todos han sido hombres.

—Lo sé. Por sí solo ese no habría sido motivo suficiente para declararla una mujer. Es todo lo demás lo que me lleva a esa conclusión. Todo lo que rodea sus trabajos y no el arma en sí. Su absoluto desinterés en el poder que su habilidad le confiere.

—¿No le interesa el poder?

La doctora Forman lo descartó con un gesto de la mano, como si eso hubiera resultado evidente desde el principio.

—En absoluto. Es consciente de que lo tiene, pero no es algo que use a su favor. Ella piensa que está repartiendo justicia. Podríamos decir que todas sus víctimas merecían morir, pero no se han encontrado motivos que la relacionen con ellas de un modo personal. No es ella quien decide, pero, sobre los encargos que le hacen, se permite elegir quién será su víctima y quién no.

Daniel recordó un detalle del caso que le había resultado llamativo desde el principio.

—Avisó a Peter Chapman.

—¡Exacto! —La doctora se inclinó hacia delante con los ojos brillantes de excitación y la piel morena ruborizada. Estaba convencida de que su teoría era la correcta—. Cuando la contrataron para matar a un hombre que, según ella, no se lo merecía, no solo no aceptó el encargo, sino que lo avisó para que pudiera defenderse. Los hombres que la habían contratado eran más merecedores de morir que el que habría sido su objetivo, y así lo decidió. Es más que poder, es justicia.

—¿La defiende?

Ella se echó a reír.

—En absoluto —contestó—. Me limito a exponer su visión de la realidad.

El inspector se inclinó sobre la mesa para señalar un punto en el informe que le había llamado la atención.

—Dice usted que no pertenece a ningún cuerpo de seguridad, es más, que no trabaja en nada relacionado con

las armas.

Ella juntó ambas manos ante la cara, por las yemas de los dedos, y asintió con una sonrisa.

—Quiere saber cómo se explica su habilidad con las armas.

—Todos los expertos coinciden en que una persona sin entrenamiento militar avanzado no puede realizar esos disparos.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Pero que haya recibido entrenamiento militar no significa que haya sido militar.

—¿Entonces?

Ella volvió a sonreír. Jugaba con ventaja, lo sabía, y disfrutaba administrando la información poco a poco, llevando a su oyente adonde quería.

—Hay algo en lo que mis compañeros y yo estamos de acuerdo, y es que esa manera de trabajar indica que intenta impresionar a alguien, aunque sea de forma subconsciente. Si su trabajo consistiera en disparar, lo haría todos los días y no necesitaría esforzarse cuando se está jugando que la atrapen, pero si lo hace en esos momentos es porque es la única oportunidad que tiene. ¿Me sigue? —Daniel asintió, nunca se le había ocurrido verlo así. La doctora continuó con la explicación—. Apostaría a que la persona a la que trata de impresionar es la misma que la enseñó a disparar y que, sea quien sea, sí era un militar de alguna fuerza de élite.

—¿Habla de un cómplice? ¿Alguien que sabe lo que ella hace?

La doctora negó, pasó tres páginas del informe y dio un par de golpecitos con el dedo índice en un punto concreto de la hoja. Levantó la mirada hacia él con una enigmática sonrisa que contrastaba con las delicadas facciones de su cara.

—Hay otra cosa en la que mis compañeros y yo estamos de acuerdo.

Daniel se inclinó para ver lo que el dedo de la doctora

señalaba.

- Padre ausente o desaparecido.

—¿Su padre?

—Apostaría lo que fuera. Esto no puedo asegurarlo, pero yo buscaría a la hija de un policía, o mejor de un militar de alguna unidad de élite, algún francotirador. Una mujer que no tenga hermanos y cuyo padre falleciera siendo muy pequeña, antes de los doce años, quizás incluso de los diez. Puede que la criaran en una institución después de eso, o sus abuelos... No sé. Estoy elucubrando, claro, esta ciencia no es tan exacta, pero esa mujer lleva disparando desde muy pequeña. Después de perder a su marido, no creo que una madre abnegada hubiera permitido a la hija jugar con armas. Lo que me lleva a que haya crecido en uno de esos países en los que no es impensable ver a niños con pistolas. Como Estados Unidos o algo así.

Una gota de sudor se había formado bajo la línea del pelo del inspector e inició en ese momento el descenso por su sien. Él notó por primera vez que hacía mucho calor en ese despacho, le costaba respirar. Con un nudo en el pecho, se recostó en el asiento para tratar de calmarse.

—¿Inspector?

La doctora lo miraba alarmada. Él quiso tranquilizarla con un gesto, pero la mano temblaba tanto que solo consiguió lo contrario. La mujer se levantó y rodeó la mesa hasta llegar a su lado. Sirvió un vaso de agua de una botella de cristal y se lo ofreció. El agua dolió al bajar por la garganta, seca como el polvo. La mano y los labios le temblaban y parte del líquido cayó sobre su camisa. El frío de la tela contra la piel resultó un alivio.

—Inspector, ¿qué ocurre? ¿Se encuentra bien?

—¿Hay... hay algo más que... que... quiera comentarme? —Las palabras tropezaban unas con otras dentro de su boca.

—No. Creo que no, si usted no tiene ninguna pregu...

Despacio, controlando bien el movimiento para no dejar caer el vaso al suelo, lo devolvió sobre la mesa. Cuando confirmó que se quedaba allí, estable, se levantó. Sentía las piernas débiles, pero pensó que lo sostendrían, al menos, hasta que saliera de allí.

Dio las gracias a la doctora y abandonó el despacho. Se adentró por la planta esquivando mesas y sillas y gente en la que apenas reparaba, cada vez más deprisa hasta divisar su objetivo a unos metros de distancia. Realizó ese último tramo a la carrera y consiguió llegar a los baños a tiempo para vomitar el almuerzo en el interior de la taza del primer retrete que encontró con la puerta abierta.

43,
Sábado, 10 de junio – 08:24 h.
Casa del inspector Ryman. Londres

La mañana del sábado 10 de junio amaneció fría. El aire que corría entre las calles arrastraba la basura a su paso: papeles que revoloteaban inseguros como pajarillos en prácticas y colillas que se amontonaban en las esquinas de las aceras, allí donde el viento las empujaba.

Dentro de un pequeño piso en pleno centro del SOHO, sin embargo, hacía calor. El amanecer se había colado sigiloso en el dormitorio del inspector Daniel Ryman y había descubierto una habitación sumida en una actividad salvaje. Dos cuerpos, apenas intuidos en la penumbra, se fundían entre gemidos, piel con piel, boca con boca. Una mano femenina buscó en el aire algo a lo que aferrarse, pero tan solo encontró la pared desnuda, así que fue en ella donde clavó los dedos. Un grito sofocado contra un hombro se vertió en el aire, seguido de un gruñido más profundo, masculino, y una blasfemia jadeada.

—Dios...

Luego el silencio, acostumbrado a reinar a esas horas, reclamó su lugar.

Kathleen gimió al notar que él se dejaba caer hacia un lado. Con el último jadeo de placer aún en los labios, giró la cabeza para mirarlo. Él no la miraba, miraba al techo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Claro —respondió él, lo que vino a confirmar que no

lo estaba en absoluto.

Llevaba raro desde la tarde anterior. Habían cenado casi en silencio y se habían acostado pronto. Ella había buscado su calor bajo las sábanas, pero él la había rechazado, aduciendo al dolor de las costillas. También había rehuido su abrazo, y hasta el beso de buenas noches había resultado frío. Al sentir sus ganas al despertar, había creído que ya estaba bien, pero los besos habían derivado en una sesión de sexo salvaje que olía a necesidad más que a deseo.

—Pensaba en mis padres.

Ella se echó a reír.

—¿En serio pensabas en tus padres en este momento?

Él sonrió, a punto de unirse a su carcajada. Casi.

—Ya. No. Bueno, tú me entiendes.

Ella se tumbó de costado, con la mejilla apoyada en el cuenco de la mano.

—Pues no.

—Es que... Pensaba que a mi madre le habrías gustado mucho. Me hubiera gustado que la conocieras. Incluso en la última época, cuando el cáncer ya no tenía remedio y estaba todo el día agotada por la quimio, seguía sonriendo. Siempre sonreía.

Kathleen se abrazó a él. La muerte de su padre había sido una pesadilla, pero no dudaba de que verlo apagarse entre dolores y hospitales habría sido peor.

—Era una mujer fuerte —continuó él—. Como tú. Una superviviente.

—Cada uno sobrevive como puede. —Él nunca sabría lo que ella había llegado a hacer para sobrevivir.

—Supongo que sí —coincidió él. La había envuelto entre sus brazos, pero los dedos reposaban estáticos sobre su espalda, y Kathleen era consciente de la incongruencia. Él siempre la acariciaba, pero no ahora. ¿Por qué?—. Debió de ser difícil para ti cuando perdiste a tu padre.

Ella notó que hasta el último de sus músculos se

tensaba y Kathleen, la novia se convertía en Kathleen, la mujer llena de secretos.

—Preferiría no hablar de eso.

—Aaron me contó que tu madre no lo llevó muy bien y que no mantienes mucha relación con ella.

Kathleen se levantó de la cama. Encendió la luz, pero tuvo que entrecerrar los ojos hasta acostumbrarse a la claridad repentina. Cuando pudo ver, cruzó la habitación en busca de su ropa, que descansaba sobre una silla cercana.

—No. No lo llevó nada bien y no tengo apenas relación con ella. —Se sentó en la silla para vestirse—. ¿A qué viene sacar el tema ahora?

Con gesto airado, Daniel se levantó y desapareció en el cuarto de baño.

—Perdona por querer saber algo de ti —exclamó con rabia desde allí—. No hablas de tu familia, no quieres que vayamos a tu casa, ni siquiera sé qué demonios haces en ese trabajo al que te dedicas. Todo son secretos.

La puerta se cerró de un golpe y Kathleen se quedó sola en el dormitorio, incapaz de reaccionar. ¿Qué podría decir? Cada una de esas afirmaciones era cierta, cada uno de sus reproches. Terminó de vestirse y fue al cuarto de baño. Daniel acababa de abrir el grifo de la ducha y se miraba en el espejo el vendaje que le cubría el costado izquierdo desde la axila hasta la cintura. Ella lo observó con culpabilidad. Él se giró al oírla entrar y ella se detuvo en el acto. Algo en el fondo de sus ojos le había puesto los pelos de punta.

Daniel sabía.

No podía estar segura, no tenía ninguna prueba, pero esa mirada de desconfianza había hablado por sí misma. Las preguntas repentinas, su primera pelea, los reproches. Pero, sobre todo, sus ojos.

Se dirigió a la ducha y cerró el grifo. El silencio se extendió por la habitación, roto por las gotas solitarias que se empeñaban en cumplir su destino.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿A qué viene esto ahora? Te he hablado de mi empresa. Podemos ir a mi casa, pero sabes que vivo lejos y tendrías que madrugar mucho para llegar a tiempo al trabajo.

—Tienes razón. —Sus palabras cortaban como el viento del norte—. De hecho ya voy a llegar tarde.

Se cubrió con una toalla y salió del cuarto de baño. Ella lo siguió. El despertador ni siquiera había sonado aún.

—No. Todavía es temprano. Dime qué demonios te pasa.

Él sacó unos pantalones del armario y se sentó en la cama, con cuidado al doblar el torso.

—Es que siento que no sé nada de ti. Que no puedo hablar de nada. —Levantó una pierna, con un lamento apenas contenido, y la metió en la pernera del pantalón. Luego repitió la operación con la otra—. Tu familia es tabú, tu trabajo tiene cláusulas de confidencialidad. No sé quién coño eres.

Ella se sentó en la silla que había ocupado unos minutos antes, cruzó las piernas y abrió los brazos. Sabía que se estaba metiendo en un lío del que quizá no supiera salir.

—Pregunta.

Él la miró sorprendido. Abrió la boca para preguntar, pero ninguna palabra acudió a sus labios y, tal como la había abierto, la cerró. Estaba asustado. Parecía asustado.

—Déjalo. Está bien.

Ella negó. Las palabras podían decir lo que quisieran, pero todo lo demás contradecía aquella frase. Su cuerpo estaba tenso, la boca, seria; pero, más que nada, sus ojos mentían con tristeza.

—Mi padre era policía en Dakota del Norte —comenzó ella—. Lo mataron en un tiroteo cuando yo era pequeña. Mi madre perdió la cabeza. Estuvimos un tiempo solas hasta que mis abuelos nos acogieron en su casa. Regresamos a Escocia con ellos y me crié allí hasta que fui a la universidad. Ellos murieron. Él primero, de un ataque al corazón, y ella poco

después, de lo mismo, aunque todo el mundo dijo que había sido de tristeza. Da igual. Apenas he vuelto a ver a mi madre desde entonces. Sé que se volvió a casar, pero nada más. ¿Qué más quieres saber?

Él casi aguantaba la respiración. Kathleen se levantó, fue hasta la cama y se sentó a su lado. Le cogió la mano y notó que temblaba. Él la retiró.

—Háblame de tu trabajo.

Inspira... espira... inspira... espira...

—Tengo una empresa de seguridad informática. Nos contratan para evitar ataques de hackers, para analizar la seguridad en redes y cosas así.

Él se levantó de la cama y cogió una camisa blanca del armario. Ella lo vio reprimir un gemido al ponérsela.

—Pero ¿tú eres informática? ¿Tú te encargas de hacer todo eso?

—No. De eso se encarga Jason.

—Jason Cole —pronunció el nombre como si supurara veneno—. Tu socio.

—Sí. Él es el mejor que hay.

Kathleen se aferró a la idea de que aquella rabieta se debiera a Jason. Él era una presencia constante en su vida, a nivel profesional y personal, aunque eso Daniel no lo supiera o, al menos, no supiera hasta qué punto. Quizá los celos estuvieran detrás de lo que le ocurría esa mañana.

—¿Él es un hacker? ¿Un pirata informático?

—Lo fue hace mucho, aunque no le gusta ese término. Ahora solo trabaja en el lado legal.

Esperó que él se sumara a la broma, pero no fue así. La situación tenía cada vez peor pinta y ya solo quería que dejaran de hablar de su socio.

—A lo mejor podría ayudarnos. —El tono sonó como si aquella hubiera sido una idea casual, pero algo le dijo a Kathleen que no lo era en absoluto.

Inspira... .espira... inspira... espira...

—¿En qué?

—El asesino que estoy persiguiendo tiene amplios conocimientos de informática. Se metió en los ordenadores de sus víctimas y se mueve bien por la red. —Ella guardó silencio. El ambiente se podía cortar con un cuchillo. De sierra—. A lo mejor podría pasarse por el departamento y echar un vistazo a lo que tenemos.

—No creo que le haga mucha gracia. —Por nada del mundo iba a permitir que Jason se reuniera con los agentes que los perseguían—. No le gusta mucho la policía...

—Qué curioso —murmuró él—, a ti tampoco.

Inspira... espira...

—No digas eso. Estoy contigo, ¿no? —Ella sonrió, pero tampoco en esa ocasión recibió nada de vuelta. Empezaba a cansarse de intentarlo.

—Está bien, déjalo. Ha sido una tontería. Tengo muchas cosas que hacer hoy. Será mejor que nos vayamos ya.

Kathleen estuvo de acuerdo. Quería salir de allí. Él la acompañó hasta el recibidor, donde se despidieron con un beso frío.

Bajó las escaleras hasta la calle y se detuvo un momento junto al portal. En su mente bullían un centenar de miedos que amenazaban con volverse realidad.

Daniel lo sabía. De alguna manera lo había averiguado o lo sospechaba, que al final era lo mismo. Y esa insistencia en hablar de Jason solo podía significar que también sabía que él estaba involucrado.

Se alejó de la casa y miró hacia arriba. Daniel la observaba desde la ventana del salón, difuminado como un fantasma medio oculto tras la cortina. Ella agitó la mano en el aire y él la imitó para desaparecer un segundo después entre las sombras.

Quiso correr hacia el coche, pero no lo hizo. Caminó.

Inspira... espira... inspira... espira...

La línea verde del lector de huellas ascendió y descendió por su pulgar. Un instante después, la puerta de la Base se abrió.

El lugar estaba oscuro. Vacío. Le resultó tan extraño que casi creyó haberse equivocado de sitio.

—¿Jason? —lo llamó en la oscuridad, aunque sabía que su socio no estaba allí y se sintió estúpida por intentarlo siquiera.

Como sabía que ocurriría, nadie contestó.

Encendió las luces y aguardó a que los fluorescentes terminaran de parpadear con sus característicos chasquidos. Después, se dirigió a la mesa y cogió el auricular del teléfono. Marcó el número. Él respondió al tercer timbrado.

—Dime.

—¿Dónde estás?

—En RascarHealth, trabajando. Tenemos un trabajo, ¿recuerdas?

Ella maldijo su despiste.

—Cierto, perdona. ¿Te falta mucho? Tenemos que hablar de uno de mis clientes.

Él lo entendió sin necesidad de detalles.

—Pues va para largo. Si quieres, ve revisando los archivos que tengo abiertos en el ordenador. Son sobre las ubicaciones que habíamos visto para el servidor.

Kathleen decodificó el mensaje: «Los posibles lugares desde los que realizar el trabajo de Yates».

—Eso haré, gracias.

—¿Me necesitabas para algo urgente? ¿Quieres que vaya ya?

Ella dudó. No tenía nada, solo sospechas, intuiciones sacadas de detalles triviales en un hombre al que apenas conocía: miradas, tonos de voz, gestos.

—No. Te lo explicaré cuando vengas. Seguro que no es nada.

Colgó y rezó para no estar equivocada.

44,
Sábado, 10 de junio – 09:47 h.
New Scotland Yard. Londres

El inspector jefe Sullivan se debatía entre la ira y el miedo. Trataba de echarle la bronca a su subordinado, pero no quería ser demasiado duro, pues temía que el agente Ryman se resintiera de su indisposición del día anterior, de modo que lo regañaba y su voz se elevaba poco a poco hasta que se descubría gritando, rociando de saliva la mesa, y entonces, volvía a bajar el tono. Daba lo mismo, Daniel ni siquiera lo escuchaba, porque el jefe lo había entendido todo mal. Estaba convencido de que el motivo por el que había vomitado en los servicios tenía que ver con el accidente y el cansancio acumulado de los últimos días. Pero no tenía nada que ver con eso.

No había hecho otra cosa durante la noche que dar vueltas en la cama y pensar en lo que no quería pensar, pero ¿cómo evitarlo? Kathleen dormía a su lado, tan hermosa como siempre, con ese gesto relajado que sus labios solo dibujaban durante el sueño. Ella estaba junto a él y las palabras de la doctora Forman se repetían una y otra vez en su cabeza. No quería pensar en ellas, no quería creerlas, pero habían sido tan específicas y la teoría le había resultado tan familiar, que era imposible fingir que esa duda no había anidado en su mente.

En algún momento de la madrugada, mientras la observaba en la penumbra de la habitación, en ese espacio

de tiempo en el que las sombras se repliegan ante el amanecer, aún demasiado débil, había decidido que no. Ella no era el Fantasma. La mera idea resultaba ridícula. Habría significado que era una asesina, una experta francotiradora y una farsante. Habría significado que todo lo que tenían era mentira, que lo que él creía que compartían era mentira.

Ignorando el dolor en las costillas, se había lanzado a por su boca, su cuerpo, su alma. Había luchado por retener aquello que sentía cuando estaba en sus brazos y notaba el tacto de su piel contra la suya. Pero no había funcionado. Con los últimos estertores del orgasmo, se había abandonado también a los hechos. Era detective, su trabajo era investigar, aunque con ella todo fuera secreto. ¿No era eso de por sí bastante sospechoso? No sabía nada de Kathleen, solo lo que ella quería que supiera, respuestas vagas a las pocas preguntas que le había permitido hacer esa mañana. No quería hablar de su padre ni de su familia —«...Yo buscaría a la hija única de un francotirador que falleciera siendo ella muy pequeña. Que su madre perdiera la cabeza. Quizá la criaran los abuelos...» —, tampoco de su trabajo —«Jason Cole, tu socio... Sí... ¿Es un hacker?... Es el mejor que hay».

Por amor de Dios, solo le faltaba llevar tatuada en el pecho una letra escarlata: la C de Culpable.

—Saunders se encargará de lo que tengáis pendiente.
—El jefe golpeó la mesa con determinación y lo arrancó de su ensueño—. Tú no has parado desde lo de Thompson, y te dije ayer que te tomaras unos días libres.

—Yates no tiene tiempo para que yo me coja unas vacaciones.

—Estás empeñado en que lo va a matar en prisión, Daniel, y es imposible.

—No lo es, ambos lo sabemos. Escuche, tengo varias pistas que quiero investigar, no voy a quedarme cruzado de brazos cuando puede ser que tenga al Fantasma al alcance

de la mano.

El inspector jefe Sullivan se reclinó en el asiento con gesto torcido. El inspector Ryman no se dejó amilanar por la reprobación que vio en su mirada. Ambos hombres se observaron en silencio como dos perros que midieran sus fuerzas. Daniel sabía que tenía las de perder, que se haría lo que el jefe dijera, pues para eso era el jefe; aquel sabía que si el detective decía que tenía al Fantasma al alcance de la mano era verdad, y también que era uno de los hombres más testarudos que había conocido nunca. Tras varios segundos de lucha de miradas, el jefe claudicó.

—Está bien —dijo—, pero al primer susto que me des como el de ayer te mando al calabozo y te dejo allí una semana para que descanses, aunque sea por las malas.

Daniel ahogó una exclamación victoriosa y la sustituyó por un simple *gracias*. Abandonó el despacho tan rápido como pudo, repitiendo «sí, sí, sí, sí» a todas las exigencias y amenazas que el jefe gritó a su espalda, y se dirigió al ascensor. En su mente bullía la lista de cosas que necesitaba investigar, y la primera la encontraría en el departamento de Multimedia.

La última vez que había estado allí se había marchado con la incómoda sensación de que pasaba algo por alto. Esa mañana, por fin, sabía lo que era.

Se acercó por la espalda al agente Hilles y observó la pantalla que este tenía ante sí. Mostraba un plano fijo y borroso del conductor del coche del Fantasma la tarde de la persecución, el día en que Kathleen había coincidido con él. Casualmente. A la misma hora. En la misma planta del mismo garaje en el que el Fantasma había desaparecido.

—Agente Hilles.

El agente se giró sobresaltado.

—Inspector —exclamó—, qué susto me ha dado. Perdone, no lo había oído entrar.

—No se preocupe, al contrario —lo disculpó Daniel—.

¿Qué está haciendo? ¿Ha conseguido aclarar la imagen?

El rostro en la pantalla seguía irreconocible, pero un contador de porcentaje en la esquina inferior derecha indicaba que se estaba realizando algún tipo de proceso.

—Algo, sí —contestó Hilles—, pero no lo suficiente. Aún es imposible distinguir los rasgos.

Daniel asintió con la sensación de que quizá no querría ver esos rasgos.

—Necesito revisar las imágenes del otro día —dijo—, las que mostraban la entrada al aparcamiento en un reflejo.

—Las del banco, sí. No hay problema. Siéntese y las revisaremos.

—Me gustaría verlas a solas —pidió—, no es que busque nada en concreto, es solo por...

El agente Hilles lo interrumpió con un gesto fútil de la mano.

—No se preocupe, sé a lo que se refiere. A veces se encuentra algo que no se había visto antes. Venga por aquí.

Guió al inspector hacia un ordenador algo apartado de los equipos principales. Seleccionó un archivo dentro del programa que estaba abierto en la pantalla.

—Estas son las imágenes. Con estos botones puede pasarlas hacia delante y atrás a cámara rápida o lenta. ¿Sabe manejarlo?

Daniel asintió, no era la primera vez que tenía que revisar grabaciones.

El agente regresó a su puesto y el inspector se enfrentó a la pantalla negra. El botón del *play* esperaba a que alguien lo pulsara, pero Daniel no quería ser ese alguien. Temía lo que fuera a encontrar en cuanto las imágenes se pusieran en movimiento, y tenía la sensación de que en cualquier caso saldría perdiendo. Si no encontraba nada se sentiría un imbécil, culpable por haber sospechado de ella. Pero si encontraba algo...

Cerró los ojos, dejó salir todo el aire que tenía en los

pulmones y pulsó el *play*.

Abrió los ojos.

La grabación se iniciaba a las doce de la noche. A esa hora, el cristal del banco reflejaba la calle vacía, teñida de naranja por la luminosidad cálida de las farolas.

Un recuadro grisáceo mostraba el avance de la reproducción sobre una barra horizontal. Daniel lo arrastró hacia delante, despacio. Su inexperiencia hizo que la imagen diera un salto de varias horas, pero aún era de noche. Siguió adelante hasta que amaneció y las luces de las farolas dieron paso a la claridad del sol y el ajetreo de la mañana. Los empleados del banco llegaron y abrieron las puertas, los clientes y transeúntes aparecieron por la acera, corriendo a paso extraño, como esas grabaciones de principios del siglo XX en las que la gente parecía moverse a saltitos. Frente al banco, decenas de coches de todos los modelos y colores entraban y salían del aparcamiento. Cada vez que veía uno gris, Daniel ralentizaba la imagen con un nudo en el estómago, pero la volvía a acelerar en cuanto comprobaba que no era el de Kathleen. Al fin, el Toyota gris apareció. El inspector soltó el cursor para verlo a velocidad normal. La calidad de la imagen era demasiado pobre como para identificar la matrícula, pero no había duda de que era el mismo modelo y color que el de ella. Mantuvo la reproducción a esa velocidad hasta que, menos de diez minutos después, el Ford rojo que había usado el Fantasma abandonaba el garaje por la misma puerta.

Daniel rebobinó hasta el punto en el que entraba el Toyota y, desde ahí, adelante a velocidad lenta hasta que se marchaba el Ford. Ella tendría que salir a pie en algún momento, pero no lo hacía. Rebobinó y lo volvió a pasar. No salía.

Continuó a velocidad lenta con la esperanza de que saliera más tarde. Era posible que se hubiera retrasado haciendo algo en el coche, hablando por teléfono,

arreglándose, lo que fuera, pero los minutos pasaban, los coches entraban y salían, al igual que los peatones, y ninguno era ella. La puerta del banco se abría y se cerraba en tres ocasiones. Quiso aferrarse a la posibilidad de que fuera en esos segundos en los que no veía el garaje cuando ella salía de camino a su reunión. ¿Por qué no? Casualidades como esa ocurrían todos los días.

Mientras, las horas corrían en el contador digital al pie de la imagen. Cada minuto que veía pasar, Daniel memoraba lo que sucedía en ese mismo instante a pocos kilómetros de allí. Por fin, a la hora esperada, el Ford apareció y entró a toda velocidad en el aparcamiento. Un instante después, lo siguieron los vehículos policiales. Daniel detuvo la reproducción y la rebobinó viendo cómo, primero estos y después el Fantasma, salían marcha atrás. Retrocedió unos cinco minutos más, luego, para asegurarse, otros veinticinco. A partir de ahí revisó la imagen segundo a segundo, en busca del momento en el que ella regresaba de la reunión y entraba al aparcamiento a por el coche.

Pero no lo hacía.

Volvió atrás y repasó las imágenes una vez más, luego una tercera. Maldecía cada vez que alguien entraba o salía del banco e interrumpía su visión, y la buscaba en cuanto la imagen se estabilizaba. Pero ella no apareció. Para asegurarse, rebobinó hasta una hora antes de que llegaran los coches. Al final, se rindió y retrocedió hasta el momento en el que Kathleen llegaba. Repasó la cinta completa.

Y no la vio. Ni salía caminando después de llegar con su coche ni entraba caminando cuando, en teoría, iba a buscarlo.

Daniel se llevó las manos a la cara y ahogó las ganas de gritar. ¿Qué coño significaba eso?

Salió de la habitación y se dirigió al ascensor. Se detuvo al llegar ante él, sin saber adónde ir. Su mente golpeaba contra decenas de preguntas sin respuesta como la bola en

un *pinball*. Había sido demasiada casualidad que ella estuviera allí en aquel momento, y ahora confirmaba que no había entrado ni salido a pie, lo cual solo dejaba la posibilidad de que lo hubiera hecho en otro vehículo. Un Ford rojo con cinco agujeros de bala. Todo apuntaba a ella: su padre, su madre, su trabajo...

Supo dónde debía ir.

El silencio lo sacudió tan pronto se abrieron las puertas. Con las cabezas enterradas entre pantallas y teclados, ningún agente se percató de su presencia ni levantó la mirada mientras atravesaba el departamento de camino a la mesa de la agente Jennifer Crewe.

La joven llevaba, como siempre, el pelo recogido en una coleta de caballo y unos pequeños auriculares blancos metidos en las orejas. Para evitar asustarla como la vez anterior, Daniel se colocó a su lado y se asomó ante ella hasta penetrar en su ángulo de visión.

La agente Crewe se quitó los auriculares.

—Inspector Ryman. —Lo saludó con una sonrisa acompañada de aquel tic tan característico de colocarse las gafas sobre el puente de la nariz.

—Agente Crewe —le devolvió el saludo—. Necesito su ayuda. ¿Tiene un momento?

Ella se levantó para ir a buscarle una silla, pero el inspector la detuvo y fue a por ella él mismo. La agente cerró los programas que tenía abiertos en la pantalla y, en cuanto esta quedó vacía, se giró hacia el recién llegado. Él cruzó las piernas y las volvió a descruzar.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó ella.

Daniel se acercó a la joven para hablarle en voz baja.

—Puede que tenga una pista sobre el hacker que entró en nuestro sistema. No sé si se conocen entre ustedes o...

—¿Si nos conocemos todos los informáticos del mundo?

—La chica rió y Daniel la imitó.

—No los informáticos, pero los...

—¿Los hackers?

El inspector esperó que ese término no la ofendiera al abarcarla a ella también, pero la agente sonrió.

—Depende de los trabajos que haya hecho, puede que sea famoso, sí. ¿Sabe cómo se llama?

—Se llama Jason Cole.

La agente pegó un brinco al oír el nombre y miró a ambos lados de su cubículo. Al constatar que nadie los escuchaba, devolvió la atención al detective.

—¿Jason Cole? —repitió, inclinándose hacia él como si intercambiara una confidencia.

Daniel asintió.

—¿Lo conoce?

Ella lo confirmó con un significativo gesto de cabeza que no terminó de borrar la expresión de desconcierto de su mirada.

—Desde luego —dijo—. Es uno de los mejores. ¿Por qué cree que puede ser él?

Daniel no supo qué responder. No había compartido sus dudas con nadie y no sabía cómo expresar en voz alta lo que más temía.

—Está... involucrado con un sospechoso.

Ella asintió, pero al instante se arrepintió, negó con la cabeza y volvió a colocarse las gafas.

—No puede ser —dijo—. Jason Cole lleva años fuera del circuito... digamos ilegal. Bueno, se da por hecho que pertenece a Anonymous, pero nadie lo sabe con seguridad, son solo rumores.

—¿Anonymous? ¿Son los hacker esos que están volviendo locos a los gobiernos de medio mundo?

La joven estalló en una carcajada que, por algún motivo, llevó al inspector a la sospecha de que ella también era parte de eso que él siempre había considerado un grupo terrorista. Prefirió no preguntar.

—Sí. Esos mismos. Pero bueno, en cualquier caso, tengo

entendido que Jason Cole tiene una empresa de seguridad informática.

—Así es. Pero aún será capaz de hacer esas cosas ¿verdad?

—Sí, claro. Por supuesto.

Un agente en una mesa contigua se levantó y se dirigió a la salida. Daniel identificó la prisa con la que caminaba, aquella expresión ansiosa que anticipaba el placer del cigarro que fumaría en cuanto llegara a la calle. Fue capaz de saborear el humo en la boca, lo paladeó, lo extrañó, lo anheló...

Esperó a que el agente se alejara antes de retomar la conversación.

—¿Hay alguna forma de averiguar si ha sido él?

Ella negó con la cabeza y la coleta que llevaba se agitó de un lado a otro como el péndulo de un reloj.

—Si ha sido él, no —resumió—. Jason nunca dejaba rastro.

—¿Igual que en nuestro caso, verdad? No hay rastro del intruso en los servidores, pero sabemos que estaba allí.

Ella lo observó en silencio durante unos segundos. Al cabo, asintió sin demasiada convicción. Para Daniel fue suficiente.

—Está bien, ¿qué puede contarme sobre él?

Ella se colocó las gafas.

—Pues... Bueno, es mayor que yo, así que lo que sé es, sobre todo, por lo que me han contado. Hace unos años todos en el mundillo hablaban de él. Se hacía llamar Shooter.

—¿Shooter? —preguntó él, sorprendido—. ¿Tirador?

—Pues sí. ¿Apropiado, eh? —Daniel alzó las cejas con sarcasmo. Demasiado apropiado para ser casualidad—. Cuando empezó era poco más que un adolescente, pero ya había creado varios virus bastante molestos y comenzaba a infiltrarse en algunas empresas y agencias gubernamentales. Ni siquiera era mayor de edad y ya era un genio de la

programación. Pero entonces lo cogieron.

—¿Lo cogieron? ¿Quién?

—Ustedes. Bueno, nosotros. O sea, la policía.

—¿Cole tiene antecedentes?

Se maldijo a sí mismo por no haberlo comprobado.

—No lo sé —respondió la agente Crewe—. Sé que los cargos no fueron muy graves porque se había introducido en los servidores de una empresa, pero no había hecho nada, así que no lo acusaron de gran cosa. Tan solo pagó una multa y quedó libre, pero fue entonces cuando se filtró su identidad. Lo anunciaron a bombo y platillo, como si hubieran detenido a un terrorista.

—Pero si ha dicho que no era más que un crío.

La informática asintió con una sonrisa de orgullo innegable. Si la policía lo había tratado como a un terrorista, ella hablaba de él como de una estrella del rock. Daniel sintió que algo se le retorció en el estómago. Ese era el hombre que trabajaba codo con codo con Kathleen. Lo que hiciera para ella era lo de menos, su mera existencia lo molestaba, y no se iba a parar a averiguar de dónde habían salido esos celos que nunca antes había sentido. Simplemente, no le gustaba el tal Jason Cole. No le gustaba nada.

—Pues imagínese las ganas que le tenían —continuó ella, ajena a su rabia—. Total, para nada. Creo recordar que la misma empresa que lo había denunciado lo contrató después para arreglar el fallo de seguridad por el que se había colado. Supongo que fue así como empezó en eso.

—¿Qué pasó entonces? ¿Dejó de ser... hacker?

—No, qué va —respondió ella—. Aún siguió en el lado oscuro durante unos años. Pero dejó de utilizar el símbolo del tirador y se volvió cada vez más meticuloso. Al cabo de unos meses era capaz de entrar y salir de los sitios sin que nadie se enterara.

—¿Y cómo lo sabe usted?

La agente se colocó las gafas por enésima vez.

—Los hackers son presumidos. Les gusta que se sepa lo que son capaces de hacer y saber lo que son capaces de hacer los demás. Todo se conoce, aunque sea en círculos reducidos.

Daniel apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza. Había resuelto sus dudas sobre el socio de Kathleen, pero quedaba algo más que la agente Crewe podría hacer por él. Si resultaba como temía, confirmaría todos sus miedos, y no sabía si estaba preparado para ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella. El inspector se limitó a negar con la cabeza. Necesitaba unos segundos más para pensar.

Ella se los dio. Aguardó mientras él se ahogaba en un pozo oscuro. Braceaba, agitaba las piernas, buscaba dónde agarrarse, pero se hundía sin remedio. El único salvavidas era aquella joven. Sus ojos color miel lo observaban tras los cristales de las gafas.

—¿Qué no se atreve a pedirme? —preguntó. Ante el gesto de asombro del inspector, añadió—: Tengo tres hermanos, conozco a los hombres. ¿Qué es?

Él rió con resignación.

—Hay una persona. Creo que está involucrada con el Fantasma de alguna manera.

No pudo decirlo de otra forma. No se atrevió a pronunciar la frase que había acudido a su mente. La agente cogió un bloc de notas que tenía sobre la mesa. Estaba lleno de apuntes hechos con letra descuidada, como la de una persona con prisas que no está acostumbrada a escribir a mano. A veces eran palabras sueltas; otras, frases ininteligibles llenas de símbolos que no tenían ningún sentido para él; pero, sobre todo, había fórmulas matemáticas y números. Ella trazó una raya en la parte inferior del papel y apoyó el bolígrafo en el espacio en blanco que quedaba debajo.

—Dígame lo que tiene —pidió.

—Kathleen Addams —respondió él.

45,
Domingo, 11 de junio – 11:37 h.
Southside Wandsworth Shopping Centre.
Londres

Metió el coche en el garaje del centro comercial. Era domingo, pero el Southside Wandsworth Shopping Center estaba abierto, y media ciudad había decidido pasar el día de compras. Tuvo que dar varias vueltas hasta poder aparcar. Apagó la música, cogió el bolso y bajó. El sonido metálico del hilo musical se superponía al murmullo constante de motores, voces y pasos; todo ello reverberando contra las paredes desnudas.

Sin quitarse las gafas de sol, atravesó el lugar y salió por la puerta que daba a la calle. Decenas de personas entraban y salían del centro comercial, pero no era ese su destino, Kathleen lo rodeó hasta un edificio de viviendas anexo.

Una vez ante él, dejó que los ojos patinaran sobre la fachada hacia arriba, hacia arriba, hasta detenerse veinticinco pisos por encima de su cabeza. Resopló con desgana.

Había comenzado la mañana con mucha energía, pero a esas horas se sentía frustrada. Tenía hambre y la peluca castaña que había elegido para disfrazarse le daba calor.

Aquella era su última oportunidad. El último edificio entre los que mejores vistas ofrecían a la prisión de Wandsworth. Ya había visitado tres y no estaban mal, pero

ninguno terminaba de convencerla: demasiado lejanos o demasiado cercanos o demasiado habitados. Como aquel.

Era un edificio alto, de paredes blancas tachonadas por hileras interminables de ventanas, y recorrido de arriba abajo por dos columnas de balcones acristalados. Por el tejado sobresalía un voladizo en el que ya se había fijado al verlo en el mapa. Tenía puestas muchas esperanzas en aquella pieza de arquitectura.

Prefería trabajar desde edificios de oficinas; los inquilinos estaban acostumbrados a los desconocidos y no prestaban atención a las caras nuevas. Un edificio de viviendas significaba todo lo contrario, aún más si se encontraba en un barrio de la periferia, como era el caso. Los vecinos querían saber quién era, dónde iba y, si tenía la mala suerte de encontrarse con una vieja aburrida, quería darle conversación y sonsacarle a quién iba a ver o cualquier otro chisme. Por desgracia, no siempre se podía elegir.

Se alejó unos metros de la puerta y se resguardó a la sombra de un árbol, sacó su tableta del bolso y esperó, fingiendo que consultaba algo interesantísimo en internet. En los siguientes minutos, un hombre joven salió del edificio, poco después entró una pareja de ancianas, luego otra, sola. Kathleen no se movió. Al fin, tras algo más de media hora de espera, una mujer con un carrito de bebé en una mano y una niña de unos seis años en la otra se detuvo ante la puerta del edificio. La niña lloraba a pleno pulmón como si la hubiera poseído el diablo, y la mujer parecía estar a dos segundos de cruzarle la cara de una bofetada.

—¡Que te calles! —La zarandeó con una mano, mientras buscaba las llaves dentro del bolso con la otra y sujetaba el carro con el pie.

Era justo lo que buscaba. Kathleen calculó el tiempo en lo que se dirigía hacia allí. En cuanto la mujer localizó las llaves y abrió, ella aceleró el paso.

—Espere, por favor —pidió.

El primer instinto de desconfianza de la mujer se desvaneció tan pronto la niña gritona volvió a tirarle de la mano.

—¡Dámelo! —exigió, entre las lágrimas y los mocos que le cubrían la cara.

La madre puso cara de cansancio y Kathleen fingió una sonrisa comprensiva. Le aguantó la puerta para que pudiera entrar con comodidad y se coló detrás.

Desestimó la cerradura de un vistazo, no era de seguridad, podría abrirla sin problema si llegaba a una hora en la que no hubiera movimiento.

—Gracias —dijo, casi jadeó, la pobre mujer.

Kathleen le aguantó también la puerta del ascensor e incluso la ayudó a encajar el carrito en el poco espacio disponible. Un bebé dormía en su interior, ignorante sin vergüenza de la rabieta de su hermana.

La mujer pulsó el botón del catorce. Kathleen se alegró, habría sido un problema que fuera al último piso. Pulsó el botón del veintiuno.

La madre se giró hacia la niña en cuanto el ascensor arrancó y la fulminó con la mirada en un intento inútil de que cerrara la boca, pero no funcionó. Los berridos continuaron durante todo el ascenso.

El silencio cuando la familia descendió fue un alivio. Kathleen apretó los párpados y se presionó las sienes con los dedos de una mano. Suspiró. No estaba teniendo un buen día. Desde la pelea con Daniel la mañana anterior, ni siquiera había hablado con él, y temía que eso fuera el fin. Sería absurdo, infantil incluso, romper mediante una desaparición espontánea, pero no podía evitar ese miedo que le había impedido conciliar el sueño. Su lado racional opinaba que sería una bendición, una forma perfecta de acabar con uno de sus mayores problemas. Pero su lado emocional amenazaba con resquebrajarse si él no volvía a besarla nunca más.

La puerta de acceso a las escaleras, justo a la salida del ascensor, no estaba cerrada con llave. La cruzó y subió de puntillas para no hacer ruido con los tacones. En el último piso descubrió que la escalera aún continuaba uno más, directa a la azotea. Justo donde quería llegar. Recorrió los escalones de ese último tramo de dos en dos hasta llegar a una puerta metálica. Giró el pomo. No se abrió.

—Oh, por Dios, venga ya...

Sí, estaba cansada, necesitaba terminar con aquella búsqueda de una vez, y una puerta medio desvencijada no la iba a detener. Se acuclilló y sacó un estuche del bolso. Observó el contenido, luego la cerradura, y de nuevo el estuche. Una veintena de ganzúas se alineaban en formación militar con la esperanza de ser las elegidas. Kathleen cogió una llave de tensión y, entre todas las ganzúas, se decidió por una de tamaño medio. Introdujo la primera en la cerradura y la giró. Ahora venía lo más complicado, que no lo era en realidad, pero sí para ella dada su falta de experiencia. Hizo presión con la llave, introdujo la ganzúa y comenzó a levantar los pines dentro del tambor. Uno a uno, sintió los chasquidos característicos hasta que, al fin, notó que la cerradura cedía. La puerta se abrió con un chirrido de hierro oxidado en el silencio del mediodía. Con una sonrisa orgullosa, ella volvió a meter el estuche en el bolso y salió al exterior. Puso un tope para que la cerradura no se bloqueara y cerró.

La azotea estaba vacía, limpia. Y allí estaba el voladizo que había observado desde abajo. Una estructura de acero y cemento apoyada sobre columnas, que parecía flotar sobre el perímetro del edificio, dejando hueca la zona central. Ningún helicóptero podría verla allí debajo. Aunque en ese momento no oía ninguno, no podía descartar que Daniel propusiera vigilancia aérea sobre la cárcel para proteger a Yates. Él y sus grandes ideas de policía.

La cárcel. ¿Se veía la cárcel? Bajó la vista del techado y

tuvo que contenerse para no romper a aplaudir cuando descubrió la solitaria edificación recortada contra el horizonte, baja y alargada como un Ayers Rock de ladrillo.

Estaba lejos, sí, y la contaminación que desdibujaba el horizonte la ocultaba bajo una neblina grisácea que la hacía parecer una ilusión óptica, pero allí, frente a ella, se alzaba la prisión de Wandsworth, en el otro extremo de una línea de tiro limpia y perfecta.

Corrió hacia el borde del edificio y se apoyó contra el murete. El rumor de los coches y el jaleo de la calle eran apenas un lejano murmullo como los ecos del viento. Sacó del bolso los prismáticos digitales y midió la distancia hasta la prisión. Mil doscientos treinta y tres metros en línea recta dirección sudeste. Mil doscientos treinta y tres metros de casas residenciales de uno o dos pisos, tres como mucho, que se apelotonaban a sus pies sin oponer ningún impedimento al plan.

Alzó la vista al cielo. El sol se encontraba en su punto álgido, una bola blanca y cegadora sobre su cabeza, pero la intención era realizar el trabajo por la tarde. A esa hora la luz le daría por la espalda y no perjudicaría la visión. Los rayos tampoco incidirían en la mira telescópica y no llamarían la atención de ningún observador avisado. Todo parecía perfecto.

El sonido de su propia risa la sobresaltó. Se calló de inmediato y miró hacia detrás. Seguía sola, por supuesto. La puerta que acababa de cruzar permanecía cerrada y no había nadie alrededor.

Se sintió algo ridícula, pero volvió a reír. Por fin terminaría con aquel maldito trabajo.

Consultó la distribución interna de la cárcel en el móvil. Jason había averiguado cuál era la celda de Yates y su localización, así que solo tuvo que contar los pisos y las ventanas hasta identificarla entre los recuadros negros que horadaban el edificio.

Seleccionó la visión térmica en los prismáticos y el mundo se volvió azul oscuro y negro, pero centenares de puntos rojos, naranjas, amarillos y blancos surgieron como una constelación bajo el efecto de las drogas. Distinguió la figura de los agentes que patrullaban los tejados de la prisión, los de las torres de seguridad y los de los patios, también identificó algunos presos asomados a las ventanas. La de Yates permanecía oscura, pero no se inquietó. Se asomaría, tarde o temprano. A solas en la celda, enfrentado a su destino, se asomaría a la ventana como todos los demás para flagelarse con las decisiones que había tomado, los errores que había cometido y las personas a las que había traicionado.

Sí, se asomaría a la ventana. Y ella estaría allí.

46,
Domingo, 11 de junio – 17:38 h.
The Speakers Tabern. Londres

El Speakers Tabern se encontraba a menos de trescientos metros de New Scotland Yard. No era mejor ni peor que los demás, pero su localización en una callejuela corta y estrecha lo despojaba del multitudinario trasiego de policías, visitantes y turistas que sí sufrían otros pubs de la zona.

El inspector Ryman nunca había estado allí y ni siquiera sabía que existía. Había sido la agente Crewe la que había propuesto el lugar.

Era un tugurio pequeño que olía a humedad y a cerrado. Las cristaleras de la fachada permitían que la luz entrara en el local, pero la forma alargada de este lo oscurecía a medida que se avanzaba hacia el fondo, donde se encontraban la mayoría de las mesas. Allí la única iluminación procedía de dos lámparas de techo con unas tulipas floreadas llenas de polvo.

Daniel pidió un café en la barra. Estaba asustado, no lo podía negar. Jennifer Crewe había insistido en verlo lo antes posible y su voz no sonaba alegre por el teléfono. Se planteó sustituir el café por una cerveza. Algo le decía que iba a necesitar alcohol para digerir lo que estaba a punto de escuchar, alcohol del fuerte. Quizás una cerveza tampoco fuera suficiente.

El camarero dejó el café en la barra. Demasiado tarde para echarse atrás. A lo mejor acababa pidiendo un whisky

más adelante.

Con la taza en la mano se adentró en la penumbra. La agente Crewe ya estaba allí, en la mesa de la esquina más alejada. Los cientos de carteles y adornos de marcas de bebidas que colgaban en la pared parecían asomarse sobre sus hombros y espiar lo que hacía en el portátil que tenía abierto sobre la mesa.

Los escasos parroquianos del local la observaban sin disimulo. Daniel no se lo pudo reprochar. A pesar de estar absorta en la pantalla del ordenador y de vestir con aquellos vaqueros desgastados y la horrible camiseta naranja que llevaba en esa ocasión, era una chica bonita. Darse cuenta de ello lo hizo sonreír con tristeza. De todas las mujeres de Londres, él había ido a enamorarse de la que quizá, si la agente Crewe se lo confirmaba, era el mayor asesino a sueldo del país.

Respiró hondo y se acercó a la mesa. La joven levantó la vista del ordenador, sonrió y se colocó las gafas sobre el puente de la nariz. Él ocupó la silla libre ante ella, con un gemido y una lentitud de movimientos digna de un anciano. Estaba harto del dolor en las costillas. ¿Cuándo podría volver a respirar sin sentir que le clavaban una espada en el pecho?. Sonrió con resignación y la joven le devolvió la sonrisa, pero la suya no fue tan franca como otras veces, la comisura de sus labios dibujó un arco descendente y sus ojos evitaron los de él. Una prueba más de que lo que había descubierto no le iba a gustar.

—Gracias por venir —dijo ella. Un hilo de vapor se alzaba desde su taza de té y danzaba por el aire hasta desvanecerse de camino al techo—. Creí que era mejor que habláramos lejos de la central.

—¿Tan malo es?

La joven torció la cabeza para mirarlo de medio lado.

—¿Quiere saberlo todo? —Daniel asintió y ella arqueó una ceja, suspicaz. Él volvió a asentir. La informática se

colocó las gafas y leyó—: Kathleen Addams, treinta y siete años. Nacida en Valley City, Dakota del Norte, Estados Unidos. De padre militar y madre...

—¿Militar? —interrumpió Daniel—. ¿No era policía?

—No —confirmó ella—, militar, luego llegaremos a eso. Su madre trabajaba en una librería. Él murió cuando Kathleen tenía once años. La madre estuvo ingresada varias veces por depresión. Luego regresaron a Escocia, donde vivían los abuelos maternos, que fueron los que la criaron a partir de entonces.

Daniel respiró hondo. Era lo mismo que le había contado Kathleen, pero la historia seguía pareciéndose tanto a la que había esbozado la psiquiatra, que era como si aquella la hubiese conocido por adelantado.

Cogió la taza para dar un trago al café, pero el temblor que se había adueñado de su mano la hizo tintinear escandalosa contra el plato. La soltó, sin haber llegado siquiera a levantarla, y centró la atención en la agente, que lo observaba con mirada recelosa.

—Su vida transcurre bastante normal a partir de ahí —prosiguió ella, sin hacer alusión a su nerviosismo—. Colegio, instituto, universidad... Estudia Administración de Empresas en Edimburgo y saca muy buenas notas, pero, de repente, en el tercer año, abandona los estudios.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, pero algo interesante ocurrió un mes después de que se fuera. Tres alumnos de la universidad... —La agente rebuscó entre los archivos en el portátil hasta que encontró los nombres que buscaba—: Brent Prichard, George Beake y Dennis Huang aparecieron muertos en la casa del primero.

—¿Qué les ocurrió? —Daniel se acercó a ella.

—Fueron a pasar un fin de semana a la casa de verano de Prichard, sin padres, pero no regresaron a clase el lunes siguiente. El jardinero los encontró junto a la piscina. Les

habían disparado. Se calculó que fue el sábado por la tarde y que murieron desangrados al no recibir asistencia. El disparo se atribuyó a un francotirador, pero nunca encontraron al responsable.

—¿Por qué no sale eso en el HOLMES? —Daniel había revisado todos los casos de francotiradores, pero no recordaba ese.

—Se disimuló como si hubieran sido accidentes de caza. Las familias eran gente de mucho dinero y no quisieron que se supiera. Supongo que la policía local lo investigó, pero nunca encontraron al culpable.

—¿Y cómo lo ha descubierto usted?

Ella lo miró, seria. Era casi la primera vez que la veía sin su permanente sonrisa, y no necesitó explicación: «No pregunte». No preguntó.

La agente se encorvó sobre la mesa hacia él.

—Lo más curioso —susurró— es que a los tres les habían disparado en el mismo punto exacto de su cuerpo. Milimétrico.

—¿La femoral? —preguntó el inspector, con ansiedad.

Ella negó con una sonrisa y volvió a subirse las gafas.

—La entrepierna.

Daniel la miró desconcertado.

—¿En la entrepierna? O sea... ¿en...?

—En los testículos —confirmó ella con una risita divertida.

El detective se reclinó de nuevo en el asiento. Kathleen abandona la Universidad. Un mes después, un francotirador les vuela las pelotas a tres alumnos. ¿Por qué?

—¿Por qué ahí? —preguntó, más para sí mismo que para la agente. Aunque fue ella la que contestó.

—Yo también he estado pensando en eso. Me pregunté si habría relación con que ella hubiera dejado las clases poco antes y...

Dejó la frase en el aire y bebió un trago de té como

excusa para no tener que seguir hablando.

—Adelante, siga —la instó él.

Ella se colocó las gafas.

—A lo mejor es una tontería, yo no soy detective, pero...

—Dígalo, agente, ¿qué ha pensado?

—Es que se me ocurrió una situación que... Bueno, si me hubiese pasado a mí, también habría dejado las clases y querría volarles los huevos a los culpables —dijo mientras el rubor le subía por el cuello.

Daniel lo entendió.

—Cree que la violaron —resumió—. Por eso dejó la universidad y por eso los mató de esa manera. Como una venganza.

Ella arqueó las cejas, esperando que él lo rechazara de plano, pero él no lo hizo. Todo encajaba. Se sentía como si acabara de encontrar entre los cojines la última pieza de un puzzle.

—Lo he estado investigado —continuó ella—. Nunca presentó ninguna denuncia por violación. Pero no es la primera víctima que no denuncia a sus agresores. Por miedo o por vergüenza o lo que sea.

—Pero sí la primera que les vuela las pelotas con un rifle de larga distancia.

Ella rió, pero, de inmediato, recuperó la seriedad. Él lo lamentó, le habría venido bien que alguien lo ayudara a reírse de todo aquello, porque, solo, no era capaz de hacerlo.

—Atacaron a quien no debían, ¿verdad? —Daniel no contestó—. ¿Cree que ese fue el detonante de todo lo que ha hecho después? O sea, si es que resulta que es ella.

Él negó. Su mirada se perdió en el humo que flotaba desde la taza que aún no había tocado. Pese a lo que sospechaba de ella, a lo que estaba descubriendo y lo que significaba, lo único que sentía era un odio irracional hacia aquellos tres hijos de puta y un orgullo, aún más irracional,

hacia ella. Les había dado su merecido. Ojalá hubiera podido hacerlo él mismo, pero lo había hecho ella, porque ella nunca había necesitado a nadie que la cuidara. Quizá nunca lo hubiera tenido, quizá había tenido que aprender a cuidarse sola. Quizá...

—No. —Regresó de sus divagaciones y se concentró en los amables ojos color miel de la agente Crewe—. Pero creo que fue ahí cuando descubrió que era capaz de hacerlo. ¿Qué fue de ella después de eso?

La chica repasó las notas en el ordenador.

—Después de eso vino a Inglaterra. Hizo varios trabajos: fue dependienta, secretaria... Un poco de todo hasta que, dos años después de llegar, montó Cole & Addams, la empresa de seguridad informática con Jason Cole.

—¿Había trabajado antes en algo relacionado con la informática?

—Nunca.

—¿Por qué uno de los mejores hackers del país iba a montar una empresa de seguridad informática con una persona que no tenía experiencia en el ramo?

La agente se colocó las gafas sobre la nariz por enésima vez. Él decidió proponer su teoría. La chica parecía tener buen instinto y quizá le ofreciera una opinión interesante.

—Puede que ella hiciera algo por él. Ya me entiende...

Por la expresión que oscureció sus ojos temió que le había derrumbado un mito. Ella se encorvó sobre la taza de té, como si hubiera sentido frío de repente.

—¿Cree que él la contrató para matar a alguien?

—No lo sé, solo es una suposición. Pero tendré que investigar si alguien de su entorno murió por aquella época.

Ella parpadeó. Saltaba a la vista que no quería pensar que uno de sus ídolos hubiera sido capaz de algo así. Para evitarlo, devolvió la atención al portátil.

—A partir de ahí, ha sido una ciudadana modelo. Su empresa gana montones de pasta, paga sus impuestos

religiosamente, nunca le han puesto una multa, va al gimnasio y sale con sus amigos. Todo normal hasta que aparece... —La agente se calló. No hacía falta decir nada, sus ojos hablaban por sí mismos. Lo sabía.

—Yo.

—Usted, señor.

La joven bajó la mirada y se colocó las gafas. Mil veces en media hora. Mala estadística.

—Olvida los formalismos —propuso él—. Creo que en este punto ya puedes tutearme. —Ella le dirigió una mirada lastimosa que él sintió como un peso en la espalda—. ¿Cómo lo descubriste?

—Llegué hasta su mejor amiga, que resultó estar casada con un tal Aaron, que resultó ser...

—Mi hermano.

—Encontré vuestros mensajes hablando de ella.

Daniel asintió. Siempre había contado con que lo averiguaría, pero ahora que sabía que la mujer a la que amaba y el asesino al que perseguía eran la misma persona, la vergüenza lo corroía por dentro.

—Buen trabajo —la felicitó. Fue lo único que pudo decir. Probó a coger la taza. Ya no temblaba, pero el café se había enfriado. Aun así bebió un trago, que le supo como lenguas frías deslizándose por la garganta, y la devolvió a la mesa—. ¿Has descubierto algo que la involucre en los asesinatos? ¿Has entrado en su ordenador?

Ella negó.

—Es un callejón sin salida —respondió—. Intenté seguir los mensajes de correo intercambiados con tu cuñada...

—Deborah, sí.

—Sí. Pero llega un momento en que se pierde la pista y ya no los puedo seguir. Imagino que Jason le habrá blindado el sistema para que sea inaccesible desde fuera.

—¿No puedes intentar entrar?

—¿Y romper una protección de Jason Cole? —preguntó

ella, con tono sarcástico—. Claro, lo podría intentar, pero no duraría más de dos segundos antes de que saltaran todas las alarmas y mi ordenador se formateara sin haber llegado a poner un pie dentro. A él no le costaría nada encontrarme y, la verdad, tu novia me da miedo.

Se percató de inmediato de lo inadecuado de la broma que acababa de hacer y, en un acto reflejo, se cubrió la boca con una mano.

—Lo siento —se disculpó, roja como un Papa Noel borracho—. No debería haber dicho eso, perdóname.

Daniel le devolvió una sonrisa anémica. Kathleen era el Fantasma, pero nada de lo que habían averiguado le serviría ante un juez. Necesitaba pruebas y, para conseguirlas, tendría que declararla sospechosa oficialmente. Entonces ella lo sabría y lo dejaría. Se odió por pensar en eso. Por supuesto que iba a perderla. Iba a encerrarla en prisión. Pero él... Él tendría que confesar ante el jefe, ante Saunders y el resto de sus compañeros. Tendría que contárselo a su hermano. Dios, Deborah lo odiaría si encerraba a su mejor amiga por asesina.

El silencio se cernió sobre la mesa, denso como la niebla en una película de miedo. Los hombres de la barra, que se habían acostumbrado a su presencia, comenzaron a fijarse en ellos de nuevo. Los transeúntes que pasaban ante los ventanales del pub miraban hacia el interior, pero el aspecto del local no debía de causar buena impresión, porque ninguno de ellos entró. Al contrario, uno de los hombres que había dentro se marchó, luego otro y, poco a poco, Jennifer y Daniel se fueron quedando cada vez más solos.

—No quiero... —murmuró ella tras largo tiempo—. No quiero empeorarlo, pero hay algo más que creo que deberías saber.

Daniel levantó la cabeza y el cuello le crujió del tiempo que la había mantenido caída, sin fuerzas para sostenerla. Ahogó un gemido de protesta y asintió. Lo que tuviera que

ser, que fuera rápido. Ella amagó una sonrisa compasiva y giró el portátil para que él viera lo que aparecía en la pantalla. Se trataba de un impreso oficial expedido en el ayuntamiento de un lugar llamado Valley City, Dakota del Norte. Daniel fue desentrañando el documento hasta llegar al punto que la informática había esperado que descubriese.

—Addams es el apellido de la madre —dijo ella—. Se lo cambiaron cuando regresaron a Escocia, en un intento de que la ayudase a superar lo ocurrido. Pero el apellido del padre era...

Daniel contempló aquella palabra como quien contempla un abismo infinito.

—Parker —susurró—. El SEAL.

—Eso no lo he podido verificar, puede haber mil Frank Parker en el mundo, pero... Ese era su nombre y era militar.

Daniel se levantó como pudo, un monigote sin forma y sin fuerzas. Jennifer lo miraba afectada por el cúmulo de malas noticias que le había dado, y a él le habría gustado reconfortarla, pero no se le ocurría nada que decir. Agradecía su ayuda, desde luego, pero sentía que la culpa era del mensajero. Que si no lo hubiera descubierto no habría sido real. Nada de eso habría sido real.

Inventó una sonrisa de agradecimiento, disculpas, comprensión...

Abandonó el pub.

Había anochecido. Las farolas lo iluminaban desde encima de los árboles y las sombras de las hojas lo acechaban como espectros. Se subió el cuello de la chaqueta y echó a andar.

De acuerdo. Kathleen era el Fantasma. «Kathleen es el Fantasma, Kathleen es el Fantasma, Kathleen es el Fantasma». Se lo repitió varias veces con la esperanza de que dejara de doler, pero no sirvió de nada. Dolía. Kathleen era el Fantasma, y eso dolía más que nada que hubiera sentido hasta entonces, porque significaba que todo lo que

habían compartido era mentira.

No. Joder, no, no podía ser. Las miradas, los besos, las caricias, las sonrisas no podían ser mentira, no podía haberlo engañado de esa manera. Joder, no.

Encontró un banco solitario y se sentó. Como cada vez que se movía, el golpe de las costillas le envió un ramalazo de dolor, pero apenas lo notó. La poca gente que recorría la calle a esa hora pasaba a su lado sin reparar en él, como si no existiera. Pero existía, en el fondo de un pozo negro, existía.

«Vale. Kathleen es el Fantasma», pensó «¿Y ahora qué?».

Podría ir a hablar con el jefe, contárselo todo y aguantar la humillación, pero no serviría de nada. Las pruebas de que disponía eran circunstanciales y, lo que era peor, obtenidas de una manera, por lo menos, irregular. Si contaba lo que Jennifer había hecho, la metería en un lío, quizá perdiera su trabajo si es que no acababa en la cárcel directamente. No. No podía hacerle algo así.

¿Entonces, qué?

Podría permitir que Kathleen acabara con Yates. Hacerse el tonto, fingir que no sabía nada y...

—Joder. ¿Qué estás diciendo? —se regañó.

Ridículo. Ridículo. No podía hacer eso, no pensaba hacerlo. Al fin y al cabo, después de Yates vendrían más. Otros contratos, otras víctimas. Había millones de personas que merecían morir, él lo sabía tan bien como cualquier policía del mundo, y eran la clase de víctimas que al Fantasma —a Kathleen— le gustaban. Merecían morir, ¿qué tenía de malo dejar que los...?

—Joder. ¡Que no!

Una señora que pasaba junto a él apretó el bolso contra el cuerpo y aceleró el paso para alejarse de aquel loco que hablaba solo sentado en un banco. Daniel no se lo reprochó, sobre todo, porque no la vio.

Vale. No podía permitir que ella siguiera asesinando. Pero ¿cómo lo impediría? Iba a matar a Yates, lo habían sacado del hotel y lo habían llevado a la prisión. Si él fuera un asesino, ¿cuál sería el siguiente paso? No tuvo ninguna duda, lo supo. El dolor en el pecho le atenazó la garganta cuando comprendió que ya sabía cómo atraparla.

—Joder —susurró.

Nadie lo oyó.

47,
Lunes, 12 de junio – 07:47 h.
Sudbury House. Londres

Inspira... espira... inspira... espira...

Un pájaro cruzó ante la mira telescópica y el círculo al que se reducía el mundo se volvió negro durante un instante. En cuanto el pájaro siguió de largo, la luz regresó, y con ella, su objetivo: una ventana negra a mil doscientos treinta y tres metros de distancia. Velocidad del viento: 9Km/h sudeste, casi inapreciable. Ni una nube en el cielo. Perfecto. Tan solo la hora no encajaba en los planes iniciales. Había decidido adelantar el trabajo a la mañana en lugar de esperar a la tarde. Habría sido una pérdida de tiempo innecesaria con Daniel pisándole los talones y Jason cada vez más nervioso. Ahora tenía el sol de frente en vez de tenerlo a la espalda, pero la mira telescópica contaba con un filtro solar y el techo la mantenía a la sombra y a salvo de reflejos.

Eran las siete y cuarenta y siete, y llevaba casi una hora en esa terraza. De pie, con las rodillas flexionadas y el codo izquierdo apoyado en el murete de la azotea. Le dolían las piernas y los riñones, pero no lo notaría hasta que se incorporara, por el momento solo podía asumir que le dolería cuando se pusiera en pie y recordar cuánto odiaba disparar en esa postura.

A Kathleen no le importaba esperar. Según los horarios de la cárcel, el preso Frederick H. Yates pasaría la mañana en la celda, a solas, leyendo un libro o maldiciéndose por

estúpido avaricioso. En algún momento, se asomaría a la ventana y ella estaría allí. Aunque se hiciera de noche, aunque llegara el amanecer. No se marcharía sin dejar el trabajo concluido.

Porque ya no había más días, Daniel había llegado hasta ella. Jason estaba desmontando la Base, desconectando los ordenadores y los servidores e instalando elementos de seguridad en las puertas de acceso desde las dos casas. El plan de eliminación de pruebas estaba en marcha. No había vuelta atrás.

Kathleen no sabía si eso la aliviaba o la entristecía. Era el fin de lo que había sido su vida los últimos quince años. A partir de ese momento tenía un plan, pero el resultado era una incógnita.

Inspira... espira... inspira... espira...

La situación le recordó a otro trabajo en el que se había visto obligada a esperar durante horas. Cyril Pierce la había tenido cuatro horas y media inmóvil en una ventana, pero habría esperado mucho más. Maldito pederasta hijo de puta, se merecía la muerte más que nadie en el mundo. Cabrón violador de niños... Sí, habría esperado lo que hubiera hecho falta para acabar con él. Pero ¿por qué? Jason se lo había preguntado entonces y ella no había podido encontrar una respuesta. ¿Por qué lo hacía así? ¿Por qué la femoral? ¿Por qué esperar durante horas por un tiro absurdo, cuando habría sido más fácil y rápido de otra manera?

Daniel sospechaba que quería impresionar a alguien, aunque no sabía a quién, y ella lo había descartado, pero ¿y si era verdad? ¿Quería impresionar a su padre? Tenía que ser a él, claro, ¿a quién si no? ¿De verdad era eso lo que hacía? Su padre estaba muerto y ella no creía en el cielo, no creía que la pudiera ver desde ningún sitio. Sin embargo, lo honraba con cada disparo. Él le había enseñado que cierta gente merecía morir, pero también que todo el mundo merecía morir con dignidad. Su padre no hablaba con nadie

de las cosas que hacía ni de lo que veía en su trabajo, pero durante las horas que ambos pasaban a solas, practicando en el bosque, hablaba con ella. No era una idea brillante, desde luego, hablar de asesinatos y muerte y guerra con una niña de diez años, pero era así. Él hablaba y ella escuchaba. Ahora, veintiséis años después, ella era una asesina que disparaba a la femoral porque una vez había visto a su padre llorar.

No fue un llanto desesperado, no hubo gritos ni sollozos ni espasmos, tan solo una lágrima que resbaló por su mejilla hasta desaparecer bajo la barba que se dejaba cuando no estaba de servicio. Otra lágrima siguió el mismo recorrido y, cuando una tercera quiso acompañarlas, él se limpió con la manga, furioso.

—¿Qué ocurre, papá?

—Nada, nena, no hagas caso.

—¿Por qué lloras?

Él la miró. No se le habían enrojecido los ojos, no habría más lágrimas, pero su mirada derramaba tristeza.

—Nunca dispares a nadie a la cabeza, nena. ¿Me oyes? Nunca.

Ella se quedó sin habla. ¿Disparar a alguien? No quería disparar a nadie. Bueno, había fantaseado con meterle un tiro a Brittany, la estúpida rubia de quinto grado que la llamaba zanahoria y se burlaba de sus pecas. Pero, una cosa era imaginarlo durante las clases de matemáticas, y otra...

Su padre la agarró por los hombros y la sacudió ante sí. Era tan grande que ella sintió como si fuera un oso el que la zarandeaba. Con aquella barba, no podía negar el parecido.

—Nunca, Katty. Repítelo.

—Nunca —respondió ella. Le clavaba los dedos en la carne, pero no parecía darse cuenta.

—Tú no sabes lo que es... —La voz de su padre se quebró. Aunque sus ojos la miraban, en realidad estaban muy lejos de allí—. La cabeza se convierte en una masa de

sangre y trozos de cerebro y de hueso que vuelan por todas partes. Y los que lo ven... su familia... Ella gritaba... No lo reconocía. Era su marido, pero no podía reconocerlo. Gritaba con todo aquel cerebro entre las manos... Jack me decía que teníamos que irnos, pero yo no podía dejar de mirar a esa mujer con el cuerpo de su marido en los brazos, cubierta de sesos y... —Su voz había descendido hasta un gemido roto—. Ella sabía que yo estaba allí, pero no se iba, todos corrían menos ella, ella lo abrazaba y gritaba cubierta de sangre, pero él no era más que un agujero donde tenía que estar su cara, era un agujero... enorme...

—Papá...

—Jack tiraba de mí, pero yo seguía mirando...

—Papá, me haces daño... —Los enormes nudillos de oso estaban blancos de tanto apretar—. Papá...

El sollozo llamó al fin la atención de su padre, que la miró como si regresara de un viaje demasiado largo y demasiado duro.

La soltó y sonrió con cierto esfuerzo.

—Lo siento, nena, no me he dado cuenta. ¿Estás bien?

Ella se secó una lágrima que no había permitido escapar. Él le acarició la cabeza.

—Volvamos a casa, ¿eh? Y no le digas a tu madre que te he contado nada de esto. Me mataría.

Fue una de las últimas veces que lo vio. Frank Parker moriría en algún lugar indefinido poco después, aunque eso ella no lo podía saber. Ella solo sabía que su padre no dormía bien, que se despertaba gritando en medio de la noche y que sus ojos habían oscurecido como si ya no la miraran a ella, sino a través de ella, a un lugar más lejano y tenebroso que la familiar Dakota del Norte.

—Papá... —Estaban a medio camino de casa. El bosque se había abierto y la silueta del edificio se adivinaba entre los árboles. Él bajó la mirada y ella le apretó la mano, fuerte y grande, con la suya, pequeña pero firme—. Nunca dispararé

a nadie a la cabeza.

Frank Parker sonrió.

Inspira... espira... inspira... espira...

Un movimiento la despertó de sus recuerdos. En la ventana de Yates algo se movió. Una sombra. Kathleen activó el visor térmico y el mundo cambió de colores. El edificio se volvió azul y verde; el cielo, el suelo, los árboles, negros; las ventanas, amarillas o naranjas. Y en la de Yates una mancha roja, su cabeza.

Allí estaba.

Inspira... espira... inspira... espira...

Acarició el gatillo, pero no apretó. Soltó una maldición que no pudo reprimir. Siempre se había mantenido fiel a su promesa, pero no tendría opción de apuntar a la femoral a través de aquella ventana. Su dedo tembló en el gatillo. Y lo volvió a soltar.

—¡Joder!

Yates estaría soñando con que volvía a encontrarse fuera, libre. Kathleen casi sintió lástima de él. No era capaz de imaginar lo que sentiría en esos momentos, después de haber tenido el mundo en sus manos: millonario, poderoso, intocable, con la perfecta familia y la empresa de éxito. Una mala decisión había acabado con él en la cárcel y una mira telescópica apuntando a su cabeza.

Se preguntó si lo sabía, si la intuía, si rezaba para que ese disparo acabase con la pesadilla.

Inspira... espira... inspira... espira...

La figura se alejó de la ventana. Se ocultó a la derecha, pero no tardó en aparecer de nuevo. Caminaba por la celda. Cruzó y desapareció a la izquierda, luego regresó a la derecha, se detuvo. Ella tan solo veía parte de su espalda. Si se alejara un poco más, solo un poco más... Su andar era lento, derrotado. No quedaba nada del orgullo que lo había caracterizado hasta entonces. Se rascó la mandíbula y se colocó la camiseta. Se giró hacia la puerta.

Inspira... espira... inspira... espira...

Dio un paso, después otro. En la mira telescópica veía la ventana y la figura rojiza que se alejaba hacia el fondo.

Inspira... espira...

Yates dio un paso más.

Inspira...

Otro paso.

Espira...

Ella calculó la altura.

Aguanta.

La figura desapareció en una explosión de sangre, hueso, músculo, piel... Kathleen aguardó. Menos de cinco segundos después, la celda se llenó de movimiento. Tres figuras la invadieron, pero ninguna parecía saber qué hacer, corrían de un lado a otro y se asomaban por la ventana. Kathleen respiró. Yates estaba muerto o nadie tendría tiempo de mirar hacia fuera.

Con el trabajo realizado, comenzó a recoger el material.

Desarmó la mira telescópica y la guardó en la mochila. Recogió el casquillo y lo lanzó dentro, también. Guardó la manta sobre la que había permanecido todo ese tiempo y echó un último vistazo alrededor. Ni una sola prueba de su presencia.

Se colgó la mochila al hombro y se dirigió a la puerta de la escalera, que había dejado cerrada desde fuera.

Con delicadeza, apoyó el arma en la pared y le dirigió una mirada melancólica. Había sido la última vez. O quizá no. Maldita sea, le gustaba lo que hacía. A la mierda con la moral, con el bien y con el mal. Ella hacía el bien, por mucho que Daniel y los suyos nunca fueran a entenderlo.

El rifle estaba limpio y sin balas. Lo había desarmado la noche anterior y había limpiado cada pieza para que no quedara ni una huella. A partir de ahí lo había manejado con guantes. La única parte que había estado en contacto con su piel, la culata, llevaba una funda de cuero que le quitó y

guardó en la mochila. No había nada en el arma que la incriminara, pero ya no era necesaria tanta precaución. Daniel sabía que era de ella, ahora ya lo sabía todo. O lo sospechaba. Se lo había notado en los ojos dos días atrás y en el tono de voz al rechazar una cita la noche anterior. Lo sabía, así que el rifle era algo parecido a un último regalo para él, una felicitación. Había encontrado a su asesino. Ya no volvería a verlo, no podría explicarse ni aclararle que lo que había habido entre ellos había sido real. Desaparecería para siempre, pero, al menos, le dejaría su último fusil.

Se rascó la cabeza por encima de la peluca. Con un poco de suerte no tendría que volver a usar peluca. Era casi lo que más odiaba.

Se rascó un ojo, se masajeó el cuello, miró hacia atrás. No quería irse. Le costaba cerrar ese capítulo de su vida, pero tenía que hacerlo.

Se acercó a la puerta y puso la mano en el pomo. Un segundo antes de abrirla, un ruido al otro lado la paralizó.

48,
Lunes, 12 de junio – 08:25 h.
Sudbury House. Londres

En el oscuro y estrecho rellano al final de la escalera, el agente Lineberger sostuvo el puño cerrado en alto. La docena de agentes que aguardaban tras él obedecieron su orden de permanecer inmóviles y en silencio.

El inspector Ryman no estaba entre ellos. Él no iba armado, no tenía autorización para participar en los asaltos, pero tampoco estaba muy lejos, tan solo a un piso de distancia. Él y Saunders esperaban, tan quietos como los agentes de arriba, sin saber a qué se debía la demora. Se preguntó si Yates estaría muerto ya y descubrió que no le importaba una mierda si el abogado vivía o moría, lo único que quería era coger al Fantasma. A Kathleen. Kathleen. Tenía que acostumbrarse a llamarla por su nombre. No era un fantasma, era su maldita novia.

El golpetazo de una patada en la puerta los sobresaltó. Luego todo fue alboroto, carreras y gritos. Daniel no pudo más, echó a correr escaleras arriba y salió al tejado.

Era la primera vez que estaba allí, pero era tal y como se lo había imaginado al verlo en el mapa. La azotea vacía, el techo rectangular con el hueco en medio, la habitación para la maquinaria del ascensor, un montón de antenas parabólicas en una esquina... Todo, menos Kathleen. En su imaginación, ella estaba allí, vestida de negro, con pasamontañas y el rifle en la mano. Quizás había visto

demasiadas películas, pero era así como la imaginaba. En cualquier caso se había equivocado, ella no estaba.

—¿Dónde está? —gritó.

Los agentes de asalto recorrían la azotea apuntando con las armas a cada rincón. Desarmado, Daniel los imitó, con la incómoda sensación de no saber qué hacer con las manos. Incluso Saunders se unió a la búsqueda.

—¿Dónde coño está? —repitió.

El jefe del equipo lo miró furioso.

—¡Retírese! —exigió.

Daniel se ahorró la réplica, que habría consistido en mandarlo a la mierda. Sabía que no podía estar allí, pero ¿cómo no iba a estar? Era su novia a la que estaban persiguiendo.

Aunque claro, eso nadie lo sabía. Su plan no exigía que lo supieran, de modo que no lo había contado. Partiendo de la localización de Yates, había resultado fácil intuir dónde se colocaría su asesino. Los francotiradores de la policía habían estudiado los planos de la zona y señalado el edificio en el que ahora se encontraban, y nadie había preguntado quién era el Fantasma. ¿Cómo iba a saberlo él?

Pero ella no estaba. ¿Y si se habían equivocado de sitio? Se giró hacia detrás, hacia la puerta por la que acababa de salir, y descubrió algo contra la pared. Un rifle. Apoyado con cuidado sobre la culata, casi como una ofrenda.

Saunders lo acababa de descubrir y se acercaba a él. Daniel le hizo un gesto.

—No lo toques —advirtió.

El sargento le dirigió una mirada ofendida. No pensaba tocarlo, no era ningún novato. El inspector lo sabía, pero no pensaba en las pruebas ni en las huellas que pudiera haber en el arma, pensaba en Kathleen. Era su rifle, el que había matado a Yates —ahora estaba seguro de eso—, y lo había dejado allí para él. ¿Era una despedida, una burla, una disculpa? ¿Qué coño significaba? Se dio la vuelta con un

nudo en la garganta y se alejó. No quería verlo. Le costaba respirar. Le temblaba la mandíbula.

—¿Estás bien? —Saunders le posó la mano en el hombro.

No supo qué decir. No, no estaba nada bien.

Un ruido a su espalda. Se giró a tiempo de ver que alguien se descolgaba del techo del acceso a la escalera y desaparecía por ella. No vestía de negro, llevaba unos vaqueros, una camiseta ancha gris y una gorra bajo la que asomaba una coleta castaña. ¿Castaña? Sí, castaña. Pero no se iba a detener en ese detalle. Era Kathleen. Y huía.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Por aquí!

Echó a correr tras ella. Los agentes lo siguieron como si hubiera dado comienzo una competición.

Kathleen saltaba los escalones de tres en tres, pero aún oía las botas de los policías cada vez más cerca. Si seguía por ese camino no tardarían en alcanzarla, y las clases de lucha que su padre le había dado no servirían de nada veintiséis años después contra hombres entrenados. Tendría que haberse dejado de yoga y haber practicado algo más útil.

Debía despistarlos.

Corrió más deprisa, saltando los escalones de cuatro en cuatro. Los números en los rellanos descendían a una velocidad asombrosa: 19, 18, 17... Faltaban tantos todavía.

—¡Quieto! ¡Quieto!

«Una mierda», pensó ella. Solo lo pensó, no podía permitirse gastar aliento hablando. Y menos gritando.

Inspira... espira... inspira... espira...

16, 15, 14...

Faltaba poco, pero estaban cada vez más cerca. Oía las pisadas de las botas, el ruido metálico de las armas, el golpeteo de los uniformes: cascos, gafas, chalecos, accesorios...

—¡Deténgase!

13, 12, 11...

Se preguntó si Daniel estaría allí, si la estaría persiguiendo. Todo eso tenía que haber sido idea suya, estaba segura, pero ¿estaría allí? ¿Qué haría si se encontraban cara a cara?

10, 9, 8...

Jadeaba. La mochila le golpeaba la espalda y algo, probablemente la mira telescópica, se le clavaba una y otra vez en la columna.

¿Qué haría ella si se encontraba con él? ¿Le diría algo? ¿Le dejaría él decir algo?

Inspira... espira... inspira... espira...

7, 6, 5...

Un disparo atronó en la escalera. ¿La estaban disparando? ¡Hijos de puta!

—¡Alto! ¡Deténgase!

Se lanzó contra la puerta de acceso a la planta y esta — gracias a Dios— se abrió. Echó a correr por el pasillo. Se la estaba jugando, se la estaba jugando de verdad. No sabía dónde iba ni lo que iba a encontrar, pero si seguía por las escaleras, iría directa a los brazos de la unidad que la esperaba en la calle. Así que siguió corriendo.

No se molestó en encender ninguna luz. Había claridad en el pasillo y esa era su esperanza. En el mismo momento en que la puerta de la escalera volvía a abrirse a su espalda, el pasillo formó una curva y ella dobló la esquina para descubrir, al fondo, lo que estaba buscando. Bajó la cabeza y corrió más rápido de lo que había corrido nunca.

Inspira... espira... inspira... espira...

El rectángulo luminoso de la ventana se recortaba a contraluz, cegador, saltando ante sus ojos con cada zancada.

—¡Quieto! ¡No se mueva!

Se detuvo un instante, lo suficiente para abrir la ventana —esto no era una película, si saltaba a través del

cristal se mataría, por amor de Dios—, y se encaramó al alfeizar.

Estaba en un quinto piso, pero tenía un as en la manga. El centro comercial anexo pegaba pared con pared y el aparcamiento exterior que ocupaba el tejado estaba a solo un par de metros de distancia. Un vistazo le sobró para comprobar que no había policías en él. Nadie había contado con que huyera por allí, ni siquiera ella.

Inspira... espira... inspira... espira...

Los tres segundos que duró la caída le sirvieron para recordar las lecciones de su padre: doblar las rodillas, rodar sobre sí misma, evitar lesiones.

Echó a correr sin mirar atrás. Un disparo expuso la frustración del primer agente que llegó a la ventana. No tiró a dar. Sola en un espacio abierto, la habría matado con facilidad si hubiera querido. Se preguntó si Daniel habría dicho que la quería con vida.

El inspector Ryman se detuvo al llegar a la ventana. No había más de dos metros hasta el suelo, pero esperó que estuviera bien, que no se hubiera hecho daño. Ignoró la preocupación y saltó. El impacto le sacudió las costillas y el aire abrasador escapó de sus pulmones. Se encogió durante unos segundos eternos hasta que pudo volver a incorporarse. Quemaba.

Los ocho agentes que lo habían adelantado por la escalera recorrían el aparcamiento con las armas en alto, apuntando en todas direcciones. Pero, al igual que en la azotea, ella no estaba allí. Ni ella ni nadie. Solo docenas de coches distribuidos por las plazas dibujadas en el suelo. Docenas de sitios donde esconderse.

Avanzaban con precaución. Por mucho que hubiera dejado el rifle atrás, nadie sabía si el sospechoso seguía armado. ¿Dónde estaba?

Su teléfono comenzó a vibrar.

—Ryman.

—Dan, soy yo.

Era Saunders.

—¿Dónde estás?

—He vuelto a la azotea para esperar a la forense, no hacía nada ahí abajo. Oye...

Daniel cerró los ojos. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquel «Oye» significaba algo malo.

—¿Qué?

—Se trata de... —No encontró las palabras, lo que confirmó las sospechas del inspector.

Miró hacia el tejado del edificio como si fuera a descubrir allí al sargento.

—Yates, ¿verdad? —preguntó.

El bufido resignado de su compañero respondió antes que él.

—Lo ha matado.

Cerró los ojos. Muerto. Confirmarlo dolía más de lo que había esperado.

—No ha podido darle en la femoral... —susurró.

—No. Ha sido en el corazón. Por la espalda. Le ha volado el pecho.

Cortó la llamada. No necesitaba saber más. Unos minutos, tan solo con que hubieran llegado unos minutos antes, Yates estaría vivo y Kathleen estaría detenida. Ante él, cara a cara, mirándolo a los ojos. ¿Habría intentado fingir que lo quería, que su historia había sido real? ¿Habría estado él dispuesto a creerla?

Un grito de furia resonó en lo más profundo de sus pulmones y ascendió por la garganta hasta estallarle en la boca.

Inspira... espira... inspira... espira...

Kathleen oyó el grito de Daniel. Sintió su rabia, su odio, y supo que se acababa de enterar de lo de Yates. Lo lamentó por él, pero, ahora más que nunca, tenía que salir de allí. Si había mantenido algún resquicio de esperanza, el grito que acababa de escuchar se la había arrebatado de cuajo.

Ocultada tras una columna de ventilación, oyó los pasos de los agentes que recorrían el aparcamiento. Se movían despacio, con precaución, pero avanzaban hacia ella sin saberlo. No sabía cómo iba a escapar de allí. Saliera por donde saliera, la verían, no había ningún otro sitio donde esconderse. Sin embargo, maldita sea, la calle estaba tan cerca, a menos de cien metros a su derecha. La calle, con sus peatones, sus coches, sus familias con niños, sus clientes del centro comercial. Sus seguros de vida. Nadie dispararía si se mezclaba entre ellos. Tal vez entonces lograra quitarse la gorra y la peluca y despistarlos de una vez.

Un sonido imprevisto le dio algo de esperanza. El sonido de un motor, demasiado familiar como para no reconocerlo.

Inspira... espira... inspira...

Echó a correr.

—¡Allí!

El agente señaló hacia un punto al fondo del aparcamiento. Levantó el arma y apuntó a algo en la distancia.

Como el resto de agentes que lo habían oído, Daniel se giró en la misma dirección y la vio, aunque solo él la reconoció. Corría como una atleta, con la cabeza baja y el cuerpo encogido, y descendía la rampa hacia la calle a toda velocidad.

Adelantó la mirada y descubrió adónde iba.

Kathleen apartó de un empujón a un grupo de jóvenes.

Sus insultos quedaron atrás. Esquivó a una madre con una niña y un carrito, a los que su cerebro identificó como la familia que había conocido el día anterior. La niña infernal había dejado de gritar, por fin.

Chocó con una pareja de mujeres cargadas con bolsas del supermercado, cuyo contenido se desparramó por la acera. Tampoco hizo caso de eso. Su objetivo estaba cerca, tan cerca, pero no le quedaba tiempo... Aceleró, concentrada en el ritmo de la respiración.

Inspira... espira... inspira... espira...

Al menos no oía disparos. Algunos gritos en la distancia, pero no disparos. Todavía. Solo unos metros más.

Daniel la vio subir de un salto al autobús. Las puertas se estaban cerrando y la golpearon en los hombros.

—¡No cierre! —gritó, consciente de que el conductor no podría oírlo a esa distancia—. ¡No cierre!

Los agentes iban unos metros por delante, pero no fue suficiente. Las puertas del autobús se cerraron y el vehículo arrancó.

—¡No!

Llegó a la parada exhausto. El corazón le atenazaba la garganta, el pecho ardía, las costillas le constreñían los pulmones. Se encorvó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas para recuperar la respiración. A su alrededor, decenas de personas se habían apartado aterrorizadas ante el despliegue policial, las armas, los gritos. Pero nada de eso le importó. El autobús se alejaba con ella dentro.

La vio. Estaba de pie, en medio del pasillo, y miraba hacia él.

EPÍLOGO

Lunes, 12 de junio – 12:08 h.

Aeropuerto de Heathrow. Londres

La anciana que se sentaba a su derecha, al otro lado del pasillo, había tratado de entablar conversación, pero desistió al percibir su hostilidad. No parecía la típica pesada, el problema era que Kathleen no tenía ganas de hablar con nadie.

Los pasajeros de primera clase habían ocupado sus asientos hacía bastante rato, y una solícita y rubia azafata les ofrecía bebidas mientras aguardaban a que la clase turista se acabara de llenar. Kathleen aceptó una copa de champán, pero no lo probó, tampoco tenía ganas de beber. Al otro lado de la cortina se escuchaban los ruidos propios de un embarque: maletas que eran colocadas en los portaequipajes, *trolleys* que recorrían el pasillo, niños que gritaban, gente que hablaba. Se habría cambiado por cualquiera de ellos.

Miró por la ventanilla. El personal de tierra había terminado de cargar las maletas y el camión se alejaba vacío de vuelta a la terminal. Ya no había marcha atrás.

Apoyó la frente en el cristal y el vaho de su respiración desdibujó la realidad al otro lado. Cerró los ojos y pensó en lo que dejaba atrás: su casa, su trabajo, sus perros, Deborah, Jason, Daniel. No había podido despedirse de ninguno, no había podido explicarse, disculparse, declararse. Nada.

Notó cómo se le humedecían los ojos. Se secó con la

manga de la camiseta la lágrima que no había llegado a formarse.

No había sabido nada de Jason desde la tarde anterior, cuando había ido a su casa a entregarle los perros y la había abandonado con el corazón en mil pedazos. Él dijo que no sería seguro comunicarse hasta que la cosa se enfriara y comentó que era probable que lo detuvieran. ¿Lo habrían hecho? Un escalofrío de culpabilidad oprimió su estómago al imaginarlo entre rejas.

—No te preocupes por mí —exigió cuando ella intentó convencerlo de que la acompañara en su huida—. Dos personas son más fáciles de localizar que una. No quiero saber dónde vas, no quiero que te atrapen por mi culpa. — Ella no quería dejarlo atrás, pero él insistió con una de sus sonrisas confiadas—. No hallarán nada en mi contra, ni en contra tuya, tampoco. Me encargaré de que no descubran la Base, pero, aunque lo hagan, me ocuparé de hacer desaparecer lo que hay allí.

Qué estúpida se sentía ahora al recordar lo mucho que había lamentado perder su colección: armas, accesorios, gafas, pelucas; todo fuera. No se había dado cuenta entonces de que era mucho más que eso lo que perdía.

—Jason —susurró.

La mujer al otro lado del pasillo la miró con la vaga esperanza de que se hubiera dirigido a ella. Al comprobar que aún le daba la espalda, devolvió la atención a la revista de cotilleos que ojeaba con enfermizo interés.

—Te encontraré —aseguró él—. Tengo tu nuevo nombre. Te encontraré.

Ella sonrió, convencida de que lo haría, y le dio las gracias. Él entendió que lo decía por el pasaporte falso y la nueva identidad que le había fabricado, pero no era por eso. No solo por eso. Lo único que pudo hacer para demostrárselo fue abrazarlo con fuerza. Su socio la estrechó entre los brazos y, al final, ella lo besó. Un último beso por los viejos

tiempos. Luego se separaron. Estaba a punto de llorar, así que se dio la vuelta, cogió las maletas, el último rifle, y se marchó a ejecutar a Yates. Ya no volvería a verlo.

—Señora, ¿desea el periódico?

La misma azafata rubia que le había ofrecido el champán, le tendía ahora la última edición del Times. Kathleen rechazó el ejemplar. No lo necesitaba, tenía el Ipad sobre las rodillas y ya había visto en él todo lo que tenía que ver.

Una gran foto a color ocupaba la mitad de la portada. Mostraba un plano lejano de la prisión de Wandsworth y una furgoneta de la morgue que salía de ella. El titular, en grandes letras negras, decía: «**3 de 3**». Debajo, a un tamaño inferior, pero resaltado en negrita, añadía: «**Frederick H. Yates, el último socio de Thompson, Yates & Davies, asesinado en la prisión de Wandsworth**».

Sintió lástima de Daniel. Y sintió también la intensidad del odio que debía de profesar hacia ella en esos momentos. La odiaría con todas sus fuerzas y nunca creería ninguna cosa que pudiera decir para convencerlo de que no había sido personal, de que no lo había utilizado. Había querido mandarle una nota con una explicación, pero no lo había hecho. Solo habría conseguido herirlo aún más, así que se había guardado el dolor para sí misma.

Un gemido escapó de su garganta y las lágrimas que antes había conseguido reprimir se deslizaron por las mejillas.

Lo había perdido todo. Vale que esa era una posibilidad que siempre había tenido en cuenta y para la que estaba preparada, pero ahora que se veía sola ante una nueva vida, sin saber qué demonios iba a hacer con ella, sin su mejor amigo, sin sus perros, sin Daniel...

Se le escapó otro sollozo. La mujer de al lado, en silencio, extendió la mano a través del hueco del pasillo y le

tendió un pañuelo de papel. Kathleen lo cogió y trató de esbozar una sonrisa, pero fue incapaz de lograr algo mejor que una mueca retorcida, a la que la mujer asintió con comprensión.

—Volverá a verlo —susurró, como si conociera el motivo de su desconsuelo, y Kathleen estalló sin remedio.

La mujer apretó su brazo y asintió con una sonrisa. Kathleen se tapó la cara con el pañuelo. Lejos de juzgarla, la mujer la instó a desahogarse.

El sabor de las lágrimas se le antojó extraño. No recordaba la última vez que había llorado de aquella manera. Mentira. Sí que lo recordaba. Fue el día en que todo acabó. El día en que todo comenzó.

Había pasado casi un mes. Había dejado la universidad y había regresado a casa, pero aún no podía dormir. Los recuerdos la asaltaban en la oscuridad. Cada sonido que escuchaba era una amenaza: el crujido de las maderas del suelo, el motor de la nevera, el temblor de una ventana por el viento. Una noche, su madre se había levantado para ir al baño y ella se había ocultado en el armario, aferrada a uno de los fusiles de su padre. Hacía calor y sudaba bajo el grueso pijama de invierno que usaba para dormir. No soportaba ver su cuerpo sin ropa. Las marcas de los golpes y los arañazos ya habían desaparecido, pero ella todavía las sentía. Nunca dejaría de hacerlo. Así que sudaba y lloraba y temblaba y... Por primera vez, odió. Odió a aquellos tres hijos de puta que la habían atacado al salir de la cafetería de la universidad, que la habían seguido por el aparcamiento y la habían acorralado en una esquina. Que la habían lanzado contra los cubos de basura, que la habían golpeado, que le habían arrancado la ropa. Los odió. El recuerdo de sus manos y sus bocas y sus pollas dejó de darle asco o miedo. Le dio rabia. ¿Por qué? ¿Por qué ella? ¿Por qué ellos? ¿Por qué allí? ¿Por qué? Oía sus carcajadas. El mundo les pertenecía. Eran jóvenes, eran ricos, podían coger lo que quisieran y la

quisieron a ella. Y la cogieron. La violaron y la dejaron herida y sangrando en el suelo de aquel callejón como una bolsa de basura.

Apretó el gatillo. El fusil estaba descargado y ningún ruido perforó la noche, pero ella sintió el reconfortante tacto del metal en el dedo y todo encajó. Había dejado de temblar. Tomó aire. Lo soltó. Lo tomó. Lo soltó. En algún rincón de su memoria, Frank Parker sonrió. «No dispares a la cabeza, Katty», le había dicho. No lo haría. Dispararía a otro zona.

El plan se había dibujado por sí solo, como si el destino estuviera de su parte. Una llamada inofensiva a una amiga de clase le había desvelado, tras horas de cotilleo indiscriminado, que Brent Prichard iba a dar una fiesta en su casa de campo el viernes por la noche. Él, George y Dennis pasarían allí el fin de semana. A solas. Los tres amigos siempre iban juntos a todas partes. Siempre lo hacían todo juntos. Morirían juntos.

Resultó tan fácil. Durante las horas que pasó tumbada en el bosque cercano a la casa no pensó en nada. En nada. Vacío absoluto en su cabeza por primera vez desde hacía un mes. Ni dolor ni miedo ni gritos. Dennis Huang cayó al suelo. Los aullidos de agonía se oían desde donde ella estaba, pero no la detuvieron. George Beake fue el segundo. Brent intentó correr, pero lo hizo en la dirección equivocada. Le ofreció el ángulo perfecto.

Tardaron horas en morir. O eso le pareció entonces. Luego descubrió que habían sido minutos, pero el tiempo que pasó oyendo los gritos se le hizo mucho más largo.

Lo recogió todo con calma. La policía no tardaría en llegar y no se planteó escapar. ¿Para qué? Todo había terminado. Recogió el fusil, lo desarmó, lo metió en la mochila y regresó al coche. Nadie la detuvo.

Volvió a casa. Su madre estaba desquiciada, como siempre. Enfadada con la vida aunque había comenzado a salir con un hombre. Kathleen ignoró las preguntas, los

reproches y los comentarios y se encerró en su habitación. Esperó. Esperó. Esperó. No llegó nadie.

La amiga de la universidad la llamó el martes para contarle el cotilleo. Dennis, Brent y George habían muerto. Nadie sabía cómo. Secreto policial. Ella esperó. Llegarían. Tenían que llegar. Había matado a tres personas. Vivían y, de repente, estaban muertas. Por su culpa. Ya no respiraban, no sentían, no reían. Estaban muertos. Aquella fue la última vez que lloró. De forma desconsolada, hasta perder el aliento, hasta sentir que los ojos le ardían y la garganta le quemaba como fuego áspero. Lloró y lloró y lloró y se metió el fusil en la boca, pero no lo detonó. Lloró.

El día siguiente fue a la comisaría. Se detuvo en la puerta y repasó su declaración. Contaría lo que había ocurrido, lo que le habían hecho, confesaría y les entregaría el fusil que llevaba desarmado en la mochila, igual que aquel día. Así podría volver a dormir. Todo habría terminado. Cerraría el círculo. Ellos lo habían empezado y ella lo terminaría.

Subió los escalones hasta la puerta. Lo haría.

No lo hizo. Nunca llegó a entender por qué. No fue capaz. Regresó a casa y siguió esperando.

Unas semanas después, saltó la noticia, los tres jóvenes herederos habían muerto en un accidente de caza. ¡Qué mala suerte!

Kathleen dejó de llorar y de esperar. Se marchó de casa, se marchó de la ciudad, se marchó del país. Huyó.

Como hacía ahora.

Con una sacudida, el avión arrancó y la mujer le soltó el brazo para recuperar la posición en el acogedor asiento de primera clase. Las azafatas ejecutaron su coreografía sobre las instrucciones de seguridad. Kathleen mantuvo la cabeza enterrada en las manos, ausente a todo lo que ocurría a su alrededor. Sin oír siquiera el rugido de los motores que ganaban potencia.

—Señora, disculpe, debe apagar la tableta.

La voz de la azafata sonó incómoda, como si lamentara dirigirse a la mujer que no hacía otra cosa más que llorar. Sin levantar la cara, ella apagó el dispositivo.

Al cabo de unos minutos, el avión aceleró por la pista y Kathleen se atrevió a salir de su escondite. Respiró y se irguió en el asiento. Tenía que reponerse. El vacío que sentía dentro no duraría para siempre.

Se secó las últimas lágrimas con el despojo en que se había convertido el pañuelo de papel y lo guardó en un bolsillo.

Con un ruido ensordecedor, el avión despegó. Kathleen observó cómo el suelo se separaba de ella y toda su vida quedaba abajo, cada vez más lejos, más pequeña.

Posó los dedos sobre el cristal de la ventanilla.

—Adiós —susurró a la ciudad, mientras los rascacielos de cristal se perdían en la distancia.

Sobrevolaron su casa, pero cerró los ojos para no verla. Un nudo le atenazó la garganta, amenazando con romperla en una nueva ola de llanto. Tomó una fuerte bocanada de aire para ahuyentarlo.

Inspira...

Espira...

EPÍLOGO 2,
Lunes, 12 de junio – 12:24 h.
Casa de Kathleen. Londres

El muro se alzaba ante ellos como el último escollo a salvar antes de terminar la misión, como una burla a su trabajo, al esfuerzo, como un recordatorio de que nada sería fácil.

Daniel observó las puertas de acceso a la propiedad: una grande para vehículos y otra estrecha, peatonal. Ambas eran metálicas y de aspecto inexpugnable, pero no resistirían mucho tiempo.

No se oía ni un solo ruido al otro lado. Recordó que Kathleen tenía dos perros: Puck y Sabriel, grandes y de pelo canelo según las fotos que le había enseñado. No se oían sus ladridos, ni pasos ni jadeos, nada. Se preguntó si estarían dentro del edificio, si los tendría en una caseta cerrada, si seguirían allí, siquiera. Se preguntó si lo atacarían.

Se dio la vuelta, evitando coincidir con la mirada de Saunders. Este aguardaba a su lado, cigarro en mano, pero tampoco lo miraba. Desde que le había confesado la situación, la actitud de su compañero había cambiado, estaba ausente, y Daniel no podía evitar sentir una acusación silenciosa. ¿Lo consideraba culpable por haberse enamorado de una asesina, por haberse dejado manipular por ella, por haber sido tan imbécil? Él se sentía culpable, desde luego, y por eso no lo miró. Se giró hacia el grupo de agentes que aguardaban tras él. Pertenecían a la misma unidad que la había perseguido por la mañana, e iban equipados de la

cabeza a los pies y armados para una guerra. Daniel no se atrevió a imaginar lo que encontrarían cuando atravesaran las puertas.

—Ábranla —ordenó.

Uno de ellos se acercó a la puerta para vehículos y colocó una pasta grisácea en el mecanismo que la mantenía cerrada. Se alejó, tendiendo dos cables desde la masilla hasta un dispositivo detonador. Cuando estuvo a varios metros, y tras comprobar que sus compañeros se encontraban a una distancia similar, presionó un botón rojo en el pequeño aparato. Con una explosión ahogada, la masilla estalló y la puerta se agitó entre chirridos metálicos, como gritos del infierno en la quietud de la tarde. La unidad de asalto al completo corrió hacia el interior.

Daniel entró andando.

Nunca había estado allí. Kathleen nunca había querido que fueran a su casa —por la distancia, decía— y él no había pensado demasiado en ello. Pero ahora la tenía delante: un edificio de dos plantas, blanco, rodeado por un jardín inmenso lleno de árboles.

Un desfile de balizas solares bordeaban el camino que llevaba a una rotonda desde la que se accedía a la puerta principal y al garaje, adosado al ala derecha de la vivienda. Aunque aún estaban apagadas, supuso que formarían un bonito escenario cuando la noche cayera y se encendieran todas a la vez.

La unidad de asalto se encontraba ante la casa. Los oyó llamar al timbre e identificarse a gritos, pero no escuchó ningún ruido en el interior. El agente que había abierto la puerta de la calle repitió la operación con aquella. La explosión provocó un olor a quemado y una marca negra sobre la superficie blanca de la madera.

Los agentes entraron con las armas en alto. Tras varios minutos, el jefe de la unidad salió de nuevo y se dirigió a él.

—Vacío, señor. Aquí no hay nadie.

Lo había imaginado, y por eso le sorprendió la punzada de tristeza que le atravesó el pecho. Debía odiarla. Debía odiarla, y lo hacía, pero algo en su interior habría dado cualquier cosa por besarla una última vez. Le dio las gracias al agente y aguardó. Aún no tenía fuerzas. La unidad forense penetró en el edificio. Saunders también, tras dirigirle una mirada que el inspector no supo interpretar. Oyó voces, ruidos, golpes... La investigación se desarrollaba dentro de la casa, pero él no podía entrar. No quería. No podría.

Aguardó.

Al fin, tras lo que le pareció una eternidad ínfima, subió los tres pasos que lo separaban de la puerta y entró.

Si su relación hubiera tenido algún futuro, no le habría supuesto ningún problema abandonar su pequeño piso para instalarse en ese lugar. La decoración era sencilla pero moderna: paredes lisas sin apenas cuadros, sillones blancos y muebles de madera clara. Solo el verde de una planta alta y frondosa, parecida a una palmera, rompía la monotonía en una esquina.

—Inspector Ryman. —Una voz lo llamó por el *walkie*—. ¿Le importaría venir a la biblioteca, señor?

—Aquí Ryman. Voy para allá.

Giró sobre sí mismo. Sí, iba para allá, pero no sabía dónde era allá. ¿Cómo se llegaba a la biblioteca?

Se internó por un pasillo y se asomó a todas las puertas que encontró hasta que, por azar, la tercera resultó ser la que buscaba.

Las librerías se alzaban desde el suelo hasta el techo. Los libros que unos minutos atrás las habían ocupado volaban ahora en todas direcciones a medida que los agentes los sacaban en busca de pruebas. Varias estanterías estaban ya vacías, y su fondo parecía echarle en cara el trato descuidado con que manejaban su preciado tesoro.

—Señor —lo llamó uno de los agentes—, hemos encontrado el ordenador.

Era un equipo negro y de aspecto moderno, sin marca visible. Estaba situado en el centro de un escritorio que, por lo demás, se encontraba vacío. Aquello le dio mala espina. No sabía mucho de hackers, pero lo que había visto en las películas y en el cubículo de la agente Crewe lo llevaba a pensar que eran personas caóticas, rodeadas de pantallas, cachivaches y dispositivos electrónicos.

—Cójnlo —ordenó en voz alta para hacerse oír por encima del golpeteo de los libros contra el suelo.

En el comedor, diáfano como el resto de la casa, encontró una enorme mesa oscura. La madera era suave, pulida, y reflejaba su imagen de una forma distorsionada, como si en realidad no fuera él. Justo como se sentía. Las yemas de los dedos la acariciaron al pasar junto a ella.

Le sorprendió la limpieza de la cocina. No había platos ni vasos en el fregadero, ni cubiertos ni ninguna señal de vida, como si se tratara de la foto de una revista de decoración. Imaginó una mañana cualquiera, un despertar conjunto. Él prepararía el desayuno mientras ella ponía la mesa. Bromearían y le metería mano en cuanto la tuviera a tiro. Agitó la cabeza para espantar aquella idea que no le hacía ningún bien. Eso no pasaría. Ya no.

Regresó al salón principal. El lugar parecía un hormiguero en una tarde de verano. Los del equipo de asalto se habían retirado al exterior, pero los de recogida de pruebas tomaban huellas por todas partes. Los agentes que habían desmontado el ordenador salían a la calle cargando con los bultos.

—¿Algo en la biblioteca? —les preguntó.

—Nada, señor. Han terminado con las estanterías. Están limpias.

Daniel continuó hacia la escalera. Tres hombres bajaban del piso superior con bolsas de muestras. El aire retumbaba con los pasos que recorrían la casa arriba y abajo. Se internó por el pasillo que atravesaba la segunda planta y permitió

que su instinto lo guiara hasta la última habitación del fondo.

No se equivocaba, era el dormitorio. La luz lo inundaba a través de un ventanal desde el que se veía el jardín. El resto de la estancia jugaba con los tonos blancos de las paredes y la cama, y algunos detalles en madera como las mesillas y un aparador. Era demasiado diáfano para su gusto, pero habría sido capaz de acostumbrarse. No le habría costado nada.

Aquello no podía estar sucediendo de verdad. La mujer más increíble que había conocido nunca era una asesina a sueldo y él no podía creerlo.

Se sentó en la cama. La gruesa colcha mullida lo arropó como si le diera la bienvenida al hogar. Acarició la tela y se dejó llevar por la suavidad bajo los dedos. Se agachó hacia la almohada, la olió. Su perfume, su champú y su piel seguían allí. Ella había dormido en esa cama, y él lo habría hecho algún día, a su lado, bajo esa misma colcha y, quizá, sin ninguna otra tela que los separara. Se odió a sí mismo. Si no hubiera seguido investigando después de coger a Chapman. O a Yates...

—Daniel, ¿me recibes?

Daniel gimió de desesperación. Necesitaba que lo dejaran a solas un segundo, solo un segundo.

Pero Saunders lo llamaba, así que se incorporó y se llevó el *walkie* a la oreja. La distorsión del aparato cesó en cuanto apretó el botón para hablar.

—Aquí Daniel —contestó—. Dime.

—Estoy en la entrada. Hay un hombre que quiere hablar con quien esté al mando. Parece bastante enfadado.

—¿Quién es?

—Se identifica como Jason Cole. Dice que es vecino y socio de.. De la señora Addams.

—Que entre.

Daniel salió de la habitación. Por fin iba a tener ante él al famoso Jason Cole. Toda la melancolía que lo había

embargado en el dormitorio se vio sustituida por la furia. El hacker, el puto hacker que lo había hecho todo tan difícil y que, sin duda, sabría dónde estaba ella.

Bajó las escaleras a toda velocidad y atravesó el salón hasta la puerta, a tiempo para ver cómo Saunders y un agente al que no conocía escoltaban a un hombre hasta el edificio. Aparentaba la misma edad que Kathleen, aunque se esforzaba por parecer un crío, con aquel pelo revuelto y esa forma de vestir: vaqueros, camiseta de Black Label Society, deportivas... Se quitó las gafas de sol y Daniel vio el odio absoluto en sus ojos marrones. Se preguntó si los suyos reflejarían una mirada similar, porque no había duda de que odiaba a ese cabrón.

—¿Es usted el que está al cargo aquí? ¿Qué demonios están haciendo?

Daniel sonrió, quería ver cuánto le duraba esa chulería cuando le rodeara las muñecas con las esposas.

—¿Es usted el señor Jason Cole? —preguntó.

—Así es. Exijo saber qué está ocurriendo. Esta es la casa de mi socia.

—¿Kathleen Addams? ¿En Cole & Addams Seguridad Informática?

Jason asintió. Daniel lo interrumpió antes de que dijera nada más.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

El hacker negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Me dijo que se iba de viaje unos días. ¿Qué está...?

—¿Cuándo se lo dijo?

—Ayer. Me llevó los perros a casa para que me encargara de ellos y me dijo que se iba.

—¿No le dijo adónde?

—No. No lo dijo. ¿Va a explicarme ya...?

—¿Dónde vive usted, señor Cole?

Jason resopló, harto de las interrupciones.

—Aquí al lado. —Señaló el edificio que se distinguía a la derecha, tras los árboles que rodeaban la casa.

Daniel asintió. Qué oportuno y qué fácil para él. Se giró hacia el agente que permanecía en guardia tras el hacker.

—Deténgalo —ordenó.

—¿Qué?

Jason Cole trató de revolverse mientras el agente le inmovilizaba las manos a la espalda. Daniel se le acercó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro. Oyó el sonido de las esposas cerrarse contra sus muñecas y ensanchó la sonrisa.

—Sé quién eres —susurró. Jason detuvo el forcejeo para mirarlo a los ojos—. Sé lo que haces y lo que hace ella. Ambos vais a acabar entre rejas.

Se volvió de espaldas y se alejó de vuelta a la casa. No quería ver cómo el agente arrastraba al prisionero hacia uno de los furgones. No es que no quisiera verlo, nada le habría gustado más, pero temía su reacción. Le estaba costando un mundo controlarse. De hecho, Saunders lo observaba a unos pasos de distancia dispuesto a saltar si su superior hacía algo inapropiado.

—¡Eh, Daniel!

Jason Cole gritó su nombre. Lo conocía, Kathleen se lo había dicho. Se preguntó qué más le habría contado. El hacker sonrió como quien desenfunda un arma.

«¿Por qué sonríe?». Daniel salvó la distancia que ya había recorrido y se detuvo ante él. Saunders se mantenía cerca, alerta.

—¿Qué? —preguntó.

—Ella sigue siendo mía —susurró el tal Jason, al tiempo que su sonrisa se ensanchaba aún más—. Me la follaba antes de que tú llegaras y volveré a hacerlo en cuanto esta mierda acabe.

Estalló en una carcajada cruel, ante la que Daniel ya no pudo contenerse. Su puño salió disparado y el socio de su

novia se vio lanzado hacia atrás contra el cuerpo del agente, que lo sujetó con dificultad.

Saunders saltó sobre su compañero y lo rodeó con los brazos por la espalda para inmovilizarlo. Varios agentes acudieron para evitar una pelea que podría acarrearle muchos problemas, pero Daniel no pensaba golpear de nuevo.

El hacker sangraba por la nariz y tenía un lado de la cara enrojecido. Aun así sonreía, y lo hizo más cuando escupió un chorro de sangre roja y líquida al suelo, ante los pies del inspector. Este se zafó de los brazos del sargento.

—Da orden de búsqueda en los aeropuertos y avisa a la Interpol.

Metió la mano bajo la chaqueta de su compañero y sacó el paquete de tabaco que este siempre llevaba encima. Saunders no protestó, no dijo nada. Daniel regresó a la vivienda, dejando a su espalda las risotadas del detenido. Apretaba los puños con fuerza. Se obligó a abrirlos. Siempre había supuesto que entre aquellos dos había ocurrido algo. La manera en que ella hablaba de él indicaba algo más que una relación profesional o una vieja amistad, pero ahora podía imaginárselos en la cama que había visto arriba, podía imaginarlo tocándola y besándola.

Golpeó la pared de la entrada con toda la fuerza de que fue capaz. Dejó que el fuego le recorriera el brazo desde los nudillos hasta el hombro y lo liberara por un instante del otro dolor, mucho más intenso. Cuando abrió los ojos, que ni siquiera se había dado cuenta de haber cerrado, descubrió que los agentes a su alrededor lo observaban. Ninguno dijo nada. Regresó al dormitorio.

No supo por qué iba allí, pero apuró el paso y se dejó caer sobre la cama. Apoyó los codos en las rodillas y ocultó la cara tras las manos.

Todo era una mierda.

Thompson, Davies y Yates estaban muertos. Kathleen

había desaparecido. Jason Cole estaba detenido, aunque no contaba con encontrar nada que formalizara una acusación.

Un rugido se formó en lo más hondo de su estómago. Ascendió lentamente, reptando como una serpiente cargada de veneno, se deslizó dentro de su boca y escapó entre los labios. Gritó. Dejó escapar toda la rabia y la furia y la frustración, y se vació en aquel dormitorio que podría haber sido suyo. Cuando la garganta se rindió y los pulmones alzaron la bandera blanca, sintió que ya no le quedaba nada. Un vacío inesperado se había adueñado de él y ya no había nada más. No era buena señal, pero se preocuparía por eso más adelante, ahora mismo era un alivio que en verdad necesitaba.

Se levantó de la cama y se acercó al ventanal. Miró al cielo y al modo en que la luz se posaba sobre los árboles, como si ya no reconociera el mundo que lo rodeaba.

Aún tenía en la mano el paquete de tabaco de Saunders. Lo abrió y extrajo un cigarrillo. Tenía los nudillos llenos de sangre. Se lo llevó a los labios y lo encendió con el mechero que su compañero solía guardar en el plástico. Cerró los ojos y dejó que el humo entrara en él. Le calentó la boca, la garganta, los pulmones. A la mierda con todo. Fue como regresar a casa.

El rugido lejano de un avión le hizo levantar la mirada.

—Sácame de aquí —le suplicó al piloto.

El avión se alejó hasta perderse en el horizonte.

Se iría de vacaciones, se cogería unos días para dormir y fumar y beber, y luego... Luego la buscaría.

Lo que haría cuando la encontrara era otra historia.

Tomó aire.

Inspira...

Espira...

AGRADECIMIENTOS:

Quiero dar las gracias a Lector Cero, porque sin ellos esto nunca habría sido más que un archivo en mi ordenador.

Y también quiero agradecer a toda esa gente en los blogs y foros de internet dispuestos a compartir su experiencia, sus conocimientos y su tiempo con los que estamos empezando.

GRACIAS



Código de registro: 1607118355054
ASIN: B01IC20D4A
©Arantxa Rufo, 2015